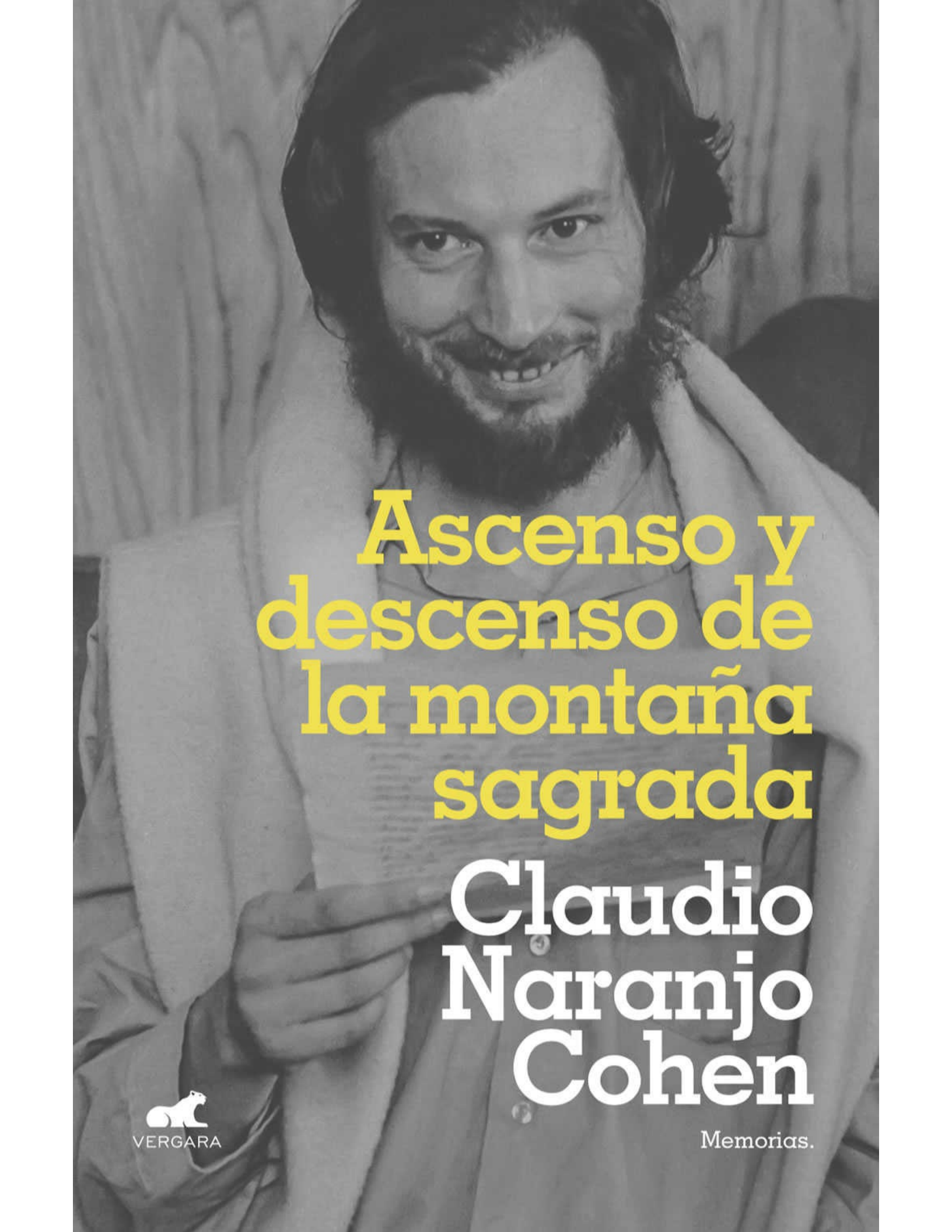




Ascenso y descenso de la montaña sagrada

Claudio
Naranjo
Cohen

Índice

Cubierta

Primera parte. BUSCADOR AFORTUNADO

I. INFANCIA

II. ADOLESCENCIA

III. AÑOS UNIVERSITARIOS

IV. EL TIEMPO, EL LUGAR Y LA GENTE

V. LA ÚLTIMA TEMPORADA EN CHILE

VI. UNA NUEVA OLA DE INFLUENCIAS

VII. PUNTO FINAL

Segunda parte. PEREGRINAJE FRUCTÍFERO

I. PEREGRINACIÓN EN ARICA

II. GURÚ POR UNA TEMPORADA

III. UN OSCURECIMIENTO DE LA CONCIENCIA Y UNA PEREGRINACIÓN SEDENTARIA

IV. AGUJERO NEGRO

V. UNA NUEVA PRIMAVERA EN LA CERCANÍA DE LA MUERTE

VI. RENACE SAT

VII. BODHGAYA

VIII. LA RECONQUISTA

IX. ACTIVISTA

PALABRAS FINALES

Notas

Créditos

Primera parte

BUSCADOR AFORTUNADO

PREFACIO

*¿Por qué escribir la historia de mi vida?
¿Y por qué esperar que otros estén interesados en leerla?
Nunca me hice tales preguntas mientras la escribí,
en respuesta a una invitación de un editor norteamericano
a mediados de los años setenta;
o al menos no de manera consciente
(aunque no hubiera tardado más de cuarenta años
en completar la tarea si no hubiese sentido
que solo cumpliendo con el propósito de mi vida
podría ser digna de ser conocida mi historia personal).
Incluso después de llegar a sentir
que no solo he tenido una vida muy interesante,
sino que he llegado, como pocos llegan,
a su etapa de fruición, tanto interna como externa,
me he venido a encontrar
con que haber escrito un libro que vale la pena
puede no bastar para que se interese un editor en publicarlo;
más que en otro tiempo
son las casas editoriales empresas comerciales
que cuidan maximizar sus beneficios, y es por ello natural
que prefieran un best seller a un libro del que se espera
el interés de un público selecto.*

*Después de recurrir a un entendido
que me ayudó a encontrar un agente literario,*

*vine a comprenderlo,
especialmente cuando
después de leer la historia de mi primera infancia
me preguntó por qué un lector debería esperar
que fuese de interés o beneficio continuar leyendo la historia
de mi vida.*

*Y es que, aunque mi vida fuese la de uno
que ha llegado a la autorrealización,
tras ese gran viaje interior
que los eruditos han llamado «el viaje del héroe»,
y por ello ofrece un testimonio de la evolución posible
para uno que comenzó la vida como un zombi
y que a través de niveles sucesivos de despertar, sanación y
liberación*

*llegó a convertirse en un catalizador de transformaciones
en la vida de muchos otros.*

*Y aunque imagino que mis ideas y otros aportes
puedan llegar a ser de gran ayuda
para la situación crítica por la que atraviesa nuestro mundo,
estimulando un interés más amplio
en lo que he venido escribiendo
y así redundar en un servicio
al bien común,
no puedo esperar que mis editores
actúen como
un mecenas que antepone un ideal al sentido comercial y
práctico.*

*Me declaro, entonces (y no sin cierta sorpresa),
poco capaz de responder a la pregunta
con la que inicié este prefacio.*

*Puedo al menos explicar que,
aparte de lo que pueda interesar a quien me lea o publique,
mi propio incentivo al escribir sobre mi vida ha sido otro:*

*me ha movido
una apreciación siempre creciente por la vida que me ha
tocado
y el agradecimiento hacia los muchos
que contribuyeron a su riqueza.
Y aunque hubo un tiempo
en que todo lo daba por sentado,
en mi vejez me parece casi milagroso
haber recibido tantos y tan preciosos regalos,
además de haber llegado,
por fin, a una condición de paz, alegría y comprensión,
que me permite también una utilidad social considerable.*

*Me canto a mí mismo, entonces,
en un espíritu de celebración implícita,
y con la esperanza de que mis huellas
pueden ser una inspiración para otros peregrinos.*

I. INFANCIA

1

MI NOMBRE

La elección de mi nombre fue sin duda el reflejo de una admiración particular de mi madre hacia los grandes músicos, así como el deseo de que yo pudiese llegar a ser como ellos. Más específicamente, es mi nombre un eco de aquel de Claudio Arrau, uno de los pianistas más celebrados de su tiempo, quien fue amigo de mi madre y alojó en nuestra casa cuando aún yo estaba en su vientre, y a quien ella le había prometido: «Si resulta ser un varón, lo llamaré Claudio».

Me pregunto en qué medida mi madre fue consciente de la afinidad histórica de nuestros nombres, prominentes en la aristocracia romana. Recientemente me he dado cuenta de ello y, aunque nunca he oído ningún comentario al respecto, más de una vez en el curso de mi infancia un amigo de mis padres humorísticamente me llamó Claudius Imperator, y durante mis años de educación temprana me complací de tener un nombre que había pertenecido a alguien importante.

Si esas fueron las ideas asociadas a mi nombre durante mi infancia, como adulto he asociado sobre todo su significado etimológico: Claudio es aquel que claudica o cojea, y es como si ello fuese adecuado en relación a cierta incomodidad o torpeza crónica; como si anduviese cojeando por la vida. Además, desde los inicios de mi despertar espiritual he sentido una afinidad profunda y misteriosa con Jacob, el patriarca que quedó cojo después de su encuentro con el ángel. Podría decir que esta metáfora también me resulta cierta, ya que me parece que mi encuentro con la vida espiritual aumentó la cojera de mi vida cotidiana, y mi apasionada búsqueda espiritual ha contribuido a mi desventaja respecto de tener los pies en la tierra.

Naranjo es el apellido que heredé de mi padre, Vicente Naranjo Chamoneau. Mi

padre, chileno de origen español, vivió durante su infancia en un ambiente humilde que apenas llegué a conocer, debido a que mi madre francesa sintió tal desdén hacia la humilde familia de sus futuros parientes que aceptó la oferta de matrimonio con la condición de que ella no tuviese que recibirlos en su casa. En contraste con ella, cuya vida estuvo orientada hacia la cultura, la literatura, la música y el aprendizaje, mi padre fue alguien a quien siempre asocié a una vida sencilla, de generosidad hacia los pobres, de goce y humor. Fue el proveedor de la familia y, en su cargo como Tesorero Provincial de Valparaíso (donde a veces siendo niño lo visité en su ambiente de trabajo), nada me impresionó tanto como la devoción que inspiraba entre sus empleados y botones, de quienes era un benefactor.

El contraste entre mis padres se me hacía muy evidente cuando viajaba con ellos en coche y la radio estaba encendida. Mi madre elegía la música clásica y mi padre prefería la música popular.

Debido a la circunstancia del veto de mi madre a la visita de los parientes de mi padre (cosa que no supe hasta que ella me lo explicó cuando ya era un adolescente), prácticamente no los conocí. Mi abuela paterna murió durante mi primera infancia. Y el padre de mi padre, Fortunato —de cuya existencia llegué a saber a través de una de las criadas en la casa de la tía Olga cuando yo tenía unos cinco años de edad—, me parece que no vivió mucho más. Lamento que nunca se me haya ocurrido pedirle a mi padre que me hablara de sus propios padres mientras vivió.

Una expresión del amor por su familia fue que en todas las casas en las que viví durante mi infancia mi padre plantara naranjos. Para mí, el aroma de los naranjos era incomparablemente delicioso, y uno de los más bellos recuerdos de mi primera infancia es el de los azahares rodeados de este delicioso perfume y el zumbido de las abejas alrededor de las flores blancas en los días soleados.

Un rabino me explicó alguna vez que el nombre Naranja revela un origen judío, y me dio una interpretación cabalística según la cual *naran* es un término que hace referencia a tres aspectos del alma o tres almas: *nefesh* o el principio vital; *ruach* o espíritu; y *neshamá* o gran alma. A estos, explicó, se añade *chai* (escrito en español como *jai*), que indica la unificación. Así, la fórmula verbal *naranjai* indica totalidad. Si ello es cierto, me parece que el símbolo de una naranja es sumamente apropiado para tal completitud, dada la coherencia de esta idea con la imagen solar de una esfera de oro, también presente en las manzanas de oro de las Hespérides, el paraíso de la mitología griega que

se cree que se halla situado en el norte de África o en Andalucía o bien en la mítica Atlántida.

Sea o no cierto que mi padre haya sido de ascendencia judía, mi madre sin duda sí lo fue. De Julia Cohen Gallerstein heredé el segundo apellido, que fue parte de mi identidad oficial durante la primera parte de mi vida, y luego, cuando me hice ciudadano estadounidense, desapareció de mi pasaporte. Debo decir que durante mi infancia no tuve conciencia del judaísmo. Mucho más tarde, durante mis años universitarios, supe que mi abuela materna Rebeca había decidido criar a sus hijos sin ninguna conciencia de su origen racial, con la idea de evitarles los sufrimientos que habían conocido sus parientes durante la época de los pogromos rusos, cuando toda una generación judía escapó hacia el continente americano. Llegué a tener un cierto conocimiento del judaísmo solo a los treinta y pocos años. Después de llegar a conocer algunas canciones jasídicas a través de un disco de Theodore Bikel, llegué a sentir una fuerte atracción hacia esta cultura; y más tarde, cuando experimenté por primera vez los efectos del LSD, me pareció que una transmisión sutil que había sido interrumpida por mi abuela se había restaurado en mí de una manera aparentemente mágica. Y junto a mi tardía cultura judía adquirida en ese tiempo en California vine a saber que el significado del apellido de mi madre, Cohen, no es otro que sacerdote, y que este nombre judío —el más antiguo de todos— fue originalmente una designación de la profesión que nació con la actividad del hermano de Moisés, Aarón, cuando consagró a sus hijos como sus sucesores.

Nunca supe nada de mi abuelo materno Alberto Cohen, y ni siquiera recuerdo haberme preguntado acerca del motivo. Vagamente recuerdo haber oído que estuvo hospitalizado. Ya adulto llegué a saber a través de mi madre que su enfermedad había sido un secreto vergonzoso de la familia: una sífilis terciaria que había comprometido su salud mental.

Conocí, sin embargo, a la madre de mi madre, Rebeca Gallerstein, en cuya casa debo haber estado durante más de un año mientras mis padres viajaban por Europa en busca de una cura para una enfermedad grave de mi padre cuando yo tenía unos cuatro años de edad.

Recuerdo mucho mejor, a partir de ese momento, a la mama Eulogia, cocinera de mi abuela, después de haber sido la nodriza de Berta, la hermana menor de mi madre. Era su tarea hacerme comer, y no hay nada que recuerde tan claramente como la guerra de voluntades en torno a mi alimentación, que a veces implicaba una persecución suya

mientras yo corría alrededor de la mesa. Es posible que haya perdido el apetito en vista de la ausencia de mi madre, y que también rehusara aceptar la autoridad de otros, pero decir tales cosas iría más allá de lo que propiamente recuerdo. En todo caso, a partir de entonces tengo un claro recuerdo de odiar que mi madre le diera autoridad sobre mí a las criadas mientras ella estaba fuera de la casa.

No recuerdo haber amado a mi abuela, ni tampoco haberla odiado. Diría que me era indiferente, a pesar de su cuidado y del recuerdo agradable de estar en su casa, donde me invitaba a acostarme junto a ella y me contaba historias, o me estimulaba a inventarlas. Ya siendo un hombre joven, mi madre me dijo, para mi sorpresa, que mi abuela me había querido mucho, pero que yo la trataba con dureza e ingratitud. Mi falta de conciencia, junto con la ausencia de recuerdos emocionales, es coherente con la impresión al final de mi infancia de que había vivido hasta entonces en una especie de sueño, especialmente al ver a mis compañeros más jóvenes en el colegio, que parecían mucho más vivos y conscientes que yo.

Con el tiempo llegué a saber a través de mi madre que mi abuela dependía de sus hermanos mayores para su sustento, y que compartían con ella la propiedad de una gran tienda en Santiago. Al menos uno de ellos era notoriamente tacaño, y para mi abuela era humillante tener que pedirle a él su mensualidad, que se la entregaba casi siempre con retraso. Quizás esta circunstancia contribuyó al desprecio notorio de mi madre hacia el dinero, a pesar de haberse casado con alguien que trabajaba como tesorero del gobierno y que resultó ser un gran proveedor.

Mi segundo nombre, Benjamín, me viene del mayor de los hijos de mi abuela, el tío Ben, quien había sido un adolescente brillante y un revolucionario en los días en que el presidente Ibáñez se convirtió en un tirano. Debido a su activismo político interrumpió sus estudios médicos, pero después llegó a ser un diplomático notorio y aun más tarde fue parte del equipo fundador de las Naciones Unidas. Fue una influencia significativa en mi vida: me estimuló a viajar a Estados Unidos después de haber terminado mis estudios de Medicina.

Después del tío Ben nació la hermana mayor de mi madre, la tía Olga, en cuya casa, muy cerca de la de mi abuela, pero mucho más elegante, durante mi infancia pasé algunas temporadas. Recuerdo que cuando era un adolescente ella me recordaba que cuando niño me solía llevar de paseo por la ciudad, y que a menudo yo le pedía que me llevara a las iglesias (recuerdo vagamente la luz de los vitrales). Su marido, que tenía

una concesión en la distribución del carbón en Santiago, había llegado a vivir muy cómodamente, y le gustaba pasar el tiempo con un grupo aristocrático que se reunía en el Club de la Unión. Siempre me pareció una persona muy aburrida. Sentía que la elegante casa de mis tíos carecía de vida (como llegué a notar con sorpresa cuando se convirtió en una imagen recurrente de mis sueños juveniles). Diría que el entorno de mármol de la casa tuvo un efecto paralizante en mí, convirtiéndose en un símbolo de la artificialidad constreñida de la vida familiar.

Me parece que al igual que con mi abuela fui bastante ingrato con mi tía, quien también me quiso mucho. Imagino que me hubiera abierto más hacia ella si no fuese porque la sentía en cierta medida una extensión del tío Agustín (además de mi inconsciente rechazo hacia los sustitutos de mi madre). La tía Olga murió cuando yo tenía diecisiete años, y expresó en su testamento el deseo de que su marido instituyese un premio a la composición musical, un deseo seguramente inspirado en el hecho de que en aquella época yo componía.

Aunque la tía Olga tocaba el piano y la tía Berta, hermana menor de mi madre, cantaba, ninguna de ellas se dedicó tanto al estudio de la música como mi madre, quien, a pesar de no ofrecer conciertos, fue una muy buena aficionada, como observaba el mismo Arrau. No me cabe duda de que su dedicación al piano fuera la expresión de un verdadero talento, pero no puedo dejar de preguntarme hasta qué punto su empeño respondió a un deseo implícito de mi abuela de que sus hijos se distinguiesen por su cultura, que seguramente sería una fuente de seguridad en el nuevo mundo a través de buenos matrimonios.

Puesto que la cultura era entonces un adorno y un signo de distinción, y no una profesión respetable, mi madre decidió estudiar Derecho. En ese tiempo no se concebía que una mujer estudiara Derecho, y fue un desafío para ella romper con las convenciones del machismo prevaleciente en el momento. Junto con su amiga Yvonne Gandon, lograron romper con esa convención y convertirse en las primeras mujeres abogados en Chile.

Sin embargo, muy pronto desistió del ejercicio de su profesión, porque no podía dejar de sentir en cada caso de litigio que las dos partes en el conflicto estaban en lo cierto, y siendo muy escrupulosa no podía permitirse ayudar a la una o la otra sin un pleno conocimiento de la verdad. Entonces entró a Periodismo, interesándose especialmente en los derechos de las mujeres, y luego su atracción por la cultura se cristalizó en el

patrocinio de un salón musical que llevó a Claudio Arrau a decir que su casa fue algo así como la de los Mendelssohn en Alemania durante el siglo XIX.

Mi padre apoyaba plenamente estas reuniones a pesar de no participar en las conversaciones sobre música. Su especialidad era servir cócteles (aunque nunca bebió una gota de ellos) y hacer reír a la gente con sus chistes ingeniosos. Mi madre decía que nunca conoció a otra persona con tal arte en la narración de chistes... Y es que para mi padre no se trataba exactamente de contar chistes, sino de recrearlos y adaptarlos al tema de la conversación en curso.

No sé si fue por la falta de interés de parte de mis padres respecto de su ascendencia o debido a su carácter de librepensadores (para quienes la falta de religiosidad era una marca de modernidad y distinción), pero solo muy tarde en la vida llegué a saber que había entre nuestros antepasados Cohen un rabino milagroso, y que la abuela materna de mi madre había sido una descendiente del rey David. Esto lo supe cuando conocí a Guillermo Gallerstein, que vivía en Uruguay y que visitó nuestro país por unos días cuando yo tenía unos veinte años. A diferencia de las demás personas de mi familia, Guillermo tenía la mente de un buscador y me habló con entusiasmo de un pensador polaco esotérico cuyo nombre ya no recuerdo. También fue a través de él que supe que la madre de mi abuela, Minna Dietkowsky, cada año celebraba con su familia una ceremonia en torno a un pergamino donde se establecía la historia de la familia que se remontaba al rey David.

Esto fue confirmado más tarde por mi madre y por la hermana de Guillermo, Eliana Gallerstein, la persona más agradable que recuerdo de mi primera infancia y que aún vive como nonagenaria rodeada de sus nietos. Hace unos pocos años le pregunté por ello, y en voz baja me dijo: «Es por eso que somos religiosos». Y puesto que solo en su vejez se interesó en asistir a una iglesia católica del barrio, supongo que lo que en realidad quiso decir era algo así como «interesados en cosas espirituales».

Transcribiré un par de líneas de mi madre al respecto, aunque no me habló de nuestro prestigioso ancestro hasta los tiempos en que, tras una experiencia iluminativa en 1970, se convirtió en mi primera discípula: «Mamá recordaba el pergamino como un testimonio de nuestra nobleza, y anualmente lo desenrollaba y leía en una ceremonia familiar».¹

ALGUNOS RECUERDOS DE
MI PRIMERA INFANCIA

*Nací cerca de la cima del Cerro Alegre, en Valparaíso,
el puerto principal de Chile,
donde trabajaba mi padre
como tesorero de la provincia,
e iría a pasar gran parte de mi infancia
en el edificio contiguo al Hospital Alemán,
donde fui recibido en este mundo
por un obstetra inglés,
el Doctor Wells,
a quien mi madre había elegido
como el mejor especialista en la ciudad.
Este respetable facultativo era
de la opinión de que los niños
debían ser puestos bajo el sol
tan pronto como nacían
y preferentemente en un ambiente ruidoso,
para que resultasen fuertes y resistentes.
Imagino que no me gustó su trato,
y ciertamente no resulté ser una persona deportiva
sino que, por el contrario,
me parece que aprendí muy pronto
a desconectarme de mi entorno,
e imagino también que desde entonces
he sido retraído,
muy sensible a las invasiones de mi espacio*

*e intolerante a las interrupciones.
El patio principal del Colegio Mackay,
en el que me internaron
a eso de los siete años de edad
(para que tuviese «una educación británica»)
estaba separado de la clínica
por una pared alta,
y debo haber sido un niño muy obediente
o muy idiota, porque nunca me pregunté
por qué me internaban
en un lugar tan cercano a mi casa,
en la bella y soleada
ciudad de Viña del Mar.
No hay mucho que recuerde
entre mi tiempo en la maternidad
y el día en que fui enviado a la escuela,
pero sé que tan pronto como nací
me pusieron a cargo de Filomena,
una mujer simple y práctica,
que fue mi nodriza y a quien mi madre siempre admiró
porque sabía perfectamente
cómo cuidar a un bebé.
La mujer debe haberme amado,
pues a pesar de su pobreza
cuando murió en su vejez
me dejó una modesta herencia.
Tenía yo por aquel entonces unos trece años,
y no puedo decir que me gustara,
o le tuviese cariño
pero vagamente recuerdo que
durante mi primera infancia
cuando mi madre la contrató de nuevo,
ahora como criada,*

*y también en un momento posterior,
cuando acudió una vez más a nuestro hogar
hacia el final de su vida, como cocinera,
yo la trataba como a una sirvienta.
¿Cómo entenderlo, si me había tratado con cariño y eficiencia?
Tengo la impresión de que por aquel entonces
todavía recordaba vagamente
un malestar antiguo
de mi vida como bebé
y me parece que ya me molestaba
que no fuese mi madre,
y desplazaba sobre ella
un enojo que me inspiraba mi madre
por darle autoridad sobre mí
a una madre sustituta.
De las conversaciones posteriores con mi madre
sé que ella realmente admiró a Filomena
por saber cosas tales como
la forma correcta de preparar una mamadera
y hacer lo que había que hacer.
Ella
desconectada de sus propias inclinaciones maternas
y no particularmente dotada de sentido común
(al ser demasiado intelectual y demasiado preocupada por el
qué dirán)
creyó que nada mejor podía hacer
que ponerme en las manos de una experta.
Solo en retrospectiva puedo ver lo ingenuo que fui
al no entender hasta cerca de la pubertad
lo mucho que mi madre se engañaba
en su delegación de la maternidad
y en enviarme a un internado a apenas media hora de nuestra
casa,*

supuestamente para que aprendiera inglés y tuviese buenos modales.

*En cuanto al inglés, lo terminé aprendiendo,
pero por supuesto ello no hubiera requerido la renuncia
a una vida más normal;
y en cuanto a esa educación inglesa en la que profesaba creer
tal como había creído en su prestigioso obstetra
pensar que el Colegio Mackay me la proporcionaría
me parece comparable a la creencia
de que la cárcel reeduca a los prisioneros.
Fui condenado a un gran empobrecimiento de la vida
durante mis años de internado,
aunque no lo supe hasta que
terminados esos años
y ya en el segundo año de humanidades
pude apreciar la diferencia.*

*Una escena de mi temprana infancia que recuerdo
es el de un día en que mi padre yacía en una cama de hospital
y yo jugaba en el jardín central del edificio.
Debe haber estado en el hospital durante una temporada,
pero lo que se destaca en mi memoria
es mi cubo lleno de caracoles
y cómo jugaba yo con ellos,
observando cómo alargaban sus cuellos
y se replegaban dentro de sus conchas
después de que los provocaba para que encogieran las antenas.
Mi percepción de ese entorno
en el jardín del hospital con sus palmeras
persiste en mi recuerdo sin una emoción que pueda nombrar.
Debo haber tenido unos cuatro años,
y comprendo que debe haber sido el tiempo
que precedió al primero de los viajes*

*que hicieron mis padres a Europa
y que los llevó a Braila, a orillas del Danubio,
con la esperanza de que un modesto cirujano
que había reportado tres casos de resección del colon
le pudiese salvar la vida a mi padre
No era consciente
de que la vida de mi padre estuviese amenazada,
ni de que mi madre estuviera a punto de cruzar el océano con él
en un transatlántico
pese a que los escandalizados familiares
opinaban que lo estaba llevando a una muerte segura.
El doctor Cruz-Coke,
médico de mi padre
(y más adelante candidato
a la Presidencia de la República),
había leído en alguna revista médica
el informe de un cirujano de Rumania
que había practicado la operación que mi padre requería
a tres pacientes suyos que habían sobrevivido.
Entonces mi madre valientemente se embarcó con él,
pese a su grave estado y fiebre alta,
en una larga travesía
que efectivamente le salvó la vida.
Más tarde mi madre escribió una novela
acerca de este viaje a Rumania,
donde mi padre sufrió intervenciones quirúrgicas
muy dolorosas
sin los anestésicos de hoy.
Pero nunca fue capaz de terminar esa novela,
tal vez porque no pudo sostener la imagen de sí misma
como heroína y salvadora
ante la intuición creciente
de que el calvario del dolor*

*y la cercanía de la muerte
habían llevado a mi padre a una transformación
difícil de comprender:
si bien en su novela
había despreciado que se convirtiese en una persona
menos interesada en la lectura
y más en el dinero,
luego comenzó a sentir
que pese a las apariencias
se había vuelto más sabio.
Desde mi propia experiencia de su sobreprotección
y por mis conversaciones con mi madre
hacia el final de su vida,
puedo imaginar que a mi padre además le molestaba
que su mujer se transformase
en una enfermera heroica y orgullosa
y que ello precipitase su desinterés sexual,
y no solo su interés cada vez menor en la cultura.*

*Tal vez el entorno más temprano que sí recuerdo claramente
sea el de la casa de mi abuela materna en Santiago,
adonde fui a parar mientras mis padres estaban en Europa.
Una situación que se destaca en mi memoria
durante aquel tiempo
es la de huir de alguien que quería alimentarme,
generalmente la mama Eulogia.
Previamente lo había sido la nodriza de tía Berta,
hermana menor de mi madre,
que desde entonces había permanecido en casa de mi abuela
como cocinera
y en ella recaía la tarea de perseguirme para alimentarme:
aunque me inspiraba simpatía, yo no le facilitaba la tarea.
Ella era paciente y me caía bien,*

*pero yo detestaba la obligación de comer,
y ella me seducía pidiéndome que aceptara
cada cucharada de sopa
ya por amor a mi madre ausente,
ya por amor a mi padre,
o en nombre de mi querida abuela,
y así sucesivamente.*

*Pero lo que más recuerdo es mi resistencia
a que insistiesen en alimentarme.*

*Y si me resistía a comer
supongo que algo estaba mal.
¿Acaso registraba la ausencia de mi madre
a pesar de no echarla de menos conscientemente
e inconscientemente se lo reprochaba?
En todo caso, resentía una vez más
que hubiera delegado mi cuidado,
esta vez sobre mi abuela,
durante su ausencia.*

*Aparentemente era yo un niño que había olvidado a sus padres
y que no sentía nada por ellos;
pero también era uno en cuya mente no cabía la idea
de hacer preguntas.*

*Aceptaba las cosas como eran
y hacía lo que me decían,
excepto, claro está, en mi resistencia a la comida
y en el hecho de mojar la cama por las noches.
Pero aunque me recuerde indiferente
no siempre me vieron indiferente los demás,
y mi madre lamentaba
que fuese agresivo con mi abuela,
problema del que no tuve conciencia ni recuerdos.
Apenas recuerdo*

*que se recostaba conmigo
en el lado derecho de la cama,
con las rodillas dobladas
para no tocarla con sus zapatos
mientras me contaba historias
o me guiaba en el proceso de inventarlas.
¿Por qué me gusta tanto el sonido de la lengua rusa?
Supongo que la tengo en mi oído desde la primera infancia,
cuando tuve ocasión de escuchar una conversación
de mi abuela con sus hermanos,
también venidos de Lituania,
que hablaban en ruso
y compartían una misma casa.*

*Incluso mi falta de emociones conscientes
se convertiría en un estímulo
para mi desarrollo,
pues tanto quise poder sentir que eso me llevó
al psicoanálisis,
a la terapia Gestalt,
a los psicodélicos,
a relaciones transformadoras
y al oficio de psiquiatra,
que requería sanar a los demás de su inconsciencia emocional
y alcanzar suficiente autoconocimiento para lograrlo.*

*La persona más agradable en mi ambiente de esos días era
Eliana, sobrina de mi abuela,
a quien visitaba mucho
y me llevaba al cercano cerro Santa Lucía
y a paseos en tranvía hasta un parque
en las afueras de la ciudad,
donde jugaba con las chinitas entre las flores.*

*Me sentía a gusto en su compañía,
tal vez porque era natural y espontánea.
Desarrollé también una intimidad especial con la tía Olga,
la hermana mayor de mi madre,
aunque solo me acuerdo de escenas específicas
más tarde, cuando tuve alrededor de ocho años.
Solía alojar entonces en su casa elegante y fría,
que solía aparecer en mis sueños cuando empecé a tratar de
entenderlos
en la adolescencia tardía.
Mucho mármol, más como un mausoleo que un hogar,
pero la casa reflejaba la personalidad del marido de mi tía,
Agustín Pení,
que se sentía un aristócrata.
Ella era simple y amable,
me llevaba de paseo por las calles
y más adelante me recordaría
que me gustaba que me llevase a las iglesias.
Creo que debo haber atravesado por un cambio
a eso de los siete años de edad
y entonces me inspiró vergüenza
la intimidad que había estado sosteniendo
hasta entonces con ella por teléfono
(algo así como alguien que se avergonzara
por lo que ha dicho en estado de embriaguez),
y como parte de mi evitación
de esta comunicación abierta
desarrollé una fobia sutil al teléfono,
e incluso cuando adolescente
tuve un cuarto independiente
mi negativa a tener que coger el teléfono
fue suficiente para convencer a mi madre
de no instalarlo en mi habitación.*

*También desde la primera infancia
recuerdo cuánto me dolía y angustiaba
cuando, más de una vez,
tía Olga me dijo que no era realmente el hijo de mi madre,
pues había sido cambiado en la sala de la maternidad.
Me parece que fue el dolor más agudo
que recuerdo de la infancia,
y sospecho que ella haya querido provocármelo
para sentir mi amor hacia mi madre,
en su deseo de ver mis lágrimas
y así sacarme de mi habitual indiferencia.
Recuerdo también compartir con ella una fantasía
que le explicaba con misantrópica pasión
de desprecio y odio implícito:
quería alejarme de todo el mundo
y vivir dentro de un árbol hueco
donde nadie me pudiese encontrar.*

*Más de una vez viajaron mis padres a Europa
en busca de tratamientos
y más de una vez viajó mi madre durante mi infancia;
debo haber tenido unos cinco o seis años
cuando recibí por primera vez una tarjeta postal suya desde
Brasil.
Se había detenido en Bahía
en su regreso desde Estados Unidos.
Me trajo una colección de espectaculares mariposas azules
brillantes
que atesoraría durante el resto de mi infancia.
Posteriormente comprendería yo que en Estados Unidos
había estado estudiando acerca de los derechos de las mujeres,
pero tal vez más importante que su militancia
había sido para ella una amistad con Frances Grant,*

*amiga y seguidora de Nicholas Roerich.
Ella más tarde escribió un libro sobre las filosofías de la India,
que trajo posteriormente a nuestra casa
cuando nos visitó
durante mi adolescencia temprana
y cuya lectura me llenó de respeto
por esas tradiciones sagradas.
Algo más tarde
mi madre,
apoyada por mi padre,
se hizo editora de una revista cultural
y recuerdo visitarla en una sala con una máquina muy grande
donde se hacía entonces la composición tipográfica.
Y cuando asistía a sexta preparatoria
me alegró que mi profesor de castellano
estuviese enterado sobre ella,
como intelectual respetada
que de vez en cuando escribía en los periódicos.
Debo haber tenido unos ocho años
cuando mi madre regresó de Isla de Pascua
con muchas obras de arte que llenaron nuestra casa.
Había establecido allá una amistad
con la reina de Rapa Nui
y trocado su máquina de coser con ella a cambio de estas piezas
más tarde donadas a museos
y bastante diferentes
del folclore conocido en el comercio actual
para turistas.*

*Otro recuerdo temprano
me dice cómo mi falta de sensibilidad
revelaba una falta de contacto
con mi propia realidad emocional.*

*Llegaba mamá del primero de sus viajes
con mi padre en un barco llamado El Virgilio,
y vagamente recuerdo el encuentro con ella en el muelle.
Años más tarde me dijo que estaba tan movido por la ternura
que abracé sus rodillas.
Sin embargo, a pesar de recordar ese momento de unión,
no puedo decir que me acuerdo de todo el contenido emocional,
y no creo que el momento se hubiera estampado en mi memoria
si no hubiera sido por su emoción al percibir la mía.
Sin duda puedo afirmar que no tengo recuerdos felices
de la infancia que involucran personas.
Tampoco tengo recuerdos tristes.
Solo tengo recuerdos de hechos, de miedo o de irritación.
Y tengo un recuerdo de miedo e irritación
de ese mismo día
de la llegada de mamá.
Habíamos estado sentados a la mesa
en el comedor del Hotel O'Higgins en Viña del Mar,
y mi madre parece haber emprendido la tarea de instruirme
en las cosas importantes de la vida,
tanto así que durante décadas yo recordaría
las tres cosas que me dijo.
Al parecer yo pensaba
que debería procurar recordar
esas tres cosas, aunque no viera nada de importante
o de interesante en ellas,
y me sorprende que las haya recordado sin crítica
durante buena parte de mi vida adulta.
Sin embargo, a medida que pasaron los años,
más peculiares me parecieron.
Si pretendía instruirme en los caminos del mundo,
sus prioridades reflejaban
una preocupación excesiva en los detalles de la etiqueta.*

*Así, su primer mandamiento era que
cuando se termina de comer
se deben dejar el tenedor y el cuchillo juntos y perpendiculares
respecto del propio pecho
para que el camarero sepa que es hora de retirar el plato.
Me temo que ahora ya ni siquiera recuerdo
el segundo de los tres consejos de mi madre,
por más que me parezca haberlo recordado aún el año pasado,
y me parece que fue acerca del uso de la corbata en ocasiones
especiales.
Es posible que el regreso de mi madre
tras lo que debo de haber sentido como una larga ausencia
haya estimulado en mí cierta continuidad de la conciencia.
Tal vez porque tenía muchas ganas de no perderme una
palabra suya,
y por eso también recuerdo algo ocurrido en ese mismo hotel
después del regreso a nuestra habitación.
Al parecer me negaba a obedecer su orden
de recoger un trozo de papel arrugado,
que probablemente había tirado al suelo y no en una cesta,
y una vez más me estaba enseñando a ponerlo
en el lugar que corresponde.
Parece que ya tenía una personalidad
semejante a la de Bartleby,
el personaje de Melville,
que se mostraba amable y dispuesto
pero hasta cierto límite.
Yo me negaba a hacer lo que mi madre me mandaba,
aunque imagino que no a través de una declaración verbal.
Luchaba por el privilegio de actuar de acuerdo a mi propia
voluntad
y solo accedí a su demanda cuando me comenzó a arrastrar
vestido*

*hacia una ducha de agua fría.
Me sorprendió y aterró,
la terapia de shock le dio buen resultado,
ya que dije algo —no recuerdo qué— que la dejó satisfecha.*

*Durante la infancia,
creo que en pocas ocasiones tuve una conversación con mi
madre.
Una de esas ocasiones fue cuando ella
otra vez regresaba de un viaje
y alojábamos en un hotel o pensión de Santiago.
Me había traído algunos libros
que recuerdo claramente: dos grandes con una cubierta dura
de color rojo y letras doradas; uno de ellos sobre juegos
infantiles
y el otro sobre los instrumentos musicales.
Lo más importante de esos días fue la conversación con ella,
que años más tarde me ayudó a entender
a través del contraste
que nunca antes había sentido
que pudiera yo ser interesante para mi madre
por más que,
justamente por no haber tenido esa experiencia,
no sabía lo que me había faltado.
¿Cómo explicar que aunque me dijera cosas y me hiciera
preguntas
no recordara yo nuestros intercambios como conversaciones?
Solo cuando tenía ya unos doce años me dije
que había sido algo así como una mascota para mi madre,
y que su amor era como la ternura
que una niña le prodiga a una muñeca,
sin que hubiese un elemento de escucha
o un interés en mi sentir*

*ni tampoco una comunicación de su parte
respecto de lo que sentía o le importaba.
Llegué a sentir entonces que había sido ciega a mi experiencia
y solo se interesó en aquello que pudiera un día
transformarme.
¿Cómo podía entonces haber aprendido de ella
que yo era una persona que vale la pena
o digna de ser amada?
Así como ella quiso que llegara a ser alguien de valor,
también yo lo quise,
pero mi deseo de ser importante
siempre fue alimentado por el hecho de sentir que no era suficiente,
y que ni siquiera tenía pleno derecho a vivir por no serlo.
Tuvieron que pasar muchos años para percatarme de ello
y entender que no había tenido una madre
con quien estableciera un vínculo.
Ni tampoco establecí otro vínculo en mi vida,
pues mi padre se mantuvo alejado
y decía que la educación de los hijos era cosa de la madre.
Recuerdo cuánto quería a mi padre,
a quien idealizaba a distancia,
pero este sentir parece haber ocultado
que no hubo casi relación entre nosotros
más allá de mi imaginación.*

*En cuanto a los otros niños,
me mantuvieron alejado de ellos
porque decían que los niños en las calles eran peligrosos o sucios
y puesto que no tuve hermanos
crecí aislado en mi propio mundo
con escasa experiencia de los demás
y de mí mismo.
Es irónico, entonces,*

*pensar que me convertiría
en alguien que ayudaría a miles de personas
a desarrollar relaciones verdaderas,
y diría que poco a poco llegué a comprender cómo hacerlo
porque necesité salir de mi propio aislamiento
e interesarme en los demás
para sentirme satisfecho conmigo mismo.
¿Cómo podrían conocer el camino de la recuperación
quienes no han tenido la necesidad de recorrerlo?
Me han dicho que encarno el arquetipo
del sanador herido, como el centauro Quirón y los chamanes.
Y así me he sentido yo mismo
desde hace mucho tiempo.*

3

MI SEGUNDA INFANCIA EN LA CALLE 6 NORTE

Entre mis recuerdos hay uno que destaca por la sensación de que marca el comienzo de una nueva etapa en mi vida, y fue aquel en que supe que estábamos en el día de Año Nuevo de 1939. Recuerdo vagamente que alguien me decía que era 1939, y al comprender por primera vez que había cosas tales como años que se sucedían y asociaban a números, decidí recordarlo. Sin embargo, algo me confunde, y es que no puedo recordar claramente si lo que veía en el cielo frente a mi ventana eran relámpagos o fuegos artificiales. Me pregunto si tal vez estas dos imágenes, ambas sorprendentes, se sobrepusieron aquella noche.

Si nací en noviembre de 1932, calculo que tenía siete años, y me parece que a partir de esa noche tuve un recuerdo más continuo de las cosas. No creo que haya habido una diferencia temporal entre mi infancia temprana, nebulosa, y la que recuerdo más claramente después del Año Nuevo de 1939 con sus fuegos artificiales. Diría también que mi nueva conciencia se asocia estrechamente a la nueva casa donde vivíamos entonces en Viña del Mar, en 6 Norte 615, en la esquina de Tres Poniente. Viña era en gran parte un área residencial plana que se extendía desde el estero a través de doce cuadras hacia el norte. Estaba dividida por la Avenida Libertad en dos mitades simétricas al oriente y al poniente, de modo que nuestra casa quedaba muy cerca de la playa.

Hasta aquí pareciera que no tengo recuerdos felices de mi infancia, pero debo aquí decir algo diferente, pues recuerdo la casa ubicada en 6 Norte con un suave sentimiento de felicidad. Había sido construida por Aquiles Landoff, arquitecto amigo de mis padres, quien también había diseñado la Estación de Ferrocarriles, el Club de Viña frente a la

Plaza Central (donde mi padre llegaría a pasar casi todas las noches) y el Casino Municipal, el edificio más prominente de la ciudad, que también fue parte de nuestra vida, pues mi padre era aficionado a los juegos de azar y supongo que mi madre con frecuencia lo acompañaba.

Esta época fue la primera en que recuerdo vivir en una casa con mi padre y mi madre, y fue también la primera vez que vivían en casa propia. Creo que mi madre había estado muy involucrada en su diseño, feliz de que todo fuese como lo quería. Puedo imaginar que en esta época mis padres estaban de regreso de los viajes que los habían llevado a Europa en busca de salud, sintiéndose en casa como nunca antes. Me parece que sentí por primera vez que vivíamos en un nido creado por mi madre, y la casa me parecía algo así como una extensión suya. Creo que la oportunidad de elegir entre las diversas alternativas en su diseño y su decoración era algo nuevo para ella, y no me sorprendió cuando supe muchos años después que su elección profesional habría sido la arquitectura y no la abogacía si hubiese tenido ocasión de imaginarlo cuando era más joven.

Yo pasaba mucho tiempo en el jardín de esta casa, sin hacer nada, sintiendo el sol u observando las hormigas. Tal vez no sea exagerado decir que mirar el movimiento de las hormigas fue mi mayor interés durante la niñez. Pero también recuerdo haber descubierto que, a menudo, mientras estaba sentado bajo el sol, mi estado de ánimo mejoraba; era como si una molestia crónica se derritiera después de algún tiempo de estar sin hacer nada, y luego me sentía mejor que de costumbre. Pienso en ello como el comienzo de la meditación.

Algo que recuerdo de mi padre durante nuestra vida en la casa de 6 Norte es una escena que se repetía como un ritual cada mañana. Seguramente habré sido testigo de ella muchas veces, cuando estaba en la habitación de mi madre antes de su partida por las mañanas. Vestido y encaminado a su trabajo, le proporcionaba a mi madre el dinero que ella necesitaría durante el día. Le preguntaba por aquello que necesitaría, y tengo la impresión de que siempre le dio más. Creo que si recuerdo la escena no solo es porque reflejaba la generosidad de mi padre, que siempre fue un buen proveedor, sino por el hecho de que los billetes que mi padre le entregaba a mi madre eran todos nuevos, sin arrugas, como recién salidos del banco y ordenados según su valor, que comenzaba a distribuir comenzando con los valores más altos hasta llegar al extremo inferior. Formaban en su conjunto algo así como un arcoíris de papel moneda.

Posteriormente comprendí que mi padre desarrolló un interés especial por el dinero a

partir de un deseo de ayudar a su madre, y más ampliamente a su familia de escasos recursos; y me parece que en esta época, sintiéndose moderadamente rico, vivía este rol de protector no solo con placer, sino como algo implícitamente sagrado. Pero el orden y la bella presentación del dinero eran también consonantes con otros rasgos suyos, como su manera impecable de vestir, su enorme colección de corbatas y el gran cuidado con que se afeitaba. Afeitarse era para mi padre un poco como un rito. Tal vez sea el recuerdo más familiar que tengo de él antes de mi adolescencia, ya que antes de levantarme por la mañana podía oírlo afeitarse detrás de la puerta del baño, y no eran solo los sonidos que me llegaban, también algo del perfume de jabón, y algo del calor generado en el cuarto de baño, donde llenaba el lavatorio hasta el borde con agua y luego iba dejando en ella la espuma de su rostro. Algunas veces lo vi afeitarse, y diría que su manera de hacerlo no era la usual. Era especialmente cuidadoso, y el rostro suave que lo caracterizaba era el resultado de que se afeitase dos veces. Se peinaba cuidadosamente hacia atrás y con una partidura central, usando gomina para mantener sus cabellos en su lugar y dejarlos brillantes. Imagino ahora que también el peinado y el deseo de tener mejillas perfectamente suaves reflejaran una intención amorosa. Más tarde supe que mi padre era muy aficionado a las mujeres (cosa que mi madre había aprendido a aceptar como un hecho de la naturaleza, sin resentimiento), pero me parece sentir que en todas estas conductas había también un deseo de hacer las cosas a la perfección o sobresalir.

Tengo un recuerdo temprano y doloroso de mis padres. Puedo verlos uno junto al otro una noche a los pies de mi cama, ella a mi izquierda y él a su derecha, elegantemente vestidos para ir al Casino Municipal, centro de la vida nocturna viñamarina y del turismo. No sé con qué frecuencia mi madre lo acompañaba, pero sin duda estas visitas eran una parte muy importante de las tardes después del trabajo. Me parece entender que esa noche mi madre quería responder a mis ruegos de que no me dejaran solo, pero mi padre respondió a su vacilación con algo así como: «¡Deja de preocuparte por el jodido niño!». Me sentí herido y decepcionado, como si nunca hubiera podido imaginar de mi padre una actitud tan poco amorosa.

Recuerdo otra experiencia decepcionante en esta casa que podría ser anterior: mi padre me había mostrado un reloj, y a mi pregunta de para qué servía me había explicado que para saber la hora. Le pregunté entonces qué hora era, y me respondió que las cuatro. Entonces quise una vez más saber la hora, imaginando que ahora sería diferente, pero le molestó que yo le preguntara algo que ya me había respondido. Por mi parte, no sabía

aún que el tiempo fuese tan lento, pero menos podía explicarle que mi pregunta no había sido tonta. Yo no sabía que mi padre, a quien imaginaba tan cariñoso, no podía ponerse en mi lugar por falta de interés en mi sentir, y que por ello yo no podría haberle explicado todo esto.

Otra decepción ocurrió cuando una mañana yo estaba comenzando lo que parece haber sido una pataleta en respuesta a mi madre, que me mandaba a lavarme los dientes. Me parece que mi rebeldía a propósito del lavado de los dientes fue algo reiterado. Yo lo postergaba y ella se impacientaba. Esta vez le pidió a mi padre que me disciplinara. Para mi sorpresa, me dio un bofetón en la cara, e imagino que fue la última de mis rabietas, pues, pese a haber sido un golpe más simbólico que violento, fue suficiente como para que me sintiese impotente ante la voluntad de ellos.

Tal vez porque ella nunca me hablaba de lo que sentía o pensaba, recibí con gran empatía lo que me dijo cierto día mientras bajábamos por la escalera que conducía desde el segundo piso a la sala de estar, una amplia escalera adornada con raras cerámicas precolombinas. Debe haber sido una conversación muy breve, pero me tocó especialmente sentir que a mi madre le importaba mucho lo que me decía, que era además diferente de todo lo que había oído de nadie hasta entonces. Se trataba de una persona muy mala que estaba matando a mucha gente buena, y su nombre era Adolf Hitler.

En esa época se suponía que me correspondía dormir la siesta en mi habitación del segundo piso mientras mi madre recibía a gente en la sala de estar. Escuchaba sus voces en la distancia, pero me gustaba hablar conmigo mismo, con mi osito de peluche o con algún compañero imaginario. Incluso muchos años después, ya adolescente, recuerdo haber observado que gran parte de mi pensamiento tomaba la forma de una conversación en la que guiaba con mis consejos a una especie de *alter ego*, a quien daba instrucciones como a un niño al que se le explica cómo se hacen las cosas.

Creo que fue en compañía de este otro yo que, después de la revelación de mi madre, empecé a castigar a Hitler, a quien tuve prisionero en una jaula de hierro. Ya no sé si le había escuchado a mi madre decir que debía ser castigado o fue mi propia iniciativa, pero sentía que no bastaba con que lo matase: debía torturarlo, y para ello utilizaba agujas o hierros candentes. Pensaba que no había tortura que compensara el dolor que estaba causando. Me parecía normal querer equilibrar las cosas. Pero, aunque mi fantasía pueda parecer una expresión de odio, no recuerdo mi enojo, sino la visualización de

actos imaginarios. En retrospectiva, imagino que tal vez haya sido una buena cosa que mi madre, sin darse cuenta, a través de un momento de simple sinceridad, haya olvidado que era solo «el niño», y así me diera un implícito permiso para odiar.

Empecé a experimentar sentimientos más intensos cuando entró en nuestra casa, para cuidarme, una enfermera alemana. No había día en que no tuviese ocasión de enfurecerme con ella, y el estímulo más frecuente para mis rabietas era su excesiva insistencia en que no soltara su mano al cruzar la calle. No solo eso, sino además que caminase a su derecha o a su izquierda, según su preferencia del momento. Así como ocurría en casa de mi abuela con la alimentación forzada, me molestaba la interferencia con mi autonomía, sobre todo al sentir una exageración en su control, y que su motivación no era propiamente de protección sino un deseo de romper mi voluntad. Años después mi madre compartió conmigo que incluso le había ofrecido llevarme a su casa por unos días, para que así los métodos de persuasión más fuertes de su padre prusiano pudieran prevalecer sobre mi falta de cooperación. ¿Quién sabe qué habría sido de mí entonces?

Me gustaba sentarme debajo del piano cuando la enfermera se sentaba a tocar, y mirar por debajo de su falda. Creo que era algo casi cotidiano, como también lo era oler su ropa interior colgada en el baño. Pero su estadía se acabó. No recuerdo qué había precipitado su persecución, pero sí que me amenazaba y yo huía de ella entre los muebles de nuestra sala de estar, hasta que se me ocurrió disuadirla con una hermosa daga turca que tenía mi madre entre sus objetos decorativos. Apunté hacia ella la hoja afilada, sabiendo bien que no la atacaría, apenas estaba apostando por la probabilidad de que pudiera alarmarse lo suficiente para darle fin a la persecución. Y así fue: me dejó en paz.

Muy pronto desapareció de nuestra casa, pues tras escuchar su informe acusatorio mi madre decidió protegerme de su excesivo celo disciplinario. Solo vine a saberlo unos diez años más tarde, cuando cursaba el tercer año de humanidades y había dejado de ser un interno, durante una temporada en que compartí el dormitorio con mi madre en una casa diferente. Hablamos de muchas cosas, y me enteré de que, poco después de mi amenaza, la niñera se había quejado con mi madre, quien por fortuna había llegado a comprender que se trataba de una persona demasiado dura en su pasión disciplinaria.

Debo de haber tenido seis años cuando me dijeron que ya se acercaba el momento de ir a la escuela, y comencé a asistir a un colegio llamado The Hyslop, a unos diez minutos

de nuestra casa, más allá de la plaza central y la línea del ferrocarril. Al comienzo me asusté, pero poco después dejó de parecerme tan temible. A menudo me he preguntado por esta incongruencia: si la explicación estuviese en una imaginación catastrófica que no se vio confirmada por la realidad, o si la realidad era algo que había temido con razón pero ya para entonces había aprendido a anestesiarme y a entregarme en obediencia automática y pasiva.

A pesar de la enfermera alemana y el colegio, había en mi vida una sutil alegría de sentir la dedicación de mi madre a la casa, poniendo orden en las cosas, llenando con la ropa apropiada (y con la ayuda de la empleada doméstica) los amplios roperos contruidos en la parte superior de la pared junto a la escalera. Conservo un sabor paradisiaco de este recuerdo, que también volví a sentir durante la adolescencia, cuando una que otra vez estuve en cama enfermo y escuchaba a las mujeres de la casa en sus quehaceres. Recuerdo a mi madre dando instrucciones en la cocina. Seguramente ya lo había hecho antes, pero tal vez no había estado tan activa como cuando estaba poniendo en marcha una casa que podía considerar suya. Consignaré también un recuerdo que, sin ser triste ni irritante, debe haber influido mucho en mi vida. Un día, sentada mi madre ante la máquina de coser y conversando con la criada, compartió con ella su preocupación acerca de mi inteligencia. Era obvio que no podía concebir que yo, «el niño», pudiese comprender una conversación de adultos. A través de ello puedo darme cuenta como adulto cuánto me estuvo idiotizando. Le decía a su sirvienta que si yo resultaba ser un idiota, con el apoyo de la iglesia siempre podría sobrevivir como cura. Años después, en el transcurso de unas vacaciones de verano, mi madre y yo visitamos una granja de viejos conocidos. El padre de esa familia, que era un educador, explicó en la mesa cómo durante la niñez se había creído un idiota, y entonces reconocí que así había sido en mi caso. Nunca más los volvimos a ver, pero siempre recuerdo su apellido, Kusnetzov, y me pregunto si su explicación no fue una casualidad sino un acto sabio y caritativo.

He mencionado al arquitecto que construyó nuestra casa, Aquiles Landoff. Aunque mis recuerdos de él datan de un período posterior, sospecho que algo de mi bienestar estaba relacionado con su presencia en la vida de mi madre, a quien recuerdo haberle escuchado decir que se recordaba como una niña sentada sobre sus rodillas. A pesar de parecer una persona muy normal, lo percibí desde siempre como un ser extraordinario, diferente de cualquier otro en mi ambiente de la niñez. También recuerdo lo mucho que

me gustó su madre, Sara, cuando me visitó en casa de la tía Olga, antes de vivir en 6 Norte. Me regaló una cachimba de chocolate, pero ahora que busco describir esta imagen tan simple suya no hay palabra que me parezca tan apropiada como la de santa.

Landoff era un arquitecto bastante conocido, pero eso no fue lo más importante para mí, sino que —como alguna vez me comentó cuando me encontraba en la Escuela de Medicina— era el tipo de persona que podía ponerse de rodillas en cualquier momento para jugar a las canicas con los niños en la calle. También me parece (pese a sus comentarios cínicos acerca de la religión) que haya sido uno de esos santos invisibles de los que habla la tradición judía. Creo que debo haber tenido unos diez u once años cuando empezó a llevarme en su viejo Ford-T a visitar casas en construcción o negocios en los que debía hacer compras. Antes de partir hacía una lista de cosas que hacer, comprobando los artículos o los quehaceres a medida que iban siendo atendidos. En los sitios de construcción que inspeccionaba hablaba con los trabajadores, sugiriendo que una ventana debería ser más alta, por ejemplo, o acerca de los materiales que debían encargarse.

Nada de lo que he mencionado hasta ahora como fuente de bienestar o alegría podría decir que fuese algo interesante, hasta que una breve conversación con mi madre me hizo sentir algo así como una premonición vaga pero fascinante de la felicidad. Me encontré apenas unos segundos o tal vez minutos ante algo profundamente interesante. Una noche, mi madre y yo estábamos cerca de la puerta del pequeño jardín, detrás de nuestra casa, con la luna sobre nuestras cabezas. Seguramente como respuesta a una pregunta mía, ella me dijo que la luna era un enorme cuerpo celeste, y me explicó algo sobre otros cuerpos celestes suspendidos en el espacio, y también me habló acerca de la gravedad. Fue todo en un lenguaje muy simple, pero un mundo fascinante se abrió ante mí, y es como si desde entonces hubiera sentido el espacio que nos rodea como más profundo. Todo el mundo me pareció enriquecido por la intuición de la posibilidad de un conocimiento misterioso, profundamente satisfactorio y casi sagrado. Digo casi, porque no puedo decir que haya sentido lo sagrado durante mi infancia, pero junto al conocimiento universal que vagamente intuí, estuvo también la intuición de una profundidad sin límites: una calidad de experiencia que nunca había conocido ante ninguna experiencia de la vida ordinaria. Creo que este momento intrínsecamente significativo, que entrañaba además una promesa de un significado insondable, fue la semilla de mi futura vocación como buscador de la verdad, que al comienzo esperé

encontrar en la ciencia. Pasarían años antes de que me diera cuenta, durante mis estudios en la escuela de Medicina, que el conocimiento científico no iría a satisfacer mi anhelo, y más tiempo tendría que pasar antes de llegar a dudar de que pudiera satisfacerlo la filosofía, y que la mayor promesa para ello estaba en el conocimiento de mí mismo y en el conocimiento de gente sabia. Podría decir que todo partió en esos pocos minutos con mi madre bajo la luna. Y aunque bien podría haberlo olvidado, si no fuera por el empeño en recordar mi infancia, creo que su importancia habría sido la misma, pues objetivamente entró en mi conciencia ese día una aspiración a la omnisciencia.

LA ESCOLARIZACIÓN TEMPRANA

Antes de abordar la secuencia de mis experiencias en el colegio, quiero insertar a manera de paréntesis algunas consideraciones acerca de mi temprano desarrollo intelectual.

Supongo que la experiencia de asombro bajo la luna debe haber sido resultado de cierta disposición intelectual innata, así como de una inhibición de mi conciencia emocional. Imagino que, independientemente de mi inteligencia natural, debo haber desarrollado una disposición intelectual compensatoria, de manera semejante a los ciegos que suelen desarrollar un buen oído o una inusual capacidad de discriminación táctil.

Recuerdo vagamente ser llevado en los brazos de alguien —me parece que fuese Filomena, la nodriza—, mientras atravesábamos la Plaza de Viña hacia el puente por el que se llegaba al barrio residencial donde más tarde viviríamos. El hecho de ser llevado en los brazos me hace suponer una edad de apenas unos dos o tres años. A su izquierda caminaba mi madre, y mi padre aún más a la izquierda. Recuerdo aquel momento por la sensación que causó que yo apuntara hacia un cartel a nuestra derecha y por encima de nuestras cabezas (sobre el techo del Hotel O'Higgins), y dijese en voz alta la palabra Pipo. Imagino que no me acordaría de este episodio tan temprano de mi infancia si no fuera porque, al pronunciar la palabra (asociada al anuncio de aquellos años de una marca de cigarrillos), se produjo una conmoción en nuestro pequeño grupo. Aunque imagino que ni siquiera fuera el caso que supiese leer, sino que, más bien, apenas pude asociar la palabra Pipo con las grandes letras de ese anuncio, me pregunto si el entusiasmo despertado por mi prematura perspicacia no reforzó mi interés por las letras. Y por cierto durante mi primera infancia me interesaron las letras, en el sentido literal

del término, particularmente después de que mi madre, a la llegada de uno de sus viajes, me regalara un rompecabezas en el que cada letra estaba representada por un animal cuyo nombre comenzaba con el sonido en cuestión. Muy pronto supe juntar la larga serie de piezas de cartón entrelazadas y decir sus nombres: A para el águila, B para el burro, C para el camello, etcétera, y después solo necesité un mínimo de información para empezar a leer.

Mi madre me proporcionó esa información un día en que, sentados una vez más en el jardín (yo tendría unos cuatro o cinco años), me explicó cómo conectar los sonidos de las letras. No debe haber tardado más de cinco minutos, y me bastó solo esa lección para entender cómo leer. De hecho, cuando llegué al jardín infantil me sorprendió que la mayoría de los niños tuviesen dificultad para leer con fluidez, y se detuviesen vacilantemente entre una sílaba y la siguiente. Pero creo que la experiencia más novedosa de este kindergarten fue la de una clase en la que se nos enseñó una canción:

Hickory, Dickory, Dock.

El ratón subió por el reloj.

El reloj dio la una,

el ratón bajó corriendo,

Hickory, Dickory, Dock.

Nos enseñaban también otros poemas infantiles, igualmente absurdos y sobre todo incomprensibles, pero ¿cómo podría haber juzgado que eran absurdos sin haberme formado aún un concepto acerca de la distinción entre lo que es absurdo y lo que no lo es? Creo que el objetivo de la educación era precisamente el aprendizaje a partir de cosas sin sentido. Parecía que se esperaba de nosotros que nos acostumbrásemos a lo absurdo sin preguntar: ¿qué quiere decir esto? En todo caso yo estaba demasiado intimidado por la sensación de estar en un nuevo entorno como para poder imaginar siquiera la posibilidad de preguntar. Podría haber preguntado por qué el ratón subió por el reloj, o por qué se suponía que ello fuese divertido o digno de ser cantado. Parece que daba por supuesto que se trataba de una canción preciosa, y que por ello debíamos alegrarnos.

Diría que no me sentí ni feliz ni triste en ese colegio. Con buena voluntad cumplía lo que me indicaban que debía hacer. Es posible que esto haya contribuido a desarrollar una gran paciencia, que me ha servido para aceptar la pobreza de mi entorno en otros

momentos de la vida. Otro recuerdo del Hyslop es la valla de alambre que separaba el patio de la calle, tras la cual se agolpaban los niños esperando con impaciencia mientras agitaban sus manos y gesticulaban hacia sus padres, que venían a recogerlos después de haberlos dejado allí al comienzo del día. Esta imagen viva de cuánto ansiaban regresar a casa por las tardes me parece un símbolo de la vida escolar como frustración o al menos como privación de sentirse en casa y en libertad.

No pasé mucho tiempo en el Hyslop, pues cuando cumplí siete años me enviaron al Colegio Mackay en Valparaíso, donde poco después pasé a ser un interno. Cuando fui un poco mayor, me parecía extraño que me hubieran internado, ya que nuestra casa quedaba tan solo a veinte minutos. Se dijo que esta era la mejor escuela de inglés, y podría tener una buena educación; y es probable que de hecho fuera la mejor escuela en Valparaíso, una escuela privada concebida para la élite del mundo de los negocios y para los hijos de extranjeros. Pero imagino que mi madre estaba demasiado absorta en su vida social y profesional, por lo que el envío de su hijo a un internado parecía tan natural para ella, como para una dama del siglo XVIII dar a su recién nacido al cuidado de una nodriza.

Nuestro director era imponente y venerable. No era físicamente fuerte, pero a los ojos de un niño, su bigote, su cabello blanco y su expresión severa podían resultar intimidantes. Recuerdo habernos escondido en la perrera para evitar ser atrapados en el jardín, que estaba destinado a los directores de las escuelas y fuera de los límites para nosotros. Hoy puedo decir que míster George Robertson se parecía a Albert Schweitzer. Desde el principio de mi tiempo allí, él no gustó de mí, aunque yo no lo supe hasta muchos años más tarde, y entonces entendí mejor por qué me inspiraba tanto miedo.

Mi primer encuentro con aquel entorno escolar se produjo incluso antes de llegar al edificio de la escuela, cuando me encontré con los tres o cuatro niños de mi barrio que esperaban el autobús en la esquina de Avenida Libertad y 3 Poniente. Yo tenía que caminar dos o tres cuadras desde mi casa hasta la avenida principal y esperar con ellos el vehículo que nos llevaría desde Viña del Mar hasta Valparaíso y luego hacia lo alto del Cerro Alegre. Había dos cosas de estos chicos de la calle que eran nuevas para mí. Por un lado, eran agresivos, siempre tenían la intención de mostrar su poder unos a otros, al igual que los monos de Maslow, que inspiraron las especulaciones de Freud sobre la horda humana primitiva. Además estaban extrañamente interesados en palabras totalmente desconocidas para mí, que llegué a entender que estaban prohibidas y que eran «sucias».

Recuerdo haberle dicho a la dama que me bañaba esa noche (después de haber comprobado cuidadosamente la temperatura de la bañera, según las instrucciones de mi madre): «¿Sabes qué quiere decir coño?». Y puesto que ella afirmaba no saber, procedí a instruirla erróneamente: «El coño es el trasero». Luego añadí: «¿Y sabes qué es el pico? Es la caca». Ya había olvidado lo que me habían enseñado, pero ella seguía lavándose de forma natural, sin intentar corregirme o mostrar interés en lo que le decía. Ese fue mi primer encuentro con la cultura escolar, en la que continuaría siendo educado día tras día durante los períodos de recreo, donde nada parecía tan interesante para los alumnos como golpear a alguien, y yo mismo me veía involucrado en enfrentamientos de boxeo, que por lo general terminaban después de que uno u otro sangraba por la nariz.

Afortunadamente no lo hice tan mal y pude defenderme, con el resultado de que después de un tiempo me dejaron tranquilo. Pero me compadecía de los perdedores. Un niño francés llamado Ardouin, por ejemplo, cuyas reacciones eran un poco lentas, era fácil de golpear y se había convertido en alguien a quien se trataba como un idiota, y era objeto de escarnio por ser demasiado inhibido y pacífico. ¿Por qué los niños parecían disfrutar tanto de tratar a alguien como a un idiota? Supongo que la agresión implícita del ambiente educativo los volvía agresivos, pero me pregunto si acaso la idiotez fuese el insulto favorito en la medida en que nada estaba más prohibido en ese ambiente. También había un niño gordo del que era fácil burlarse, y mi reacción ante la agresión generalizada entre mis compañeros era de extrañeza. ¿Acaso por el aislamiento en casa de mis padres había desconocido algo intrínseco de la vida social de los niños? Sospecho que, lejos de ser una expresión de la vida normal de la infancia, la hostilidad era una expresión de aquello en lo que los niños se convierten en la escuela, donde la ira reprimida se origina en el contexto de un autoritarismo punitivo.

Tengo un recuerdo especial de mi vida temprana en el Colegio Mackay, aunque solo haya durado unos pocos días. Había un profesor norteamericano que era una persona con un estilo completamente diferente del personal inglés del colegio, rígido y exigente. Imagino que fue influenciado por John Dewey, y en lugar de reunirse con nosotros en la sala de clase nos llevaba al aire libre, donde se había construido una plataforma de madera y, tomando trozos de arcilla de una caja, iba construyendo de memoria el mapa geográfico en bajo relieve de América del Sur, con todas sus montañas y valles, bahías y costas. El resultado de esos días en que los alumnos rodeábamos en silencio al profesor provocó en mí un interés por la geografía que duró por el resto de mis días en el colegio.

Me produjo una gran sensación de bienestar y me sentí en un ambiente amoroso y saludable, que contrastaba con el miedo y la angustia que habíamos conocido hasta entonces y a los que debimos volver después de su partida.

Me parece que ya antes del final del primer año pasé a ser un interno. Al comienzo mi cama era una entre veinte o más, en una habitación larga similar a las de los antiguos hospitales. Solía haber algo de conversación entre nosotros después de que se apagaban las luces. Hablábamos de cosas prohibidas, y seguramente nos escuchaba con interés miss Mientje, la encargada, que se tomaba muy en serio su trabajo, al verse como seguidora de la famosa Florence Nightingale, enfermera celebrada por su heroísmo desinteresado.

Miss Mientje estaba muy orgullosa de su original sistema de evaluación de nuestro comportamiento. En una hoja situada en la cabecera de cada una de nuestras camas había dibujada una manzana dividida en siete segmentos radiales correspondientes a los días de la semana, y estos segmentos se iban colorando de verde, rojo o negro, según nuestra conducta. Yo solía mojar la cama durante las noches, lo que se traducía en un segmento negro, sin importar lo que yo hiciese durante el resto del día: ella me hacía sentir que era algo muy vergonzoso. Luego se realizaba cierto cálculo con esta manzana multicolor, que se traducía en una cifra que correspondía al número de golpes que nos daría en el trasero míster Robertson con su vara en su oficina. Debido a las partes negras de mis manzanas yo recibía bastantes castigos, y ello derivó en mi bajo estatus en la jerarquía de la escuela, y en mi pobre imagen de mí mismo.

Después de levantarnos por la mañana y cepillarnos los dientes, nos metíamos a las duchas, que eran muy frías durante el invierno, lo cual me ha dejado una aversión a las duchas por el resto de mi vida, en vez del gusto por la austeridad promovido por la educación a la inglesa. Una vez vestidos, nos reuníamos en el patio central, donde nuestro director nos inspeccionaba severamente, como un comandante que pasa revista a sus tropas. Por lo general yo estaba bien peinado, pero no lograba pasar el test de esta inspección matinal por un problema muy frecuente que a mi edad no fui capaz de resolver: agujeros en las medias. De nuestra ropa se encargaba miss Mientje, que la recibía de nuestros padres, y se encargaba de recoger la ropa sucia y distribuir la ropa lavada a intervalos regulares. Pero al parecer nadie reparaba mis calcetines, ni nadie me dijo que debía enviarlos a casa o pedir otros nuevos. Y nunca se me ocurrió tomar tal iniciativa, ya que me sentía parte de un régimen que, como una máquina, se suponía que

funcionase de acuerdo a una ley inalterable. Tampoco se me ocurrió decirle a míster Robertson por las mañanas que no era mi culpa que tuviese hoyos en los calcetines o que fuese responsabilidad de miss Mientje. Solo me sentía mal, culpable y sucio.

De aquellos primeros días en la escuela tal vez el otro recuerdo sobresaliente es el de mirar a la pizarra desde mi lugar cerca del fondo de la clase y ver algunos números sin entender lo que había que hacer con ellos. No parecía ser solo una cuestión de copiar. Cualquiera que haya sido la operación, fue algo comparable a *Hickory, Dickory, dock*: algo carente de significado.

Yo diría que fui un buen estudiante, en el sentido de haber sido capaz de hacer bien cosas absurdas, y si recuerdo esos momentos es por mi ansiedad por no entender, una ansiedad que se generalizó durante mi vida escolar temprana. No hace falta decir que también imaginaba que yo no estaba obrando bien. Pero para mi sorpresa, cuando llegó la ceremonia de final de año, me dieron el primer premio. Recuerdo que, después de recibir una copia de *Alicia en el país de las maravillas*, volví a mi mesa, ante la mirada de todos los padres reunidos en el patio central. Por lo tanto me di por enterado de que era un buen estudiante, aunque ello continuaba siendo incongruente con mi sensación de no entender. Vivía con una sensación de estar en un naufragio, procurando aferrarme a un salvavidas o a algún tablón flotante, pero a fin de año siempre era el primero o el segundo de la clase. Me parece que, a partir de entonces, estudiar no solo constituía una huida de un fracaso temido, sino también un esfuerzo que respondía a una hipótesis implícita: si soy un buen estudiante, ello dejará satisfecha a mi madre. ¿No me había enviado mi madre al colegio para que tuviese una buena educación?

Me incorporé al Mackay en segunda preparatoria y después de unos pocos días fui trasladado a la parte derecha de la sala, donde se sentaban los alumnos de tercera preparatoria, y al año siguiente pasé a cuarta preparatoria. Luego, sin pasar por quinta, me trasladaron a sexta preparatoria, donde por primera vez me encontré con profesores que me parecieron admirables. O más exactamente uno de ellos, llamado Perrin. También admiré a la profesora de ciencias naturales, la señora Castillo, que me llenó de entusiasmo por las cosas que enseñaba. Con su forma de hablar, de moverse y de enseñar, diría que Perrin me parecía un ser perfecto, y me transmitió un amor implícito a la perfección. También desarrolló un interés por mí, especialmente después de que en una composición libre le presentara una donde describía haber arrojado una moneda a los pies de un mendigo lisiado que luego hizo contorsiones impotentes en su intento por

recogerla. Quería saber si era una historia real, y le dije que sí lo era, mintiéndole. Imagino que no me creyó, pero apreció mi imaginación (aunque en retrospectiva, me pregunto si no debe haberse hecho preguntas por el hecho de que yo no hubiera sido más servicial hacia el pobre hombre).

Cuando la señora Castillo nos explicó el movimiento de los electrones en los átomos y de los planetas en el sistema solar, la idea de que un patrón similar se pudiese repetir en diferentes niveles me hizo sentir el ejercicio de una inteligencia mucho mayor que la de la mente humana, y aquello me fascinó casi tanto como en la temprana infancia me había fascinado la explicación de mi madre acerca de la gravedad y de los cuerpos celestes en el espacio. Poco después me encandiló la idea de la evolución. Recuerdo haber dibujado seres humanos futuros, con la cabeza de mayor tamaño y mandíbulas más pequeñas que las nuestras.

Hacia el fin de los años de mi internado en el Mackay, hubo una forma de persecución de carácter más policial, cuando se descubrió que algunos de nosotros habíamos instalado líneas de comunicación secretas entre nuestros dormitorios. Durante este tiempo dormíamos en pequeños cubículos separados por tablas de madera que no llegaban hasta el techo, y por encima de estos paneles habíamos instalado cables y enchufes, donde podíamos conectar micrófonos y auriculares que yo había obtenido en baratillos. Era yo mismo quien había concebido esta operación, y al parecer míster Robertson y míster McCloud disfrutaban jugando a los detectives, sacándonos de la cama poco después de la medianoche para someternos a interrogatorios con un foco de luz fuerte, como en el cine, y reteniéndonos durante largo rato mientras interrogaban a varios más en su búsqueda de la verdad. Mi papel como líder del proyecto de comunicaciones secretas atrajo, para mi sorpresa, un reconocimiento y protección por parte de aquellos que hasta entonces habían sido los líderes más evidentes del colegio, y esto sucedió como resultado de un descubrimiento: vertiendo un poco de mercurio en ácido nítrico, podía obtener un nitrato soluble que, vertido a su vez sobre monedas de cobre, las dejaba aparentemente convertidas en monedas de plata. Diría que para entonces ya me había comenzado a fascinar la ciencia, especialmente la química, y el prestigio del conocimiento me volvía ante mis compañeros un ser un poco extraordinario, un poco como un mago, lo cual estimuló en mí un deseo de llegar a ser una gran persona para poder algún día demostrarle a miss Mientje lo equivocada que había estado en denigrarme.

Hacia el final de mi tiempo como interno solía llorar en la noche, sin razón definida aparte de un anhelo de amor: y me parecía que si me entregaba por completo al sufrimiento llegaría hasta el agotamiento y la muerte. Durante este tiempo también imaginaba una mujer ideal que me amaría, y escribí algunos poemas un poco imitando a Amado Nervo, cuya poesía nos había sido leída con tanto entusiasmo por el señor Perrin.

También empecé a masturbarme en la noche, aunque no recuerdo si mi excitación sexual se relacionaba con las mujeres. Al mismo tiempo, sentía odio: principalmente hacia miss Mientje. Fantaseaba con que un día llegaría a ser un gran científico y ella vería mi grandeza, y esa sería mi reivindicación.

A un auténtico interés por el saber, entonces, se vino a agregar un interés en volverme una persona interesante, y ambas motivaciones deben haber estado presentes cuando, con el permiso de mi madre, empecé a instalar un laboratorio químico en mi pequeña habitación en El Retiro. Sobre todo disfrutaba de las transformaciones de azufre y mercurio, pero mi repertorio químico aumentó dramáticamente cuando el tío Ben, en una visita desde Estados Unidos, me preguntó qué me gustaría que me regalase para mi cumpleaños. Le pregunté si sería aceptable que le diese una lista de productos químicos, ya que me estaba interesando especialmente fabricar fuegos artificiales multicolores, y pronto le entregué una lista con una amplia gama de óxidos minerales, sales de mercurio, cobalto, selenio y otros elementos. El tío Ben me hizo un regalo magnífico, con muchos frascos con sustancias de diferentes colores y propiedades que pasaron a constituir el más interesante de mis juegos.

Mi aprendizaje autodidacta de la química tuvo como resultado cierta ventaja entre mis compañeros, y esto vino a ocurrir cuando recibí de regalo un poco de mercurio de alguien que lo había robado del laboratorio del colegio. Fue entonces que se convirtió en un pequeño espectáculo ver cómo, tras dejar caer unas gotas de mi líquido mágico sobre las monedas de cobre que me presentaban mis compañeros, se cubrían estas de una espuma burbujeante que, después de ser eliminada, revelaba cómo en cosa de un par de minutos habían cambiado de color. Aunque nunca pretendí transformar el cobre de las monedas en plata, muchos se acercaron a mí durante los recreos para observar esta operación aparentemente mágica y que los proveía de relucientes monedas plateadas. Debo haberlo hecho con tantas como para que alguna vez recibiera como cambio, en algún negocio de Valparaíso, una de mis monedas de cobre amalgamado.

Otro aspecto de esta curiosidad científica fue el deseo de conocer los animales de mi

entorno. Me es difícil decir cuánto de ello fuese curiosidad y cuánto el impulso de un cazador, pese a que después de matar a un pajarito con una honda me negué a repetirlo. En estas aventuras me acompañaba y me guiaba un niño de mi edad en El Retiro, quien ya sabía encontrar grandes arañas y sapos que se habían instalado en cuevas abandonadas.

Especialmente me atraían los bellos lagartos, verdes o dorados, que pasaban por nuestra casa. Tanto que, en mi empeño por cazarlos, un día provoqué un incendio que destruyó buena parte de una pequeña casa, ubicada al fondo de nuestra propiedad, que servía como garaje, despensa y cuarto de nuestra empleada doméstica. Sucedió cuando yo estaba persiguiendo unos hermosos lagartos verdes y dorados que se ocultaban entre las grietas de los toscos bloques de granito que formaban los cimientos de la casa. Pretendía obligarlos a salir de su escondite llenando esas grietas con humo. Para ello arrugaba y encendía hojas de periódicos, calculando correctamente que no había peligro alguno de que los cimientos de piedra de nuestra casa se incendiaran por esta maniobra. No había previsto otro tipo de accidente: una repentina ráfaga de viento se llevó un fragmento de papel en llamas hacia unas zarzamoras silvestres que crecían en el acantilado junto al garaje. Muy pronto una amplia franja de esa pendiente cubierta de zarzas estaba ardiendo, amenazando la casita de madera, y nuestros intentos de apagar el fuego resultaban inútiles. Alguien llamó a los bomberos, pero antes de que llegaran, las grandes llamas de las zarzas en el acantilado alcanzaron los pinos que formaban una especie de pared en el límite entre el área de juegos infantiles al fondo del Hotel El Retiro y nuestra propiedad. Los pinos, por su resina, no menos inflamables que las zarzas, se convirtieron pronto en una especie de mecha encendida a medida que el fuego se acercaba más y más a nuestro frágil garaje de madera. Gran parte de ese garaje había ya desaparecido en el momento en que llegaron los bomberos, pero estuvimos todos aliviados de que nuestra casa principal —tal vez por la dirección del viento— no hubiera sido alcanzada por el fuego.

Me parece que mi madre le pidió al jefe de los bomberos que me asustase a través de un interrogatorio, después del cual me confinó en mi pequeña habitación-laboratorio durante varios días, donde disparé con mi pequeña pistola de juguete sobre los muebles, dejándolos llenos de pequeños agujeros. Un consuelo fue que, antes de que comenzara mi período de encierro, uno de mis compañeros en esta aventura me trajo el bello lagarto

verde que habíamos estado persiguiendo. Supongo que el humo abundante por fin lo sacó de su escondite, y entonces pude tenerlo como compañía en mi habitación.

Tal vez mi laboratorio químico, mi búsqueda de animales, mi afición a jugar con pólvora y sobre todo a sentirme un poco mago fueran una manera de compensar lo gris de mi existencia en el Mackay, en cuyo patio de cemento pasé una parte considerable de la infancia caminando en círculos como castigo por algún delito menor, como hablar español cuando solo estaba permitido el inglés, o hablar en la mesa, o murmurar a las espaldas de un maestro.

Durante el largo período de internado, que se extendió desde la segunda o tercera preparatoria al segundo año de humanidades, estuve entre aquellos a quienes convocaba nuestro director luego de la cena, mientras el resto leía silenciosamente en sus bancos. Él estimulaba nuestras habilidades aritméticas y nos ayudaba a resolver los problemas que él mismo nos asignaba mientras permanecíamos de pie a su alrededor. Se sentaba en uno de los bancos de atrás de la sala, y nada me hacía reír tanto como recoger un pelo o algún pedazo de pelusa de la parte posterior de su chaqueta sin que él se diera cuenta. Nos parecía un acto de gran audacia, y para mí era una expresión de rebelión que contrastaba con mi aparente conducta de buen chico. A menudo me portaba mal en cosas pequeñas: hacía muecas o hablaba en la mesa, donde estaba prohibido hacerlo.

Pero no se comprendería mi rebelión sin una explicación de algo que me sucedió, y cuyas consecuencias vine a conocer después de abandonar ese colegio. Llegué al Mackay contento por un estuche de lápices que me acababan de regalar y que mi padre había llenado con monedas de plata. Eran trece pesos. Recuerdo que ese mismo primer día desapareció el estuche de mi pupitre después de acudir a una llamada de la maestra. Cuando regresé a mi lugar, el estuche ya no estaba allí, y lo avisté sobre el pupitre de un compañero, Baburiza, a quien pronto percibí como un matón. Me acerqué a él, y me respondió con seguridad diciendo que el estuche era suyo. Entonces sentí que no había nada que pudiera hacer aparte de aceptar la situación, en lo cual ya tenía cierto aprendizaje. Regresé a mi lugar un poco decepcionado y tal vez preocupado, pero sobre todo convencido de que no volvería a ver ese estuche de lápices.

Después de llegar al colegio el segundo día de clases, me dijeron que el director quería verme en su oficina, lo cual me sorprendió gratamente, aunque no podía imaginar de qué se tratase. Fui guiado a un lugar que los alumnos no visitaban a menudo, una parte del colegio que me parecía algo misteriosa, porque le correspondía a los administradores y a

otros miembros del personal, un lugar algo más bello que el resto, separado de la puerta de calle por un corto pasillo con una puerta que comunicaba con una habitación tapizada de terciopelo rojo, donde se recibía a los padres de los alumnos; algo así como en los monasterios, donde los visitantes son recibidos en el umbral. Desde este patio ingresábamos a un pasillo que nos llevaba a nuestros espacios habituales, pero también estaba allí la oficina del contador, y el cuarto de miss Mientje. Al final de este patio también había otro pasaje, con bellos azulejos en el suelo, que llevaba a una región desconocida para nosotros, y justo antes de la esquina estaba la oficina del director, embellecida por una enredadera que contrastaba con la desnudez austera del entorno escolar. Ante la puerta del despacho del director me preguntaba si era una buena o mala cosa que me hubiese convocado, en lo que me pareció una larga espera. Cuando finalmente se me invitó a entrar, qué agradable sorpresa fue para mí ver que sobre el escritorio del director estaba mi estuche de lápices perdido.

—¿Es tuya? —me preguntó.

Con entusiasmo dije que sí, imaginando que este sería el final feliz de la historia.

—¿Hiciste este dibujo?

—¿Qué dibujo?

Me mostró la tapa de la caja, donde vi un garabato hecho con un lápiz, sin ser capaz de distinguir lo que representaba. Parecía un garabato caótico, y sobre todo lamenté que mi estuche ya hubiese perdido algo de su belleza. Le expliqué que no había sido obra mía, agregando con pesar que durante el día anterior el estuche estaba completamente nuevo e intacto. Pero él no aceptó mi negativa a reconocer que había hecho una cosa aparentemente terrible. Tímidamente le pedí permiso para mirarlo de nuevo, deseando poder entender lo que era tan censurable en ese dibujo, aunque sin lograr discernir el contenido sexual que intuía por el reproche. Ni siquiera lograba comprender si se trataba de un sexo masculino o femenino, y todo lo que podía ver era un caos de líneas que imaginé como la representación de pelos. El interrogatorio debe haber durado unas dos horas, porque míster Robertson no quería soltarme antes de obtener mi confesión. Se estaba convirtiendo en tal tortura mi incapacidad de satisfacerlo que, con la esperanza de ser liberado, admití por fin haber hecho el dibujo. Pero esto no bastó para que el interrogatorio terminase, porque míster Robertson ahora quería saber si yo hacía tales dibujos en mi casa. Y ya que a veces yo dibujaba cosas en las baldosas blancas del cuarto de baño (que luego podía borrar con un dedo y un poco de saliva) lo admití. Pero

solo me refería a dibujos y no a garabatos obscenos, y nuestro director no parecía dispuesto a creer que mi madre me dejara hacer una cosa tan terrible. Entonces convocó a mis padres a la escuela, y habló con nosotros tres en ese pasillo lateral oscuro junto a la entrada. Mi madre se mostró muy sorprendida al escuchar la declaración del director sobre mi fea confesión, pero no me habló del asunto hasta muchos años más tarde, cuando yo tenía unos doce o trece años. Había ya salido de la condición de interno y tenía más contacto con ella.

—¡Ahora entiendo! —me dijo.

Y supe que mi madre me habría apoyado si yo hubiera insistido en mi inocencia. Pero de niño nunca imaginé que podría invocar el apoyo de mis padres, ya que parecía vivir en una especie de isla que no los incluía, y la idea de que me pudiesen defender no entraba en mis cálculos.

Solo cuando dejé de ser un interno pude sentir por contraste el gran empobrecimiento vivencial que había sufrido durante mis años en el Mackay, en relación a esta nueva experiencia del mundo exterior, donde sonaba el teléfono, se establecían amistades y hasta conversaba un poco con mis padres y podía escuchar la radio. Y entonces pude comprender de cuánto había sido privado, y supe que sin saberlo había sido fuertemente perseguido.

Esto ocurrió después de dejar el Mackay, cuando trabé amistad con Mario Santander, uno de los estudiantes más antiguos de ese colegio, con quien míster Robertson conversaba, quien me contó que nuestro temido director siempre pensó que yo era un mentiroso. Y no es difícil comprender que ese haya sido su veredicto, después de un interrogatorio tan perspicaz ocurrido durante mi segundo día en el colegio, en el que preferí declararme culpable a sufrir la tortura de sus acusaciones interminables y su inflexible convicción acerca de mi inmoralidad.

UN PRIMER RITO DE PASAJE

*A eso de los once años
mi padre me llevó consigo
en un largo viaje por mar
a bordo de un barco chileno
llamado El California,
que está ahora en el fondo del océano.
Como tesorero de la provincia de Valparaíso,
uno de los grandes puertos marítimos del Pacífico,
mi padre parece haber tenido contacto
con muchos de los empresarios de las compañías de
navegación.
Ya se tratase de amabilidad y simpatía respetuosa
o a que la gente le debía favores,
sentí de niño
que estos y muchos otros comerciantes de la ciudad
estaban dispuestos a complacerlo.
Así lo percibí en las ocasiones en que caminé junto a él
por las calles de Valparaíso,
donde era muy común
que la gente lo saludara de manera cordial y respetuosa,
levantándose el sombrero.*

*Una vez me llevó a una joyería,
para que le eligiese un regalo para mi madre,
y vi que no fue necesario que mi padre pagara
por el brazalete de oro,
pues el comerciante
se declaró en deuda con él y dispuesto a servirlo
como mejor pudiese.
En virtud de tal influencia
no solo obtuvo mi padre pasajes en El California
para nosotros dos, sino que también para Luz Concha,
buena amiga de mis padres, que para entonces
ya había entablado amistad conmigo.
Y no solo para ella,
también para su hermano Valentín.
Íbamos todos a México a reunirnos con mi madre,
que tras algunos meses en Estados Unidos
regresaría con su amiga Elisa Bindhoff.*

*Pero antes de decir más sobre mi viaje
debo abrir aquí un paréntesis
para explicar que mi madre había viajado a Estados Unidos
durante la Segunda Guerra Mundial
cuando era difícil viajar
para socorrer a su gran amiga Elisa,
a quien vagamente recuerdo desde mi primera infancia,
cuando colaboraba con su hermana Cora
en un grupo de eurítmica para niños
al que me habían enviado.
Era ella tan hermosa como Greta Garbo,
y era querida y admirada
por gente que más adelante yo llegaría a conocer
(como Rafael da Silva, que la consideraba «encarnación del
espíritu de la música»).*

*Pero había entrado ella
en mi propia vida
cuando en compañía de su hija Ximena
alojó con nosotros durante una temporada en Quilpué.
Ximena fue como una ráfaga de aire fresco en mi vida.
Un poco mayor que yo,
y una compañera como nunca antes había tenido,
me enseñó a pescar,
a cazar mariposas,
a recoger piedras bellas o extrañas y a armar un insectario.
Fueron días felices
a mis ocho o nueve años de edad,
de una manera en que la felicidad
se me haría más evidente en la distancia del recuerdo
por su contraste con el resto de mi vida.*

*Al año siguiente de la temporada de verano con Ximena
mi madre tuvo un sueño
en el que Claudio Arrau la llamaba por teléfono
para decirle algo importante acerca de Elisa,
pero la comunicación se había vuelto inaudible
sin que pudiese escuchar otra cosa
que la repetición del nombre de Elisa
cada vez más débil,
como desde una distancia creciente.
Tan afectada por este sueño estaba al despertar,
que recuerdo cuando lo compartió con mi padre y conmigo
en la mesa del desayuno,
y allí estábamos sentados cuando sonó el teléfono
y recibió una llamada real de Rafael,
amigo y colaborador de Arrau en la escuela de piano de
Nueva York,
con la noticia de que Ximena se había ahogado*

*en un campamento de verano,
y en su desesperación Elisa
había intentado quitarse la vida.
Había sido rescatada,
pero al extraerle del estómago
el narcótico ingerido
algo de lo regurgitado había pasado a sus bronquios y
pulmones
y había estado en un estado crítico por la infección pulmonar.
De esta también había sido salvada
por la afortunada circunstancia
de que venía de descubrirse la penicilina,
pese a no haber entrado aún en el mercado.
Aun así, los amigos estaban preocupados
por su falta de interés en seguir entre los vivos.
Y Arrau y Rafael pensaban
que solo la compañía de mi madre
podría rescatar a Elisa,
devolviéndole el deseo de vivir.
Y mi padre,
siempre dispuesto a apoyar los deseos de mi madre,
consiguió que ella pudiese viajar en avión a Nueva York
cuando no solo los vuelos eran raros,
sino que el permiso para volar era difícil de obtener.*

*La historia de la estancia de mi madre en Nueva York
resultó ser un episodio especialmente significativo en su vida,
particularmente por lo que sucedió un día
cuando, ya de vuelta del hospital,
comían con Elisa en un pequeño restaurante cerca de su
apartamento.
En una mesa cercana se sentaba,
noche tras noche,*

*un caballero desconocido
que miraba a Elisa con fascinación,
aunque ella no tenía ojos para lo que la rodeaba.
Mi madre se había percatado
de este hombre que parecía hipnotizado
por la visión de su amiga,
y una noche después de comer
se encontraban junto al cajero a la salida
y ella tomó la iniciativa de establecer contacto con el desconocido
que esperaba tras ellas
y que animado por su gesto cordial
le formuló a mi madre la pregunta
que parecía arder en su mente:
¿Quién es ella, cuyos ojos miran desde más allá de esta vida?
El desconocido no era otro que André Breton,
entonces considerado el Papa del surrealismo,
y aquel encuentro llevó a una amistad con mi madre
y a una historia de amor con su amiga,
que era precisamente lo que necesitaba Elisa
para volver a interesarse en la vida.*

*Mi madre,
sintiendo que había cumplido providencialmente con su misión,
viajó al Puerto de Manzanillo en la costa mexicana,
al cual nos encaminábamos con El California.
Allí Elisa se unió a nosotros,
y cuando el barco dejó el puerto
compartió conmigo el camarote.
Ella estaba muy absorta en su mundo interior
y yo era demasiado joven o tímido para interpellarla,
de modo que mi recuerdo principal es el de mirarla
por la noche por el espacio entre las cortinas de mi litera
cuando ella me creía dormido,*

*y ver su espalda desnuda
con la larga cicatriz de su reciente cirugía de pulmón,
mientras ella permanecía largamente frente al espejo
antes de acostarse. Pero solo por unos días,
pues pronto decidió regresar a Nueva York
para acompañar a Breton en su regreso a París,
donde sería su mujer por el resto de su vida.
Allí los visitaría años después,
siendo ya estudiante de Medicina,
en rue Fontaine 42, cerca de la Place Pigalle.*

*De Manzanillo recuerdo los colores vivos,
un hotel amplio y un gran papagayo,
pero lo más importante que recuerdo
tuvo lugar a bordo,
después de que mi padre me diera una lata de malta
y mi madre, escandalizada de ver en mi mano una cerveza,
me ordenara perentoriamente dejarla.
Me disgustó intensamente mi madre en ese momento,
como nunca antes
tal vez porque,
acostumbrado a la permisividad de mi padre
durante las últimas semanas de viaje hacia el norte,
había olvidado la mente policial de mi madre.*

*Mi padre se había convertido en la persona más popular,
muy querido por los pasajeros y por la tripulación,
como había revelado
su elección para el papel de Neptuno
en el rito tradicional al cruzar el Ecuador.
Sintiendo ahora el fuerte contraste entre ellos,
mi madre me molestaba
con su insistencia en que dejase esa lata de cerveza de malta,*

*con su vena puritana
que de pronto se me hacía manifiesta.
Cuando ya estábamos en alta mar,
un niño mexicano de mi edad se burlaba de mí
por mi interés en una chica,
con quien yo había trabado amistad en el viaje desde Chile.
Era la hija de un argentino que viajaba con su esposa,
con ella y con otros dos hermanos, y me había encantado
su dedicación a su familia y su manera informal pero atenta
de explicar las cosas
como un maestro,
pero también con entusiasmo,
tan diferente de mi propia experiencia en casa.
Recuerdo, por ejemplo, cuando rodeado de todos nosotros
en su asiento en la cubierta
pacientemente desenredó un cordel
que una de sus hijas no lograba desenredar
repitiendo de vez en cuando:
la verdad nunca está lejos.
En cuanto a la chica más joven, mi único recuerdo
es de una noche en la que me había invitado a su camarote
y había comenzado a desnudarse mientras hablábamos,
como seguramente hacía siempre entre los suyos
antes de irse a la cama.
Cuando se desabrochó el cinturón,
me sentí lo suficientemente incómodo como para disculparme
de quedarme hasta
más tarde.
Imagino que interpreté su familiaridad como expresión de su
interés en mí,
y esto a su vez, imagino, intensificó mi interés en ella.
Pero al parecer había sido un error compartir mis sentimientos
con mi nuevo amigo*

*mexicano,
que ahora se burlaba de mí de manera indiscreta,
y yo no quería que sucediera ante sus ojos y oídos.
Me había dicho este niño de Veracruz
que en su ciudad natal se le permitía llevar un arma,
y aunque no sabía si creer en ello,
supongo que la idea que me había formado de él
como uno que no se deja fácilmente intimidar
pudo haber sido el estímulo para lo que hice
cuando nos acercábamos a la intersección entre dos corredores
de la nave:
reaccioné ante su burla empuñando el cuchillo
que recientemente había adquirido en Guatemala
y me dirigí hacia él sin inmutarme.
No recuerdo ya lo que siguió,
pero sí que mi maniobra funcionó
no menos de lo que había funcionado
con mi enfermera alemana cuando más pequeño.
Entonces no solo Elisa tomó un avión desde Panamá,
mis padres también,
de modo que continuamos el viaje hacia Chile por avión
y pensé que esto había sido consecuencia
de mi comportamiento vergonzoso.
No sabía si los había avergonzado
ante el resto de los pasajeros
o si había sido objeto de reproche
ante las autoridades de la nave;
y así seguí pensando hasta que, ya de vieja,
mi madre se sorprendió ante mi recuerdo de esos días
y me aseguró que había sido
mi propia fantasía.*

El viaje a bordo de El California

*a los once años
dividió mi vida en un antes y un después:
dio lugar a mi encuentro con mi primer amigo verdadero,
quien fue también mi preceptor
y despertó mi mente de buscador,
y tuvo un efecto comparable
al de esos ritos de pubertad primitivos
en los que se aleja a los jóvenes del mundo de su madre
para ponerlos en contacto con el mundo de los hombres.
Nunca había estado tan cerca de mi padre como en esos días,
sobre todo cuando en el viaje hacia el norte
me llevaba a sus habituales reuniones, después de la cena,
en la cubierta superior, junto a la oficina del telegrafista,
con los oficiales de la nave,
donde circulaba un tazón de ponche y con frecuencia
sentí sus efectos en mi cuerpo
(aunque curiosamente no en mi mente),
ya que con frecuencia
al retirarme
vomitaba por la borda.
Mi padre nunca probó bebidas alcohólicas,
pero parecía ver con aprobación que aceptase la bebida,
como si fuera una parte de mi conversión en hombre adulto.
(Fue a través de estas reuniones con los oficiales
y no en el colegio cuando me interesó
hablar bien el inglés:
comencé a apreciar el hecho
de ser capaz de utilizarlo para comunicaciones reales
más allá del contexto académico).*

*Debido a este viaje en El California, falté a más de la mitad
del año escolar,
por lo que a nuestro regreso mis padres decidieron*

*no enviarme de vuelta a la escuela,
donde estaría fuera de sintonía con mis compañeros de clase.
Se pusieron en contacto con un antiguo compañero de escuela
de mi padre,
un maestro popularmente conocido como el Loco Valdés.
Le pidieron que viniese a quedarse con nosotros
en la casa de campo que recientemente habían construido en
El Retiro,
donde podría ser mi preceptor y prepararme para los exámenes
al final del primer año de escuela secundaria.
El Retiro es un pueblo contiguo a la pequeña ciudad de
Quilpué,
a unos treinta minutos en tren de Valparaíso.
Nuestra casa fue construida en el borde de un pequeño
acantilado
que marcaba el final de la gran zona de juegos del Hotel El
Retiro.
Debido a este acantilado
y a un pequeño pantano infestado de mosquitos en su extremo
inferior
a mi padre se le ofreció la tierra a bajo costo, y la compró.
A esa compra le siguió la construcción de una casa de verano,
con muros sucesivos de retención, tramos de escaleras
y jardines colgantes en pendiente abrupta.
Todo esto llevó después a la creación de un huerto de dos
yardas por encima del río.
La propiedad era de más o menos una manzana de longitud
y comprendía todo el ancho del pequeño valle,
a través del cual fluía, en medio de los arbustos, el Marga Marga,
un estero antes frecuentado por los invasores españoles en
busca de oro.

Más allá del valle, al pie de una cadena de colinas,*

*el Loco Valdés y yo caminábamos cada mañana
y en estos paseos él me enseñaba
sobre la tierra y los minerales,
sobre las plantas y los animales
y temas más generales como las matemáticas y el francés,
que se suponía que yo debía aprender en la escuela.
Lo más importante de la charla del Loco
era lo que estaba más cerca de su corazón:
libros espirituales, la vida recta, la medicina natural.
Fue un buscador culto que hablaba conmigo como un amigo
y de hecho se convirtió en mi mejor amigo durante toda mi
adolescencia.*

II. ADOLESCENCIA

MIS AMIGOS Y LOS DE MI MADRE

La amistad con Carlos Valdés, el Loco, fue una experiencia que se situaba en un nivel diferente de las relaciones convencionales y banales que había conocido con mis compañeros de clase. Me parece haber buscado antes algo similar en la amistad de un primo mayor (cuyo nombre no recuerdo) que visitó durante algunos días la casa del tío Agustín, el esposo de tía Olga. Pasamos algún tiempo juntos en el gran jardín de esa casa y creo que la diferencia de edad (siendo él tres o cuatro años mayor que yo) fue mi principal incentivo. Aprendía de él cosas muy diferentes de las que aprendería después con Valdés, pero ahora solo recuerdo una cosa acerca del contenido de nuestras conversaciones: había investigado cuidadosamente el crujido del piso de su casa, utilizando tiza para marcar los lugares que pudieran delatarlo cuando entraba o salía de la casa durante la noche. No lo vi más después de aquellos días, y siendo adulto joven me enteré de que había perdido la vida en una ronda de ruleta rusa.

Mi camaradería con los hermanos Cruz, ambos médicos, parecía ajustarse al mismo patrón de una afinidad especial con los hombres adultos, que al parecer significaban para mí un potencial de aprendizaje. Y puedo afirmar cuánto más me interesaron los varones adultos que las mujeres. Luz, por ejemplo, después de entablar una gran amistad con mi madre, se interesó mucho en mí y, a pesar de que fue mi primera amiga en el mundo adulto, no me despertó la pasión de mis amistades con los hermanos Cruz y de su colega Tanenbaum. Nunca comprendí la iniciativa de Luz de acercarse a mí (ni llegué a entenderlo después), pues nunca pude imaginar que le fascinase escucharme hablar de mis verdaderos intereses, que eran cosas como observar las hormigas. De modo que, aunque con el paso de los años trabé una verdadera amistad con ella, semejante a la que

tuve con mi madre, basada en la conversación en torno al arte o la religión, no me bastó para entender que ella pudiera haber considerado interesante lo que un niño como yo le decía como respuesta a sus preguntas.

Después de nuestro regreso del viaje en *El California*, permanecimos en El Retiro, donde originalmente mis padres habían construido una casa para pasar las vacaciones. Recuerdo la presencia diaria de mi padre en casa durante la época en que Carlos Valdés estuvo con nosotros. Tal vez porque se tratase de una temporada de vacaciones para él. Lo recuerdo por las mañanas, cuando nos sentábamos en la terraza bajo un techo de totora y me preparaba una bebida de malta con huevo, ahora con el permiso de mi madre, que terminó por tolerarlo. Pese a lo aparentemente ordinario de este rito diario, en vista de que mi padre no tocaba el alcohol, era algo diferente de nuestra rutina.

Después de lo que debe haber constituido una temporada de verano en la que Carlos Valdés alojó en nuestra casa, mi madre cambió la posición de los muebles de la sala de estar, de modo que fuese más adecuada para las reuniones en torno a la chimenea. Durante los fines de semana la casa se llenaba de amigos que nos visitaban desde Viña. Y aunque me parece que Luz durante los días de nuestro viaje en *El California* me había enseñado a gozar las maravillas del agua fosforescente por las noctilucas y del verde esmeralda de la costa colombiana y los restos arqueológicos de América Central, también Carlos se fue volviendo un buen amigo, en cuya compañía me complací no menos que en la de su esposa. Así como Luz era una escultora que disfrutaba de todas las bellas artes con una intensidad contagiosa, y también una persona religiosa con una gran admiración por San Francisco, Carlos, que compartía la religiosidad de Luz, era también un melómano.

Me parece que, durante el año siguiente, cuando fui al segundo curso de la secundaria (esta vez no como interno, sino como medio pupilo que viajaba a la escuela por las mañanas y regresaba a casa por las noches), tuve la oportunidad de una vida social independiente, y entonces uno de mis grandes placeres era visitar la casa de Luz y Carlos en Chorrillos, en el borde de Viña del Mar, donde hablábamos, escuchábamos música y nos turnábamos para tocar el piano.

Supongo que fue Luz quien cierto día trajo a Carlos Poblete a casa de mi madre, y volveríamos a verlo muchas veces en compañía de su esposa y sus dos hijos. El mayor, Carlucho, tenía mi edad. También Carlos Poblete, que trabajaba en alguna oficina comercial, albergaba una fuerte pasión por la música, y le fue tan fiel a esta pasión que,

décadas más tarde, cuando se vio en la libertad de dejar el trabajo que había sido su sustento, se dedicó a enseñar música y a escribir un libro sobre su historia. Sus hijos también eran amantes de la música y, como yo había dejado el internado, pude asistir con ellos al Conservatorio Municipal de Viña, donde también trabamos amistad con Fernando Rosas, quien más tarde sería el fundador de la radio Beethoven. Juntos asistimos a las clases de teoría y solfeo en el bello entorno del Parque Vergara, en un edificio que el Museo Municipal de Arte compartía con el Conservatorio. También allí me matriculé en un curso de piano.

Era natural que por mi amistad con los hermanos Poblete visitara a menudo su casa, donde conocí a su madre y comencé a sentirme mucho mejor que en casa de mi propia madre. Ella parecía una mujer simple más que alguien interesada en la cultura, y llegué a amarla por una manera de ser que no podría haber buscado por no haberla conocido hasta entonces. Era alguien que mantenía una verdadera comunicación con cada uno en su familia, trataba a todos de manera natural y espontánea, y aunque no cabía duda de que sentía un gran amor por quienes la rodeaban, se trataba de un amor sin sentimentalismo ni afectación. Recuerdo que, sentado a su lado, deseé haber tenido una madre como ella.

En esta época Aquiles era otro de los visitantes habituales de mi madre. En un principio no me sentí más cerca de él de lo que había estado cuando niño, pero un despertar repentino de mi sensibilidad musical, después de ver una película sobre la vida de Chopin, atrajo su atención. *Canción inolvidable* me reveló cómo la música constituía el lenguaje de las emociones. De vuelta en nuestra casa en El Retiro, traté de imitarlo tanto como pude, leyendo las mazurcas y algunos preludios y fragmentos de la sexta polonesa, que me había llevado a las lágrimas. Le pedí a mi madre que me tocara una y otra vez los vales de Chopin. Mi nueva pasión por este compositor constituyó un gran estímulo para mi práctica de piano.

Un día, mientras tocaba uno de los preludios lentos de Chopin, se acercó Aquiles al piano y tras escucharme con atención me hizo algunos comentarios inspiradores. Con el tiempo comprendí cuán extraordinario era el talento de Aquiles. Para empezar, tenía el don de tocar todo de oído. Mientras que para la mayoría de nosotros era difícil recordar más de algún fragmento de la música de una película, después de salir del cine, al regresar a casa él podía tocar largos tramos. Más impresionante era que pudiese tocar de oído obras tales como las baladas de Chopin. Y más extraordinario aún era su don para

la improvisación. Nunca he escuchado a nadie improvisar tan bien, en un estilo que recordaba a Chopin, pero con sus propias innovaciones armónicas; y me extrañaba que con ese talento musical no se hubiese interesado en la música como profesión. Me impresionaban su talento y la explicación de que era amigo personal de Arthur Rubinstein, quien pronto se convertiría en otra presencia significativa en mi mundo a través de sus grabaciones, pues el mismo Aquiles me fue regalando poco a poco muchos de sus álbumes. Que la arquitectura fuese para él una verdadera vocación se me hizo más evidente un día, a los trece años, cuando me habló de su aparente obsesión por sugerirle a sus amigos que hicieran esto o aquello en sus hogares. «Al igual que un médico que no se puede contener de recomendarle a un amigo que se quite un grano de la nariz, no puedo contenerme de decirle a mis amigos que convendría poner un armario aquí o allá, o hacerle un cambio al techo», decía.

Una década más tarde, mientras caminábamos por la Plaza de la Merced de Santiago, Aquiles me dijo que sentía que su muerte no estaba lejos, y cuando repliqué con un comentario evasivo convencional, serenamente me aseguró que lo sentía en sus arterias. Y así fue como vino a confirmar su muerte. Pero parece que incluso después de la muerte le hizo un gran regalo a mi madre. Ellos habían acordado que quien muriese primero le avisaría al otro la verdad sobre la vida después de la muerte, y parece haber mantenido su promesa en forma no solo satisfactoria, sino impresionante. Se le apareció en un sueño que para ella fue más real que la vida ordinaria. Entonces ella albergó una fe en la inmortalidad más sustancial que cualquier argumento, y esto a su vez la abrió hacia el siguiente paso en su desarrollo.

Apareció entre nosotros Federico Heinlein, musicólogo alemán que muchos años más tarde se convertiría en un conocido crítico musical. Debe haber tenido unos treinta años cuando llegó de Argentina, después de que su familia perdió su fortuna en tiempos de Perón. Poco después de su llegada, Luz lo conoció en casa de Gabriela Gildemeister (alma del principal epicentro cultural en Viña), y se lo presentó a mi madre, quien le ofreció alojamiento en nuestra casa. También él se convertiría en un amigo de quien aprendí mucho sentado a su lado mientras tocaba el piano durante horas. Así como había escuchado con profunda emoción a Aquiles tocando música de Chopin, ahora escuchaba a Federico tocar las sonatas de Mozart y de Beethoven, y así me fui familiarizando con el repertorio clásico de piano.

Federico alojó en nuestra casa durante varios meses. Muchas veces lo escuché recorrer

las sonatas clásicas de principio a fin. También solía tocar Chopin a petición mía, pero se sentía en mayor comunión con los músicos alemanes. En el curso del tiempo lo llegué a conocer cada vez mejor, y fui sintiendo que era una persona muy especial, difícil de definir. Diría que lo que aprendí de él no se limitaba a la música. Al menos creo que aprendí de él la seriedad, con lo que no quiero decir que le faltase sentido del humor, pues era más bien alegre, sino una combinación de rigor y humildad y una pureza de intención que lo hacía más bien invisible.

Un día Luz contó que, caminando por Avenida Libertad, Federico podía observar que un corsé de damas valía 95 pesos y luego, en la siguiente manzana, encontrar una prenda idéntica con un precio de 97. Federico podía volver atrás para confirmar que no se había equivocado, y luego esta información precisa podía salir de su boca en la ocasión más oportuna, cuando las señoras estaban hablando sobre la compra de una cosa así.

Sin duda, era un rasgo de carácter el ser un gran observador y una fuente de información precisa acerca de las cosas más inverosímiles, pero lejos de hacer una exhibición de esta capacidad suya, como Sherlock Holmes en sus conversaciones con Watson, parecía sentir que era de buen gusto mantener un perfil bajo. Por esto, en el transcurso de los años, me preguntaba a menudo si él, que sabía tanto, se contentaba con ser tan desconocido. Me sentí muy satisfecho al saber que cuando el célebre Erich Kleiber volvió a dirigir unos conciertos con nuestra Orquesta Sinfónica, delegó en Federico algunos ensayos parciales. Pero hablar de talento, perspicacia, humildad e invisibilidad no llega a explicar que hubiera algo tan especial en él.

Con la perspectiva que da el paso del tiempo fui capaz de apreciar el gran legado que me había dejado mi madre: heredar la amistad de sus amigos.

Todavía tengo que incluir a otra pareja: Freddy Wang y su maravillosa esposa Eva María, de quien hablaré más tarde. Freddy fue concertino en la Orquesta Nacional. Después de trasladarnos a Santiago, cuando tenía yo unos quince años, los empezamos a ver con frecuencia.

Pero si tuviera que representar a mis amistades de la adolescencia en un bajo relieve, aún no he dicho nada acerca de los que se convertirían en mis amigos más cercanos después de Carlos Valdés: dos adolescentes unos pocos años mayores que conocí tiempo después.

Antes de que tuviera la oportunidad de conocerlos, a menudo los había visto a la distancia, y me preguntaba quiénes podrían ser esos hombres que caminaban a lo largo

de la cresta de la colina frente a nuestra casa, cada uno con un garrote al hombro. Incluso los había visto desde más cerca un día, cuando pasaron por la calle ante nuestra casa, y me llamó la atención que sus sombreros de paja estuviesen abiertos en la parte superior, porque los volvía objetos meramente decorativos. Un día, al regresar de uno de mis paseos, mi madre (que había compartido hasta ahora mi curiosidad) me dijo que había conocido a los jóvenes en cuestión. Se habían detenido frente al jardín de nuestra casa y le había llamado la atención su conversación: se preguntaban acerca de la familia botánica de cierta planta y usaban términos botánicos muy técnicos en su discusión. Intrigada, había salido a su encuentro y, asombrada por su cultura, había deseado que fueran mis amigos. Me explicó que estaban viviendo con su madre a cien metros de nuestra casa, en la esquina siguiente, donde se quedarían allí por el resto de sus vacaciones de verano, y que yo podría ir a verlos en cualquier momento.

Me pareció de interés reunirme con ellos y me acerqué enseguida a ese lugar, que era una casa de madera simple, rodeada de una propiedad bastante extensa, y adornada por un parrón del que colgaban los racimos de uvas. Allí estaban los hermanos Maturana, Draco y Chicho, y al verlos seguí caminando hacia la puerta, pero bromeando me dijeron: «No, la puerta está aquí», señalando el cerco de alambre que delimitaba la propiedad, donde podía verse uno de los tres alambres de púa estirado para dejar pasar a más de alguno que había preferido no esperarse a seguir caminando alrededor de la esquina hasta el portón de entrada. Entendí sus risas como un equivalente de «aquí hacemos las cosas de manera equivocada». Y como para aquel entonces ya había adquirido bastante experiencia en atravesar vallas de alambre durante mis largos paseos por los cerros, que se habían vuelto parte de mi vida, lo hice con mucho gusto.

Chicho —que se ha convertido en un biólogo famoso y que, habiendo dejado su apodo de la infancia, se ha vuelto mundialmente conocido como Humberto Maturana— había encontrado el día anterior los huesos de un gato en un arroyo. El agua los había lavado quizás por cuánto tiempo, y Chicho, que ya entonces tenía cierta actitud profesoral, no perdió tiempo en instruirme sobre cuán notable solvente es el agua. Ya se había cerciorado de que ninguno de los huesos del gato faltaba y se disponía a reconstruir el esqueleto del animal. Su pasión por la ciencia resonó con la mía, y ello contribuyó a que nos volviéramos amigos, pero también se hizo presente el estímulo de la diferencia de edad, porque era algunos años mayor que yo.

Draco, el mayor de los hermanos, ya era pintor, y me asombraba la capacidad que

tenía de dibujar figuras miguelangelescas sobre el polvo de la calle contigua. Había asistido a una escuela en Santiago que hacía posible que los aspirantes a una profesión artística pudieran dividir su tiempo entre el arte y un programa académico especialmente diseñado, y era evidente que no era simplemente una persona con un oficio, sino con un gran talento.

Me pareció desde el comienzo que tenían algo especial los hermanos Maturana, que les venía de la crianza que les había dado su madre, Olga Romesín, a quien pronto llegué a apreciar como una mujer extraordinaria por su pensamiento desprejuiciado, su activismo social, su sabiduría y, añadiría hoy, por su salud mental. Tenía consigo a otros dos hijos pequeños, una niña y un niño, de un padre diferente (un poeta de apellido Mayorga a quien llegué a conocer y que permaneció uno o dos años con ella). Draco, Chicho y yo nos volvimos inseparables. Pasábamos gran parte de nuestros días juntos, ya fuera caminando por los cerros o por las calles, o en una u otra de nuestras casas; y nuestra amistad continuó hasta más tarde, cuando mi madre y yo nos mudamos a Santiago, donde vivían durante todo el año.

Tenía, pues, tres amigos cercanos: Carlos, Chicho y Draco. Ellos representaban la mística, la ciencia y el arte, respectivamente, y su presencia en mi vida de adolescente es un símbolo de estos intereses que desde aquel tiempo coincidieron en mí.

Cuando nos trasladamos a Santiago pude seguir viéndolos a todos, aunque en el curso de mi vida me sintiera más cerca de uno u otro. Draco después estudió ingeniería, y gracias a ello pude aprender con gran deleite acerca de la relatividad, el espacio-tiempo y las ecuaciones de Minkowski, pues el entusiasmo que sintió al asistir a las clases de un profesor llamado Julio Guerra lo motivó a compartir conmigo un largo artículo sobre el cronotopo. Fue él quien durante nuestras temporadas en Quilpué me enseñó a usar acuarelas.

Con Chicho habría de tener mayor contacto cuando coincidimos años más tarde en la Escuela de Medicina, pese a nuestra diferencia de edad, pues el debió internarse un tiempo en un sanatorio por una tuberculosis pulmonar. A pesar de la afinidad de intereses, ya no me he sentido tan cerca de él. Después de convertirse en orgullo de su país por sus ideas sobre la biología del amor y otras, me parece que se ha vuelto una persona excesivamente intelectual.

En cuanto a Carlos, que había sido tan importante en mi vida, nuestras visitas se fueron reduciendo a medida que me hice mayor y me absorbieron nuevas amistades. La

última vez que lo vi yo estaba en la Escuela de Medicina y su esposa, a quien no había conocido, me dijo que estaba enfermo. Acudí a su casa por primera vez y vi cómo se mantenía sentado, aferrándose a una cuerda atada a los pies de su cama. Me pareció una reencarnación de Don Quijote. Lo puse en contacto con un joven profesor de gran talento de quien me había convertido en esos tiempos en un fan, Hernán Orrego. Diagnosticó insuficiencia cardíaca con varias complicaciones y lo hospitalizó, aunque no vivió mucho más tiempo. Me conmovió luego la iniciativa de su viuda de abrir una modesta cuenta de ahorros para mí. Lo tomé como expresión de cuán importante había sido yo para Carlos pese a nuestros años de separación.

NOS TRASLADAMOS CON MI MADRE A SANTIAGO

La casa de El Retiro fue ampliada para poder usarla durante el año entero, no solo en las vacaciones, y allí permanecimos hasta el final de mi tercer año de humanidades. Por la mañana viajaba de Quilpué a Valparaíso en tren, y regresaba por la tarde. Recuerdo este año como más feliz que ningún otro hasta entonces, ya que estaba atravesando la primavera de la pubertad en un lugar de gran belleza, en compañía de amigos de excepcional interés y durante lo que parecía ser un tiempo en que la vida social de mi madre florecía.

Mis padres decidieron que al año siguiente mi madre y yo nos trasladaríamos a Santiago, y mi padre se quedaría en Viña del Mar por su trabajo en Valparaíso. Poco o nada se me explicó acerca de esta decisión, que lamenté profundamente, ya que no me pareció justificado que dejara atrás tantas cosas buenas en mi vida solo porque más adelante asistiría a la universidad en Santiago.

Cuando lo hablé con mi madre, sentí que mis padres eran apenas conscientes de lo que yo sentía, y después de hacerle algunas preguntas me pareció que nada de lo que dijera podría tener importancia para ellos. Y así el entorno natural idílico de El Retiro quedó atrás, excepto por algunas vacaciones esporádicas, al igual que el ambiente cálido de los amigos de mi madre y mi propio mundo personal. Años más tarde entendí que la separación geográfica de mis padres reflejaba un deseo secreto de mi padre de estar lejos de mi madre, y que ella, sin sospecharlo, se dejó persuadir por la noción razonable de mi padre de que Santiago sería un buen lugar para mi preparación para mis futuros años en la universidad.

No recuerdo ahora si mi madre llegó a darse cuenta de lo mucho que lamenté esa

mudanza, y de mi sentido de impotencia respecto de no ser considerado en su decisión, ni de mi decepción al descubrir que mis sentimientos no contaban. Tampoco recuerdo ningún embalaje, ni el viaje mismo. En la secuencia de mis recuerdos, la siguiente escena es estar en una pequeña pensión que mi madre y yo compartimos en el centro de Santiago, en una calle muy corta que corría entre la Alameda y otra por la que bastaba caminar unos pocos metros para llegar al hermoso Parque Forestal.

Fue un ambiente nuevo para mí, donde compartíamos nuestras comidas con los demás huéspedes. Uno de los pensionistas me permitía practicar en su piano durante su ausencia. Nuestro departamento era pequeño pero cómodo, y no muy diferente de lo que había conocido como el entorno de mi madre: muchos libros, su samovar en la sala de estar y dos dormitorios pequeños a ambos lados de un pasillo. Tal vez porque no teníamos una criada, vi a mi madre en la cocina con más frecuencia, y aprendí a valerme de los utensilios de cocina y la cocina a gas. Fue un placer que me instruyese en cosas tan elementales como hervir el agua para el té o freír huevos.

Lo que mejor recuerdo de este tiempo en la Pensión Namur fue el despertar de mi mente filosófica y compartir con mi madre especulaciones sobre temas como el libre albedrío, que veía tras el aparente determinismo de las partículas subatómicas. Ella, por su parte, estaba entusiasmada con el surrealismo, y con frecuencia se reunía con los representantes locales del movimiento. Quizás ver más arte que de costumbre me estimuló a dibujar rostros. Pero lo que me parece más importante de esa época fue un estado interior de calma y satisfacción.

Recuerdo cuando en compañía de mi madre visité por primera vez el prestigioso The Grange School, que se consideraba un equivalente al Colegio Mackay. Allí fuimos recibidos por el señor Jackson, el director, que no me llamó la atención, aunque me había conmovido el poema de Kipling enmarcado en la pared de la habitación donde lo habíamos esperado:

*Si puedes mantener la cabeza cuando todos a tu alrededor
pierden la suya y te acusan de ello;
si puedes confiar en ti mismo cuando todos dudan de ti,
aunque admitiendo también tus dudas;
si puedes esperar y no cansarte de la espera,
o siendo engañado no responder con mentiras,*

*o siendo odiado no dar cabida al odio,
y no obstante no parecer ni demasiado bueno ni demasiado cuerdo:
si puedes soñar y no dejar que los sueños te dominen;
si puedes pensar y no hacer de los pensamientos tu objetivo;
si puedes encontrarte con el triunfo y el fracaso
y tratar a estos dos impostores del mismo modo;
si puedes soportar oír la verdad que has dicho
retorcida por bribones para hacer una trampa para los tontos,
o ver las cosas por las que diste tu vida,
y agacharte y reconstruirlas con las herramientas desgastadas:
si es posible hacer un hato con todos tus triunfos
y arriesgarlo todo
y perder y empezar de nuevo desde el principio
y nunca una palabra sobre tu pérdida;
si puedes forzar tu corazón y nervios y tendones a jugar
para tu turno después de que se han ido,
y así resistir cuando no te quede nada
excepto la voluntad que les dice: «¡Espera!»;
si puedes hablar con multitudes y mantener tu virtud,
o caminar entre reyes y no perder el sentido común,
si ni los enemigos ni los buenos amigos pueden dañarte,
si todos cuentan contigo pero ninguno demasiado;
si puedes llenar el minuto
inexorable que lo recorren sesenta segundos,
tuya es la Tierra y todo lo que hay allí
y —lo que es más— eres un hombre, hijo mío!*

Al comienzo el Grange me pareció más agradable que el Mackay, pero con el tiempo llegué a verlo como más de lo mismo: una combinación de instrucción, deportes y vida reglamentada, esta vez con un sistema policial más complejo por la presencia de los prefectos y monitores elegidos entre los estudiantes, que sugerían una medida del espíritu democrático.

Me gustaron mucho dos de mis profesores. Uno de ellos fue el señor Durán, que nos

enseñaba Literatura Española y Filosofía y era creativo en su forma de tratarnos. Comunicaba entusiasmo por lo que enseñaba y decía cosas interesantes, como que en ciertas culturas las personas necesitan sentirse seguras antes de comenzar a cantar, y me tomó un interés especial alguna vez que vio mis dibujos. El otro fue el señor Ripoll, que nos enseñaba química y mi gusto especial por esa materia se vio aún más estimulado por su propio placer en el tema. Mi deleite en sus clases llegaría a ser un factor importante en mi decisión de entrar en la Escuela de Medicina, y también prefiguró mis descubrimientos posteriores en psicofarmacología.

Mi entusiasmo por estos dos profesores dio lugar a una frustración inesperada cuando al año siguiente todos los estudiantes fueron asignados a profesores diferentes, y así yo debía asistir a las clases del señor Riffo en vez de las de Durán, y en lugar de continuar con Ripoll debí aprender química con uno cuyo nombre ya no recuerdo que no transmitía amor por su tema y que disfrutaba insultarnos gratuitamente, tratándonos, por ejemplo, de cuadrúpedos.

Solicité ser una excepción a este cambio, e incluso involucré a mi madre para que apoyara mi petición, pero míster Jackson se mostró inflexible acerca de la regla y, aunque no podría explicar ahora lo importante que era para mí continuar mi relación con mis dos queridos maestros, me pareció natural maldecir al director. Alrededor de un año después de salir del colegio me enteré de que se había suicidado. Sentí que se lo merecía, pues era aún demasiado joven como para tener compasión hacia alguien cuya situación estaba lejos de comprender. Solo registraba que había frustrado mi amor por el aprendizaje a causa de su amor por los reglamentos, y así como me pareció que yo no le importaba supuse que no le importaba nadie.

Dada mi gran afición a las matemáticas y el hecho de ser un buen estudiante en prácticamente todo, seguí recibiendo el primer o segundo premio al final de cada año escolar. Me aburría la historia, enseñada por dos profesores. Uno de ellos era llamado a sus espaldas «El Faraón», pues su presencia era imponente y su discurso aburrido evocaba algo añejo y momificado. Nunca me interesaron los deportes, que en este colegio eran considerados un medio importante para la educación del espíritu competitivo.

Durante mi último año me pidieron escribir para la revista escolar sobre si el deporte debía ser obligatorio, y me parece que escribirlo me sirvió para tomar conciencia de lo que ha sido desde entonces una filosofía de vida implícita: que debemos honrar nuestras

inclinaciones espontáneas, reflejo de nuestra naturaleza. Me gustó el atletismo hasta cierto punto, pero no podía entender el entusiasmo generalizado por el fútbol y el cricket. Hoy lo entiendo como algo en lo que la educación inglesa ha hecho hincapié con el fin de fomentar el espíritu de conquista requerido por el Imperio Británico (y hoy por el imperio empresarial transnacional).

Tal vez el aprendizaje más valioso que me dio el Grange fue cierto contacto con la mente de Shakespeare. Un profesor británico, amante de la música, quien se percató de mi sintonía con la musicalidad, me prestó un conjunto de discos con la banda sonora del film *Enrique V*. Lo escuché muchas veces con deleite. Más tarde, tuve la buena fortuna de asistir a clases de mister Dagg, de Gales, quien enseñaba Literatura Inglesa. Era el más expresivo de los profesores. Su entusiasmo por el teatro lo motivó a llevarnos al estreno de la película *Hamlet*, con la actuación de Laurence Olivier.

Hice algunas amistades en el Grange. A veces visitaba a Puga, que pertenecía a una familia muy religiosa y a quien le gustaba oírme tocar el piano, y a Nicolás Weinstein, a quien admiraba por sus comentarios acerca de las personas y de la vida, y también a su hermano mayor Luis, que era el director de la revista de la escuela y solicitó mis contribuciones; también me pareció más perceptivo que yo. Ninguna de estas amistades llegó a ser tan vital como las que seguí teniendo con Chicho y Draco. Ellos siguieron siendo mis amigos preferidos hasta la llegada a la Escuela de Medicina, aunque seguramente dedicaba mi tiempo libre a tocar el piano y a la lectura más que a los encuentros con mis amigos.

La escuela secundaria comprendía seis grados en aquellos días y, entre el quinto y el sexto, mi padre una vez más me ofreció la oportunidad de viajar, esta vez en compañía de un adolescente mayor que yo había conocido en el Mackay cuando todavía estaba en la escuela primaria. Una vez más, el viaje parecía anunciar o estimular un cambio en mi mente, como se esperaría de una iniciación a la edad adulta, pero esto lo dejo para otro capítulo.

Más importante que el colegio fue mi aprendizaje en la Escuela Moderna de Música, un conservatorio privado con buenos profesores y alto nivel, donde continué mis estudios de música y tuve una excelente profesora de piano: Elena Waiss. Era hija de alguien que mi madre había conocido en su juventud, tocaba el clavecín en la Orquesta Sinfónica y fue una persona extraordinaria que dejó huella en muchos de sus estudiantes.

Rápidamente progresé en el piano y en el curso de solfeo. Comencé a tomar clases de

composición con René Amengual, que era parte del equipo docente y uno de los compositores locales más conocidos de la época. El impacto de la Escuela Moderna pronto se haría más personal, pues Elena Waiss y Zoltan Fisher, su marido, tenían una hija llamada Edith, que era una niña prodigio un poco más joven que yo y que para entonces había adquirido reputación con sus conciertos en las principales ciudades del país.

Ella se convertiría en mi primera novia. Me invitaba a casa de sus padres durante los fines de semana, cuando ella no venía a la mía. Poco a poco fui apreciando sus cualidades específicas, como un sentido del humor que en aquel tiempo me faltaba, así como una manera de ser tranquila y espontánea. Llegó el momento en que tuvimos intimidad sexual, lo que fue una nueva experiencia para los dos y una gran fuente de placer.

Mi madre y yo nos habíamos mudado a una casa propia en la calle Hendaya, y de allí pasamos a una tercera, también en el hermoso barrio El Golf, hacia el extremo superior de avenida Providencia. En estos lugares pude tocar el piano tanto como quería, pues el Blüthner que había estado en nuestras casas anteriores había sido transportado a Santiago. Una vez más nos mudamos, cuando mi padre compró para mi madre una casa. Había sido construida por un conocido suyo, con especial atención a las necesidades de su hijo, quien había ocupado un amplio segundo piso que se convirtió en mi propio territorio cuando se le agregaron estanterías que irían a contener mis propios libros y muchos de los de mis padres, que yo había llegado a descubrir poco a poco mientras a ellos ya no parecían interesarles.

La felicidad de mi madre llegó a su fin cuando se enteró de que mi padre había sido visto en los escalones del Club de Viña del Mar del brazo de una mujer llamada Elvira. Una cosa era la libertad sexual que mi madre le había concedido, pero otra cosa era la vida social: ella esperaba ser tratada como su esposa ante la mirada del público. Cuando mi padre comenzó a aparecer públicamente con su amante, fue una gran sorpresa para mi madre, y la situación se hizo durante dos años muy dolorosa para ella, hasta que finalmente le pidió la separación.

En algún momento mi padre compró un terreno en Limache y se mudó allá con Elvira y sus dos niñas pequeñas. Empecé a visitarlo cuando el colegio me lo permitía, y la forma en que se comportaba con ellos me parecía una especie de paternidad que yo no había experimentado en la infancia. Sentí que era bueno para mi padre estar con una

mujer sencilla y tierna, me alegré por él, y no acepté la petición de mi madre de dejar de visitarlo en su nuevo hogar. Aunque mi madre esperaba que compartiese su resentimiento, yo simpatizaba con mi padre, me alegraba de que hubiese encontrado una mujer tierna en cuya compañía pudiera vivir en una especie de oasis después de tantos años de lucha por la supervivencia.

A veces mi padre nos visitaba en Santiago y en otras ocasiones yo viajaba a Limache, y diría que así llegué a conocer mejor a mis padres, al verlos a cada uno en su propio mundo y con sus amigos individuales. Pero puedo decir que tenía razón mi madre al decir que mi padre, pese a ser muy hospitalario, no tuvo amistades duraderas: iban y venían según la pertinencia de sus negocios. Sin embargo, había un sentido de familia en su casa que no había conocido antes, y en este ambiente él era una especie de abuelo entre personas más jóvenes que circulaban a su alrededor.

Tal vez porque percibía en mi madre cierto espíritu disciplinario y represivo, siempre imaginé a mi padre más maternal, cariñoso e indulgente. Sin embargo, durante la adolescencia, cuando esperé de él una implícita complicidad, me decepcionó más de una vez. Por ejemplo, después de escuchar una conversación con el jardinero desde una ventana, se lo reportó a mi madre; y en otra ocasión, cuando esperé su comprensión al salir furioso de la habitación dando un portazo después de una discusión con mi madre, me reprendió diciendo: «Nunca se le hace esto a una madre».

Recuerdo que cuando era un niño en Quilpué pregunté qué hacía mi padre: la respuesta me permitió formarme una vaga impresión de por qué tenía que trabajar en lugar de estar en casa, y que su trabajo estaba en Valparaíso. Me parece que siendo adolescente lo visité por primera vez en su oficina. Vi parte de la burocracia sobre la que presidía como tesorero de la provincia. Tenía muchos empleados, que parecían acudir desde el sótano por una escalera que llegaba directamente a su oficina. Eran hombres de escasos recursos que tenía él a su servicio para todo tipo de mandados, y a quienes protegía. A uno de ellos le había sugerido que vendiera libros de puerta en puerta, y le había ido bastante bien. También llegué a conocer a su leal secretario, de apellido García, quien después de la muerte de mi padre, cuando yo tenía unos treinta años, me regaló una foto de él, tamaño pasaporte, con una expresión que no he visto en ninguna otra: de mucha gravedad y tristeza, insinuando la presencia de alguna muerte. Parecía pequeña cosa cuando puso esa foto en mi mano, pero lo hizo con un gesto que sugería que era una cosa preciada.

3

EL TRIVIA

Así como mi padre había intervenido de manera decisiva en mi vida cuando me llevó consigo en *El California* a la edad de once años, cuando tenía dieciséis me hizo otro gran regalo: me propuso que en mis vacaciones de verano hiciera un viaje a Nueva York.

En esta ocasión no estaría solo, sino en compañía de alguien tres o cuatro años mayor que yo a quien había conocido a distancia, como uno de los estudiantes mayores del Mackay. Me gustaba su aspecto, igual como uno puede gustar de un buen caballo, pero mi timidez no me había permitido acercarme a él. Mi única interacción había sido la de ponerme a cierta distancia detrás de él algunas veces cuando jugaba al tenis contra la pared de nuestro patio principal, y yo recogía las pelotas cuando él no lograba darles con la raqueta. Por supuesto esperaba que algún día me invitara a usar esa raqueta, pero solo me daba las gracias, apreciando mi disponibilidad, de modo que mi deseo secreto nunca llegó a cumplirse.

No me preguntaba entonces por qué solo uno entre nosotros los internos era dueño de una raqueta de tenis, pero hoy me pregunto cómo era posible que yo no concibiese que esto le fuese permitido a cualquiera, ni que hubiera bastado que se lo pidiese a mi padre, quien frecuentemente me preguntaba si había algo que quisiera o necesitara. Es posible que ni siquiera conociera las palabras «tenis» o «raqueta», que eran tan ajenas a la cultura de mi familia, donde nadie era deportivo, mientras que en el caso de mi amigo era bastante natural que él quisiera emular a alguno de sus familiares.

Ahora la vida me reunía de nuevo con Mario Santander, cuando yo estaba en un colegio diferente y él ya se había graduado.

Mario Santander no estaba solo en este barco llamado *Trivia* y capitaneado por un

sueco: un primo suyo era oficial a bordo de este buque de carga en que viajábamos, no como pasajeros esta vez, sino como miembros de la tripulación, al menos oficialmente. Mi padre había dispuesto todo muy hábilmente con los propietarios o directores de la compañía de navegación, y todo lo que se esperaba de mí como miembro de la tripulación era que pintara un salvavidas.

Durante las comidas Mario y yo fuimos invitados a unirnos al personal en la mesa del capitán, pero principalmente pasé el tiempo en mi cabina, o en la sala de máquinas, que me fascinaba, o al borde de la barandilla, observando el océano, o en conversación con mi nuevo amigo, o escuchando la música que se le había permitido tocar a través de los altavoces durante muchas horas al día: La Pasión según San Mateo, suites orquestales de Bach y los Conciertos Brandemburgueses. Había traído consigo estas grabaciones de reciente aparición y a veces silbaba hábilmente acompañando lo que escuchábamos.

En cuanto el barco llegó al Golfo de México, según había sido planeado, tomamos un autobús Greyhound hacia Nueva York, con la intención de permanecer allí el mayor tiempo posible. Ya recibiríamos telegráficamente la noticia de cuando hubiera llegado el momento de regresar al barco cuando estuviese a punto de partir desde el último puerto en su itinerario, que sería Nueva Orleans. Se esperaba que las operaciones de carga y descarga en las diferentes ciudades en la costa del Golfo tomaran entre dos y tres semanas, y esto nos daba la oportunidad de conocer Nueva York mientras alojábamos con el tío Ben.

Diría que estaba en una edad ideal para un viaje de esta índole: me entusiasmaban las cosas nuevas que veía y aprendía, y la oportunidad de explorar un nuevo mundo por mi cuenta. Recuerdo el placer que me daba encontrar mi camino a través de mapas, o seguir las señales del metro. Recuerdo el primer desayuno con el tío Ben y su esposa Rita, que me había tomado mucha simpatía durante su visita anterior a Santiago y a quien le hablaba como a una amiga. Se sirvieron huevos fritos, y me sorprendió la cantidad de pimienta de mi tío utilizaba, a diferencia de la costumbre en mi casa, donde ni siquiera recuerdo haberla visto sobre la mesa a la hora del desayuno.

Tío Ben tuvo tiempo para mostrarme donde trabajaba, en el edificio de la ONU. Pero al día siguiente debió ausentarse de Nueva York por alguna misión. Esa era su vida como subsecretario general encargado de prensa y relaciones públicas en un momento en que aún se estaba estableciendo la ONU y su éxito dependía en gran medida precisamente de

estas cosas. Viajaba mucho, daba múltiples conferencias en muchos países, se reunía con mucha gente.

Empecé a aprender el idioma mucho mejor de lo que nunca lo había hecho antes. Con mi nuevo amigo Mario y con Rita visitamos museos, y estaba emocionado porque el profesor en el planetario nos mostró primero el cielo sobre Palestina en el primer día del calendario cristiano, y luego el cielo sobre Santiago. Disfruté restaurantes automáticos, donde uno podía servirse sin mediación de funcionarios y donde había tantas cosas para elegir.

Una vez una señora, al oír que venía de Chile, con entusiasmo me preguntó si había conocido a su hijo. A mi pregunta de dónde exactamente podría haberlo conocido, ella respondió en las Indias Occidentales. Más importante que todo esto fueron mis visitas a Rafael Silva, a quien había conocido en casa de mi madre cuando era un niño. Era un profesor de piano muy estimado y socio de Claudio Arrau en su escuela de piano de Nueva York.

Aunque he escrito que fue Luz Concha la primera persona adulta que se interesó en mí, puedo decir que Rafael fue el primer adulto que insistió en establecer una conversación conmigo, aunque fugazmente, cuando tenía cinco años, después de la llegada de mi madre de uno de sus viajes. Ante mis respuestas monosilábicas habituales, supongo que insistió en obtener de mí una reacción, de modo que en algún momento me preguntó: «¿Cómo me ves? ¿Cara de qué me encuentras? ¿Tengo cara de gato, por ejemplo?». Le respondí: «Sí, cara de gato». Entonces me arrojó con una indignación fingida la caja de cerillas que sostenía en su mano. Yo quedé encantado, tras lo cual se convirtió en el tío cara de gato, y así firmó la primera tarjeta postal que recibí en mi vida, poco después de su partida.

Siempre nos acordábamos de esta anécdota cuando un viaje lo traía a Chile. Aun así, era solo uno más de los amigos de mi madre hasta que nos encontramos en Nueva York. Un amigo pintoresco que viajaba con cafeteras de cristal y fumaba puros. Fue durante mis visitas en esa temporada en Nueva York cuando nos hicimos de verdad buenos amigos. Además, tuve el privilegio de recibir de él varias clases de piano inolvidables. Literalmente inolvidables: podría haber descrito su contenido décadas más tarde.

En algún momento de mi estancia en Nueva York recibí una carta del padre de Edith, Zoltan Fischer. Había estado muchas veces en su casa y lo había ido conociendo a través de las ocasiones en que comí con su familia. Diría que nos caíamos bien, tal vez porque

era un buen alumno de su mujer y un estudiante apto y un amigo de su hija. Yo, por mi parte, lo miraba a través de los ojos de su hija, que lo quería mucho. Me parecía atractivo y suave, disfrutaba escuchándolo tocar la viola en el cuarteto de Freddy Wang. Sin embargo, nada de esto mitigó su ira al enterarse, a través de una carta mía a su hija, cuán íntima se había vuelto nuestra relación. Edith me había escrito para decirme que su menstruación no llegaba y temía estar embarazada, y su madre más tarde encontró mi respuesta, donde le sugería cierta medicina. Un día compartí con Rita, quien recientemente se había convertido en una madre, el contenido breve pero dramático de la carta que recibí de Zoltan, que aún hoy recuerdo palabra por palabra después de sesenta años:

Zoltan Fischer le advierte a Claudio Naranjo que se mantenga alejado de su hija si quiere preservar su integridad física, ya que la integridad moral es algo que desconoce.

Sentí algo de temor y de excitación por participar en algo atrevido, pues daba por sentado que Edith estaría de acuerdo en continuar viviendo nuestro amor, incluso si eso significaba el ocultamiento y el desafío de lo que interpreté como una amenaza de castración.

Imagino que mi padre me ofreció este viaje porque me veía demasiado aniñado en el entorno sobreprotegido de mi madre. Esperaba que me ayudase a «hacerme hombre», y si a la aventura exterior se había añadido esta amenaza, resultaba ser más de lo que podía haber esperado. Pero la aventura aún no había terminado. Como en una ceremonia de iniciación bien diseñada, debimos enfrentar una nueva prueba. Durante el día había estado teniendo la sensación de que ya era hora de que nuestro barco llegase a Nueva Orleans, y sin embargo el telegrama esperado no llegaba y nadie hablaba de ello, y yo tampoco lo mencionaba. Ese mismo día supimos que el *Trivia* partiría, y ya no había modo de que pudiésemos viajar con suficiente rapidez para alcanzarlo. La información nos llegó a través de una llamada telefónica de nuestro amigo a bordo, que se preguntaba por la falta de respuesta nuestra a su telegrama. Más tarde comprendimos por qué nunca la recibimos. El tío Ben estaba lejos de Nueva York mientras nosotros estábamos con Rita. Su secretaria en las Naciones Unidas, al recibir el cable esperado, lo abrió y lo leyó:

Trivial leaving Thursday third. Imaginó que la noticia se refería a una mujer, y decidió reservarla para su regreso.

Tomamos un autobús Greyhound tan pronto como pudimos y llegamos a Miami algunas horas después de la partida de nuestro barco. Teníamos muy poco dinero, así que en los días sucesivos comimos poco y de manera estratégica. Descubrí que por diez centavos podía comer agar-agar, que dilataba el estómago y me protegía del hambre. Tal vez estaba siendo demasiado pesimista, pero examiné los anuncios en los periódicos en busca de una manera de ganar dinero rápido. El modesto hotel en el que nos alojábamos solo nos aceptó después de un pago en efectivo. Tan poco dinero nos quedó para sobrevivir después de eso, que fue un alivio que la compañía de navegación nos permitiera llamar a mi padre, quien dio instrucciones a la empresa de que nos ayudase. Pero me parece que todo fue orquestado de un modo en que no nos viésemos privados de una pequeña aventura, y recién después de un par de días pudimos sentirnos tranquilos.

Para entonces habíamos estudiado cuidadosamente las ofertas de empleo en los periódicos, y la más fácil de conseguir parecía ser un poco peligrosa, porque se informaba que no estaban permitidas las preguntas. Se nos hizo demasiado tarde para alcanzar nuestro barco en Panamá, y nos dieron pasajes de avión a Ecuador. En Quito esperamos el *Trivia*, y era tanto el calor que pasé horas en una bañera llena de agua fría. Al regresar creo que nos sentimos un poco heroicos: el miedo que habíamos pasado había valido la pena.

Por banal que pueda parecer nuestra aventura, me parece que estuvo en consonancia con el deseo de mi padre de que me volviese más ingenioso, autónomo y resistente. La experiencia me dio más confianza en mí mismo, autonomía y libertad. Seguramente no fue una coincidencia que el año siguiente fuese el más importante de la secundaria.

EL ÚLTIMO AÑO EN EL COLEGIO

Debo haber estado en el segundo año en el Grange cuando, yendo en coche con mi madre, casi nos matamos. Aunque el coche terminó con sus ruedas en el aire en una zanja junto a la carretera, salimos sorpresivamente ilesos, y se le hizo evidente a mi madre que había sido su preocupación excesiva por la nueva mujer en la vida de mi padre lo que la había distraído en la carretera.

Meses más tarde, después de otro pequeño accidente en una calle de Santiago, decidió que algo tenía que cambiar, y poco después mi padre le sugirió que un viaje a Europa podría distanciarla de su obsesión y traerle experiencias positivas. Así como los viajes en *El California* y en el *Trivia* habían sido grandes regalos para mí, este viaje por mar que le ofrecía a mi madre habría de constituir para mí un regalo no menos sustancial.

Sin embargo, para que el viaje de mi madre pudiera convertirse en un regalo para mí sería necesario otro factor: la influencia del tío Ben. Había venido a pasar unas semanas en Chile y alojaba, como de costumbre, en nuestra casa. Al aceptar mi madre el ofrecimiento de mi padre, se encontraba con la pregunta de qué hacer conmigo; no le parecía tan simple o normal que yo me quedara en casa. Contemplaba dejarme en una casa de huéspedes y alguna otra alternativa, pero afortunadamente fui salvado por la visita del tío Ben, cuyo consejo mi madre siempre respetó y en este caso le propuso que yo me quedara en mi propia casa durante el semestre de su ausencia. La resolución no podría haber sido mejor, y traería para mí muy buenas consecuencias.

Ya que comienza una época durante la cual el tío Ben tendría una importante influencia en mi vida, aprovecharé de recapitular mis recuerdos con él. Tal vez por haberlo conocido desde niño solo recuerdo la época de su regreso a Chile desde Nueva

York, cuando yo tenía unos seis años, y su hijo, conocido ahora como Luis Harss, autor de varios libros, tenía cuatro. Recuerdo haber estado jugando con Luisito en una caja de arena y, llegado al límite de mi capacidad de resistir ensuciarme los pantalones, sentí rodar una bola de excrementos por una de las piernas de mis pantalones hasta aparecer sobre la arena. La escondí como haría un gato. Entonces esto no era una situación nueva. Continuó ocurriéndome incluso durante la adolescencia, cuando me avergonzaba excusarme de algo tan sucio como ir al baño, ni qué decir cagar. Era, claramente, un niño bien educado o fino.

Un día estaba a punto de perder uno de mis dientes de leche. Gran parte de mi conciencia estaba involucrada en moverlo hacia atrás y adelante para precipitar su desprendimiento, que parecía ser inminente pero no se producía tan pronto como yo esperaba. Durante años recientes se me ha hecho presente este recuerdo por la semejanza con algo análogo en mi experiencia corporal que explicaré más adelante. Lo he llamado el tic-tic: una especie de goteo interior del *prana* o la «energía sutil», que se ha acompañado de una semejante anticipación y de una semejante necesidad de paciencia.

El tío Ben vivía con su primera esposa en una casa muy grande en la esquina de Bilbao con avenida Suecia. No volví a ver a Luis hasta que su padre falleció, a finales de 1960. Según su voluntad, su cuerpo fue traído desde Estados Unidos a Chile para el entierro. Nunca me ha impresionado tanto la semejanza en los gestos de las manos y la manera de caminar de dos personas como en el caso de Luis y su padre, cosa que me sorprende, ya que poco después de la caja de arena sus padres se separaron con cierta violencia y él vivió desde entonces únicamente con su madre.

El tío Ben había sido estudiante de Medicina hasta que participó en una revolución contra el régimen dictatorial del presidente Ibáñez y, al no continuar con sus estudios, se convirtió en un periodista con el don de la traducción simultánea, que le sería de gran ayuda en el comienzo de su carrera diplomática. Después de servir en la embajada de Chile en Washington, sería durante nueve años embajador de Chile en Bolivia. Algunas veces escuché decir que su embajada sirvió de refugio a presidentes bolivianos en apuros en ocasiones de gran agitación política.

Yo había visto al tío Ben en Quilpué cuando, de regreso de su larga estancia en Bolivia, había sido invitado a convertirse en Secretario General Adjunto de las Naciones Unidas. Supongo que esto ocurrió hacia el final de mi estancia en el Mackay. Entre la etapa boliviana de su vida y su llegada a Nueva York, se alojó en nuestra casa en

Quilpué, adonde trajo consigo a dos de sus empleados, uno de los cuales se quedaría con nosotros hasta su muerte. Era un chileno muy simple y de poca educación, llamado Fernando Ossa, a quien mi tío había contratado para servir en algún puesto en la embajada de Chile en Washington y que había llevado a Bolivia como mayordomo. Era un hombre muy fiel que mi tío apreció por sus servicios y, especialmente, por su integridad. Fue un placer escuchar a Fernando Ossa recordar su vida. Recuerdo su narración (en la que citaba su mal inglés) de cuando quiso embarcarse para Chile después de que su trabajo en la embajada hubiera terminado, y no le permitían acceder al barco por un problema con su pasaporte. Entonces tuvo que llamar al presidente Roosevelt. Logró que le pasaran el teléfono, le explicó al presidente que había trabajado para mi tío y que necesitaba ayuda y Roosevelt fue muy amable con él y, de hecho, resolvió su problema.

Fui testigo de su envejecimiento. Permaneció en nuestra casa cuando mi tío se trasladó a Nueva York. Apareció el Parkinson, sus movimientos se volvieron lentos y su postura rígida y encogida. Cuando Fernando Ossa murió, heredé de él un arma, un raro rifle de repetición portátil que nunca llegué a usar y que se mantuvo con otras pertenencias en un almacén de Santiago hasta que mi madre, asustada, se lo entregó a las autoridades militares sin consultarlo conmigo.

El tío Ben venía a Chile periódicamente a visitar a su familia y amigos, pero me parece que no había venido durante un largo tiempo hasta que, como subsecretario de la ONU, dejó embarazada a su secretaria y sintió que debía casarse con ella. Quizás era algo que ya había decidido, pero quería explicarle la situación a mi madre y a otros familiares. Luego, a medida que aumentaba su edad, tuvimos un contacto más personal: se quedaba en mi habitación durante el tiempo de sus visitas, que duraban semanas, y esto seguramente fue un estímulo para que se interesara en mi mundo.

Una vez quiso entender por qué había copiado a mano y colgado en la pared cierto soneto de Shakespeare muy misantrópico. En otra ocasión le mostré un artículo publicado en la revista *Pomaire* donde se explicaba la situación de Don Quijote como una perturbación de la fe: en vez de poner su fe en la intuición, la estaba poniendo en un ideal prestado de los libros de caballería. En esta ocasión el tío Ben quiso que le explicara la idea de una fe mal dirigida. No me acuerdo si logré comunicarle bien mi idea, pero sentí que aquello constituía un paso más en nuestro conocimiento mutuo.

Me traía libros en sus visitas, como *Ensayo sobre el hombre* de Cassirer, o *Terapia*

Gestalt de Perls, Hefferline y Goodman, que me resultó muy inspirador, y me sirvió como punto de partida para vincularme con Fritz Perls años después. Me trajo muchos libros sobre hipnosis, un tema que se convertiría en una especialidad temprana, además de ser el de mi tesis doctoral.

Recuerdo haber escuchado a mi amigo John Weaver hablar acerca de la palabra hebrea *ish*, que puede ser traducida como «hombre», pero también transmite el significado de transeúnte; y mi amigo el rabino Gedaliah Fleer me explicó una vez que, aunque haya cinco palabras diferentes que signifiquen hombre, en el Viejo Testamento se utiliza *ish* en referencia al hombre que le comunica a José el paradero de sus hermanos en el fatídico día en que su padre lo envía a su encuentro. Se trata de un hombre que al parecer no tiene ninguna importancia, pero sin el cual el destino de José podría haber sido muy diferente. Siento que el tío Ben fue un *ish* en mi vida, simplemente por estar presente me influyó en forma decisiva.

Era natural que mi madre le pidiera consejos como a un hermano mayor con más experiencia de mundo. Fui testigo de esa conversación, que no deja de recordarme a aquella otra cuando, muy temprano en mi vida, mi madre le comentaba en mi presencia a su empleada doméstica que si yo resultaba idiota podía siempre sobrevivir como cura, mantenido por la iglesia. Sentado frente a ellos como un ser invisible para mi madre, o al menos como un niño incapaz de comprender una conversación adulta, recuerdo haber pensado: «Gracias a Dios mi madre respeta tanto a mi tío», anticipando que felizmente el tío Ben podría apreciar qué tremendo regalo sería para mí la independencia de un año entero a solas. Así como una vez tío Ben me había hecho el regalo precioso de innumerables productos químicos, ahora me regalaba este año de autonomía y más adelante intervendría decisivamente en mi vida al sugerirme que buscara una beca para viajar a Estados Unidos. La resolución de mi madre no pudo haber sido mejor, pues mi soledad y mi independencia estimularon en mí nuevas iniciativas y amistades, e incluso permitieron que mi mente funcionase con mayor lucidez.

Fue un tiempo muy ocupado, pues asistía al último año del colegio, continuaba con mis estudios de piano, asistía al Conservatorio Nacional a un curso de contrapunto con Domingo Santa Cruz y continuaba una relación secreta con Edith, pese a la amenaza de su padre.

Por supuesto, no podía pensar en continuar mis clases de piano con la madre de Edith y, por consejo de Rafael, había decidido continuar con Rudy Lehman, el maestro de Luz

Concha, que había sido alumno de Arrau. Me entusiasmó el modo zen de tocar el piano que transmitía la tradición de Arrau. Rudy me pareció amable y refinado, pero en verdad no avancé mucho ese año, tal vez porque me pareció un poco obsesivo y sus correcciones o consejos me resultaron menos aceptables que los de Elena Waiss.

La clase de contrapunto fue una experiencia mejor, algo nuevo e importante para alguien que aspira a componer música, una experiencia viva más allá de lo estrictamente musical. Solo éramos cinco los que nos reuníamos con Santa Cruz, el compositor moderno que más se escuchaba en el país y decano de la Facultad de Bellas Artes. Era una persona obstinada, que sentía una especial admiración por Guillaume de Machaut y odiaba a Beethoven. De hecho, una vez Hans Scherchen había comentado: «Cuando un libro choca contra una cabeza no siempre es culpa del libro».

En nuestro grupo había un hombre mayor que el resto de nosotros, conocido por su riqueza y por ser dueño de *El Mercurio*. Estaban además Carlos Botto (que se convertiría en el director del conservatorio), Nino Colli y David Rosenmann, a quien solo le interesaba componer para piano. Hacia David tuve una actitud algo desdeñosa, tal vez porque le gustaba Chopin más que ningún otro compositor y yo me identificaba demasiado con él y me avergonzaba la pasión por Chopin de mis años anteriores. Sentía que había dejado atrás a Chopin y que ahora mi mundo se había vuelto más grande.

Lo más importante en este curso fue la amistad que establecí con el ayudante de Santa Cruz, Gustavo Becerra. Él corregía nuestros deberes, era un conversador extrovertido y original, y me empezó a visitar en casa. Ahora recuerdo muy poco de lo que hablábamos: incluía cosas tan diferentes como los orgasmos de su novia, la gente que conocíamos, asuntos de forma musical, y me parece haber aprendido algo de su forma de ser más libre. Me sentí algo orgulloso un día en que quemó el manuscrito del primer movimiento de un concierto para violín en mi chimenea.

Fue esta la época en que Sara Zañartu apareció en mi vida, aunque me parece que ella había conocido a mi madre tiempo atrás. Sara tenía unos cuarenta años y se convirtió en una visitante frecuente. Un día me habló con entusiasmo de un nuevo profesor que había llegado a la universidad; se llamaba Bogumil Jasinowsky, enseñaba Historia de la Cultura y se ofreció a llevarme a su clase. Cuando asistí por primera vez estaba hablando de Spengler, el comienzo de cuyo libro *La decadencia de Occidente* yo ya había leído. Jasinowsky tenía observaciones críticas sobre él, pero lo principal para mí fue el asombro que me causó ser testigo del funcionamiento de su mente multifacética. Parecía

comprender el tema desde una visión personal, como si conociera la historia de la cultura tan bien que pudiera seguir los hilos de influencia, como alguien que se deleita en un continuo descubrimiento. Me sorprendió por su nivel de cultura y por su conocimiento de los idiomas, que incluía el latín, el griego y algo de sánscrito, que citaba con toda naturalidad, como si imaginara que sus oyentes podíamos entenderlo.

Pronto nos convertimos en amigos y nos visitamos a lo largo de todos los años que estuve en la Escuela de Medicina, época en que él enseñaba Filosofía Medieval. En nuestras conversaciones uno de sus temas preferidos era el cogito y los pitagóricos, y supongo que se habría considerado a sí mismo un neopitagórico por dedicación a la integración entre lo racional y lo intuitivo. Era mucho lo que quería expresar, pero había sido demasiado indisciplinado para escribir. Por eso albergó la esperanza de que algún día fuéramos coautores de algo, pero esto nunca llegó a ocurrir ya que, si estaba demasiado ocupado durante mi último año de colegio, no menos lo estuve mientras cursaba los estudios de medicina.

Con todo, el acontecimiento más importante de ese año fue un encuentro casual o providencial que daría comienzo a la amistad más importante de mi vida. Debo haber conocido a Tótila Albert a una edad muy temprana, porque era una presencia familiar en la casa de mi madre después de que nos mudamos a Santiago. Pero no fue en casa de mi madre donde lo vi por primera vez. Ella y yo habíamos viajado a Santiago por algunos pocos días, y alojábamos en el Hotel Carrera. Recuerdo poco más que la alfombra de pared a pared en la que estaba sentado dibujando paisajes. Más adelante comprendí que mi madre había alquilado una amplia suite para que pudiese servirle como espacio apropiado para la celebración de una ceremonia en la que el gobierno de Chile y la universidad le rendirían homenaje al director de orquesta Erich Kleiber. Yo tenía unos seis años y nunca antes había visto nada parecido a la reunión en la que unos hombres vestidos de negro escuchaban a don Domingo Santa Cruz, quien como representante de la Universidad de Chile le entregaba a Kleiber una medalla honorífica. Esta ceremonia oficial había sido precedida por una escena aún más inusual donde yo estaba en la bañera y todos esos señores vestidos de etiqueta se fueron reuniendo alrededor de la tina de baño por invitación de mi madre para que pudieran ver a su hijo. Tótila fue el último en entrar y el único que dijo algo. Señaló la belleza de mi cuerpo, como era natural para él como escultor, con un ojo especial para la forma. Imagino que podría haberme sentido un poco incómodo en medio de ese grupo silencioso de hombres en trajes negros

elegantes y corbatas inusuales si no hubiera sido porque Tótila dijo algo para que me sintiera a gusto.

Puede parecer extraño que yo haya recordado a una persona que en ese momento era un desconocido más, pero creo que ya se distinguía de los demás por su aspecto: su cabellera era más larga que lo que se usaba en esa época y su presencia parecía respirar informalidad. Cuando llegué a conocerlo mejor, me pareció que el hecho de que todo el mundo le llamara Tótila (por su nombre de pila), y que incluso las facturas del teléfono estuviesen dirigidas a él según su primer nombre, reflejaba la familiaridad que inspiró en su entorno, una familiaridad con que él mismo también se dirigía a los demás.

Pero me estoy adelantando. Debo decir que, antes de tener un trato más personal con Tótila, debo haberlo visto durante las veladas musicales de mi madre, en las cuales yo apenas atravesaba el salón de vez en cuando como el niño de la casa. Muchos artistas famosos habían visitado la casa de mi madre durante nuestros años en Viña y, aunque yo no estaba presente en esas ocasiones (cuando mi madre recibió a Heifetz y se convirtió en una buena amiga de Mischa Elman, por ejemplo), más tarde en Santiago me pude familiarizar con Arrau, Kleiber, Sherchen y otros. Aquiles Landoff ya no estaba presente, seguía viviendo en Viña, pero eran huéspedes frecuentes en estas veladas Federico Heinlein y Freddy Wang, el concertino de nuestra Orquesta Sinfónica Nacional. Fue él quien trajo a Tótila a casa de mi madre en 1939 o a principios de 1940, poco después de su llegada a nuestro país, y años más tarde tuve ocasión de alojar en la misma casa con Tótila y con Freddy Wang cuando mi madre los invitó a El Retiro. No hice entonces una amistad personal con ninguno de ellos, pero hubo por su parte un calor y una familiaridad que favoreció que más tarde se convirtieran en mis amigos.

Y seguramente este y algún otro momento de cercanía fueron favorables para volver a encontrarme con Tótila un día mientras caminábamos en direcciones opuestas por un sendero del Parque Forestal. Por primera vez entablamos una conversación que dio inicio a una importante amistad.

Ya sabía yo muy bien que el departamento donde vivía estaba al borde de este parque, detrás del Museo de Bellas Artes, en un séptimo piso que coronaba el edificio, pues Edith tomaba clases de inglés allí con Ruth, la esposa de Tótila, y esas clases siempre resultaban un buen pretexto para nuestros encuentros prohibidos y los bancos del parque eran un buen lugar para nuestras reuniones secretas.

Tótila tomó la iniciativa de saludarme cálidamente, y luego me preguntó por mi

madre. Le expliqué que estaba en Europa y que mientras tanto yo estaba viviendo solo. En lugar de despedirnos y continuar con nuestros respectivos caminos, Tótila quiso saber algo más acerca de mí y de mi vida. Al no saber cómo responder al interés de su pregunta, pues sentí que nada de lo que pudiera decirle era lo suficientemente importante, se me ocurrió contarle lo que acababa de escribir para la revista del colegio, *The Gryphon*. Se trataba de un ensayo en el que planteaba que estábamos por entrar en un nuevo Renacimiento (debe haber sido en 1949 o 1950) que sería más universal de lo que había sido el Renacimiento europeo, y se centraría no en el arte sino en la psicología.

Después de explicarle a Tótila esta visión de un salto adelante de la humanidad en el continente americano a través de la influencia de Bolivia, movió la cabeza gravemente y respondió: «Me gustaría ser tan optimista como tú, pero creo que estamos en peligro de destruirnos si no cambiamos». Y al escucharlo supe de inmediato que sabía lo que estaba diciendo, y me interesó profundamente comprender lo que él comprendía. Diría que en ese mismo momento me abrí a él, emprendiendo un nuevo aprendizaje que evolucionaría a través de muchos años. A medida que nuestra conversación proseguía, y Tótila me explicaba que el mundo estaba al revés, lamentando la trágica condición de nuestras instituciones, me parecía estar ante un profeta del Antiguo Testamento. Seguíamos de pie en el parque cuando, en respuesta a alguna pregunta de Tótila, le hablé de mi reciente composición, una sonata para viola y clave, y de pronto me pareció una buena idea ofrecerle hacérsela escuchar, y lo invité a venir a mi casa, una iniciativa que probablemente no habría tomado si mi madre hubiese estado en la ciudad. Y ese fue el día en que tuvimos nuestra primera conversación, el día en que Tótila vino a mi casa por primera vez como amigo mío y no como amigo de mi madre.

Hubo un tiempo en el que me preguntaba sobre el significado de mi experiencia musical abortada, pero hoy me parece que toda mi dedicación a la música se justificaría como algo que despertó el gran interés de Tótila en mí, pues, siendo yo una persona introvertida, tímida y torpe con las palabras, quizá solo a través de mi música podía percibir quién era yo o qué tenía dentro de mí. Más adelante me llamó por teléfono y su interés en mí fue encontrándose con mi interés por entender lo que él decía, que seguramente no procedía de los libros, sino de esa conexión misteriosa con la verdad que tienen los sabios.

III. AÑOS UNIVERSITARIOS

1

LA ESCUELA DE MEDICINA

Podría decirse, hasta este punto, que fui criado para convertirme en músico: mi nombre hace eco del deseo de mi madre de que fuera uno. Empecé a estudiar piano a los seis años, escribí e interpreté algo de música mientras todavía estaba en la escuela secundaria. No había nada que disfrutara más que tocar el piano.

Por otro lado, había un científico que se había despertado en mí cuando mi madre intentó explicarme que la fuerza de la gravedad apuntaba a la luna y al cielo estrellado. Esto había plantado la quimera de un conocimiento más precioso que cualquier otra cosa que hubiera conocido. Me gustó la química desde que me sorprendió la maravilla de la similitud entre los átomos y los sistemas solares, y cultivé este interés durante mis años de escuela secundaria cuando, además de los libros de texto prescritos en la escuela, había leído algunos libros científicos como *El hombre. Un desconocido* de Alexis Carrel, *El destino humano* de Lecomte du Noüy y *La física, aventura del pensamiento* de Albert Einstein y Leopold Infeld, que me estimularon profundamente.

Cuando la escuela secundaria estaba llegando a su fin, tuve que hacer una elección de carrera. Estaba indeciso.

Recuerdo estar sentado con Humberto Maturana en el pequeño balcón que sobresalía de mi habitación en la casa de Villaseca cuando le conté acerca de mi interés en la biología, la química y la física, y me hice muy consciente de mi motivación científica. Sin embargo, él sostuvo que en ese momento no había ninguna oportunidad de estudiar ciencias puras en Chile y sugirió que la Escuela de Medicina sería un buen lugar para una amplia educación científica. Nos convertimos en compañeros de clase.

Unos meses más tarde llegué a dudar de mi decisión de convertirme en médico.

Después de contarle a Tótila de mi intención, me dijo que estaba seguro de que yo era un artista. A pesar de que no me estaba dando consejos, sino ofreciendo su percepción, dijo que le extrañaba que alguien pudiera querer traicionar su propia naturaleza.

Dada mi indecisión sobre el curso que seguiría, me presenté a ambos en el bachillerato y aprobé los exámenes científicos y humanísticos, que constituían la entrada a la universidad. Sin embargo, a pesar de mantener abiertas ambas opciones, le dije a mi madre que me inclinaba por la música, y para mi sorpresa reaccionó con alarma, rogándome que reconsiderara. Estaba preocupada por mi supervivencia y, como consideraba la vida de un músico demasiado precaria, prefería que eligiera la seguridad de una carrera bien remunerada.

Tan molesta estaba mi madre por mi insistencia en la música que llamó a mi padre y le pidió que viniera a hablar conmigo. Fue la primera vez que mi padre intentó influenciarme. Yo tenía la impresión de que, a pesar de haberle confiado mi educación y mi cuidado a mi madre, ahora se sentía obligado a intervenir, tal como había sucedido cuando yo tenía seis años y él había obligado a mi madre a abofetearme para detener una de mis rabietas. De todos modos, no era sorprendente que mi padre también pensara que era mejor considerar mi supervivencia económica, porque era un hombre práctico y debe haber considerado mi falta de preocupación como una ingenuidad motivada por una existencia sobreprotegida.

Después de resistir, terminé haciendo caso de la solicitud de mis padres y elegí Medicina. Pronto sentí que estaba a punto de pisar el camino del conocimiento, de comprender «el secreto de la vida». Sentí, en otras palabras, que estaba en la búsqueda de la «piedra filosofal».

Luego me di cuenta de que estaba confundiendo la sed de verdad con el interés en el conocimiento científico, y dado que esperaba encontrar sabiduría en la información de cómo son las cosas y cómo funcionan, no es de extrañar que poco a poco me fuera decepcionando de mis estudios. El conocimiento biológico era una cosa, pero la comprensión de ese secreto de la vida que vagamente yo buscaba era otra. La sabiduría parecía estar en un plano diferente que el del conocimiento de las mitocondrias, los genes, la adenosina o la enumeración de las propiedades de la vida.

Sin embargo, con la Escuela de Medicina llegó a mi vida más camaradería de la que había experimentado nunca: formé parte de un grupo informal que incluía a las personas más interesantes entre los más o menos cien estudiantes de nuestra clase. Algunos viejos

amigos vinieron aquí. Tuve la suerte de coincidir en esta clase con Chicho Maturana y Lucho Weinstein, quien en la escuela secundaria había estado en un curso superior al mío y aun así habíamos desarrollado una relación de gran estima mutua. Luego hubo otros. Tito Rojas, por ejemplo, a quien aún no conocía y por quien me sentía atraído por la intensidad con la que parecía saborear la vida; Mario Luxoro, una persona maravillosamente clara y bienintencionada, con una fuerte vocación científica; Alicia Hoffmann, con quien nos reuníamos para estudiar, a veces en compañía de otros y otras veces solos, porque vivíamos a dos cuadras de distancia. Nunca me había gustado una mujer tanto como Aya, como le decíamos informalmente, y esta atracción no era la del deseo, sino algo más precioso: su belleza era mucho más que su atractivo sexual, aunque lo que me gustaba de ella parecía exudar e impregnar su cuerpo. Era una especie de naturalidad o armonía, una ausencia de artificialidad, una simplicidad que la hacía parecer un ser de un mundo que todavía no había conocido, más saludable, de una cultura más sana.

Aya, su padre (el doctor Otto Hoffmann), su madre, su hermano y la *oma* ocupaban el ala derecha de esta casa de estilo colonial. De todos ellos solo conocí bien a Aya. En el lado izquierdo del edificio vivía el hermano de Otto, Franz Hoffmann, junto a su esposa Lola y sus hijos Adriana y Francisco, a quienes conocí mejor a lo largo de los años. Más allá del extremo de estas alas laterales de la casa y del patio que encerraban, se extendía un jardín muy profundo, en su mayoría salvaje, con árboles chilenos, como los espinos fragantes que Franz había trasplantado. Y en medio de este jardín también Franz había construido un hermoso estudio, donde pintaba, esculpía y fabricaba cerámicas. Más tarde Lola también tendría una pequeña casa, construida por Franz, en otra región de su jardín paradisíaco.

Al año siguiente Franz Hoffmann fue nuestro profesor de Fisiología, pero debido a mi interés por su sobrina a menudo estuve en su casa durante mi primer año de Medicina, mientras él viajaba con Lola por Europa. Lo conocí a su regreso, y creo que haberme escuchado tocar el primer movimiento de la Sonata Waldstein de Beethoven, en el piano vertical del comedor de su familia, puede haber contribuido a su interés en mí y al comienzo de un intercambio amistoso.

Muchos años antes de este viaje a Europa que cambiaría su vida, había creado el prestigioso Instituto de Fisiología en nuestra Escuela de Medicina, y se había interesado especialmente en la glándula tiroides, pero su viaje tuvo el efecto de hacerle comprender

cuán limitada había sido su vida como científico y cuánto más había para la vida que las investigaciones que lo habían estado absorbiendo. A su regreso continuó enseñando durante un tiempo, pero ahora tenía una noción diferente sobre lo que debía ser la enseñanza y la educación de los médicos. También se interesó mucho en la filosofía y las artes. En una de nuestras primeras conversaciones me mostró una pintura al óleo en la que estaba trabajando, que representaba la caída de Ícaro. Me dijo que el mito se refiere a la arrogancia espiritual o a la *hybris*, pero que para él representaba su sentimiento respecto del momento que atravesaba la civilización.

Después de ingresar a la universidad comencé a vivir a un ritmo más rápido, aunque vivir no es una palabra apropiada para lo que hacíamos. Era como si quienes habían diseñado los estudios médicos quisieran que el plan de estudios fuera una prueba que solo los más aptos pudieran pasar, donde predominaban la resistencia física y la memoria en lugar de la sabiduría y el afecto.

Mi primer año de estudios médicos comprendía anatomía, biología, física y química, y como siempre me había sentido atraído por la química disfruté mucho del curso de Química Orgánica de Cerutti, y me interesó también la oportunidad de hacer prácticas de laboratorio. Su asistente McAuliffe, a cargo de la dirección y supervisión de nuestro trabajo de laboratorio, se interesó en hacerse amigo mío y me dio acceso al laboratorio cuando quisiera, además de ser bastante obsequioso. Sin embargo, a mediados de año, me sorprendió que en nuestro primer examen la calificación que obtuve (por primera vez en mi vida) fuera cero.

Aunque no podía creerlo, lo habría dejado pasar si no hubiese sido porque mi madre me instó a preguntarle al respecto a Cerutti. Lo hice y, después de que Cerutti le pidió a McAuliffe que le enviara la prueba que había corregido, mi calificación cambió de cero a siete. La razón de la baja nota había sido que había usado una forma de notación química propuesta por Linus Pauling que aún no se había generalizado, y McAuliffe no estaba familiarizado con ella. Cerutti, en cambio, apreció que yo supiese mucha más química de lo que se esperaba de alguien que llegaba desde la escuela secundaria.

Mi interés en la química tuvo su momento cúlmine al final del primer año, cuando, confinado a la cama durante cuarenta días con fiebre tifoidea, leí un libro de química orgánica de principio a fin: esta experiencia me llenó de una gratificación que contribuyó a que esos días fueran de los más felices que había vivido hasta entonces.

Ahora que en retrospectiva contemplo el diseño de mi vida, no puedo dejar de notar

cómo mi amor por la química, que luego fue seguido por mi deleite en las lecciones de bioquímica del doctor Cruz-Coke durante el tercer año, me sirvió más adelante como un excelente antecedente cuando me interesé en la exploración de los psicodélicos. De eso ya hablaré.

En física la situación era como en biología: nuestro profesor tampoco nos transmitió un verdadero amor por lo que enseñaba. Para entonces yo estaba leyendo a Eddington, James Jeans y De Broglie, y lamenté que lo que nos enseñaba fuese de poca relevancia en relación a las grandes preguntas. Seguí aprendiendo cosas, por supuesto, y el proceso incluso satisfizo mi curiosidad intelectual, pero el sentimiento general seguía siendo parecido al de la escuela secundaria: tenía el efecto de amortiguar nuestra curiosidad y convertir un universo fascinante en un pantano de información aburrida.

Más tarde, mi comprensión de la física aumentaría gracias a un ensayo escrito por el profesor Julio Guerra, que no solo explicaba la relatividad sino lo que él llamaba el «cronotopo», el mundo tetradimensional del tiempo y el espacio, donde estos son, en cierta medida, interconvertibles según las ecuaciones de Minkowsky. Diría que esa fue una instancia donde el conocimiento se convirtió en una ventana hacia algo un poco más allá del conocimiento mismo: una sensación de misterio y sobrecogimiento, y sentí que el conocimiento puede dar saltos a niveles insospechados más allá de los límites de la imaginación.

Anatomía fue la actividad más destacada del currículo de nuestro primer año y al mismo tiempo la más aburrida, al menos por la forma como se enseñaba. Yo nunca había sido una persona que se durmiera en clase, pero durante las clases de anatomía con frecuencia me resultó imposible permanecer despierto, pese a lamentarlo, porque el profesor era amigo de mi padre y había anticipado que estaba bien dispuesto hacia mí. En vano intenté vivir a la altura de lo que imaginaba que esperaba de mí.

Parecía que lo más importante para los médicos en formación era desarrollar un conocimiento íntimo de los cadáveres y describir el hueso esfenoides, las ramas del plexo cervical o los músculos del pulgar. La anatomía era para nosotros un desafío y un requisito, y la estudiamos no por sed de conocimiento o deseo de servir, sino como forma de escapar al fracaso, que era la preocupación más inmediata y acuciante de cualquiera sometido a un programa tan exigente.

2

UN NUEVO DESPERTAR

Así como la adolescencia constituye el nacimiento de un nuevo yo, durante los siguientes doce años nuevamente se da una transición hacia otra etapa de la vida. Otra fase de individuación menos dramática, pero definida en que sentimos que el pasado reciente ha sido algo como una etapa preparatoria. Así fue por lo menos en mi propia vida, pues a los veintitantos me sentí como si nunca antes hubiera estado vivo o realmente despierto. Y así como en el momento de la pubertad mi cambio interior había sido inducido por mi amistad con Carlos Valdés, también me sentí llevado a un nuevo nivel de comprensión por una influencia externa, aunque no la de un buscador, sino la de alguien que había encontrado lo que todos buscamos.

Por fin estaba en contacto con lo que había sido el tema de los libros que tanto me habían interesado, pero no encajaba lo que ahora estaba aprendiendo con mis expectativas previas, ya que la imagen de realización que me había formado a partir de la lectura y las conjeturas no me había permitido pasar del mapa al territorio o, para decirlo metafóricamente, de una representación plana a una realidad tridimensional. Como ahora se trataba de una realidad externa a mí mismo, no podía comprenderla adecuadamente. Solo podía decir que, por primera vez en mi vida, sabía que sabía que estaba con alguien que sabía. Y pronto supe que, de alguna manera, esto había producido en mí un cambio: me había vuelto más consciente y vivo a través de este contacto. Estaba teniendo lugar algo así como un proceso psicoosmótico, en virtud del cual seguía creciendo la comprensión.

Así como Carlos Valdés había sido el estímulo para mi primer despertar como buscador, la presencia de Tótila en mi vida había sido el estímulo para este segundo

despertar, y pareció llevarme a un nuevo nivel de búsqueda donde sentí una aspiración hacia lo desconocido y donde pasé a elaborar de forma más activa mi comprensión de las cosas. Estas ideas las anoté, no recuerdo cuándo, en una libreta:

*Ciertamente
los días más importantes
de mi primer año de Medicina
fueron aquellos
cercaños al final de año
(poco antes de nuestro examen de anatomía)
cuando dejé de asistir a la universidad
a causa de la fiebre tifoidea.
Esta vieja enfermedad infecciosa
comenzaba a tratarse
con un nuevo antibiótico
llamado cloranfenicol,
pero como en épocas anteriores
seguía requiriendo de
cuarenta días de cama.
Después del malestar de la fiebre
los primeros días me resultaron muy gratificantes
una verdadera orgía de aprendizaje:
cálculo diferencial, algo de trigonometría,
un grueso libro sobre química orgánica
que me había prestado McAuliffe.
Luego otro tipo de aprendizaje
con La Cábalá Mística de Dione Fortune.
Pero lo más importante para mi futuro
fue la visita de Tótila,
con quien había entablado amistad
el año anterior
y con quien solo había tenido
algunas conversaciones telefónicas.*

*Cuando supo que estaba enfermo
vino a verme
y me trajo un volumen inédito de poesía
que había escrito en castellano
luego de su llegada al país
años atrás
y que había llamado
La epopeya del tres veces nuestro.
Lo dejó en mis manos
y este libro
precipitaría una siguiente etapa
en nuestra amistad.
Entendí muy poco de lo que leía,
pero me impresionó profundamente.
Tenía una calidad orgánica en la forma de los versos
y las estrofas
que me pareció un signo
de un origen
profundamente inspirado
y vagamente comprendí
que su contenido
coincidía en parte
con lo que leía en esos días
sobre «el árbol de la vida»
de la Cábalá
con más esperanza de comprensión
que entendimiento propio.
Una santa triplicidad
repetida tres veces en la estructura de «el árbol de la vida»
parecía presentarse reiteradamente
en el libro de Tótila
en la forma del Padre, Madre e Hijo.
Si durante el año anterior*

*me había interesado en Tótila
como alguien que sabía
cosas más allá de mi alcance,
esta vez llegué a sentir
que no solo era Tótila un sabio,
sino alguien cuya sabiduría
me interesaba mucho más
que el conocimiento científico.*

*Fue a partir de este momento
que comencé a «ordeñarlo»,
para comprender mejor lo que percibía y escribía,
y diría que me respondió visitándome otras veces.
Mis padres, viendo mi entusiasmo con nuestra conversación
y en vista de que el año estaba a punto de terminar,
pensaron que sería una buena cosa
que me sumase a Tótila y a su familia
en su próximo viaje de vacaciones
a la isla Fresia, en el centro del lago Puyehue,
durante mi convalecencia.*

*Una familia de inmigrantes vieneses
había construido allí una casa
con sus propias manos
y cultivado los campos adyacentes,
y comenzaban a recibir invitados
en una casona que habían construido.
Pude apreciar una agradable atmósfera
además de sabrosas comidas.*

*Habían recibido la tierra gratuitamente del gobierno,
que por aquel entonces quiso atraer
a inmigrantes para que mejorasen la región,
y ellos crearon un lugar hospitalario, simple y natural,
en una franja de la isla que se extendía*

entre el lago y la selva virgen.

*Remando un día por ese lago,
mientras Tótila a mi lado
nadaba de espaldas,
después de cinco horas
llegamos hasta la orilla opuesta,
donde el bosque nos pareció más salvaje
que el de la isla
por el que ya habíamos paseado mucho,
a veces en compañía,
siguiendo a lo largo de sendas
llenas de helechos
y follaje abigarrado.
En otros paseos iba solo,
como solía hacer durante mis años en El Retiro
y Tótila celebraba que yo disfrutase
de la naturaleza en la soledad.*

*Todos, entonces, como familia,
nos reuníamos en las comidas.
Se hablaba principalmente en alemán,
que era también la lengua de los otros huéspedes,
cuyas identidades ya no recuerdo
pero sí los lugares que ocupaban
en la gran mesa con diez sillas a cada lado.
Recuerdo que durante años anteriores
habían estado allí también presentes
el doctor Hoffmann con su esposa Lola y sus hijos.
Habían ido en varias vacaciones de verano
y seguían presentes en la mente de nuestros anfitriones.*

No puedo pensar en un mejor nicho

*para el comienzo de una nueva amistad
que este hermoso paraje
y nunca estuve tanto con Tótila,
absorbiendo su conversación
y con ello un mundo nuevo.
Especialmente
en la perspectiva del tiempo
me parece como si hubiese absorbido
un alimento
muy diferente
de cualquiera hasta ahora conocido,
pues lo que Tótila decía
me puso en contacto con el mundo
de sus grandes amigos:
Beethoven, por ejemplo,
y Nietzsche
y Goethe y Dante...
Hablaban de todos ellos con amor
y también con compasión
por sus sufrimientos
y me parecía que estaba en compañía
de sus hermanos del alma,
como si todavía estuvieran vivos,
y no solo los conociera,
sino que los llevara dentro de sí
como se lleva a los familiares,
y esta intimidad
hizo que también yo comenzara a sentirlos
como mis propios amigos:
presencias más que figuras históricas.
Todo fue muy natural
muy ordinario y familiar.
Ya de regreso en Santiago,*

*sentí que había entrado en una nueva
etapa de la vida,
que algo había cambiado en mí
como si fuese sutilmente diferente,
más consciente,
como si estuviese
indefiniblemente más vivo.*

Después de aquella temporada con Tótila en la isla Fresia, y supongo que por su iniciativa, un día Ruth propuso que fuera a cenar con ellos todos los martes. La primera de estas visitas fue una comida con Tótila y su familia, que incluía a su hija Luz, que debía de tener entonces cerca de cinco años. Ese día hablamos de muchas cosas y fui conociendo poco a poco la historia de su vida. Así fue cada vez que lo visitaba: tras una cena en que Tótila era un poco como un bufón, comenzaba nuestro encuentro durante el cual me sentía transportado al Olimpo. Luego me acompañaba caminando a mi casa.

Tótila había viajado a Europa en compañía de su madre a los once años, en un momento en que la relación entre sus padres se había vuelto difícil, y en parte por ello habían decidido que sería oportuno que continuara su escolarización en Alemania. Allí había aprendido el alemán y había leído con mucha emoción los clásicos de la poesía alemana. Una vez terminada la escuela secundaria había vuelto a Santiago con la intención de seguir los pasos de su padre, don Federico Albert, que había llegado a Chile por un contrato con el gobierno en una época en que el estado quiso atraer a hombres de ciencia europeos. Además de fundar el Museo de Historia Natural, emprendió muchas obras en el espíritu de un naturalista muy dado a lo que hoy llamamos la ecología, plantando dunas, protegiendo los bosques vírgenes con una legislación apropiada, cultivando la langosta y las ostras, importando la trucha y sobre todo plantando en las diversas zonas climáticas del país árboles de muchas partes del mundo.

Tótila entró a la Escuela de Agricultura siguiendo los deseos de su padre de tenerlo como sucesor, pero su corazón no estaba allí. Más bien le gustaba modelar en plasticina o greda, y demostró un talento suficiente como para que su padre se alarmara de que le fuera a salir un hijo artista. Llegó un día en que, pese a su prejuicio contra el arte y los artistas, don Federico comprendió que esa era la vocación de su hijo y lo sometió a una serie de preguntas, de las cuales la primera, la más obvia, fue: ¿Quieres ser un artista? La

segunda fue: ¿Querías ser un artista aun sabiendo que podrías no tener éxito? También esta respuesta de Tótila fue afirmativa, y pasado el interrogatorio don Federico decidió enviar a Tótila nuevamente a Alemania, esta vez para que se formara como pintor. Seguramente pensó que un pintor tendría más trabajo que un escultor, su practicidad lo llevó a esta determinación, pasando por alto los deseos de su hijo, que prefería la escultura.

Después de un tiempo, Tótila se matriculó en la Escuela de Artes Aplicadas de Berlín, donde aprendió también a esculpir, y llamó tanto la atención de otros artistas de importancia que, sin saber que no era alemán, se le ofreció informalmente el Premio Real de Prusia. Mientras escribo esto no recuerdo cuánto tiempo trabajó Tótila como artista independiente, exponiendo año tras año en el Salón Oficial y en el alternativo (Jurifrei), antes de regresar a Chile con una notable colección de obras. Al parecer se formaron dos bandos respecto de su obra poco después de que los amigos del poeta Manuel Magallanes Moure le encargaron un monumento destinado a honrar su memoria. El monumento que Tótila esculpió consistía en un cilindro con una cúpula que escandalizó a algunos por su apariencia demasiado fálica. A Tótila le gustaba que fuera así y despreciaba la mojigatería de sus contemporáneos, pero la desaprobación de algunos hizo que el monumento no fuera más que un proyecto en yeso que permaneció en el jardín hasta la muerte del padre de Tótila, cuando los disidentes atravesaron la propiedad y armados con hachas lo destruyeron.

En algún momento Tótila regresó a Berlín, donde se llegó a hablar de él como el Rodin alemán y donde diversos entusiastas adquirieron obras suyas, pero la muerte de su padre lo sumió en un profundo duelo que puso término a su dedicación a la escultura, y comenzó a dedicarse exclusivamente a la poesía. Más de una vez lo escuché explicar que, durante ese tiempo de duelo, la luz del sol le parecía haberse vuelto un claro de luna y que, cuando le llegó por mar la mascarilla de muerte de su padre, se formó en su mente un poema. Luego seguirían otros, que se fueron acumulando y llegaron a formar el primer volumen de su obra poética. «Se apagó la vista y se abrió el oído», recuerdo que me explicó en referencia a esa transición de la escultura a la poesía, que también fue el comienzo de un viaje interior que iría a culminar diez años después en un nuevo nacimiento.

Tótila decía que la escultura había sido su profesión, pero la poesía su vocación. Se refería no tanto a su poesía lírica como a la gran epopeya que escribió después, cuando

obedeció a un impulso de recrear el mundo en poesía. Había empezado su epopeya con la historia de su vida, como si después de seguir a su padre más allá de la vida, llevado por su fuerte vínculo amoroso, no le quedase más vida que la de un pasado contemplado desde la muerte.

Este poema autobiográfico de Tótila adoptó la forma de ciento veinte cantos, cada uno dividido en doce estrofas de ocho versos, seis a la izquierda y seis a la derecha, como si las páginas simétricas constituyesen proyecciones del lado izquierdo y derecho de su cuerpo y a la vez encarnasen el contraste entre lo paterno y lo materno. Terminado este volumen, se sintió movido a escribir como si lo hiciera desde dentro de un ataúd, pues le parecía que ese momento de su vida era como el de un muerto, cuya única vida era el proceso de revivir y destilar su experiencia previa al momento en que la muerte lo había despertado con su luz como un rayo. Surgió un segundo tomo de la epopeya, y como Tótila seguía sintiendo que debía continuar (siempre sin saber lo que vendría) surgió un tercer tomo, también de ciento veinte cantos, como los anteriores, solo que menos personal, como si su identidad fuese ahora la de la naturaleza misma. Se podría decir que, como Lucrecio hizo poesía de la ciencia de su tiempo, y como a los físicos de hoy les gusta ver las leyes de la física como la danza de Shiva, en su tercer tomo hizo poesía de la física, y más ampliamente del universo material y sus leyes. Solo en un cuarto tomo entra la poesía de Tótila en el ámbito de lo espiritual, y describe esta transición como una caída de su cuerpo al sol, donde se siente que desaparece y se transforma en fuego y, a través de esta caída, entra en un ámbito comparable al Empíreo de Dante, donde se encuentra con la mente de los iluminados de todos los tiempos y culturas. A veces Tótila hablaba de este cuarto tomo de su epopeya como un viaje por las religiones, que había empezado con un encuentro con Buda y con Jesús, y que lo había llevado a los babilonios, los egipcios, los aztecas, el islam y también a genios creadores más recientes como Goethe, Nietzsche y su querido Hölderlin, víctima de un accidente espiritual como tantos otros. Aunque pudiera decirse que en este cuarto tomo de su epopeya Tótila le había dado expresión a la experiencia espiritual suprema, su viaje interior lo llevó incluso a algo más, que explicaba como haber atravesado el sol para encontrarse con el espacio intergaláctico donde anidan los soles, algo como un espacio materno cósmico cuyo eco microcósmico era el desarrollo del embrión en el útero materno. Y le parecía que nadie había podido haberle dado forma a este espacio cósmico indiferenciado, dado

que a través de la ciencia solo conocíamos los detalles de la embriogénesis, y que por ello constituía lo más original de su obra.

El contenido del quinto y último tomo de la epopeya de Tótila es precisamente el desarrollo embrionario como analogía de un desarrollo de una nueva conciencia, en que cada etapa de la embriogénesis se vuelve metáfora de un hecho interior (desde el encuentro de los gametos de los padres a la formación de las tres etapas embrionarias, la formación del eje central, el descenso del corazón desde la cabeza, etcétera). Y cuando Tótila terminó de escribir este volumen experimentó también los dolores físicos del parto y sintió que, habiendo nacido, no solo había terminado su obra, sino también el propósito de su vida.

No recuerdo que durante los primeros años de nuestra amistad Tótila me haya mostrado algo de su epopeya, ya que por aquel tiempo yo apenas había empezado a tomar clases de alemán con su mujer. Más sentido tenía que Tótila compartiera algo que vino después de su epopeya y que llamaba el «dictado musical», pues le llegaba precisamente como una voz que cantaba palabras mientras escuchaba la música de Beethoven. Había comenzado este proceso al escuchar uno de los cuartetos tardíos de Beethoven: percibió que Beethoven también había tomado conciencia de su vida intrauterina, y que había hecho ese gran viaje interior al que había dado forma tras de su epopeya. Pensó entonces que, así como había escrito una epopeya personal en la que el héroe no era un Ulises o un Fausto sino él mismo, despojado de toda proyección simbólica, también podría emprender algo semejante a través de la escucha cronológica de la obra de Beethoven, reconstruyendo el proceso espiritual de Beethoven y así homenajear a este hermano espiritual con su epopeya.

Cuando comenzó a escuchar alguna obra temprana de Beethoven, con la intención de decodificar su contenido humano, se encontró con una experiencia inusitada que le resultó seguramente tan aterradora como a Hamlet el encuentro con el fantasma de su padre. Tótila escuchó una voz que acompañaba a la música, y su reacción inmediata fue darle un golpe a la Victrola para interrumpir la música. Volvió a escuchar y se repitió el fenómeno. Entonces decidió que ya no intentaría una interpretación de la música de Beethoven, sino que adoptaría el rol de un amanuense, que transcribe lo que escucha. Y así se desarrolló poco a poco un volumen en la obra de Tótila que quedó trunco porque, con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, dejó Alemania precipitadamente y vino a refugiarse a su país de origen.

En realidad, un día antes de la declaración de la guerra, Tótila partió en el último barco que dejaba la costa de Alemania, y recuerdo escucharle decir que se había embarcado con las manos en los bolsillos, dejando atrás su casa, sus pertenencias y su poesía. Quedó interrumpida esa obra a la que había llamado «el tú revelado» en el segundo cuarteto Razumovsky de Beethoven, y sintió que esa obra había terminado en un aborto y que no podría ya nunca retomarla.

Me tocó ser testigo de cómo tomó la forma de dictado musical para Tótila cuando se decidió a auscultar la Sinfonía Inconclusa de Schubert. La había escuchado ya en Berlín durante su dedicación a la obra de Beethoven y al oírla le había sorprendido la visualización de una pirámide azteca donde se celebraba un rito de autosacrificio, que podría ser el significado de esta imagen donde le parecía que un príncipe, a través de una larga preparación, ascendía majestuosamente por los peldaños de esa pirámide para entregarle su corazón al sacerdote que lo esperaba en lo alto con un cuchillo de obsidiana en la mano. La imagen lo había dejado con esta interrogante y con la impresión de que también la música de Schubert se podría auscultar, revelando un contenido interior y extramusical.

Por fin un día, no mucho después de nuestra temporada en isla Fresia, Tótila abordó la tarea y al día siguiente compartió conmigo las primeras páginas de lo que había escrito en correspondencia de una sílaba por cada nota de la música del comienzo de la Inconclusa. En correspondencia con la oscura frase musical del chelo, que nos impresiona como una pregunta sombría, había escrito: «¿Piensas acaso en una muerte prematura?». Y desde ese momento había comprendido que, así como en Beethoven se había despertado una conciencia superior a través de la amenaza de la sordera, Schubert había descubierto que no viviría mucho tiempo más. Schubert había sido un hombre tímido y tierno, pero su música temprana había sido un eco de Mozart y Beethoven, y tal vez eso no lo habría hecho un inmortal, pero de pronto, en la cercanía de la muerte por sífilis, se había obligado a hacerse hombre o, si se quiere, volverse heroico, aunque su heroísmo no fue titánico como el de Beethoven, con su violenta autoafirmación, sino más bien un heroísmo en la entrega como el heroísmo cristiano de quien ante la agresión ofrece la otra mejilla.

Al terminar su trabajo con la Sinfonía Inconclusa de Schubert, Tótila comprendió plenamente la imagen que había visualizado al escucharla en Alemania mucho tiempo atrás: el autosacrificio del príncipe azteca le pareció una exacta representación del

sacrificio de Schubert a su vocación musical, que le significó una entrega a la pobreza a veces sin tener más papeles para escribir sus obras que los manteles de los restaurantes.

Y de la Inconclusa pasó a la monumental Novena Sinfonía de Schubert, que suele llamarse «La grande», ya que el compositor parece alcanzar el centro de su existencia. Pero ahora Tótila se preguntaba si sería posible recibir un dictado de otro compositor alemán comparable a lo que Schubert había sido después de Beethoven. Supongo que para aquel entonces Tótila ya entreveía que la sucesión histórica de los compositores no se trataba simplemente del fenómeno informal de la influencia, sino que había un traspaso de conciencia comparable a lo que en las tradiciones espirituales se llama linaje. Le parecía como si en una carrera de postas Schubert hubiera absorbido el espíritu de Beethoven y se preguntaba adónde había ido a parar el espíritu de Schubert.

No le fue difícil responderse, pues Schubert se hizo conocido solo después de su muerte, cuando Schumann buscó sus manuscritos y dio a conocer su sinfonía y sus sonatas para piano. Entonces Tótila se interesó en explorar la música de Schumann, que hasta ahora no le había llamado mucho la atención, y comenzó con lo que se conoce como la Cuarta Sinfonía únicamente porque durante mi época en el colegio un compañero de curso me había regalado esa grabación. Fue muy oportuno empezar por esa obra, ya que la Cuarta Sinfonía resultó ser la primera que escribió Schumann, solo que la completó mucho tiempo después.

Un día, cuando fui a su casa por la clase de alemán, le llevé los discos, y una hora después al salir de la clase Tótila ya había escrito la primera página correspondiente a la introducción lenta del primer movimiento. Estaba muy sorprendido, pues en su trabajo previo con Beethoven y Schubert no había aparecido nunca un personaje y en este caso había un héroe y era Lucifer, el ángel caído que anhela volver a su origen divino.

Tótila siguió explorando la obra de Schumann y fue verificando que este arquetipo del ángel caído empuñaba toda su música tal como había empuñado su conciencia de sí. ¿Y acaso no somos todos ese ángel caído que anhela volver a su origen celestial? Schumann fue uno de los que habían llegado al espíritu, pero no pudo integrar esa existencia espiritual con su vida terrena y terminó desarrollando una psicosis.

Muy diferente fue el caso del músico cuya obra vino a explorar Tótila después de su dedicación a la obra de Schumann. Nunca hasta entonces le había interesado Brahms, a quien había incluso rechazado como un epígono, tal vez haciéndose eco de opiniones de otros alemanes en su tiempo. Era lógico que tomase en serio la opinión de Schumann

quien, al conocer las obras tempranas del joven Brahms, escribió una reseña sobre cómo había aparecido por fin aquel a quien esperábamos. Fue enigmático este artículo en la revista musical que el mismo Schumann había fundado, porque no hablaba de Brahms específicamente como un músico, sino como una conciencia, una especie de *messia* musical. De modo que fue un obstáculo para Brahms el entusiasmo de Schumann, porque indujo a que el público se preguntara cuán acertado sería el juicio de este músico un poco loco. Debe haber contribuido a que Brahms fuese muy cauteloso en el desarrollo de su obra y es bien sabido que, después de la lentísima elaboración de su Primera Sinfonía, el público lo recibió como el retorno del espíritu que había inspirado a Beethoven en su Novena.

Tótila empezó su exploración de Brahms por esta Primera Sinfonía, cuya lenta introducción, acompañada por un timbal rítmico como un latido del corazón que sugiere un parto, junto con el texto en el dictado de Tótila podría decirse que es una cosmogénesis. Tótila nunca se había sentido en presencia de un espíritu tan cercano como el de Brahms, en quien le pareció encontrar expresado el mismo equilibrio de los tres amores que había conseguido a través de su largo viaje. Llegó a parecerle que había sido un hombre muy equilibrado en comparación con el carácter grandioso de Beethoven, a quien había considerado su maestro, un poco como Dante a Virgilio.

Acompañé a Tótila en sus años de actividad creativa, que lo llevaron a las principales obras de los compositores mencionados, pero mi relato sería incompleto si no hablase de otro aspecto de su obra que podría llamar su poesía política.

Cerca del final de su vida, y con su mano casi paralizada tras un ictus cerebral, escribió: «He sido escultor, poeta y músico de mí mismo para la gloria de Dios». Pienso que habría que agregarle a esta caracterización la palabra profeta. Desde mi primera conversación con Tótila sentía que estaba ante un profeta, y a veces durante nuestros encuentros lo sentía como un nuevo Jeremías. Me dolía la condición del mundo tanto como a él.

Aunque cada visita a Tótila fuera como una peregrinación al Olimpo, donde me bañaba en la felicidad arquetípica de la música y la alta poesía, mi intimidad con él estuvo siempre limitada por mi propio carácter. Además, después de algunos años llegué a sentir que necesitaba algo diferente: algo así como un fontanero que me ayudara a sanar un mal emocional, o un maestro como Gurdjieff, que confrontaba a las personas con sus limitaciones y les ponía tareas. Tótila me parecía un bardo que cantaba desde

una orilla que yo aún no había alcanzado, y me empezó a parecer que necesitaba un barquero y un guía que me ayudara a llegar hasta allí.

Fue precisamente la influencia de Gurdjieff lo que me indujo a pensar que necesitaba la influencia de un ser iluminado, de alguien que pudiera sacudirme de mis limitaciones, guiarme, desafiarme y hacer lo que fuese necesario para que pudiera llegar a esa conciencia en la que sin duda Tótila estaba establecido. Aunque Gurdjieff no estaba ya entre los vivos, era alguien cuya influencia me había llegado a través de algunos libros, como los de Ouspensky.

Con el paso del tiempo también bebería de otras fuentes, pero sin duda fue la presencia de Tótila en mi horizonte mental el catalizador para que entrara a una nueva etapa de mi vida, durante la cual me volví más consciente y auténticamente vivo. También mi propio trabajo después de su muerte estuvo tan profundamente influenciado por su legado implícito que terminé por considerarlo como un padre espiritual.

Ante mi explicación de que no estaba tan seguro de llegar adonde él había llegado siguiendo su ejemplo de confiar en la vida y su evolución natural, Tótila reiteraba su fe en que no necesitaba empujar, y no se interponía en que yo como buscador sediento me interesara en muchos caminos.

LEYENDO A GURDJIEFF

En algún momento, Carlos Villanueva y su esposa Luz también se mudaron a Santiago y así volvieron a formar parte de nuestro entorno social. En una de sus visitas a mi madre le habían hablado con gran entusiasmo sobre lo que habían escuchado, en un reciente viaje a Europa, de los *Relatos de Belcebú a su nieto* de Gurdjieff.

Tras esta visita le dejaron a mi madre ese grueso volumen de tapas celestes donde le explica Belcebú a su nieto Hussein las desventuras de los miserables habitantes del planeta Tierra mientras viajan en una nave espacial hacia el centro sagrado del universo. Imagino que pasaron años antes de que yo lo abriese. Me parece que el estímulo para comenzar a leerlo fue la visita de un compañero de colegio llamado David García, que estaba en una clase superior a la mía. Para entonces ya había leído parte de *Fragmentos de una enseñanza desconocida. En busca de lo milagroso* de Ouspensky, por lo que las explicaciones de García no eran algo completamente nuevo para mí, pero parecía transmitir el entusiasmo que le había inspirado la participación en un grupo gurdjieffiano.

Cuando comencé a leer los relatos de Belcebú estuve pegado a ese libro durante mucho tiempo. Tal vez ahora veo más claramente la habilidad de Gurdjieff para estimular la atención de su lector con la promesa de una información preciosa que esperábamos en vano de capítulo a capítulo. Además, a Gurdjieff le gusta anidar una oración dentro de otra, y ambas en una sentencia aun mayor que resulta a su vez ser una digresión, como un paréntesis en un contexto más grande, y así sucesivamente, de manera semejante a *Las mil y una noches*, los cuentos están contenidos dentro de otros cuentos, y aunque parecía ir de un tema a otro, siempre mantenía a sus lectores a la

espera de alguna información valiosa que se posponía. Diría que su técnica funcionó en mí, pues logró influenciarme de una manera diferente a lo que esperaba. Durante una larga temporada Gurdjieff se convirtió en parte de mi vida, a través de su interminable y laberíntica narración, algo así como el abuelo que nunca conocí. A pesar de no haber tenido hasta entonces contacto con personas que lo conocieran, recibí de él una bendición.

No sé cuánto había leído de *En busca de los milagros* cuando conocí a Tótila, y ahora no sé si fue Gurdjieff quien me preparó para Tótila o si fue la coherencia entre las declaraciones de Gurdjieff y lo que decía Tótila, a partir de sus experiencias de primera mano, lo que me llevó a creer tan profundamente en ambos. De todos modos, tomé la coincidencia entre Gurdjieff y Tótila sobre el tema de una estructura trina omnipresente en las cosas, como una indicación de que estaba ante dos hombres de conocimiento para quienes una visión trinitaria de la realidad era una cosa fundamental.

La coincidencia entre Tótila y Gurdjieff en lo relativo a arte objetivo tuvo el efecto de reforzar mi fe en la autoridad de ambos. Tótila afirmaba que las grandes composiciones musicales podían decodificarse, de modo que un contenido fuese transmitido más allá de las asociaciones personales de los oyentes, constituyendo así un lenguaje del alma que transmitía verdades comparables a las del drama o de la poesía épica. También en Gurdjieff la noción de arte objetivo se refería a la transmisión de una conciencia y una verdad más allá de los sentimientos personales y los fenómenos estéticos. La aparición de Gurdjieff en este momento de mi vida reforzó la influencia de Tótila a través de la similitud y además enriqueció mi aprendizaje mediante el contraste. Más tarde llegaría a decir que está el camino de la copa y el camino del palo, maestros del amor como Tótila, y maestros de la espada como Gurdjieff, quien a pesar de su misticismo era un hombre de mundo y un guerrero. Y me pareció que cuando en sus historias de Belcebú, Gurdjieff se describe como un maestro de baile, no era literalmente cierto con respecto a su creatividad en el dominio del movimiento, sino una buena metáfora para alguien que enfatiza la optimización de la conciencia en la vida diaria.

La diferencia entre Tótila y Gurdjieff vino para mí a ser semejante a la distinción que Don Juan de Castaneda establece entre un maestro y un benefactor. Un maestro espera que te rindas a su dirección y te guía hacia las experiencias que necesitas, estimulando así tu desarrollo, y yo esperaba poder encontrar un maestro como Gurdjieff algún día. El benefactor solo te da lo que es: deja su propia huella en ti, y en eso radica su bendición.

Más adelante formulé una síntesis personal entre varios caminos, como lo hizo Gurdjieff con su *Cuarto Camino* y Aurobindo en su *Yoga Integral*. Gurdjieff fue una inspiración importante en su planteamiento inicial, sus ideas se habían convertido para mí en segunda naturaleza pues, como se verá, tuve la oportunidad de estar cerca de algunos discípulos cercanos.

EVA MARÍA

Supongo que conocí a Freddy Wang en el ambiente musical de mi madre, durante nuestras breves visitas a Santiago, cuando todavía vivíamos en Viña del Mar. Más tarde, cuando ya no era interno sino medio pupilo, lo recuerdo por sus ocasionales visitas a Viña con el cuarteto que había reunido. Para entonces yo podía asistir a conciertos y estar presente en algunos ensayos, que en su mayoría se llevaban a cabo en el hermoso Parque Vergara, donde yo asistía a las clases del Conservatorio Municipal de Música.

Freddy era optimista, parecía una encarnación del humor. Nunca conocí a nadie durante mi vida temprana cuya presencia evocase tanta alegría. Diría que era un espíritu mozartiano. Por su forma de ser era perfectamente coherente con la música juguetona, alegre, divertida y a menudo traviesa de Mozart. Freddy sonreía mucho y a veces estallaba en carcajadas con el más mínimo pretexto. Parecía mirar las cosas desde una perspectiva que las hacía divertidas, y a veces me parecía un elfo más que un humano ordinario, tal vez por su intensa presencia.

Debo haber asistido a muchos ensayos de su cuarteto, y en esas ocasiones me sentía libre de situarme detrás de alguno de los músicos mientras seguía la música escrita al mismo tiempo que la escuchaba. Me gustaba Hans Loewe, un hombre gordo y dulce que tocaba el violonchelo, a quien después de mudarnos a Santiago vería tocar el corno francés en los conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional. Nunca le hablé, pero fue una de las personas cuya partida más lamenté cuando décadas más tarde murió de cáncer después de interpretar el Schelomo de Bloch en el Teatro Caupolicán.

El Cuarteto de Santiago —nombre del grupo que Freddy había reunido— incluía también a Martínez, el primero de los segundos violines de la Orquesta Sinfónica, y a

Zoltan Fischer, que tocaba la viola (y más tarde lo conocería mejor como el esposo de mi profesora de piano Elena Waiss en Santiago).

Imagino que el amor a Mozart puede haber contribuido a la afinidad entre mi madre y Freddy, porque no he conocido a nadie que interprete a Mozart con tanto deleite y perfección como él y porque era Mozart a quien mi madre prefería tocar. Freddy había sido un niño prodigio en Viena, donde había sido instruido por un famoso pedagogo musical llamado Anton Wilner. Pero con el ascenso del nazismo buscó refugio en Inglaterra, y más tarde emigró a Chile; estoy seguro de que fue el mejor violinista de la ciudad.

Después de que mi madre y yo nos mudamos a Santiago, Freddy se convirtió en una presencia muy familiar en nuestro entorno, y lo recuerdo entonces con Eva María, una mujer cuya belleza solo puedo comparar a Elisa, la gran amiga de mi madre. Eva María y Freddy parecían sintonizar en una misma longitud de onda, pese a que él era extrovertido y jovial y ella era más callada y suavemente melancólica. Algunas veces los visitamos en su casa cerca del cerro San Cristóbal.

Recuerdo la sala de estar de Freddy y Eva María con la fragancia del eucalipto. Colocaban hojas de eucalipto en cuencos de agua encima de la estufa, y esto contribuía a que su entorno se sintiera como un lugar curativo. Ambos eran también amigos íntimos de Tótila, lo cual aumentó el sentimiento de afinidad a pesar de haber hablado muy poco con ellos. Durante mis años en la Escuela de Medicina, parece haber tenido lugar una transición en mi relación con ellos comparable a la evolución a través de la cual otros amigos de mi madre llegaron a ser también mis verdaderos amigos.

Después de muchos años de vivir juntos, Eva María y Freddy tuvieron un hijo, Vincent. Cuando el niño tenía seis meses, Freddy emigró a Cardiff, Gales, con un contrato de la universidad. Parecía lo correcto para ellos en ese momento. Viajó antes que Eva María para encontrar una casa y prepararla para su llegada.

Creo que fue durante mi cuarto año de Medicina que estábamos de vacaciones con mi madre, Eva María, y mi compañero de clase Tito Rojas en El Retiro. Una noche en que cenábamos juntos creí entender que Eva María recibiría mi visita en su dormitorio esa noche. No podría reconstruir la conversación aunque, a pesar de no haber mirado a Eva María con deseo, me alegré de esta idea que ni siquiera había imaginado como una posibilidad.

Eva María ocupaba en un extremo de la casa lo que había sido el dormitorio grande de

mi madre, cubierto por una alfombra rosada de pared a pared, y yo dormía en la habitación contigua, donde estaban la biblioteca y el estudio de mi madre, de modo que, aunque no estaba seguro de si estaba interpretando correctamente esta invitación increíble, la excursión nocturna no fue difícil. Apenas crucé el umbral, Eva María me saludó con lo que me pareció la palabra más dulce que había escuchado nunca: *komm* (ven).

Solo ahora, cincuenta años más tarde, me doy cuenta de que lo dijo en su lengua materna alemana, no en español ni en inglés. De allí en adelante conocí la felicidad.

Eva María y yo dormimos poco durante las noches que pasamos juntos, ya que nuestro amor parecía no terminar nunca. Recuerdo que en nuestra primera noche juntos tuve un sueño. Estaba estudiando griego en esos días, y en mi sueño Eva María parecía haberse transformado en la letra H, que se mezclaba en las palabras de mi escritura como un artículo femenino.

No fue mucho el tiempo que compartimos, y seguramente fue perfecto que esto fuera así, sin tiempo para que nuestras neurosis contaminasen nuestro jardín perfecto. La hora de la partida del barco de Eva María desde Valparaíso había sido fijada, y una semana después la acompañé al puerto. En su camarote conocí a su madre, que había venido desde Santiago para despedirla, y como era profesora de canto más tarde tomé clases con ella, sintiendo que esto constituía un puente hacia Eva María, a quien había escuchado cantar arias de Mozart muy bellamente. Pero para mi sorpresa también encontré en su camarote a la persona a quien había odiado con más vehemencia en mi vida: miss Mientje, que ahora pretendía hacer creer que siempre me había querido mucho y que me sonreía con gran amabilidad.

El breve tiempo que compartí con Eva María me hizo sentir más completo y satisfecho. Nuestra historia de amor continuó durante algún tiempo a través de la correspondencia, mientras avanzaba su barco por la costa de América del Sur hacia su nuevo hogar, hasta que sentimos que era hora de interrumpir nuestra comunicación, al menos por el momento, para que ella pudiese adaptarse mejor a su nueva vida.

DAVID ROSENMANN-TAUB

A David lo vi por primera vez mientras éramos compañeros en las clases de contrapunto que dictaba Domingo Santa Cruz en el Conservatorio Nacional de Música, aunque nos hicimos amigos tiempo después, cuando dejé de asistir al conservatorio. Resultó el nuevo encuentro del interés de mi madre debido a que Alone había escrito una reseña en *El Mercurio* sobre *Cortejo y Epinicio*, de un joven poeta llamado David Rosenmann-Taub.

Hubo temporadas en que mi madre y yo ocupamos habitaciones contiguas en el primer piso de la casa que mi padre nos había comprado en Villaseca, de modo que no pude dejar de escuchar algunas de las cosas que decía en el transcurso de sus largas conversaciones telefónicas con sus amigos. Y así fue como me enteré de su entusiasmo por ese artículo de Alone. No recordaría este detalle si ella no me hubiera mostrado la reseña, pero tampoco recordaría su emoción si no hubiera sido por las conversaciones extraordinariamente largas que le dedicó a este poeta que había escrito una canción de cuna para un niño podrido.

Entonces recordé haber conocido a alguien con ese mismo nombre cuando asistía a la clase de contrapunto de Domingo Santa Cruz, pero me pareció más fácil pensar que se trataba de una coincidencia en los nombres que concebir que mi antiguo compañero de clase pudiera ser una persona tan famosa y especial como el poeta tan celebrado. Tal vez esto reflejaba el hecho de que no me había gustado mucho, pues mi reacción inicial y tal vez la más espontánea hacia David había sido de desdén, aunque solo recuerdo un intercambio único y breve que me dejó esa sensación: ya en la puerta del edificio, al salir de la clase, y después de haber respondido afirmativamente a su pregunta sobre mi

interés en componer para la orquesta, él había declarado a su vez que, por el contrario, solo le interesaba componer para el piano. Asocié su interés especial por la música de piano a su gusto por Chopin, el ídolo de mi adolescencia que ahora devaluaba como un tiempo de inmadurez algo despreciable. No tomaba en cuenta en mi juicio sobre David que él podía tocar muy bien de oído y que podía improvisar muy bellamente, mientras que yo hacía ambas cosas bastante mal. Lo que no me gustaba de él era una proyección de lo que no me gustaba de mí mismo, y ahora me compensaba con orgullo al sentir que había superado una inmadura identificación con Chopin.

Estoy bastante seguro de que la amistad entre David y yo no habría surgido de nuestra cercanía física en el Conservatorio. La circunstancia precipitante de nuestro reencuentro fue que una amiga de mi madre, Carmen Balmaceda, quien, sabiendo de su entusiasmo por el joven poeta tan celebrado, ofreció presentárselo y reapareció así en nuestra casa. Mi amistad con Carmen y David comenzó ese mismo día, pero no creo que hubiese hecho amistad con él si no se hubiera quedado después de que Carmen se despidió de nosotros, y si no lo hubiera acompañado al autobús a unas cuantas cuadras de distancia.

En lo que él me explicó sobre su poesía y sobre su experiencia de escritura, reconocí una expresión del mismo tipo de conciencia que intentaba comprender a través de mi amistad con Tótila, y ese día intuí que David también era un poeta en contacto con una dimensión misteriosa de la existencia. Así como Tótila había sido transformado por la muerte, y fue a partir de esta transformación que había surgido su poesía, también David había experimentado una profunda transformación relacionada con la escritura de un largo poema que había llamado *País más allá*, cuyo contenido, me explicó, era la infancia revivida desde la perspectiva de alguien que ha muerto. Mientras Tótila había vivido una transformación desencadenada por el duelo tras la muerte de su padre, los queridos padres de David continuaban vivos. Había sido una necesidad dictada por su proyecto poético el tomar la experiencia imaginada de la muerte de sus padres como el punto de partida, y les había pedido que lo dejaran solo en casa para así vivir un duelo imaginario. No dudé que los había llorado profundamente, experimentando su muerte de una manera que era más que pura imaginación.

Cuando le pregunté a David acerca de su escritura a mano, me explicó que en el pasado su letra había sido muy difícil de leer, pero que era la forma en que había elegido escribir después de que su vida había sido renovada por su experiencia de aquel tiempo. En esto también se parecía su caso al de Tótila, cuya letra era muy regular como reflejo

de un estado de equilibrio interior. Más tarde descubrí otra similitud entre lo que David me dijo acerca de sí mismo y de su escritura y lo que me había dicho Tótila: la claridad de la experiencia de la inspiración. Así como la inspiración de Tótila era tan clara como para que escuchara sus poemas como melodías cantadas, David recibía sus poemas instantáneamente y luego tenía que hacer grandes esfuerzos para recordarlos mientras los escribía. Yo diría que Tótila se parecía a Beethoven y David se parecía más a Mozart. Este último había comenzado a componer escritos desde muy temprano, dictándoselos a su madre, antes de que supiera escribir.

David se convirtió en un asiduo visitante de nuestra casa, por nuestra incipiente amistad y por una amistad independiente que él había hecho con mi madre. Ella nunca había terminado la novela que había comenzado a escribir después de su regreso de Rumania, y durante parte del tiempo que ella y David pasaron juntos, él la estimuló a terminarla y le dio consejos literarios. Debo decir que pronto me enteré de que David era un pedagogo extremadamente dotado, con un gran talento para guiar a otros escritores. Y así como una buena parte del tiempo de David con mi madre se centró en su novela, una buena parte del tiempo que pasó conmigo giró en torno a la poesía de Neruda, que me leía y explicaba en vista de mi dificultad para comprenderla. Pero con el paso del tiempo me interesé cada vez más en preguntarle sobre su propia poesía, que me parecía aún más difícil.

Después conocí a la madre de David, a quien él consideraba una mujer santa, aunque no religiosa. Solo intercambié algunas palabras con ella cuando David no estaba en casa. Se sentaba tan quieta en la cocina, que el gato se sentaba en su cabeza. Había sido, me explicó David, una pianista muy dotada, pero había renunciado a su talento para convertirse en ama de casa. Vivía con su esposo —que iba de puerta en puerta en bicicleta vendiendo telas—, con la hermana epiléptica de David y con sus dos hijos. Como los ingresos del padre de David eran escasos y su yerno no contribuía a mantener a sus hijos, David apoyaba a su familia dando clases privadas de piano y preparando a los jóvenes para sus exámenes de la escuela secundaria. Pasaba horas en autobuses o caminando por las calles, y en esos momentos escribía su poesía. Me pareció que podía concentrarse mejor que el común de las personas y que parecía vivir en una esfera diferente de conciencia.

Hubo un tiempo en que sentí como una circunstancia milagrosa la bendición de que tanto Tótila como David coincidieran cerca de mí en el Chile de aquellos años, como si

las órbitas entrelazadas de dos cometas que venían de muy lejos hubiesen coincidido providencialmente en mi tiempo y lugar. Seguramente parecería un acontecimiento ordinario para aquellos que consideraban a estos hombres solo como artistas contemporáneos (como lo fue Pablo Neruda, que era más famoso y amigo de mis padres), pero era muy diferente para mí, que veía una coincidencia extraordinaria en mi amistad con estos seres tan extraordinarios y poco apreciados.

Hubo momentos en los que me preguntaba si David no era más importante que Tótila en mi vida, ya que mi experiencia con Tótila era menos íntima. Con David conversaba con una naturalidad facilitada por la cercanía generacional, y también porque me hablaba de mí mismo y me desafiaba. Tótila era mucho mayor que yo (hasta el punto de que lo experimenté como un abuelo) e insistió en una relación fraternal, mientras que David, que me parecía tan familiar, tomó después de todo un papel de padre o de educador. Por ejemplo, fue el primero en llamarme la atención sobre mi miedo a mi madre, y también el primero en desafiar mi obediencia automática a ella.

En retrospectiva, diría que el efecto de Tótila en mi vida fue como el de un hierofante, quien a través de su presencia y su trabajo creativo me llevó a un contacto indirecto con un ámbito superior de la realidad, mientras que David funcionó como un psicoterapeuta o un sanador. A veces parecía como si Tótila fuera una figura paterna propiamente hablando, mientras que la presencia de David era más parecida a la de una madre. Aparte de ello diría que la íntima amistad con estos dos poetas portadores de gran inspiración, que se habían rendido profundamente a su vocación y a un misterioso proceso de evolución, fue una bendición en sí misma que fortaleció mi búsqueda y mi capacidad de rendirme a una vida superior.

6

CARMEN

Carmen entró en mi vida, como decía, el mismo día que David, y podría tanto decir que fue ella quien trajo a David como que fue David quien motivó la visita de Carmen, ya que había sido el interés de mi madre en conocer a David lo que la había impulsado a invitar a Carmen.

En ese tiempo Carmen enseñaba estética en la Universidad Católica, y se había capacitado en filosofía, por lo que sabía cosas que yo no sabía. Me impresionó, por ejemplo, que hubiese leído la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel y *La ciudad de Dios* de San Agustín. Esto contribuyó a mi interés en ella, aunque nuestra relación se sostuvo por mucho más que una búsqueda de comprensión intelectual.

Poco después de conocer a Carmen, me tocó asistir a las lecciones de medicina interna del doctor Alessandri en el Hospital El Salvador, justo en la vereda de la casa de Carmen, y como iría a pasar varias horas todos los días en la práctica clínica era natural que aceptara la invitación de Carmen a visitarla alguna vez. Una vez que lo hice, las visitas se hicieron una parte habitual de mis días. Pronto llegué a sentir a Carmen como una especie de Diotima, una mujer sabia, con una experiencia de la vida más profunda que la mía. Hablaba sobre la vida, y sobre su vida en particular, de una manera que parecía esclarecedora, algo así como cuando David compartía sus experiencias habituales, de modo que al escucharla sentí que estaba aprendiendo a ver más o a ver con ojos diferentes. Siempre me han atraído aquellos que pueden hablar de forma interesante sobre la vida cotidiana, pero Carmen fue la única mujer que se fue convirtiendo en una implícita guía.

Con el tiempo, nuestra relación también se sexualizó, lo que trajo consigo sus

inevitables complicaciones emocionales. La situación que entonces surgió me parece muy simple en retrospectiva, pero en ese momento me sentí dolorosamente confundido. Apreciaba profundamente a Carmen, y también era tan susceptible como cualquier joven con poca experiencia sexual podía serlo ante una oportunidad, pero no la amaba. En cambio ella llegó a amarme apasionadamente, y cuando comenzó a sufrir por mi aparente indiferencia, su necesidad de mi amor me estimuló a crear una distancia mayor. Sentía que ella tenía razón en su actitud y en su forma de relacionarse conmigo, mientras que yo estaba equivocado: ella era la santa y yo el pecador, pues ella tenía la capacidad de amarme y yo me sentía un desalmado.

Carmen fue el canal de muchas influencias, entre las cuales quizás la más importante fue la de Dostoyevski. Me regaló *Crimen y castigo*, pero lo más significativo para mí fue leer *El idiota*, porque, a pesar de mi alergia a la iglesia cristiana, a partir de entonces el Cristo crucificado se convirtió en el arquetipo dominante en mi horizonte mental. *El idiota* de Dostoyevski reforzó mi admiración por Sócrates, y me hizo tomar conciencia de la semejanza de David con Cristo, y también del aspecto cristiano de Tótila. Dostoyevski se convertiría para mí en una vida paralela complementaria a la de David, de una manera comparable a Gurdjieff que se había convertido en un complemento de Tótila.

Más tarde Carmen me dio una copia del libro *El tiempo debe detenerse* de Aldous Huxley. Me identifiqué con el protagonista, en quien hoy puedo reconocer una personalidad similar, excepto en que su rebeldía era más explícita que la mía. Con el tiempo me sentiría muy atraído por Huxley, cuyos ensayos me llenaron de deleite y se convirtieron en un faro implícito en mi vida. Su libro *Las puertas de la percepción* contribuyó a mi posterior interés en los psicodélicos, y a una combinación de apertura y espíritu de investigación que contribuyó a mis primeras experiencias bajo sus efectos.

También Kafka entró en mi mundo a través de Carmen. Después me dio una copia de *Demian* de Hermann Hesse, una novela sobre un joven que tiene un buen olfato respecto de quien alberga una conciencia más profunda, tal como había sido mi caso en mi acercamiento a Tótila y David.

Como Shakespeare ya había ingresado a mi mundo interior a través de las clases entusiastas y dramáticas de mister Dagg en el Grange, y Proust había entrado en mí a través de la influencia de David, que se identificaba con él y lo admiraba, ahora todos estos escritores parecían convertirse en una especie de familia interna, además de la

presencia de aquellos que habían venido a enriquecer mi vida desde que conocí a Tótila. A menudo me ocupaba en comparar las actitudes hacia la vida propias de Dostoyevski, Proust y Shakespeare.

El hecho de considerar a Carmen un ser extraordinario, llevó a que una vez le pidiera que me permitiese hacerle el test de Rorschach, en cuya aplicación me había convertido en aprendiz después de asistir a las lúcidas clases de Otto Kernberg en la clínica de Matte. Ya entonces le había pedido el mismo favor a David y a Tótila, deseando encontrar algunas características comunes del tipo de ser superior que estaba empezando a descubrir en ese momento de mi vida, del mismo modo que más tarde supe que Maslow investigaba los rasgos comunes de los seres autorrealizados. El rostro de Carmen era bastante feo, en parte como resultado de una extrema miopía que le había producido ojos saltones y de una cirugía ocular que había deformado sus párpados. Su cuerpo, sin embargo, era hermoso, como descubrí cuando, cediendo a su iniciativa, nos volvimos físicamente íntimos. Y cuando me sentí culpable por no amarla como ella me amaba, vi en ella a alguien que podría haberme enseñado a amar, y sentí que de ella dependía mi salvación.

Nuestra relación se complicó por el ardiente deseo de Carmen de tener un hijo conmigo. Carmen se sometió a un tratamiento que esperaba que pudiera restaurar la permeabilidad de sus trompas, pero para tener un hijo parecía necesario también que nos casáramos. Y en esto también estuve diligentemente de acuerdo, porque la idea de que ella y yo tuviésemos un hijo juntos fue respaldada con mucho entusiasmo por David.

Sin embargo, cuando les presenté la idea a mis padres, me encontré con una resistencia mayor que la que había anticipado. La discusión sobre el tema con mi madre se volvió muy acalorada, porque quería protegerme de la abrumadora responsabilidad de unirme a una mujer mucho mayor que yo y probablemente encaminada a la ceguera. Poco a poco, mi madre empezó a pedirme que me alejase de Carmen, seguramente al percibir que a través de su influencia yo me estaba dando cuenta de mi excesiva obediencia hacia ella. Esta fue una percepción que Carmen y David compartieron, y cuando yo mismo comencé a compartirla fue el primer evento verdaderamente terapéutico en mi vida.

Otro cambio en mi punto de vista que puedo atribuir a la influencia conjunta de Carmen y David (que a veces estuvo presente durante mis visitas a la casa de Carmen) fue la conciencia de las limitaciones de mi ser excesivamente intelectual. A pesar de

haber sido un estudiante sobresaliente, nunca me había considerado particularmente inteligente y, como ya he dicho, a una edad más temprana incluso temí ser retrasado. Sin embargo, David y Carmen me trataban como una persona genial y me transmitían la idea de que ser hijo de mi madre me había vuelto demasiado intelectual y que necesitaba vivir más.

La reticencia de mi madre hacia Carmen se convirtió en un antagonismo franco y odioso cuando comencé a hablar de matrimonio. Un día, después de una acalorada discusión en la que estaba tratando de hacerme ver el inconveniente de casarme con una persona que, debido a su edad y su ceguera progresiva se convertiría en una carga en mi vida, llegó a decir: «Espero que se quede ciega». Al escuchar su vehemente deseo, sentí que había pronunciado una maldición tan injusta que, sintiendo que Carmen estaba siendo crucificada por mi madre, deseé, respaldado por un sentido implícito de justicia, que la maldición de mi madre recayera sobre ella misma. Y así sucedió unos días después, cuando al llegar a casa me preguntó: «¿Qué significa que veo un arcoíris adonde sea que miro?». Para entonces yo cursaba el sexto año en la Facultad de Medicina, y recientemente en la clase de Oftalmología había aprendido que era un síntoma de glaucoma.

Como mi madre no fue capaz de disuadirme de mi intención, una vez más le pidió a mi padre que interviniera, y él vino desde Valparaíso a Santiago para hablar conmigo. Solo una vez antes había intervenido en mi vida con la intención de persuadirme de no hacer algo que tenía la intención de hacer, cuando pensé en convertirme en músico profesional. Esta sería la segunda y última vez, y de nuevo seguí su consejo, pero no hasta que me aseguré de que mis padres tenían razón al decir que Carmen mentía cuando declaraba ser mucho más joven de lo que realmente era.

Acepté investigar el asunto antes de tomar una decisión, muy seguro de que mi madre en su odio estaba alterando la verdad, pues alguna vez Carmen me había mostrado su carnet de identidad. Interpreté su noción de que Carmen podría estar fingiendo tener unos quince años menos como una odiosa invención. Les dije a mis padres que tomaría o no la decisión de casarme cuando supiera la verdad de su edad y para mis adentros me dije que podría muy bien acceder a tal información, pues tenía un amigo que trabajaba en el Registro Civil.

Después de que le expliqué a este amigo la idea de que Carmen podría haber falsificado el documento de identificación que una vez me había mostrado, me llevó a

los archivos para que yo personalmente pudiera inspeccionar su registro de identidad con mis propios ojos. Mi madre tenía razón: Carmen, como vino a reconocer más tarde, había sido persuadida por David de modificar su edad en su carnet y hacer creer que tenía treinta y tantos años y no cincuenta. Tanto me decepcionó este engaño que inmediatamente rompí mi relación con ella, y pasarían muchos meses antes de que ella pudiera hablarme del profundo dolor y odio por los que había atravesado. Un odio tal que le había parecido que podría ser legítimo matarme.

Mi respeto por Carmen sobrevivió, a pesar de que ya no sentí deseo de visitarla. Después de un largo tiempo de separación, dos matrimonios sucesivos y la experiencia profundamente transformadora que me convirtió en guía espiritual, comencé a visitar a Carmen cada vez que mis viajes me llevaban a Chile. De hecho, había quedado ciega, como resultado de su extrema miopía congénita, y vivía sola en un apartamento en un segundo piso, navegando por sus habitaciones y bajando las escaleras al tacto. Tenía unos pocos estudiantes que eran al mismo tiempo amigos que la apoyaban y, a pesar de algunas dolencias físicas y caídas frecuentes, fue capaz de superar su dolor crónico con una resignación estoica y un amor entusiasta a la vida.

A los libros que entraron en mi vida a través de ella se sumaron otros que ella me regaló en sus últimos años a manera de despedida: una edición antigua de *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis y un análisis estético de un simposio sobre Platón que ya no necesitaba, para que ahora los incluyera entre mis propias obras. Después de su muerte recibí a través de una tía suya otro libro: una valiosa edición antigua de *Don Quijote* que me había dejado como herencia.

UNA CRISIS VOCACIONAL

En el segundo año de la Escuela de Medicina, la clase más destacada fue la de Fisiología, enseñada magníficamente por una serie de entusiastas especialistas del Instituto de Fisiología, que había sido creado por el doctor Franz Hoffmann después de ganar un concurso contra el doctor Alejandro Lipschütz, una famosa notoriedad letona, que a veces aparecía en los periódicos, considerado como el intelectual más sabio de nuestro país. Sin embargo, la mayor parte de lo que estaba aprendiendo en ese año, que abarcaba temas como la función del corazón o las glándulas suprarrenales, no fue para nada lo que esperaba como esa verdad que me había llevado a la Facultad de Medicina. El campo de la neurofisiología parecía el más misterioso y prometedor, así que traté de aprender sobre el tema más de lo que aparecía en nuestros libros de texto, y cuando años más tarde contemplé una investigación de la glándula pineal me di cuenta de que entonces no había renunciado por completo a la idea romántica de encontrar un puente entre la neurofisiología y una sabiduría más profunda.

Junto con la fisiología aprendimos fisiopatología, la fisiología de enfermedades como la inflamación y la degeneración, y esto me pareció interesante, ya que los mecanismos biológicos de las diferentes enfermedades eran algo nuevo para mí. Luego tuvimos anatomía patológica, donde el profesor Croizet habló de una manera tan pintoresca y agradable, que parecía compensar el tema de autopsias, comparativamente menos interesante.

Cuando llegamos al tercer año estaba muy entusiasmado con la bioquímica, y lamentaba que no hubiera tiempo para profundizar en ese tema. El doctor Eduardo Cruz-Coke era una persona excepcional. Se presentó como candidato presidencial en 1946, y

la revista *Topaze* lo representó en sus páginas como un iluminado, con una vela encendida sobre su cabeza.

Cuando conocí a Cruz-Coke como alumno, tuve la suerte de que me invitara a acompañarlo un día en su caminata desde la Facultad de Medicina hasta su casa, cuando con verdadero entusiasmo contemplativo me habló sobre el segundo principio de la termodinámica y sentí que compartíamos una disposición a apreciar la belleza del mundo revelada por la ciencia. Una noche me invitó a cenar a su casa y, aunque tuve la impresión de estar entre personas con mentes notables, no pude evitar mostrar mi disgusto con la política, un disgusto tal vez nutrido por mi proximidad a Tótila, quien a pesar de su profundo interés en el estado del mundo sentía que los políticos eran un problema más que una solución. Entendí poco de lo que se dijo, y creo que me sentí un poco como el zorro en la fábula de La Fontaine, que desprecia las uvas que no puede alcanzar, declarando que son agrias. Despreciaba yo lo que no podía seguir y, en respuesta a alguna pregunta de Cruz-Coke después de la comida, me permití arrogantemente decir en un tono despectivo: «No me interesa la política». Habría sido más apropiado hablarle de mi admiración por alguien a quien consideraba la mente política más relevante del momento, Tótila, y de su aversión a la vida política organizada y sus instituciones, y de cómo me parecía Tótila alguien como Moisés, en quien coinciden lo político y lo espiritual. Pero era demasiado tímido para eso, y por la descortesía de mi pronunciamiento nunca más fui invitado a su casa.

Un aspecto completamente diferente de nuestro tercer año en la Escuela de Medicina fue un curso llamado Semiología, que consistía en una familiarización con los síntomas de las enfermedades. Entramos por primera vez en el ambiente hospitalario, donde vestimos batas blancas y llevamos estetoscopios alrededor de nuestros cuellos. Las enfermeras nos trataban como médicos y los médicos nos instruían en presencia de los enfermos. Recuerdo de este tiempo una escena en que nuestro instructor observó mientras retiraba las sábanas de una cama y nos exhibía el muslo de un cadáver: «¡Vean qué hermosa amputación recibió este hombre!». Me horrorizó su insensibilidad, y más generalmente me consternaba la inhumanidad con que los médicos trataban a los pacientes, como si no fueran más que objetos de demostración y comentarios científicos. Pero imperceptiblemente, en el transcurso de los años siguientes, llegaría a contagiarme con la deshumanización de mis mentores. Un paciente le comentó a mi profesor de

Medicina Interna al año siguiente: «Conoce muy bien mi enfermedad, aunque no me conozca a mí».

Con todo, el lugar no me gustaba. Ya no satisfacía mi pasión por aprender y me hizo consciente de lo mucho que carecía yo de una verdadera vocación médica. Es cierto que de niño imaginé que ser médico sería algo vagamente importante, y a los doce años me había hecho llorar la idea de poder algún día servir a la humanidad. Pero se me fue haciendo claro que no me interesaba mucho arreglar huesos o reparar hígados, y no me entusiasmaba la idea de que la continuación de mis estudios médicos implicaría cuatro años de aprendizaje de temas como medicina interna, cirugía, obstetricia y otras especialidades. Comencé a preguntarme si no me convendría buscar una beca que me llevara a un buen centro de aprendizaje de física, donde tal vez podría encontrar algo más afín a los intereses de mi mente filosófica. Seguí haciéndome esta pregunta, cada vez con mayor insistencia, durante mi aprendizaje al año siguiente con el doctor Hernán Alessandri, un notable clínico cuya mano había estrechado cuando me entregó un premio en el Grange. Mi experiencia con Alessandri fue comparable a la de la biología y la física médica: todo me interesaba, fui un buen estudiante, pero debo haber sentido que todo eso me distraía de mi mayor interés en la sabiduría de la ciencia y mi sed latente de una evolución superior.

Como respuesta a mi desencanto con mis estudios de medicina y mi duda, mi padre me sugirió viajar a Europa y tomarme un tiempo para decidir acerca de lo que quería hacer con mi vida. No recuerdo si fue él mismo quien me informó sobre un concurso musical en Rumania, que coincidía con una conferencia de jóvenes allí, y tal vez podría ser elegible para una invitación. Presenté una composición musical para el concurso y gané un premio. Fui invitado al festival y Pablo Neruda me ofreció contactarme en Bucarest con alguien que a su vez me invitaría a seguir viaje hasta China.

Una vez más viajé por mar, esta vez desde Buenos Aires rumbo a Le Havre, con la intención de seguir desde allí a Rumania y luego a China. Algunos conocidos que pertenecían a las Juventudes Comunistas viajaban también en el *Lavoisier*. Habiendo entendido el ideal de Tótila de un mundo sin estado y sin dinero, al principio me había parecido natural esperar que tuviese más que aprender del marxismo, pero no eran las ideas de Marx las que dominaban en la conversación entre los jóvenes marxistas de mi época, más influenciados por Lenin y Stalin. Eran sobre todo creyentes, y creo que percibí vagamente que estaba en presencia de repetidores, más que personas que

hablaran de sus reflexiones o experiencias de primera mano. Creyentes que seguían los dictámenes de un partido más que un entendimiento de primera mano.

La propuesta de mi padre de una visita a otros países me pareció una excelente oportunidad para apartarme de la Facultad de Medicina y pensar en lo que quería hacer a continuación, una ocasión para explorar mejor el sueño socialista y su experimento social en curso. Además, una invitación a Rumania, donde mis padres habían pasado un momento tan significativo de sus vidas, me parecía que estaba predestinado: la palabra Bucarest me parecía una luz intermitente en mi horizonte que me llamaba a acercarme.

Recuerdo poco del cruce del Atlántico, excepto que canté canciones chilenas y revolucionarias con mis camaradas y aprendí francés en las conversaciones de sobremesa, aunque durante algunos días fingí no conocer el idioma y luego sorprendí a mis compañeros de mesa que se habían sentido en una situación privada.

La influencia más interesante a bordo fue la de un viejo rumano que viajaba con su familia desde Argentina a su residencia en Bruselas. Había sido un militante bolchevique antes de abandonar su país. Fue un placer escucharlo explicar a Marx, Lenin y especialmente de Nikolái Chernyshevski. Creo que gran parte de la confianza que sentí en lo que decía derivó del hecho de que recibí sus palabras en el contexto de lo que me impresionó como su admirable vida familiar, y particularmente verlo como un verdadero maestro para sus hijos, a quienes ofrecía sabiduría y libertad. Sus hijos lo amaban de una manera que me parecía sana y desconocida. Pero ¿qué sabía yo sobre la vida familiar? Mi experiencia se había reducido a la casa de los Poblete en mi adolescencia, y a la de los Hoffmann. Diría que esta fue la tercera ocasión en que fui un observador y participante de una vida familiar que me parecía envidiable y que hubiera deseado haber conocido en casa.

Desde Le Havre fuimos guiados a París y residimos en una casa en Neuilly que pertenecía a alguna asociación feminista. Recuerdo que aprendía algo nuevo todos los días, pero creo que mucho de ello consistía en las cosas normales que un adulto sabe acerca de cómo moverse en el mundo, en las que yo era nuevo por mi juventud, mi aislamiento comparativo y mi existencia protegida. Desde París viajamos a Viena, donde estuvimos un par de días. Nada se destaca tan vívidamente en mi memoria como la chica que nos recibió en la estación. La chica era atractiva y lo suficientemente amable conmigo, así que decidí volver a verla en el camino de regreso. Nos dieron pasaportes nuevos y falsos para que pudiéramos tener una visa rumana que mostrar a las autoridades

durante nuestro lento viaje por el Orient Express a través de Hungría, y no meternos en problemas con las visas correspondientes en nuestros pasaportes regulares. A una distancia de más de cincuenta años, lo que más recuerdo de ese viaje por tren son los largos períodos de espera en medio de la noche para una cuidadosa inspección del tren y sus pasajeros por parte de guardias armados. Irónicamente este recuerdo se une al de los acalorados debates con amigos partidistas, que hablaban apasionadamente contra el fascismo y se escandalizaban ante mi sospecha de que los países socialistas no eran un ejemplo claro de lo contrario.

En Bucarest me sentí orgulloso de estar sentado en una de las largas mesas que llenaban la sala de reuniones, detrás de un letrero con la palabra Chile. Pero no me interesó tanto lo que se decía ni me despertó una verdadera pasión mi propia propuesta de cooperación científica entre los dos mundos antagónicos. Hoy consideraría que la experiencia no fue muy diferente a la de aprender a vivir en un transatlántico o de orientarme en París. Más interesante fue la amistad erótica con la intérprete asignada a nuestro grupo de chilenos, quienes compartíamos una gran casa con delegaciones de otros países.

Pronto llegué a apreciar que Rumania no era un lugar feliz, a excepción de los partidarios exaltados, cuando, escapando de nuestras giras propagandísticas organizadas, conseguí un permiso para practicar el piano en el Conservatorio. Otros estudiantes del conservatorio sintieron curiosidad por mí y estuvieron encantados de encontrar oídos receptivos de un visitante extranjero. Debo mencionar que un factor que me llevó a desarrollar algunas amistades transitorias en Bucarest fue que casi podía manejar la lengua rumana, una lengua romance después de todo, a través de frases aprendidas de mi madre y de personas que había conocido a bordo.

Un día las delegaciones de todos los países en el Festival de la Juventud se reunieron en un enorme jardín. Naturalmente, me interesó visitar a aquellos que venían de China, y tuve la oportunidad de hablar durante un tiempo con una chica llamada Pi Ling, a quien le conté que esperaba viajar a su país en un futuro cercano, pues nada me interesaba tanto como aprender más acerca del taoísmo. Pero cuando mencioné a Lao Tse me sorprendió que no supiera de inmediato a quién me refería. Finalmente pareció darse cuenta y exclamó: «¡Ah, Lao-Tzu, un viejo filósofo!». Comprendí hasta qué punto la cultura china había cambiado. Las invitaciones a ese país llegaron a manos de aquel que representaba a nuestra delegación chilena, quien me conocía, pero decidió quedarse con

la que me estaba destinada, como posteriormente me enteré. Y ya que mi expectativa del viaje a China que Neruda me había organizado no se cumplió, tuve que conformarme con una invitación a Polonia. Una vez en Varsovia, pasamos un tiempo en un edificio en la calle principal para estudiantes, Nowy Swiat (Nuevo Mundo). Visité un monumento al gueto de Varsovia, pero me sentí más feliz en los días posteriores cuando nos dirigimos a Lodz. Allí caminé mucho por el bosque, me dejé crecer el pelo, disfruté de la conversación y toqué el piano. Me sentí de vacaciones y el lugar al que nos habían llevado era, de hecho, un spa para las vacaciones de los trabajadores. Pero nada recuerdo de Polonia con más alegría que la feroz independencia de pensamiento que vi en los jóvenes polacos que conocí aparte de nuestros guías asignados. La sabiduría de su descontento y su amor por la música me parecían dos cosas que iban juntas: amaban la música porque, en palabras que yo no usaba entonces, diría que estaban espiritualmente vivos; y debido a que estaban espiritualmente vivos, no se dejaban engañar por la retórica de la opresión.

En Polonia me dieron una visa de tránsito para Praga, que estaba camino a Viena, pero me dijeron que no debería parar allí. Como ya había visto la belleza incomparable de esa ciudad medieval mientras viajaba en el tren desde Viena, pensé en bajarme del tren a pesar de no tener un permiso explícito, y así lo hice. No llegué muy lejos, porque las pocas palabras en ruso con las que podía comunicarme no eran suficientes para dirigir a un taxista o pedirle a alguien que me llevara a lugares interesantes. Entonces le pedí ayuda a alguien de la estación que parecía servir en una función oficial. La persona pensó que era muy irregular que el partido no les hubiera dado noticias de mi llegada. Después de hacer sus averiguaciones, se escandalizó de que me hubiera detenido en Praga, y debí esperar en el área ferroviaria durante cuatro horas hasta el próximo tren. Me sentí sutilmente heroico por mi pequeña aventura, y mi desafío me dejó una nueva desilusión con respecto al espíritu del sistema reinante.

La experiencia de no sentirme en casa tras la Cortina de Hierro fue compensada por la experiencia de Viena en los días siguientes. Parecía haberme preparado para disfrutarla a través del contraste, algo así como en el chiste de uno que usa zapatos demasiado pequeños para experimentar el placer de quitárselos por la noche cuando regresa a casa. Lloré cuando me encontré frente al monumento de Goethe, y sentí que en un país que apreciaba a Goethe se podía respirar aire fresco después de llegar de un lugar donde autores como Huxley y Hesse estaban prohibidos.

Busqué y visité a la joven que había conocido cuando me había recibido en la estación del tren a la llegada de Francia, y nos vimos durante varios días, pero nuestra incipiente historia de amor degeneró en largas diatribas políticas más, que seguramente la decepcionaron. Tuve la suerte de tenerla como guía en Viena, y muchos años después de eso el recuerdo de ese entorno fue suficiente para hacerme sonreír. Recuerdo haber pasado frente al monumento de Brahms en la Karlsplatz, en la ruta al trabajo de mi amiga en lo que, en aquel entonces, era el barrio soviético.

En Viena pasé hambre por primera vez, porque gasté mi dinero en libros y quería ahorrar para volver a disfrutar de mi pasión por los libros antiguos cuando regresara a París. Descubrí la cerveza, y prácticamente viví de *goulash* y cerveza mientras estuve allí. Comer menos de lo acostumbrado tuvo como consecuencia un mayor aprecio por la comida, por lo que después de llegar a París mi placer por comer había aumentado, alcanzando un nivel que se mantendría por el resto de mi vida. En París me ofrecieron la hospitalidad de la asociación feminista, pero pronto me mudé a un pequeño hotel latino en el Faubourg Saint-Germain, muy cerca del Boulevard Saint-Michel. Caminar por el boulevard me resultaba una experiencia rica por una combinación de osmosis humana y estimulación por el interés de las tiendas. Estuve allí casi un mes debido al inesperado encuentro con un compañero de la escuela secundaria, Soni Morel, cuyo padre rico le permitía vivir en un departamento en el Hotel Bonaparte, que me invitó a compartir.

En París visité a André Breton y a Elisa Bindhoff. Me alegró que a través de los libros de mi madre hubiese adquirido noticias sobre el surrealismo de modo que me sentía preparado para aquella reunión. En el momento de mi llegada, Breton estaba irritado porque en una visita reciente a las grutas de Lascaux había frotado un dibujo y había descubierto que el negro manchaba su pulgar, lo que le demostraba una alteración artificial de las pinturas prehistóricas. Su indignación se convirtió en un escándalo en los medios. Pero para mí fueron más importantes los tiempos en que discutimos de libros. A mí me había entusiasmado recientemente *Les Yeux d'Ezéchiel sont ouverts* de Raymond Abellio, pero a él no le había interesado, como tampoco *Citadelle* de Antoine de Saint-Exupéry. Pero me presentó una copia recién publicada de Lautréamont, con un prefacio escrito por él, y me ofreció algunos comentarios sobre mi poesía. La frase que más le gustó fue «un etcétera de alas blancas», y esta elección por sí sola me ayudó a entender su estética mejor que hasta entonces. Me explicó que no tenía una especial sensibilidad musical, tal vez porque no entendía la música a pesar de vivir con Elisa. Pero acogió con

tanto aprecio las cosas que yo decía sobre la percepción del significado musical que lamentamos que mi breve estancia no permitiera una continuación. Hablé con él sobre Tótila, y como no pudimos encontrar la grabación de Schubert del segundo movimiento de la Sinfonía en Do Mayor que había elegido como ilustración del trabajo de Tótila, Elisa nos llevó a una biblioteca de audio y la escuchamos a través de auriculares. Fue un elogio muy significativo cuando Breton me dijo que si antes hubiera conocido a alguien como yo, no sería tan indiferente a la música.

Después viajé a Zurich, donde fui a la oficina de correos, y en el Poste Restante encontré una carta conmovedora de Freddy en la que me explicaba que recientemente Eva María le había contado sobre nuestro amor. Lamentaba que ya fuera demasiado tarde para dejarnos solos en su casa de Cardiff, pues debía estar allí en vista de sus responsabilidades laborales. Yo nunca habría esperado tal magnanimidad. Feliz de que me invitara a unirme a ellos, me dispuse a viajar a Cardiff.

Antes de tomar el ferry hacia Londres, me quedé un tiempo en Suiza, y luego en París, y en Londres pasé algunos días con la buena amiga de mi madre, María Eugenia Huneeus, que había ido a estudiar psicología junguiana. En Suiza me quedé en Basilea, en la casa de uno de los miembros del Instituto Jung, madame Ostrovsky, que era la esposa de un prestigioso matemático. A través de mi amistad con Lola, me había interesado mucho en la psicología de Jung y más ampliamente en la psicología de los símbolos sagrados. Sentí que había en la psicología junguiana algo que podría justificar que me quedase en la Facultad de Medicina. Sentía que había un lugar para mí en el mundo de la medicina: una ocupación alternativa a la del médico común, y más parecida a la ocupación del filósofo que se empeña en comprender la profundidad de la mente. La psicología junguiana terminó siendo el factor decisivo en mi decisión de continuar mis estudios en la Escuela de Medicina.

Antes de volver a Basilea, continué de Dover a Londres y a Cardiff, donde gracias a la extraordinaria generosidad de Freddy podría pasar tiempo con Eva María. El mismo día de mi llegada a Cardiff hubo un concierto de música de cámara que incluía un divertimento de Mozart con dos cuernos, y cuando Freddy me dio el programa no solo subrayó dos cuernos, sino que dibujó dos cuernos en el programa, tal vez para hacerme sentir a gusto con su actitud humorística. Incluso, antes de eso, al darme la bienvenida, me explicó que yo compartiría con Eva María el dormitorio principal. No parecía diferente hacia mí o hacia Eva María, y en el transcurso de los días me presentó a un

colega en el departamento de drama que había traducido a Rilke y que podría estar interesado en el trabajo de Tótila. Colaboró con Eva María en la producción de un texto a máquina mimeografiado del texto de Tótila sobre las sinfonías de Brahms. Además, en su espaciosa habitación, donde había un piano, con Eva María grabamos dos canciones con textos de Rilke.

El milagro del amor, sin embargo, no volvió a suceder. Eva María y yo continuábamos siendo amigos, pero la atracción sexual parecía haberse desvanecido. Tal vez era la continuación de un distanciamiento gradual al final de nuestra estancia juntos, cuando por primera vez nos habíamos hablado con irritación. También nos inhibió la proximidad de Freddy, como si no nos sintiéramos suficientemente convencidos de que la profundidad de nuestro amor justificara la aceptación de su don. Cuando compartí con Eva María esta idea ella también admitió reservas acerca de causarle sufrimiento a su pareja. No lo vivimos como una desilusión trágica, pues solo nos sorprendió descubrir que la llama de nuestro amor no se volvió a encender como cuando habíamos estado solos.

SOBRE CÓMO ME QUEDÉ EN LA ESCUELA DE MEDICINA DESPUÉS DE TODO

A excepción de la psiquiatría, que me conectó con los mundos de Freud, Jung, Sheldon y Fromm, la Escuela de Medicina fue para mí como un fondo gris durante un tiempo en que mi pasión por el aprendizaje se nutría en otros lugares. En vista de la búsqueda de lo universal y de mi aspiración a la conciencia cósmica, a menudo me he preguntado qué hubiese sucedido si no hubiese desperdiciado tanto tiempo y energía en la primavera de mi vida en lo que comprendí apenas como un aprendizaje técnico que no iría a necesitar. Me dio disciplina científica, es verdad, y también una mayor disciplina en el estudio que la que había desarrollado a lo largo de la escuela secundaria, e incluso una cultura enciclopédica, pero ¿a qué precio?

A mi regreso de Europa, decidí continuar mis estudios con la esperanza de que hubiera un lugar en la profesión para alguien con sed de conocimiento y un especial interés en el mundo de los símbolos arquetípicos. Me había interesado Jung a través de mi contacto con Lola Hoffmann, la tía de Aya, que me había prestado un libro de Esther Harding, y durante mi reciente viaje me habían estimulado también mis reuniones con Ostrowski, Anniela Jaffé y María Eugenia.

Tardé más en entablar una amistad con Lola que con Franz, a pesar de su presencia en la casa de Aya, donde había seguido siendo un visitante frecuente. Era una observadora silenciosa que solía hablar en respuesta a preguntas, tomando poca iniciativa en involucrar a otros en una comunicación. Con el tiempo se haría famosa por su traducción al español de la versión alemana del *I-Ching* de Wilhelm. Poco a poco empecé a introducirme en su campo de interés. Hoy se habla de «psicología arquetípica», pero en

aquellos días yo solía decir que me interesaba la psicología de los símbolos, sin saber si existía la disciplina en el mundo del aprendizaje formal. Más adelante en la vida llegué a sentir que Jung era demasiado *junguiano*, a diferencia de Marx que, respondiendo en una reunión de la Internacional que se había contradecido a sí mismo, declaró que él no era marxista. Después de leer el comentario de Jung sobre el clásico taoísta *El secreto de la flor de oro*, no pude evitar estar de acuerdo con la observación de David de que quien escribió el texto chino era alguien a quien sería muy interesante conocer, pero la persona que había escrito el comentario no le interesaba tanto.

Había llegado, a su vez, el momento de elegir entre las tres cátedras existentes de psiquiatría. La opción que se nos presentaba era entre tres profesores que trabajaban en diferentes hospitales: Agustín Tellez, con un énfasis kraepeliniano; Armando Roa, cuyo principal interés estaba en la fenomenología y el existencialismo; y finalmente se encontraba la cátedra de Ignacio Matte, un psicoanalista. Opté por este último.

Lola Hoffmann estaba encantada con Matte, más conocido como Matte-Blanco, como pasó a llamarse después de su migración a Italia tras el golpe militar en Chile. Además de Lola, estaba en su clínica Otto Kernberg, con quien yo ya había entablado amistad y de quien esperaba aprender más. Ya en la primera clase de Matte estuve contento de mi elección, pues tenía una mente brillante, era creativo y sabía cómo seguir su sentido del olfato. Había fundado el Instituto Chileno de Psicoanálisis después de completar sus estudios de psicoanálisis en Inglaterra, y su equipo estaba bajo su influencia intelectual y compartía la experiencia del proceso analítico. Después de algunas conversaciones con los médicos jóvenes en la Clínica Psiquiátrica, me pareció que el suyo era un ambiente de mayor intimidad de lo que había conocido hasta ahora, aunque más tarde me preguntaría si no había idealizado el lugar al considerarlo como uno de cuidado y apertura.

Matte se convertiría para mí en un canal para la herencia freudiana, así como Lola había sido en cierto modo un canal para la influencia junguiana, y al hablar en estos términos no me refiero solo a que a través de Matte recibiera información sobre el pensamiento de Freud, sino a un gran aprecio por su genio, pues Freud era a tal punto un héroe en la mente de Matte, que su entusiasmo se extendió por toda la clínica de la que era director. Estábamos enamorados de Freud, y en la perspectiva del tiempo diría que lo idealizamos.

Yo sabía que Lola era amiga íntima de Tótila, y esto la volvía especialmente

interesante para mí; y fue precisamente la amistad de ambos con Tótila lo que constituyó el tema de nuestra primera conversación, mientras caminábamos un día por Avenida Pedro de Valdivia hacia la parada de autobús que nos llevaba hacia la clínica de Matte (que se encontraba entre el manicomio y el cementerio). Durante esa caminata me dijo que consideraba a Tótila como «el poeta del proceso de individuación», lo cual constituyó un estímulo adicional para que leyese a Jung y poder comprender lo que llamaba «proceso de individuación».

Más tarde le presenté a Lola a Mario Antonioletti, con quien ya me había hecho amigo, y desde entonces asistimos semanalmente a las reuniones con él y su pequeño grupo de seguidores, que versaban sobre símbolos tradicionales y mitos, e incluyeron un comentario detallado de *La Divina Comedia*.

Después de su viaje a Europa, Lola renunció a su trabajo en el Instituto de Fisiología y decidió pasar su tiempo en la clínica de Matte, donde yo la veía sentada entre los asistentes del profesor durante las clases. Ella comenzaba el ejercicio de una psicoterapia donde combinaba el enfoque junguiano con la técnica de Desoille del sueño dirigido. Esta fue mi primera experiencia terapéutica, en una de las ocasiones en que la visité en su casa. También yo utilizaría el sueño dirigido durante mi investigación inicial de la harmalina, algún tiempo después de mi graduación como médico.

Aunque me atraía mucho el ambiente social en la clínica de Matte, donde todos estaban involucrados en el aprendizaje o la práctica del psicoanálisis y las personas parecían relacionarse más íntimamente que en otros lugares, solo hube de establecer una verdadera amistad con el doctor Carlos Maríani, a quien se consideraba en la clínica como una persona problemática. Maríani había perdido una pierna cuando un vehículo lo aplastó y siempre sufría de dolores por el mal ajuste de su prótesis. Poco a poco me fue contando su vida y hablaba como si tuviera algo muy personal que enseñar. Diría que era alguien que tenía más que decir de su experiencia personal que de los libros, y que parecía no tener oyentes.

Aunque no compararía los talentos de Maríani con el genio de Tótila o con la gran vocación poética de David, entablé una amistad íntima con él, que me llevó a pensar que he tendido a resonar especialmente con los victimizados. No solo simpatiqué con la situación de Maríani, sino que deseé que fuese mejor entendido y apreciado. Mis conversaciones con él contribuyeron a la comprensión de mí mismo, pero la comprensión que pueda haber desarrollado a través del contacto con él no es algo sobre

lo cual pueda extenderme mucho. Tomó la forma de un aprecio por las máximas en las que le gustaba destilar ciertas ideas y que transmitían una simplicidad y una cordialidad campesinas. Una máxima que a menudo intercalaba en nuestras conversaciones, y que a veces he repetido (desde una convicción alimentada por mi propia experiencia de la vida), era: «Comprender para amar». Otra era: «Algo tendrá el agua si la bendicen». En el curso de nuestras conversaciones, señalaba cosas que veía en mí. Era muy comunicativo. Cuando le presenté a algunas personas, tuve la sensación de que llegaba a conocerlas mucho mejor de lo que las había conocido yo. Cuando le presenté a Carmen pareció estar generosamente preocupado por su bienestar al cuestionar su elección de amarme a mí, que no era una persona real, sino un fantasma incorpóreo. También conoció a David, tal vez porque le recomendé que viniese a verlo con su hermana epiléptica tan rabiosa, y se produjo un conflicto porque David le pareció una persona muy enferma y cuestionaba que lo idealizara tanto; y aun la madre de David —a quien yo consideraba una santa porque creía en el juicio de David— le pareció una persona muy cuestionable.

A través de Maríani conocí al doctor Carlos Dittborn, que se había especializado en la hipnoterapia y que ya conocía en la década del cincuenta los trabajos de Milton Erickson. Lo vi conducir muchas sesiones en las que demostraba una gran habilidad para llevar a las personas a experiencias regresivas, durante las cuales les ayudaba a aceptar episodios traumáticos o a veces a modificar sus recuerdos mediante hipnosis.

Como Joaquín Luco me había desanimado de mi proyecto de investigación de la glándula pineal, que involucraba la exploración de la actividad eléctrica y la estimulación artificial de las vías nerviosas que conectan la pineal al diencéfalo, me interesó el ofrecimiento de Dittborn de dirigir la investigación que me correspondería hacer como tesis. Aunque el tema que me propuso no era de mi especial interés, pensé que me daría la oportunidad de tener más contacto con él y, sobre todo, de verlo trabajar más en detalle. Más tarde Dittborn se interesó en crear una Asociación de Hipnosis y fue otra ocasión de contacto entre nosotros, pues Dittborn, Maríani y yo tuvimos varias reuniones en mi casa, donde invitamos a otras personas interesadas en la hipnosis.

Otto Kernberg también trabajaba en la clínica de Matte, y con el paso del tiempo llegué a considerarlo como el más informado y talentoso de todos. Nadie fue tan esclarecedor para mí respecto de la situación terapéutica. Originalmente lo había conocido como el amante de mi gran amiga Edith Fischer, también estudiante de la

Escuela Moderna (con quien más tarde se casaría), y en aquel tiempo me impresionó mucho su comprensión de la grafología, que abandonó cuando se interesó más en el test de Rorschach. No puedo decir que aprendí grafología con Otto, pero me interesó lo suficiente como para conseguir libros de Klages y Pulver. Con todo, diría que lo principal que recibí a través de sus explicaciones fue una idea de cómo operaba su mente (o tal vez la forma en que opera la mente de cualquier grafólogo), reuniendo innumerables observaciones en una síntesis notable que no sería posible a través de la razón.

Otros dos profesores de la Facultad de Medicina me parecieron admirables, pese a que no me interesaban tanto las asignaturas que enseñaban. Uno de ellos fue Brink, un neurólogo alemán a quien era un placer escuchar, porque parecía hablar desde una sabiduría que yo no podía comprender. La neurología en aquella época era principalmente el arte del diagnóstico de males con los que no se podía hacer nada, y entonces me resultaba difícil apasionarme.

El otro profesor era Benjamín Viel, quien nos enseñó Medicina Preventiva y Epidemiología. Disfruté mucho sus clases, llenas de nueva información sobre cosas que nunca había considerado, pero sobre todo recuerdo lo mucho que me gustaba como persona. Se combinaban en él una gran claridad y una preocupación social, y lo asocié a Voltaire.

Esas fueron las cosas principales en el fondo gris de mi vida diaria de esos años, cuando tenía 21, 22, 23 y 24 años. Como persona interesada en todo, no puedo negar que me interesaran la medicina interna, la oftalmología, la obstetricia e incluso la medicina legal. Pero me parece que con el paso del tiempo fui sintiendo que esos intereses constituían una distracción de preocupaciones más vitales. Y si me pregunto a mí mismo para qué me sirvió mi amplitud de intereses, diría que por lo menos me sirvió para vivir con cierto placer lo que de otro modo hubiera sido una obligación lúgubre.

Puedo decir que viví mi verdadera vida en los intersticios de la Escuela de Medicina, durante el escaso tiempo que lograba ahorrar para mí mismo en un programa tan exigente. Después de un tiempo de crecimiento que me había parecido fructífero, esperaba que una vez libre de la universidad al fin gozaría de la libertad y de una vida más plena. Ya no tendría que vender mi vida por una buena posición académica o por el éxito. Y cuando se acercaba el momento de ejercer mi libertad me invadió una apatía inesperada y me pareció entonces que mi verdadera naturaleza, postergada demasiado

tiempo, se había marchitado, y que no estaba lo suficientemente preparado. Había sido un estudiante exitoso, pero al precio de demasiada vida y crecimiento. Me preguntaba: ¿no será que cuando pasamos de una etapa de la vida a la siguiente debe haberse completado una determinada tarea para que la vida en su próxima estación tenga un fundamento adecuado?

Mucho más tarde, al leer a Joseph Chilton Pierce, me sorprendió su visión de la pubertad como un tiempo de crisis que se debe a que el desarrollo de la persona ha sido parcialmente detenido en el curso de la infancia, y cuya seriedad se corresponde con la magnitud de dicho retraso. Imaginaba que era hora de pasar de ser un aprendiz a ponerme al servicio de algo, pero no sentía que este cambio sucediese en mí, excepto de manera externa: me fui de la casa de mi madre, fundé una familia y comencé mi trabajo profesional. Seguramente esta decepción explica cierto estado depresivo durante los años siguientes. Y debo reconocer que mi bajo nivel de satisfacción hizo que estuviese más dispuesto a viajar y explorar otros horizontes.

UNA UNIVERSIDAD SUPERIOR

Aprendí lo suficiente de ciencia como para sentirme impresionado por la cantidad de conocimiento que una mente individual podía contener. Sin embargo, era consciente de cuán lejos estaba la ciencia de comprender el universo, y cuán diferente era esta empresa del tipo de comprensión que yo realmente buscaba. En la medida en que mi búsqueda estaba siendo redirigida al tipo de comprensión de los sabios más que a aquella de los sabedores, y en la medida en que se me hizo evidente que la medicina podría convertirse en mi profesión sin ser mi vocación, había estado siguiendo mis estudios a medias, ya que mi energía y las horas del día eran limitadas y estaba tan ocupado como podía mientras asistía a una universidad paralela y superior.

Mi currículum en esta universidad invisible me importaba más que la formación académica, y era inseparable de aquellos de los que estaba aprendiendo: Tótila, David, Carmen, Jasinowsky y Antonioletti; Gurdjieff y Dostoyevski. Aunque el doctor Gasic, nuestro profesor de Biología de primer año, no había sido tan inspirador como yo esperaba, trajo a mi vida algo más valioso que el conocimiento biológico. Esto sucedió cuando Chicho y yo, convertidos en sus asistentes de investigación, tuvimos el privilegio de ser invitados a una reunión con un invitado suyo: Mario Antonioletti. El tema de Antonioletti no tenía relación alguna con la biología: el pensamiento mitológico como reflejo de los acontecimientos históricos en las ciudades-estados arcaicas de Grecia, con referencias especiales a una cultura europea arcaica prearia, y con especial énfasis en las investigaciones de un erudito chileno llamado Ricardo Latcham, que se había interesado en el lenguaje europeo temprano, que parecía haberse extendido de oeste a este. Particularmente me interesó una imagen que dibujó en el pizarrón: un cuerpo humano

esquemático en el que tres círculos, representando la cabeza, el pecho y el vientre, simbolizaban el intelecto, los sentimientos y la esfera de la acción. Puede parecer algo de poca importancia, solo una metáfora más, pero resonó con lo que para entonces se había convertido en una de mis pasiones: la tridimensionalidad de la mente humana, la tridimensionalidad de la experiencia, donde las palabras intelecto, emoción y acción eran una expresión más que una esencia última, tal como la trinidad cristiana o los tres principios de Tótila.

Antonioletti me debe haber invitado a una serie de reuniones que dirigía con varios de sus amigos. Estos se dedicaron a la explicación de un diseño complejo con características algo egipcias que representaba el proceso de la evolución humana, y escuchar la traducción verbal de su lenguaje simbólico era algo que me pareció más enriquecedor que nada que hubiese escuchado en la Facultad de Medicina. Era cada vez más evidente que Antonioletti, lejos de hablar por sí mismo, transmitía una comprensión que era parte de una tradición. Sin embargo, parecía que esta comprensión estaba viva en él, de manera que podía proyectarse sobre el nuevo material. Fue una fuente de comentarios fascinantes sobre la mitología clásica, y más tarde lo escuché comentar *La Divina Comedia* en una serie de reuniones semanales que duraron más de un año.

En algún momento me interesó saber cómo Tótila y Antonioletti podrían reaccionar al conocerse, así que los invité a cenar a la casa de mi madre. Recuerdo que posteriormente no recibí ningún comentario de Antonioletti, pero sí de Tótila: «Me alegra que mi nombre no sea Totiletti». Sabía exactamente lo que quería decirme: que su simbolismo onomatopéyico evocaba una combinación de verborrea, refinamiento y aristocracia intelectual. Sin embargo, a pesar de que Antonioletti no fuera alguien que pudiera comparar con Tótila en términos de autorrealización, reconocí que era alguien que había leído mucho en el campo del mito y del esoterismo y que había aprendido sobre eso a través de la inmersión en una corriente viviente de comprensión. Tuve la esperanza de que lo que estaba aprendiendo de Antonioletti me ayudaría a entender mejor a Tótila, lo que contribuyó a mi perseverancia en asistir a sus reuniones. En ese mismo tiempo, mientras proseguía mis estudios de medicina, continuaba mi amistad con Jasinowsky, a quien a veces recibía como invitado en la casa de mi madre y en otras ocasiones lo visitaba en su pequeño departamento, siempre lleno de montones de libros aparentemente desordenados pero en un orden tan meticuloso que podía decirme: «¿Me pasarías esa hoja de papel de la parte inferior de esa pila de libros detrás de ti?». Estaba

lleno de nociones originales y yo escuchaba su discurso durante horas con un deleite que ahora entiendo como el reflejo de su propio disfrute infeccioso de las ideas, que manejó como un niño que juega con sus juguetes. Por lo tanto, fui el receptor agradecido de sus reflexiones sobre la lógica simbólica, sobre el funcionamiento de la dialéctica en la historia de las ideas y especialmente sobre el espíritu pitagórico, caracterizado por la adopción simultánea del misticismo y las matemáticas, como en algunos físicos modernos, de los cuales a algunos, como De Broglie, había conocido personalmente.

Jasinowsky había sido profesor de filosofía en Vilnius, un país del que había venido mi propia abuela (que a veces fue parte de Rusia y también de Polonia). Me pregunto si su ser polaco contribuyó a su pasión por Chopin. Cuando me di cuenta de que tocaba el piano, le ofrecí tocar para él. Me imagino que mi forma de tocar Chopin contribuyó a su gran apreciación de mi talento, lo que manifestó explícitamente cuando, muchos años después, le pedí un respaldo para mi solicitud de la beca Guggenheim. Me escribió una carta de recomendación, pero fue más excepcional lo que me dijo cuando me la entregó: que me consideraba la persona más talentosa que había conocido. Me pregunto si una percepción implícita de su gran aprecio puede haber sido más importante para mi desarrollo que sus comentarios sobre el cogito y esas cosas, a pesar de que sospecho que lo que aprendí con él era más valioso que lo que los estudiantes aprenden al asistir a cursos ordinarios de filosofía.

Además de mis visitas regulares a Antonioletti y Jasinowsky, veía a Tótila todos los martes en las cenas en su casa, junto a Ruth y su hija. Mi comprensión de los textos alemanes de Tótila era muy limitada, y era demasiado tímido para pedirle tantas veces como me hubiera gustado que me tradujese alguna frase. Sin embargo, lo que tradujo para mí y lo que me explicó para entender estas traducciones fragmentarias fue suficiente para hacerme sentir que debía mantener un registro de lo aprendido. Por lo tanto, en vez de tomar notas —lo que habría aportado un elemento de artificialidad a nuestras conversaciones—, solía escribir acerca de mi visita después de regresar a casa. Pero con frecuencia estaba demasiado cansado para hacer esto, ya que mis visitas eran largas y cuando caminaba hacia el autobús él venía conmigo y luego yo lo acompañaba de regreso a su departamento. Algunas veces, al igual que en mis conversaciones con David, no quise interrumpir su abundante flujo de ideas.

También David y yo continuamos viéndonos regularmente. Con frecuencia él venía a mi casa con un poema que acababa de escribir en el camino, durante el viaje en autobús

o mientras caminaba por la calle. Él me leía un poema y pronto se volvió predecible que no lo entendería, así es que le preguntaba: «¿Qué quieres decir con esto? ¿Qué quieres decir con aquello?». A veces él comenzaba por explicar la circunstancia en la que había escrito, aunque sus poemas, por supuesto, no eran solo una descripción de su experiencia de eventos específicos, sino que insinuaban un mayor nivel de significado. Por ejemplo, aquel sobre una mujer que cargaba una pesada bolsa de ropa era tal vez sobre la insensibilidad o la victimización, es decir sobre aspectos más universales de la vida.

David ya me había recomendado que escribiera sobre mí y sobre mis pensamientos a diario. Sin prestar atención a su sugerencia, un día, después de caminar unas quince cuadras hacia un lugar donde él iba a dar una lección, puso una hoja de papel en mis manos y me dijo: «Ahora escribe mientras caminas de regreso». No hubiera imaginado que podía caminar y escribir al mismo tiempo, ni que podía producir algo que valiera la pena en una distancia tan corta, pero resultó ser una hermosa pieza lo que me salió y se convirtió en el incentivo para comenzar a escribir sistemáticamente. Algunas de las entradas de este diario fueron eco de mi proceso de autodescubrimiento, lo que se convirtió en un diario de ideas, y en su contexto se originaron ensayos que fueron los precursores de mis primeros artículos publicados hacia el final de mis estudios de Medicina. Podría decir que contribuyó además a mi próxima relación amorosa y de manera indirecta al nacimiento de mi hijo, porque cuando conocí a Cecilia Bruna ella había leído dos o tres documentos que había publicado en una revista llamada *Pomaire*, y le gustaron tanto que diría que esto fue parte de lo que me atrajo de ella.

Estar con David no siempre fue tan fácil como en nuestras conversaciones privadas o comentarios de poesía. Así como Peters en su libro sobre su infancia cerca de Gurdjieff ha descrito lo incómodo que era estar próximo del gran hombre, diría que así fue para mí con David cuando también había otros involucrados. En primer lugar, me tocó ser testigo del problema de David con su hermano Mauricio. Luego se sintió traicionado por Carmen, quien renunció a tomar partido entre los hermanos. Pero principalmente fue difícil para mí involucrarme en el conflicto que surgió entre él y mi madre. Llegó un tiempo en que a mi madre le molestaba que David se quedara demasiado tiempo por las noches. Yo podía entender su deseo de protegerme de estas largas visitas, porque necesitaba levantarme temprano por las mañanas para asistir a mis clases, y David tenía un problema para poner fin a sus visitas. Pero me pareció que también podría haber algo

de celos, hasta que me explicó que le preocupaba que David pudiera tener un interés sexual en mí.

Un día ella estaba muy enojada cuando me vio de pie en la calle hablando con David. Como no podía entender la intensidad de su irritación, me explicó que lo que la crispaba era la forma en que yo sostenía mis manos en mis caderas mientras hablaba con David. Y pronto la situación estalló. Mientras mi madre insistía con fuerza en que David respetara mis horas de la noche, la discusión seguía y seguía, y en algún momento mi madre le dijo a David: «Quiero que me respetes». A lo que él respondió: «No “respeto” a quienes amo». Y eso era inadmisibile para mi madre, para quien el respeto era de suma importancia. La amistad entre ellos terminó allí, y mi amistad con David se volvió más problemática. De hecho, diría que desaprobé a mi madre hasta el final de su vida por no entender y apreciar a David, pero al mismo tiempo sospechaba que ella podría tener razón en sus dudas, porque a mí también David me desagradaba tanto como lo admiraba. Lo consideraba un Cristo a quien yo no podía dejar de crucificar.

Además, me dije a mí mismo que tal vez el rechazo de mi madre hacia David no era solo convencional, sino que estaba relacionado con un don de *mediumnidad* que nunca desarrolló pero que otros médiums sí reconocieron en ella, y tal vez estaba relacionado con lo que había visto más de una vez durante nuestros días en El Retiro cuando sus invitados jugaban un juego social donde uno de ellos, con los ojos vendados, dejaba su mente en blanco, mientras que el resto de nosotros buscaba comunicarse con el pensamiento para ir en una determinada dirección o tocar un objeto. Mi madre siempre captaba esos mensajes, girando su cuerpo en la dirección solicitada y realizando las acciones «ordenadas», con el fin de que yo le diera un poco de sutileza de percepción. Entonces, a pesar de que no sabía cómo juzgar a David ni a mi madre, era como si la vida me presentara un enigma y un estímulo para el crecimiento.

Mi sensación de David como víctima vino de sus recuerdos compartidos, porque había sido objeto de odio o injusticia por parte de sus compañeros y maestros del Instituto Pedagógico y del Conservatorio Nacional. Una vez me contó que caminaba por la calle y se encontró con un grupo de poetas que iban en la dirección opuesta, y uno de ellos apagó un cigarrillo en su mejilla. ¿Qué pudo haber hecho para inspirar tal odio? Aunque hoy puedo imaginar que probablemente no tomó en cuenta el efecto de su propio odio hacia ellos, me enojé con sus victimarios e interpreté su propio odio y desdén como una

señal de grandeza y como un reflejo de la mediocridad comparativa de los otros artistas que habían recibido un mayor reconocimiento social.

En uno de los primeros momentos de nuestra amistad, David me leyó las manos. No recuerdo lo que me dijo, pero la impresión de esa reunión fue que me trató muy calurosamente como un idiota. Me refiero a que literalmente me dijo más de una vez que era un idiota, pero su intención era cálida e indiscutiblemente amorosa, por lo que solo quería sugerir que podría estar haciendo y viendo las cosas de manera diferente, y lo que sea que me explicó parecía lo suficientemente obvio como para justificar su lenguaje.

Después de eso, a menudo sabía que David estaba leyendo las manos de esta o aquella persona, y un día le pregunté cómo había aprendido. Me explicó que alguien se lo había enseñado como un medio para guiarlo hacia una mejor comprensión de sí mismo y que había sido el comienzo de una nueva vida para él. La historia había comenzado el día en que David, profundamente dolido después del final de una historia de amor, pensó en suicidarse mientras miraba la ventana de una tienda. Reflejado en el vidrio vio un par de ojos. La mirada era tan intensa y tan claramente dirigida a él que se dio la vuelta. Para entonces, David había dado forma explícita a su pregunta sobre el suicidio como un sí o un no y, cuando se volvió para encontrarse con el extraño, el hombre le dijo: «¡No!». David tenía claro que sabía exactamente lo que estaba pensando y lo que le estaba sucediendo, y aunque nunca le pregunté más detalles sobre su aprendizaje, recuerdo que me dijo que después de un tiempo la persona en cuestión regresó a su país, Austria, y el contacto continuó por correo. Pronto fue su guía también otra persona, que le ordenó memorizar esas cartas y luego quemarlas. Y cuando David no quemó una de esas cartas, a los cuatro días le llegó otra carta que le preguntaba por qué todavía lo estaba postergando.

A mi pregunta sobre si David alguna vez se había encontrado personalmente con el otro maestro, me dijo que a veces lo hacía, pero de una manera inusual, porque se materializaba en su habitación, pasando a través de las paredes. En la tradición Vajrayana se sabe que un maestro puede proyectarse (tanto invisible como visiblemente) en lugares distantes, y el testimonio de David es la única explicación de primera mano que conozco sobre este asunto.

En ese momento debo haber envidiado implícitamente la oportunidad que tuvo David, y nunca cuestioné la realidad de lo que me dijo, que parecía encajar con el resto de su vida y sus experiencias, porque le sucedieron cosas inusuales. Un día me dijo que había

ido a una librería de segunda mano (algo que nos entusiasmaba a los dos), había seguido el impulso de comprar cierto libro sin ningún motivo y había dejado la tienda con el libro bajo el brazo. Pero apenas había caminado unos pocos pasos sintió la necesidad de extender el brazo con el libro en la mano para que se volviera visible, y entonces alguien que caminaba en la dirección opuesta exclamó: «¡Oh, ese es el libro que he querido encontrar!». Se ofreció a comprárselo y él se lo vendió a un precio ventajoso. Pensé: «Esas cosas le pasan a la gente buena». Y me pareció que el *daimon* de David estaba de esta manera consiguiendo algunos pesos necesarios para sobrevivir en tiempos difíciles.

En otra ocasión me dijo que venía a su habitación después de bañarse y, mientras entraba, Gabriela Mistral estaba sentada en el sofá. Esta poetisa chilena había sido ganadora del Premio Nobel una década antes y, como nos enteramos a la mañana siguiente en el periódico, ella había muerto precisamente esa noche. Sin embargo, la actitud de David hacia lo sobrenatural, lejos de ser de interés, fue de leve repulsión, y esto me impresionó como un signo de autenticidad. Más tarde confirmé mi impresión de que los mejores psíquicos o curanderos a menudo se han rendido a su vocación a pesar de ellos mismos.

Pero si David se me apareció lo suficientemente excepcional como para estar en contacto con maestros misteriosos de gran sabiduría, igual era difícil estar con él, y el ejemplo más claro de esto fue una ocasión en que una mujer le ofreció una cena.

Selma, una estudiante de piano de David, casada y con hijos, era hija de un rico fabricante de la comunidad árabe en Chile. Ella se veía a sí misma como movida por la intención de proteger a David y ayudarlo a ser más conocido. Fue una cena elegante a la que asistieron veinte personas o más, y dado que la reunión en su conjunto parecía literaria, la conversación se convirtió en un reciente concurso de poesía en el que sabía que David había presentado algo sin ser uno de los distinguidos por el jurado. Admiré a David por su franqueza al afirmar que su poesía era incomparablemente más digna que la de los aficionados que estaban allí. Sin embargo, nunca se me ocurrió dudar de la conveniencia de su desdén por la ceguera general del público y el favoritismo que contamina el juicio artístico. Tal vez estaba siendo impulsado por un fuerte sentimiento de victimización y competitividad frustrada, pero nunca en mi vida había visto un acto de tal osadía. Sus palabras eran tan penetrantes, devastadoras e insultantes para cualquiera que no estuviese de su lado, que nadie podía decir una palabra, por lo que

hubo un largo silencio. Luego lentamente la gente comenzó a levantarse de la mesa y se fue a su casa sin decir una palabra.

Yo también me fui sin decir adiós a mi anfitrión. Parecía que esos buenos modales podían implicar una traición a David, que me convertía en una especie de nuevo Pedro, aunque como en la escena del Evangelio, estaba muy consciente del deseo de actuar como si no supiera «que era hombre».

Si la presencia de Gurdjieff había sido como un eco de Tótila a través de la palabra escrita, también había un eco de la presencia de David en mi vida: Dostoyevski. Vi a David como el idiota de Dostoyevski, a pesar de sus vehementes arrebatos de ira. Y si bien es cierto que vi a Tótila y a David crucificados por el mundo, en el caso de David esta crucifixión fue más dramática. Lo que dijo fue la verdad con mucho coraje, pero hoy me parece que mucha envidia y odio competitivo fue contrabandeado a la luz de la verdad.

En algún momento me interesé en que se conocieran. Tenía la esperanza de que Tótila apreciaría a David y esperaba que, como cuestión de rutina, a David le resonara el trabajo de Tótila a pesar de no entender el alemán. Visité a Tótila en compañía de David. Los tres hablamos durante un tiempo, Tótila le mostró algunos de sus dictados musicales, y el encuentro terminó de una manera tan amistosa como había comenzado.

Cuando le pregunté a Tótila su impresión sobre David, comentó que «no parece tener una columna vertebral». Creo que vio a David muy interesado en todo, que extrañaba que se tratara de algo en particular, y que tuviera un núcleo explícito para que su trabajo girara en torno a él. Cuando le pregunté a David qué pensaba de Tótila, no recuerdo que dijera nada crítico y, como explicaré, el encuentro influyó en él. Sin embargo, su camino parecía ser diferente y no se sintió conmovido como para acercarse a Tótila nuevamente. La influencia de Tótila había sido más implícita, porque David nunca le dio crédito, aunque pareciese más que una coincidencia que David comenzara a oír palabras mientras escuchaba una pieza de música luego de su visita a Tótila. Se trataba de «Almería» de Albeniz. Fui testigo telefónico del proceso durante los siguientes días. Las palabras que David escuchó primero no correspondían al comienzo de la pieza y las que vinieron más tarde pertenecían aquí y allá como piezas en un rompecabezas que se llenaba de manera desordenada, escuchando una y otra vez. El hecho de que un poema tan coherente pueda nacer de esa manera sugiere una unidad intrínseca antes de que David reciba la inspiración. Esto para mí era la esencia del dictado musical de Tótila: las palabras ya

parecían estar allí, como los armónicos de las notas mismas, pero una envoltura experiencial que solo necesitaba ser traducida a palabras en vez de un caso donde las palabras podían ser inventadas para el propósito. Siempre hubo una sensación de este accesorio milagroso que no surgió de ningún deseo de hacer algo en forma.

Para mi sorpresa, David no continuó y puedo decir que este es el único poema que escribió que realmente me gustó y entendí. Muchos otros que eran importantes para él no los entendía lo suficiente como para que me gustasen. David parecía decir que el arte debía ser tan íntimo que podía ser comparado con la acción privada de alguien detrás de una puerta cerrada y que el espectador es como alguien que asoma por el ojo de la cerradura y mira algo que no le pertenece. Despreciaba la poesía escrita para otro. No veía ninguna virtud en hablar con claridad y, en cierta medida, esta visión de las cosas puede haber sido una racionalización abstrusa y una voluntad de poner al lector en una posición de esfuerzo para entender la poesía y de veneración a él mismo. Esto es como esas personas que quieren amor haciendo que los demás le presten atención para tratar de comprender lo que no es obvio, a fin de tener una confirmación. A veces pensé que tal vez David tuvo el mayor genio y al mismo tiempo un problema psicológico que interfirió e hizo su forma tan difícil... Es como el cuento de Chejov, donde escribe y escribe y escribe y escribe y al final transforma todas sus letras en cucarachas. David me contó esta historia en esos años, y solo ahora veo cuán bien podría encajar: su voluntad de transmitir y ocultar sus significados.

Tratando de entender de qué era crítico Tótila después de conocer a David, recuerdo haberle pedido aclaraciones, y su respuesta fue: «Podría dar su vida por un *bon mot*». Seguramente exageraba en el asunto de dar su vida, pero quería aclarar algo a través de la exageración. David era demasiado poeta en el sentido literario del término, mientras que Tótila llevaba su estilo poético con la indiferencia de un elefante respecto de su piel. Tótila era un ejemplo de naturalidad, ya que nada de lo suyo parecía entrar en su poesía, sino solo el dictado. En David, a pesar de la calidad, la poesía parecía estar impregnada de una voluntad de ser poeta y de sus gustos. Admirador de Mallarmé, David insistía en que la poesía estaba hecha de palabras y sabía no solo cuántas veces aparecía una palabra en su libro *El cielo en la fuente*, sino que hacía cambios para reparar tal número en proporción al número que ocurría cada otra palabra e incluso otra letra. Tótila nunca corrigió una palabra; David corrigió infinitamente y vio la corrección como un proceso sin fin de perfeccionamiento.

El cielo en la fuente cuenta que una chica llamada Jesusa calla cuando en el primer verso su corazón deja de latir, y el resto del poema trata de hundirse en otro mundo, como un cuerpo que cae a través de las aguas de un lago profundo. Al final del poema, Jesusa, habiendo llegado al fondo del lago, también alcanza el cielo más elevado reflejado en él, y llega a un nivel diferente de existencia, más allá del cielo y de su reflejo en el estanque. Muchos años después diría en un artículo de una revista que los veintitrés poemas que componen *El cielo y la fuente* equivalían a un «libro sudamericano de los muertos», porque imaginé que el libro de David reflejaba la sabiduría de los bardos. «La obra sabe más que el autor», solía decir Goethe. Tótila lo citaba con frecuencia, y tengo la impresión de que ciertos artistas funcionan como médiums, cuyo trabajo contiene una luz que no necesariamente ha transformado sus propias vidas.

El libro de David fue publicado en Argentina años después de ser sometido a revisión y gracias al patrocinio de mi amigo Peter Gruber. David quería que cada vez que apareciera una letra en el texto su significado fuera coherente con su contexto. Él había elaborado una correspondencia explícita entre las letras del alfabeto y su significado experimentado, y no tenían nada que ver con la Cábala, sino con parte de su propio desarrollo poético. Estaba muy interesado en esto. Recuerdo, por ejemplo, cuando le pregunté acerca de la L y él, muy consciente de su presencia en Alá, me dijo: «Tiene la calidad de la riqueza: su carácter líquido transmite una riqueza que fluye». En cuanto a la M y la P, las relacionaba con mamá y papá, y me explicó que M era íntimo, mientras que P, como una pared, señalaba la separación. Pero cuando me interesé en su complejo sistema de computación, que involucraba trozos de papel en diferentes temas relacionados con diferentes letras y sus lugares de ocurrencia, su respuesta fue: «Oh, no es necesario que alguien sepa algo sobre esto, es como un edificio, donde no se espera que sepa cómo va el circuito eléctrico o la tubería. Es suficiente con que funcione».

MATRIMONIO, EMPLEO Y SOLEDAD

Me pareció apropiado mudarme de la casa de mi madre cuando me casé con Cecilia Bruna. Supe de Cecilia a través de su madre, cuando la visité una vez en compañía de mi propia madre. No recuerdo ahora cuál fue el interés de mi madre en esa visita, o por qué me invitó a venir, pero sospecho que fue justamente en una misión casamentera. Recuerdo que me gustó mucho Cecilia Sierra, la madre de Cecilia Bruna. Era una persona muy comunicativa, de quien me interesó mucho que nos dijera cómo había maldecido a alguien con eficacia, pero también con moderación, ya que pese a su indignación no tenía ningún deseo de infligir un castigo excesivo a la persona que la había perjudicado. Pensé que, tal como lo había observado en David, este era un poder que ella había adquirido en virtud de su bondad natural. También habló con entusiasmo acerca de su hija ausente, y dada mi confianza en sus percepciones fue natural que me interesara conocerla personalmente alguna vez. Como ella nos volvió a invitar, pronto tuve la oportunidad de conocerla en compañía de mi propia madre.

Estaba ya predispuesto a pensar que Cici (como llamaban a la joven Cecilia en casa y también entre sus amigas) fuese tan maravillosa como su madre decía, y no me decepcionó. Tenía un don para describir las cosas más comunes de manera que sonaban sumamente divertidas y me pareció que no era el resultado de un deseo de burlarse de la gente, sino una manera muy singular de ver las cosas: transformaba los eventos ordinarios en extraordinarios. Me pareció un antídoto para mi propia tendencia a dar las cosas por sentado, además de que ni la locuacidad ni el sentido del humor estaban entre mis talentos.

Cecilia había disfrutado con la lectura de mis artículos recientes en la revista *Pomaire*,

dirigida por Santiago del Campo. Nunca antes lo había visto, pero algo en él me había impulsado a invitarlo a cenar, y aparentemente esa sola ocasión fue suficiente para que él creyera en mí. Y como era influyente me recomendó como profesor en esa nueva escuela y luego me invitó además a escribir algo para este nuevo medio cultural. Lo primero que publiqué fue un artículo titulado «También Don Quijote va al psiquiatra», y resultó tan exitoso que me pidieron otro, que llevó por título «La pantalla, la máscara, el narcótico y la búsqueda». Cecilia había disfrutado de mis mejores pasajes.

Acababa de pasar mis exámenes finales en la Facultad de Medicina cuando me visitó Cecilia en nuestra casa de Villaseca por primera vez y, a pesar de que nunca la había besado o siquiera abrazado, me atreví a proponerle que pasáramos algunas semanas juntos en El Retiro, en un rancho que el tío Ben había comprado a solo unas cuerdas de la casa de mi infancia y que se encontraba a mi disposición. Pasamos algo así como un mes juntos. Lo que se destaca en mi memoria de aquellos días fueron nuestras largas caminatas, durante las cuales estuvimos absortos en una conversación incesante cuyo contenido fue principalmente el de sus dolorosas reminiscencias de su reciente relación con nuestro amigo común Sergio Larraín, que había terminado abruptamente después de haberse sometido a una intervención quirúrgica por algo que se le había diagnosticado erróneamente como un quiste ovárico y que había resultado ser un embarazo de cinco meses.

Ahora no recuerdo cómo fue que Sergio le había fallado a Cecilia, y me pregunto en qué medida pudo haber sido la trágica pérdida de su bebé lo que la influenció a reinterpretar toda la historia de su relación. Pero su dolor parecía haber durado mucho tiempo, su conversación y su llanto eran incesantes, y día tras día la escuché con gran empatía y admiración por su profundidad emocional, y me alegré de sentirme útil y hasta un implícito consuelo.

Recuerdo vagamente que me sentía algo incómodo al acostarme con Cecilia por las noches y que el sexo no era emocionante. El momento más intenso que recuerdo fue la reacción de Cecilia a mi interpretación del allegro de la Segunda Sonata de Schumann, cuando declaró con entusiasmo que le gustaría apoyarme económicamente. Esto fue muy sorprendente y lo tomé como una expresión de su asombro al escucharme tocar el piano como un virtuoso y de cuidado encendido por su admiración. Fue recíproco: a pesar de no sentirme atraído sexualmente por ella, la admiraba, y pronto descubriría que yo también estaría dispuesto a apoyarla en el desarrollo de su gran talento. Pero esto ocurrió

tiempo después, cuando me di cuenta de lo maravillosamente que tocaba la guitarra. Ella había estado en Bahía, donde había escuchado varias canciones brasileñas (especialmente de Dorival Caymmi), y me sorprendió su capacidad de reproducir sus sutiles armonías y sus complejos patrones rítmicos.

Al regresar a Santiago comenzó a asistir a un taller de grabado con Nemesio Antúnez, y nuevamente tuve la oportunidad de observar su gran talento. No pasó mucho tiempo desde nuestro regreso a Santiago hasta que me dijo que estaba embarazada. ¿Qué podía yo hacer? Después de haber sido testigo de la profunda pena por su pérdida y por su relación anterior insatisfactoria, no podía esperar que abortara. Y de todos modos ¿qué se esperaba que hiciera un caballero? Ofrecí casarme con ella, esperando que funcionase nuestra convivencia pese a nuestra falta de pasión. Tal vez podría ayudarla a desarrollar su talento musical y apoyarla para que continuase con los grabados notables que comenzaba a producir, adoptando el papel de un Pígalión. Tuvimos una boda simple. El momento más notable fue el regalo que me hizo mi padre de su pequeño Fiat, con una breve nota para que recordase ponerle aceite, agua y gasolina. La casa de Alfonso Leng en Isla Negra estuvo disponible para nuestra luna de miel. Estaba cerca de la casa de Pablo Neruda, a quien vimos con frecuencia durante nuestra estancia.

Sin embargo, en el momento de nuestra boda, Cecilia me había dicho, casi como un aparte, que se había equivocado acerca del embarazo. Por supuesto pensé entonces que ya no era necesario que nos casáramos, pero fui demasiado cortés como para retirar mi oferta cuando la boda estaba por comenzar, por lo que ni siquiera le mencioné la idea de una posible cancelación. Y aunque en Isla Negra pensé que podríamos esperar un poco antes de convertirnos en padres, no le fue aceptable a Cecilia postergar el embarazo. Entonces nuestro hijo fue concebido.

Fue iniciativa de Neruda informar a mis padres acerca de un pequeño departamento contiguo a su propia casa en la breve calle Márquez de la Plata que flanquea el cerro San Cristóbal, que sería desalojado por un amigo suyo, un fotógrafo español. Ya me había encontrado casualmente con él, e incluso lo había visitado allí, y me pareció que sería apropiado para nosotros. Consistía en dos habitaciones separadas por un pasillo sobre el que se abría una pequeña cocina con un pequeño patio, y me pareció natural pensar que si dos personas se casan, cada una de ellas debe tener su dormitorio, tal como había sido en casa de mis padres. Cecilia estuvo de acuerdo tan fácilmente con este supuesto que

nunca imaginé que hubiera otra posibilidad, hasta que más tarde me dijo que se había sorprendido y ofendido.

Pronto comencé a conocer los estados de ánimo negros de Cecilia, poco después de instalarnos en nuestra nueva casa y justo después de que recibimos a nuestros primeros huéspedes. Invitamos a nuestras respectivas madres a almorzar con nosotros y Cecilia preparó una típica cazuela. En algún momento me preguntó si me había gustado, e imaginando ingenuamente que quería saber cómo me había parecido, le comenté que parecía faltarle un poco de sal. Nuevamente no sospeché lo ofensivo que esto podía ser, y solo horas más tarde me di cuenta. Una vez que conocí a Cecilia herida y enojada conmigo, apenas pude descansar de su irritación durante el resto del tiempo que pasamos juntos. Eran parte del carácter de Cecilia estos estados de infelicidad odiosa y su embarazo parecía amplificar sus accesos depresivos. No tardó en volverse evidente que asuntos como las habitaciones separadas o la sal en el pollo eran bastante secundarias respecto de lo que en realidad era el problema de fondo: que no la amaba yo como ella necesitaba ser amada y, aunque esto había estado bien durante nuestro tiempo de noviazgo, ya no estaba bien para ella como mi mujer.

Después de un tiempo Cecilia desapareció sin dejarme una nota y al cabo de unos días me llamó desde la casa de mi padre en Limache, quien le había ofrecido hospitalidad. Mi padre, cuyo apoyo ella había buscado, intentó tranquilizarla, le suplicó que regresara, y tuvo éxito. Y también me aconsejó que fuera más galante, que le comprara flores, etcétera (cosas que él hacía tan bien pero que no formaban parte de mi personalidad). De todos modos, ella regresó y poco después nos mudamos a una casa algo más grande que se había desocupado al otro lado de la calle. Era lo que necesitábamos ahora que un niño estaba por nacer.

Neruda, que había sido junto a mi padre uno de los líderes del movimiento estudiantil en Santiago y a quien durante mi infancia llamaba tío, fue un generoso vecino. Cuando tuvo lugar una conferencia sobre periodismo y entablé amistad con un decano de una escuela de medicina en Buenos Aires (un conocido escritor de la época que escribió bajo el seudónimo de Piolín de Macramé, cuyo verdadero nombre ahora no recuerdo), lo invité a cenar y mencioné que si tenía alguna dificultad me llamara por teléfono. Solo que no le expliqué que no se trataba de mi propio número, sino que me pareció muy natural darle el número de Neruda sin más explicaciones. Cuando mi invitado quiso ponerse en contacto conmigo, en dos ocasiones sucesivas escuchó al otro lado de la línea

«Neruda al habla» y pensó que estaba llamando a un número equivocado y se disculpó. A la tercera llamada lo entendió, y muchos años después supe por su esposa (que participaba en un grupo de Gestalt que me había organizado Nana Schnacke en Buenos Aires) cuán impresionado había estado su marido de que mi vecino Pablo me transmitiese mensajes telefónicos.

¿Por qué interrumpo el relato de mi difícil relación con Cecilia con algo tan trivial como la amabilidad de mi notable vecino? Tal vez por no tener algo más significativo que decir de Pablo Neruda y por sentir que no fue puro accidente nuestra cercanía. Neruda había trabajado junto a mi padre cuando ambos eran líderes estudiantiles, y más adelante mi padre lo ayudaría a salir del país. También es cierto que fue por iniciativa suya que viví junto a su casa y que posteriormente viajé a Rumania con la expectativa de llegar, gracias a su ayuda, a China. Tales intervenciones fueron algo comparable al hecho de que me dejara usar su teléfono, y no parte de la historia de una amistad profunda. Dos cosas nos separaron: él consideraba, según me explicó alguna vez, que al dedicarme a la investigación científica estaba traicionando una vocación poética; y yo, que me había sentido providencialmente regalado por la vida como testigo de dos vates, no sentía a Pablo Neruda como un poeta del mismo nivel que Tótila y David. En todo caso, no puede dejar de asombrarme como un fenómeno natural, un poco como encontrar un trébol de cuatro hojas, el hecho de haber estado cerca de aquellos a quienes aún hoy considero los tres poetas más importantes que vivieron en Chile en aquel momento.

Pero mis días en Márquez de la Plata no transcurrieron solo en mi casa, y tal vez mi vida con Cecilia hubiera sido aún más dolorosa si no me hubiese ausentado todos los días al dirigirme con mi coche a la Escuela de Medicina por las mañanas. Permanecía allí hasta la noche, apasionado por muchos proyectos.

El día en que obtuve mi título de médico, apareció Franz en la puerta de la casa de mi madre en Villaseca. Yo mismo respondí la campanilla, y antes de que él entrara ya me había formulado una oferta de trabajo para que lo acompañase en su recién creado Centro de Estudios de Antropología Médica. Siendo un profesor emérito, libre de sus obligaciones pasadas, pero interesado en contribuir a la humanización de los estudios médicos, Franz había encontrado en la Facultad de Medicina el apoyo a su iniciativa de crear este centro, a través del cual quería extenderles a los estudiantes de medicina el crecimiento que había encontrado tarde en su propia vida.

Tuve mucha suerte, porque Franz me dio la tarea de ayudar a los estudiantes de medicina a recuperar su alma y porque trabajé bajo la autoridad de alguien que creía en mí y que confiaba en el desarrollo orgánico de las cosas y las personas. Al aceptar la oferta de Franz, comencé a trabajar junto a él en un sector destartado de un antiguo hospital, mientras progresaba gradualmente la construcción de una nueva escuela de medicina. El sueño de Franz me brindaba la oportunidad de tomarme el tiempo necesario para aprender lo que necesitaba saber y parte de su apoyo consistió en que yo pudiera pasar parte de mi tiempo en la Clínica Psiquiátrica Universitaria junto a Ignacio Matte como residente. Esta circunstancia me llevaría a descubrir el mundo de la investigación psicológica a través de las muchas revistas de la biblioteca de esa clínica, lo que a su vez me llevó a aprender estadística y finalmente a interesarme en el análisis factorial. Todo esto me pareció relevante para hallar un método que me permitiera pesar las almas. Si se me estaba encomendando que hiciese algo respecto de la deshumanización de los estudiantes, ¿no requeriría de un método que me permitiese evaluar la medida de humanidad o deshumanización de las personas para saber si mis esfuerzos estaban bien encaminados? ¿Cómo podría investigarse la deshumanización sin alguna forma de probar cómo eran las personas? No quería seguir el camino de alguien que, queriendo comprender la función cerebral, termina dedicando su vida al estudio de la transmisión neuronal en los nervios de la rana. Entonces para medir lo aparentemente inconmensurable preferí comprometerme en un largo rodeo que me llevó, por ejemplo, a la percepción de atributos expresivos de imágenes y sonidos, pues la capacidad de reconocerlos me pareció un posible atributo de las personas capaces de un nivel de experiencia más sutil y quizás más humano que el de las personas más realistas.

Por mucho que mi aprendizaje y mis investigaciones me apasionaran, cuando volvía a casa por las noches me sentía solo, desamparado, como si fuera siempre invierno. Y lo sentí muy intensamente cuando me presenté voluntario para un experimento que se hizo en nuestra clínica psiquiátrica sobre el efecto de la privación sensorial bajo una pequeña cantidad de LSD. El psiquiatra que había diseñado la investigación me inyectó 60 microgramos de la sustancia, y me pusieron en una habitación silenciosa y oscura, que había sido diseñada para experimentos con animales, con la indicación de que describiera mis experiencias. Para mis oyentes fuera de la cámara, yo había atravesado por una típica experiencia psicoto-mimética, es decir una psicosis artificial. Para mí, la característica principal era que en todo momento podía elegir entre la observación

silenciosa de mi mente (no me ocurría nada de interés) o la renuncia a la autoobservación (cuando sucedían muchas cosas que posteriormente no podía recordar o reportar). Un momento excepcional fue cuando vi una lagartija salir de un agujero. Fue una larga aventura comunicarlo, ya que me distraía con todo tipo de pensamientos: una y otra vez me olvidaba de lo que pretendía decir. A pesar de visualizar algunas espirales que sugerían alguna verdad misteriosa, fue una experiencia bastante pobre hasta que, ya finalizado el experimento, al volver a casa, parecía intuir destellos de tragedia. Era como si fuese posible adoptar una actitud trágica, que hasta entonces había ocultado, de manera que ahora podía vislumbrarla apenas, como alguien que escudriña a través de un velo que se ha roto. Era como vislumbrar un ámbito psíquico más profundo hasta entonces desconocido. En el curso de esa tarde se manifestó la soledad de mi vida cuando me vi de pronto en una pequeña estación de ferrocarril desolada, rodeada por un inmenso desierto que se extendía en todas direcciones hacia el horizonte.

En algún momento Cecilia consultó al doctor Whiting, que le recomendó el psicoanálisis, y casi al mismo tiempo yo también comencé con el psicoanálisis, en parte por la esperanza de que contribuyera a nuestra vida en común y también porque daba por hecho que, tarde o temprano, debería incorporarme al Instituto Chileno de Psicoanálisis, donde era un requisito el análisis didáctico. Pero los efectos del psicoanálisis no fueron evidentes, y el proceso fue lo suficientemente tedioso como para que me quedara dormido durante algunas de las sesiones. Afortunadamente, encontré ayuda en un enfoque terapéutico alternativo, un tipo de análisis inspirado en el trabajo de Karen Horney y desarrollado por alguien que, sin haber conocido a Horney, había atravesado por una transformación significativa mediante la aplicación creativa de sus ideas. Héctor Fernández, con quien había entablado amistad cuando todavía era estudiante de Medicina y a quien admiraba como alguien que había experimentado un despertar incuestionable, en algún momento decidió transmitir su experiencia del autoanálisis a través de un autoanálisis supervisado. Acepté su oferta de reunirnos varias veces a la semana para informarle de mi proceso de autoconocimiento. Durante una temporada de verano me concentré intensamente en la observación de mi mente y en la reflexión sobre mis sueños, y el resultado, a diferencia del caso del análisis kleiniano, fue fructífero. Incluso ocasionalmente pude abortar la migraña, hasta entonces incurable, que había sufrido desde la pubertad. Así como una consecuencia indirecta de mi paso por la clínica

psiquiátrica fue el psicoanálisis, también lo fue la práctica de la hipnoterapia, que más específicamente derivó de mi aprendizaje con Julio Dittborn.

Llegó la hora de que Cecilia fue llevada a maternidad. No fue fácil. Necesitó someterse a una cesárea. Yo estuve en el quirófano, y quedé muy impresionado al ver el rostro de mi hijo tan pronto como lo sacaron de su vientre. Sentí que era mi réplica. Pero luego se hizo evidente que la sangre de Matías necesitaba ser reemplazada, debido a una incompatibilidad con la de su madre, y esto significaría para mí muchos desplazamientos apresurados por la ciudad. Asocié su nacimiento con este ansioso correr por la ciudad en busca de sangre, y también con momentos en casa durante los cuales construí una lámpara en forma de dodecaedro. Ya venía trabajando en ello, y fue una coincidencia que el momento de ensamblar las piezas coincidiera con esa fecha, 27 de enero, que también era el cumpleaños de Mozart.

Cecilia estuvo de acuerdo con que llamáramos a nuestro hijo Matías, que asocié al sánscrito *mat*, alusivo a la sabiduría o al conocimiento como en matemáticas, y también a *ías*, una terminación que en mi propia indagación de los ecos gráficos de diferentes sonidos había visualizado como una línea ondulante que me sugería la forma de la trompa de un elefante. Matías fue como una gota de alegría en mi vida. Me causaba gran placer escucharlo decir «papi» en la habitación soleada que habíamos construido para él, transformando la terraza del segundo piso de la casa. Cecilia parecía sentirse mejor y era cariñosa con él. Después de su nacimiento mi relación con ella parecía mejor, pero ocurrió un día que, en el curso de una de nuestras muchas discusiones, mencioné que me había abstenido de cancelar nuestra boda por cortesía y ella se puso furiosa y nuestra relación volvió a empeorar. Recuerdo que estaba conduciendo con ella sentada a mi lado, por el centro de Santiago, y no imaginaba que lo que estaba diciendo pudiese ser una sorpresa para ella: me sorprendió que reaccionase tan intensamente. Pero tal vez nos estaba destinado aprender a hacer lo mejor que podíamos por el bien de Matías. Solo que, cuando él tenía alrededor de dos años y mi madre me pidió que la acompañara a Baltimore, sentí que un cambio de aire me resultaría muy refrescante como contraste con la pesadez crónica que caracterizaba aquellos días. Este viaje surgió por iniciativa del señor Gildemeister, un acaudalado industrial y viudo de Gabriela Gildemeister, la amiga de la madre que anteriormente había creado una fundación filantrópica para contribuir al progreso de la cirugía pulmonar tras haber salvado la vida. Mi madre, movida por la amistad, había servido altruistamente durante años como secretaria y abogada de la

fundación. Por eso, tras enterarse de la ceguera progresiva de mi madre y de conversar con el doctor Millán, oftalmólogo amigo nuestro, Gildemeister comprendió que ella podría ser ayudada por un especialista llamado doctor Mumenee, en Baltimore, quien había escrito sobre síntomas como el suyo. Entonces le ofreció cubrir los gastos de su viaje y los míos.

Planeamos viajar durante mis próximas vacaciones en la universidad, quizás en 1961. Para aprovechar al máximo mi viaje (y también para justificar la continuación de mi salario durante el viaje), la universidad me comisionó para investigar un tema determinado: el aprendizaje perceptual. Recientemente me había impresionado mucho la lectura de un ensayo de Aldous Huxley titulado *La educación de un anfibio*, donde desarrollaba la idea de que como seres multifacéticos debemos recibir una educación interesada no solo en la adquisición de información y en el desarrollo de nuestra capacidad intelectual, sino también en nuestra capacidad de movimiento, de percepción del mundo sensorial, de conocimiento de nuestras emociones y de desarrollo de nuestro potencial místico. En este ensayo Huxley mencionaba las investigaciones de dos personas de la Universidad de Columbus en Ohio que, apoyándose en el uso del taquistoscopio (un aparato que permite proyectar imágenes durante tiempos muy breves), se habían interesado en la posibilidad de desarrollar una percepción visual casi instantánea, posible cuando se aprende a percibir las cosas como un todo sin pasar por una traducción de ella en palabras. Mi viaje requeriría, entonces, de una visita a la Universidad de Columbus, y la oportunidad para ello se presentó cuando mi madre —por recomendación de Mumenee— se internó en el Massachusetts General Hospital de Boston con el fin de ser operada de su glaucoma. También se me encomendó recoger informaciones relevantes relativas al establecimiento de un canal de televisión universitario no comercial, antes de que la televisión llegara a nuestro país. Esperaba el viaje como una bienvenida interrupción de una situación en la que me sentía como si estuviera viviendo en las laderas de un volcán que en cualquier momento podía entrar en erupción. Aunque fuese parcialmente consciente de ello, viajé animado por un anhelo de aire fresco y de un espacio abierto después de un período de intensa concentración en investigaciones, que había coincidido con mi primer trabajo y también con los sinsabores de mi reciente matrimonio. Diría que había estado necesitando algo así antes de que se presentara la oportunidad y fue una bendición por la que no tuve que esperar mucho tiempo.

IV. EL TIEMPO, EL LUGAR Y LA GENTE

UNA BENDITA PEREGRINACIÓN ACADÉMICA

Podría parecer inadecuado hablar de una peregrinación en el ámbito académico, pero mi viaje a Estados Unidos solo en su aspecto superficial fue de investigación intelectual.

Apenas mi madre y yo llegamos a Baltimore, donde se encuentra la John Hopkins University, nos dirigimos a un pequeño hotel que nos habían recomendado. Nos instalamos en una habitación con dos camas y encendimos la televisión. El momento de hacerlo coincidió con el comienzo del discurso inaugural de Kennedy. Me gustó mucho Kennedy, y quizás por ello apareció en una de las visiones que me produjo años más tarde, en Berkeley, mi experimento de ingerir una mezcla de harmalina con LSD (para aquel entonces ya había sido asesinado, y al escribir sobre ello me pregunto si acaso esa visión no involucrase cierto contacto con el difunto).

Lo más importante de aquellos días en el hotelito de Baltimore fue que por primera vez compartí con mi madre mi propia interpretación de su creciente ceguera, que no me había atrevido a revelar hasta entonces, pero que ahora se me presentaba como un deber. No le había confesado a mi madre que había formulado el deseo de que su maldición sobre Carmen recayese en ella misma, ni cómo su glaucoma había comenzado apenas unos días después, o mi sospecha de que su rara inflamación de la retina no era otra cosa que la vuelta sobre sí misma de este deseo de que Carmen enceguese.

La mayor dificultad a la hora de contarle a mi madre era que no podía querer que fuese de otra manera. Tal como en el relato de la bendición que Isaac le da a su hijo Jacob, cuando se hace pasar por su hermano Esaú, se explica que la bendición no puede ser retirada, la formulación de mi deseo de que su maldición recayera sobre sí misma era algo que ya no se podía alterar, y precisamente por ello era importante que le explicara

que solo podría esperar que el ritmo de su ceguera se atenuase en respuesta a un cambio interior.

Al hablarle sentí alivio y luego me sentí muy feliz al saber por mi madre cuánto se había arrepentido y cuánto había sentido piedad hacia Carmen al comprender su propio odio. Además, la idea de que la mejoría de su ceguera pudiera depender de un cambio interior fue un factor favorable para su vida posterior y coincidió con el encuentro con alguien en Baltimore, un ferviente creyente en la Ciencia Cristiana, que le recomendó leer a Mary Baker Eddy, sin críticas, un ejercicio espiritual que creo que fue una parte importante de su relativa curación.

Otra feliz coincidencia fue que nuestro pequeño hotel estaba a solo unos metros de una Iglesia Unitaria, de modo que cuando pasé por su puerta vi un anuncio de que al día siguiente daría un sermón Ashley Montagu. Años atrás había leído con un deleite inusual *La superioridad natural de las mujeres* de Montagu, y me sentí incluso más encantado cuando lo escuché hablar en persona sobre la omnipresencia del amor en la vida animal y tuve la oportunidad de un breve intercambio personal. Sus palabras fueron el punto culminante de la reunión.

Hubo otras cosas emocionantes e inesperadas en Baltimore, como visitar la magnífica Biblioteca Pública, el Museo de Arte Oriental (bajo la curaduría de Ananda Coomaraswamy) y encontrarme con los amigos de Otto Kernberg en la Clínica Phips, quienes me introdujeron a algunas cosas nuevas como las ideas de Witkin (que yo incorporaría en mi propia investigación).

Por otro lado, no siendo capaz de ayudar a mi madre, Mumenee le recomendó que consultase a alguien en Boston. Y ya que antes de ir Boston decidió pasar algún tiempo con mi tía Rita —ya viuda— en Nueva York, aproveché la oportunidad para viajar por mi cuenta a Columbus, donde esperaba conocer a los profesores Hoyt Sherman y Samuel Renshaw. Este último había estudiado la capacidad de algunas personas de captar series de números o formas como un todo al disponer de apenas una fracción de segundo durante la cual no hay tiempo para la traducción de imágenes en conceptos.

Hoyt Sherman, para mi sorpresa, resultó ser un artista que enseñaba pintura y que se había interesado en enseñarles a sus estudiantes a ver: se había inspirado en la manera en que Rembrandt se había enseñado a sí mismo a ver, cuando de niño trabajaba en el molino de su padre. Desde allí trataba de ver el paisaje en el breve intervalo del paso de

una y otra aspa del molino. Había sido esto lo que había inspirado a Sherman a usar un taquistoscopio, no tanto como un medio de investigación sino como un entrenamiento.

Renshaw, en cambio, había comenzado sus investigaciones estudiando a individuos con un talento matemático especial, que incluía la capacidad de recordar de un vistazo una larga serie de números aleatorios. Luego había aplicado el uso del taquistoscopio a la necesidad práctica de los artilleros durante la guerra de reconocer rápidamente los aviones enemigos. Cuando se aplicó su método de entrenamiento para el rápido reconocimiento visual de figuras y formas en un colegio, se descubrió que el entrenamiento no solo resultaba en una capacidad específica de captar las cosas de manera muy rápida, sino que también mejoraba el rendimiento escolar, sugiriendo un efecto sobre la inteligencia general.

Me entusiasmó la idea de que la capacidad de captar material visual en su conjunto y no de manera analítica pudiera constituir la recuperación de una habilidad natural perdida mediante la intelectualización excesiva, y me pareció relevante a la misión que me había encomendado Franz Hoffmann de atender al desarrollo humano desatendido de los estudiantes en nuestra Escuela de Medicina.

Sherman y yo nos llevamos muy bien, en vista de que compartíamos, además de un gran entusiasmo por Rembrandt, el interés por la creatividad y por los libros de Alan Watts. Además a su mujer, que era profesora de piano, le gustó mucho mi manera de tocar y todo ello llevó a que me invitaran a quedarme en su casa durante mi breve estancia en Columbus, además de presentarme a otras personas como a Roland Fischer y a alguien cuyo nombre he olvidado que había desarrollado una actividad terapéutica basada en la dramatización (*role playing*). También conocían a Hadley Cantril, en cuyo trabajo me había interesado a propósito del equipo que se había formado alrededor de Ames y que se dio a conocer a través del cuarto distorsionado y otros experimentos en la percepción. Cuando supieron de mi interés en el tema me hablaron calurosamente de él y me recomendaron que lo visitara en la Universidad de Rutgers. Decidí que sería la próxima parada en mi viaje en torno al aprendizaje perceptual. Tuve el placer de conocer su laboratorio y sus trabajos sobre la tolerancia de experiencias poco realistas, y especialmente de trabar amistad con él, de quien no sabía que era uno de los pioneros de la psicología social. Tampoco me lo había imaginado tan amable y apreciativo. Después de mi regreso a Chile, cuando se me sugirió solicitar una beca Guggenheim y necesité ser avalado por académicos de peso, pude contar con su apoyo.

Pero el más significativo de mis encuentros durante esta estancia en Estados Unidos tuvo lugar poco después de reencontrarme con mi madre en el Hospital General de Massachusetts, cuando visité por primera vez el Campus de Harvard y me encontré con Frank Barron. Fue una coincidencia, pues, aunque había leído algunos de sus artículos que versaban sobre la preferencia estética por la complejidad y su relación con la creatividad artística en las revistas de la biblioteca de la clínica de Matte, la verdad es que no lo estaba buscando y ni siquiera imaginaba que estuviese en Harvard.

Había subido las escaleras del Centro de Estudios de Personalidad en Harvard, con la esperanza de encontrar a Henry Murray, pionero en los estudios de la personalidad, creador del famoso Tematic Apperception Test (TAT), pero me dijeron que se había trasladado a otro edificio. Antes de devolverme quise ver quién más trabajaba en ese edificio y, al mirar el tablero frente a la puerta de entrada, me encontré con el nombre de Barron encabezando la lista. La secretaria a la entrada del edificio me anunció y afortunadamente estuvo dispuesto a recibirme, y le sorprendió que hubiese leído su investigación sobre la preferencia de los individuos creativos por la complejidad en el *Scientific American* y que luego hubiese buscado sus artículos en otras revistas psicológicas.

Me explicó que estaba en Harvard en reemplazo de Gordon Allport, quien estaba tomando un año sabático. Diría que trabamos una amistad a primera vista cuando descubrimos nuestros intereses comunes, que incluían a Aldous Huxley, William Blake y los psicodélicos. Frank estaba comprometido a recibir a alguien muy poco después de mi llegada, de manera que me propuso que visitara una exposición cercana de William Blake y que regresara. Así lo hice, reanudamos nuestra conversación y luego me invitó a cenar a su casa con su hermosa esposa Nancy, quien me recordó bastante a Cecilia.

Frank me presentó al decano del Departamento de Psicología, David McClelland, y me sorprendió que alguien tan joven pudiera ser decano en una universidad estadounidense, ya que en aquel tiempo era raro que no fuese una persona de edad avanzada quien ocupara una importante posición intelectual en Chile. Posteriormente elegí su Centro de Estudios de la Personalidad como lugar de aprendizaje.

Regresé a Chile antes que mi madre. También ella entablaría una buena amistad con los Barron, y tuvo el privilegio de ser invitada a uno de los primeros grupos experimentales de psilocibina, que posteriormente llamarían tanto la atención sobre el grupo de investigaciones psicodélicas que nació en Harvard (justamente a partir de la

influencia de Barron, quien después de haber conocido los hongos alucinógenos en México indujo a Tim Leary a conocerlos). Aún no se había vuelto tan problemático este proyecto de investigación en respuesta al deseo de Leary de promover una revolución masiva de la conciencia a través del LSD. El grupo al que asistió mi madre (aunque sin ingerir nada por su delicada afección ocular) fue especialísimo, pues también participó Alan Watts, que aún no había atravesado por una experiencia psicodélica y que luego escribiría *The Joyous Cosmology*, así como también el famoso Dizzie Gillespie, que se tumbó sobre su regazo durante horas como una criatura.

No recuerdo ahora quién me vino a buscar al aeropuerto de Santiago, pero al regresar a casa me llamó la atención un ánimo sombrío entre los presentes, algo como una extraña falta de comunicación, que comprendí tan pronto como la madre de Cecilia y otros invitados se hubieron ido. Entonces Cecilia me dijo que había decidido dejarme. Se había enamorado de otra persona, me explicó, y quería que nos separáramos. Estuve de acuerdo. Al final del día siguiente nuestra casa había sido vaciada de sus pertenencias, incluidos los regalos de boda que se nos habían dado conjuntamente. Me dolió, pues algunos de estos regalos eran de mis amigos personales, como Federico o el profesor Lipschutz, y sentí que llevárselos era una expresión implícita de odio. Cuando el dolor del repentino rechazo hubo pasado, me sentí aliviado, pues estar junto a Cecilia había sido como vivir en una tormenta y me era doloroso ser confrontado una y otra vez con la insuficiencia de mi amor por ella. Me pareció el fin de un sufrimiento innecesario y el punto de partida para amores más significativos, y una intensificación paradójica de mi sentido de paternidad: cuando empecé a visitar a Matías, sentí que debía darle toda mi atención.

En la perspectiva del tiempo, puedo decir que encontré mucho más que una estimulación intelectual durante mi breve estancia en Estados Unidos. Para empezar, las personas que conocí y los estímulos recibidos durante esos pocos meses me traerían de vuelta a Estados Unidos un tiempo más largo al año siguiente. El viaje fue un evento seminal en mi vida, que inició mi movimiento lejos de Chile y constituyó el preludio de mi eventual vida en Berkeley, luego mi residencia en California, hasta convertirme en un ciudadano americano.

2

CÓMO UN ESTUDIO SOBRE LOS VALORES ME LLEVÓ AL ESTADO ALTERADO DE CALIFORNIA

En respuesta a un estímulo del tío Ben, conseguí una beca Fulbright que me permitió asistir a la Universidad de Harvard como *visiting scholar*. Allí asistí a un curso de antropología dirigido por David McClelland, con la colaboración de una serie de profesores muy interesantes como Henry Murray, Jerome Brunner y Florence Powdermaker, que se había interesado especialmente en valores. También asistí a las clases de Paul Tillich sobre los filósofos morales de Grecia, a un curso de ética y a otro sobre estadística aplicada a las ciencias sociales. Sobre todo me interesó un seminario de psicología social con el famoso Gordon Allport, que un día nos dictó unas líneas y para llevar a cabo el correspondiente análisis grafológico me invitó a su casa y a varios otros encuentros durante los cuales llegué a establecer con él un vínculo amistoso. También asistí a un interesante y muy original curso sobre motivación de Richard Alpert, que posteriormente se convertiría en Ram Dass, y conocí a Ralph Metzner, quien me llevó a la casa que compartía con Tim Leary (cuando Tim ya había zarpado a Zihuatanejo). Incluso aproveché la oportunidad de asistir a las clases de composición de Leon Fleischer, que había sido discípulo de Stravinsky y de Bloch, lo cual me sirvió para comprender que no había sido por falta de aptitud que había dudado de mi talento, sino por una pobre formación. Pero lo más interesante de esta aventura musical fue que, sin quererlo, me fui descubriendo en un rol de terapeuta en la relación con un compañero de esa clase, que era un paciente de Maslow, y pude darme cuenta de cuán tradicionalista era en su práctica analítica este fundador de la psicología humanista. Fue durante esa temporada que, leyendo su libro *Una psicología del ser*, comprendí que nunca había

sentido que merecía vivir simplemente por vivir, por lo cual me había presionado hacia una existencia lo más productiva posible.

El tema propuesto para obtener la beca fue una investigación acerca de los valores, pero no puedo decir que haya hecho nada al respecto, ya que mi posición de *visiting scholar* me permitía completa libertad y tenía mucho que aprender.

Hacia el fin del semestre académico, recibí una carta de Frank Barron, quien, de regreso a la Universidad de California en Berkeley, me sugería que me convendría invertir la parte final de mi beca para viajar a Berkeley y conocer lo que se hacía en el Instituto de Evaluación e Investigaciones de la Personalidad (IPAR), donde él trabajaba y donde además de cultivarse la herencia de Murray se realizaban los trabajos más interesantes sobre la creatividad. Acepté su invitación, solo que decidí pasar también una breve temporada en la Universidad de Urbana, en Illinois, para conocer a Raymond Cattell, cuyas investigaciones me habían atraído tanto y con quien había estado sosteniendo una correspondencia.

Cattell resultó ser bastante introvertido, trabajador y ambicioso, totalmente dedicado a la ciencia. En nuestra primera conversación, en una mesa al aire libre de una cafetería del campus, me sorprendió su pregunta acerca de qué pensaba del interés de Platón por las matemáticas. ¿Estaba sometiéndome a un examen? Cuando le expliqué a Cattell que Platón había heredado sus inspiraciones matemáticas de Pitágoras, él simplemente respondió: «Gracias, así lo imaginé». Como si ese intercambio hubiera sido una contraseña más que el comienzo de una conversación. Me llamó la atención su percepción intuitiva, que le había permitido saber sin que tuviera que preguntármelo que era un tema que me había fascinado, ya que durante toda mi vida me habían gustado las matemáticas y tenía a Pitágoras como uno de mis principales héroes.

Cattell fue amable conmigo, pero nunca hubo nada personal en nuestras interacciones. Siempre lo llamé doctor Cattell, y no recuerdo que alguien lo llamara Raymond, excepto tal vez la señora Cattell, a quien me presentó cuando me llevó a su casa en Champaign, a poca distancia de Urbana, ocasión en la que ambos me invitaron a unirme a su empresa IPAT, el Instituto de Tests de Personalidad y Aptitudes. Para entonces yo había refactorizado el 16 PF (16 Factores de Personalidad de Cattell) en una población chilena, y ellos esperaban que trabajase también con su batería de pruebas de personalidad no verbales, pero las expectativas que compartíamos al respecto quedaron frustradas cuando al año siguiente me concedieron la beca Guggenheim y opté por instalarme en Berkeley.

Cattell, en colaboración con Keyser, había estado explorando métodos analíticos factoriales de rotación oblicua. Tenía una gran experiencia en la aplicación de un programa informático llamado rotoplot y esto fue lo que aprendí durante mis días allí, además de lo que recogí de visitas a otros psicólogos notorios en el mismo campus, como Mowrer y Osgood, el inventor del diferencial semántico y autor del famoso libro *El significado del significado*. Lo que aprendí de Cattell fue sobre todo un conocimiento técnico que nunca llegué a aplicar, ya que, a pesar de proseguir mi investigación sobre valores y personalidades durante los próximos años en Berkeley, fui gravitando cada vez más hacia el conocimiento de las formas de la autorrealización y hacia el conocimiento de mí mismo, dejando mis proyectos científicos inacabados. Así fue como durante mi estancia en Berkeley fui pasando de la investigación de los valores a la búsqueda del significado.

De Illinois viajé a California en un bus Greyhound. Recuerdo una postal comprada en una parada de autobús que representaba a varias personas en una bañera con la siguiente inscripción: «Aquí en California somos amistosos». Poco tiempo después pude apreciar que era una buena descripción simbólica de la informalidad permisiva que ya se sentía en California durante aquel 1963.

Desde el terminal de los autobuses Greyhound en Oakland llamé a Frank Barron a su oficina en IPAR, y recibí sus instrucciones de tomar un autobús que me llevó en línea recta al corazón del campus, frente a la Unión de Estudiantes en la Sprawl Plaza, que era un equivalente estadounidense del famoso Speaking Corner en el Hyde Park de Londres. Del IPAR me acompañó a la Casa Internacional, al otro lado de la calle, y allí me alojé durante mis primeros días en la ciudad.

Nunca había visto un campus tan hermoso y, a pesar del intenso trabajo en el que me sumergí, disfruté muchísimo de sus prados y sus bosques de eucaliptus. Me sorprendí al ver que el doctor Harrison Gough, con quien había intercambiado algunas cartas a propósito de mi traducción de su Lista de Adjetivos, también trabajaba en IPAR, y para mi mayor sorpresa también supe que el exdirector del instituto había sido el doctor Crutchfield, cuyo texto de psicología había leído con mucho deleite. Me sentí ligado a él por un aprecio común hacia la obra de Abercromby en Londres, que había explorado formas de descubrir supuestos ocultos en nuestras percepciones y cuyo método había intentado aplicar con los estudiantes de Medicina de la Universidad de Chile. Nunca había oído hablar del director de IPAR, el doctor McKinnon, y me sorprendió gratamente

que fuera un junguiano, ya que todos los demás estaban inmersos en el legado de Murray, y Jung parecía un punto de vista fructífero para incluir, junto con el de Murray, en el campo de la evaluación de la personalidad.

Las técnicas de evaluación de personalidad en uso en IPAR fueron interesantes y el archivo del instituto impresionante. Cientos de individuos seleccionados por ser especialmente creativos, como arquitectos y escritores distinguidos, habían participado en evaluaciones intensivas en vivo y habían sido evaluados en más de novecientas variables psicológicas, cada uno a través de pruebas, calificaciones y entrevistas. Para mí, que estaba encantado con las posibilidades de las computadoras, aquellos datos resultaban muy atractivos, pues era posible examinar la correlación de casi cualquier variable psicológica con cualquier otra, y confirmar o refutar teorías.

Ya que en el IPAR se habían seleccionado los comandos durante la Segunda Guerra Mundial, había sido necesario ir más allá de las pruebas convencionales de papel y lápiz para evaluar características como capacidad de liderazgo, iniciativa u originalidad frente a situaciones inesperadas. Al igual que en el Centro de Estudios de Personalidad de Harvard, este Instituto para la Evaluación de la Personalidad y la Investigación fue un depósito de la herencia de Henry Murray. Con el tiempo tendría la oportunidad de ver una evaluación de un grupo de arquitectos invitados, durante un fin de semana, cuando fueron bombardeados con todas las pruebas psicológicas existentes conocidas en ese momento (y evaluadas por cada uno de los empleados a través de entrevistas y participación en varias reuniones de grupo).

Además de la formación psicológica, la visita al campus de Berkeley implicó una continuación de lo que había comenzado en Harvard y que había seguido aprendiendo cerca de Cattell: informática y métodos estadísticos.

Pese al entusiasmo con que trabajé, no fue IPAR lo que determinó mi regreso a Berkeley al año siguiente, sino algo propio del lugar en aquel tiempo: me gustaron las caras sonrientes que veía en las calles, los pies descalzos de muchos estudiantes, la abundancia de vegetación, cierta informalidad amistosa.

Goodwin Sammel, a quien había conocido en Nueva York como estudiante de Claudio Arrau, vivía en Berkeley, donde compartía casa con Gio Wiederhold (programador jefe en el Computer Center de la universidad). Pasé una buena parte de mi tiempo en ese gran centro de computación, y esto implicó caminar todos los días a través del hermoso campus verde y sus prados. La oportunidad preciosa de tener acceso a las

excelentes instalaciones de computación del UC me llevó a aprovecharlas como alguien que sabe que su tiempo es limitado.

Si mis investigaciones fueron múltiples desde mi llegada, cada uno de sus componentes pronto llevó a nuevas preguntas. Así fui analizando desde diferentes ángulos los datos que había traído de Chile. Pero el interés en las preguntas nuevas tuvo cada vez más prioridad sobre la reflexión concienzuda acerca de los resultados de investigaciones anteriores. Esto trajo como resultado que nunca llegara a publicar nada ni considerara nada terminado, y durante mi permanencia seguí acumulando datos que todavía hoy hibernan en mi bodega.

Solo un pequeño trabajo de investigación de ese tiempo llegó a ser publicado: un análisis factorial del Inventario de Filosofía Personal de Frank Barron. Pero no me satisfizo, ya que el repertorio de ítems en ese cuestionario no reflejaba una gama completa de las filosofías implícitas que forman parte de los tipos de personalidad. Lo había analizado porque las respuestas a este cuestionario, junto con las del TAT y otras pruebas, ya estaban en el banco de datos que se puso a mi disposición. Pero más interesante hubiera sido analizar los resultados de mi estudio de preferencias estéticas, que le entregué a mi amiga chilena Desy Gerard, o el análisis factorial de preferencias musicales o de las respuestas a una prueba que había utilizado en Chile, donde había pedido a los sujetos que expresaran sus preferencias entre una serie de fotografías de rostros (antes y después de experiencias psicodélicas).

Ninguno de estos estudios llegó a su término, porque muchos proyectos de investigación compitieron por mi atención y porque en algún momento me volví más consciente de la búsqueda existencial que había estado confundiendo con un impulso científico y que me había traído aquí. Cuando esto ocurrió me sentí como Mefistófeles cuando le dice a Fausto que toda teoría es gris en comparación con al árbol dorado de la vida. Entonces las resmas en mi escritorio con los análisis de las computadoras perdieron gran parte de su atractivo.

Pero debo decir que había algo en la atmósfera de Berkeley en esa época que, a diferencia de cualquier otro lugar que hubiera visitado, me hizo sentir en casa, y comprendí que en Chile nunca me había sentido en casa. Sentí que había encontrado, por fin, un oasis.

No creo que sea capaz de describirlo, pero puedo comenzar diciendo que un aspecto de esto se debía a una calidad informal en las comunicaciones interpersonales. Aunque

no hay ninguna distinción en inglés entre un trato formal y un trato familiar, sentí que aquí en Berkeley la gente se trataba de «tú» incluso cuando esto no se transmitía a través del detalle gramatical. Recuerdo observarlo cuando busqué un lugar para alquilar. Mientras que en Chile hablar con un posible terrateniente habría implicado la formalidad y la distancia de una transacción puramente comercial, aquí había una sensación de que todo sucedía entre amigos o entre personas que se reconocen como iguales.

Había otros detalles, como el uso de sandalias. ¡Nunca he visto tantas tiendas de sandalias en ningún otro lugar del mundo! Era como si las sandalias y los cabellos largos en los hombres fueran expresiones espontáneas del nuevo espíritu. Yo era particularmente sensible a este detalle porque cuando me pidieron que produjera un autorretrato en la escuela secundaria me había dibujado a mí mismo con el pelo largo y los pulgares largos. El profesor, que probablemente no tenía ninguna pregunta sobre el largo de mi cabello, me había llamado al frente para verificar mis pulgares: ¡eran inusualmente largos!

Otro rasgo notable fue el hecho de que algunos de los jóvenes caminaran con los pies descalzos sobre el césped y en ocasiones por las calles. Implicaba una provocación, ya que incluso hoy en día hay restaurantes que no sirven a personas sin camisa o sin zapatos. Pero más que una provocación evocaba un amor por la libertad y una apreciación de la vida en su estado natural; un *ethos* similar al exaltado por Jean-Jacques Rousseau, con quien siempre comulgué. Me complació ver que la informalidad se permitía en lugares como la biblioteca del campus, donde algunos estudiantes se tomaban la libertad de poner sus pies sobre la mesa, como ciertamente no habría sido permitido en Chile. Más tarde tendría ocasión de ver que incluso era tolerado por los profesores en las aulas de Berkeley. En su conjunto era la expresión de un antiautoritarismo y un colapso del espíritu de conformidad que se había respetado en prácticamente todos los países del mundo.

Debido a que coincidía con ese espíritu de las juventudes que en los años venideros llegó a ser conocido como Flower Power (el poder de las flores), estas libertades fueron las primeras manifestaciones de una verdadera revolución cultural, y Sathergate se convirtió en un lugar más fascinante en el campus de lo que había sido hasta entonces: cualquiera podía establecer su plataforma y hablar con aquellos que escogieran acercarse a escuchar.

Aparte de mi estancia en IPAR, la beca Fulbright me sirvió para conocer a algunas

personas bastante interesantes. Frank me presentó al poeta Michel McClure y al psiquiatra Sterling Bunnell (que tenía una serpiente pitón de considerable tamaño en su casa y que posteriormente se convirtió en el terapeuta de los discípulos de Suzuki Roshi en Tassahara). Los más importantes fueron Tony y Vicky Sargent, a quienes, por su cálido aprecio y hospitalidad, llegué a sentir como ángeles guardianes. A través de ellos conocí a buscadores interesados en el budismo zen, en la poesía y en la música experimental, lo que contribuyó aún más a que me sintiera en casa.

Había estado leyendo filosofía zen durante años, desde mi encuentro con Sergio Larraín, pero ahora por primera vez escuchaba historias de estadounidenses que habían visitado a maestros vivientes en Japón, y su frescura parecía resaltar el mensaje enigmático de la tradición. Alguien me contó la historia de alguien que estaba pasando una temporada en un templo japonés y que se sorprendió en el momento de la cosecha de arroz —una actividad considerada como una ocasión para la práctica de zen alternativa a la meditación sentada— cuando percibió un altavoz potente que llenaba el campo con jazz. Se sintió tan irritado y decepcionado que buscó una entrevista con el Roshi y cuando fue conducido a su habitación privada vio con asombro que el Roshi estaba viendo televisión. El estudiante no hubiera imaginado que la música y la televisión americanas pudieran ser compatibles con el espíritu de la tradición sublime de los patriarcas. Pero ante sus palabras de extrañeza e irritación la respuesta del maestro fue: «Televisión o no televisión, ¿qué diferencia?».

Después de esto, me dijeron: «He freaked». Era la primera vez que escuchaba esta expresión que alude a una crisis psicótica; y tal vez por primera vez comprendí que una situación potencialmente iluminadora también podría provocar locura. Otra novedad fue que llegué a ser incluido (a través de la intervención de Frank) en un experimento conducido por un psicólogo que nos reunió en un pequeño grupo y nos administró diferentes tipos de psicodélicos, todos disueltos en miel, de modo que ni él ni nosotros sabíamos lo que estábamos tomando. Puso a nuestra disposición útiles de pintura como un medio de expresión, aunque sin indicarnos explícitamente que hiciéramos uso de ellos. Estábamos sentados en un césped y curiosamente no sentí un efecto psicológico con lo que había ingerido, aparte de un deseo de usar las plumas de fieltro. Después de hacer un punto rojo, sabía que la cosa más conveniente sería una línea azul con una cierta forma, y una vez que eran dos los elementos en la página no había ninguna duda

sobre el color, la posición y la forma del siguiente. Fue una forma de inspiración que nunca había sentido, y posteriormente supe que había sido estimulada por el hachís.

En otra ocasión me encontré en la casa de Tony y Vicky con Sasha Shulgin, con quien colaboraría durante los próximos años. Ya cerca del final de mi estancia, me presentaron al doctor Zeff, pionero de la Costa Oeste en el uso de LSD en psicoterapia. Me atraieron su personalidad, sus intereses espirituales y su cultura judía, y le pregunté si me aceptaría como paciente a pesar de mi inminente regreso a Chile. Al principio pensé que una buena parte de mi motivación era profesional, pues había leído recientemente un relato de psicoterapia bajo LSD escrito por una mujer (que muchos años después tuve el placer de encontrar de nuevo en la biblioteca de Albert Hoffman, que me lo cedió como un regalo), y tras un par de experimentos con dosis bajas esperaba avanzar un paso hacia la posibilidad de utilizar el LSD algún día en mi propio trabajo psiquiátrico.

Sin embargo, a medida que se acercaba el tiempo de la sesión, otra motivación llegó a tener la prioridad: la de sentir que alguna vez había vivido para una búsqueda y había considerado todo lo demás como subordinado a este propósito apenas especificado, pero que ahora este aspecto de mi existencia parecía haber cedido cada vez más a una vida de logros profesionales y de ambición intelectual.

Quise volver a conectar con mi antiguo camino.

Además, justo antes del día de la sesión, recibí una carta de Loreley, con quien yo mantenía una relación sentimental aunque ella estaba en Chile. Esta carta me indujo un tercer interés por querer tener esta sesión de psicoterapia psicodélica: el deseo de más claridad en lo relativo a esta problemática relación amorosa. Pues después de casi un año de ausencia de Chile sentí que poco a poco había venido sintiéndola cercana, amándola más. Pero ella acababa de escribirme para decirme que me había esperado ya durante bastante tiempo y que estaba a punto de dejar el país. Le habían ofrecido una beca para ir a Canadá, y partiría antes de mi regreso. Antes de responderle quería estar tan seguro como podía de mis sentimientos. Durante más de dos años ella había esperado pacientemente que yo llegara a amarla, pero, pese a habernos convertido en amantes y convivido durante algunos meses, esto solo había incrementado mi culpa por no sentir mucho más que admiración y amistad hacia ella.

Como pronto le explicaría a Leo, mi terapeuta, solo dos veces en mi vida había sentido algo muy diferente, que era un amor erótico, como una magia que lo volvía todo hermoso, y era eso lo que me había parecido el amor verdadero: una especie de reacción

química que no tenía lugar entre nosotros. Y también le conté a Leo lo que le había dicho a Loreley, que me había replicado a través de una cita de Paracelso: «El que piensa que las fresas son la mejor fruta, no ha probado aún las uvas».

Durante mis días en Cambridge y Harvard, había podido apreciar mejor la cercanía, la intimidad y confianza que habíamos desarrollado. Una unión creciente que no había conocido en mis episodios circunstancialmente breves de estar enamorado de otras mujeres. Al no experimentar a distancia los sentimientos negativos que nuestra cercanía me había estimulado, la había llegado a sentir como parte de mi vida y de mi familia, y creo que ella habría respondido a ese sentimiento si hubiera recibido una carta en la que yo se lo comunicaba, pero al parecer no sucedió, y la noticia de su decisión de marcharse me llegó como una gran conmoción.

Leo me dijo que cierto día fuera a las ocho de la mañana sin desayunar y que estaría con él entre seis y doce horas; que le pidiese a alguien que estuviese preparado para recogerme cuando fuese apropiado, y se lo pedí a Gordon Beam, a quien había conocido en una fiesta y me había parecido tan interesante como amistoso.

Al llegar a su despacho, le describí a Leo mis experiencias anteriores, una con psilocibina y dos con LSD, y comentó: «Así es que no has tenido un mal viaje». No lo había pensado, pero estuve de acuerdo. Mis experiencias habían sido principalmente asomos de contemplación estética o metafísica. Le pregunté a qué se le llamaba «un mal viaje» y me respondió: «A un episodio de locura, como la paranoia». Recordé la experiencia de un colega en la clínica, quien, al regresar a casa, había desarrollado un pánico tan persecutorio que lo llevaron a la asistencia pública, donde, según me dijo, había visto al médico y a su asistente como poseídos por un demonio, goteando sangre de sus colmillos. No: no había tenido un viaje paranoico, gracias a Dios, le respondí, y luego Leo me explicó que un mal viaje podría ser, terapéuticamente hablando, lo mejor. Lo más importante en un viaje, me explicó, es ser capaz de considerar cada experiencia como una proyección de la propia mente. Cualquier experiencia de la cual un cerebro humano es capaz puede ser posible, y debe ser honrada como tal, teniendo en cuenta que es solo una experiencia pasajera.

Mirando hacia atrás, siento gratitud por Leo, por haberme preparado para unas horas de psicosis, pues creo que fue el grado de mi entrega lo que me abrió el camino hacia la infinita, multidimensional, dorada, serena y extática satisfacción de las primeras cuatro horas, durante las cuales permanecí quieto y en silencio, absorto en la música.

Leo me ayudó a dejarme ir. En mis experiencias anteriores había tratado de estar muy atento, tomando nota de todo, y vi que podía observar con agudeza sin tener nada que decir, o bien perderme en experiencias que tampoco podía reportar o recordar más tarde. Leo me recomendó que no tratara de tomar nota de lo que pasaba, que solo viviera la experiencia sin ningún esfuerzo. Me ayudó a relajarme más al quitarme los zapatos y el cinturón y cubrirme con una manta caliente.

Después de señalar mis preferencias en su colección de discos, me dio una dosis de 200 microgramos de LSD de Sandoz en el agua de una taza de kiddish, y después de los síntomas iniciales me sugirió que me acostara. Poco después puso la Música del Agua de Haendel en el tocadiscos, pero mi identificación de los sonidos como música de Haendel o incluso como música debió durar muy poco. Sentí ganas de dejar que mis piernas hicieran movimientos sutiles y Leo me animó a permitirme dejar atrás mis inhibiciones y a considerar cualquier impulso como permisible.

Me hundí en el calor de la manta y en la música con los ojos abiertos, sin necesidad de cerrarlos, ya que después de un poco «yo» parecía no existir. Nada importaba, y sin embargo todo era precioso. El techo no era el techo, y el espacio entero se había convertido en una nube de oro. Ni la música era ya música, sino sonido, y ni siquiera sonido porque ya no se llamaba sonido y era más como una hermosa abundancia de ser que emanaba desde un más allá como la leche del más amoroso de los pechos.

Eso fue el cielo y duró —según Leo me informó al final del día— cuatro horas. Me sorprendió, pues me habían parecido apenas unos diez minutos. Luego intercambiamos algunas palabras y lo que recuerdo como más inusual fue una sensación de existir más allá del tiempo, y mi reflexión de que incluso si olvidase la verdad de la eternidad no tendría importancia, pues sería igual.

Luego vino el infierno, cuando el entorno se volvió rojo y tuve visiones de sórdidas guaridas de opio chinas.

En el curso de mi próxima visita a Berkeley, llegaría a entusiasmarme la música de Ravi Shankar y la música de la India en general, pero en esta ocasión me parecía estar impregnada de algo diabólico, y completamente diferente a la bienaventuranza que venía experimentando y que asociaba con un fluir y una emanación.

Ahora asociaba el sonido de la cítara con el color rojo, con garras y formas de dragón, al estilo de los retratados en el arte chino. Pero no estoy seguro de que fuera la música la que había provocado mi cambio de estado, sino una interpretación del acto de Leo de

elegirlo, que intuí como destinado a impresionarme. Le dije que me sentía mal y me preguntó qué podía hacer para que volviese a estar bien. Me tomó mucho tiempo decir que cambiara la música, pero cuando Leo la cambió ello no afectó mi experiencia. Entonces quiso hablar conmigo, pero yo no podía decir nada, porque al hacerlo sentía tal vergüenza que olvidaba lo que estaba diciendo antes de terminar cada frase. Veía caracteres grotescos en su cara, que se había convertido en un jardín de diversiones, un infierno de artificialidad que solo existía para un show.

Por fin terminó el período infernal y, vuelto aparentemente a la realidad ordinaria, sentí gratitud por la perfección de todo. Entonces Leo me planteó mi propia pregunta: «¿Y qué dices de las fresas y las uvas? ¿Cuál es mejor?». Dije: «Ambas».

Más tarde, de regreso a mi cuarto, pensando nuevamente en Loreley sentí mucho amor por ella y resolví pedirle que se quedara en Chile, en lugar de aceptar la beca que le habían ofrecido, pues estaba seguro de que ahora la amaría como ella siempre había soñado.

A pesar de que los efectos farmacológicos parecían haber desaparecido, una o dos horas después de mi regreso continué absorto en un proceso continuo de reflexión que parecía venir de un impulso espontáneo, revisando cosas de mi vida, comprendiendo relaciones, corrigiendo actitudes. No quise interrumpirme yendo a la cama y me ayudó el hecho de que había estado trabajando por la noche durante días recientes hasta que, hacia el amanecer, viví algo que, posibilitado por la experiencia psicodélica, me pareció bastante diferente de ella y aún más importante. Mientras contemplaba la sed que había sentido la vida entera, me pregunté acerca de su objeto y descubrí que mi sed, que sabía muy bien lo que buscaba, ya conocía el agua. Podría haber usado las palabras de Pascal: «Señor, no te habría buscado si no te hubiera ya conocido». Después, me sentí en armonía y satisfecho.

Pero eso no fue todo, sino una preparación para algo aún más grande, de una dimensión gigantesca. Me pareció una investidura, pues fue como si desde arriba me cayera algo, como un manto cae sobre el cuerpo. Pero fue más bien como si un *ser* descendiera llenándome el cuerpo por la parte superior de mi cabeza; un ser muy antiguo, a quien entonces asocié con un desierto interminable y con la esencia de lo judío, y solo entonces sentí que era una persona completa.

Cambió la expresión de mi rostro. Mi sonrisa compulsiva se convirtió en una relajación serena. Sin esfuerzo y satisfecho, supe que por fin ahora mi pie estaba en el

camino. No es que hubiera llegado al final del camino, sino al final de su búsqueda. Ahora solo era cuestión de ir más lejos. No conocía las respuestas del futuro, pero me sentía seguro de que sería capaz de enfrentar las situaciones de mañana. Me sentí crecido, confiado y poseído de la verdadera dignidad.

Escribí un relato con el que quise responder, aunque con retardo, a la pregunta de Leo acerca de mi reacción a la música que había puesto en el tocadiscos poco después del comienzo. Me pareció que esperaba que reaccionara con algo parecido a un sentimiento patriótico o tribal, cuando lo que escuchaba no era ni siquiera algo tan definido como música, y solo el ser importaba. No quise interrumpirme hablando, pero posteriormente quise traducir en una fábula mi reacción ante su pregunta. La cito a continuación:

Es el día de la crucifixión.

Solo con gran dificultad pueden los guardias contener a la multitud curiosa. Incluso gente de ciudades vecinas han venido a presenciar el espectáculo. En los balcones que dan a la calle que conduce al calvario se acumulan las familias que tienen la suerte de vivir en un punto de observación privilegiado y los extraños y conciudadanos que han podido comprar un lugar. Se venden pasteles calientes, bebidas frescas y trozos de carne asada. No todos los días hay alguien crucificado y la gente tendrá que estar muchas horas lejos de casa.

Un muchacho, hábil en el dibujo, ha inventado la postal. En el lado derecho está la imagen del crucificado y en el otro un espacio en el que, por solo un dracma, está dispuesto a dibujar la silueta de quien quiera guardar un recuerdo de este día. Opcionalmente y, de acuerdo con el gusto del cliente, ofrece inscribir un mensaje para un familiar, un amigo o quienquiera que sea el destinatario del saludo.

—¿Un recuerdo de la crucifixión? ¡Lleva a casa un recuerdo de la crucifixión! —grita el muchacho, deslizándose entre la multitud.

Alguien pasa por ese lugar y ve. Desde el momento en que ve, su mirada se mantiene fija en la cruz. Ya no es la cruz del crucificado que ve. Él ve. Y su mirada ya no puede separarse de su objeto más allá. Parecía convertido en piedra, mudo, sordo y ciego para todo, excepto el rayo de luz que ahora parecía no alcanzar, sino emanar de su mirada. Solo percibió vagamente al chico que se quitaba la bata, insistiendo:

—Mire, señor. Ver el crucificado. Lleva a casa un pequeño recuerdo de la crucifixión.

Algún tiempo después, traduje en un cuento mi experiencia de llegada a la plenitud, al alba del día siguiente. Por último, sintiendo que con mi reacción me sentí más santo que Leo (al ponerlo en el papel del vendedor callejero en la crucifixión), quise reelaborar esta situación en otra fábula que escribí en el avión que me llevaba a Colombia, donde había decidido detenerme para una breve expedición al Putumayo, antes de seguir rumbo hacia el sur, a mi país, a mi hijo y a mi futuro trabajo en Santiago.

Inicialmente solo había un ermitaño, luego dos, tres, y al final unos quince, que se asentaron en la ladera

oriental de la montaña. Hacía años que no llevaban su habitual vida solitaria, casi sin verse, adorando a Dios en las piedras y los árboles y en el silencio de su meditación. Los excursionistas habían llamado al lugar «La montaña sagrada», debido a estos ermitaños que a veces veían a la distancia. Ese lugar había sido conocido de esta manera durante mucho tiempo y llegar allí era difícil, más aún permanecer, pues el alimento era escaso: apenas raíces de plantas salvajes. Esto fue lo que indujo a un comerciante amigo de las cosas espirituales a construir una pequeña cabaña que sirviera de albergue a los visitantes ocasionales y que probablemente aumentó el número de personas que sentían curiosidad por ver a los anacoretas. Entonces el albergue se hizo demasiado pequeño y no había temporada en el año sin clientes por allí. Entonces una empresa comercial mayor asumió la propiedad del mirador, que fue considerablemente ampliado. Además de buenas habitaciones y servicios, una amplia terraza fue construida en el transcurso de los años y llegó a ser conocido como «el mirador de los santos». Tanto creció la demanda de alojamiento durante la temporada de verano, que la empresa, por respeto a la tranquilidad de los ermitaños, construyó alrededor de esta ladera una cerca para delimitar la entrada de turistas a una distancia razonable. Durante las fiestas la gente alrededor de esta valla veía a los santos absortos en su santidad, como si se tratase del espectáculo en un escenario o de animales en un zoológico. Los anacoretas se sentían más y más irritados, pues la noción de exponer lo sagrado a la mirada de los curiosos, que hacían de lo inefable el objeto de ávida descripción y comentarios, les era casi intolerable. Y verse rodeados de turistas que los fotografiaban y tomaban notas, despertaba en ellos una irritación que llegaba al odio: el odio al profano, el odio a la profanación, que no es otra cosa que la forma en que los profanos comprenden lo sagrado. Pero había algo que no entendían: los profanos, que llegaban atraídos desde muchos lugares lejanos a la montaña de los anacoretas, creían que de esta manera se acercaban a lo que buscaban. Y no eran los anacoretas, sino Dios el que los atraía al lugar. Y los ermitaños, que se habían llenado de odio y vieron profanación allí donde Dios buscaba a Dios, la perdieron en sí mismos (porque solo Dios en el santo puede ver a Dios) y se volvieron menos santos que los turistas.

POR EL SENDERO DORADO DEL YAGÉ

En otro libro he relatado cómo hacia el fin de mi temporada en Cambridge y Harvard me sentí movido a visitar una exposición especial sobre botánica que anunciaba el Museo Botánico de Harvard. Veía el anuncio cada mañana en el trayecto del pequeño cuarto que alquilaba al campus. Cuando mis días allí estaban por terminar decidí visitarla, y al ver en una de las vitrinas de esa exposición la fotografía de indígenas azotándose y un apartado sobre la identidad botánica de las *malpighiaceas* narcóticas sudamericanas, supe que estaba frente a algo que ya había leído en *Yo fui cazador de cabezas* de Lewis Cunningham, un libro que me había regalado mi padre durante los años de estudiante de Medicina, y que me había inspirado el deseo de encontrar la planta usada por ciertas culturas indígenas en la iniciación de los guerreros. Tanto me entusiasmó que la planta ya estuviese identificada que me acerqué a la secretaria de la exposición para poder leer el artículo que se exhibía tras el cristal de la vitrina. Ella me remitió a su autor —que no era otro que el curador del museo—, el célebre Richard Evan Shultes. Él me animó a estudiar los efectos psicológicos de los alcaloides del yagé (como se lo llama en Colombia) y me puso en contacto con indígenas que le proporcionaban plantas. Esa ayuda me convenció de hacer mi propia expedición al Putumayo en busca de información y plantas en el curso de mi regreso a Chile.

En Berkeley sentí que podría beneficiarme la experiencia práctica de alguna otra persona conocedora de ese paraje, y llamé al Departamento de Antropología. La secretaria que contestó el teléfono me dirigió al doctor Michael Harner, que no había estado en Colombia pero que había vivido con los jíbaros de Ecuador, lo cual me pareció suficientemente cercano para mis propósitos. Quería saber si usar botas altas como

protección contra las serpientes (Harner me recomendó zapatillas de gimnasia), si llevar armas de fuego (la respuesta fue negativa) y, sobre todo, qué obsequios u objetos de trueque serían apreciados por los nativos.

Tan pronto mencioné la palabra yagé los aspectos prácticos se olvidaron y hablamos como compañeros buscadores del Santo Grial.

Michael se había interesado mucho por el yagé mientras estudiaba el chamanismo entre los jíbaros, y más tarde entre los indios shipibo-conibo del Perú. Tras ingerir la bebida bajo la dirección de un curandero, tuvo una rica experiencia que afectó profundamente su vida, y el hecho de haber estado en contacto con «lo tremendo» amenazaba con interferir su vida profesional. Ya fuese por una sobredosis de yagé o una propensión individual a una reacción extrema, algunos efectos de la experiencia duraron unos seis meses, y entonces había sido un tiempo difícil como director del Museo de Antropología de Lowie y como docente. No se atrevía a repetir la experiencia, pero se alegraba de haberla tenido y se sentía más interesado que nunca en el yagé, por lo que ahora le interesaba mucho la perspectiva de mi viaje y mis planes de investigar la bebida indígena, lo cual constituyó para mí un estímulo adicional.

Aparte de los problemas de equipo, viajes y supervivencia, mi interés por el yagé me ponía ante el problema de establecer una relación lo suficientemente cercana con los indígenas, como para que no consideraran mi interés en sus plantas como una profanación. Tendría poco tiempo para lograr esta intimidad y, aunque los regalos de cuchillos y otros utensilios de hierro recomendados por el doctor Harner sirviesen para demostrar mis buenas intenciones, ¿cómo podría acceder a su planta sagrada a través de una transacción comercial?

Pero cada manera de disminuir la distancia entre nosotros que se me ocurría era algo que tenía que descartar, porque no podía concebir aprender algo de su idioma o familiarizarme con su concepción del mundo. Pensé entonces que el doctor Idrobo, recomendado por Shultes, había alcanzado cierto prestigio de brujo a través de su cámara fotográfica. ¿No podría hacer algo así, y aún más sistemáticamente, después de obtener una cámara Polaroid, una grabadora con pilas y quizás algún otro milagro tecnológico? Pero temí ser considerado no como poderoso sino como peligroso. ¿Cómo podría ser a la vez poderoso y no un extranjero? Necesitaba demostrar una competencia comparable a la de los chamanes con los que tendría que tratar. La respuesta fue muy simple. Al presentarme legítimamente como médico (la palabra que ellos emplean respecto de sí

mismos a través de los traductores), podía además proveerme de LSD 25, una droga muy diferente de la que yo buscaba, pero susceptible de presentarse de manera submicroscópica. Y así es que, cuando finalmente salí, llevaba entre mi equipaje una colección de dibujos mágicos: el sol, la luna, los animales, los huesos, en trozos de papel lo suficientemente pequeños como para ser colocados dentro de la boca, donde ejercerían su efecto mágico por estar impregnados con dosis de LSD que oscilaban entre veinticinco y cien microgramos, de acuerdo con el tema representado. Este iría a ser mi pasaporte, demostrando mi estatus como un curandero de un país extranjero. Si los indios valoraban los efectos de estos dibujos, constituirían algo que yo podría ofrecer a cambio de yagé (más aceptable que cuchillos, ollas y sartenes).

Cuando me fui, no estaba solo, porque en una fiesta de despedida, varios días antes de la partida, compartí mis planes y apenas había terminado de hablar cuando Gio Wiederhold me preguntó si me gustaría viajar en compañía. Rápidamente pidió sus vacaciones.

Supongo que la idea de viajar al Putumayo, que ya estaba plantada en mi mente al ver el cuadro de los rituales en la exposición del Museo Botánico, había comenzado a tomar forma cuando el doctor Schultes me sugirió que contactara a algunos de sus conocidos en Colombia: el mencionado doctor Idrobo; el señor Fuerbringer, que tenía una granja en Macao y en cuya compañía había tomado ayahuasca una vez (aunque sin ninguna experiencia notable aparte de la visión de patrones geométricos); su estudiante Mel Bristol (que estaba haciendo investigación entre el Sibundoy); y sus coleccionistas de plantas entre el pueblo cofán.

Durante mi estadía en Berkeley, busqué sin éxito fondos para una expedición, y al final decidí que no necesitaba, ya que mi principal gasto podría costearlo yo mismo. En mi regreso a Santiago pararía en Bogotá y después viajaría en autobús al sur.

Quizás lo más notable del viaje no fue algo que ocurrió en la selva, sino en la primera noche en Bogotá, donde nos quedamos en una simple pensión: estuve despierto toda la noche mientras mi cuerpo dormía. Puede parecer una imposibilidad o una impresión errónea, y puedo decir que la he experimentado una sola vez en el transcurso de una larga vida. Me parecía que yo era consciente sin interrupción solo de mi existencia, no del medio ambiente, de los sueños o de los pensamientos, y fui testigo del despertar de mi cuerpo por la mañana.

Sobre los nativos, nada me dejó una impresión más palpable que su nobleza, en

contraste con la vulgaridad del joven que poseía la canoa con motor que nos llevaba a lo largo del río Guamuez. Insistió en comprarle un cerdo a mi anfitrión, que vivía en una sencilla choza sobre pilotes.

Debido a que alguien había muerto en este pequeño asentamiento cofán, Anselmo y su familia parecían haberse quedado atrás: era imposible esperar la oportunidad de una ceremonia yagé. En su cultura, cuando alguien muere en el pequeño asentamiento el resto deja el lugar durante días. Sin embargo, aceptamos la hospitalidad de Taita Anselmo, comimos danta y mandioca, hasta que un día decidió llevarnos a una planta de yagé. Seguimos a lo largo del río hasta una isla, y luego lo seguimos hasta un espécimen alto, una vid floreada con flores de color púrpura. Nos pidió que nos detuviéramos y se acercó a ella. Nos miró de nuevo y señaló algo que no pude ver en mis pies. Arrojó su cuchillo con tal precisión que cortó en dos una serpiente de coral que se aproximaba peligrosamente a mi tobillo. Soltó una oración al sol en su lengua y nos explicó que esa serpiente era la encargada de la planta, y que había estado cerca de matarme.

No voy a contar en detalle la historia del viaje, porque no añadiría mucho al conocimiento que existe sobre el yagé. Para mí tenía el valor de prepararme para comprender la calidad de la experiencia a la que se refieren las descripciones impresas, una cualidad que no me había hablado a través de la página escrita. Alternamos con indios siona, inganos, kamsa de Sibundoy y Cofán, todos en la comisaría del Putumayo. Recolectamos especímenes botánicos de diferentes especies de plantas de *banisteriopsis* y mezclas, y finalmente pudimos obtener varias libras de *banisteriopsis* caapi y *banisteriopsis* rusbyana para un estudio adicional. Los ejemplares botánicos están ahora en el Herbario de la Universidad de Harvard y en el Instituto de Ciencias Naturales de Bogotá. La mayor parte de la corteza recogida para el análisis químico la envié a los doctores Roland Fischer y Michael Cava en la Universidad Estatal de Ohio, pero nunca recibí noticias de lo que su análisis había revelado, y años más tarde Roland insinuó que el doctor Cava estaba demasiado interesado en la corteza de yagé pulverizada que le enviamos como para analizarla.

Tampoco llevó a nada el que le entregara a Shulgin varios litros de la bebida que Melvin Bristol obtuvo a través de un curandero de Kamsa, pues, pese a haberme ofrecido analizarla, posteriormente me dijo que para seguir su análisis tendría que destruir una preciosa pieza de laboratorio.

LORELEY

Conocí a Loreley poco después de mi separación de Cecilia, en la mesa de Ruth Albert, quien nos había invitado a cenar. Tótila estaba allí también, como de costumbre.

Me parece que el objeto de esa cena había sido reunirnos a Loreley y a mí, ya que ella era una buena amiga de Ruth, quien sabía que ella buscaba un pretendiente.

Recuerdo que propuse un test de personalidad que alguien me había mostrado hace poco y circuló en aquel tiempo como un juego de salón. Se pedía imaginar una llave, una copa y una casa. Y yo mismo me había sentido retratado en una gran llave antigua, una vieja y pesada copa tallada de cristal de Borgoña y un castillo de paredes gruesas y pasajes secretos. Ahora no recuerdo cómo eran la llave, la copa y la casa de Loreley, pero sí recuerdo su gran interés en explorar lo que sus imágenes revelaban, su seriedad y su sensación de haber traicionado su intimidad de una manera de la que no se arrepentía, pero que parecía avergonzarle. Me parece que el examen más detenido de sus respuestas continuó durante nuestra próxima conversación, cuando nos reunimos de nuevo, ahora en el pequeño departamento que me había dejado mi madre en el centro de Santiago, a unos pasos del hermoso cerro Santa Lucía.

Los cosméticos de mi madre estaban todavía en la estantería de vidrio frente al espejo sobre el lavatorio y, a pesar de haber estado allí durante meses, observó Loreley, impresionada que yo no los hubiera reemplazado con mis propios utensilios. Tal vez imaginé que mi madre podría querer volver a su piso algún día, pero sobre todo me pareció cierto lo que Loreley me hizo notar: mi elección implícita de no tocar nada, rasgo de mi personalidad que había percibido con la misma lucidez evidenciada en el comentario de nuestro test de la llave, la casa y la copa.

Con el pasar del tiempo, fue esta una de las cosas que Loreley me llevó a comprender: la inhibición de mi iniciativa de moverme, de hacer cosas, de cambiar el estado de las cosas; y entonces pude ver que en la infancia ni siquiera había sido un niño que se permite correr y saltar.

Cuando la visité en su casa me pareció una madre excepcional para sus dos hijas. No sintiéndome sensualmente atraído por ella, me conformé con que fuese maternal con sus hijas, con su activismo político en apoyo de la igualdad y la causa de los pobres. Aunque no recuerdo cómo acabamos en la cama un día, imagino que la dejé tomar la iniciativa, movido por mi aprecio y la curiosidad sexual de un joven relativamente inexperto. Recuerdo bien su intensidad y su expresión desinhibida de placer y la alegría durante su orgasmo, montada sobre mí. Esa imagen siempre estará en mí como un bellissimo recuerdo. Algún tiempo después, cuando hablamos de nuestros sentimientos, le expliqué que, aunque la amaba, no la amaba de la misma manera que había amado a Eva María. Traté de explicarle a Loreley el éxtasis erótico que había conocido anteriormente, que comparaba con el de las expresiones extáticas en los rostros de los templos tántricos de la antigua India; también comparé ese sentir tan delicioso con el acto de comer fresas. Con mi autocrítica se complicó nuestra relación: «Si no la amo como ella me ama (y como sería coherente con mi alta estima), será por mi incapacidad de amar, mi enfermedad, mi fracaso en estar vivo», me decía. Y con la perspectiva de los años imagino que ella de alguna manera me transmitió un interés en la propiciación de mi cura. Sin embargo, ni siquiera hoy estoy completamente libre de la incomodidad de no corresponder el amor de quienes me aman.

Y como no me sentía plenamente vivo, y Loreley (como Carmen antes de ella) parecía percibir tan claramente cómo mi vida había sido restringida por mi madre, me decía que para llegar a amarla plenamente debería liberarme de ese dominio. El buscador en mí apreció su colaboración y la invité a que me enseñara a amarla. Aunque valorara la dimensión terapéutica de nuestra relación, seguía sintiendo que el efecto neto era enfermarme y no curarme, tal como había sucedido antes con Carmen, cuando también me esforzaba por corresponder el amor de una mujer y me culpaba por el sufrimiento que causaba al persistir en una relación alimentada por el autorreproche, la ilusión, la fantasía y la esperanza.

Cuando volví a Harvard, Loreley seguía muy presente en mí, y si antes había estado presente como alguien que me amaba mucho, con el paso del tiempo, aliviado por la

distancia de mi culpa de no amar lo suficiente, pude disfrutar de un cierto sentimiento de familia que era nuevo para mí. El día de mi sesión con Leo, ya empezaba a entender «las uvas», al comparar este nuevo sentimiento de arraigo con el goce intenso y libre de «las fresas».

Hasta el momento de mi reciente sesión de LSD, Loreley había esperado pacientemente que por fin pudiera apreciar y recibir su amor, y ahora había sucedido. Parecía poder confiar en ella, y me sentí como alguien que, después de haberse retraído durante la primera infancia como un caracol ante una frustración en la maternidad, estaba dispuesto a intentar relacionarme otra vez. Observé que me sentía como a punto de lanzarme desde un tablón alto de una piscina, con coraje, pero sin desconocer que podría caer en una piscina seca.

Como mi carta a Loreley llegó algo tarde, cuando ya había decidido aceptar una beca que la llevaría a Canadá, le supliqué en nombre de lo que ella misma esperaba que se quedase, pero eso no fue suficiente, ni los pocos días que pudimos pasar juntos bastaron para que cambiara de parecer y renunciara a la beca que había obtenido. Me pareció trágico, y traté de expresarlo a través de un cuento que le envié justo antes de mi regreso a Santiago:

Vuelve Ulises, envejecido y enfermo, pero sabio y dichoso de pensar que mañana le acogerá su mujer y vendrán los años de sereno reinado. Todo está cumplido. El orden de su corazón responde al de las estrellas. Nada podrá intervenir el cultivo, la gozosa contemplación, el abrazo a la vida en interminable aceptación y entrega.

Solo Penélope le ha esperado, y solo él espera a Penélope. Penélope es para él el rostro de la vida. Así como Ulises nació para combatir y reinar, nació Penélope para traerle la vida al rey guerrero. ¡Y cuánto la necesitaba él ahora que regresaba exhausto y esquelético de su última batalla! ¡Cuánto anhelaba las sólidas paredes de su habitación, en lugar de la frágil tienda en el desierto o la embarcación siempre diferente!

¡Y cómo lo había añorado ella! Así como Ulises sin Penélope es propósito sin vida, Penélope sin Ulises es vida sin propósito. Así como Ulises, nutrido del propósito, ha podido mantenerse erguido bajo el sol del desierto, ha podido Penélope esperar a Ulises, en el caos de su ausencia, nutrida de la vida.

Ambos han resistido, aunque conservando la marca: él de la sequía, ella de la turbulencia. Pero no importa. La claridad pondrá orden en la pasión caótica, así como la pasión traerá vida a la desnutrida claridad.

Faltan horas.

La vida de Penélope, en tensa espera, ahora la inunda en oleadas cegadoras. ¡Al fin lo tan ansiado! Le dirá a Ulises cuánto ha sufrido su ausencia. Le dirá cuánto lo ha odiado por momentos y cuán cerca ha estado de serle infiel. Le hará comprender cuánto lo necesitó y cuán generosa fue su espera. ¿Conoces ahora el significado de llegar?, le dirá, y le reprochará la ceguera que lo mantuvo tantos años alejado. Si lo castigara, manteniéndose a cierta distancia, haciéndose desear, declarándose cansada en las horas en que él quisiera comer, para hacerle apreciar mejor el significado del alimento.

Penélope ha olvidado que esperó para cumplir su sentido, y que el fin ha sido alcanzado. Olvidó que no ha esperado a Ulises, sino la vida que quería realizarse pasando de uno a otro; que ella ha querido entregársela a Ulises y no regatear como en una transacción, esperando un precio.

La vida, más sabia que Penélope, no acepta la barrera de una táctica, pero sus desordenadas avalanchas, explosivas inundaciones y avasalladora presencia han perdido todo el sentido de la ofrenda.

Siente Penélope fatiga de su propio caos, hastío odioso de su rencor y de su exigencia. Quiere cerrar los ojos a todo: ese día y todos los anteriores que lo han hecho de tal modo, el fracaso del próximo encuentro y de la vida que no podrá fluir. ¿Qué le pasa? ¿No había sido este el momento más deseado? Tal vez está enferma o extenuada, y debería reponerse en soledad.

Hay quienes piensan que el encuentro a la salida del sol, hubiera puesto fin a la enfermiza pesadilla de Penélope. Otros dudan, y señalan que Penélope solo sabía esperar y descubría su sentido en la espera, pero no estaba preparada para el regreso. Sea como fuere, no se podrá saber. Penélope esperó siete años, pero al llegar Ulises al palacio, lo encontró vacío.

A medida que reflexiono sobre estas cosas, no puedo dejar de ver que la decisión de detenerme durante quince días en Colombia en mi camino de regreso puede haber sido un factor importante en la reticencia a esperarme de Loreley. ¿Cómo podría la vehemencia en mi carta ser reconciliada con mi propia voluntad de retrasar una reunión tan importante?

Comprendo también que, después de haber planeado mi expedición al Putumayo, en busca de plantas y sabiduría, no pudiera renunciar a mis planes, y no puedo dejar de ver mi visita a Colombia como una de mis más significativas decisiones por sus consecuencias en el curso de mi vida. Unos diez años después, aprovechando el viaje de Andy Weil a Bogotá, le pedí que le entregase al doctor Jesús Idrobo una copia del libro *Siete flechas*, con una dedicatoria que decía que mi búsqueda del sendero del yagé me había traído mucha suerte. Ahora de viejo, esto me parece más cierto que nunca, e incluso me pregunto si acaso el fin de mi relación con Loreley, que tanto prometía, no fue algo comparable al paso de Ulises por el lugar peligroso de las sirenas.

PEREGRINO EN BERKELEY

Además de mi pasión por la exploración, el hecho de que ya había proyectado y comprometido a otros en mi expedición al Putumayo fue un factor decisivo, ya que, sea ello una virtud o un vicio, no me gusta romper mis compromisos. Pero me parece que la vida eligió esta travesía para mí, y ni siquiera puedo decir que me equivoqué al anteponer mis ímpetus de exploración a mi vida familiar. Ya no puedo dejar de ver esa breve aventura como un acontecimiento muy significativo por sus consecuencias posteriores en mi vida.

Aunque como respuesta a mis dolorosas cartas Loreley había decidido regresar a Chile después de unas semanas en Canadá, mi resentimiento hacia ella había llegado a tal grado que ya no pude dejarlo de lado y se volvió imposible que pudiésemos ser felices juntos. Preferí vivir solo, pese a mi intensa sed por su amor. Cada vez que se presentaba en mi pequeño departamento sin que la hubiese invitado, me enfurecía su control celoso y su invasión.

En aquel tiempo murió mi padre, el mismo día en que el periódico anunciaba el asesinato de Kennedy. Pocos minutos después de que mi madre me mostró el periódico de la mañana con esa información, sonó el teléfono con la noticia de que mi padre había muerto súbitamente en un accidente de automóvil, y antes de que saliéramos hacia Viña del Mar a encontrarnos con su cadáver, me había enterado de la muerte de Aldous Huxley. Además de esta triple coincidencia había otra más enigmática: mi padre se había despedido de mí muy recientemente en Santiago, diciéndome que nos volveríamos a ver en mi cumpleaños, el 26 de noviembre, y aunque no lo corregí registré con sorpresa su error, pues me parecía que siempre supo que se trataba del 24 y no del 26. Su muerte, sin

embargo, ocurrió el 22 de noviembre, dos días antes. ¿Habría habido en su aparente equivocación un mensaje cifrado? Intuí que no se trataba de un simple accidente y que podría haberse quitado la vida como forma de escapar a la angustia de sus deudas excesivas tras la estafa de su socio en la compañía naviera, que constituía su principal sustento. Al recibir las noticias detalladas del accidente vi mi sospecha sutilmente confirmada: a las 5 de la mañana había chocado en la avenida Chorrillos, a la entrada de Viña del Mar, el pequeño coche en que mi padre viajaba desde Limache por las mañanas con otro vehículo que viajaba en la dirección contraria. Eran los únicos vehículos visibles, y el encuentro frontal entre ellos no había dejado con vida a ninguno de los pasajeros. Y aunque la suposición de la policía fue que mi padre había perdido el conocimiento o el control de su vehículo, imaginé que no solo quiso quitarse la vida, sino quitarle la vida a otro, y que la aparente equivocación de dos días respecto a la fecha de mi cumpleaños entrañaba un mensaje sutil al respecto.

Muchos años después, en Cuba, conocí a un sacerdote yoruba de notable clarividencia llamado José Vilas. Le pregunté sobre la muerte de mi padre, y no llegué a terminar la primera frase de mi pregunta antes de que me respondiera: «Fue un suicidio».

Me impresionó mucho el cuerpo frío de mi padre en el lugar donde lo había traído la policía, pero solo después de mi regreso a Santiago y en compañía de Loreley lo lloré un poco. Pero ¿por qué tan poco? ¿Por la pobreza de nuestro vínculo? ¿Por mi anestesia emocional? Algo me lo impidió, pero durante meses soñé con mi padre, y a veces con mi padre putrefacto. Años más tarde en una sesión con Fritz Perls, cuando me puso frente a mi padre muerto, nuevamente a propósito de algún sueño reciente, no pude hablar de otra cosa que de sus espesas cejas, y Fritz, notoriamente aburrido de mi pobreza emocional, no intentó ayudarme más.

A la distancia de toda una vida, me parece en cierto modo natural que no haya vivido la muerte de mi padre como una gran pérdida, porque nunca tuve con él un verdadero encuentro o un profundo vínculo. Habiéndome sentido traicionado por su deslealtad con mi madre, llevaba una doble imagen de mi padre. Por una parte, era una persona muy permisiva, que me concedía más libertad que mi madre, y por otra era alguien sin ideales, a quien solo le había llegado a interesar el dinero desde una solidaridad familiar generosa. Porque no creía en nada, en mi búsqueda de guía me había interesado más en personas como Huxley, o en Tótila, a quien sentí como un padre espiritual y hacia quien mi padre, tal vez por esto mismo, sintió antipatía.

Así como en la infancia odié inconscientemente a mi madre, en la adolescencia conscientemente y hoy la he llegado a amar, también puedo decir que he seguido acercándome a mi padre después de su muerte. Incluso hubo un tiempo, cuando hice la práctica tibetana del fuego interior, en que su imagen se me aparecía junto a la vivencia de lo divino. Fue en esta época que concebí y comencé mi investigación acerca de los efectos de la harmalina en voluntarios chilenos que nada sabían del yagé. Aunque no es la harmalina el alcaloide principal de la preparación de los indígenas latinoamericanos, deduje de ciertas informaciones farmacológicas que la harmalina sería más potente y me propuse comparar sus efectos con aquellos ya bien conocidos de la mezcalina. Aunque gran parte de mi investigación sobre el yagé se habría llevado a cabo sin atravesar por más formación que una única experiencia psicodélica (aunque se ampliaría mi aprendizaje durante mis siguientes temporadas en Berkeley), me parece haber estado en notable sintonía con el mundo de la harmalina. Seguramente contribuyó a esto una notable experiencia de Marta Gazzari, mi primera paciente en terapia analítica, que vino a iluminar las experiencias de otros voluntarios. Cuando tuve la oportunidad de regresar a Berkeley, gracias a una nueva beca, tenía mucho que decir acerca de mi estudio comparativo de la harmalina y la mezcalina, que le describí a Michael Harner, y una verdadera urgencia de reencontrarme con Leo Zeff, pues nada necesitaba tanto como recuperarme del sufrimiento en el que había entrado tras mi breve temporada en el cielo.

Necesitaba una salida y, comprendiendo que había perdido un nivel de salud mental que había vislumbrado pero no había llegado a consolidar, albergaba naturalmente la esperanza de que Leo pudiera volver a ayudarme. Este fue mi mayor incentivo para volver a Berkeley, aunque no el único, ya que incluso antes de regresar a Chile había deseado permanecer durante más tiempo en ese hermoso oasis que se estaba convirtiendo en el epicentro de la Nueva Era. Me había enamorado de Berkeley, de su gente y su espíritu, y quería volver a este maravilloso lugar de buscadores, donde se percibía cierto olor zen, y la nueva generación de cabellos largos y en sandalias parecía haberse atrevido a liberarse de los dictados de la sociedad convencional. Me había encontrado entre espíritus afines que se interesaban sobre todo en una búsqueda que apuntaba hacia lo desconocido.

En el Tarot hay una carta sin número llamada El Loco, en la que se ve a alguien que camina hacia un acantilado con gracioso abandono. Para mí California en los años

sesenta fue el lugar y el tiempo de El Loco. Un tiempo de audaces saltos cuánticos de la mente y la cultura.

En algún momento el doctor Joaquín Luco, que representaba a la Fundación Guggenheim en Santiago, tomó conciencia de mis intereses de investigación y de mi deseo de regresar a Berkeley, de modo que me ofreció su apoyo. Y cuando llegó el momento de presentar recomendaciones académicas, tuve las de Hadley Cantril, Raymond Cattell, Frank Barron, Gordon Allport y David McClelland, a quienes ya conocía y que me tenían en alta estima.

Por supuesto, contaba también con el apoyo de Franz Hoffmann, de cuyo permiso para ausentarme del país dependía, y ante la necesidad de una carta más de recomendación visité a Bogumil Jasinowski, a quien no había visto desde hacía tiempo. Estaba enseñando filosofía medieval, y fue la primera vez que lo visité en su oficina en el campus del Instituto Pedagógico en avenida Macul. Debía tener unos setenta años, y había regresado recientemente de San Salvador, donde había sufrido una excitación sexual crónica, que atribuía a los efectos del calor y la belleza tropical de las mujeres en sus clases. Le escribió a la Fundación Guggenheim para recomendar mi nombre.

Aunque el propósito oficial y declarado de mi viaje a Estados Unidos esta tercera vez fue nuevamente una investigación sobre los valores, mi estancia se convirtió en mucho más que eso y en retrospectiva lo que se destaca fue la continuación de una peregrinación interior.

Cuando volví a IPAR, se me esperaba como investigador asociado y se me ofreció el uso de mi antigua oficina, así como la asistencia de secretaría y ciertos privilegios de computación. Esta vez, colgado delante de mi escritorio, había un Tanghka con un Buda azul. Se me explicó que durante mi ausencia la oficina había sido utilizada por otro investigador asociado que había realizado investigaciones sobre los aspectos psicológicos del alpinismo y que, siendo él mismo un alpinista, había traído esta pintura tibetana de su reciente expedición al Everest. Imaginé que lo había dejado generosamente atrás, y no puedo dejar de apreciarlo como un presagio de mi contacto con la tradición tibetana, cuando un alto representante se vino a instalar a pocas manzanas de distancia.

Frank Barron seguía trabajando en la oficina vecina, y a poca distancia se encontraba Ravena Helson, quien más tarde me estimularía a escribir el libro *El niño divino y el héroe*. Seguía en libertad de llevar a cabo mis propias investigaciones y, ya que en Chile

no había tenido acceso a un ordenador (y había realizado heroicamente los cálculos de un análisis factorial a mano), una vez más habría de pasar gran parte de mi tiempo en Campbell Hall, en el sótano del edificio dedicado al Departamento de Matemáticas. Era la época de las computadoras de gran tamaño, mucho más lentas que las actuales, de modo que algunas noches esperaba horas los resultados que necesitaba para pasar a la siguiente etapa de esta o aquella investigación.

Durante mi primera estadía en Berkeley había alojado varios días en la Casa Internacional, pero, después de ver los anuncios en un tablero cerca de la entrada posterior del edificio, alquilé una habitación cercana, en la hermosa y verde ladera del cerro más próximo al campus. En esta ocasión volví a alojar en la Casa Internacional, pero tardé solo uno o dos días en consultar ese mismo tablero de anuncios, y opté por pasar los siguientes seis meses en una habitación a poca distancia del campus, en la esquina de Oxford y Vine. Llamé a Goodwin Sammel para que me llevara allí con un colchón recién comprado, que pusimos en el techo de su coche. Fue un buen reencuentro. Goodwin se había convertido en un entusiasta discípulo de Charlotte Selver, y través de él esta nueva influencia entraría también en mi vida. Aunque Goodwin seguía ganándose la vida como programador free-lance informático, ahora disfrutaba tanto de estar en su cuerpo que se preguntaba si no sería mejor trabajar como cartero, porque implicaba caminar y le gustaba más que el ejercicio intelectual de escritorio. Citando a Charlotte, me explicó las cuatro dignidades del hombre: caminar, estar de pie, sentado y acostado, y observó que, como siempre, hacía una de estas cosas y disfrutaba de todas ellas. Se sentía plenamente satisfecho.

Por supuesto, me interesé en aprender esa maravillosa satisfacción de estar sentado o de pie, acostado o caminando, y Goodwin me dejó con un volante que todavía recuerdo como el único objeto aparte de mi maleta sobre la mesa de mi nueva habitación. Me impresionó el apoyo que tanto Erich Fromm como Suzuki Roshi le brindaban a esta mujer venida de Alemania con cuyo trabajo Goodwin estaba tan entusiasmado, ya que estaban entre las personas que yo mismo más respetaba y había incluso considerado seguir, a pesar de no haber llegado a conocer a ninguno de los dos personalmente.

Poco después se anunció que Charlotte pasaría por Berkeley y que celebraría una serie de reuniones en la Iglesia de los Amigos en Sacramento Street, y por cierto asistí. Me impresionó la informalidad y la sencillez de nuestra clase, que parecía congruente tanto con el lugar como con Charlotte, quien ya estaba bastante sorda. Su discípulo Charles

Brook, quien más tarde se convirtió en un maestro por derecho propio, estaba a su lado y la ayudaba a entender lo que la gente le decía.

Parte de nuestra primera reunión fue dedicada a prestar atención a nuestra forma de estar, y nos dirigió a notar las actitudes automáticas y disfuncionales, como el bloqueo de las rodillas o la postura de sacar pecho que se enseña en las escuelas inglesas o entre los militares. Poco a poco, nos fue guiando a una forma más natural o espontánea de estar de pie y, aunque la diferencia no era dramática, me encantó el proceso de buscar una salud más concreta que la del mundo interior. Charlotte y Charles distribuyeron pelotas de tenis y caminando en un círculo las arrojábamos al aire y volvíamos a cogerlas, mientras seguíamos las indicaciones de Charlotte respecto de la toma de conciencia de esto o de aquella en nuestra forma de hacerlo, invitándonos también a disfrutar de la sencillez y naturalidad de todo ello.

Asistir a este taller era una educación para estar en el ahora y una ocasión para cambiar de la perspectiva habitual de ser alguien que vive en un cuerpo a una perspectiva alternativa de *ser* el propio cuerpo. En contraste con enseñanzas espirituales que validan la idea de una mente separada del cuerpo, nos enseñaba a no identificarnos con nuestro intelecto, sino con nuestras percepciones sensoriales. A lo largo de la década de los sesenta volvería a ver a Charlotte, cuando nos hicimos buenos amigos.

En cuanto a Leo, me recibió calurosamente en su oficina de Telegraph Avenue, y después de haberle hablado de mi caída recordamos la sesión de LSD del año anterior. Le había tocado mi monólogo largo hacia el fin de la sesión mientras me miraba las manos y había dicho que estaba seguro de que llegaría a ser alguien en el mundo. Me parece que fue la primera persona que me lo dijo y me había parecido muy alentador.

En cuanto a mi petición de una segunda sesión de LSD ahora que estaba de regreso en la ciudad, lo concedió, pero también me ofreció algo nuevo: había reunido un grupo con algunos que habían recibido una sesión individual como yo, y estaba explorando con ellos la terapia grupal asistida por el LSD. Los resultados, me explicó Leo, iban más allá de todo lo que había conocido hasta ahora.

A medida que reescribo este capítulo perdido de mi libro, poco puedo decir de esta segunda sesión de LSD con Leo, aparte de su corazón o momento supremo y algo más que me pareció un detalle algo trivial. La experiencia máxima fue de felicidad, parecía constituir el resultado natural de la maravilla del ser, posible por una mayor conciencia que me permitía percibir una realidad omnipresente pero olvidada. Reconocí en esta

felicidad de la conciencia del ser la experiencia descrita como Sat-Chit-Ananda en la espiritualidad de la India, y comprendí que ser, conciencia y bienaventuranza eran tres aspectos de una sola realidad.

Mi otro recuerdo de aquel día es que cada vez que iba al baño y veía junto a la puerta mis zapatos, que me había quitado antes de la sesión, me resultaban muy bellos en su transformación, pues las arrugas que yo había visto hasta entonces como meros defectos que arruinaban su original diseño perfecto, ahora parecían formar parte de una hermosa obra de arte. Era como si mis zapatos se hubieran convertido en los que se ve en las ilustraciones de *Las mil y una noches*, con las puntas ligeramente curvadas hacia arriba y de proporciones más armoniosas. Esta imagen de zapatos que parecía haber salido de mi mundo ordinario para entrar en un mundo de magia me presentaba un reflejo de mi cambio de conciencia, que había pasado de un estado de insatisfacción y desarmonía a uno de plenitud y satisfacción. Los días siguientes mis zapatos seguían siendo más hermosos, y sentía que en la experiencia de esas horas Leo me había acercado un poco más a la cordura, aunque todavía sentía que tenía mucho camino que recorrer. Estaba muy feliz por la oportunidad de formar parte de ese grupo terapéutico.

Muy pronto Leo me llevó en su pequeño Volkswagen a una casa junto a una playa donde tendría lugar la reunión. Llevaba consigo muchas velas y flores —ingredientes ceremoniales del escenario de sus sesiones, como ya había apreciado durante mi sesión individual—, y después de que llegamos fueron llegando otros, algunos de ellos con alimentos para el fin de semana. Nos presentamos y pronto nos acostamos en los sacos de dormir que se nos había pedido que trajésemos, llenando el espacio de la casa. A la mañana siguiente, después de que Leo hubo decorado el lugar, nos sentamos en un círculo en la sala de estar. Cada uno dijo algo sobre su momento y expectativas, Leo leyó algunos fragmentos de Gibrán y por último nos preparó para lo desconocido con palabras de Fenelon (François de Salignac de la Mothe-Fenelon, Arzobispo de Combray 1651-1715):

Señor, no sé qué pedirte

Tú solo sabes lo que necesito

Tú me amas mejor que yo mismo

Oh Padre, da a tu hijo lo que él mismo no sabe pedir

No me atrevo a pedir ni cruces ni consolaciones

*Simplemente me presento ante ti
Abro mi corazón a ti
He aquí mis necesidades que yo mismo no conozco
Ve y haz conforme a tu misericordia.
Golpéame o consuélame*

*Deprimeme o levántame
Adoro todos tus propósitos sin conocerlos
Estoy callado
Me ofrezco en sacrificio
Me entrego a ti
No tendría otro deseo que cumplir tu voluntad
Enséñame a orar
Ora en mí*

Amén

Estuve horas junto a Gloria, a quien nunca había visto antes, y me pareció entonces tan escandinava como su apellido. La amé extáticamente, sin necesitar de palabras, sintiendo que tocarla era innecesario, pues sabía que ella recibía mi amor y preferí abstenerme de entrometerme en su espacio. Después de una hora o más, ya no tuve el placer de estar a solas con ella, porque otro miembro del grupo, rechazado recientemente por su esposa, avanzó reptando con movimientos que me parecieron los de un parásito sediento de amor hasta tumbarse sobre ella. Me pareció una encarnación monstruosa de una libido frustrada, intensificada por su propia degradación, pero decidí no interferir porque a Gloria aparentemente no le importaba que él estuviera allí mientras disfrutaba de un éxtasis imperturbable, muy consciente de él y en un estado interior que parecía abrazarlo todo sin ser alterado por nada, como el mío. Y recibíamos, además, un gran amor el uno del otro que podíamos percibir sin necesidad de palabras.

Sin embargo, cuando al día siguiente escribí acerca de la experiencia, me pareció que en algún momento había perdido la conexión con mi centro, y entendí que esto había sido la consecuencia de una pasividad excesiva. Había sido demasiado paciente, concluí, y me había inhibido demasiado, porque, por más que pudiera permitirme el abandono de

la necesidad de ser amado, también era cierto que, quizás por timidez, al permanecer demasiado quieto y callado me había traicionado. Cuando todos nos reunimos para compartir nuestros informes escritos, una semana más tarde, concluí que no había sido capaz de mantener el nivel de conciencia que había alcanzado, al no ser fiel a mi libertad.

La otra escena que ha persistido en mi memoria de ese día era una en la que Gloria y yo estábamos sentados en el suelo junto a su reciente pareja, Roy, pianista que solía acompañar a Menuhin y a quien había conocido como esposo de Marilyn. Creo que por ser músico y por su cultura judía sentí afinidad con él y, mientras estábamos los tres sentados en silencio, me pareció como si fuéramos dos monjes que compartían no solo el amor por la misma mujer sino un momento de santidad, o por lo menos una comunión en lo sagrado, que se traducía alucinatoriamente en vestidos con hábitos de monjes. Pero lo esencial de la escena era el hecho de que no había celos o posesividad en nosotros, ni la necesidad de ocultar la verdad de nuestra experiencia común de amar a Gloria, o siquiera de hablar de ella. Esa escena ha permanecido en mí como una intuición vívida de la posibilidad de un amor no posesivo, así como de un ideal implícito que me ha acompañado durante gran parte de mi vida.

Ahora que regresaba a Berkeley después de un año o más en Santiago, donde había realizado mis primeras investigaciones sobre la harmalina, tenía mucho que contarle a Michael Harner y por ello no pasó mucho tiempo hasta que lo visitara de nuevo. Después de algunos preliminares (que incluyeron, para mi sorpresa, la incorporación de mi regalo personal de cerámicas populares de Pomaire a la colección del museo), nos sentamos en una mesa cercana a su oficina y, así como había compartido el año anterior conmigo su experiencia con la ayahuasca, escuchó con entusiasmo la descripción de los resultados de la investigación que había realizado en Santiago, de regreso de mi expedición al Putumayo. Ambos nos maravillamos de la coherencia entre lo que yo había observado y lo que él había recogido a través de su inmersión en la cultura de los indígenas shipibo-conibo, y propuso que presentásemos documentos conjuntos en la próxima reunión de la Kroeber Anthropological Association, que tendría lugar en un par de meses. Así lo hicimos, en presencia de un público muy estimulante y numeroso, y esto me dio cierta notoriedad, pues la sesión fue reportada por la radio del campus.

Volveré un poco en el tiempo para decir que, durante uno de mis primeros días de regreso en Berkeley, fui a buscar a los parientes de Loreley, que habían sido tan

hospitalarios y serviciales conmigo durante mi anterior temporada en la ciudad. Ya no recuerdo cómo había obtenido su nueva dirección, y felizmente me preparaba para reencontrarlos, mientras esperaba frente a una casa después de tocar el timbre, pero nadie parecía estar en casa. Para mi sorpresa, cuando volví a tocar, se abrió una ventana superior de la casa vecina y vi que alguien me saludaba, invitándome a subir: era Gordon Beam, a quien deseaba ver de nuevo sin esperar encontrarlo, ya que no tenía ni idea dónde buscarlo. En compañía de un amigo suyo que yo no conocía, Gordon estaba horneando un tipo de cerámica japonesa llamada raku, un arte zen caracterizado por el cultivo de una irregularidad armoniosa e irrepetible. Trabajaban en arcilla alrededor de un horno en el que iban colocando las piezas. Muy pronto sacaron una taza acabada y me explicaron algo de su arte. No era la cerámica raku lo único nuevo en la vida de Gordon. Había conocido también la marihuana, y descubierto que bajo la influencia del *Tao Te Ching*, podía acceder a un tesoro de sabiduría. Por supuesto, también me interesó probar la marihuana, y debo haberlo dicho, porque en una ocasión posterior me invitó a hacerlo y así comenzó otro hilo de mi peregrinaje en California.

Nuestra próxima reunión tuvo lugar en el departamento donde alojaba en aquellos días, en una de las colinas de Berkeley con vista a la bahía. Estábamos sentados en el suelo con las piernas cruzadas mientras nos turnábamos en inhalar un canuto que acababa de liar. Recuerdo que olvidaba lo que pensaba tan pronto como intentaba ponerlo en palabras. Era lo que me había sucedido durante mi primera experiencia con el LSD en la Clínica Universitaria de Santiago, y me sorprende que nunca me sucediera de nuevo. Debido a la perturbación de mi memoria, no lograba expresar. Era algo que seguía redescubriendo y luego olvidando, y creo que consistía fundamentalmente en una manera de verlo todo desde una perspectiva diferente a la habitual. Una y otra vez volvía a descubrir lo que había estado tratando de decir y lo olvidaba antes de poder traducirlo en palabras, como si fuera una comprensión no accesible al tipo de mente que se asocia al lenguaje, y me parecía tan gracioso que me hacía reír. Y aunque nunca lograra explicar mi hilaridad, sentí que tanto Gordon como yo éramos cometas viajando en enormes órbitas procedentes de regiones muy remotas del universo, de modo que nuestro encuentro en el momento presente y en el lugar actual me parecía sumamente improbable. Había una conjunción milagrosa justamente por tal improbabilidad, y muy cómica por su maravilla.

Solo en esta ocasión reaccioné a la marihuana con esta combinación de amnesia e

hilaridad. En la segunda ocasión, cuando la fumé con Gloria mientras escuchaba una grabación de música religiosa que Leo usaba en sus sesiones grupales y que le había pedido prestada, la esencia de la experiencia fue un redescubrimiento de lo que ya había entendido el año anterior, la noche siguiente de mi primera sesión de LSD con Leo, cuando me pareció que mi sed espiritual ya sabía lo que es el agua que tanto buscaba. Mientras escuchábamos la música religiosa que transmitía un anhelo de lo divino, me pareció como si su carácter cambiase al escucharla con mayor atención. Ya no me parecía la expresión de una privación espiritual, sino de un amor a lo divino, que era también un don divino, y hasta una expresión de lo divino. Esta nueva percepción no implicaba un verdadero cambio de percepción, sino algo mejor descrito como un cambio del punto de vista en la escucha (¿o perspectiva acústica?), de modo que el dolor inicial de la privación se convertía ahora en el éxtasis de la abundancia y el doloroso anhelo de la santidad se convertía en la santidad de ese mismo anhelo, ahora entendido como actividad divina y como gracia.

Pero esta experiencia en casa de Gloria, a quien visitaba por primera vez, no fue sino el episodio intermedio de un tríptico vivo, pues nuestra velada había comenzado con una visita a Alan Watts en el transbordador en el que vivía entonces en Sausalito, y habría de terminar en una noche de éxtasis incomparable, carnal y espiritual. Supongo que había sido invitado al *ferry-boat* de Alan Watts a través de Charlotte, ya que dedicó la reunión a una presentación de Charlotte y de su trabajo. Pero, conociendo ya a Charlotte y a su compañero Charles, lo más emocionante del evento fue conocer a Alan Watts, cuyo pensamiento y talento había apreciado con deleite a través de sus libros sobre el Tao, el budismo zen y, más recientemente, *The Joyous Cosmology*. Mi timidez me impidió entablar una conversación con él, de modo que lo que más recuerdo es su sala de estar. Esta fue la primera casa que visité donde la gente se quitaba los zapatos antes de entrar (lo que me dio mucho placer) y, en el entorno visual de su interior, me llamaron la atención ciertos objetos cuyas formas —como las líneas de las ágatas, matemáticamente complejas y al mismo tiempo muy naturales— parecían aludir simbólicamente a la esencia de la naturalidad y de la vida. Posteriormente encontré en uno de sus libros un nombre para esta característica estética que me pareció tan fascinante: Li. «Debido a que Tao es el flujo, también podemos llamar Li al curso de agua, y los patrones de Li son también los patrones del agua que fluye. Vemos esos patrones de flujo memorializados, por decirlo así, como escultura en el grano de la madera, que es el flujo de la savia, en el

mármol, en los huesos, en los músculos. Todas estas cosas están modeladas de acuerdo con los principios básicos del flujo. En los patrones del agua que fluye encontrarás todo tipo de motivos del arte chino, inmediatamente reconocibles, incluyendo la curva S en el círculo de yang-yin. Así que Li significa el orden del flujo, el patrón de la danza maravillosa de lo líquido, porque Lao-Tsu compara el Tao con el agua: el gran Tao fluye por todas partes, a la izquierda y a la derecha. Ama y nutre todas las cosas, pero no las domina».

Me parece que cuando Gloria y yo fumábamos marihuana en su sala de estar ya sabíamos que aquello nos llevaría a la cama. Era el mismo tipo de experiencia que había conocido cuando tenía veinte años con Eva María. No fue una ocasión aislada, ya no sé si fueron dos o tres veces que pasamos una noche juntos, siempre gozando intensamente. Un día Gloria comentó que, mientras por la noche sentía que estábamos en gran intimidad, durante el día sentía que no me conocía, o algo así. Ya no recuerdo sus palabras exactas, pero su comentario implicaba una pregunta acerca de lo que ella y yo estábamos haciendo juntos. No fue una declaración dramática, pero lo entendí como una manera de transmitir una decisión implícita de regresar con Roy, de quien yo la había distraído durante unos días. Y, respetando su sentimiento, no insistí ni me entristecí.

Un día, cuando estaba en mi oficina de IPAR, recibí la visita de una mujer que había conocido durante el experimento de Joel Forte sobre los efectos comparativos de los psicodélicos, cuando a ambos nos habían dado diferentes sustancias mezcladas con miel. En el ínterin ella se había convertido en una devota de Meher Baba, un maestro espiritual que vivía en Poona y que muchos miles de personas consideraban un avatar para nuestra época. Me buscaba para compartir lo que había encontrado a lo largo de su camino, me contó que antes nunca había oído hablar de Meher Baba, quien había estado guardando silencio durante cuarenta años, comunicándose a través de gestos o mediante un tablero del alfabeto. Había visitado Estados Unidos hacía algunos años, y me mostró libros y fotografías de este santo que se había dedicado al cuidado y a la guía de buscadores avanzados que parecían alejados del mundo y de sí mismos, *masts* o santos locos. Me explicó que tenía algunas películas que quería dar a conocer, y para eso me pedía ayuda. Entonces me moví lo necesario para que se hiciese una presentación en la Casa Internacional, haciéndome cargo yo mismo de una introducción del evento. Me impresionó mucho lo que escuché, leí y me tocó profundamente la imagen filmada de Meher Baba.

No puedo describir lo que vi en esas películas, excepto que me parecía que transmitían una intuición del estado interior de Baba, algo así como una conciencia simultánea de todo y de todos, y una sensación de que todo estaba envuelto en un océano de amor. Al ver las películas, sentí que Meher Baba, a quien nunca había conocido, me afectó profundamente. Diría que la intuición de Meher Baba como encarnación humana de una conciencia cósmica, infinitamente amorosa y al mismo tiempo desapegada y abarcadora, entró en mi mundo interior como una bendición. Y aunque no me pude formar una opinión respecto del estatus de Meher Baba como encarnación divina, percibí su condición de avatar en un nivel intuitivo, independiente de mis dudas intelectuales y a pesar de mi negativa a comprometerme en nada.

Cuando llegó el día de la próxima sesión del grupo psicodélico con Leo, Gloria me llevó al lugar de la sesión, y mientras la esperaba en su sala de estar antes de que estuviese lista para salir, encontré en una repisa de libros una antología de poesía del Medio Oriente que abrí, y leí algunas páginas introductorias a Hafiz, a quien solo había conocido porque Meher Baba le citaba a menudo. Lo que más me llamó la atención fue la afirmación de que este gran poeta persa había estado dispuesto a renunciar a todo por el lunar en la mejilla de su amada. Esto se convertiría en el *leitmotiv* de la fase extática de mi próxima experiencia con el LSD, o ese segundo éxtasis, que durante muchas sesiones experimenté regularmente después de esa primera etapa de felicidad indiferenciada profunda, sin más contenido que una disolución en las ondas de un océano cósmico.

Los sonidos que provenían de uno de los discos de Ravi Shankar que Leo nos estaba haciendo oír se convirtieron en la oración de un mendigo en la escalinata de un templo o en la canción que un mendigo tocaba en su flauta mientras se dirigía al amado divino. Pero el mendigo y su oración no eran algo diferente de mí mismo y mi oración, y eso fue todo lo que fui, durante muchas horas, ese día: una devoción concentrada que se expresaba a través de los patrones de una caligrafía acústica en estilo árabe, que sin duda celebraba muchos nombres de Dios.

La voluntad de Hafiz de renunciar a todo por un lunar en la mejilla de su amada se había hecho mía también y, mientras cantaba con devoción concentrada a través de los arabescos musicales de Ravi Shankar, mi emoción no era otra que la de verter todo mi ser sobre un solo punto, en una actitud de darle valor infinito a lo infinitesimal. Más tarde experimenté otro estado mental que no había conocido y que también reconocí

como una forma del amor. Sucedió mientras miraba un espejo. Sonreía, y mis cejas se arqueaban, con una emoción que era mitad bienaventuranza y mitad dolor, y me sentía un ser muy viejo y sabio que miraba desde lejos a través de mis ojos. Percibir la emoción en mi rostro reflejado me estimulaba a sentirlo aún más intensamente, de modo que me sentí pegado al espejo en mi absorción espontánea de una forma de ser que parecía desconocida y a la vez profundamente familiar.

Más tarde fijé los ojos en Gloria, que no lo soportó sino brevemente. Sin embargo con Marilyn, de quien sabía que Roy había estado alejándose, fue diferente, y esta conexión sin palabras en el intercambio de una experiencia para la que no tenía un nombre, y que solo hoy retrospectivamente llamaría compasión universal, se convirtió en el punto de partida implícito para la relación que se iría a desarrollar entre nosotros más adelante. Pero nuestro contacto fue más arquetípico que personal. En varias ocasiones nos sentamos cara a cara y su presencia parecía inspirar en mí ese estado de gran satisfacción que se reflejaba en la expresión peculiar de mi rostro con la que me había familiarizado ante el espejo, y que parecía una forma peculiar de felicidad que no era de este mundo y ni siquiera un sentimiento personal. Solo en retrospectiva llegué a entenderlo como compasión y pensar la felicidad como su superficie. Lejos de ser el caso de que sintiera compasión por Marilyn, el dolor que hacía que mis cejas se contrajesen parecía impregnar al mundo entero, y lo que yo sentía era una forma de amor sin objeto, solo que la presencia de Marilyn me permitía estar como estaba. También sucedía algo como una conexión con un espíritu judío muy antiguo, tal como después de mi primera sesión individual con Leo. Recuerdo que este sentimiento de infinita compasión que entonces no identificaba como tal ni asociaba a una palabra precisa parecía asociarse a un ser arquetípico que me parecía un destilado de lo judío. Sentí que este estado era lo mejor que había conocido hasta entonces, por lo que me parece muy natural que quisiera pasar el resto de la sesión manteniéndolo y nutriéndolo en mi contacto con otras personas, especialmente con Gloria. Pero para Gloria era demasiado y le cansaba sostener mi mirada.

Un día recibí una llamada telefónica de Michael en mi oficina de IPAR. Me sugirió que me dirigiese a su oficina en el Departamento de Antropología. Minutos después lo encontré en compañía de alguien a quien, me explicó, quería presentarme: otro aprendiz de brujo que se llamaba Carlos Castaneda. No había oído antes de él, ya que Carlos era en aquel tiempo tan desconocido como yo, y aún no había escrito su primer libro. Se

preparaban para ofrecer un taller de chamanismo en «un lugar muy interesante, unas cuatro horas hacia el sur», que había abierto sus puertas hacía poco, y esperaban que me interesara unirme a ellos en el proyecto. Al comienzo reaccioné con cierta oposición, pero acepté la invitación y estaré siempre muy contento de haberlo hecho, pues ello me traería muchas bendiciones.

Puesto que no tenía coche, Carlos me ofreció llevarme a Esalen en el suyo, y la intensa conversación que sostuvimos durante unas cuatro o cinco horas fue suficiente para trabar una amistad íntima. El lugar al que nos dirigíamos, ese «pequeño e interesante lugar sobre la Carretera Uno», el incipiente Instituto Esalen, se convertiría en un Alma Mater para mí: un lugar más auténticamente nutritivo o educativo que mi propia universidad, y un apoyo incondicional a mi trabajo original con grupos. Mi participación en este evento chamánico me puso ante la mirada del público como un aprendiz en el camino del chamán. Habría de ser en esta misma ocasión que conocí a Fritz Perls, que influiría poderosamente en mi desarrollo personal y luego en mi vida profesional.

Un guardia nos dirigió a la Casa Grande, donde ya se estaba celebrando una reunión. No necesitamos anunciarnos con los golpes acostumbrados, pues en el mismo momento en que llegamos al umbral la puerta se abrió y salió un viejo de cabello blanco que se presentó ante nosotros como Fritz Perls. Yo había estado deseando conocerlo, pues alguien del grupo de Leo (que lo consideraba un genio) había mencionado que ahora estaba en California, aunque no esperaba encontrarme con él en Esalen. La sincronía quiso que fuese él la primera persona con quien me encontré y hablé. En mi libro acerca de la terapia Gestalt me parece haber descrito nuestra breve pero significativa reunión, así como lo diferente que encontré al viejo lobo marino que veía ante mí del talentoso intelectual que había imaginado al leer el recién aparecido y ahora famoso libro sobre terapia Gestalt a finales de los años cincuenta, cuando el tío Ben me lo envió junto con otras novedades publicadas por Arthur Ceppos de la Julian Press.

El libro había influido en mi pensamiento y lo había citado a menudo, pero más tarde comprendí que la imagen que yo me había formado de un talentoso intelectual joven correspondía a Goodman o a Hefferline, y no a Fritz, que a primera vista me pareció mucho más que eso.

Por supuesto, quise aprovechar la oportunidad de hacer algún contacto con el autor que había llegado a admirar, pero no pude encontrar nada más interesante que

preguntarle después de haber mencionado que había leído su libro: «¿Has escrito algo desde entonces?». No creo que haya pronunciado la palabra «no», sino que dijo que sentía una compasión limitada por la humanidad. Lo recibí al mismo tiempo como una lección de autenticidad y como indicación de que solo la benevolencia era una motivación apropiada para escribir.

La contribución de Carlos Castaneda al taller fue un relato que ya había escrito sobre su encuentro y sus primeras experiencias con Don Juan, cuya esencia ya había recogido de su conversación y que aparecería impreso uno o dos años más tarde en su primer libro *Las enseñanzas de Don Juan*.

Más sorprendente fue la presencia de Elsie Parish, que habló de un sueño en el que tenía que elegir entre agarrar una u otra de las dos manos idénticas que se le ofrecían: un sueño donde su vocación había sido decidida. Había una serpiente en este sueño, y Fritz la interrogó acerca del significado de la serpiente y parecía decepcionado de que en su respuesta no hubiera sido explícita sobre su asociación con la curación. No menos importante que el taller fue el encuentro de otras personas, como el fundador del Instituto de Psicósíntesis de Los Ángeles, un francés llamado Gerard, cuyo grupo tuve ocasión de visitar más tarde, y Jim Vargiu, un discípulo del fundador de la psicósíntesis (Roberto Assagioli) con quien trabaría una estrecha amistad. Estuvieron presentes en una conversación post-taller que Fritz, Castaneda, Harner y yo tuvimos con Michael Murphy y Dick Farson ante una cámara para una estación de televisión (KRON).

Esalen fue y sigue siendo un lugar de gran belleza, con su exuberante césped y arroyo boscoso con vistas al Océano Pacífico, y una gran belleza natural es de ayuda para alguien que necesita curación. Pero había más de su magia. Atrajo a una población de buscadores gitanos que encontraron empleo en sus instalaciones, lo que contribuyó a una sensación de libertad, y además atrajo a una población de buscadores más cultivados y extraordinarios, que asistieron a sus talleres y conferencias nuevas y convirtieron el lugar en un punto nodal de lo que Maslow llamaría «la red eupsiquiana». No pasó mucho tiempo antes de que Esalen invitara a Charlotte Selver a conducir uno de sus talleres, en vista de su proximidad durante su estancia en *the bay area*. Puesto que nuevamente asistía al pequeño grupo que enseñaba en Berkeley, estaba naturalmente interesado en unirme a ella y, dado que yo solo tenía mi estipendio de Guggenheim de 300 dólares por mes para vivir, se había sugerido que ahora (y también en el futuro) podría ir a visitarla con un saco de dormir.

Ningún otro ambiente podría haber sido más adecuado para el trabajo de Charlotte sobre la naturalidad y el disfrute del momento presente, pero lo que más destaca en el recuerdo de esta segunda visita fue la oportunidad de conocer el trabajo terapéutico de Fritz.

Fritz se había establecido en Esalen después de algún tiempo en Los Ángeles. Había encontrado Big Sur más agradable que cualquier otro sitio después de su regreso de Kyoto y de la pequeña ciudad israelí donde se quedó tras dejar a Laura y a sus asociados en la Costa Este. No creo que él hubiera dirigido un taller allí todavía. La ocasión surgió cuando se dio cuenta de que una tarde tendríamos algún tiempo no programado. Me había preguntado sobre mi trabajo con los sueños, y cuando comencé a explicarle mi manera de llegar al significado de un sueño a través de la libre asociación, sugirió que reuniéramos a algunas personas para explicar nuestros respectivos enfoques. Como cualquiera que lo conociera podía haberlo esperado, resultó ser sobre todo su propio espectáculo, y con razón, porque tenía algo muy notable que transmitir. Me invitó a comenzar y expliqué brevemente mi procedimiento habitual de determinar primero las asociaciones con cada persona, el objeto o la característica ambiental del sueño, y luego proceder sobre la base de ellas a la comprensión del todo.

Entonces fue el turno de Fritz, y me sugirió que le contara un sueño, para que pudiera demostrar su acercamiento. Le conté uno que había tenido la noche anterior, en el cual me vi caminando en la selva colombiana a lo largo de lo que parecía un sendero dorado, y esto era un claro eco de mi caminata durante mi reciente búsqueda de yagé en el Putumayo. Fritz comentó que mi sueño continuaba característicamente, tal como lo había hecho durante nuestra discusión filmada sobre el chamanismo en el curso de nuestro encuentro anterior. Me pareció que no le gustaba lo que yo había dicho, y en retrospectiva creo que compitió conmigo por el espacio. Aunque más tarde en la vida podría haber percibido esto como parte de su intimidación intelectual y su bien conocida personalidad de «prima donna ish», entonces me sentí intimidado y acepté implícitamente que había algo mal con mi sueño, que era demasiado largo.

En otra ocasión Fritz me pidió que reprodujera el diálogo que estaba teniendo con un colega en un sueño, y sentí que al seguir su instrucción aprendía algo que parecía ir más profundo que los comentarios o interpretaciones. Había entrado en el sueño, penetrando en una mayor densidad de experiencia de lo que normalmente estaba disponible al hablar del contenido del sueño. El único comentario que Fritz dirigió a la audiencia fue: «Allí

ves la situación habitual del perro superior, debajo del perro». Estaba intrigado, y aparentemente él recién había introducido esta terminología refrescante para la división interna en el núcleo de la neurosis de todos.

Después de guiarme a través de la amplificación y la dramatización de ciertos aspectos de mi sueño, Fritz invitó a otros a presentar sus sueños. La primera fue de una mujer llamada Lilly, de Los Ángeles, quien contó un sueño con muchas personas y casas para comentar el contraste entre la calidad universal de mi sueño y el mundo muy concreto y más estrecho del suyo. Después vi a Fritz trabajar con un hombre, cuya sesión yo describiría en mi primera obra escrita sobre Gestalt, producida en respuesta a los meses de insistencia de Fritz: «Yo y tú, aquí y ahora». Sin embargo, mi contacto con Fritz se extendió más allá de este breve taller sobre los sueños, pues formaba parte de un pequeño grupo de participantes del taller con el que se sentaba en el restaurante Lodge, y pude ver que, en lugar de desempeñar diferentes papeles como profesional y en la vida ordinaria, como es la regla, parecía no ser ni una persona ni un profesional ordinario. Siempre era el mismo, independiente del contexto: era tan desafiante en el comedor como en la sala de reuniones. Mucho del diálogo en la mesa fue con una mujer del taller, a quien había amado desde la noche anterior, quien más tarde me dijo que la conversación había sido tan emocionante e íntima como el encuentro sexual. Con el tiempo me pareció que esos encuentros cercanos no eran solo el resultado de la apertura de las personas a las preguntas de Fritz, sino algo que implicaba su propia apertura. Así, cuando en nuestro segundo o tercer día juntos alguien en el grupo le preguntó «¿y cuál es tu juego?», Fritz dio una respuesta interesante (y en retrospectiva, yo diría que verdadera): «¡Puedo ser más Fritz que cualquiera!».

Sasha Shulgin y Tony habían invitado recientemente a Lee Sanella a reunirse con nosotros en torno a la investigación de las fenil-isopropil-aminas, de modo que después de conocernos intercambiamos sesiones. Antes de investigar los efectos de alguno de los productos sintetizados por Sasha, me interesaba conocer los del MDA, que solo habían sido reportados por Gordon Alles tras un famoso experimento en el que había probado la sustancia en sí mismo con la esperanza de que pudiera resultar útil como vasodilatador. Había notado entonces que se había vuelto locuaz y además había visto un anillo de humo en un lugar donde nadie estaba fumando.

Aunque imaginaba que el MDA podía provocar alucinaciones, no sentí el tipo de alteración de conciencia que había conocido bajo el LSD y la psilocibina. Me recosté, Lee

se sentó a mi lado y, mientras esperaba sentir algún efecto de lo ingerido, le comencé a contar mi vida amorosa, y no porque yo hubiera planeado hacerlo sino por parecerme pertinente compartir con él algo de mi historia. Y entonces, a medida que el sutil efecto del MDA empezaba a hacerse sentir, deseé continuar con lo que ya estaba haciendo, solo que con una lucidez que hacía que el relato fuera más gratificante. Imagino que mi relación conflictiva con Loreley estaba en primer plano, como principal asunto inconcluso (como Fritz Perls solía decir), y que esto había sido el estímulo a esta reflexión biográfica. Pero cuando el efecto del MDA comenzó seguí contando la historia de mis relaciones con otras mujeres, sin introducir en ella las distorsiones habituales de la autoacusación o la culpabilidad. Y no era que me viera como irreprochable, sino que mientras procedía en una actitud de confesión una nueva claridad me permitió ver que las cosas habían sucedido de la única manera que podían haber ocurrido, y que yo había hecho todo lo posible dada mi experiencia y circunstancias. Mis sentimientos negativos sobre mí mismo estaban siendo lavados a medida que avanzaba con mi relato, y al final me quedé con algo que iba más allá de una mera aceptación: un *aprecio* por mí mismo que nunca había conocido antes. Me vi implícitamente como un ser humano noble y hermoso: el héroe de mi vida. Esta fue la expresión que usé entonces, aunque ahora estoy demasiado lejos de la experiencia para explicarla bien, estoy seguro de que no había autoidealización en eso de sentirme un héroe, sino la recuperación de una dignidad natural a través de una clara comprensión de la forma en que mi vida me había afectado. Era como si durante toda mi vida hubiera estado encogiéndome y ahora, comprendiendo que podía sentir o actuar de manera diferente, me hubiese erguido y me sintiese limpio. Fue una experiencia considerable de redención, que supongo allanó el camino para relaciones más saludables. Y creo que, al haber permanecido Lee todo el tiempo en silencio, hizo lo mejor que podía haber hecho. Solo lamenté que a ninguno de los dos se nos ocurriera registrar este monólogo de varias horas que cambió mi perspectiva acerca de mí mismo.

También acompañé a Lee durante su primera sesión de MDA, y supongo fue el estímulo para presentarme a Betty Eisner, excolaboradora de Sydney Cohen en Los Ángeles, que había seguido trabajando con LSD en un grupo en el que Lee participaba. Después de darle a Betty una sesión individual de MDA, me invitó a presentarle a su grupo la experiencia de la harmalina, y constituyó una oportunidad para conocer una

comunidad psicodélica muy diferente de la de Leo. En este grupo se incluían la libertad sexual en un contexto de gran honestidad y responsabilidad.

Lee Sanella también me presentó a Robert de Ropp, discípulo de Ouspensky que lideraba un grupo en Santa Rosa. Ya estaba presente en mi mente De Ropp como alguien de especial interés desde mi visita a Turner, pionero en la investigación del yagé, de quien tomé el término onirofrénicos, y justamente al regreso de mi visita a Turner me había encontrado en la estación de autobuses con un interesante libro de De Ropp llamado *Drugs and the Mind*, pero no esperaba encontrar en él un maestro espiritual a la altura de Ouspensky, además de un buen instructor en el método diseñado por Gurdjieff para el desarrollo de la atención a través del movimiento.

Había planeado dividir el tiempo de mi beca Guggenheim en dos períodos de seis meses, para evitar una separación demasiado larga de Matías. Recuerdo haber vivido con una inquietud constante por la separación de Matías que estaba implicando esta temporada de cura y aprendizaje, particularmente en vista de que el efecto de esta ausencia sobre él podría ser complicada por el conflicto con Cecilia desde el momento en que me decidí a solicitar su custodia.

En parte por mi culpa de estar ausente y por haber complicado su vida con un juicio de tuición, y también para no faltar tanto a la universidad, me había propuesto pasar dos o tres meses en Chile entre mis dos temporadas en Berkeley, y ya ni siquiera recuerdo cómo terminó mi primera visita a Berkeley, tal vez porque no la sentí como un fin.

UN INTERMEDIO OCUPADO

No recuerdo cómo fue que Loreley había podido seguir viendo a Matías en mi ausencia, y me alegré mucho por ello, ya que ella me hacía presente ante él. Una foto de Loreley con Matías en un parque de atracciones, tomada recientemente, me rescaldaba el corazón cada vez que la miraba, y contribuyó a que siguiera sintiendo a Loreley como parte de mi familia. Me sorprende no recordar si seguíamos relacionándonos como amantes durante este tiempo, pero imagino que no. Aunque sin duda me fue de gran ayuda en el cuidado de Matías y en todo lo relacionado con el caso de la custodia, que ella me había convencido de solicitar por la vía legal.

Aunque en el transcurso del tiempo llegó a ser tan poco problemático como lo había sido antes de recurrir a la justicia, ahora podía sentir que el espíritu vengativo de Cecilia (o de su tío y abogado) complicaba mis visitas. Un día, mientras esperaba recoger a Matías en la puerta de la casa de la madre de Cecilia (Loreley me esperaba en su automóvil), él me vio desde una ventana del piso superior mientras tocaba el timbre, pero no se me permitió entrar. Fue horrible escuchar su prolongado llanto. Continuar tocando el timbre solo podía agravar la situación, y sentí que no podía hacer nada más que quejarme ante un juez. Opté por irme, para que Matías dejara de esperarme y de sufrir la frustración de su deseo.

Mis visitas a Tótila durante este período coincidieron con un tiempo que siguió a su infarto cardíaco, que interrumpió su trabajo en un concierto de Mozart y que puso término a su Academia Libre, donde había seguido teniendo algunos alumnos y donde había esculpido una serie de bajorrelieves sobre los elementos y la versión tridimensional de la Tierra. Recluido ahora en casa, sufría por no poder reunirse con una

estudiante llamada Graciela, que había tenido un hijo suyo y que luego no había querido seguir siendo su amante.

Yo alojaba en el departamento que mi madre y su nuevo marido Adrián habían alquilado en avenida Santa María, desde donde viajaba en coche todas las mañanas a mi oficina habitual en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Durante esos dos meses en Chile tuve un muy buen recibimiento por parte de Franz Hoffmann, quien se mostró interesado en que pudiera llevar a nuestro pequeño grupo (el CEAM) a una mayor profundidad o altura. Pero no diría que respondí a su expectativa, como él había esperado y merecido, debido al limitado interés de mis compañeros y mi propio tabú frente al liderazgo. Más bien me concentré en los trabajos que ya había comenzado a hacer en el Instituto de Psicología Aplicada de Héctor Fernández, que era para mí un lugar ideal para la exploración de la terapia psicodélica. Y durante aquellos días quise concentrarme sobre el uso de la metilendioxiánfetamina (MDA), cuyos efectos ya había probado en mí mismo y en otras personas en Berkeley, como Marilyn. En los años ochenta un grupo de entusiastas del MDMA que esperaban conseguir su legalización adoptaron la retórica de que se trataba de algo muy diferente del MDA (que por aquel entonces ya había sido prohibido). El MDMA es simplemente una alternativa al MDA, sin el inconveniente de su toxicidad, difícil o imposible de prever. Su efecto usual es el de provocar una mayor conciencia de enfermedad: un deseo de reparación en las relaciones y un proceso de curación que opera a través de una mayor autenticidad y una mejor comunicación. A veces, cuando surge una experiencia cumbre, se caracteriza por un estado amoroso espontáneo y por una serenidad cálida. No habría elegido la palabra éxtasis como apropiada para el MDA o para el MDMA en el mismo sentido que en la experiencia cumbre del LSD: aunque se trate de una experiencia feliz (particularmente en contraste con la atmósfera interna de la neurosis crónica), esta experiencia de dejar que el tiempo fluya con gracia, como uno de mis primeros voluntarios la describió, es simplemente característica de la verdadera salud mental.

Puede decirse que el MDA a veces lleva a la gente al paraíso terrenal y a veces al purgatorio, que considero una buena metáfora para el esfuerzo espontáneo del progreso terapéutico, en el que la mente percibe fácilmente las situaciones incompletas y presta atención a aquello que se necesita reconsiderar o corregir. Por ejemplo, alguien puede sentir que se debe hacer algo respecto de su hija porque no le ha dado la atención que necesitaba. Pero también a veces se hace presente un dolor que puede asociarse a algún

sufrimiento pasado, como en el caso de situaciones traumáticas olvidadas, que ahora se pueden reelaborar y terminar de digerir, tal vez adoptando una nueva actitud. El paraíso terrenal y el purgatorio de los optimizadores afectivos o psicodélicos interpersonales son muy diferentes de los cielos y los infiernos del LSD, que en cierto sentido no son de este mundo, sino que ocurren en un más allá arquetípico.

Hay momentos propiamente visionarios ocasionales bajo efectos de estos psicodélicos interpersonales, como había comprobado durante mi experiencia en la sesión que tuvimos con Marilyn. Es algo excepcional, diferente de mis muchos experimentos psicodélicos, que tuvo lugar después de haberme levantado de la cama donde habíamos estado conversando recostados y me encontré solo. Y entonces pensé en Tótila y un destello de luz azul eléctrica corrió de repente por mi cuerpo, desde la coronilla de mi cabeza hasta la base de mi tronco. Era como una señal que me indicaba que Tótila era algo completamente verdadero, en lo que podía confiar. Entonces pensé en David, como si quisiera averiguar si recibiría una confirmación equivalente y de hecho ocurrió algo semejante, aunque ahora el destello que atravesó mi cuerpo fue verdoso. Interpreté estas experiencias como una confirmación de que Tótila y David eran puntos de referencia válidos, y también fue muy significativo para mí que fuese Tótila quien había provocado una luz más intensa.

Diría que esta experiencia con Marilyn ayudó en algo nuestra relación, pero no la cambió tanto como presenciaria más adelante como terapeuta en las experiencias de otras parejas. La experiencia con MDA que habíamos hecho con Marilyn nos había servido como estímulo para una mejor comunicación, aunque no un paso tan dramático como mi sesión individual en compañía de Lee Sanella, pero ambas habían sido suficientes para que vislumbrase el gran potencial terapéutico del MDA, tanto en la terapia individual como en situaciones grupales, y ahora que estaba en Santiago se me presentaba la oportunidad de investigarlo mejor ofreciéndole la experiencia a algunos pacientes y colegas de la Clínica Psiquiátrica.

Ya he relatado de manera algo impresionista mis exploraciones terapéuticas con el MDA en *The Healing Journey*. Allí me dediqué al capítulo «La droga del análisis», en el que expliqué que esas sesiones involucraron un tipo de diálogo en que me sentí como Freud en su actividad detectivesca temprana, cuando ayudaba a sus pacientes a reconstituir la escena de un crimen olvidado del cual habían sido víctimas y que habían tenido que olvidar por el gran sufrimiento provocado. Como es sabido, Freud formuló su

teoría temprana con el tema de que la histeria se remonta a abusos sexuales traumáticos, pero luego, pese a su entusiasmo respecto de estos hallazgos, no pudo sostener su teoría ante los padres indignados de sus pacientes, cuya respetabilidad no parecía compatible con las monstruosas acusaciones reveladas por ellas en el estado de trance hipnótico. Entonces Freud cambió de opinión acerca de los aparentes recuerdos traumáticos de sus pacientes, y formuló alternativamente la teoría de los recuerdos-pantalla, según la cual los episodios de abuso reportados por sus pacientes constituirían proyecciones imaginarias de deseos incestuosos.

Pero ¿es en verdad más acertada la teoría de los recuerdos-pantalla que la teoría traumática de las neurosis? Desde que Mason ha reabierto la discusión sobre el tema en nuestro tiempo, se ha venido a saber que un gran número de niñas son abusadas, y mis experiencias con el MDA también parecían estar revelando que el sufrimiento neurótico es a veces la expresión de recuerdos dolorosos completamente reprimidos y olvidados. Ocurrió que algunas veces los mismos sujetos experimentales que se habían abierto a una nueva comprensión de sí mismos terminaron poniendo en duda la verdad de lo que tan dramáticamente habían recordado, porque después de algunos días les pareció demasiado improbable, de modo que en ocasiones sentí que no había comprendido lo ocurrido.

Durante ese tiempo pude observar que algunas personas tenían una reacción adversa al MDA, que se manifestaba al principio como una irritación de la piel y más adelante por un estado convulsivo, probablemente debido a una vasodilatación cerebral exagerada. Menos mal que nunca le administré la dosis terapéutica a un sujeto sin haber probado antes su buena reacción al fármaco a través de ensayos con dosis crecientes, pero cuando se realizó una presentación pública de mis hallazgos en el congreso Ethno Pharmacologic Search for Psychoactive Drugs, bajo el auspicio conjunto del Instituto Karolinska de Suecia y el Ministerio de Salud Norteamericano, el MDA se convirtió rápidamente en una droga callejera, y entonces un uso menos cuidadoso llevó a que se reportaran algunos accidentes fatales. Yo también tuve conocimiento personal de algunos, porque fui consultado a propósito de la defunción de la secretaria de Esalen, que aparentemente había tomado una dosis excesiva. Además, un profesor de farmacología en la Universidad de Chile perdió el uso de la palabra durante algunos años por la administración de 500 mg. de MDA por parte de un prestigioso psiquiatra.

Sin embargo, afortunadamente, hoy en día sabemos que la aminación de la molécula

del MDA, que lo convierte en MDMA, le quita la extraña toxicidad que tiene para algunos y lo convierte en un fármaco poco problemático, con el que es posible tratar a personas abusadas durante la infancia y todo tipo de neurosis postraumáticas o PTSD.

CÓMO DE VUELTA A BERKELEY ME LLEGUÉ
A SENTIR UN ANIMAL SANO

Recuerdo que cuando regresé a Berkeley aparte de mi ropa lo único que llevé conmigo fue un libro, el *I Ching*, que imaginaba que me mantendría lo suficientemente ocupado para la próxima temporada. Alojé en el Shattuck Hotel, porque me pareció lo suficientemente cómodo y barato, aunque pronto lo descubrí plagado de cucarachas.

No hubo nada nuevo en el IPAR, aparte de que seguía siendo un muy buen espacio para la investigación y un lugar para escribir. Pero pronto asistiría a una fiesta de cumpleaños de un amigo que resultó memorable, un eslabón en la cadena de eventos de mi vida. Se trataba de Hyman Roudman, un miembro del grupo de Leo al que había escuchado manifestar su admiración por su integridad. Además pensé que era notable que hubiera regalado su considerable biblioteca por la convicción de que debía concentrarse en la experiencia directa de la vida. Hyman quería celebrar su fiesta de cumpleaños con Leo y su grupo, y por eso estuve incluido en la invitación. La idea original de Hy (como lo llamamos) parece haber sido hacer un viaje personal en nuestra compañía, donde terminamos tomando una pequeña dosis de LSD también. Y aunque solo ingeriera 50 microgramos de LSD en lugar de los 200 habituales, sentí en esta ocasión que el efecto me resultaba comparable, quizás como resultado de escuchar la Novena Sinfonía de Beethoven en ese momento. Particularmente después del adagio, la sensación de santidad era tan intensa que me pareció que me duraría para siempre.

Más tarde estábamos sentados cerca de Leo mientras escuchábamos la canción de Mu Asapru, cantada por Theodor Bikel, que él iba traduciendo del yiddish, con sus sucesivas estrofas que siempre terminaban en el estribillo «pero Dios es Uno». Había una

sensación de encantadora camaradería. Se había hecho tarde y como me sentía dividido entre mi deseo de irme a la cama y el de acercarme a las dos mujeres que estaban a mi lado, me atreví a decir: «¡Vámonos todos a la cama!». Solo Marilyn me siguió hasta el pequeño dormitorio en que quedaba una cama vacía. Aunque la prohibición del sexo era una característica de la estructura acordada de las sesiones de terapia psicodélica con Leo, solía decir en un estilo confuciano burlón que en esta ocasión se trataba solo de una fiesta de cumpleaños y que éramos libres, y supongo que me sentía más natural de lo que me hubiera sentido ordinariamente.

La naturalidad fue lo principal de nuestro encuentro con Marilyn, más que el amor romántico o la misteriosa dimensión del eros que había conocido con Eva María y con Gloria. Un simple contacto sexual sin complicaciones: una relación sana y sencilla. Pero nuestra intimidad parecía estar basada en el saludable estado en que nos había dejado la experiencia psicodélica. Cuando Marilyn, después de llevarme de vuelta a la ciudad en su coche, me dejó frente al Hotel Shattuck, no me apeteció besarla en la boca y sentí algo de disgusto al ver sus labios pintados, que parecían tan ajenos a la cara sin adornos que había llegado a amar durante nuestras sesiones en el grupo.

Volvería a descubrir a Marilyn después de un autoexperimento psicodélico para el que Leo me ofreció el uso de su despacho en Telegraph Avenue (donde ya había estado durante mis dos sesiones individuales con LSD). Entonces yo quería probar la combinación de una pequeña cantidad de LSD con harmalina, y mi interés no era puramente científico, pues albergaba la expectativa de entrar en un mundo comparable al que me había descrito mi colega Tito Rojas, a quien (única excepción entre mis voluntarios) había ofrecido la posibilidad de probar los efectos de la mezcalina y de la harmalina en casa y en compañía de una persona de nuestra mutua confianza. No recuerdo ahora cómo sucedió que, en lugar de tomar ambas cápsulas en días diferentes, las ingirió al mismo tiempo. El resultado fue una experiencia arquetípica altamente significativa de identificación con una serie de animales que me hubiera gustado conocer de primera mano. Y aunque no tuviera una experiencia superficialmente semejante a la suya, me fue concedido en cierto modo el deseo, ya que mi experiencia con la pharmahuasca (para usar una palabra acuñada unas décadas más tarde) no solo resultó ser un hito en mi proceso de curación, sino que emergí de la experiencia sintiendo que por primera vez en la vida me había convertido en un animal sano.

Me sentí en esta ocasión en una atmósfera budista, y una de mis manos hacía

espontáneamente el signo budista de bendición, que parecía ayudarme a sintonizar con el espíritu bendito que me lo inspiraba. Pero desde el comienzo de la sesión me surgía intermitentemente una sensación de movimiento misteriosamente guiado. En cierto momento tomó la forma de una cucaracha que se movía en una dirección determinada con una certeza que me parecía un misterio cósmico. Diría ahora que la cucaracha fue mi primer aliado, porque simbolizaba un animal guía y una encarnación de un instinto más arcaico que un animal, más arcaico que un mamífero, más arcaico que un pez. Evocaba algo subterráneo, oscuro y casi eterno, y creo que era la proyección exterior de una conexión hasta entonces desconocida con una profundidad orgánsmica de mi propio ser.

Luego me pareció avanzar en el tiempo como parte de este flujo, y vi una serie de personas como se ven pasar los paisajes cuando uno viaja en tren. Por ejemplo, vi a Gordon Allport, que había sido mi profesor en Harvard. Había una sensación de carne en descomposición en su cara y más tarde supe que por aquel tiempo había muerto. También vi a Kennedy y a otros que no recuerdo, y en cierto momento la sensación de flujo se convirtió en un fluir hacia mi muerte. Y la parte más transformadora de la experiencia fue la de estar muerto y presenciar mi funeral, en el que la presencia de Loreley tocó mi vida más profundamente de lo que había ocurrido hasta entonces. Aunque no se intercambiaban palabras, era como si estuviera allí y ello me llevaba a sentir: «Si mueres Loreley te llorará» o simplemente «Loreley te quiere». Fue a través del sentimiento de su amor después de mi muerte que recibí una inyección de amor hacia mí mismo y de amor por la vida.

Me parece que antes de todo esto experimenté una sensación de plenitud asociada con la conciencia de que, así como comenzamos a existir en cierto momento del tiempo, también terminamos en algún punto. Y, aunque ante la infinitud del tiempo es como si no hubiéramos existido, siendo nuestra impermanencia algo como un no ser, sentía que dentro de nuestros límites temporales la muerte no nos priva de eternidad. Hemos existido entre los años tales y tales, como un asteroide se mueve dentro de ciertas coordenadas en el espacio.

Ese día tuve una visión de un paraíso terrenal: un extenso césped con muchas parejas, cada una absorta en el amor erótico. Sin embargo, no había sexo explícito en la imagen, pero el espíritu amoroso lo impregnaba todo y no había nada que ocultar, como si todos estuvieran al tanto de todos los demás a través de una especie de intimidad con todos, aunque al mismo tiempo no hubiera deseo de otra cosa más allá que el presente

inmediato. Más tarde sentí que había sido una imagen profética de algún tiempo futuro de salud instintiva colectiva. Otra imagen que recuerdo es aquella que se presentó cuando vomité y que coincidió con mi rendición a esa acción explosiva: una pequeña ave de presa cayó entonces sobre un conejo. Yo me identifiqué principalmente con el conejo, aunque diría que disfruté también de una medida de identificación con el ave de presa, que sentí como un halcón, aunque se veía como un búho.

Al final de la sesión escribí ciertas cosas, y más tarde pensé escribir un artículo basado en esta experiencia y en mi experiencia acumulada de escuchar a otros bajo los efectos de la harmalina. Pensé que lo titularía «El yagé y el mundo de Shiva», por más que no fuera obvio en la descripción que he dado hasta aquí de las imágenes que me presentaron esta referencia a Shiva, y sigo pensando que la idea de Shiva podría transmitir mi comprensión esencial de ese día y de las muchas sesiones que había presenciado en el pasado. Era coherente con la imagería iracunda que los psicoanalistas llaman oral-agresiva y enfatizaba, más que la agresión, el desprendimiento. Si Shiva es al mismo tiempo la libertad en el flujo de la vida y la indiferencia cósmica asociada al ascetismo, me pareció que en la experiencia del yagé ambos elementos se superponen.

El efecto de la sesión fue tan concreto como el de la primera con ácidos, en términos de la estabilidad de conciencia en que me dejó, pero las consecuencias fueron tan diferentes como son el cielo y la tierra. Si el primero había sido un viaje por los cielos, el segundo fue algo que sentí como un proceso de encarnación, y tal vez el momento más profundo de la experiencia fuera aquel en que me identifiqué con la inmortalidad de las partículas que sustentan el mundo material. Desde esa perspectiva me parecía relativamente indiferente cuál fuera el cuerpo que animaran estas partículas, y muy fácil el tránsito entre la vida y la muerte. La diferencia entre la vida y la muerte no me parecía tan importante, y comprendí a los primitivos, capaces de sacrificios humanos, que me parecieron la expresión de una actitud semejante a aquella con que se corta una flor para ponerla en un altar.

Al terminar esta experiencia con la harmalina y el LSD, Marilyn me recogió y me llevó a su casa, según como Leo quería que se hicieran las cosas cada vez que una persona se sometía a una sesión psicodélica: alguna persona de confianza debería estar disponible para su transporte y acompañamiento durante su transición a la vida normal. Luego recuerdo haber estado recostado junto a Marilyn durante mucho tiempo en su cama mientras le contaba con gran placer acerca de mis experiencias recientes. No hay nada

más que recuerde de esa noche, aunque imagino que también hicimos el amor, porque recuerdo que a la mañana siguiente sentí una profunda familiaridad con ella, como si hubiéramos vivido juntos mucho tiempo. Le dije que en su compañía sentía algo como una atmósfera de sábanas limpias, con lo que me refería a una limpieza interior relacionada con no tener nada que esconder, que contrastaba con un sentido crónico de culpa y ocultamiento de mi pasado. Ella lo debe haber disfrutado tanto como yo, pues me quedé al día siguiente, y tal vez fue entonces cuando Marilyn me dijo que estaba haciendo espacio para mis cosas en uno de sus cajones y me preguntó si no me gustaría traerlas del hotel.

Sucedió que la noche siguiente ella tenía una cita, y me preguntó si me importaba que fuese, y comprendí su deseo implícito de terminar esa relación correctamente. Luego me preguntó si estaba dispuesto a quedarme en la casa para cuidar a los niños mientras andaba fuera, y lo hice con el placer de sentirme incluido en su familia. Cuando regresó me contó su experiencia sexual en detalle y luego reflexionó que no valía la pena continuar esa relación. No había política al respecto. Era obvio que una aventura no podía ser de mucho interés en la presencia de un amor más profundo.

Marilyn y yo seguimos viviendo juntos hasta el final de mi estancia en Berkeley, y nuestra relación siguió siendo de íntima transparencia y veracidad cuando asistimos a varios talleres con Fritz y a las sesiones psicodélicas con Leo. Tal como había sucedido con Loreley, aprecié profundamente la relación de Marilyn con sus hijas, que me llevaron a verla como una madre arquetípica. Nuestra relación parecía ser muy simple en la superficie, pero había una densidad que provenía de nuestra comunión psicodélica.

Aparte de comer muy poco durante los días que siguieron a mi experiencia del yagé (pues así la llamaba y así llamaría también Leo a la combinación del LSD con la harmalina), sentí que algo había cambiado en mí, me sentía diferente a lo que me había sentido nunca antes. Parecía que habitaba un mundo más espacioso y sentía que ya no andaba en la punta de los pies por la vida, sino que mis pies estaban completamente plantados en el suelo. Mi timidez parecía haberse esfumado y al decir que me sentía saludable no solo quería decir que mi inseguridad había desaparecido, sino que apreciaba y disfrutaba más la vida.

En algún momento los talleres de Fritz comenzaron a aparecer en el catálogo de Esalen. Asistí a muchos de ellos, a veces con Marilyn y a veces con Leo. En el primero de ellos estuve con Marilyn y también con Louana, y Fritz nos abrazó calurosamente

cuando transmitimos el saludo de Leo al entrar. Supongo que fue la ocasión en la que tuve una preparación interna para la dureza de Fritz, que siempre he sentido como una de las etapas importantes en mi progreso terapéutico.

Meses antes, un hombre del grupo de Leo (el primero que me describió como un genio) me había dicho: «¡Fritz cree en el dolor!». Yo también lo hacía, de una manera vaga. Además, ahora me sentía reforzado en mi intuición de que era alguien que sabía lo que estaba haciendo. Pero una vez que estaba sentado junto a Marilyn en un pequeño círculo con Fritz en la pequeña casa de Esalen donde vivía, tuve que preguntarme si estaba listo para sufrir. ¿Qué podría hacerme daño? Concluí: o una verdad sobre mí mismo, o una mentira. Entonces yo dudaba: ¿por qué una falsedad me dolía? Eso era suficiente para concluir: «No, no tengo miedo de eso». Entonces me preguntaba: ¿acaso tengo miedo de la verdad? Esta vez fue suficiente para pedirle que se diera cuenta de que la verdad era lo que ella buscaba aquí, y que cualquier verdad acerca de mí era algo que preferiría en lugar de resistir.

Al igual que al comienzo de mi primera sesión de LSD con Leo, me sentí abierto a la posibilidad de una experiencia psicótica, y esta prontitud misma me había abierto a la rendición dichosa. Ahora mi disposición a sufrir se convirtió en un éxtasis más sutil de vitalidad. Sospecho que este breve episodio silencioso en mi vida interior puede haber sido el más decisivo de la semana y de todos los talleres que siguieron. Porque yo volví para más talleres de terapia Gestalt, con Marilyn y sin ella, y creo que la decisión de permanecer abierto no era una mera idea, sino un acto interno, comparable al giro de un interruptor, después de lo cual pude ser más transparente y valiente de lo que había sido en una situación de grupo.

Creo que en esta visita Fritz me dijo que siempre podía asistir a sus talleres sin necesidad de pagarle nada. Lo repitió en presencia de Mike y Dick, y recuerdo el resumen de Mike de la situación: «¿Entonces le estás dando una beca permanente? ¡Bueno, haremos lo mismo!». De esta manera las autoridades de Esalen se convirtieron en mis protectores. A ellos les debo muchas cosas buenas que sucedieron durante mis visitas allí. Y muy especialmente fue Dick quien se convirtió en protector, tal vez porque lo vi más y porque estaba más directamente involucrado en las actividades de Esalen. Asistir a los talleres de Fritz en el tiempo que siguió fue una extensión natural de nuestro deseo de crecer juntos. A la siguiente oportunidad viajamos con sus tres hijas, y comíamos alrededor de una estufa de camping, en un ambiente de picnic. Esta atmósfera

familiar era algo nuevo para mí y, a pesar de no estar muy familiarizado con el inglés como para entender bien la jerga de las niñas pequeñas, disfrutaba de sus voces y gestos.

No solo en sus talleres era intenso el impacto de Fritz, pues lo veíamos frecuentemente también en el comedor, en cuya presencia era imposible hablar de banalidades o mentir. No era necesario que dijese nada para que nos sintiéramos vistos como por rayos X; era uno de los ingredientes de su práctica, junto con su mirada, que troncaba todos los juegos. Me recordaba la mirada que había visto en una foto de Gurdjieff, con quien siempre asocié a Fritz por su fuerte confrontación y por su llamado a la atención. Expresaba esa mirada una neutralidad básica que a su vez trasmitía la fuerza de su libertad, y en ella vi la encarnación de eso que él llamaba indiferencia creativa: era la libertad de permanecer en un punto cero entre las expectativas y otras dinámicas de la relación terapéutica, lo que le daba claridad, y esa verdadera capacidad de contacto que él mismo definía como capacidad de apreciar las diferencias.

Recuerdo lo feliz que estuve de volver a ver a Gordon Beam, quien me había acompañado de manera muy humilde y servicial tras mi primera sesión de LSD, y me había introducido a la marihuana y aparentemente había desaparecido de mi vida, hasta que un día vino a visitarme a mi despacho en IPAR. Yo lo veía como un ser angelical, y durante una larga conversación que tuvimos en el café de la International House respondí a su interés en saber de mí y de mis planes, explicándole las opciones que estaba contemplando para el resto de mi tiempo en California.

Ahora que mi segundo semestre estaba llegando a su fin, había solicitado una prórroga de seis meses más y nuevamente esperaba regresar a Berkeley después de un intermedio en Chile, donde podría estar con Matías y tal vez contribuir en algo al deseo de Franz Hoffmann de una humanización de los estudios médicos.

Una opción que había considerado antes de solicitar la beca Guggenheim era la de volverme discípulo de Suzuki Roshi. Había llegado hasta California, donde había una escuela viva de budismo zen, pero no había aprovechado la oportunidad. Ciertamente había viajado con un compromiso diferente y lo que había hecho me había madurado y enriquecido, pero ¿no sería hora de que optase por ese camino más fiable hacia la iluminación que siempre había buscado?

Al pensar en el budismo, Suzuki no era mi única opción, pues De Ropp nos había explicado que Evans Wentz (por cuya iniciativa se habían traducido los primeros clásicos tibetanos publicados en Occidente) estaba enfermo y abandonado,

sobreviviendo precariamente en algún insignificante hotel de Los Ángeles. De Ropp sugería que alguno de nosotros pudiera considerar hacerse útil a Evans Wentz y beneficiarse de la preciosa oportunidad de estar cerca de él. La posibilidad de hacerlo me parecía más evanescente que la de unirme a la sangha de Suzuki.

Finalmente, estaba Don Juan en el horizonte.

Yo había estado recibiendo visitas de Carlos Castaneda desde que nos conocimos, y si no he dicho nada más sobre nuestros encuentros es solo porque, al escribir este capítulo más de cuarenta años después de los hechos relatados, mi recuerdo de las conversaciones ha sufrido una mayor erosión que mi recuerdo de otro tipo de eventos. Pero debo decir que había tenido algunos intercambios con Don Juan a través de la mediación de Carlos, quien me decía que Don Juan me había fumado (quería decir que me había visto bajo la influencia de su mezcla de fumar) y que le interesaría reunirse conmigo. Un día me había acercado al coche de Carlos cuando insistió en que yo fuera con él, para que pudiéramos estar con Don Juan en Sonora durante unas nueve horas, solo que yo opté por la cautela: mi visado estaba destinado a un propósito académico y a una sola entrada, de modo que si yo elegía cruzar la frontera mexicana estaría violando su propósito y arriesgando problemas para entrar a Estados Unidos a mi regreso.

Muchas veces me han preguntado si creo en la realidad de Don Juan y he explicado que, además de confiar en que Carlos no me engañaba al relatarme sus experiencias antes de escribir su primer libro o cuando me transmitió mensajes de Don Juan, mi argumento principal para creerle ha sido que no podría haber sabido de mi problema con el visado cuando me invitó a viajar con él a Sonora en su coche.

El último taller con Fritz fue doloroso para mí por la presencia de alguien que buscaba sexualmente a Marilyn y a quien le abrí demasiado camino, pues con Marilyn habíamos acordado un trato de libertad mientras ninguno se sintiese herido. Ello llevó a que una noche en los baños termales él se sentó detrás de ella y la masturbó, mientras ella daba viva expresión sonora a su placer delante del resto de la gente. Pese a nuestro ideal dionisiaco, esta vez me sentí molesto, tal vez porque no me permití decírselo oportunamente. Se sentó junto a mí una mujer muy respetada en ese ambiente, que había sido amante de Fritz, a quien llamaban Gypsie. Era una mujer sabia con dotes chamánicas. Me tomó el sexo, pero hice un gesto para disuadirla, porque no me sentía con la libertad que predicaba, tal como tampoco supe dejar libre a Marilyn.

Quisimos recuperar el bienestar entre nosotros yéndonos de picnic por el arroyo con la

intención de hacer un viaje de LSD juntos, y después de caminar durante una hora o más armamos una carpa, sintiendo que era un lugar hermoso para nuestra sesión del día siguiente. Lo más bello de ese día fue que nos dijéramos el uno al otro «Dios te bendiga». Fue algo muy natural y profundo, cuya intención persistiría a través de los tiempos difíciles de nuestra relación posterior. Diría que la sesión de ese día no terminó de disolver nuestro malestar, y tal vez contribuyese el residuo de este malestar al deterioro futuro de nuestra relación.

A través de todo este período de convivencia con Marilyn, seguía siendo Loreley muy importante en mi vida, pues la sentía como una gran fuente de amor en mi mundo interno, por más que en la realidad del día a día no hubiera logrado llevarme bien con ella. No sabía qué ocurriría a mi regreso a Chile: ¿volvería a Loreley? En ese caso, ¿resultaría compatible esta relación con la continuación de mi vida amorosa con Marilyn? Fue muy importante para mí que Marilyn estuviese abierta a ello, aunque algunas veces notaba un dejo de frustración en ella porque mi gran amor fuera a sus ojos el amor de un picaflor. Iría a encontrar la respuesta a mi pregunta respecto de Loreley muy pronto, en mi regreso a Santiago, tras un breve encuentro con ella en una de las calles de la ciudad, cuando volvía de mi oficina por el borde del río Mapocho, cerca de la Escuela de Leyes, donde ella era directora del Departamento de Criminología.

Tras un muy breve intercambio de frases, sentí el deseo de alejarme, como tantas otras veces me había ocurrido, y supe que esta sería la última. Así fue, a excepción de breves reencuentros decenios después, primero en Dinamarca y por última vez en Santiago.

UN SEGUNDO INTERMEDIO EN CHILE

Durante esa temporada pasé días muy hermosos en una pequeña cabaña que me prestó Susana Bloch en Santiago. Tenía un jardín luminoso y allí probé por primera vez el 10-methoxy-harmalan, un compuesto de la beta-carbolina, familia que se había encontrado para formar en la glándula pineal de melatonina. Cuando comencé a anotar sus efectos, mi actitud fue la de quien registra un protocolo científico, y así describí la primera imagen que se me presentó. Fue el recuerdo de una imagen que había visualizado alguna vez durante una sesión con Leo, mientras escuchaba música japonesa para el koto (un tipo de cítara): patos silvestres descendiendo sobre un estanque. A medida que iba registrando mi experiencia en curso, el protocolo científico se transformaba en un poema que más tarde publiqué en una revista de poesía en Berkeley.

*EN EL JARDÍN**I*

*Ala,
 ¡Ah, las alas olvidadas!
 El frescor,
 la adoración de ese movimiento
 preciso
 con que despegan los patos en la laguna.
 Ese movimiento
 —como cualquier otro—*

*único
irrepetible
en que el ave entera se refleja,
toda la vida
toda voluntad de elevarse
de la frágil criatura
esforzada
que mueve el aire
y salpica
gotas deliciosas
y hace sonar
sus plumas
con un ruido que refresca,
alivia el alma,
trae aroma de lago,
de rocío
de blancura
y de horizonte.*

*Ah, alas.
Me siento pesado
y evoco vuestra frescura
como un sediento en el desierto evoca la laguna;
os gozo desde la distancia sin acompañaros en el vuelo
incapaz de dejar esta ocasión de pesadumbre.
No soy como vosotros que vivís el instante del despegue,
el instante sin tiempo en que se olvida el universo
y se le encuentra transformado el aleteo.
Cargado de recuerdos
nada encuentro.
Cargado de mí mismo
no puedo acompañar siquiera
mis propios actos,*

*los movimientos de mi cuerpo.
Ven, me dicen,
ven con nosotros,
acompañanos,
te necesitamos,
danos tu bendición
y tu propósito.
Yo me quedo en esta orilla,
temeroso de perder la gravedad
de los tiempos
de las rocas
las arenas,
de la historia que desemboca en mi esqueleto.
Pero cuán sola está la orilla.
Cuánto quisiera estar con esa flor
con esa abeja
con ese verdor del pasto
con ese brillo de sol
que conozco de otro tiempo.
Cómo quisiera tornarme en ellos
como cuando circulaba
entre las cosas como savia
como escalofrío
u hormigueo.
Sin forma
sin apego
como el aire que sopla entre las ramas
como el agua que se escurre
se hace río
se evapora
y no es el aire
se congela
y no es el blanco*

*de la nieve
ni es cristal
ni nada
que los ojos
y palabras
quieren creer que casi tocan;
eso que soy
eso que somos
eso que día a día sacrifico
por la pesadez de una imagen
por este personaje
aquí sentado
Claudio Naranjo
que escribe este poema;
eso que no quiere ser nombrado
con un nombre
y no puede entrar en mí
cuando me vuelvo incompatible con el pájaro
cuando miro a la rosa desde afuera
cuando me adueño de esta vida
cuando creo que yo existo
y quiero proteger
algo
de la invasión
de la mañana
y del rocío.*

II

*¿Qué quiero?
Absurda y trágica pregunta en un humano.
¿Qué quiero?*

*Tan otro he llegado a ser
de la vida que soy
que debo preguntar:
vida, qué quieres.
Miro las buganvillas
y veo en el centro de sus flores
protegidos
adornados
adorados por sus pétalos morados
tres túbulos verdes
ovoideos en su base
hinchados
y retorcidos en su extremo.
Siento mi propio fondo genital retorcido
que quiere crecer
vivir
reventar
beber y repartir
la savia de la vida.
La pureza de la flor
que se expone al sol como una joya
me ayuda a honrar mi propia sed y mi pujanza.
Me desnudo
pues quiero sentirme como un fruto
y las ropas me separan del jardín.
Ah, si las gentes supieran compartir
como las plantas,
si se permitiesen estar
enteros
en el mundo
desplegados los estambres con santa desvergüenza.

Ahora sé por qué*

*están los míos retorcidos.
Entiendo mi vida plegada sobre sí y pulsando
añorando como la parturienta con el pujo
como el niño por nacer
o el momento primero del orgasmo:*

*Quiero sacarles las ropas de los hombres
y devolverlos a la familia de la tierra.
No, no quiero las ropas de un mesías
un virtuoso rol
que me encierre
y me separe en el orgullo.
Quiero simplemente compartir
sin hacerme perdonar
las dádivas.*

*En el pueblo en que vivo
todos visten pesadas armaduras
con viseras
que no dejan mirarse la mirada.
A veces dos se encuentran
y celebran un contrato
con que se permiten verse desnudos por las noches
y se prohíben mostrarse a sus hermanos.*

*Yo me paseo también en mi armadura
(pues soy cobarde
y se ha declarado la guerra a los infieles)
deseoso de ver un rostro
tocar un pecho
besar una boca que bese atentamente
con la concentración de la abeja que liba en los azahares
o del sacerdote en el ritual del sacrificio.*

Pero solo veo el rostro de las flores.

*Miro otra vez las buganvillas
y sus tres túbulos
centrales
retorcidos.*

*¡Mas no eran los pétalos
esas tres láminas moradas
que yo tomaba por la flor,
sino ropaje de los pétalos!
Pues al centro
lo que parecía retorcido
como trompa arrugada de elefante
espiral ansiosa
cordón umbilical
o muñón ciego
suavemente
se estira
armoniosamente
se abre
en flor
amarilla
de cinco lados
y casi circular
que besa el viento.*

III

*Azul
verde.*

*Es bueno estar de nuevo con vosotros
ocupado con mis sueños grises*

*me sentía tan sediento
y la sed solo multiplicaba las imágenes,
sustitutos vuestros,
que me sofocaban con amorosas telarañas.
Pero basta.
¡Basta ya!
Adiós a mí.
Hastiado de mí yo solo quiero vivir en esas buganvillas
o en esas rosas rojas que se mecen en la brisa
sin preguntar
y en los racimos.
Algunas de mis uvas ya oscurecen.
Conozco el dulzor encerrado
en su redondez
como me gozo en la acidez callada que crece
lenta y fuerte
en su ternura.
Mis pepas se llenan de aceite
y en su amargo duermen mis tallos retorcidos.
En este centro me recojo,
en esta soledad me colmo de mí mismo
mientras mi carne goza de entregarse
a labios que la gocen,
y gozo de entregarla
a dientes que revienten su frescura
que expriman su jugo
superabundante
para que fluya de recipiente en recipiente.
Aquí estoy.
Nada tengo ya que defender.
Yace en mí una viña que despertará o no
según los vientos y las lluvias.*

*Aquí estoy, seguiré diciendo
si una pisada me tritura.
Aquí estoy, dirá mi substancia
tragada por un pájaro
convertida en carne o sangre
en aleteo
o canto.*

*Aquí estoy.
Nada pretendo.
Ni siquiera ser la parra en mi dormida.
¡Hay tantas!
Todas iguales y distintas.*

*Pongo mi voluntad con la del viento que me arrastra
con la circunstancia que la acoge.
Con la mano de Dios que me transforma
en lo que soy
y no conozco.
Y ya no soy semilla, sino viento
circunstancia
mano de Dios
y lo que soy.*

Fue también en casa de Susana que hice mi primer experimento con la ibogaína, ensayando sus efectos en mí mismo antes de probarla en otros. Pero antes de decir más sobre esta experiencia, conviene que explique cómo llegué a interesarme en este alcaloide.

Fui invitado varias veces a la casa de una pareja de nuevos amigos, con quienes disfruté mucho y hacia quienes sentí la más alta estima. Ella se llamaba Nieves Yankovitch y hablaba con gran vehemencia y entusiasmo, y aunque su marido no llamaba tanto la atención yo no lo apreciaba menos. Lo característico de su casa era que habían recogido no menos de cuarenta perros de la calle, a los que alimentaban y amaban. A través de estos amigos había llegado a conocer algo acerca del mundo de

Henry Miller, aunque solo llegué a leer de él un libro sobre Estados Unidos titulado *La pesadilla con aire acondicionado*. También me dieron a conocer libros de Kahlil Gibran que aún no había visto, y me encantaron. Además en su casa conocí a Marcos Llona, un chileno que había viajado a la India como buscador y que hablaba con vehemente desprecio acerca de cómo había sido tratado por el embajador chileno Miguel Serrano, conocido por su correspondencia publicada con Hesse y Jung. Serrano era alguien a quien yo también había detestado cuando leí en *El Mercurio* lo que había escrito acerca de la muerte de Mahatma Gandhi. Había sido una de las muertes que más me tocó cuando niño, y me había disgustado la forma en que nuestro embajador parecía aprovechar la triste noticia para darse importancia. Simpatiqué con Marcos, aunque más tarde en la vida se convertiría en un enemigo como resultado de su obediencia incondicional a Óscar Ichazo, que lo utilizó como parte de una situación grupal manipulada.

Cierta noche Nieves me invitó con un sacerdote llamado Ireneo Rosier, un misionero francés que había vivido en estrecho contacto con los mineros del carbón en Francia, que vivían en condiciones miserables. Como resultado de este contacto había escrito un libro sobre la universalidad de la búsqueda de Dios entre estas personas sencillas. También había vivido en el Congo o en el Gabón —no recuerdo bien— y cuando me oyó describir la prominencia de tigres y jaguares en mis experimentos con los alcaloides de la ayahuasca, así como las historias de los payés de las que había tenido noticia, me comentó que mi descripción de los chamanes que se transformaban en jaguares le recordaba las historias que circulaban en África acerca de los hechiceros que se convertían en leones. Lo que más me interesó oír fue que en más de una ocasión se le había disparado a un jaguar y luego se había descubierto que cierto hechicero había muerto. Naturalmente, me pregunté si aquellos que parecían transformarse en leones no estaban usando alguna planta con un alcaloide similar al que le permitía a los chamanes colombianos transformarse en jaguares. No me tomó mucho tiempo sospechar que la ibogaína podría ser la planta en cuestión, pues, aunque no hubiera podido encontrar ninguna referencia a ensayos clínicos, llegué a saber que se podía conseguir en farmacias francesas como medicamento para la convalecencia, ya que se pensaba que era estimulante.

Solo encontré en aquel tiempo una referencia al uso local de la planta ibogaína como estimulante para el baile, que había sugerido que su efecto era comparable al del café,

pero ¿no sería cuestión de dosis, de modo que en cantidades mayores actuara como un alucinógeno? Aunque no encontré información sobre los rituales africanos de iniciación, pude encontrar dos informes acerca del efecto de la ibogaína en animales: uno sobre la vagina de la rata y el otro sobre el intestino del conejo. Pero descubrir que la ibogaína era un indol heterocíclico parecía confirmar mi sospecha de que pudiese tener un efecto psicodélico. Entonces, si me proponía confirmarlo en seres humanos, mi primer voluntario debía ser yo mismo, tal como lo había hecho en el caso de otros fármacos experimentales.

Un día procedí al experimento. Me recosté y esperé los efectos de la cápsula ingerida en la casa de mi amiga Susana, que con su bello jardín me hacía sentir en un rincón paradisíaco del barrio. Media hora más tarde tuve la impresión de un movimiento alrededor mío mientras yacía con los ojos cerrados. Era como si todo el mundo estuviese girando, y como si esa rotación fuera parte de una danza universal y a la vez una ley natural. Pero en medio de esta danza cósmica mi cuerpo inmóvil comenzó a parecerme un cuerpo extraño, que no participaba en ese flujo universal. Sentí el deseo de ser parte de esa danza cósmica, e incluso sentí que era posible que la elección estuviera en mis manos. Podría yo decir «¡sí!, me rindo, hágase tu voluntad», renunciando al control de mi propia mente y mi vida para pasar a formar parte de algo mayor. Era como si mi mano estuviese en el interruptor. Pero no me decidía aún.

¿Sí? ¿O no?

Y a medida que pasaban los segundos postergaba la entrega, por temor a que la voluntad de Dios no quisiera de mí nada notable. ¿No podría Dios querer que fuese yo apenas polvo? Temía renunciar a tener una función especial en el orden de las cosas, y por lo tanto no me resultaba fácil matar mi ego, aceptando esa voluntad cósmica que podía intuir.

El dilema debe haber durado un par de minutos y correctamente intuí que no tendría mucho tiempo para seguir pensando y que si no usaba ese interruptor perdería la oportunidad. Así fue, y la calidad de la experiencia cambió repentinamente cuando comencé a ver dibujos animados como un conejo corriendo hacia el hueco de un árbol. ¿Qué interés puede haber en esto?, me pregunté. Hoy diría que, al no escoger, había escogido la trivialidad, permaneciendo en un estado de conciencia tipo Disney por el resto del día.

Pero no me quedó duda alguna de que el espíritu me había enseñado algo. «¿Te

consideras un buscador, y aún no estás listo para dar el primer paso?». Aunque no había podido estar a la altura, no dudé de que la ibogaína tuviera un potencial para los demás. ¿Acaso no son las plantas mágicas como con los aliados del espíritu animal, de los que tenemos que aprender pasando por ciertas pruebas antes de tenerlos como amigos?

LA EXTENSIÓN DE MI TEMPORADA BAJO
LOS AUSPICIOS DE LA GUGGENHEIM

Mi regreso después de este segundo intermedio en Chile fue inusual, ya que el autobús Greyhound en el que viajé desde Miami tuvo algún problema mecánico y debió detenerse en medio del desierto cercano a Salt Lake City. Se recomendó que dejáramos el vehículo mientras lo reparaban y durante parte de ese rato me senté en una roca junto a una atractiva muchacha japonesa y una gran serpiente se nos acercó. No nos movimos. Para nuestro alivio se deslizó tranquilamente por debajo de la roca, pero el hecho no dejaba de ser sugerente, y constituía una pequeña aventura. A nuestro regreso al autobús nos tomamos de las manos y nos besamos, pero no podía pensar en continuar el viaje con ella, ya que Tótila y Ruth me habían pedido que le hiciera una visita a su hija Luz en el College donde asistía en las montañas de San Bernardino, justo antes de la entrada a Los Ángeles.

Traté de encontrarla después de esta separación, en la dirección que me había dado, en una pequeña aldea en la ruta del autobús hacia Los Ángeles, pero no parecía haber nadie en casa e imaginé que probablemente ya había cambiado de opinión; y ya que estaba todo oscuro y me sentía en el medio de la nada, me consideré afortunado de saber que un autobús nocturno que se dirigía al norte se detendría en la carretera principal.

Durante esta tercera visita a California solo pasé por Berkeley una noche y luego me fui apresuradamente a Esalen, donde estaba a tiempo de asistir al comienzo del primer taller profesional de Gestalt que ofrecía Fritz, ahora en la compañía de Jim Simkin. Desde el principio mi impresión de Jim fue la de alguien de no menos peso que Fritz en cuanto a madurez y profundidad. Al igual que Fritz, Jim me pareció más presente que la

mayoría de la gente. Su presencia evocaba un respeto que parecía crear ese silencio que el budismo llama noble y que nuestra intuición nos aconseja no interrumpir con banalidades ni profanar con falsedad. No me sorprendió oír a Fritz decir, al comienzo de nuestra primera reunión, que consideraba a Jim un terapeuta de su mismo nivel: mejor en el trabajo microscópico, comentó, declarándose él mejor en el macroscópico, es decir en la captación de las situaciones en su contexto más amplio.

Durante las dos semanas que duraron las sesiones de este taller, Jim trabajaba por las mañanas con nosotros, y ambos (Jim y Fritz) se reunían con nosotros por las tardes. Así como Fritz explicaba el contraste con Jim en términos de una orientación microscópica o macroscópica, en mi experiencia Fritz y Jim eran más bien como el sol y la luna. No traté de explicarme esta nítida impresión durante el taller, pero me parecen hoy símbolos aptos para el hecho de que Fritz haya creado una forma de psicoterapia en la cual Jim, pese a su magistral acercamiento eminentemente artístico a la psicoterapia, fue siempre un seguidor o discípulo.

Me imagino que E. J. Gold pensó en Fritz y Jim cuando concibió las caricaturas en la portada y en las primeras páginas del comic *The Creation Story Verbatim*.

Mi experiencia de Fritz y de Jim como sol y luna respectivamente reflejaba el contraste entre el genio creativo y el talento imitativo, una percepción de ambos como poderes iguales y contrastantes. Fritz era yang y Jim era yin; Fritz era para mí como un padre, Jim, como una madre. Y fue congruente con esta impresión algo que Jim me dijo durante una sesión en respuesta a mi comentario de que me sentía más apoyado por él en su silencio que por Fritz, con quien estaba en ese momento teniendo una sesión.

—Tienes razón —me dijo—. A Fritz no le gustan los bebés.

En este taller hubo una pausa durante el fin de semana, y Abe Levitsky, que había viajado de Saint Louis para participar de él y a quien acababa de conocer, me ofreció un viaje en su coche a Berkeley. Sería el comienzo de una larga amistad cuando le ofrecí una sesión de MDA en Berkeley. Tan profundo fue su efecto, que me pidió que le diera a esta sustancia aún desconocida el nombre de «Abrasha», y estuve de acuerdo con él, aunque posteriormente cambiaron las cosas y seguí llamándola MDA.

Este taller terminó con lo que seguramente fue una de las sesiones de Gestalt más importantes de mi vida, a pesar de su brevedad, pues los participantes en esta sesión habíamos aceptado la propuesta de Jim de dividir la mañana en sesiones de diez minutos de duración. Hasta entonces no habría imaginado que resultados comparables pudieran

obtenerse en encuentros terapéuticos tan breves, pero nunca había estado tan dispuesto a trabajar y supongo que saber que el tiempo era tan limitado puede haber contribuido al resultado.

Poco después de sentarme delante suyo, Jim me dijo que quería trabajar con mi respiración, y aparentemente la simple atención en mi respiración hizo que se profundizara y acelerara. Luego mis manos comenzaron a hormiguesear, como se puede esperar de la hiperventilación, y tan pronto como puse en palabras lo que estaba ocurriendo Jim imperiosamente me ordenó *hacer algo* con mi sentir. ¿Cómo podría convertirse una sensación de hormigueo en una acción específica? Creo que me lo debo haber preguntado fugazmente antes de decidir que el pensamiento nunca me llevaría a una respuesta, que solo podría venir de un impulso. Así que abordé la tarea en el espíritu de la asociación libre y me dejé ir en el deseo de coger la silla pesada y vacía y lanzarla con fuerza a través de los cristales de una de las grandes ventanas de nuestra sala hacia el océano. Solo que destruir esa ventana de cristal no me pareció necesario, y Jim pareció estar implícitamente de acuerdo. Concebirlo ya había sido un poco como hacerlo, y después Jim comentaría: «Creo que te estás deshaciendo de tus introyectos».

Pero en ese instante me invitó a sentarme, y fue como si la sesión comenzara de nuevo desde un punto cero. Lo que más recuerdo de esta segunda etapa fue que Jim me preguntó qué estaba pasando y le respondí como disculpándome: «Solo me estoy dejando ser». Fue muy significativo escuchar su respuesta: «¿Crees que eso es poca cosa?». Y me dejé seguir dejándome estar simplemente sentado allí en silencio.

Nunca he visto una belleza natural comparable a la de la costa de Big Sur durante la vuelta a Berkeley, inmediatamente después de esta sesión. Los colores eran vibrantes, las texturas muy nítidas y, sobre todo, mi mente estaba clara y serenamente feliz. No necesitaba pensar, porque me llenaba la experiencia de cada momento, pero tampoco necesitaba dejar de pensar, y me alegró una conversación con Paul Herbert, quien, como en tantas ocasiones, me llevaba en su coche. Esa mañana lo llamé satori, pero ahora que sé más sobre el zen no estoy seguro de que sea el término más apropiado, ya que la experiencia no involucraba el kensho (normalmente descrito como una comprensión acerca de la naturaleza interior), sino solo una suspensión de la mente ordinaria. Este estado de mayor conciencia y silencio mental fue una experiencia cumbre que duró unas dos horas y luego se fue desvaneciendo gradualmente, pero me pareció que la sesión con Jim me había llevado a un pequeño nacimiento que, en mi próxima experiencia

psicodélica, asocié a un proceso de despliegue espontáneo de carácter expresivo y ocasionalmente explosivo, que se manifestó en una sucesión de experiencias inusuales de diversos tipos como el baile inspirado, los momentos visionarios, la escritura automática y, por último, la alquimia interior del *prana*. También tuve la clara impresión en el momento de la sesión de que había tenido lugar una transmisión o contagio de la mente de Jim, que no solo confirmaba mi «solo permitirme ser», sino que me ayudaba a acomodarme en ese estado a través de su presencia. Sentí que había recibido un don espiritual sutil de su parte, una bendición íntimamente relacionada con su herencia y experiencia judía. Me parece oportuno agregar que, así como la maestría de Fritz me evocaba a un maestro zen, asociaba la sabiduría de Jim con su profunda inmersión en el judaísmo. Una comunión paradójica con el espíritu judío, pues Jim no creía en un ser trascendental sino en la santidad de las personas. Seguiría viendo a Jim, primero en Esalen, después en Los Ángeles, y más tarde en la casa que construyó junto a Esalen, y mi contacto con él contribuyó a mi formación profesional no menos que el contacto con Fritz.

Creo que poco después de mi regreso a Berkeley recibí una visita de Willis Harman, de quien sabía algo indirectamente, por su investigación sobre la creatividad en el Menlo Park Institute, en Palo Alto, donde también había participado Aldous Huxley. Recuerdo el placer de Willis al ver, entre los pocos libros en el anaquel de mi oficina del campus, su texto sobre Cattell acerca del análisis factorial justo al lado de *God Speaks* de Meher Baba.

Quería llevarme a conocer a su colaborador Myron Stolaroff, y cuando estuvimos reunidos supe que lo que más quería saber era si yo había experimentado algún contacto extraterrestre. Me interesó mucho su pregunta, porque nunca había pensado en la experiencia que había tenido la noche después de mi primera sesión de LSD y me pareció que efectivamente había tenido esta cualidad. Para mi sorpresa, cuando le expliqué esta experiencia, que sin duda había sido la más impresionante y significativa de mi vida, sentí que un ser de un mundo superior descendía sobre mí fundiéndose en mi cuerpo y descubrí que se había quedado dormido.

Pronto supe que Willis y Myron le estaban muy agradecidos por su comprensión del uso del LSD a un hombre llamado Al Hubbard, que parecía haber sido un espía y agente de la CIA y que parecía moverse en el mundo de la conciencia alterada como en un terreno muy familiar y sabía llevar a la gente más allá de los límites de su percepción.

Myron se ofreció para suministrarme LSD y capacitarme en administrarlo, pero preferí seguir mi propio camino y desconfié de la intensidad de su antagonismo hacia Tim Leary, a quien culpaba por abortar el potencial social de los psicodélicos y causar grandes daños.

Mientras que el grupo de Menlo Park existió oficialmente (también había surgido uno en el mundo académico de Los Ángeles), Leo se había hecho notablemente invisible y no había escrito nada después de su tesis doctoral sobre la autorrealización. Cuando le pregunté a Willis Harman qué pensaba de Leo, su respuesta fue: «Parece ser el tipo ideal de persona con quien hacer un viaje». Pero la manera de Leo no parecía tanto la actividad de un terapeuta como la de una presencia materna. No pretendía entender nada y hablaba a través de pasajes de Gibran y Hesse, que nos leía antes del comienzo de las sesiones. Incluso en las sesiones individuales su papel era en gran parte ocuparse de que sus pacientes tuviesen lo que necesitaban (una temperatura adecuada, música, etcétera). Años después de la muerte de Leo, apareció un libro bastante pobre llamado *El jefe secreto*, que posteriormente se revisó en una edición llamada *The Secret Chief Revealed*, pero, aunque siento que Leo hizo un gran bien, yo no lo llamaría un jefe secreto, sí un agente de cambio que valientemente escogió seguir su corazón y su vocación en un tiempo en que la ilegalidad de los psicodélicos había llevado a la mayoría de los buenos profesionales a desistir.

Viniendo de Chile, donde no había cultura de la droga y ningún escándalo acerca de los psicodélicos, siempre sentí cierta extrañeza ante la virulencia de la prohibición en Estados Unidos, e iría a ser testigo de cómo el espíritu antidroga llegó a ser un aspecto fundamental en el espíritu neoconservador.

Siempre me ha parecido que el *ethos* conservador prevaleciente, que ganó prominencia en los ochenta, había surgido como una imagen especular de la contracultura, que amenazaba con destruir los fundamentos individuales del autoritarismo, y últimamente he llegado a comprender mejor cómo los políticos percibieron correctamente el peligro que la libertad interior representaba para el *statu quo*.

Durante esta tercera visita a Berkeley, Leo me pidió que le diera una sesión de yagé, que constituyó un evento fundamental en su vida (incluyó la separación de su esposa). Alrededor de veinte años más tarde, en un simposio de Esalen en el que coincidimos, una de las cosas que Leo recordaba de esta sesión era sentir todo su cuerpo como un

pene erecto y pulsante, algo que yo no había registrado en esa ocasión, aunque supongo que fue parte de su experiencia cumbre durante la primera hora, mientras estaba desnudo escuchando la música que había seleccionado previamente. Más tarde hubo un momento en que dijo que dejaría de fumar, y cuando le pregunté cuándo me respondió de inmediato, y así lo hizo durante el resto de su vida. Pero lo principal en esta sesión fue ser tragado por una serpiente gigante, que fue justamente en el momento en que decidió dejar de fumar. Lo había estado ayudando a concentrarse en una conversación imaginaria con una persona, cuya apariencia se estaba volviendo diabólica y que definió luego como un encuentro con su esposa. Al principio se distraía del asunto inconcluso con ella, de modo que yo tenía que mantenerlo en la tarea, pero en cierto momento la imagen diabólica que visualizaba se convirtió en una serpiente espantosa. Tal vez yo no hubiera insistido en instarlo a mantenerse en contacto si no hubiera oído hablar de las experiencias de los indios sudamericanos y por haber leído acerca de iniciaciones chamánicas. Lo que ocurrió fue semejante a algo que recordaba haber leído en el clásico libro de Mircea Eliade acerca del chamanismo. Cito ahora lo que Leo le describió a Donovan Bess, quien lo redactó para el artículo «In the Belly of a Serpent», publicado por *Ramparts Magazine*:

Luché durante una hora muy mala con una boa constrictor. Debo haber sudado un litro de líquido. Finalmente tuve que renunciar, y me preparé para ser tragado. Entré en su vientre y me encontré no solo vivo, sino cómodo, y sentí gran belleza al estar en el ritmo de la serpiente, moviéndome a su manera, ondulando sobre la tierra. Después de un rato me fusioné con su vientre, y por fin me convertí en esa serpiente. El ritmo maravilloso y lento de sus grandes músculos era mi propio ritmo.

Sin embargo, lo que este informe no mencionaba, sin duda por la controversia sobre la validez de las experiencias religiosas bajo psicodélicos, era lo esencial: aunque se había dejado devorar por un monstruo demoníaco, después de su rendición había comprendido que la serpiente era Dios, y correspondientemente había terminado en un éxtasis de absorción divina.

Poco después de esta sesión, Leo me hizo un regalo precioso de una serie de objetos: un pergamino de la Torá, una copa ceremonial de Kiddish, un chal de oración, una kipá y una copia de *Capítulos de los Padres* de Pirkei Avot. Me explicó que, desde la destrucción del templo de Jerusalén, al no haber ya un sumo sacerdote en el mundo judío, el sacerdocio seguía transmitiéndose en cada hogar. El regalo era un complemento

perfecto a lo que él me había dado involuntariamente durante mi primera sesión, cuando me sentí bañado en una bendición distintivamente judía. Era algo así como una investidura.

Posteriormente le describí a Leo mis experimentos con MDA y la información práctica sobre su obtención, y esto también se convirtió en parte de la experiencia de nuestro grupo. Poco más tarde ocurriría lo mismo con la ibogaína, cuyo agregado le daba a la experiencia del LSD una cualidad arquetípica característica. Al comienzo de cada sesión Leo nos preguntaba por nuestra preferencia del momento, y a veces nos daba recomendaciones específicas. Como testigo de la transformación de este grupo de LSD en uno donde algunas personas vivían la experiencia arquetípica del yagé, otras se sumergían en el mundo más oceánico del LSD y otras permanecían en el mundo interpersonal del MDA, me interesé en el contagio de la conciencia que parecía tener lugar con aquellos que optaban por la influencia del yagé, porque podían tener una experiencia más afectiva a través de su proximidad, mientras que aquellos bajo MDA podían similarmente, a través del contacto con otros, asomarse al ámbito cósmico.

Durante este tiempo tuve importantes experiencias de yagé adicionales en el contexto del grupo de Leo. En uno de estos recuerdos hubo dos etapas: una en la que me congelé en un mudra, en completa quietud con una voluntad que parecía cortar todo. Algo así como un yogui arquetípico y también una deidad que parecía consistir en una independencia de todo y un corte de todo pensamiento. La otra etapa de la sesión no fue de naturaleza contemplativa sino sexual. Comenzó con una experiencia de desnudez cuando me uní a un pequeño grupo en un patio destinado a tomar el sol. Tal vez ese ambiente pacífico e inocente tuviese algún efecto sanador en mi sexualidad excesivamente culpable, pero lo más sorprendente fue el sentimiento de bienestar que experimenté al regresar desnudo al espacio interior donde todos estaban vestidos. Me acosté con la inocencia de alguien en el Edén, que se intensificó cuando tuve una erección. La conciencia de estar desnudo allí mientras yacía sobre mi espalda con el pene erecto como el mástil de un barco me dio el placer de una libertad como nunca antes había conocido.

ESALEN Y EL MOVIMIENTO DEL POTENCIAL HUMANO

Aunque la psicología humanista intentó hacer explícito el terreno común de la cultura psicológica multifacética de los años sesenta, que algunos habían llamado el Movimiento del Potencial Humano, y fue Maslow el primero en hacer el intento, me parece que la forma en que la psicología humanista llegó a autodescribirse implicó un estrechamiento de lo que el movimiento vivo comprendía y que incluso Maslow tenía en mente cuando se interesó por las experiencias supremas y los ulteriores alcances de la naturaleza humana.

En una conferencia de la Fundación Menninger a la que me invitaron más tarde en Spring Grove, recuerdo a Charles Muses planteando el tema. Con el tiempo, la institucionalización de la psicología transpersonal fue una reacción implícita al sentido de que el humanismo se había vuelto demasiado secular para incluir la dimensión espiritual del desarrollo humano. Personalmente diría que un *zeitgeist* chamánico inspiró los años sesenta, y una búsqueda psicoespiritual indiferenciada inspiró al Movimiento del Potencial Humano, por más que fuese también verdad que la espiritualidad tradicional estaba en disminución y tenía un muy limitado lugar en los programas de Esalen o en centros de crecimiento comparables. Era cierto que Spiegelberg había estado allí y había inspirado a aquellos que lo escuchaban por su profundo entendimiento de las religiones comparadas (en particular la tradición india), y también era cierto que Alan Watts había sido una especie de embajador del zen y del taoísmo en California, pero no había maestros espirituales tradicionales y el énfasis estaba en la innovación. Spiegelberg propuso la expresión «la religión de la no religión», que me parece que puede servir para describir este peculiar carácter de la nueva cultura en contraste con la

religión reconocida como tal. Diría que había en el aire la conciencia de algo equivalente a lo que Nietzsche había descrito como la muerte de Dios y que ahora, después de décadas de integración este-oeste, se había convertido en una muerte más englobante de las viejas formalizaciones de la vida religiosa. Los nuevos buscadores de esas formas se habían convertido en algo así como películas viejas: algo que no satisfacía su profunda sed espiritual y su gusto por la vitalidad espiritual. Alan Watts había sido sacerdote anglicano, Spiegelberg un teólogo: ambos habían conocido su campo desde el interior muy a fondo, pero habían optado por dejar atrás las viejas vestimentas religiosas. De manera similar, toda una generación parecía estar haciendo lo mismo.

Cuando estuve en Jerusalén, los rabinos daban una charla sobre las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento, y de todas las cosas que se dijeron lo que más me interesó fue la expresión «soplando el viento». No recuerdo ahora que entre los profetas se atribuyera esto al futuro salvador, pero la palabra hebrea *Ruaj*, que significa espíritu y también viento, y que podemos asociar al acto de alejar algo no-espiritual, sugiere que el espíritu es algo que debe ser alejado. Sin embargo, a medida que pienso en el espíritu de la Nueva Era (en el cual se incubó el Movimiento del Potencial Humano), me parece que la frase puede ser una manera muy apropiada de referirse a ello, pues podemos decir que el espíritu de la Nueva Era fue antiespiritual para los literalistas, para quienes estaba compitiendo con la iglesia y vieron a la juventud dionisiaca como insuficientemente reverente ante lo tradicional o demasiado autoindulgente para someterse a la disciplina necesaria de entrenamiento bajo un maestro. Pero creo que no se ha dado suficiente crédito a la profunda espiritualidad y autenticidad necesarias para la percepción de la obsolescencia de lo que en los últimos años vengo llamando la «religión patriarcal contaminada».

Así como es una bendición para un individuo desarrollar una sensación de podredumbre interna, que es el requisito previo para que la maldad, la enfermedad o el pecado sean corregidos o purificados, también creo que la esfera sociológica revela la calidad espiritual de un grupo humano en el que se manifiesten ciertas patologías.

He llamado a la California de entonces como el lugar de El Loco, en referencia al primero y último de los arcanos mayores del Tarot, con el número cero, que representa a un joven que camina con gracioso abandono hacia el borde de un acantilado mientras mira al cielo.

En los años sesenta, los zambullidores me describieron las alegrías de bailar en el aire

antes de abrir sus paracaídas y la alteración de conciencia que esto les inducía, sobre todo cuando se preparaban bebiendo vinagre. Mientras los escuchaba me parecía que el paracaidismo era un símbolo vivo de la voluntad de vivir peligrosamente en presencia de lo desconocido, dejando atrás todos los apoyos acostumbrados y respuestas sabidas. Me parece que, así como la carta de El Loco precede al resto de los triunfos del Tarot, y en el cuento del héroe el primer paso es dejar atrás el mundo acostumbrado, necesitamos reconocer la voluntad de trascender lo conocido como el fundamento precioso de la verdadera búsqueda; un don espiritual que desaparece con demasiada facilidad cuando la espiritualidad imitativa comienza a ser empaquetada y comercializada.

En retrospectiva, me parece que el Movimiento del Potencial Humano, que fue la base viviente de la cual surgió la psicología humanista, fue devaluado de manera parecida a las civilizaciones que han menospreciado sus raíces prehistóricas. A pesar de la importancia en la psicología humanista del ámbito experiencial sobre el intelectual, la necesidad de sobrevivir en un mundo académico, donde la razón es la reina suprema, le fue quitando algo de su magia temprana.

A finales de los años 70 fui invitado a formar parte de un grupo de unas veinte personas reunidas por Rollo May en torno a la idea de formular una teoría de la psicología humanista, durante cinco días, en el hermoso Arizona Inn. Me pareció una conferencia sorprendentemente infructuosa, pese a reunir a personas como Gregory Bateson, Carl Rogers, Will Schutz, Jim Bugenthal, Willis Harman, John Perry, Arthur Deikman, Stan Grof y otros. Estuve la mayor parte del tiempo en silencio, sintiéndome perdido en el laberinto de temas que se estaban discutiendo, que incluían, por ejemplo, la libertad. Alguien, al principio de la conferencia, le había preguntado a Gregory Bateson: «¿Somos nosotros personas que creemos en la libertad más que en el determinismo de la mente?». Y él respondió: «Creo que la libertad que tenemos es como el corcho que flota en la superficie del agua».

Posteriormente Thomas Coon expresaría su noción de «cambio de paradigma», que en la psicología humanista académica se volvió una noción muy importante, pero las personas que adherían a este punto de vista no eran tan representativas del experiencialismo como de un nuevo interés teórico.

Por mi parte, me parece que el meollo de la psicología humanista viva fue una confianza en el despliegue organísmico y en la bondad de la naturaleza interior; una confianza en la intuición y una libertad de presupuestos teóricos preconcebidos,

apoyadas en el entendimiento de que el arte del amor, como el arte de la terapia y el arte de la vida misma, preceden a todas las teorías que se puedan formular al respecto. Parte de esta nueva cultura consistió en que los terapeutas fueron entrenados vivencialmente más que nunca (aunque esto ya hubiera estado presente en el psicoanálisis), y en que el criterio para ser empoderados se basó principalmente en una apreciación intuitiva de la capacidad terapéutica y no en términos académicos.

V. LA ÚLTIMA TEMPORADA EN CHILE

ESALEN EN CHILE Y EL DESAFÍO DE LA VIDA FAMILIAR

Creo que durante el tiempo en que estuve en Santiago, después de mi temporada como becario de la Guggenheim, Cecilia se mudó a París y me pidió que me hiciera cargo del cuidado de Matías, por lo que mi madre alquiló un par de habitaciones para nosotros dos en una pensión modesta de su vecindario. Fue allí donde nos alojamos después de mi llegada, pero solo por unos días, porque pronto Wilma nos ofreció tenernos en su casa, donde Matías ya se sentía más contento por su amistad con una hija suya. Wilma había sido una de las participantes en lo que se fue constituyendo como una pequeña comunidad terapéutica en torno a mis talleres, después de que Héctor Fernández me la recomendará para una sesión psicodélica. Yo la había apreciado mucho como artista, como ser humano y como madre de sus propios hijos.

Cuando volví a ver a Tótila, una parálisis del lado derecho de su cuerpo hacía necesario que lo atendiera una enfermera, quien lo alimentaba y llevaba a dar paseos cortos en el parque frente a su departamento. Durante mi primera visita compartió conmigo una grabación de cantos mántricos védicos que alguien le había regalado, que escuchamos con gran reverencia, al igual que una grabación de una lectura del comienzo del Evangelio según San Juan («En el principio fue la Palabra»). En esta ocasión Tótila me pidió que nos pusiéramos de pie, algo que nunca había propuesto antes. También fue la primera vez que compartió conmigo un texto cristiano.

Creo que visité a Tótila con la misma frecuencia que antes y en cada una de estas ocasiones escuchábamos música o leíamos su propio dictado musical. Una vez escuchamos el último quinteto de Schubert, y vi a Tótila mover los brazos al ritmo de la

música. Me pregunté si estaba invitándome implícitamente a hacer lo mismo, ya que para entonces yo había experimentado (a través del LSD y la marihuana) un cierto grado de liberación motriz expresiva y, por primera vez en mi vida, disfrutaba bailando. Sin embargo, mientras escuchábamos y Tótila dejaba que sus brazos danzaran, yo permanecí quieto.

También debe haber sido en esta época cuando le expliqué que el poema que le había enviado por correo, a propósito del cual había recibido su entusiasta respuesta, había sido escrito como retrospectiva de una experiencia inducida por un fármaco. Como no lo había mencionado en mi carta, quise hacerlo ahora y Tótila reaccionó con preocupación de que las drogas pudieran dañarme. Yo atribuí su preocupación a una excesiva prudencia que era parte de su personalidad, pero algunos años después, en un momento de gran aridez, comencé a fumar marihuana hasta el punto de dañar mi imagen social y tuve que admitir que su preocupación había sido apropiada.

Abe Levitsky había patrocinado una publicación privada de una pequeña edición del dictado de Tótila para el Quinteto para Clarinete de Brahms, y Marilyn trabajaba en la preparación de este pequeño libro que mostraba frente al facsímil de cada una de las páginas manuscritas de Tótila la porción melódica correspondiente extraída de la partitura (con las palabras escritas debajo de las notas musicales correspondientes, como en una canción). Mi aprecio por el trabajo de Tótila había motivado a Abe a producir esta publicación, que permitiría dar a conocer el trabajo de Tótila a directores de orquesta, quienes a su vez lo podrían dar a conocer al mundo. Su participación en este modesto proyecto de publicación había despertado en Abe un interés en hacerle una visita a Tótila. En una de sus cartas me había pedido que le comunicara a Tótila su deseo y la respuesta de Tótila fue simplemente: «Tendrá que darse prisa si quiere encontrarme vivo». Y Abe no se apresuró lo suficiente para que llegara a tener lugar la reunión.

Estuve presente un día en que un neurólogo vino a examinar a Tótila y observó que ya no podía hacerse el nudo de la corbata y que además cometía errores aritméticos. Después de que se fue, Tótila se burló de este especialista, que seguramente estaba bastante en lo cierto acerca del deterioro de su inteligencia práctica, pero que no podía imaginar que la mente de Tótila continuaba evolucionando a pesar de tal incompetencia mundana. Esto me interesó mucho y le pregunté si lo había entendido correctamente, y entonces me confirmó su seguridad de que «la conciencia continúa evolucionando sin fin». Para entonces ya había compartido conmigo que a menudo se sentía visitado por

sus amigos muertos, entre los que mencionó a Mozart y a Alejandro Magno. A este último no se lo había oído mencionar hasta entonces, pero le había dedicado uno de sus primeros poemas.

Por supuesto, también necesitaba volver a conectarme con mi trabajo en el Centro de Antropología Médica. Así como el presidente de la Fundación Guggenheim me había explicado una vez que la fundación apoyaba a personas más que proyectos, tuve la suerte de que Franz Hoffmann siempre me hubiera dado carta blanca para seguir mis intereses, confiando en que todo lo que aprendiera o descubriera sería el mejor servicio que se podría esperar de mí para nuestra universidad y para la sociedad. Me había aventurado en campos aparentemente no relacionados, como en la investigación de la personalidad, en el ámbito de los valores y también, más recientemente, en investigación psicofarmacológica y en psicoterapia psicodélica experimental, y ahora estaba a punto de poner en marcha un ambicioso programa de desarrollo humano que constituiría la primera expresión de lo que iría a convertirse en el proyecto de mi vida: un intento de integrar todos los aspectos del crecimiento psicoespiritual en un único currículo experiencial.

Algún tiempo antes de esto, durante mi ausencia, Franz había invitado al doctor Wolfgang Kretschmer a venir desde Alemania a unirse a nuestro pequeño grupo en el CEAM (Centro de Estudios de Antropología Médica) como director asociado. Era hijo del famoso Ernst Kretschmer (autor de *Genio y Locura*, que había descrito tan bien los caracteres esquizoides y cicloides) y tocaba el clavicémbalo. Su principal interés era la psicoterapia existencial, pero no diría que su presencia fuera suficiente para convertir la promesa de nuestro centro en una realidad. Ya había regresado a su Alemania natal cuando yo volví a Santiago y por ello, en su lugar, me correspondió asumir la posición de director asociado. Poco después de que la hemiplejia de Franz lo obligara a recluirse en casa, pasé a ser el director. Y aunque tampoco logré convertir en realidad el sueño de Franz de una educación médica re-humanizada (en parte como consecuencia de no haberme quedado lo suficiente en mi país), diría que su patrocinio de mis sueños fue fructífero a pesar de todo, ya que me preparó para servir al mundo en lugar de servir a mi propia universidad, y confío en que Franz cosechó un buen karma por obedecer el dictado de su corazón.

En 1973 conduje lo que solía llamar como investigación yagé, que consistió en comparar los efectos de la harmalina y de la mezcalina, y en la que, a pesar de mi

intención original de ser un simple testigo de las experiencias de mis voluntarios, fui descubriéndome más y más en el rol de un terapeuta. Mientras realizaba este estudio comparativo de los efectos de la mezcalina y la harmalina, había comenzado a ofrecerle sesiones de LSD a algunos pacientes y como resultado llegó un momento en que muchos voluntarios o pacientes sentían que habían entrado en un nuevo mundo. Tenían mucho que decir sobre sus experiencias, naturalmente, y ahora que regresaba al país con tiempo por delante me pareció que sería de interés para ellos reunirse y compartir. Los más afortunados entre ellos habían sido tocados por una realidad más profunda, al mismo tiempo universal y completamente individual en su presentación, y me pareció que al discernir tal mismidad más allá de las variaciones individuales podría constituir cierta educación, y así lo sentimos cuando reuní a un grupo de aquellos con los que había estado en contacto individual como voluntarios o pacientes psicodélicos, que incluía a las dos secretarias en el Centro de Estudios de Antropología Médica.

Para alguien que ha tenido una experiencia psicodélica y la buena fortuna de ser expertamente acompañado, es un gran regalo y un tesoro y lleva a que la gente se sienta entusiasmada con la idea de compartir y sea a la vez prudente en la divulgación inapropiada, ya que muchos son psicofóbicos, no solo en el sentido de un rechazo a los psicodélicos, sino también en el sentido de rechazar la profundidad psicológica. El resultado del intercambio demostró ser significativo en nuestro caso. Sin embargo, diría que la naturaleza de su fruto fue más la creación de una comunidad más nutritiva y propicia a la transformación que la participación en una comunidad social más amplia; pues la intimidad involucrada en el intercambio psicodélico puede convertir a un grupo en algo así como una sociedad alternativa, en la que una comprensión compartida de vivencias no ordinarias invita a una mayor libertad.

Esto, diría yo, fue la clave de lo que se desarrolló más tarde en mis grupos en Chile, más allá de cualquier técnica. Al principio estas técnicas habían sido las de la terapia Gestalt y de los grupos de encuentro, pero ahora, cuando después de completar mi beca Guggenheim había regresado con la perspectiva de un tiempo más prolongado en el país, concebía la creación de un programa integral de desarrollo humano.

Al principio todo lo que se hacía en las reuniones de nuestro grupo se llevaba a cabo bajo mi guía inmediata. Poco a poco comencé a introducir una serie de ingredientes, como ejercicios para el desarrollo de la atención, inspirados en mi contacto con la Escuela Gurdjieff en Perú, o leyendo los ejercicios psicológicos de Orage, u observando

la experiencia en el contexto de la relación con otros a través de la verbalización, como en la terapia Gestalt, y en silencio, tal como se practica en la meditación Vipassana, que había descubierto con gran entusiasmo a través del libro *The Heart of Buddhist Meditation* de Nyanaponika Thera (que incluía el famoso sutra sobre los Fundamentos de la Atención Plena), en el que encontré la mejor formulación que había conocido hasta ahora para el entrenamiento de la atención.

Luego comencé a diseñar ejercicios que combinaban conciencia y comunicación, que tuve la oportunidad de desarrollar un par de años más tarde, cuando recibí la invitación de ofrecer un taller por parte de los estudiantes de la Universidad de Stanford, a quienes les propuse uno que combinase las prácticas de dejarse ir y de no hacer.

Todavía no había escuchado la palabra *microlab*, que había comenzado a usarse para un proceso grupal, donde el trabajo se realiza en pequeños grupos que operan sobre la base de un proceso prediseñado dentro del contexto de la comunidad en general. Con el tiempo me convertí en un especialista en la creación de fórmulas terapéuticas para personas interesadas en trabajar en sí mismas con el estímulo y la ayuda de los demás.

Posteriormente quise que los alumnos del nuevo Instituto para el Desarrollo Humano pudieran estar expuestos a maestros representativos, en el contexto de un currículo multidimensional que abarcara aspectos básicos del crecimiento humano que Esalen había incluido en sus talleres, pero que no había integrado en forma de un programa. En otras palabras: solo se ofrecían talleres breves entre los que las personas podían elegir, y no actividades integradas en un programa integral.

Con respecto al cuerpo, recluté los servicios de mi amigo Abraham Freifeld, que entonces era un profesor calificado de esgrima húngara (y que más tarde se convertiría en un conocido terapeuta Gestalt y practicante de aikido). Pero no solo quería un ingrediente de entrenamiento en la esfera perceptual y motriz, sino también en la expresividad, y para ello recluté a mi amiga Tussi, bailarina de nuestro grupo, a quien le pedí que enseñase movimiento expresivo y mímica y que, por su entrenamiento Subud, fue capaz de transmitir la práctica llamada Latihan, que implica la rendición a la espontaneidad más profunda de la mente.

También quise incorporar a las actividades de este grupo algo de comprensión de la experiencia espiritual, a través de escritos que me parecieron inspiradores. Comenzamos con *The Islanders* de Idries Shah, y continuamos con *The Sultan's Lost Slipper* de Heinrich Zimmer. Este comienzo de un currículum en espiritualidad integradora me

serviría más tarde como trasfondo para escribir *The One Quest*, un texto que produje poco después de mi regreso a Estados Unidos y que fue la explicitación de muchas cosas que había llegado a entender a través del contacto directo con la práctica.

Pasé mucho tiempo durante esos días en el Instituto de Psicología Aplicada, que había sido creado recientemente por mi amigo Héctor Fernández, y que había sido, hasta cierto punto, la cristalización de las reuniones que algunos de mis amigos y yo mantuvimos con él después de que quisimos aprender de su enfoque de Karen Horney. Quisimos prestarle apoyo a su iniciativa de crear una empresa a través de la cual pudiera canalizar sus energías y talento después de retirarse del mundo de los negocios. El ambiente que la IPA me ofreció era mucho más adecuado para lo que estaba haciendo que mi pequeña oficina en un área semiderruida de la Escuela de Medicina, que originalmente había pertenecido al Departamento de Fisiología y que yo había pintado de negro para poder usarla como laboratorio para la administración del test de Witkin, donde se le pide al paciente que busque la vertical cuando la única referencia visual es un cuadrilátero fosforescente inclinado. Me había parecido una buena manera de medir la capacidad de las personas de juzgar las cosas independientemente del entorno, y era una de las pruebas que consideraba relevantes para evaluar que los estudiantes de Medicina se fuesen encontrando a sí mismos. En el IPA, en cambio, ocupé una oficina grande en una casa grande y espaciosa de estilo colonial, construida en torno a un patio central, y a esta oficina trasladé mis numerosos libros, que incluían los que había heredado de mis padres. Aquí me deleité con la hospitalidad de Héctor y también disfruté de la cálida atención de una mujer cuyo nombre ya he olvidado, que no solo era una excelente ama de llaves, sino una persona con un gran corazón.

Otro ingrediente se agregó a nuestra vida grupal, cuando por primera vez invité a todos los participantes de nuestro instituto emergente a una sesión grupal psicodélica. Fue una consecuencia natural de mi aprendizaje en el grupo de Leo, que también se había vuelto para mí un lugar de crecimiento y de experimentación anónima con los primeros fármacos que había introducido a través de sesiones individuales: la harmalina, el MMDA y luego la ibogaína.

Cuando le describí estas experiencias a Michael Murphy, en mi viaje a California, comentó alegremente: «Caramba, podríamos llamarlo Esalen en Chile». Así se llamó durante algún tiempo en la contraportada del catálogo de Esalen. Pero en Chile continuamos llamándolo Instituto para el Desarrollo Humano y sin siquiera solicitarlo

recibí una oferta de algunos fondos del Senado chileno para invitar a profesores extranjeros a nutrir la escuela con la que había soñado. Especialmente esperaba invitar a Jim Simkin, pero después de mi regreso a Estados Unidos el proyecto que había dejado en manos de Héctor en Santiago fue descuidado.

En mi oficina de la Escuela de Medicina continuaba involucrado en proyectos de investigación, que al final contribuyeron a mi propio desarrollo intelectual y al de algunos colaboradores, pero que nunca llegaron a publicarse, excepto en el caso de estudiantes de psicología a quienes les dirigí sus tesis. Una de estas versó sobre la percepción de atributos expresivos, que esperaba correlacionar con la riqueza de la vida interior, a su vez un posible índice de deshumanización. Estaba buscando una dimensión de la personalidad que fuera más allá de los rasgos superficiales de la psique y que de alguna manera me sirviera como una manera de «pesar almas». También seguía interesado en el ambicioso proyecto de Cattell de esclarecer las dimensiones básicas de la personalidad a través del análisis factorial.

Un día Franz me contó un sueño reciente, y yo le respondí de la manera que había aprendido con Fritz, sugiriendo que se imaginara ser un determinado objeto y le diera una voz, y ello le resultó tan revelador que a partir de ese momento quiso que me volviera un maestro para el resto de su personal. Pero yo estaba muy lejos de sentir la autoridad interna requerida para adoptar un rol terapéutico hacia mis compañeros. Sentí que solo podía ayudarlos desde una posición de dominio que no estaba disponible para mí al tratar con estos viejos amigos (aunque hubiera sido posible para mí en el entorno de Esalen con personas que venían a mis talleres y que no conocía). Mientras estuve en Esalen, podía volverme asertivo imitando el rol de Fritz, aunque fuese en esa medida limitada en que una persona muy tímida puede ser confrontativa. De esta manera podía ser útil, como también entre mis pacientes, sujetos experimentales o participantes en la comunidad terapéutica informal que se iba formando a mi alrededor; pero en casa, por así decirlo, mi inseguridad era demasiado grande y en aquel tiempo me di cuenta de cuán grande era mi tabú respecto a la toma de una posición de autoridad. Lo asocié a mi incapacidad de contar chistes en presencia de mi padre, que era conocido por su notable humorismo, a pesar de su deseo de verme menos inhibido y más viril. Y así como mi timidez, el miedo al rechazo y la falta de cuidados me convirtieron en una pobre figura paterna para las hijas de Marilyn y no pude asumir el papel de una figura paterna en el trabajo con mis colegas menos experimentados.

Entonces, no establecí relaciones profundas con mis colegas en el Centro de Antropología Médica, con la única excepción de alguien a quien había recomendado personalmente para su inclusión y cuya tesis también dirigí en la Facultad de Psicología: un hombre de gran talento llamado Rolando Toro, a quien consideré un amigo, pero a quien no estuve dispuesto a defender como él hubiera deseado después de haber abusado de una paciente en un trance hipnótico y de haber sido denunciado por ella. Cuando se discutió el tema en una de nuestras reuniones, Franz Hoffmann tampoco lo apoyó y la reacción de mi amigo, demasiado impulsivo, fue intentar darle un puñetazo en la cara, aunque dos de mis amigos detuvieron el golpe a tiempo. Yo solo fui testigo mudo de la escena y luego, para mi sorpresa, vomité: una reacción sin precedentes en mi vida. Mi viejo amigo me calificó de zorro y nunca me perdonó lo que consideró una traición, aunque logré aplacar al médico de la familia de su paciente, que quería llevarlo a juicio. Luego, en el extranjero, se hizo mundialmente famoso a través de lo que primero llamó psicodanza y luego biodanza.

Pasé mucho tiempo en mi pequeña oficina de paredes negras a la que Loreley insistió que trasportase un piano vertical. No solo me apasionaba mi trabajo, sino que también me estaba gustando tomarme unas vacaciones lejos de Marilyn. Estar con ella siempre fue una escuela para mí: tanto un desafío como un estímulo para el crecimiento. Sin embargo, así como en mi vida psicodélica nunca más pude entrar en la dimensión totalmente trascendente de mi primera sesión de LSD con Leo, también en mi vida con Marilyn no fui capaz de mantener el esplendor de nuestros primeros tiempos juntos. Cuando se acercaba la hora de mi próxima partida de Berkeley, recuerdo que Marilyn me comentó que era como si ya me hubiese ido y que eso no le gustaba. Intuía que mi mente estaba ya deseando volver a Chile, que imaginaba como un tiempo de libertad al no tener una agenda a la que responder.

Después de regresar a Chile, seguí sintiéndome enamorado de Marilyn, y me comuniqué apasionadamente con ella por correspondencia, pero sufría porque, aunque sintiese que mi amor por ella era algo precioso, me dolía cuando me escribía diciendo que estaba encaprichado con ella y que la había idealizado. Por otro lado, yo imaginaba que ella no se sentía lo suficientemente digna de ser amada e invalidaba lo que la vida le estaba ofreciendo. Pero ella siempre estuvo dispuesta a aceptar mis preferencias por lo que yo quisiera hacer y este sentimiento desconocido de tener su apoyo para hacer lo que quisiera la había hecho preciosa ante mis ojos. ¿No había estado acaso abierta a la

posibilidad, antes de mi regreso anterior a Chile, de que pudiese elegir quedarme con Loreley?

Había sentido, cuando mi última temporada de Guggenheim estaba por terminar, que volvería a encontrar la manera de regresar a Berkeley y a Marilyn en el futuro, pero no era ni un plan definitivo ni un compromiso, y gratamente esperé la hora de estar solo de nuevo.

Mi bienestar y mi cómoda y cálida melancolía llegaron a su fin cuando Marilyn me telefoneó varias semanas después de mi regreso a Santiago para decirme cuánto me extrañaba y cuánto deseaba venir a Chile. Acepté su pedido, pero mi anuencia fue prematura y no más sincera que mi oferta de casarme con Cecilia años antes. Pude entender la intensidad del deseo de Marilyn, que había aflorado a su conciencia en el curso de un viaje de psilocibina con Leo, y también pude entender que a Leo (conociendo su carácter demasiado complaciente) le había parecido apropiado estimularla para que me dijera lo que quería. El hecho es que, aunque no deseaba que viniera a reunirse conmigo tan pronto, no fui capaz de decirle que no; y después de traicionarme a mí mismo me sentí resentido por la interrupción de mis felices circunstancias. Tanto fue mi enojo, mientras me alejaba de la compañía telefónica adonde había acudido para recibir la llamada de larga distancia de Marilyn, que implícitamente buscando una venganza me acerqué a una prostituta callejera. Mi experiencia con prostitutas había sido muy limitada, y no recuerdo una instancia posterior. En la primera ocasión, cuando todavía asistía a la Escuela de Medicina, había visitado una calle donde me habían dicho que aguardaban a sus clientes en las puertas de sus casas, y una noche me había acercado tímidamente. Debo haber regresado tres o cuatro veces después, buscando algo de placer clandestino. Posteriormente, cuando trabajaba como secretario privado para el Ministro de Salud y me habían pedido consejo acerca del conflicto entre un barrio de prostitución específico y el mercado de pulgas contiguo, visité el lugar en cuestión como cliente y me sentí agradecido por la ternura bondadosa de una mujer.

No creo que pensara en tales episodios una vez que terminaron, pero debo haberme sentido más culpable de lo que creía, porque una noche, no mucho después de haberme casado con Cecilia, iba al volante y me pareció que Cecilia lo había percibido, mientras pasábamos junto al parque en cuyo borde solían verse prostitutas, y sentí como si mi panza se hundiera por un repentino pánico. Ciertamente, yo aún no había trascendido el

condicionamiento que la mayoría de nosotros recibimos durante la niñez en Chile, asimilando el deseo sexual con la suciedad y el pecado. Para liberarme debí esperar el paso de los años y la atmósfera saludable de California. De hecho, recuerdo haber notado lo poco interesante que me resultaba ver a prostitutas ocasionales allí, donde además noté cómo la prostitución parecía estar desapareciendo, debido a que era un lugar de libertad sexual.

Lo que me habría sido inconcebible mientras estuve enamorado, de pronto me pareció congruente con una sed de amor no satisfecha; pues de un momento a otro, al renunciar a mi libertad de ser yo mismo, sentí que implícitamente había perdido a Marilyn, aunque aún no lo supiese. Con mi gran amor desaparecido de repente, el deseo sexual lujurioso era una expresión de rabia, un sustituto pobre de mi abundancia perdida; y como si la vida quisiera agregarle un toque sórdido al ya sórdido paisaje de mi mente, me infecté de piojos y la necesidad de erradicar el parásito introdujo algo así como un signo exclamativo en la historia de mi vida, justo en el punto de inflexión de mi viaje interior. Así como me había ocurrido cuando caí en la tentación de enojarme con Loreley a mi retorno de mi primera visita a Berkeley, ahora caía de un océano de éxtasis a un charco estrecho, oscuro y sucio; de ese estado interior que describía a mis amigos como «pisar el suelo con toda la planta de los pies» a una forma de estar en el mundo que había dejado atrás en el curso de mi peregrinaje en California.

Al escribir sobre este momento de desvío del camino correcto no solo lo asocio al resentimiento hacia Loreley, sino que incluso antes, cuando Aya llegó a interesarse en mí demasiado tarde, después de su indiferencia original, y también le hice sentir mi venganza a través de un distanciamiento.

Siempre me inclino a enamorarme demasiado y demasiado pronto, en lugar de esperar a que se establezca una confianza basada en el conocimiento mutuo y en la realidad. Mi amor siempre ha sido como un cheque en blanco que no hace preguntas hasta que llega un momento en que, decepcionado, me alejo, dejando solo a una parte de mí involucrada en una relación amorosa, sin apenas darme cuenta de cuánto me he alejado y ausentado.

Todavía estaba en una pensión cerca de mi madre, pero ahora necesitaba una casa para recibir a Marilyn (que se proponía viajar con sus hijas, Suzy y Clara). Entonces alguien me habló de un lugar disponible para alquilar frente a las personas de mi grupo que tenían hijos, y ello me pareció afortunado.

La venida de Marilyn significó un episodio de vida familiar con Matías y sus dos hijas

más jóvenes, y la experiencia de esos meses me dejaría con una pobre impresión de mi disponibilidad para la crianza. Mi relación con Matías continuaba siendo intensa, pero nunca fui un padre para las niñas de Marilyn. Al igual que en Berkeley, donde me sentí supernumerario, al saber que ellas tenían su propio padre a la vuelta de la esquina, durante esta temporada en Santiago se mantuvo mi falta de intimidad con ellas.

Mi resentimiento hacia Marilyn aumentó después de que compartimos experiencias recientes y ella me contó de una breve relación amorosa que había tenido con Jack Downing. Aunque aprecié su sinceridad, también la culpé por no habérmelo comunicado antes, cuando nos escribíamos. Solo podía tener cierta esperanza de que en Santiago ella pudiera encontrar alguna compensación en el ambiente terapéutico que me rodeaba y en algunas nuevas amistades. Asistimos a las reuniones del grupo local Gurdjieff, donde apreciamos especialmente los movimientos, y ella ofreció un recital de violonchelo que recibió una buena crítica. Sin embargo, de nadie recibió tanto aprecio como de David, que parecía verla como yo mismo la había visto durante mi estancia en Berkeley, entusiasmado con su imagen de Madonna.

Por mi parte, seguí experimentando con algunos nuevos derivados de la anfetamina sintetizados por Sasha: ahora las diferentes variedades de MDMA y de TMA, así como con el DMMDA, que administré en sesiones individuales. También continué mi investigación con la ibogaína y realicé sesiones psicodélicas de terapia grupal (con mezcalina, con varias combinaciones de harmalina y algunas fenetilaminas), y recurrí a una gama más amplia de sustancias que aquellas que Leo había puesto a disposición de los que estábamos en su grupo. Tenía la suerte de estar en Chile, donde en aquel tiempo no existía «el problema de las drogas» ni la prohibición de los psicodélicos. Cuando conocí a Stan Grof después de mi regreso a California al año siguiente (en una ocasión en que Betty Eisner nos invitó a ambos a participar en una mesa redonda en algún hospital de California), me pareció que nuestra situación había sido similar, excepto por el hecho que él le había dedicado su libertad a la República Checa con el trabajo con LSD, mientras que yo en Chile me había interesado en conocer los psicodélicos menos conocidos.

El grupo que se formó justo antes de la llegada de Marilyn a Chile, en el que después ella también participó, constituyó la prehistoria de mi trabajo, cuyo verdadero comienzo se desarrolló después de mi peregrinación en Arica en 1970, que precedió el comienzo de lo que podría llamar mis años carismáticos. Solo una cosa extrañé durante este tiempo

en Santiago: la oportunidad de recurrir a la ayuda de Fritz para sanarme de mi resentimiento hacia Marilyn, que nos entristecía a los dos. Esta oportunidad se presentó providencialmente solo un par de meses después de su llegada.

Durante una de mis noches en el Instituto de Psicología Aplicada recibí una llamada de larga distancia de Dick Baker (más tarde conocido como Baker Roshi, el sucesor de Suzuki). Lo había conocido a través de las primeras publicaciones de *Windmill*, un diario de la sangha de Suzuki, pero ahora estaba trabajando para el programa de extensión de la Universidad de California y me llamaba para invitarme a participar en una primera conferencia sobre el LSD, que tendría lugar en el campus de Berkeley, reuniendo a los pioneros más conocidos en este campo: Frank Barron, Tim Leary, Houston Smith, Allen Ginsberg y otros. Le pregunté si sería aceptable que en lugar de hablar sobre el LSD presentara mis hallazgos recientes sobre el uso terapéutico de la ibogaína, y aceptó. Por supuesto acepté también, pero no tanto por la oportunidad de ser incluido en la conferencia como por la ocasión de un viaje pagado a California para poder visitar a Fritz y obtener su ayuda.

SOBRE CÓMO LA CONFERENCIA DEL LSD ME LLEVÓ A FRITZ NUEVAMENTE Y A UNA INESPERADA DECEPCIÓN

Por más que fuese un honor estar entre los pocos oradores en esta Primera Conferencia sobre el LSD, organizada por la Extensión de la Universidad de California, sentía que había perdido tanto mi bienestar como mi felicidad familiar. Por ello tan pronto como llegué a California, aún antes de la conferencia, fui a ver a Fritz a Esalen y le dije que me interesaba poder recibir su ayuda durante esta temporada. Luego de escuchar mi breve descripción del problema, hizo un gesto de sincera solidaridad y mencionó que él también estaría asistiendo a la conferencia del LSD, por lo que podríamos regresar juntos a Esalen y podría haber lugar para mí en un taller programado para esas fechas.

Tal vez lo más interesante del breve congreso fuese lo dicho por Tim Leary, pero diría que el punto culminante fue la oportunidad que tuve de invitar a Allen Ginsberg a subir al escenario justo después de terminar de hablar. Me había interesado por él con ocasión de mis investigaciones sobre el yagé cuando, justo después de regresar de mi viaje al Putumayo, leí la historia recientemente publicada de sus experiencias en Perú en compañía de William Burroughs. Me sorprendió que no comentara la diferencia cualitativa entre la experiencia con ayahuasca y sus experiencias con el LSD, de modo que me interesaba hablar con él este tema. Cuando tuve la oportunidad de intercambiar algunas palabras con él más tarde, pude confirmar que, efectivamente, no había notado una diferencia entre ellos.

Cuando estaba en el escenario y de pie frente al micrófono, después de terminar mi conferencia sobre los efectos y uso terapéuticos de la ibogaína, Ginsberg asomó por la puerta que daba a la parte posterior del auditorio y pude notarlo porque muchas personas

se volvieron hacia él y una ola de alegre sorpresa pareció correr por la sala de reuniones. Las autoridades no lo habían invitado, temerosas de su prominencia como activista del LSD. Les preocupaba atraer a demasiados hippies y por ello habían decidido trasladar desde Berkeley a San Francisco el sitio de nuestra reunión, en un intento de hacerlo parecer como más profesional y alejarlo de los jóvenes del campus de Berkeley. Aproveché la oportunidad y mi posición privilegiada para invitarlo a subir al escenario y tomar el micrófono, lo que por supuesto hizo sin que nadie objetara. Tenía mucho que decir porque acababa de comparecer ante el Senado en Washington para argumentar a favor de los psicodélicos. Recibí un reconocimiento por mi iniciativa a través de mi foto en la primera página del *San Francisco Chronicle*.

Ya no recuerdo lo que dijeron Michael Harner y Frank Barron en este memorable congreso, pero me interesó mucho lo que Ram Dass (a quien había conocido en su encarnación previa como Richard Alpert) describió a propósito del ahora famoso experimento de Zihuatanejo, en el cual un grupo había tomado LSD diariamente durante cuarenta días con la esperanza de una transformación permanente, y se decepcionaron de que ello no sucediera.

Ya había visitado a Tim Leary en su casa de Berkeley en compañía de Frank Barron antes de los días de su encarcelamiento, pero nunca lo había escuchado en una conferencia pública. Lo que dijo podría resumirse en su conocido eslogan «enciéndete, sintonízate, corta amarras»², que se convertiría en el mensaje de la contracultura. Fue brillante. En cuanto a mi propia conferencia sobre mis experimentos con la ibogaína, lamento que mi trabajo sobre el tema se haya perdido, pero la oportunidad de presentarlo me puso en contacto con la esposa de mi héroe juvenil Linus Pauling y con Howard Lotsoff, quien más tarde promovió el uso de la ibogaína como tratamiento para las adicciones. También encontró un eco en el *San Francisco Examiner* en el artículo del 16 de junio de 1967 titulado «African Drug, Aid to Insight, UC Panel Told»³.

Una vez que hubo terminado el Congreso sobre el LSD, conduje a Fritz de regreso a Esalen en su pequeño Volkswagen. Pero antes nos desviamos para detenernos en mi casa de Berkeley, porque quería mostrarle el manuscrito del libro que había terminado recientemente sobre el uso de la terapia Gestalt en pacientes bajo el efecto de MMDA. Mi tesis era que los psicodélicos no funcionan con un enfoque analítico, sino que requieren de un enfoque experiencial. Al pasar de mi temporada de trabajo con el MDA al uso de un nuevo fármaco llamado MMDA, había podido comprobar que, a diferencia del MDA, que

muy a menudo lleva a las personas al pasado, el MMDA lleva a un viaje en el presente y por ello parece especialmente hecho para la terapia Gestalt. Me sentí ahora muy feliz de que él aprobara tanto la idea como lo que leyó, mientras hojeaba mi manuscrito, aunque un poco más adelante el asunto pendiente de cómo llamar al libro iría a llevarnos (para mi sorpresa) a una interrupción de la amistad.

Mientras nos dirigíamos hacia Big Sur, Fritz me habló con entusiasmo de una experiencia reciente que había tenido con la psilocibina que yo le había entregado durante nuestro último encuentro, como mensajero de Leo. Me explicó que había revivido su vida embrionaria y que esto lo había dejado muy satisfecho. Su agradecimiento parecía no extenderse solamente hacia Leo, sino también a mí, que le había entregado el precioso regalo. Luego, aprovechando la oportunidad, le dije que, a pesar de que al parecer no encontraba mis emociones, sospechaba que mi intenso deseo de sentir me estaba provocando los movimientos extraordinarios que habían estado inspirando mi baile, y que me parecían no ser propiamente míos sino el resultado de algo como una experiencia de posesión. Después de escuchar esta breve descripción de mi experiencia de movimiento espontáneo (que una vez había presenciado en el curso de un taller anterior, cuando me había permitido convertirme en una deidad iracunda), me dijo en tono desdeñoso: «Tú no eres tú mismo, sigues siendo tu madre»; cosa que no puedo decir que entendiera entonces ni después, y mientras escribo ahora sospecho que resultara de una tendencia suya a despreciar lo que no entendía y evitar una confesión de impotencia. Mucho más aprecié la reacción de Jim Simkin, quien, al escucharme describir mi experiencia numinosa con mis manos, comentó: «Manos y santidad, ese es un tema que me interesaría explorar contigo». En todo caso, al no sentirme comprendido por Fritz en esta ocasión, dejé de insistir en el tema.

Mi encuentro más contundente con Fritz ocurrió cuando estaba escribiendo un libro sobre la extensión de la terapia Gestalt a la situación psicodélica.

Cuando llegamos a Esalen Lodge, justo antes de su taller, le dije a Fritz que aún no tenía un título para el libro que le había mostrado y, después de que permanecimos en silencio por un tiempo, me aventuré a preguntarle qué le parecía «Una nueva visita a la Terapia Gestalt» (Gestalt Therapy Revisited), un eco del libro que Huxley había llamado «Brave New World Revisited» y que sugería la potenciación psicodélica del poder terapéutico de la Gestalt; pero llegué a lamentar que no se me ocurriera proponer «La Terapia Gestalt en una nueva clave» (que le podría haber gustado más, ya que le había

entusiasmado el libro *La Filosofía en una nueva clave* de Suzanne Langer). Fritz se sintió visiblemente ofendido y me respondió: «Así es que quieres superarme». Intenté explicarle que de ninguna manera era esa mi actitud y que más bien me sentía como una rama de un árbol en el que él era el tronco, y que por supuesto quería que el libro fuera recibido como un homenaje a él, de quien había aprendido y a quien además tenía que agradecer el haberme tenido bajo su protección. Pero, notando que no lograba disipar la molestia de Fritz, le pregunté si sabía la respuesta de Stekel a los críticos que, acusándolo de escribir con demasiada independencia respecto de Freud, le habían preguntado: «¿Puede un enano ver más que un gigante?». Stekel respondió que si un enano se para sobre los hombros de un gigante puede ver más que el gigante, con lo que, por supuesto, se había referido implícitamente al proceso de evolución cultural en el que quien viene después tiene algo más nuevo que contribuir; y al citarlo yo insinuaba que también era parte de una nueva generación que estaba sobre sus hombros. Fritz me preguntó: «¿Sabes cuál fue la respuesta de Freud?». Y ante mi interés por conocerla respondió con una supuesta continuación de la historia que nunca había escuchado antes: «Un piojo en mi cabeza no ve más que yo». Su voz era firme y su gesto el de encoger los hombros. «¿Dijo eso realmente o es esto algo que tú me estás diciendo?», le pregunté entonces, y me respondió: «Solo te cuento la historia». Pero no le creí y me sorprendió que, a pesar de ser alguien que normalmente no tenía problemas en ser directo, esta vez mentía.

Después de este breve intercambio, me dijo: «Este fin de semana está realmente lleno; no puedo invitarte a mi taller después de todo». Y cuando le dije que era muy importante para mí, simplemente se encogió de hombros y dijo: «Tendrás que consultar con la gente de allí», que era lo que ya me había dicho. Entre las personas que asistían estaban George Brown y Cindy Werthman, entre otros a quienes conocía, que me aceptaron sin problemas, pero sintiendo que Fritz no quería trabajar conmigo me abstuve de reclamar su atención hasta que otros tuvieron la oportunidad de pasar por la silla caliente. Solo en el último día de la sesión le dije a Fritz: «Quiero trabajar contigo». Pero su respuesta fue: «No te creo».

¿Y qué podía yo hacer para que me creyese, además de hablarle desde mi experiencia del momento? «Es mucho lo que quiero trabajar contigo, Fritz. Y siento que tengo una necesidad urgente de hacerlo. Por eso he venido desde Chile». «Creo en las acciones, no

en las palabras», replicó, «lo que quieres es superarme, no trabajar conmigo». ¡Y no me quedó otra cosa que hacer y aceptar su negativa!

Después de que el taller terminó, durante el almuerzo de ese domingo, pude ver que se sentía mal. Se acercó a mí y cuando me preguntó si me interesaría encontrarme en su habitación con un pequeño grupo que estaba entrenando, agradecí la nueva oportunidad que me estaba dando. Pero la sesión de terapia que por fin me dio resultó ser un desastre. Fue sumamente obstructivo conmigo, culpándome por algo que no formulaba de manera explícita y que yo no podía entender, por lo que me acusó de ser estúpido. En cierto momento le dije: «No entiendo, Fritz. Me siento confundido».

Y su respuesta fue: «Eres un hombre inteligente y un psiquiatra. Comprendes perfectamente bien. ¡Me das náuseas! ¡Vete de aquí!».

Confuso y dolido, nuevamente sentí que nada podía hacer, que la sesión ya había terminado y que no me quedaba otra opción que salir de la habitación y alejarme.

Cuando compartí lo ocurrido con Michael Murphy y otros, no estuvieron muy sorprendidos por el comportamiento de Fritz y me apoyaron, pero no me pude formular un juicio claro, porque de alguna manera confiaba en que al desafiarme tan profundamente y exponerme a su propia agresión Fritz me estaba regalando algo que aún no llegaba a comprender. Y cuando volví a Chile, siempre dolido y confundido, no lograba discernir si Fritz era simplemente un matón muy competitivo y desconfiado, o si tenía razón al rechazarme con tanta violencia. Más adelante pude ver que nada le disgustaba de mí tanto como ser un niño bueno, que seguía creyendo que él era un buen terapeuta aunque en su rabia competitiva me estuviese dando patadas. Incluso imagino que lo que le estaba dando ganas de vomitar era precisamente que yo no me enojase con su forma de tratarme.

Posteriormente, cuando volví a Estados Unidos, lo vi en Esalen, donde estaba de visita mientras yo también dirigía un taller (ya que para entonces me estaba haciendo famoso por mis seminarios), y no me acerqué a él, ya que ni confiaba en él ni lo había perdonado, y no había llegado a la apreciación retrospectiva que he descrito. Pero más adelante, cuando nuevamente coincidimos, se acercó al lugar donde yo estaba sentado en el restaurante y me dijo que, por la calidad del trabajo de personas como Bob Hall y yo, la Gestalt estaba en buenas manos, y que ahora podía morir tranquilo. Por supuesto me alegré de escucharlo y agradecí su deseo de restablecer una amistad perdida, pero aún me sentía demasiado resentido como para aceptar sus expresiones de amistad y me tomaría

más tiempo digerir la situación inacabada. Solo algún tiempo después de su muerte pude comprender nuestra situación inconclusa desde una mayor altura, por así decirlo, en el curso de un retiro espiritual que fue como un nuevo comienzo de la vida, en 1970, en el desierto de Arica.

3

CARACAS

Algún tiempo después de mi regreso a Chile desde California, una maestra en la tradición de Gurdjieff que enseñaba en Nueva York y se llamaba Dorothea Dooling (ahora recordada como fundadora y editora de la revista *Parábola*) visitó la escuela de Gurdjieff en Santiago, y dado que yo asistía a las sesiones y que varios de los líderes de esa escuela visitaban en secreto mi grupo (y estaban muy impresionados por la experiencia de hacerlo) era natural que quisieran presentármela.

Después de hacerme algunas preguntas, Dorothea se mostró bastante crítica por mi interés en la práctica espiritual de Subud, el laithan, y me advirtió sobre el peligro de rendirse ante fuerzas negativas, pero pareció lo suficientemente interesada en mí como para invitarme a una novedosa situación de enseñanza que se estaba preparando en Caracas, en la casa de Natalie, la hija de Madame de Salzmänn.

Me explicó que el inicio de la Segunda Guerra Mundial había precipitado el abandono del Prieuré (la mansión de campo donde se había establecido la comunidad de Gurdjieff, en Fontainbleau) y la etapa residencial del trabajo había cesado; pero ahora se había concebido un plan para renovarlo durante un tiempo limitado para que un pequeño grupo de personas escogidas de diferentes lugares del mundo pudiera estar expuesto a los maestros más importantes. Yo estaba entre los seleccionados desde que acepté la invitación, y esto precipitó el regreso de Marilyn y sus hijas a Berkeley. Dejé la casa que había estado alquilando, regresé a la casa de mi madre en la Avenida Santa María, no lejos de la Facultad de Medicina, y seguí cuidando a Matías.

Le expliqué a Tótila que deseaba aceptar esta invitación durante un tiempo limitado, pero después de llegar a Caracas quise regresar pronto a Santiago para estar con él,

porque sentía que podría no vivir mucho más y que mi presencia allí sería más significativa.

Uno de mis recuerdos más vívidos de mi época en Caracas fue raspar una pared. Natalie me había asignado esta tarea para que se repintara, y fue un trabajo adecuado para la práctica meditativa de estar en el presente en el cuerpo y en los sentidos (en vista de su monotonía y repetitividad), mientras optimizaba mi actitud hacia el aquí y ahora. Creía en la teoría de que estar en el ahora, donde sea que estuviese, era en sí mismo un logro, y por eso me repetía en respuesta a mi propio cuestionamiento obsesivo sobre dónde debería estar: «Calla tu mente, estate aquí», aunque nunca llegué a una convicción completa de que estaba en el lugar correcto.

¿No era el caso de que, sea donde sea que estemos en el momento presente, debemos estar abiertos al mensaje de una voluntad más profunda, que bien podría estar diciendo «márchate de aquí»? Dudaba de que fuera bueno que me fijara compulsivamente de acuerdo con un programa intelectual o a una fórmula, y conjeturé que estar en el ahora implicaba estar abierto a la voz de mi conciencia, que me decía «tu lugar no está aquí, te corresponde estar con Tótila».

Mi estadía en Caracas solo duró dos meses, y me pregunto si no provoqué mi expulsión inconscientemente. Me pidieron que me fuera porque había roto una promesa y me sorprendió que pudiera haberla olvidado. Le había pedido a Natalie permiso para visitar algunos hospitales con motivo de conferencias y demostraciones sobre los efectos de nuevos psicodélicos, y había aceptado su pedido de no ofrecerle psicodélicos a nadie en el trabajo. Sin embargo, hice una excepción con una de las alumnas avanzadas que me lo requirió y fue como si me hubiera olvidado de mi compromiso. Algo similar me había sucedido años antes, cuando tomaba lecciones de alemán con Ruth Albert. Ella las canceló después de que me olvidara de asistir varias veces, a pesar de que yo mismo no había registrado mi pérdida de interés. Ahora ya no puedo reconstituir a qué se debía este apagamiento del interés en mis lecciones de alemán, aunque imagino que puede haber tenido algo que ver con mi desaprobación de su resentimiento hacia Tótila, a quien ya no le interesaba su éxito como escultor y se estaba dedicando completamente a la poesía; o quizás desaprobé que no creyese lo suficiente en Tótila como poeta. Supongo que fui condescendiente y amigable en la superficie y mi desaprobación inconsciente se expresó a través de mis acciones.

En Venezuela también sentí un gran alivio cuando me pidieron que me fuera. Sabía

entonces que una gran dificultad de decir «me voy» había sido una característica de mi personalidad, complementaria a mi tendencia a la retirada; y también que siempre me había resultado difícil hacer lo que quería hacer (y más decir «esto es lo que *quiero* hacer») sin tener que explicar mis deseos como alguien que busca aprobación.

En Caracas me había visto envuelto en el mundo ideológico de una comunidad provincial de creyentes que se consideraban representantes de la única escuela espiritual verdadera en el mundo, por lo que deben de haberse preguntado cómo alguien podría querer estar en otra parte. Y también debo haber sentido que había tanta disonancia entre mi papel como un estudiante ejemplar en el trabajo y el tipo de persona que simplemente sentía ganas de irse con su verdadero maestro, que prestarle atención a mi impulso parecía muy difícil de justificar, en vista de las firmes convicciones y fuerte personalidad de Natalie (comparables a las del propio Gurdjieff, cuya impronta recibió desde la infancia, ya que se decía que era su hija, aunque oficialmente fuera la hija del músico Alexander de Salzmán, que viajó con su esposa y con Gurdjieff desde Rusia a través del Cáucaso).

Me sentí intimidado por Natalie, y el efecto neto de esta intimidación fue que dudara de la razón de mi impulso de irme, que seguía invalidando y posponiendo. Y mientras seguía pensando «qué pobre meditador soy, que no puedo descansar en el aquí y ahora independientemente de donde me encuentre», diría que estaba descartando parte de mi esencia: la intuición de mi Swadharma (mi Dharma personal o individual), que lo interpretaba como una distracción o una obsesión.

Después de mi regreso a Santiago recuerdo haberle escrito a Idries Shah, cuyo libro *The Sufis* acababa de aparecer y yo lo había leído con gran interés. Le expliqué mi decepción en la Escuela de Gurdjieff. Esto sería el comienzo de una correspondencia significativa y me llevaría a participar en un grupo bajo su dirección en California, como ya explicaré, e incluso llegaría a preguntarme si la aparición de Óscar Ichazo en mi vida podría haber estado secretamente relacionada con este contacto con Shah, quien se presentaba como un jeque de los Naqshbandis y parecía estar actuando implícitamente como representante del cristianismo esotérico y de la forma transcultural del sufismo que describía.

Cuando volví a ver a Tótila después de mi regreso de Caracas, tan pronto como nos sentamos en su habitación, me preguntó: «¿Qué aprendiste allí?». «Estar en el presente,

no querer estar en otra parte», contesté. «Estar atento a no ser tragado por mi pensamiento. Estar vacío».

«Sí, muy bien. Pero vacío y al mismo tiempo abierto a lo que viene. Vacío pero receptivo, para que puedas ser llenado», contestó, y silenciosamente consideré que mientras el vacío de Tótila era creativo, el mío no había llegado tan lejos.

ÚLTIMOS DÍAS CON TÓTILA

Tótila quería saber si algo me había llegado en mi receptividad y le confesé que nada, aunque tal vez más acertado habría sido decirle que volver a casa. La vida de Tótila consistía justamente en desaparecer para volverse un canal de alta inspiración, y me comentó que si tenía algo que aprender de su ejemplo era a ser paciente y confiar en el desarrollo espontáneo sin hacer nada artificial. Este encuentro me hizo sentir que al viajar a Caracas me había marchado a medias en busca de una enseñanza superior o más eficaz, cuando en realidad más me hubiera valido haber creído en mi propio corazón.

Ahora recuerdo poco de este tiempo, excepto que revisamos regularmente su dictado musical y que él comenzaba nuestras sesiones preguntándome cuál era mi elección para el día, aunque ya no estaba tan disponible como lo había estado a la hora de ayudarme a entender su poesía (ya había completado más de treinta obras, la mayoría de ellas sinfonías y cuartetos de los románticos alemanes). Otro recuerdo de Tótila es su respuesta a mi pregunta sobre si él continuó teniendo una sensación de progreso en su mundo interior a pesar de la parálisis y el daño cerebral observado por los neurólogos, y me aseguró que la aventura de la conciencia nunca termina. Lo dijo de una manera que me transmitió una sensación de asombro.

De esta época recuerdo especialmente un día en que alguien le regaló un arreglo floral con flores de loto, y Tótila me invitó a sentarme junto a él, como si se tratara de una experiencia ritual, comparable a la de escuchar una de las sinfonías de Brahms. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero ahora no recuerdo que dijera nada.

Pero más importante tal vez fue que un día me pidiese que le trajera un abogado, de modo que cuando volví a verlo la semana siguiente vine en compañía de un joven

profesional llamado Hernán Vera. En su presencia Tótila explicó que a menudo se había preguntado por qué había sobrevivido a su accidente cerebrovascular, cuando su trabajo ya había terminado, y que recientemente se había dado cuenta de que había algo que había descuidado hacer y que quizás para esto se le había dado algo de tiempo extra: velar por el futuro de su trabajo. Beethoven había declarado que su trabajo se ocuparía de sí mismo; pero no sería apropiado para él decir lo mismo, pues el trabajo de Beethoven lo había hecho lo suficientemente famoso como para recibir un funeral con la pompa de un emperador, mientras que, al igual que Goethe con respecto a su Fausto, Tótila dudaba de que su trabajo fuera apreciado antes de que pasaran cien años.

Tótila había resuelto que su familia heredase su escultura, en tanto que su poesía quedase en mis manos; y a esto respondió el abogado explicando que la forma legal más simple para hacerlo no sería a través de una herencia, sino de una venta de los derechos de autor. En consecuencia, se preparó un documento en que me confiaba los derechos sobre sus manuscritos. En vista de nuestra conexión interna, mi devoción por él y mi probabilidad de éxito, Tótila daba por sentado que yo era su mejor elección, pero pronto comprendí hasta qué punto confiaba también en que era yo capaz de conservar y publicar sus manuscritos y de transmitir en el futuro su pensamiento.

Pero lo que yo fui para Tótila tal vez no lo expresó en palabras, sino a través de una ceremonia implícita que tuvo lugar un tiempo después de que se redactó y firmó el documento legal. Todo pareció muy natural, pues el médico le había recomendado a Tótila comer carne cruda y un día, cuando la enfermera le trajo su plato de carne cruda molida, me invitó a compartirla. Comimos en silencio y corrían las lágrimas por sus mejillas.

Un día, cuando me despedí de él en la puerta al final de mi visita nocturna, me dijo: «Adiós, Tótila». Y debo haberme quedado mirándolo con desconcierto, pues no sabía si el uso de su propio nombre en lugar del mío fuera el resultado de su confusión y no algo deliberado. Percibiendo mi perplejidad, repitió sus palabras y me explicó: «Ahora me voy, y tú serás Tótila».

Yo dudaba de mi capacidad de transmitirle su espíritu al futuro, cuando comprendía tan mal las cosas que me había explicado en el curso de tantos años, por lo que le dije que, si bien él había renacido después de una muerte en vida, para mí eso de morir y renacer era algo que no había experimentado y que incluso «el mensaje de los tres» era algo que apenas comprendía intelectualmente, no como él que hablaba de eso como si fuera una

experiencia de primera mano. Su respuesta fue: «Ya te llegará. Solo hay una cosa que necesitas, y eso no es algo que tengas que buscar, porque desafortunadamente nos llega a todos, tarde o temprano: el sufrimiento». Y agregó entonces: «Sucederá cuando tengas 37 años».

Al día siguiente, Ruth me llamó para decirme que Tótila había tenido un infarto mesentérico masivo, una embolia por la que había sido hospitalizado en la Universidad Católica. Allí fui a verlo todos los días durante el poco tiempo que sobrevivió, ya que la oclusión arterial se había complicado con una insuficiencia renal.

Cuando entré en su cuarto lo vi con tubos que le entraban por la nariz y por la boca, una transfusión de sangre a través de una aguja en un pie, y otros que salían por debajo de las sábanas. Hablaba muy poco, pero también a mí me era difícil hablar, pues cualquier cosa que dijese me parecía trivial ante su condición precaria. Pero estaba tan interesado en saber de mí como siempre y más de una vez me dijo: «Cuéntame sobre ti, Claudio». Y cuando me callé después de decirle algo, me preguntó: «Y tu madre, ¿cómo está?».

La última persona que lo vio fue su hija Luz, y falleció tan pronto como ella hubo salido de su habitación después de un breve intercambio que ella me relató más tarde el mismo día. «Te veré pronto», dijo ella, y él había respondido: «Qué divertido» (*wie komish*).

Se celebró una ceremonia conmemorativa en su academia, que seguía siendo utilizada por su antiguo asociado, el pintor israelí Kurt Herdan. Dije algunas palabras sobre él y leí su poema «Testamento». Zoltan Fischer trajo consigo el cuarteto que había surgido en la época de Freddy y tocaron el Aria en Sol de Bach, que un año más tarde sería el detonante de mi primera experiencia mística en Esalen. Tussy, la hermana de Tótila había adquirido un lugar en el Cementerio Metropolitano y hacia allí fuimos, y pude ver la lápida en la que Ruth había grabado, en parte de acuerdo con su deseo y en parte en deferencia al sentido común: «El nacimiento del Yo es el comienzo del amor», con su nombre y las fechas de su nacimiento y muerte. Digo «en parte según su deseo y en parte por deferencia al sentido común» porque Tótila había expresado su deseo de tener una lápida solamente con esa frase, sin nombre y sin fecha.

Tussy, según Ruth, desarrolló una obsesión del luto y continuó visitando el cementerio todas las semanas. No lloré por Tótila, porque sentía que había estado esperando la muerte después de haber completado la misión de su vida. Me lo había explicado un día

llevándose las manos a las sienes, tras preguntarme: «¿No sientes tú tu esqueleto?». Imaginé que no solo quería decir literalmente que sentía sus huesos, sino que se sentía como un muerto dentro de su cuerpo vivo, como si estuviese mirando el mundo desde el más allá.

Pero mi falta de sufrimiento ante la muerte de Tótila fue sin duda una expresión de mi incapacidad de llorar, mi desapego, pasividad y resignación. Solía culparme por ello, pero he llegado a entender que mi anestesia emocional no es lo mismo que una falta de amor. Además, Tótila tenía razón al anticipar que encontraría el sufrimiento sin necesidad de buscarlo.

UNA INESPERADA REUNIÓN JUNTO AL LAGO COMO Y UNA BODA AÚN MENOS ESPERADA

Hacia el final de mi estancia en Chile, recibí una sorprendente invitación a un congreso anunciado como «Fronteras del aprendizaje» que se celebraría junto al lago Como. La firmaban Arthur Koestler y Karl Pribram, a quienes había conocido en el Centro de Estudios Avanzados en las Ciencias del Comportamiento en Palo Alto, aquel día en que visité el lugar en compañía de Frank Barron. Aunque no había sido programada mi intervención, me encontré describiendo mis observaciones sobre imágenes características inducidas por las betacarbolinas⁴, que hasta entonces los antropólogos creían el resultado de expectativas culturales y que yo había podido redescubrir entre personas ajenas a la cultura indígena, incluso sin conciencia de lo que estaban ingiriendo. Descubrí entonces los tigres, las serpientes, las águilas, así como otras imágenes características de las visiones reportadas por los indígenas y por los antropólogos, que al aparecer en las mentes de mis ingenuos sujetos experimentales sugería que los alcaloides evocaban un contenido arquetípico universal de la mente.

Para entonces ya había leído *El cero y el infinito* y varios ensayos de Arthur Koestler, que me habían parecido admirables, y también admiraba a Pribram por algunos escritos sobre la cognición; pero a quien recordaría especialmente después de esta visita al Stanford Center sería a Erik Erikson, quien después de escucharme hablar acerca de las imágenes de yagé me había felicitado por mi buena fenomenología. Supongo que Pribram o Koestler también habían apreciado lo que había dicho, pero yo solo llegué a saberlo cuando recibí su invitación a la conferencia del lago Como sobre «Fronteras del

Aprendizaje», donde me encontré en un círculo de científicos muy destacados cuyos hallazgos se consideraban precisamente en las fronteras de la ciencia contemporánea.

En esta reunión no elegí hablar de lo que había descubierto a través de la investigación del yagé, posiblemente por no darme cuenta de que había sido lo que había motivado mi invitación, así es que orienté mis reflexiones a los grandes problemas psicológicos que se discutían, discuriendo por ejemplo acerca de cómo el condicionamiento pavloviano podía ser reinterpretado desde un punto de vista psicodinámico, involucrando la introyección. Escuché en respetuoso silencio cuando un colaborador de Lorenz reflexionó sobre la idea de la relevancia de la idea del *imprinting* en la educación, o mientras escuchaba a los que explicaron cómo los gusanos pueden absorber la memoria de otros después de comérselos y así aprender a avanzar a través de un laberinto.

Me sentí particularmente atraído por una reunión con David Krech, a quien solo había conocido a través de un texto de psicología que había escrito en colaboración con Richard Crutchfield (ex jefe del IPAR). El doctor Krech parecía tan entusiasmado con mi intención de detenerme en Berkeley en mi viaje de regreso a Chile para visitar a Marilyn, que me pidió que se lo explicara a todos los que estaban presentes en nuestra última cena. A mí no me resultaba claro qué podía encontrar de tan notable o emocionante en este proyecto personal mío, que me parecía una cuestión de sentido común (ya que la conferencia me había proporcionado boletos aéreos para venir desde Santiago y regresar allí, y esto me permitía combinar mi regreso con un viaje a California a un costo razonable). Si hubiese sabido que esta pequeña desviación en mi viaje de regreso sería decisiva para el curso de mi vida, no me habría intrigado la presencia de Krech. No esperaba que, apenas llegado a Berkeley, Marilyn, que siempre había sido tan complaciente, me presentara un ultimátum: o me casaba con ella de inmediato, lo que me permitiría regresar a Berkeley como residente de los Estados Unidos, o la perdía.

Por mi parte, no estaba seguro sobre si quería luchar por recuperar una feliz vida de pareja con Marilyn, pero la posibilidad de regresar a Berkeley, que entraba en el acuerdo, ciertamente la hacía más atractiva. Y, por el contrario, no casarme con Marilyn no solo significaría perderla, sino un desperdicio de la valiosa oportunidad de regresar a esta tierra de crecimiento y abundancia, en la que me había sentido más a gusto que en cualquier otra. Inesperadamente regresé a Chile como un hombre casado y no pasó mucho tiempo antes de que le encargase a un abogado regularizar mi situación como residente estadounidense.

VI. UNA NUEVA OLA DE INFLUENCIAS

REGRESO A BERKELEY CON MATÍAS

Después de la muerte de Tótila no había motivo suficiente para que me quedase más en Chile y dado que Cecilia siguió trabajando en París me permitió traer a Matías a Estados Unidos. Le di uso a la casa de muñecas en el jardín trasero, que había convertido en mi sala de meditación, y que pasó a ser su dormitorio.

Matías se incorporó a un colegio llamado Walden, donde habían asistido las hijas de Marilyn, y tomó lecciones de piano con Goodwin Sammel. Pero a Marilyn le despertó celos que yo fuese para Matías un padre como nunca lo había sido para sus hijas, en parte porque su padre vivía muy cerca de nosotros y en parte porque la forma de hablar el inglés de los niños seguía resultándome difícil de comprender.

Matías se llevaba bastante bien con las niñas, pero tuvo algunos problemas en la escuela. Una vez me dijo llorando que había construido algo que sus compañeros de clase habían destruido, y me pregunté si podría haber sido una reacción a su deseo de llamar demasiado la atención. Me imaginaba que intentaba ser como yo, y así pareció confirmármelo una maestra de la escuela que me llamó una vez para decirme que Matías había hipnotizado a otros niños. Alguna vez me había visto hacerlo con unas pacientes en Chile, cuando acepté su presencia en la habitación, sin imaginar que pudiera aprender a hacerlo con solo verme. Claramente quería ser como yo, e incluso usó el nombre Claudio en la escuela en lugar de Matías, lo que —siendo su nombre Matías Claudio— me pareció legítimo, aunque fue una sorpresa para mí, y continuamos llamándolo Matías en casa.

Pese a los celos de Marilyn (habría preferido que no le leyera a la hora de acostarse), seguía sintiendo que le debía a Matías una dedicación que pudiera compensar el haberlo

separado de su madre y mantenido también lejos de mí durante el tiempo que estuve en Estados Unidos; y creo que la calidad de atención que le di contribuyó a hacer de él el niño tan especial que llegó a ser. A menudo lo comparaban con *El Principito* de Saint-Exupéry, y cuando lo llevaba conmigo a Esalen se volvía una notoriedad entre los residentes.

Un día a la hora del desayuno Fritz le preguntó a Matías qué había soñado y, cuando le respondió diciendo que había soñado con el diablo, Fritz le preguntó: «¿Te gustaría ser el diablo?».

Para Fritz, tal propuesta era una invitación a explorar más profundamente el sueño, pero por supuesto Matías simplemente le respondió que no, en un tono de voz que transmitía cuán absurda había sido su pregunta. Claro que no le gustaría ser el diablo, y desgraciadamente ese fue el final de la conversación, pues tampoco se me ocurrió a mí intervenir para explicarle a Matías que Fritz le estaba proponiendo una dramatización de su sueño como acostumbraba a hacer en un contexto terapéutico.

Fue la temporada durante la cual me invitó a formar parte del personal que realizaba los talleres de Gestalt (junto a Bob Hall y Jack Downing, quienes rotarían para que los miembros del grupo pudieran tener experiencias terapéuticas con cada uno de nosotros) y a ofrecer mis propios talleres. El primero de ellos se llamó «Sadhana for the West» (Prácticas para Occidente), un tema que se convertiría más adelante en el énfasis principal de Esalen, gracias a las influencias de George Leonard. Otros se concentraron en temas específicos, como «ser uno mismo entre otros» o «dejarse ir», en los que exploré la combinación de la Gestalt con mis propios ejercicios interpersonales y con la meditación.

Asistí a una de las reuniones del grupo psicodélico de Leo Zeff, pero ya no recuerdo el contenido de mi experiencia, sino el sentimiento de que no era tan significativa como las de años anteriores. Más significativo en este momento fue visitar a Jim Simkin en Los Ángeles para asistir a su grupo de entrenamiento Gestalt en curso y para recibir sesiones privadas con él. En una ocasión traje a Matías, que se llevaba bien con la hija de Jim, Josie, de más o menos la misma edad. Solía quedarme en la casa de Jim, me sentía como en casa, por el cálido y mutuo aprecio entre Jim y yo, y por el mutuo cariño que nos teníamos con su esposa Anne, que también formaba parte de su grupo.

También recuerdo que en ese momento mi amigo Paul Herbert de Esalen me recomendó a una clarividente en Los Ángeles que había escrito un libro llamado *The*

Flowering Tree, y en varias ocasiones combiné mi visita a Jim con una visita a esta mujer. En mi primera sesión, ella me dijo que había alcanzado una estatura espiritual considerable en vidas pasadas, pero mi tarea ahora era desarrollar el amor y la intimidad y que tenía el potencial para la experiencia mística. De las visitas posteriores lo que más recuerdo es el contraste entre mi sensación de estar mal en el curso de mis sesiones con Jim y la sensación de estar bien que me inspiraba lo que ella me decía. ¿Cómo podían ser ambas verdaderas?

Creo que puede haber sido en este momento que fui invitado a la Conferencia de Spring Grove, bajo los auspicios de la Fundación Meninger, donde me encontré en compañía de Stan Grof, Stanley Kripner, Charles Muses y otros, en el momento de la incubación de la psicología transpersonal. Elmer Green parece haber sido el catalizador de esta reunión y a través de él también conocí a Helen Bonny, quien desarrollaría posteriormente un enfoque original en la musicoterapia.

Especialmente útil para mi desarrollo como psicoterapeuta fue que me invitaran a un grupo que se reunía regularmente en la Venture House de San Francisco y que dirigía Jim Fadiman. También asistieron Jim y Susan Vargiou, los seguidores de Assagioli, a quienes había conocido con motivo del taller sobre chamanismo en compañía de Carlos Castaneda. Después de varias semanas Jim se retiró, y el grupo decidió elegir al siguiente líder entre nosotros. Esta elección recayó en mí, lo que me dio la oportunidad de ser un terapeuta en un grupo donde había aprendido a ser transparente. Con el tiempo se convertiría en un ingrediente importante de mi propia actividad como entrenador de terapeutas, donde he enfatizado el encuentro personal más allá de la estrategia y la técnica.

Creo que debe haber sido durante esta época que invité a uno de mis talleres de Esalen a una notable clarividente a quien había conocido a través de los Vargiu: Ann Armstrong. Se me ocurrió que podría contribuir a aportarme más claridad a través de su intuición, pero sentí que no era conveniente que me interrumpiese; entonces su participación tomó la forma de comunicaciones complementarias a mis sesiones, que la llevaron a convertirse en una persona muy conocida en Esalen. Un día recibí una carta del muy conocido astrólogo Dane Rudhyar, quien me ofrecía contribuir con su presencia a lo que estaba haciendo, y sus intervenciones brillantes me motivaron a volver a invitarlo a mis talleres. Era mucho mayor que yo y había conocido a Joseph Moreno, el creador del psicodrama, por lo que alguna vez le preguntó a Fritz con extrañeza cómo

era que no le daba crédito mencionando su influencia sobre su trabajo. Recuerdo la respuesta de Fritz: «Es lo suficientemente famoso, no necesita mi crédito». Y me pareció comprensible que se atribuyese todo el mérito en vista de que aún no era una persona tan conocida, aunque en retrospectiva me parece también un síntoma de su personalidad competitiva.

Debe haber sido en esta época cuando escuché muy buenas cosas sobre el reciente trabajo de Fritz en Canadá. Se hablaba de su evolución personal, así como de una evolución en su trabajo, y por eso me inscribí en un taller que se había programado para los días siguientes de su regreso de Alemania. En este viaje de regreso Fritz murió poco después de descender del avión en Chicago, donde fue hospitalizado. Me impresionó escuchar la descripción de sus últimos momentos y particularmente el último de ellos, cuando, lleno de tubos que entraban en su cuerpo, se sentó en la cama y una enfermera lo amonestó. Entonces, con esa mirada que todos conocíamos, le dijo: «Nadie me dice qué hacer». Fueron sus últimas palabras, que yo recordaría tiempo después cuando reconocí un eco suyo en mi hijo Matías.

Llegó el momento en que volé a un lugar al norte de Nueva York llamado Buck's County con la invitación de realizar un taller que contó con la participación de Alexander Lowen. Llegué en compañía de Ginny (una de las amantes de Fritz) y de Bob Dickman, que acababa de regresar de Japón, donde había pasado tiempo con su profesor zen en Massachusetts. También asistieron Anna Applebaum, la psicoanalista a quien conocí a través de Leon Lurie, y Lowen dirigió algunas sesiones. Estuvo también otro neorreichiano que acababa de regresar de Londres llamado Malcolm Brown, a quien llegué a apreciar más que a Lowen, que me pareció demasiado «primadona».

Marilyn se unió a mí allí después de viajar a campo traviesa en nuestra camioneta recientemente adquirida, pero algunos problemas mecánicos requirieron que permaneciéramos más tiempo de lo que esperábamos. Recibimos la hospitalidad de uno de los participantes en Bucks County Seminar House y durante esos días observamos en la televisión de nuestro anfitrión el aterrizaje lunar.

Sin embargo, lo más importante tras mi regreso a Estados Unidos fueron las nuevas influencias que entraron en mi vida, esta vez desde la esfera del sufismo, si puedo usar esta palabra como lo hizo Idries Shah, para denotar una tradición secreta inmemorial que ha atravesado muchas culturas a lo largo de la historia. O alternativamente (ya que la mayoría de los sufíes prefieren restringir este término al misticismo islámico)

«cristianismo esotérico»; o más simplemente como un «cuarto camino» más allá de las tres divisiones del yoga clásico.

2

NUEVOS TRABAJOS Y UNA NUEVA OLA DE INFLUENCIAS

Cuando volví a Estados Unidos en 1969, tuve la buena suerte de que Willis Harman, director del Centro de Investigación sobre Políticas Educativas en el SRI, me encargara un informe sobre las nuevas prácticas en la psicología humanista que pudiesen servir a la educación. Fue la ocasión para articular mejor la conexión entre tales prácticas y sus respectivos contextos teóricos, y presentar a través de este análisis algo así como un mapa de los caminos a Roma, una versión algo más extensa que sería publicada en 1971 por Viking Press como *The One Quest*, mi primer libro.

Poco después Bob Ornstein me invitó a colaborar en un libro sobre meditación y, dado que Fritz Perls ya me había estimulado a producir un libro sobre terapia Gestalt, hubo cierta superposición de mi trabajo en estos proyectos. Pero no solo en estos dos, pues ya me había comprometido a redactar mis impresiones acerca de la terapia psicodélica que había practicado en Chile y no había terminado aún el libro *El niño divino y el héroe*, comenzado en respuesta al estímulo de Ravenna Helson en IPAR.

Mi última reunión de Esalen con Fritz había resultado en una separación implícita, y había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto a Leo Zeff, y creo que, si aún tenía una sesión ocasional con Simkin, esas visitas deben haber llegado a su fin cuando algo nuevo entró en mi vida.

Después del decepcionante compromiso con el programa residencial establecido por la escuela Gurdjieff en la casa de la hija de Natalie en Caracas, no me quedaron dudas sobre el siguiente paso en mi búsqueda, ya que después de leer *The Sufis* de Idries Shah concluí que la tradición de la que Gurdjieff se había nutrido estaba viva. Y también había

descubierto que la escuela que daba continuidad a su trabajo solo marginalmente podía decirse que era una escuela viva, por más que se enseñaran sus ideas y aplicaran sus métodos, pues no solo me pareció que había demasiado autoritarismo, miedo, formalismo, espíritu represivo y provincialismo entre sus seguidores, sino que faltaba un individuo en cuya presencia yo pudiera intuitivamente sentir «he aquí uno que ha heredado la maestría de Gurdjieff». Sentí que, habiendo ya tenido el sabor de la grandeza de mi vida, no debía esperar menos de la persona a la que escogiese como mi futuro maestro espiritual.

Tan pronto como leí *The Sufis*, poco después del regreso de Marilyn a Berkeley, le escribí a Shah, y después de regresar a Estados Unidos en 1967, una conversación con Devi Davies, la dueña de una librería especializada en libros espirituales en San Francisco, derivó en que fui invitado a unirme a un pequeño grupo de California bajo la dirección de Shah. Entonces mi vida fue profunda, aunque sutilmente afectada por su influencia.

Primero sentí que me faltaban los fuegos artificiales de las nuevas terapias, y pensé que el efecto de la baraka debería hacerse manifiesto de manera más dramática, pero acepté la observación de Shah de que cuando una persona tiene un paladar hastiado necesita estímulos de sabor cada vez más picante y probablemente más variados para activarlo. En las culturas actuales, el resultado de la sobreestimulación del paladar mental es obvio. Sin embargo, la analogía del paladar no es completamente exacta pues la mente humana tiene capacidades para el gusto que en las sociedades contemporáneas no se satisfacen en absoluto. La falta de este estímulo significa que en esta área no es necesario que el estímulo sea intenso para poder operar. El resultado de esta ignorancia es que la gente no dará a un estímulo suave la oportunidad de operar y alcanzar estímulos instantáneos y profundos. Es como si la gente se hubiera colocado casi por completo fuera del alcance del estímulo menos burdo. Solo cuando están listos para considerar la posibilidad de su funcionamiento, pueden comunicarse con ellos. No podemos avanzar con una demanda como esta: «Dame chile en polvo, pero deja que tenga sabor a agua de rosas».

Al principio cuestioné la indicación de Shah de que los miembros del grupo deberían estar lo suficientemente satisfechos con sus vidas como para no requerir psicoterapia, y también cuestioné la exclusión de los psicodélicos. También sospeché que su insistencia en que una condición para la aceptación en su círculo fuese el éxito mundano, era un

residuo de convencionalismo de su parte. Pero durante los años que siguieron me sentí enriquecido y muy satisfecho a pesar de haber renunciado a mi búsqueda en direcciones alternativas y más contento con el desarrollo de la creatividad en mi vida profesional y en lo que escribía.

La voz de Idries Shah me llegaba como diferente a cualquier otra en algunos aspectos. En primer lugar, era una voz sin voz, ya que mi contacto con él fue a través de la palabra escrita. Pero lo más especial fue que sus palabras siempre sonaron ciertas, y sus respuestas perfectas y aparentemente ordinarias. Así, por ejemplo, cuando me invitaron a conocer a Óscar Ichazo (a quien ya imaginé como posible maestro), respondió Shah a mi pedido de consejo con una simple declaración: «No doy consejos sino a aquellos que están dispuestos a seguirlos».

Y en verdad no estaba dispuesto a seguir a Shah en el caso de que no confirmase una decisión que ya había tomado, de modo que mi pregunta había sido una de esas que Fritz solía llamar preguntas falsas, y fui deshonesto al fingir pedirle consejo cuando más bien esperaba una confirmación.

Después de mi primera temporada con Ichazo, que había incluido una notable experiencia de meditación sentado frente a él y un traspaso de conciencia a través de la mirada, la respuesta de Shah (impresa en una hoja separada de la carta que envió a Bob Ornstein, quien para entonces se había vuelto su representante) decía no reconocer en mi descripción ciertos signos que «como un hilo rojo» serían visibles en la actividad de un verdadero sufí, y agregó que si yo hubiera viajado más en Oriente sabría de muchas personas que podían inducir aquellos estados mentales. Estaba claro que no compartía mi impresión de que Ichazo era un maestro muy especial.

Como no pude negarme a lo mucho que Óscar me ofrecía, me distancié de Shah y, a pesar del profundo impacto que habría de tener Óscar en mi vida, nunca sentí en sus palabras el toque de la verdad como en Shah. Como ciertos payasos o bufones que hablan con una voz no congruente con su comportamiento, sentía que en Óscar Ichazo había algo incongruente, pese al indudable fruto que dio su trabajo en mi caso.

Con el tiempo comenzó a chocar mi fase dionisiaca, libre y anticonvencional con la recomendación de Idries Shah de mantener un perfil bajo y hablar el lenguaje del lugar, sin llamar la atención hacia uno mismo. Se produjo un enfrentamiento entre el hippie en mí y lo que consideré una ortodoxia cuestionable, un residuo de conservadurismo de sesgo puritano. Comencé a percibir un espíritu crítico desdeñoso en los textos de Shah,

que los hacía menos puros, cuando anteriormente su desdén solo lo enaltecía a mis ojos y le prestaba más autoridad.

Durante los años 1968 y 1969 dirigí numerosos talleres en el Instituto Esalen, que fue para mí lo que se llama un *alma mater*, no solo porque gracias a la generosa acogida de Michael Murphy y Dick Price tuve la oportunidad de una inmersión en el Movimiento del Potencial Humano antes de que se hiciera popular y también la oportunidad de hacerme uno de los primeros aprendices de Fritz Perls durante sus años en California, sino también porque se convirtió en un patrocinador apreciativo que me dio la posibilidad de hacer lo mío, trabajando de una manera más creativa y personal.

Podría decirse que mi carrera en Esalen comenzó con una serie de conferencias acerca de Dante en Grace Cathedral, continuó con mi participación en los talleres de Gestalt e incluyó también otros talleres más personales en los que intenté combinar lo intrapersonal con lo interpersonal, a través de la conjunción entre la meditación y el encuentro. Surgió este trabajo de la observación de que la meditación en sus formas más clásicas implica centrarse a expensas del contacto, mientras que el encuentro puede privilegiar fácilmente el contacto a expensas de la búsqueda del propio centro; y también del supuesto de que un énfasis simultáneo en lo interno y lo externo conduciría a un resultado más completo.

La meditación obviamente optimiza la conciencia en una situación simplificada en la que se minimizan los estímulos ambientales. Como lo había expresado Ramakrishna, la meditación es como la separación de la mantequilla de la leche, donde ha estado en forma de emulsión: una vez que se separa, no se puede volver a poner en el suero de la leche, en el que no se disuelve. De manera análoga, alguien que ha aprendido a destilar su ser esencial en la meditación, separando la conciencia de este núcleo de lo no esencial o derivado, puede sumergirse de nuevo en el mundo de los impactos potencialmente distorsionantes, destructivos y embotadores sin pérdida de la conciencia recientemente adquirida. Pero para que esto suceda es necesaria una práctica seria y sostenida, una simplificación de la vida y una cierta medida de abandono de la mundanalidad, que no son consonantes con la cultura occidental actual. Es como si un cierto grado de cristalización del ser fuera necesario antes de que la mente pueda permanecer estable en el mundo humano en particular. Pero pocos estarían dispuestos a vivir de tal manera como para que el lento proceso de cristalización no se interrumpa una y otra vez, lo que lleva a la pérdida de lo que se ha logrado.

La vida de un meditador en nuestro medio es frecuentemente como la de un roble joven en un lugar lleno de burros y conejos: las nuevas ramas o brotes se van rompiendo o van siendo devoradas de una temporada a la siguiente sin mucha oportunidad para el crecimiento. Pero no creo que nuestra situación en la cultura occidental deba interpretarse negativamente, pues otro aspecto suyo es la apertura a la complejidad en el ámbito interpersonal. Pareciera que, en contraste con oriente, donde el contacto social está prescrito por la religión, la moralidad y la etiqueta, estos han pasado a reflejar, a lo largo de la historia occidental, una medida creciente de elección individual, variabilidad e improvisación. Esto a su vez ha implicado la extensión de la creatividad humana a la esfera social en una medida sin precedentes. Sin embargo, así como en la música es más fácil interpretar una obra memorizada que improvisar bien, también es más fácil en el dominio de las relaciones interpersonales confiarse a las costumbres que afrontar el desafío de la improvisación. Pues el potencial de expresión individual y de creatividad es inseparable de la amenaza de la confusión, la pérdida de significado y valor, las elecciones equivocadas y la adopción de la patología social.

Desde el estudio de Freud sobre la represión y sus vicisitudes, la psicología se ha ido poniendo cada vez más de parte del aspecto contracultural, prominente en nuestros días. La desestructuración de la comunicación en la situación limitada de asociación libre, llevó a grupos de comunicación no estructurados al estímulo de la expresión libre, a la ruptura de tabúes generalizados como en terapia de lucha o encuentro desnudo, a la explosión de la personalidad como en la terapia Gestalt y a la rendición a la inteligencia orgánica en algunas formas de psicoterapia psicodélica. Cada uno de estos enfoques descansa en la observación de que un orden y equilibrio intrínseco pueden surgir cuando se abandona el orden automanipulativo extrínseco, y de cierta desilusión o pesimismo en cuanto a las posibilidades de obtener el orden a través del control. Sin embargo, en la medida en que haya caos y patología en el individuo, es de esperar que las primeras etapas en el levantamiento de la represión revelen el mal alineamiento interno ante el patrón armonioso del estilo individual, que puede surgir solo después de que la mente se haya orientado hacia su propio centro, y siempre que el grupo no se quede atascado en el laberinto y sus repercusiones.

Consciente entonces de las limitaciones de una disciplina unilateral de meditación en el contexto de un descuido de la vida de relación y de la búsqueda igualmente unilateral de reparación de las relaciones sin el factor esclarecedor del contacto con la propia

profundidad, desarrollé una línea de trabajo caracterizada por el cultivo simultáneo de la meditación y el encuentro, y por la práctica simultánea de ambos en situaciones de transición, que pueden proporcionar una oportunidad de explorar la progresión gradual de la meditación en acción. En el transcurso de los años he seguido desarrollando estas extensiones interpersonales de meditación que creo pueden ser una de las cosas más útiles que he creado.

Paralelamente a la vida de talleres, seguía con mis investigaciones sobre los valores. El IPAR seguía poniendo a mi disposición como investigador asociado una oficina al borde del hermoso campus de Berkeley, donde pasaba buena parte de mis días y donde escribí una serie de artículos sobre terapia Gestalt (con motivo del septuagésimo quinto cumpleaños de Fritz Perls y su Festschrift), los otros libros que ya he mencionado y la primera parte sobre la ayahuasca de lo que más tarde se publicaría como *El río celestial*.

Creo que nunca antes en mi vida me sentí menos interesado en buscar un gurú: además de sentirme en contacto con un guía válido, me sentía satisfecho con mi vida y sin prisa por crecer más rápido. Por eso, cuando mi expaciente y amigo Óscar de la Fuente me escribió desde Santiago acerca de un guía espiritual de maestría y simplicidad poco común que imaginó me interesaría conocer, ni siquiera le respondí durante dos o más meses. De la Fuente había sido parte de la comunidad de mis seguidores, y cuando me fui a Berkeley abandoné a este grupo a sus propios recursos. Había sido uno de mis sujetos experimentales de MDA y la experiencia que le había provocado había afectado profundamente su vida. He aquí algo de cómo la describió:

Como no necesitar nada, como no querer cambiar siquiera... Como estar tranquilo en el sentido más profundo y más absoluto. Como estar cerca del océano, pero incluso más allá, como si la vida y la muerte no importasen y todo tuviera un significado. Como si todo tuviera una explicación y nadie la hubiera dado o pedido, como ser simplemente un punto, una gota de placer irradiando en un espacio dichoso.

A esta experiencia volvió a referirse en una segunda carta, de la que cito a continuación:

Arica, 27 de marzo de 1969

Te diré algo sobre nuestro trabajo. A través de él he experimentado el cambio más rápido y claro de todos los que he logrado antes. Por primera vez estoy completamente satisfecho. Este cambio es algo de un orden totalmente diferente a todo lo que he conocido a través del psicoanálisis, la Gestalt, los psicodélicos, etc. He

conocido, por ejemplo, un despertar como el que viste en mí durante la primera etapa de mi experiencia con el MMDA, y esto después de no más de cinco minutos de adoptar una postura física específica y cuando prácticamente no había empezado a trabajar. Después de eso, estas experiencias se han multiplicado e intensificado y todos mis bloqueos neuróticos, conflictos y experiencias han dado paso a experiencias de conciencia y de vida. Las experiencias psíquicas, por ejemplo, se han convertido en un hecho cotidiano, tan frecuentes como solían ser mis estados de ansiedad, solo que este contacto conmigo mismo y con los demás es una fuente de mucha felicidad. Después del tiempo de perforar en la oscuridad, avancé hacia una marcha ascendente constante y, al cabo de no más de tres meses de trabajo, puedo decir que he alcanzado un grado bastante marcado de despertar que continúa haciéndose más profundo y estable.

He oído que vendrás a Santiago. Cuando lo hagas, sugiero que te comuniques con nosotros. Lo que estamos haciendo es quizás lo que has buscado y soñado toda tu vida, y tu ayuda aquí sería extremadamente valiosa. Estoy seguro de eso. Tienes un papel muy importante en esta empresa, cuyas proyecciones quizás no imagines. Todo lo que podría decir sobre nuestras actividades no serían más que palabras, pero ven a ver qué hay detrás de ellas. Después de leer estas palabras de su hermano, buscador y amigo, Viejo Meditador, siéntelas y reflexiona sobre ellas, y respóndelas. Sé que sabrás qué hacer. Recibe un sincero abrazo de

Óscar.

Algunos días después, recibí una carta de Sergio Larraín quien, como De la Fuente, había formado parte de mi grupo chileno. Después de muchos años de búsqueda, que incluía principalmente el psicoanálisis y el Vedanta, había conocido el sabor de la experiencia mística a través del LSD, que yo le había ofrecido en cumplimiento del acuerdo de que compartiríamos entre nosotros todo lo que encontráramos valioso a lo largo de nuestro camino. Desde esa primera experiencia con el LSD y, a pesar de varias otras experiencias psicodélicas, había buscado en vano la conciencia que había conocido ese día, y ahora me escribía:

Querido Claudio:

La verdad objetiva existe. La escuela que conoce sus leyes existe: conoce el trabajo requerido en todos sus detalles. La escuela de la que todos los movimientos que conoces son ramas, formas diferentes, y que es una desde el comienzo de los tiempos; que conoce los ciclos humanos e interviene cuando es necesario siguiendo leyes, pues conoce las leyes de la formación de la neurosis como un álgebra precisa y puede desarmarla como se desmantela un aparato mecánico; que conoce las leyes de los diferentes niveles de conciencia y sabe cómo llevarte a ellos en un proceso gradual posible de llevar a cabo en cuestión de semanas, y que puede cristalizar, haciéndose definitivo, en cuestión de meses. Todo esto existe. Es lo que no podrías haber soñado, incluso con tu mejor imaginación. Estoy encontrando eso que siempre esperábamos que existiera. Estamos llegando al conocimiento y la comprensión de todo el asunto de la manera más limpia, simple y conmovedora, ya que sentimos que las cosas deberían ser así cuando éramos niños.

Esto existe. Hay un grupo de catorce personas aquí entrenando bajo la dirección de un maestro que está preparado para llevar a cabo una tarea específica y que a su vez nos brinda esta capacitación por una razón

concreta: porque la escuela interviene en momentos discretos del desarrollo de la cultura. Hoy he experimentado la unidad y revivido el momento en el que me trajiste a ella por primera vez con el LSD, cuando te dije que nací para esto.

Volví a hacerlo esta vez sin un medicamento y de manera permanente, con todas las herramientas necesarias para proceder a la finalización de este desarrollo, y pensé en ti y sentí la necesidad de decirte que esto está sucediendo y puedes convertirte en parte de ello, y de esta manera te puedo corresponder.

El trabajo consiste en información (un conocimiento paulatino de las leyes que gobiernan la realidad psicológica y cósmica), ejercicios diseñados para experimentar la realidad y cristalizar ciertos estados, dieta y «máquinas»: algo así como reglas matemáticas para tomar conciencia de las relaciones y las fluctuaciones en el funcionamiento de la realidad. Es todo experiencial. No se tienen en cuenta creencias u opiniones, solo la presentación de las leyes y su confirmación práctica. Es algo fácil de abordar si se tiene una disposición favorable. Y luego comienzas a ver qué unidad ha habido en el desarrollo de la cultura. Comprendes cómo siempre ha sido dirigida y comienza a estar detrás del escenario, donde se manejan las cuerdas. Habrá un segundo grupo, y ese será el final de este trabajo, para llevar a las personas al estado de despertar a través del método acelerado. La tarea posterior será la presentación de materiales para publicaciones y a través de la psicología oficial. Deja todos tus libros. Despreocúpate de todo lo que tienes. No te molestes en cerrar la puerta o apagar la luz. Toma un avión y ven, porque aquí está lo que has buscado tanto. La cosa es real. Es aquí. Nada, nada de lo que has sabido hasta hoy o has leído es más que una sombra de esto.

Sergio.

Unos meses después me invitaron a dar un taller en la Universidad de Miami y, cuando terminé, decidí quedarme en la ciudad durante la semana siguiente antes de seguir viaje a Chicago, donde debía estar durante el fin de semana siguiente. Me informé acerca de un hotel económico entre los participantes de nuestra última reunión y, entre los que me mencionaron, elegí el Hotel McAllister.

Estuve tan absorto en escribir desde que llegué que solo el martes pensé en llamar a Marilyn en Berkeley para hacerle saber dónde estaba. Me dijo que había llegado un cable para mí de Chile y me lo leyó por teléfono. Fue la primera comunicación que recibí de Óscar Ichazo, quien me indicaba que me pusiera en contacto con Jenny Pereda, que llegaría al Hotel McAllister, Miami, esa misma noche.

Después de preguntar reiteradas veces en la recepción por Jenny Pereda, le dejé un mensaje con mi número de habitación y me fui a la cama. A la mañana siguiente, sin noticias de ella, salí a desayunar tranquilamente, volví con una nueva idea para *El niño divino y el héroe* y, no queriendo interrumpirme, pospuse llamarla hasta la tarde. Cuando por fin levanté el auricular del teléfono para preguntar el número de su habitación, en vez de escuchar la voz de la recepcionista me encontré directamente con Jenny al otro

lado de la línea, pues al parecer había levantado el teléfono al mismo tiempo y habíamos quedado interconectados.

Me parece que las sincronías me ocurren con más frecuencia cuando estoy siguiendo un camino correcto, y esta doble sincronía de lugar y tiempo me impresionó como un augurio positivo, algo así como un dedo del destino que apuntaba a mi contacto con Óscar, así como en los juegos infantiles donde se le dice al que busca algo con los ojos vendados: «Caliente, más caliente...».

No me impresionaron Jenny ni sus respuestas entusiastas y poco esclarecedoras a mis preguntas sobre Óscar y su trabajo. Pero la impresión general del encuentro fue que parecía haber algo de magia en Óscar. Jenny me informó que, en lugar de comenzar un segundo grupo en octubre, tal como lo había previsto, Óscar viajaría a Santiago en ese tiempo para ofrecer una serie de conferencias bajo el patrocinio de la Asociación Chilena de Psicología, y sugirió que yo acudiera a ellas.

Yo había decidido pasar tiempo con Matías en Chile y tenía la esperanza de conocer a Óscar, por lo que me había preparado para dejar mi oficina en la universidad; pero la forma algo parentética de Jenny al comentar el cambio de planes de Óscar me hizo pensar: ¡Qué irresponsable! Sin embargo, debí reconocer que la visita de Óscar a Santiago sería muy conveniente, y su proyecto de conferencias una forma de conocerlo mejor.

3

ÓSCAR

Mi amigo Héctor Fernández, que había sido elegido presidente de la Asociación Chilena de Psicología, había tomado la iniciativa de invitar a Óscar Ichazo a ofrecer una serie de conferencias a un grupo de profesionales en su Instituto de Psicología Aplicada. «He continuado trabajando asiduamente desde que te fuiste, he desarrollado mis ideas originales y he aprendido mucho», me dijo Héctor cuando fui a verlo poco después de mi regreso de California, «pero me he dado cuenta cada vez más de que hay un límite en la ayuda que puedo ofrecer a mis pacientes». Y luego agregó: «Óscar puede ir más allá de este límite».

Héctor me indicó dónde se alojaban Óscar y Jenny, en un apartamento en un segundo piso que había alquilado para ellos en Avenida Providencia, a poca distancia de la casa de mi madre, donde volví a alojar, al otro lado del río Mapocho.

Cuando me abrió la puerta en mi primera visita, pude ver que tenía unos cuarenta años, estaba ligeramente calvo, llevaba bigote y un jersey de cuello alto amarillo: «Pase por aquí, doctor. Tome asiento. Debo disculparme por no llevar corbata hoy». Fue curiosa esta observación, ya que tampoco llevaba yo corbata, y me pareció completamente innecesario que se disculpase. «¡Oh, mi querido doctor, estoy tan feliz de verle!», dijo cuando ya estábamos sentados. «Puede haberse formado una impresión de que soy una persona poco confiable, pero ahora verá que, una vez que me comprometo a trabajar con alguien, soy muy formal y confiable. Le digo esto para que pueda dejar de lado sus impresiones anteriores y porque ahora le extenderé una invitación».

Pronto pasamos a hablar de tú a tú, y me explicó que estaba allí principalmente por mí, puesto que, para él, era un líder.

Le dije que no me imaginaba promocionando lo que eligiera para mí, pero él insistió: «Tienes una responsabilidad. Ya que tu elección tendrá mucho efecto en otros, lo quieras o no, serás responsable más que de ti mismo, y por ello quiero ofrecerte la oportunidad de saber lo que estás eligiendo; quiero ofrecerte un anticipo de lo que puedas o no seguir en el futuro. Mi único compromiso en Santiago en este momento es el de una conferencia vespertina diaria en el Instituto de Psicología Aplicada. Pero si lo que te interesa es más que teoría, el resto de mi tiempo es todo tuyo».

Esto fue más de lo que esperaba y con mucho gusto acepté su oferta. Óscar explicó que primero quería que me formara un cierto panorama mental, y pronto procedió a delinear las etapas de la tarea que tenía entre manos. Primero vendría el protoanálisis, la comprensión de los centros inferiores o personalidad, que a su vez implicaría una comprensión del funcionamiento del instinto sexual, la autopreservación y las esferas de relación (los tres constituyen el centro de movimiento). También las pasiones o emociones inferiores y las fijaciones propias. «Para cada individuo», explicó, reiterando lo que ya sabía del trabajo de Gurdjieff, «hay una característica principal específica, que es como un pivote alrededor del cual el resto de la personalidad está estructurada, y esto debe ser identificado y comprendido profundamente. Esta característica principal no es solo el aspecto más fijo y fijador, es decir vinculante de la personalidad, sino que su cabeza, pues entraña un supuesto erróneo acerca de la realidad; un punto de vista equivocado».

Óscar habló luego de la fijación como del demonio dentro de nosotros, asistido por un equipo de doce demonios menores que corresponden a las «desviaciones mentacionales». «El acto de corregir la mentación implica la atención a un conjunto de doce aspectos casi simultáneos de la cognición, y solo cuando estos doce están en funcionamiento podemos decir que un pensamiento está completo. Estas doce mentaciones ordinariamente no funcionan bien debido al hecho de que estamos tratando de usar algunas en lugar de otras, así que debemos llegar a entender esto para reeducarnos».

Además de ese trabajo sobre el protoanálisis de la personalidad y la correcta forma de mentar, procederíamos a un segundo nivel del trabajo, el despertar del centro emocional superior, que corresponde al desarrollo de las virtudes. Esto podía hacerse, explicó Óscar, a través de ciertas posturas objetivas: gestos especiales que sirven como medios de evocación de estados internos específicos.

Luego llegaría la etapa crítica de trabajar con el psicocatalizador personal o idea santa, que cuando se contempla y comprende profundamente actúa como un antídoto respecto de la propia fijación. «Cuando esto sucede», explicó Óscar, «vives una apertura mística de primer grado. Es tan deslumbrante que muchos, cuando llegan a este punto, piensan que eso es todo lo que hay y siguen su propio camino abandonando a su maestro».

Óscar pasó a explicar la activación de los chakras y la elevación completa de kundalini, posibilitada después del despertar del Oz o juicio interno (conectado al centro de la garganta). Habiendo practicado una forma de kundalini yoga antes, según la guía de un discípulo de Nithyananda llamado Rudy, pude apreciar el conocimiento de Óscar. Sus declaraciones eran breves, precisas y ricas en información. «Tienes que trabajar en estos tres aspectos al mismo tiempo: el chakra físico, mantra y bija. Son como un trípode. Y tienes que trabajar en el aspecto físico, psicológico y espiritual de cada chakra».

Finalmente, vendría el trabajo sobre los lataif, proyecciones físicas de vibraciones cósmicas y no entidades fisiológicas como los chakras.

Óscar preguntó ahora si había algo que él hubiera dicho que fuera nuevo para mí. Señalé lo que sabía del trabajo de Gurdjieff y otras fuentes, y lo que me resultaba novedoso, y después de escuchar mi respuesta comentó: «La mayor parte de lo que te voy a decir te parecerá familiar, incluso si no lo has escuchado antes, simplemente porque es verdad». Me invitó a que le hiciera preguntas. Creo que mi primera pregunta fue sobre Khidr. «Sin él no habría escuela», fue su primera respuesta. En general, respondía con prontitud y con seguridad. «Puedes decir que es un arcángel. Él no es diferente del latifa verde. Cuando te encuentres con él... pero será mejor que no arruine tu experiencia al describir cómo es... pero cuando te das cuenta de que Khidr eres tú mismo, te caes sobre tus posaderas».

Luego quise que me hablase de la escuela. Óscar habló de ella como el sistema nervioso de la tierra y afirmó que sin ella la vida humana desaparecería rápidamente de nuestro planeta. Más tarde me encontraría con una declaración similar en las palabras de Israil de Bokhara, reproducidas por Idries Shah, *Pensadores de Oriente*: «La enseñanza es como el aire. El hombre vive en ella, pero no puede darse cuenta verdaderamente de que, si no fuera por eso, estaría muerto».

—¿Es la escuela el corazón del sufismo o más bien una de las órdenes? —quise saber.

—Muchos grandes sufíes como Attar participaron, pero rompieron su conexión con la

escuela cuando se convirtieron en figuras públicas. Las órdenes sufíes tradicionales están dentro de la cultura, mientras que la escuela es como el tejido genético que, hasta ahora, ha tenido que aislarse del mundo para perpetuar la semilla.

—¿Estuvo Gurdjieff en la escuela?

—Hasta cierto tiempo, sí, pero después de eso corrió con sus propios colores. Gurdjieff fue heroico y uno de mis maestros, a quien veneraba mucho.

Siempre agregaba «bendita sea su memoria» cuando hablaba de él. Y sí: Óscar había conocido a compañeros de Gurdjieff. Entonces quise saber cómo explicaba el fracaso de Gurdjieff en dejar tras suyo un linaje espiritual viviente. Óscar me explicó que la misión de Gurdjieff había sido administrarle un shock a la cultura occidental (y supongo que usó este término en un sentido técnico como en las explicaciones de Gurdjieff sobre el eneagrama). Además, pensaba que los movimientos no eran solo ejercicios individuales, sino una forma de proyectar ciertas intenciones a través de la magia del ritmo, en la cual Gurdjieff era un maestro.

Luego pasó a explicarme que ahora el trabajo sería diferente. Ahora había llegado el momento de sembrar la semilla y de que la escuela regresara al mundo de donde se había retirado cuando las escuelas proféticas de Israel habían pasado a la clandestinidad. Estábamos entrando ahora en un tiempo crucial en el cual el mundo necesitaría la inyección de algo que, por primera vez (gracias al desarrollo del pensamiento científico y particularmente de la psicología), estaba preparado para absorber. De hecho, él había sido entrenado como un individuo semilla para traer la enseñanza a América.

No puedo recordar todo lo que Óscar dijo en esta y otras ocasiones, pero no estaría retratando la situación con precisión si diese la impresión de que nuestro diálogo consistía únicamente en una serie de preguntas alternadas con las respuestas correspondientes. A veces la conversación adquiría un carácter más informal, que era un reflejo del estilo amistoso y ordinario de Óscar y también de la medida en que rápidamente me fui sintiendo a gusto con él.

Recuerdo, por ejemplo, describirle una escena de la película que había visto el día anterior con Matías, mi hijo de diez años, *2001: Una Odisea del Espacio*. Cuando volví a ver a Óscar a la tarde siguiente, él también la había visto, y fue con ello que abrió la conversación: «Hay mucha información en esa película. Ha sido hecha con conocimiento. Habrás notado que la antena de la nave espacial está ubicada en el centro,

tal como en nuestro cuerpo: las mentaciones, que son nuestro mecanismo de relación, están conectadas al plexo solar».

Óscar también apreció la forma en que la historia describía la desconexión de la computadora que los viajeros habían considerado necesaria para continuar más allá de cierto punto, y me llamó la atención sobre la precisión con la que se había presentado la piedra negra: «Notarás que la Kaaba no era negra, sino de un marrón violáceo. Eso va muy de acuerdo con la experiencia».

Quise entonces saber a qué experiencia se refería y la respuesta de Óscar se refirió la absorción en la Santa Madre: «Cuando accedes, ¡escucha bien!, a toda la sabiduría del universo».

Cerca de un año después, en el desierto de Arica, yo mismo experimentaré fugazmente un estado en el cual me pareció estar viéndolo todo desde todos los puntos de vista, y Óscar me explicó que había experimentado una apertura del latifa negro.

Cierto día Óscar me explicó que, según la tradición, continuaría respondiendo a mis preguntas durante varios días antes de introducirme a ninguna práctica. Él estaba listo para continuar.

—¿Cómo había entrado en contacto con la escuela? —le pregunté.

Su respuesta fue más o menos la siguiente: «He entendido mi vida poco a poco. Hay cosas que solo he entendido recientemente». Y luego me contó que había nacido inesperadamente en un lugar remoto del campo boliviano, porque su padre, que vivía en La Paz, había juzgado necesario acudir a su granja y había llevado a su esposa embarazada sin imaginar que el parto ocurriría tan pronto.

A pesar de la lejanía de la zona y lo inesperado del nacimiento, en un lugar al que solo se podía llegar a caballo, un visitante cargado de regalos llamó a la puerta de la casa de sus padres el día en que nació Óscar. Era un árabe que vestía con una túnica, que había venido a celebrar el nacimiento de otra persona, según explicó, y que, considerándose perdido, les pidió que aceptaran los regalos en su lugar, para así celebrar la coincidencia. Óscar dice que después de este evento su madre con frecuencia soñaba con este árabe que se quedó todo el día en su casa cantando y bailando, al que nunca volvieron a ver.

¿Pero cuándo comenzó su entrenamiento?

Óscar había mencionado conocer a algún compañero de Gurdjieff. Ahora quise saber: ¿cuándo había entrado conscientemente en la escuela? Como respuesta me explicó que cuando todavía era un adolescente y estaba esperando a una novia en una cafetería de La

Paz (un pequeño lugar donde nunca antes había estado), mientras esperaba a la chica que nunca llegó, sentado en una de las mesas, sintió que un extraño lo estaba mirando desde una mesa vecina. No era que realmente *viera* a alguien mirándole, pero su sensación de ser observado con insistencia había sido tan definitiva que se le acercó al hombre en cuestión y, colocando su propio vaso en su mesa, le preguntó: «¿Por qué me estás mirando?». Lo que siguió después Óscar me lo contó así: «No solo me di cuenta de que me había mirado, supe que me había visto. El forastero me ofreció todo, y me dijo que podía elegir este destino si volvía al día siguiente con veinte mil pesos que sabía que no tenía». Óscar me explicó que había pedido prestado el dinero de prueba a un tío, y que todavía estaba endeudado en el momento de nuestra conversación.

Tras haberle preguntado sobre su relación con Idries Shah y haberle escuchado responder «después de que eres uno con Nuestro Padre Amoroso, no necesitas ir a ningún otro lado», le pregunté un día a Óscar cuán lejos había llegado en el viaje, y me respondió: «Verá, mi querido doctor, que una de las ventajas de trabajar conmigo es que he llegado al final».

Más de una vez Óscar me dijo que el camino por el que me llevaría me ahorraría las dificultades indescriptibles que él mismo había tenido que superar, ya que sus maestros le habían hecho pagar muy excesivamente por un conocimiento dado como a regañadientes, a veces haciéndolo hacer viajes largos por una sola gota, pues el tratamiento que se le dio había sido severo en proporción a su responsabilidad y también a la novedad de la situación presentada por su entrenamiento. Cada paso tenía que estar firmemente establecido, porque él debía desempeñar el papel de un individuo semilla en el trasplante de la enseñanza en América. Debido a este papel también había sido introducido a técnicas que durante siglos se transmitieron de generación en generación solo para su preservación, hasta que llegó el momento histórico en que serían apropiadas y necesarias. Métodos como «la rapidez» y, aún más, uno que implicaba un retiro de cuarenta días en el desierto (que tradicionalmente se transmitía a personas que estaban en la vejez y que ya no lo necesitaban, habiendo llegado a la plena realización por otros medios y esfuerzos) habían sido puestos a su disposición, a pesar de ser un hombre joven y occidental, y todo por su misión única. Además, en virtud de la singularidad de su papel, había sido enviado a varios maestros de diferentes tradiciones para una amplia gama de habilidades especializadas, incluidas las artes marciales de Mongolia, la alquimia y la música. Sobre esta última me dijo que había estudiado con un director de

orquesta boliviano para estar técnicamente preparado para entender las ideas de la escuela sobre el tono y el ritmo. Esto me interesó mucho, porque yo era alguien que había dejado de componer cuando ingresé a la Escuela de Medicina y a menudo había contemplado un regreso a la música, aunque ello había entrado en conflicto con mi búsqueda de la verdad y el ser, por lo que había llegado a decirme a mí mismo: una vez que haya encontrado lo que busco, tendré tiempo para componer nuevamente y mucho más que decir. Mientras tanto había desarrollado un profundo interés en la cuestión del significado de la música a través del conocimiento del dictado musical de Tótila. Óscar me dijo que había conocido a Tótila Albert. Lo consideraba un santo oculto. Cuando un día le mostré el texto de Tótila para el comienzo de la Primera Sinfonía de Brahms, lo declaró una revelación. Esto contribuyó a mi confianza en él, pero solo estaría revelando la mitad de la historia si no contara de mi desconfianza también.

Un día le conté a Óscar mi creciente desconfianza, y me dijo: «Tienes una cierta imagen de cómo debe ser un iluminado y yo no encajo. Eso es todo». Estaba dispuesto a admitir su afirmación de que un iluminado fuese invisible a menos que eligiera hacerse visible y de hecho la naturalidad despreocupada de Óscar me parecía una expresión de su iluminación. Pero algo seguía molestándome en su actitud y no estaba dispuesto a invalidar mi desconfianza como un mero resultado de prejuicios.

Mi ambivalencia aumentó cuando Óscar comenzó su serie de conferencias. Su contenido era un complemento fascinante a las enseñanzas de Gurdjieff en casi todos los aspectos: los mundos interpenetrantes, las leyes de tres y siete, la aplicación del eneagrama al metabolismo de los alimentos e impresiones, la mentación y demás. Sin embargo, Óscar me decepcionaba, porque lo percibía inseguro y demasiado ansioso por causar una buena impresión en sus oyentes. Me pareció que trasmitía un conocimiento precioso que provenía de una fuente más allá de él mismo, y que su comprensión era insuficiente, por lo que me preguntaba repetidamente: ¿pero por qué lo eligieron?

Gran parte de mi confianza en Óscar derivaba del hecho de que había sido elegido, después de todo.

Durante varios días cuestioné a Óscar sobre sí mismo, la escuela y el camino. También compartí algunas de mis experiencias no ordinarias con él y quedé impresionado con su comprensión precisa de ellas. A veces hablamos prácticamente de cualquier cosa y las anécdotas que contaba de sí mismo a menudo incluían referencias a algún aspecto de su vida en la escuela. Recuerdo que me habló de un maestro en Francia

que respondió a su confusión emocional diciendo: «Algún día entenderás que no existes».

En otro momento me habló de un maestro zen en el grupo donde recibió la mayor parte de su educación espiritual, a quien le gustaba escuchar tangos. En otro me dijo que cuando cumplió exitosamente con la tarea de vivir en la prosperidad durante un año sin preocuparse por ganar dinero, su maestro se materializó en su habitación de hotel en Perú en el momento, día y hora precisos. No podía juzgar cuánto de lo que Óscar me decía fuese cierto, pero me parecía útil como una forma de exponer algo, presentar información o transmitir que algo era posible. Entonces el período de mera conversación terminó. Le había preguntado a Óscar si el proceso acelerado a través del cual lideraría al grupo de Arica involucraba «la rapidez» (método sobre la existencia del cual había leído en Idries Shah). A esta pregunta él asintió con la cabeza y luego agregó: «Hay algo aún más rápido que la rapidez y es el traspaso directo de la conciencia». Luego me mostró una reproducción de uno de los frescos de Giotto, donde se representa a Jesús transmitiendo baraka a través de la mirada a uno de los apóstoles.

Un día seguimos a Óscar a la cabaña de Sergio Larraín en El Arrayán, donde en años anteriores había dirigido mis sesiones psicodélicas grupales y, una vez que nos hubimos acomodado en el piso frente a él, indicó que estaba listo para proceder a este traspaso. Habló durante media hora más o menos, y recuerdo cuando dijo que no hay nada más hermoso en todo el universo que el ojo humano, porque en él hay conciencia. También habló sobre el kundalini, «ese tema que incluso un maestro como Gurdjieff no estaba autorizado a enseñar», e hizo una declaración desconcertante: «Cuando levantas kundalini, entiendes que kundalini es Dios. Y luego tentarás a Dios. Y como Dios debes resistir la tentación».

A pesar de estar interesado en algunas de las cosas que Óscar dijo, me sentía crítico ese día. Una vez me había dicho que su maestro en Francia no era muy flexible y cuando se dirigía a sus diferentes discípulos sus cambios de actitud (correspondientes a su trabajo con diferentes psicocatalizadores) eran demasiado notorios y espasmódicos. Esto era exactamente lo que diría sobre Óscar: adoptaba diferentes estilos cuando hablaba con diferentes personas, pero cuando traté de excusarlo sospeché que su explicación fuese solo una racionalización de su actitud manipuladora.

Finalmente Óscar anunció que estaba listo para proceder con el traspaso de la conciencia. Se enderezó un poco en su asiento, cerró los ojos durante unos segundos y

los abrió gradualmente, dirigiendo su mirada hacia la mujer que estaba sentada con las piernas cruzadas en uno de los extremos del semicírculo que habíamos formado ante él. Pronto pareció que ella estaba experimentando un estado mental inusual, y esto fue confirmado por su informe minutos después. Lo mismo sucedió con cada uno de los que siguieron, y cuando le llegó el turno a Queco pude ver las arterias de su cuello palpitando violentamente. Luego vino Jenny, que se sentaba entre nosotros, y Óscar declaró con entusiasmo que había entrado en el estado del «satori tigre».

Cuando llegó mi turno, al final de la fila, Óscar preguntó: «¿Estás listo?». Ciertamente lo estaba. Era como si hubiese estado esperando este momento y ahora, como un caballo al comienzo de una carrera, la oportunidad de abandonarme a la experiencia fue una autorización para abandonar toda preocupación superficial y entrar en un espacio sagrado dentro de mí que siempre había conocido, pero que había traicionado. Como le expliqué a Óscar más tarde, fue como si hubiera requerido el permiso y el apoyo de otro en un estado similar para convertirme en lo que realmente era, permitiendo que mi ser tomara su verdadera forma.

Me rendí más y más a lo que percibí como un factor de alineación de asombrosa y severa precisión y, al hundirme de una capa a otra de mi ser, veía simultáneamente (y con gran detalle, pero todo comprimido en fracciones de segundos) las complejidades de un laberinto psicológico que al mismo tiempo estaba comprendiendo y dejando atrás. Recuerdo fugazmente que pensé que, si pudiera recordarlo después, requeriría de volúmenes para expresar por escrito tanta densidad de detalles, pero por supuesto no lo recordé. Como la escena de la caída hacia el final de *2001: Una Odisea del Espacio*, sentí que estaba teniendo lugar un cambio acelerado, y sentí un desprecio valiente por todo lo que no fuese mi abandono cada vez más profundo al factor correctivo interior, que entendí como la voluntad divina, mientras iba adquiriendo la precisión simple y transparente de un cristal.

Me sentí abarcado o disuelto en una presencia que intuitivamente reconocía como el Dios de Abraham, y mi respiración se había vuelto cada vez más agitada a medida que el éxtasis se profundizaba. Las lágrimas corrían por mis mejillas y mi corazón latía violentamente. Cada momento parecía el máximo y, sin embargo, era seguido por una intensificación, como si la posesión divina no tuviera fin. Veía un túnel de luz blanca entre los ojos de Óscar y los míos y sentí que me estaba aproximando a un punto sin

retorno, como cuando un crescendo de excitación sexual lleva a la liberación orgásmica. Jadeaba y sentía que estaba a punto de atravesar las puertas del cielo.

En este punto Óscar me interrumpió. «Muy bien, muy, muy bien», dijo, «ahora vuelve». Dudé por unos segundos, sin creer que él me pediría que interrumpiera una experiencia rara y valiosa en sí misma, un proceso que me había llevado hasta las puertas del cielo. «¿Seguro?», mascullé jadeando y esperando que el sacrificio fuera pospuesto o cancelado. «Sí, excelente, pero ahora vuelve», confirmó Óscar. Así que puse los frenos y regresé gradualmente a la realidad ordinaria, más bien confiando en que si Óscar me había llevado a ese punto, podría hacerlo nuevamente en el futuro.

Entonces él le dijo a alguien que me sirviera un té y me pidió mi informe. Comencé con el último evento del que era consciente: me había sumergido en esta experiencia en un acto de rendición a Óscar y, como él había sugerido, al linaje de maestros detrás de él. Pero lo fundamental había pasado a ser una rendición incondicional a Dios. En cierto momento me pregunté: «¿Qué pasaría si surge un conflicto entre rendirse a este proceso cósmico divino y rendirme a Óscar, el maestro que me ha traído a ello?». La anticipación de ese conflicto ya era un conflicto, por supuesto, y ya estaba comenzando a inclinarme hacia la primera alternativa.

«No hiciste el yoga», dijo Óscar en respuesta a mi descripción del conflicto, juntando sus palmas para transmitir la idea de unificación, «pero tu teclado está completo y listo para tocar. Excelente». Era como si hubiera estado comprobando el estado de mis circuitos o conexiones internas sin darle mucha importancia a ningún logro en particular.

Después de completar una descripción de mi experiencia, le pregunté por qué me había detenido, desconfiando mucho de que él supiera lo que había hecho. «Si te hubiera dejado ir más lejos, habrías tenido la iluminación de tantos gurús indios que son incapaces de transmitir su realización. Nuestro camino es diferente. Tenemos la responsabilidad de llegar a la iluminación en plena posesión de las llaves, y deberíamos poder ingresar y salir de cualquier estado a voluntad. Si no te hubiera detenido, nunca habrías querido regresar y aprender lo que aún necesitas saber para cumplir con tu misión».

¿Sabía Óscar verdaderamente, telepáticamente, nuestro estado de conciencia durante el proceso, como lo implicaban claramente sus palabras durante y después de cada episodio de traspaso? ¿No sería que sobreestimaba o exageraba su propia habilidad al respecto? ¿No sería que, sin saber realmente lo que estaba haciendo, acababa de cometer

un terrible error al detenerme? Algo en sus palabras y estilo me recordó a un hipnotizador de teatro, y me llenaba de desconfianza, a pesar de que no podía desconfiar de la experiencia misma a la que me había conducido.

Ese día fue la semilla de todo lo que siguió en mi contacto con Óscar. El sabor de la experiencia del traspaso pesó fuertemente en mi inclinación a permanecer en contacto con él y se hizo eco en otras experiencias que siguieron, pero mi desconfianza en relación a la interrupción de esta experiencia habría de ser el tema principal durante el resto de este discipulado, y también un factor en mi eventual separación de su rebaño.

En la misma sesión de traspaso que he descrito puedo rastrear los inicios de una enemistad por parte de John Bleibtreu, que sería el factor determinante en los sucesos que me llevaron a ser un chivo expiatorio un año después. Pues a pesar de las conversaciones y el té, la experiencia me dejó en un estado de ánimo algo hierático, excesivamente serio, severo e implícitamente superior. Percibí en qué medida estaba desafiando la personalidad de John cuando, con un coraje prestado por la experiencia cumbre, me negué persistentemente a responder a su sonrisa amistosa. Sergio me había señalado varias veces esta característica sonrisa de John como uno de esos juegos que deben dejarse de lado, y sin duda contribuyó a mis pocas ganas de responderle con el automatismo complaciente propio de mi estilo. No hablamos sobre ello cuando volvimos juntos ese día, pero él estaba furioso conmigo, y siguió estándolo durante el resto de nuestra temporada en Arica al año siguiente.

La siguiente etapa de mi contacto con Óscar, después de las primeras sesiones de traspaso y el retorno de los Bleibtreu, fue a través de ejercicios espirituales: mantra, pneumoritmia (prácticas respiratorias comparables al pranayama), quinermitmia (una combinación de movimiento, mantra, visualización y concentración corporal) y meditación. Lo había añorado y ahora lo encontraba agotador. Peor aún, eso estaba entrando en conflicto con ser un buen padre para Matías. Había venido a Chile con el deseo de estar cerca de él y así compensarlo por el hecho de vivir lejos. Pero desde mi llegada lo veía cada vez menos y él comenzaba a echarme de menos. Tal vez como expresión de mi irritación confusa hacia Óscar, también lo culpé por esto, en lugar de asumir la responsabilidad de mi elección. ¿Cómo podría hacerle esto a un niño? Seguramente debía ser algo insensible.

En retrospectiva, sin embargo, pienso que le debo dar crédito a Óscar no solo por su conocimiento y por su habilidad técnica, sino precisamente por su capacidad de

irritarme. Pues me había engañado al llegar de California al sentirme sin una verdadera necesidad espiritual y al pensar que no me apegaría al resultado de mi contacto con Óscar. Ahora ya no podía mantener tal pretensión frente a un estado de ánimo y una actitud que no podía recordar durante los años recientes. Me sentí neurótico en mi relación con Óscar como no lo había experimentado con nadie: infeliz, exigente, irritado. Le di crédito por esto en la medida en que concebí que podría estar actuando deliberadamente con la intención de frustrarme y poner de manifiesto mi falta de equilibrio. Óscar de la Fuente me había dicho una vez: «Serás puesto a prueba, como todos». A veces no sabía si considerar el comportamiento demasiado educado de Óscar como espontáneo o como parte de una estrategia. Nutrir mis expectativas y luego frustrarlas (después de haber afirmado su propia fiabilidad) me fue pareciendo algo tan habitual en su comportamiento, que llegué a imaginar que constituyese una maniobra.

Mientras Héctor se sentía decepcionado por los diversos temas que Óscar había prometido cubrir en sus conferencias y que finalmente no discutió, mi frustración generalmente era estimulada por el aplazamiento o la cancelación de las reuniones previstas. Una ocasión en particular en que la conducta de Óscar me pareció expresamente encaminada a darme una oportunidad de trabajar en mis emociones tuvo lugar después de otra experiencia cumbre dramática.

Un día martes me dio instrucciones de realizar un ejercicio complejo mientras se sentaba frente a mí. Muchos días de pneumoritmia, quineritmia, mentación habían sido una preparación para esto, y la práctica era una meditación que comprendía varias etapas específicas desde una simple contemplación del color rojo a una expansión de esta visualización a proporciones cósmicas, y luego a otras operaciones, y todo ello mientras relacionaba el contenido cambiante de la meditación con mi plexo solar, sobre el cual Óscar también se concentraría para ayudar en el proceso. Como estímulo adicional, además, encendió una grabadora con una grabación del Bolero de Ravel.

Creo que mis ojos estaban cerrados, y no pasó mucho tiempo antes de que mi cuerpo vibrara como si estuviera lleno de electricidad. Mis brazos y mis manos se movieron haciendo un mudra espontáneo, y el ritmo triple del bolero me pareció el corazón de un universo glorioso que se devoraba a sí mismo y a la vez transcendía.

Terminada la grabación, Óscar expresó su satisfacción con mi experiencia y me pidió que hablara al respecto. Le conté sobre el creciente éxtasis y revisé los aspectos mentales de las diferentes etapas de la meditación. Estaba feliz, pero me sorprendió que Óscar

pareciera mucho menos entusiasta de lo que hubiera esperado por mi propio entusiasmo. «Estuvo muy bien», dijo, «perfecto, pero mañana verás que esto es solo un primer paso. Mañana tendrás la experiencia completa».

Cuando llegó la hora de mi cita el miércoles por la tarde, Óscar seguía hablando con mi amiga chilena Joyce, quien había querido conocerlo y para quien yo le había pedido a Óscar esta cita. Óscar me invitó a entrar y me senté con ellos, esperando mi turno mientras continuaban su conversación, cuyo contenido no recuerdo, ya fuese porque no me interesaba o porque estaba demasiado absorto en mis propias expectativas. Lo que hablaban no me pareció importante, y empecé a sentirme molesto por el paso del tiempo. Me preocupaba que Óscar pudiera haber citado a otra persona después de mí y que, de ser así, el tiempo que me había asignado no bastara para la experiencia que me había anunciado. Yo había querido que Joyce conociera a Óscar, sin duda, pero cuando pasó más de media hora de lo que consideraba mi asignación de tiempo y no le ponía fin a lo que me parecía una charla social trivial, mi impaciencia y malestar fueron considerables; y cuando ya había pasado casi una hora, muy irritado con Óscar, quise llamarle la atención sobre mi espera excusándome con él y yendo a reunirme con Jenny en la habitación contigua. Unos treinta minutos después, Óscar se asomó a la puerta y me preguntó si me gustaría unirme a ellos en un baile. Acepté con la esperanza de más tarde tener un tiempo a solas con Óscar. Jenny también se unió a nosotros, y Óscar nos dio la instrucción de hacer movimientos serpenteantes de la columna vertebral al son de una música renacentista. Me dije a mí mismo que lo único sensato que podía hacer era participar lo más posible, y me esforcé en empatizar con la música y la situación, pero fui dolorosamente consciente de mi incapacidad de hacerlo con un ánimo alegre. Dejar de lado mi infelicidad fue una lucha constante y un fracaso, y no tuve una sesión privada con Óscar ese día.

En el contexto de eventos pasados (desde la primera postergación del grupo que había sido anunciada en la carta de Sergio y confirmada por Jenny en Miami), consideré seriamente la idea de que Óscar pudiese estar actuando como el padre de un chiste judío que le ordena a su hijo que salte desde una roca elevada y responde a sus súplicas asustadas asegurándole que lo cogerá en el aire. «¿No confiarás en tu propio padre?», le dice. El niño finalmente salta, choca con fuerza contra el suelo, y mientras llora le explica: «Esto es para que aprendas a no confiar en nadie, ni siquiera en tu padre».

Al día siguiente compartí este pensamiento y el chiste con Óscar, pero lo descartó

sonriendo, y agregó: «Fui un bruto. Por favor, perdóname». Y no hubo más mención del evento, excepto unos pocos días después cuando comentó brevemente: «No creas que fue una pérdida de tiempo. Te observé con mucho cuidado y aprendí cosas que necesito saber para ayudarte. Eres muy adaptable».

En cuanto al gran final que me había llevado a esperar después de ese martes, también me impresionó como anticlímax premeditado. Dos días más tarde me presentó una grabación de un zikr, una hermosa melodía repetitiva de flauta, y me indicó que la escuchara desde mi plexo solar. Nos sentamos en unas sillas en su sala de estar, pero después de lo que debe haber sido apenas un minuto o dos me interrumpió diciendo que era inútil, pues no estaba llegando a ningún lado. «Tienes un pedazo de corcho en tu plexo solar». Y eso fue todo, excepto por el anticlímax y el hecho de que sirviera para llamarme la atención hacia un bloqueo en esta parte de mi cuerpo, una tensión diafragmática crónica de la que ya me había percatado.

Como puede ser fácil de imaginar, mi crítica hacia Óscar aumentó aún más después de esto. Juzgándolo un tanto arrogante, mientras caminaba hacia su departamento una mañana no sin cierta insolencia pensé que le preguntaría si se consideraba más que el Buda. Mi pregunta era un desafío y la expresión del deseo de que me lo confirmase, pues ¿no había declarado en una de sus cartas que la iluminación de las culturas anteriores era como el hermoso fruto de un valle templado y no la solución a nuestra moderna jungla tropical? Podía creerlo, como también creí en su afirmación de que la completud del hombre occidental implica necesariamente la integración de más capas y de más etapas de desarrollo.

Óscar respondió mi pregunta sin que yo le hubiera preguntado tan pronto como comenzó a hablar: «El camino de Buda es fácil: vives la verdad y dejas atrás el mundo. Nuestro camino es más difícil: debes estar despierto en el mundo, pero detrás de una máscara. Nuestro camino es el del malabarista: con los que están dormidos, juegas».

Pese a apreciar lo significativo de su declaración, tanto entonces como después, su efecto inmediato fue el de llamarme la atención sobre su estilo manipulador, que era lo que más me había irritado y me llevaba a cuestionarlo. Tal vez no hubiera sido capaz de demostrar su intención manipuladora de manera convincente, pero era mi intuición ante su estilo y actitud, que repetidamente comparé en esos días con el estilo que había llegado a admirar en mi contacto con Fritz Perls. A través del contacto cercano con Fritz, había llegado a creer en el poder de la verdad y en el valor de la franqueza, y Fritz, a

pesar de sus imperfecciones, me impresionaba como un gran espíritu. Óscar, por otro lado, al confrontar a la gente con sus mentiras o en su halago privado de cada persona como la más destacada o especial, así como en su insistencia en lo secreto, no me pareció nunca un gran hombre, pese al precedente de tales comportamientos en algunas historias sufíes.

Tres años después, cuando asumí el rol de guía espiritual, había internalizado a Óscar lo suficiente como para creer en ambas alternativas. Ya antes de conocerlo me había familiarizado lo suficiente con las ideas sufíes como para darme cuenta de que él tenía un vínculo personal con la tradición y que no había aprendido únicamente de los libros. También tenía motivos para sentirme atraído por la singularidad de su oferta, ya que había anunciado que emplearía métodos raros e inaccesibles, como «la rapidez». Pero me había dicho que solo aceptaría a Óscar como maestro si llegase a sentir hacia él algo más que una atracción intelectual. Sin embargo, antes de volver a California al fin de esta temporada de verano, mi actitud había cambiado, pues me sentía inclinado a continuar este aprendizaje, a pesar de una falta de certeza intuitiva al respecto. Varios factores habían contribuido a este cambio de opinión. Uno fue que quedé muy impresionado por la naturaleza y el alcance del conocimiento de Óscar. Otro, que estaba no menos impresionado por la experiencia de traspaso que he relatado (aunque no tanto por las que siguieron), y por la seguridad técnica y la precisión de Óscar. Y no menos importante era la certeza de estar en contacto con alguien que era mi único vínculo con «la escuela». Sin embargo, un día, cuando estaba por irme, le dije: «Veo que puedes llevarme a experiencias inusuales y tengo mucho que aprender de ti. Me siento inclinado a aprovechar la oportunidad, pero siento también que eres un manipulador y un mentiroso». Óscar, sonriendo, intervino: «Eso es demasiado. No, no podría ser». Pero quise completar mi pregunta y saber su respuesta: «¿Puedo trabajar contigo en tales circunstancias?».

Su respuesta fue decisiva: «Todo lo que es necesario es que trabajes y me dejes trabajar. Observa y respeta tu desconfianza, que es una reacción apropiada a las experiencias pasadas. Pero no dejes que interfiera con tu trabajo. No necesitas sentir admiración hacia mí en este trabajo, sino solo un mínimo de respeto humano. No puedes saber si cumpliré mi promesa o no, pero si te das la oportunidad, lo sabrás por el fruto».

Y me dijo que me ofrecería un camino diferente al que presentaría a los demás, y mucho más rápido: un retiro de cuarenta días en el desierto, que me llevaría a lo que

siempre había estado buscando. Así no tendría que esperar mucho para saber si era válido lo que me ofrecía. Ante este ofrecimiento estuve de acuerdo en que iría a Arica con el grupo el próximo año, entendiendo que después de un tiempo me enviaría al desierto. Solo que necesitaría comprometerme a mantenerlo en secreto, y así lo hice, al menos durante el tiempo anterior a que Óscar mismo lo revelara.

En alguna ocasión posterior Óscar comentó que debería estar listo para seguir sus instrucciones muy de cerca durante esos cuarenta días en el desierto, porque, como en el lanzamiento de un cohete a la luna, una pequeña desviación podría tener grandes consecuencias. Luego dijo algo sobre las etapas del proceso involucrado, y me pareció que hablaba como un ingeniero que describe el funcionamiento de una planta química, por lo que quise saber si ello era posible o legítimo. «¿Puede alguien garantizar la iluminación?», le pregunté. Su respuesta fue: «A veces, para algunos, es posible».

Las reuniones finales con Ichazo en enero de 1970 incluyeron varias sesiones de traspaso adicionales, algunas más teóricas (desde *El árbol de la vida* hasta *El eneagrama del karma*), instrucciones para trabajar en los lataif y mi protoanálisis individual. Ya había escuchado a Óscar hablar sobre los temas del protoanálisis al pequeño grupo profesional con el que se reunía todas las noches, pero hasta ahora había pospuesto su aplicación a mi caso, excepto cuando me había señalado mi característica principal o fijación.

Cuando finalmente procedió a delinear la dinámica de mi personalidad, me impresionó escucharlo señalar, en el curso de un monólogo de más de cuatro horas, las principales cosas que yo mismo había comprendido a través de años de exploración psicológica, ya fuera en el psicoanálisis, la cienciaología, las experiencias psicodélicas o las sesiones de Gestalt. Me sorprendió esta capacidad de ver tanto, ya que a través de nuestros encuentros yo había sido alguien que escuchaba y hacía preguntas. «Una forma de hacerlo», explicó en respuesta a mi perplejidad, «es contar historias y observar las reacciones de la gente hacia ellas. Los sufíes tienen un repertorio de ellas, pero prefiero hablar de mí mismo. Algunas de las historias te gustaron, otras no. En algunas cosas creíste, en otras no».

VII. PUNTO FINAL

1

UNA TEMPORADA CON MATÍAS

*Mientras escribo estas líneas
a una distancia de treinta y cinco años
mi sentido del tiempo es impreciso,
pero me parece que mis reuniones finales con Óscar
tuvieron lugar en diciembre de 1969
y luego volví a Estados Unidos en enero de 1970.*

*Solo indirectamente recuerdo que viajé con Matías,
pues en el curso del año siguiente
mi amiga Wilma, que nos había acompañado al aeropuerto,
me describió un breve intercambio con él,
cuando, en respuesta al deseo declarado de verlo pronto,
Matías sacudió gravemente la cabeza
diciéndole enigmáticamente:
«No creo que vaya a volver».*

*Poco después de regresar a Berkeley
Le escribí a Idries Shah
sobre mis recientes experiencias en Chile,
esperando que su respuesta
apoyase mi inclinación a unirme con Óscar
dentro de seis meses en Arica. No fue el caso.
Me respondió diciendo*

*que yo había descrito a alguien que no había asimilado
suficientemente
el conocimiento de sus propios maestros,
y aunque podría esperar ciertas experiencias,
estas no serían espirituales.*

*Aunque la respuesta de Shah hiciera eco de mis propias dudas,
también dudé de mis dudas
y del acierto de escuchar
la voz de la autoridad.
¿No son acaso esos los pasos más importantes de nuestra propia
vida
y debemos darlos únicamente sobre la base de un impulso
interno,
desafiando la autoridad establecida e incluso el sentido común?
A pesar de confiar en Shah más que en Óscar,
y a pesar de verlo como una persona eminentemente «moderna»,
temí que no estuviera libre de un sesgo ortodoxo
que invalidara el desafío
de Óscar a las formas tradicionales.
Consulté a Ann Armstrong,
amiga clarividente,
pidiéndole que leyera a Óscar y mi futuro,
y encontró a Óscar impenetrable, ilegible.
Dijo que aprendería algo de él, pero no lo que había esperado.
Y lo que es más importante, me vio aprendiendo de alguien
que estaba detrás de él,
y me aconsejó que me relacionara con Óscar
como intermediario implícito.
Me dije: ¿qué tengo que perder?
Iré al desierto,
y después de ello si no me siento satisfecho
puedo regresar.*

*Dado que era muy probable
que me fuera a Chile a mediados de año,
dividí mi tiempo
entre Matías y mis proyectos de escritura.
Tenía ya once años,
y como su madre seguía en París
esperaba que al irme a Arica
tuviera que ponerlo en un internado de Santiago por algún
tiempo
donde sus dos abuelas pudieran visitarlo.*

*La anticipación
de esta separación inminente
hizo que nuestra temporada fuera muy preciosa,
y me esforzara en que así fuese.
Uno de nuestros puntos de contacto
fue el piano y la improvisación musical.
Otras veces le leía o le contaba historias,
o simplemente hablábamos de sus experiencias cotidianas
y de las mías.*

*Siempre sentí que le debía la verdad
y era un desafío considerable hacerme entender
y justificar mis acciones
para su mente de once años.
Una de las cosas más difíciles
era explicarle que continuara
viviendo con Marilyn, en cuya casa no se sentía feliz.
Marilyn y yo continuábamos siendo buenos amigos,
pero no podía invocar ya el amor o el crecimiento personal
como un motivo para estar con ella por más tiempo y,
aunque pensara que la necesitaba como madre sustituta de mi
hijo
decirle a Matías que la necesitaba para cuidar de él*

*no le parecía convincente,
sobre todo, porque sabía que Marilyn sentía envidia
de que le diera a él la atención
que nunca les había dado a sus hijas.
Pese a que no podía invocar
un gran amor como razón de mi permanencia
Matías fue lo suficientemente compasivo como
para no insistir más en el asunto,
aunque con un sentimiento comparable
al que expresaba a veces el pequeño príncipe,
a quien tanto Matías semejaba:
«¡Estos adultos!».*

*Una vez llevé a Matías a Esalen,
cuando me tocaba dirigir un taller,
y la gente lo encontraba extraordinario.
Me pareció que veían más de lo que yo mismo podía apreciar.
A veces Matías me avergonzaba con su excentricidad,
como un día en que recogió dinero vendiendo sus pinturas,
pero más que nada estuve muy contento de sus éxitos.*

*En una ocasión llevé a Matías conmigo
a una visita a los Simkin en Los Ángeles.
Con frecuencia me quedaba con ellos
y disfrutaba de la cálida amistad de Anne
cuando acudía al grupo Gestalt de entrenamiento de Jim,
de quien recibía también sesiones privadas o supervisiones.
Matías se convirtió en compañero de Josie,
la hija menor de los Simkin.
También lo llevé a Disneyland,
y allí se divirtió,
pero también fue el escenario
de mi peor comportamiento hacia él*

*cuando lo regañé con furia
por algo tan trivial que ya ni siquiera recuerdo.
Pese a todo
estos días
compensaban una futura separación que anticipaba
y toda una vida de paternidad insuficiente.*

*Antes de que viniera al mundo,
tener un hijo no había estado entre mis intereses
y me había casado
con mi primera esposa
durante mi último año en la Escuela de Medicina,
cuando mi atención estaba volcada
más que nada en el contacto
con mis amigos espirituales,
en la psicoterapia y en los inicios
de la vida profesional
(siendo durante ese año también
el secretario privado del ministro chileno de Salud),
por lo que habría preferido
que Cecilia no estuviera tan ansiosa en ser madre.
Pero decidí honrar su preferencia
sospechando que podría seguir sintiéndome poco preparado
para ser padre
durante buena parte de mi vida
como en realidad fue.*

*Había visto crecer
el abdomen de Cecilia
a medida que pasaban los meses,
sin sentirme un padre,
hasta el momento en que la obstetra
extrajo a Matías de su vientre abierto*

y me lo mostró en el quirófano.

Fue amor a primera vista.

Al ver sus rasgos, supe que yo era padre.

Era visiblemente mi fruto.

Y como para impresionar mi papel más firmemente

la poderosa Providencia determinó que

durante su primer día de vida

yo pasara algunas de mis horas

moviéndome por su bienestar.

Pues el pobre y bendito Matías nació como una víctima,

que sobrevivió porque la ciencia médica

supo sacarlo de la pelvis de su madre

y luego cambiar su sangre,

que estaba siendo destruida

debido a la incompatibilidad de RH con Cecilia.

Sin embargo, a medida que crecía,

estaba claro que había heredado la alegría de vivir de su madre

(sin sus episodios depresivos)

y también su talento musical.

Nació en el cumpleaños de Mozart

y siempre me pareció un espíritu mozartiano,

brillante, talentoso, tierno, puro,

símbolo vivo de la niñez.

A menudo

me ha parecido

que el principal propósito de nuestro desdichado matrimonio

había sido traer a Matías al mundo,

aunque también sirviera

para mostrarnos nuestras imperfecciones.

Nos separamos antes de los cinco años de Matías,

y la siguiente mujer de mi vida

Loreley

*me convenció de que él no estaba bien con su madre,
y que debía reclamar su custodia.
Me dijo también que no sería algo molesto como un juicio,
sino más bien una discusión íntima con el juez
y con la visitadora social.
Pero fue desagradable,
y una vez iniciado el proceso
ya no se podía detener,
como con una bola de nieve
que crece al deslizarse
por la ladera de una montaña.*

*Cuando mis visitas a Matías
fueron regimentadas por la corte
se hicieron aún más preciosas,
y,
así como las flores del cerezo
a veces brotan antes de que la nieve del invierno haya
desaparecido,
nuestro amor fue fortalecido por la adversidad.
Matías era para mí el niño divino,
y yo era para él el padre ideal
que nunca lo decepcionó.
Fui honesto con él, y sin embargo lo desconcertaban mis
decisiones,
por más que se mostrara compasivo y comprensivo.
Realmente tuvimos una relación excepcional.
Siempre pasaba sus vacaciones de verano conmigo,
como había determinado la corte,
y estuvimos juntos durante la mayor parte
de las últimas diez noches de su vida.*

*Cecilia lo puso en un avión
al final de su año escolar en París,
y lo recibí en Nueva York en julio de 1969,
días después de recibir la primera carta de Óscar,
y algún tiempo después de mi reunión con Jenny en Miami.
Estaba dando un taller de dos semanas en la Bucks County
con Virginia Veach y Alexander Lowen,
y Marilyn había traído a una sus dos hijas con ella.*

*Desde allí, Matías y yo viajamos a Chile,
donde pasaría la temporada con Óscar.
De regreso a Berkeley
Matías volvió a la escuela
y yo seguía escribiendo.
Era difícil explicarle por qué escribía tanto
en lugar de pasar más tiempo con él.
Fue este tiempo como un preludio
a un viaje de regreso incierto
durante el cual me sentí
como alguien que había dedicado la vida al aprendizaje
compartiendo poco de lo aprendido.
Me llegaba la hora
de pagar una deuda
condensando mi experiencia en un fruto
como un acto de servicio para mis semejantes.
Y terminé mis libros, menos el prefacio de *El niño divino* y el
héroe:
el viaje sanador,
la única búsqueda
que aparecería como mi primer libro,
sobre la psicología de la meditación,
dejando dos libros incompletos:
uno sobre yagé y otro llamado *La bondad del diablo**

*que hasta ahora no termino
pero tal vez lo haga
dando cuenta de los textos de Tótila
inspirados en Schumann.*

*Para entonces el vínculo con Marilyn
se había debilitado.
Diría que la había desidealizado un poco.
Tal como le había atribuido un genio especial pero cuestionable
a la maternidad de Loreley,
había dejado de percibir a Marilyn
como una encarnación poderosa
de la maternidad arquetípica.*

*Mi expectativa de amor también se había frustrado,
ya que no sentía que ella hubiera llegado a amar lo que yo
amaba,
como me había parecido anteriormente.
Además, Matías sufría por su trato.*

*También me decepcionó
no sentir que ella resonara profundamente
con mi interés en Tótila y en su trabajo.
La calidad de su interés me parecía semejante
a la que Queco Larraín me había descrito
a propósito de su frustrante experiencia
con una prestigiosa psicoanalista:
«Es como una niñera, muy bien intencionada,
pero ¿de qué puedes hablar con una niñera?».*

*Tal vez el amor puede superar las brechas culturales
en la sutileza o en los gustos y preferencias,
pero supongo que,*

*así como yo me había distanciado,
Marilyn,
a pesar de su buena amistad, lealtad y veracidad,
también lo había hecho.*

UNA REUNIÓN EN LAS COLINAS DE BIG SUR

*Tales eran mis días antes de la Semana Santa de 1970.
Estaba anunciado un seminario mío sobre La Divina Comedia
en la Grace Cathedral de San Francisco, ya que el viaje de
Dante al más allá
tiene lugar durante la Pascua,
y por eso no hice planes de ir con Marilyn,
con sus hijas y Matías
a la reunión que tendría lugar en las colinas de Big Sur
para aquellos que viajarían a Arica.
El seminario sobre La Divina Comedia
terminó por convertirse en una sola charla,
pero el sábado por la noche tuvo lugar
un servicio conmemorativo para Fritz Perls,
que había muerto en Chicago el fin de semana anterior,
y decidí quedarme en la ciudad.*

*Vi a Matías por última vez el viernes por la mañana.
Se buscaron huevos de Pascua
y le leí el pasaje
del segundo libro de Lloyd Alexander,
El caldero negro,
que nos tocaba ese día:*

*el más triste de todo el libro,
que describe la muerte del rey Math,
hijo de Mathonwy.*

*Matías apenas podía creer lo que estaba oyendo,
y yo sentía pena de causarle pena.*

*Cuando llegó la hora de la salida,
alrededor del mediodía,
evité un adiós,
deseando ahorrarle el dolor habitual de las separaciones,
pero por primera vez
corrió hacia el coche sin dudarlo.
Tenía muchas ganas de este viaje,
porque esperaba ver a Ginny Sutton y a sus hijas.
Ginny, hasta hace poco la amante de Fritz Perls,
a quien había interesado en la idea del Gestalt Kibutz,
vivía cerca de Esalen y vendría también a Chile,
y Matías se sentía cerca de ella,
habiendo disfrutado su visita a esa familia la semana anterior,
cuando se había sentido fascinado por el mazo de Tarot de
Ginny
y había escogido, antes de partir, una carta
—el ahorcado—
y había preguntado qué significaba.*

*«Iluminación a través del sufrimiento»,
había murmurado Ginny,
diciéndole que la próxima vez podrían hablar más.
No tuvo lugar el esperado encuentro antes de la reunión,
porque su casa se había incendiado mientras tanto,
y tanto Ginny como las niñas estaban pasando por días
difíciles.
Cuando, después del regreso*

*de la celebración fúnebre de Fritz,
estando solo y a oscuras en la casa,
sentí una punzada de ansiedad como recordaba
no haber sentido desde la temprana adolescencia
(y en vano traté de relacionarla con cosa alguna)
procedí a una reunión más pequeña
en el Instituto de la Gestalt de San Francisco,
y apenas regresé me fui a la cama.*

*Me despertó antes del amanecer la llamada de Marilyn
desde el hospital de Monterrey
y me explicó que Suzie y ella acababan de ser traídas por una
ambulancia,
heridas pero seguras.
El coche en el que regresaban del picnic nocturno en un claro
del bosque
había rodado por un acantilado
y no creía que Matías fuera encontrado vivo.
Una llamada de la policía a las cinco de la mañana
confirmó la tragedia:
Matías había muerto.
Golpeé con los puños en la cama,
por impotencia ante lo irrevocable,
pero también en parte por rabia hacia Óscar.*

*Se dice que el baraka
puede tener el efecto de acelerar el karma,
y todavía imagino que esto pueda ser cierto.
También al recibir una iniciación de su santidad el XVI
Karmapa,
por ejemplo, alguien vertió una palangana
de agua hirviendo sobre mi pierna izquierda
y espontáneamente acepté el accidente como una purificación*

necesaria.

*En el caso de Óscar, estaba dispuesto a concederle
ese poder misterioso que rige las sincronías
y a considerarlo la causa indirecta del accidente
que había ocurrido tras la primera reunión
de aquellos que pretendían
unirse a él.*

*Por más irracional que mi opinión pueda parecer,
reaccionaba ante la intuición de una conexión mágica,
aunque no intencional,
de la muerte de Matías con mi entrada en la órbita de Óscar.
Y además, aunque esto no fuese explícito,
mi corazón vio la muerte de Matías como un sacrificio de
sangre
provocado por el poder de Óscar.*

*El tiempo, además, reforzó mi idea
de que se trataba de un caso
en que el destino parece jugar con el azar
configurando un significado arquetípico,
en este caso el de la pasión.*

*Mientras conducía hacia Monterrey
al amanecer del domingo de Pascua,
sentí que mi vida ya no podía ser la misma.
Parecía que había demasiado en ella de insubstancial,
y ahora solo me parecía digno de ser vivido
lo que podía medirse con la muerte.
Puesto que con pesar
sentía que le había fallado a Matías
por inercia y comodidad,
en ese momento decidí separarme de Marilyn
tan pronto como estuviese lo suficientemente bien
como para vivir sola.*

*Había sido noble, no sumisa pero comprensiva,
y nunca posesiva.
De hecho, algunos meses después de nuestra vuelta de Arica,
al año siguiente,
ella sola se encargó de llenar los formularios requeridos para el
divorcio en California.*

*En el Hospital de Monterrey
Marilyn se sentía bien a pesar de sus moretones,
y de ella supe los detalles de lo que había sucedido en el día
precedente.*

*También me dio noticias de Bob Dickman,
que había viajado con Matías
hacia la reunión antes de que anoheciera
y que había encontrado el cuerpo de Matías esa noche
en el fondo del cañón escarpado
donde se había atrevido a descender
en la oscuridad.*

*Él y Matías habían viajado en el coche de mi amigo Al,
por la sinuosa carretera
que conducía desde la costa hasta la propiedad donde vivía
Gordy Ryan,
en medio de un bosque en las colinas de Big Sur.
Gordy había venido de Denver algunos años atrás
y después de asistir a un taller mío
se había quedado en Esalen.*

*Había sido un alpinista entusiasta
y ahora dedicaba gran parte de su tiempo
a los tambores de conga,
que se convertirían en un elemento característico
de las reuniones de Arica en Chile,
no sin la sospecha de los pobladores locales
de que fueran*

ocasiones de culto demoníaco.

*Al mirar el barranco junto al camino,
Bob me dijo durante nuestro reencuentro que
Matías les había preguntado: «¿Están listos para morir?».
Y luego añadió: «Preferiría no morir todavía».
Después citó algunas últimas palabras famosas.
Recordó que había aludido a las de Goethe, tan famosas:
«Luz, más luz».
Y las de Schumann: «Ahora comprendo».
Y también la escena reciente de la muerte de Fritz.
Era algo que me había escuchado describir
aunque no hubiera estado presente.
Una enfermera alarmada le había dicho
cuando estaba lleno de tubos:
«No debe sentarse, doctor Perls».
Y después de mirarla fijamente, y responderle
«no me digas qué hacer»,
había expirado.
Algo semejante
transmitían sus propias últimas palabras,
antes de que siguiese a Marilyn hacia el coche
que pronto rodaría por el acantilado.
La palanca del cambio en la camioneta de Marilyn
se había quedado pegada
a poca distancia del lugar de reunión,
por lo que había dejado el vehículo en la carretera,
y horas más tarde, cuando un coche con dos personas se detuvo
en medio de su marcha cuesta abajo,
en el claro del bosque donde estaban reunidos,
le pidieron a Marilyn que los llevase
hacia su coche detenido
para evitar caminar en la oscuridad.*

*Matías,
que había estado disfrutando mucho con los tambores,
bailando y cantando en torno a una hoguera,
se sintió decepcionado,
y le rogó que lo dejase
quedarse y dormir junto al fuego como tantos otros
tenían la intención de hacer,
pero ella insistió en que era el momento de irse,
a lo que Matías había respondido con las últimas palabras
que se recordaron:
«¿Por qué debo hacer siempre lo que me dicen los adultos?».*

*En ese momento mi amigo Al Shwartz
decidió unirse a ellos,
y a Matías:
«¿No vendrás conmigo? Cuidaré de ti».
Matías había corrido a sus brazos
y una vez en el coche se sentó sobre sus rodillas.
Y cuando el coche se salió de la carretera
algunos minutos más tarde
ambos cayeron hasta el fondo
del abismo.*

*Los que permanecían junto al fuego
oyeron un ruidoso estrépito,
seguido de gritos,
y se apresuraron hacia el lugar del accidente.
Había sido el grito que dio Suzie
cuando se hubo recuperado de un breve período de
inconsciencia.
Y sus gritos también atraieron a Marilyn,
que ascendió desde una cornisa inferior
donde su cuerpo había quedado.*

*El coche, después de rodar, fue detenido por arbustos y rocas,
y me dijeron que Gordy, el alpinista, había comentado
que lo que había trepado Marilyn de noche
él hubiera vacilado en subirlo de día.*

*Solo después de horas de descenso en la oscuridad,
Bob y Gordy llegaron al fondo del abismo,
donde estaba el cuerpo de Matías,
la cabeza hacia abajo y detenido en su deslizamiento
por una roca, con los brazos y las manos extendidas hacia los
lados.*

*Cuando bajé al día siguiente, me di cuenta de que se había
deslizado
a lo largo de una ranura recta, no más ancha que un cuerpo,
formada sin duda por el agua durante las estaciones de lluvia,
el único surco que pude ver en el lapso de una milla o algo así.
Cerca del fondo encontré una de las botas de Matías
y, más abajo todavía, unas gotas de sangre y una estera
con la palabra «bienvenido»,
que había caído desde el coche,
de tal manera que su mensaje
parecía saludarme
y confirmar la súbita paz
del arroyo rodeado de vegetación
al fondo del valle rocoso.*

*Lloré intensamente
durante unos tres días
mientras acompañaba al cuerpo de Matías
en la pequeña capilla del Carmel by the Sea
y seguí sintiendo un dolor profundo
como nunca había conocido*

*durante semanas,
aunque algo distraído
de mi sufrimiento
por una complicación inesperada
en la condición de Marilyn,
por la que debió permanecer en el hospital.
Había aceptado ya con gratitud
la invitación de Charles Brooks y Charlotte Selver
de alojar en su cabaña de Big Sur
que nadie estaba usando entonces
y desde allí,
en compañía de Ginny y Bob Dickman,
viajaba todas las mañanas a Monterrey.
Debido al edema cerebral
que a veces sigue a un trauma craneano,
Marilyn, que había sido chelista,
perdió el uso de su mano izquierda
y la mitad de su cerebro.*

EL DON DE LA PRESENCIA DE MATÍAS

*Cuando regresé a Berkeley, semanas después,
para organizar su traslado a un hospital de la ciudad,
me encontré solo por primera vez
desde la noche en la que había viajado a Monterrey.
Entré en la casita de Matías, en el jardín trasero,
yací en su cama y me entregué a lo que presentía
como una avalancha de dolor que no me había permitido
en medio de la compañía y las responsabilidades.
Sin embargo, mi dolor se convertiría pronto en otra cosa:
una dulce presencia de Matías,
un contacto más íntimo
de lo que había experimentado cuando estaba vivo
y que ahora me llenaba de paz y alegría.
La transición desde un sentido trágico
a algo nuevo e inesperado
había ocurrido mientras reflexionaba:
¿Por quién estoy llorando?
¿Por mí?
¿Por Matías?
Y fue claro para mí que no estaba sufriendo por mí mismo,
pues si Matías se hubiera marchado
a un lugar distante o tal vez otro planeta,*

*donde no volvería a verlo,
mi sentimiento no habría sido el mismo.*

*¿Estaba sufriendo por él, entonces?
Bastaba con que me lo preguntara
para que pudiera responderme
que no era el caso, pues sentía que por él
no tenía motivo para llorar.*

*Sorprendentemente, entonces,
mis lágrimas habían estado equivocadas,
pues estaba seguro de que Matías
estaba bien y conmigo,
más presente que nunca.*

*Mi felicidad recobrada
y el sentido de la presencia de Matías dondequiera que fuese
no fue incompatible con el remordimiento,
tan común entre los que están cerca de uno que muere.*

*¿Por qué lo dejé ir?, me preguntaba.
¿Por qué no acepté la invitación de Bob Ornstein
a ir ese día con su esposa Faith y otros niños
a la playa y hornear cerámicas?*

*Y tenía más que los motivos comunes para recriminarme,
porque sentía fuertemente que la muerte de Matías,
lejos de ser algo carente de sentido,
había sido la manera en que Dios había golpeado
mi corazón endurecido.*

*Solo de mí dependería
no dejar esa muerte sin sentido.*

*Pronto llegué a sentir
que mi renacimiento evitaría
que la muerte de Matías fuera en vano.
Tenía esperanzas.*

*¿No era tal renacimiento lo que Óscar
había previsto para un futuro muy cercano?
¿Y no me lo había dicho también Tótila,
cerca de su propio fin,
en respuesta a que no esperase
conocer ese nuevo nacimiento del que hablaba?
«Espera hasta que tengas treinta y siete años
y ayuda a los demás mientras tanto»,
me había dicho,
«solo una cosa te falta y por desgracia
no necesitarás buscarla: el sufrimiento».
A casi un mes de la muerte de Matías,
después de mi regreso a Berkeley,
noté que esa era ahora mi edad,
precisamente en abril de 1970,
y me emocionó recordar sus palabras
ahora que las descubría verdaderas.*

*El remordimiento por la muerte de Matías,
gradualmente se convirtió en aceptación
de que no cabía sino rendirse
a una voluntad omnisciente y misericordiosa.
Días antes de este cambio en mis sentimientos
Ram Dass me había escrito en una carta:
«A veces es difícil ver el plan, pues el plan está en todo».
Me había llegado como una confirmación de algo sentido
desde el primer instante, cuando más que en cualquier otro
momento
de mi vida había sentido la operación de una voluntad
superior.
Aceptar plenamente la voluntad de Dios cuando adopta una
forma terrible
implica una voluntad valiente*

*que prescinde de toda noción prefabricada humana
como comprendería más adelante, en el desierto,
al contemplar la fe de Abraham.
¡Pero cuánto más difícil sería entregarse a Dios en la
aceptación anticipada
del sacrificio, más que en retrospectiva!
Y sin embargo Isaac vivió
y Matías murió.*

Segunda parte

PEREGRINAJE FRUCTÍFERO

I. PEREGRINACIÓN EN ARICA

PEREGRINACIÓN EN ARICA

Debo haber llegado a Arica el 1 de julio de 1970, la fecha inicial de la temporada durante la cual Óscar nos había ofrecido ponerse a disposición del grupo de aquellos que hubiesen sido seleccionados por mí y por John Bleibtreu. Algunos otros también habían viajado, ya fuese confiando en que Óscar no los enviaría de vuelta o dispuestos a correr el riesgo, y Óscar efectivamente los recibió a todos.

Un hermano de Ximena Sepúlveda, mi secretaria en el CEAM (Centro de Estudios de Antropología Médica) de la Escuela de Medicina (quien había participado en las reuniones grupales conmigo, había sido nuestro vecino cuando Marilyn y yo vivimos en Santiago y además era dueño de una pequeña línea aérea de carga), me ofreció transportarme a Arica; y ahora que había llegado el momento volé en el vientre de un avión de carga lleno de cadáveres de animales colgantes. Como no había calefacción, fue como estar en una enorme nevera de carne, y luego descubrí que el frío no era incompatible con la actividad de las arañas, ya que recibí una picadura.

No puedo evitar asociar mi viaje con una atmósfera de mortandad, como podría haberlo ya sugerido el nombre de la pequeña compañía de mi amigo: Cóndor, en alusión al buitre andino asociado patrióticamente a nuestro país en la imagen del escudo nacional.

Durante los últimos minutos del vuelo a Arica fui invitado a reunirme con el personal que viajaba en la cabina para que pudiese ver el hermoso paisaje desértico a la luz del atardecer. No recuerdo cuál habrá sido el estímulo para ello, pero sí que gran parte de su conversación consistió en la crítica de las ideas supuestamente estúpidas de las personas preocupadas por la ecología; mientras yo escuchaba en silencio, me sentía incompetente

ante sus supuestas certezas y tan poco a gusto entre ellos como solía estarlo en mi propio país.

A la llegada nadie me esperaba en el aeropuerto y ni siquiera sabía adónde ir, así que acepté la sugerencia del piloto de viajar con él en el vehículo de la compañía que nos dejaría en el pequeño hotel que utilizaba el personal de la aerolínea. Este pequeño hotel estaba ubicado no lejos de un bar llamado El Pingüino, que visité al día siguiente a la hora del desayuno. Afortunadamente me encontré allí con algunos estadounidenses que me dijeron que las actividades comenzarían dentro de unos días. Esperaban la iniciativa de Óscar, aunque se decía que algunos ya se habían reunido como grupo y seguían sus instrucciones.

Antes de partir a Arica, Marilyn había estado bien en el hospital por un día o más, pero algún tiempo después, considerándose responsable de la muerte de Matías, anticipó que no sería fácil para mí perdonarla. Y cuando me preguntó sobre eso, en realidad estaba tan enojado que le dije que no sabía si podría, lo que era cierto aunque algo cruel, ya que imaginé que dentro de unos días ya estaría listo para responderle que sí.

Me pregunto si la fría furia de mi respuesta tuvo una influencia en el estado físico de Marilyn, porque esa noche se retorció durante horas sintiendo que ardía y rogaba que la metieran en agua fría, y al día siguiente se comprobó que la arteria principal de uno de sus hemisferios cerebrales había sido obstruida por el edema (que a veces complica las conmociones cerebrales). El neurólogo me había advertido que existía este peligro, pero yo había estado de acuerdo con su recomendación de esperar en lugar de abrirle el cráneo para asegurarse de que no sucediera. Fue un error que atribuyo a mi tendencia a minimizar las cosas, y mi tabú a exigir demasiado.

Cuando llegó la hora de viajar a Arica, no me cupo duda de que debería llevar a Marilyn; y continuamos siendo buenos amigos, aunque ya no se pudiera hablar de un vínculo romántico. Que ella continuara entusiasmada con nuestra peregrinación era razón suficiente para llevarla. Y continuamos siendo amigos en nuestro regreso a Berkeley, un año después, cuando ella se incorporó al grupo que entonces se formó en torno a mí. Y me dio satisfacción que este grupo pudiera ser un estímulo para su desarrollo interno, ya que todavía tenía la mente y la voluntad de trabajar en sí misma.

Recuerdo que, mientras me preparaba para partir a Arica, me concentré en terminar mis libros, especialmente *El niño divino y el héroe*, que se estaba convirtiendo en un memorial a Matías, y *Gestalt Therapy*, que había comenzado a escribir en respuesta a la

sugerencia de Fritz de que le agregase mi monografía *Yo y tú, aquí y ahora* publicada por Esalen y mi contribución a su Festshrift.

También participé de mala gana en la selección de los que querían unirse al grupo de Arica, que se había originado después de haberle preguntado acerca de traer algunos amigos. Óscar primero aceptó a John Lilly, Ginny, Reza Leah, los Bleibtreu y a Ram Dass (quien al final no vino, sino que regresó a la India), pero luego se interesaron otros y entonces invitó a John Bleibtreu a colaborar conmigo en el proceso de selección. Y aunque Óscar me había recomendado que trajera a personas con las que me sentía bien, John me acusaba de tener preferencias personales y me criticaba de comportarme como la General Motors: «Lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos». Al final, Óscar también aceptó a algunos de los que rechazamos.

Como supe al día siguiente a mi llegada, resultó que Marilyn y su hija de catorce años, Suzie, habían permanecido en el mismo hotel donde me había alojado, mientras yo buscaba y me sentía aliviado de encontrar a Queco Larraín, quien rápidamente me llevó a la casa de Óscar, quien me dio una cálida bienvenida.

La mayor parte de mi primer encuentro con Óscar tuvo lugar en el automóvil que conducía Jenny Pereda. Me mostraron Arica y, después de haber conducido por la carretera costera con sus hermosas playas, Óscar le pidió a Jenny que nos llevara a la cima de El Morro, una alta meseta que se eleva sobre la ciudad al borde del océano. Este cerro aplanado es famoso en Chile como el sitio de una victoria patriótica en la cual la caballería chilena rodeó a los peruanos y los empujó al mar con sus caballos. Hoy la carretera Panamericana, de la cual la carretera costera de Arica es un segmento, atraviesa la base de El Morro. Cuando alguien mira hacia abajo desde su abrupta pendiente ve al fondo el océano y el estrecho camino que rodea su base.

Ser conducido por Jenny parecía ser parte de la rutina de Óscar y más de una vez recuerdo haberlo escuchado hablar de «pasear el satori», lo que me pareció una expresión feliz por la sugerencia de una continuidad de contemplación en la vida diaria y de bendición del lugar y de su gente. Además de pasear su satori también durante este y otros paseos en que lo acompañaría en el curso de los meses siguientes, Óscar dijo muchas cosas interesantes. Cuando llegamos a la cima de El Morro, a altas horas de la noche, me dijo que había estado orando allí todas las noches en preparación para nuestra llegada, y mientras lo decía señalaba hacia las cuatro direcciones. Estuvimos en silencio por un momento y luego le dije que estaba muy feliz de estar allí.

«Sí, estás feliz», dijo, «pero yo estoy mucho más feliz que tú porque sé más». Y agregó: «Sé más porque puedo ver; y a esto se refiere mi nombre Muhakkek: uno que ve». Era el nombre con que Óscar había firmado la tarjeta postal que me había enviado desde Kabul unos meses antes, con una imagen de los budas de piedra gigantescos del imperio de Asoka, que después serían destruidos por los fanáticos talibanes. Le había preguntado a un sufí persa sobre el significado de este nombre y me había explicado que deriva de Haq, que significa verdad, y que podría traducirse ya sea como «buscador de la verdad» o como «investigador». Ninguno de estos significados correspondía a la explicación que Óscar me estaba dando y, aunque me pareció un detalle en el que no valía la pena detenerse, más tarde tendría ocasión de notar que no era inusual que Óscar tradujese las expresiones orientales de manera cuestionable. Ya en una de nuestras reuniones grupales en Chile había traducido «Om Mani Padme Aum» (Aum y no Hum) como «la realidad es una». La traducción del sánscrito era obviamente errónea y el mantra mismo incorrecto, como cualquiera que conozca la recitación tibetana podría notar. Pero me resultaba intrigante que la interpretación errónea no fuera solo de Óscar, como ya sabía yo por familiaridad con las instrucciones de Idries Shah para un ejercicio que involucraba los lataif. ¿Podría ser que el aparente error era algo así como una señal respecto a la conexión de Óscar con la escuela? En mi caso al menos no me molestó lo que podría parecer una información equivocada de Óscar o incluso charlatanería, pues consideré el aparente error como algo equivalente a una contraseña.

Lo que Óscar me había dicho a propósito de su alegría y de su capacidad de ver resultó un prefacio a la explicación de que yo sería el centro de la escuela, y que esto no era una cuestión de preferencia personal de su parte, sino el corolario de una situación objetiva que él podía captar. Luego me explicó que la halka o escuela que formaríamos tendría la estructura de una mano, en la que cuatro dedos correspondían a especialidades o ámbitos de trabajo, cada uno de los cuales debería funcionar de una manera comparable a aquella en que los dedos de la mano funcionan en oposición y colaboración con el pulgar. Yo era el pulgar derecho, me informó, pues entre nosotros habría diez líderes que funcionarían como los dedos de dos manos.

Luego Óscar determinó que fuéramos a la casa en el Valle de Azapa, donde las actividades de su escuela habían sido conducidas antes de nuestra llegada, y que en una carta reciente nos la había ofrecido a Marilyn y a mí para que la compartiésemos con mi expaciente Óscar de la Fuente.

Óscar y Jenny se quedaron hasta tarde conmigo en esta casa. Allí se reunieron con nosotros Sergio y Óscar de la Fuente. Les dijo: «Ustedes fueron discípulos de Claudio y ahora lo ayudarán a complementar su aprendizaje con sus notas del año pasado». Quería que yo tuviera toda la información que había presentado hasta el momento, para ponerlo algún día en forma de libro, explicó. Una implicación de esto se fue manifestando a medida que la conversación se desarrollaba: me veía como la persona que llevaría a cabo la integración de su enseñanza con la experiencia de la psicología occidental. Y por mucho que yo llegara a desconfiar de la seriedad de esta intención suya, cuando me despedí de él algunos meses después diría que el tiempo le había dado la razón.

Luego visitamos una habitación que había sido convertida en un pequeño templo. En su centro había un bastón de marfil que, según nos explicó Óscar, había pasado de mano en mano desde Mohammed. Más adelante supe que los estudiantes más antiguos de Óscar se reunían allí para celebrar una ceremonia dedicada a la generación de baraka o energía espiritual.

Fue imposible que Marilyn y yo nos quedáramos en esta casa en el oasis de Azapa, porque no teníamos coche. Además la vivienda carecía de agua y electricidad. Elegí la alternativa más práctica y me instalé en un departamento que Wilma había encontrado antes de nuestra llegada y que no usaría durante un tiempo. Ya nos lo había ofrecido en una carta para que pudiéramos compartirlo con un hombre llamado Carlos Carrasco, su dueño, quien, junto con Queco, Óscar de la Fuente y otros, había sido parte del grupo anterior que se había formado alrededor de Óscar. Era constructor y yo habría de involucrarme bastante con él, puesto que Óscar me había sugerido que me ocupase de solucionar el problema de vivienda de nuestro grupo.

Intencionalmente o no (así debo calificar muchas de sus acciones), Óscar me había dado una tarea apropiada para mi lado menos desarrollado. Como hijo único y sobreprotegido, educado como intelectual y erudito, había buscado la experiencia de la vida para compensar mi desarrollo unilateral a través de relaciones amorosas, grupos terapéuticos y actividad profesional en la esfera de la emoción y las relaciones humanas. Pero había hecho poco para conocer el tipo de experiencias que solo se abren en el mundo de la acción. Por el contrario, mi descuido de lo práctico y concreto era tal que hasta había evitado hacer mi propia cama y siempre me había mantenido alejado del control sobre los demás. Entonces la perspectiva de comprar un terreno y erigir un edificio para nuestro grupo y nuestras actividades no me abrumó, sino que, por el

contrario, me entusiasmó. Me gustó la idea de hacer algo grande y gocé del aspecto lúdico de esta tarea, desde la concepción hasta la implementación, un poco como cuando era niño y solía construir con bloques o piezas metálicas.

Antes de viajar, mientras estaba en Berkeley, Óscar me había propuesto en una de sus cartas que tomase la iniciativa de crear un espacio propicio para las actividades futuras de nuestro grupo, y había explorado cúpulas geodésicas, carpas e incluso un método novedoso de recubrir con lienzo de plástico, pero había descartado esos métodos por diversas dificultades. Después de llegar a Arica me pareció más apropiado construir una simple estructura de madera con techo de totora, ya que casi nunca llueve allí, y con la ayuda de Carrasco llegué a calcular la viabilidad de una construcción rectangular con veintidós habitaciones, cocina y baños alrededor de un patio central donde podríamos reunirnos para nuestros ejercicios y reuniones con Óscar.

Hacia el final de mi primera etapa en Arica, aparte de mi experiencia de latihan espontáneo, me sentí crecer más en el ámbito de la vida mundana que en el de los ejercicios espirituales, estimulado por los desafíos de la novedad. Pero esto no iría a ser todo, pues la tarea de asumir la construcción de una base para nuestra comunidad tendría consecuencias adicionales al retorno del retiro secreto en el desierto que Óscar me había ofrecido y que constituyó la transición a una nueva vida.

Mis reuniones con Óscar en los días siguientes tomaron la forma de largos paseos y charlas que se extendieron hasta las madrugadas en los restaurantes del puerto. Se mostraba consistentemente jovial y expansivo. En uno de esos días me visitó en el departamento de Carrasco y me habló largamente acerca de sus experiencias en Afganistán. Desearía poder recordar más que los contornos escuetos de la historia. Comenzó por recordarme que, tal como había compartido conmigo en Santiago, tenía la intención de viajar a Brasil para visitar a su maestro original y acompañarlo en el momento de su muerte esperada («desencarnación» la llamaba él).

Sin embargo, había recibido el llamado de dirigirse a un encuentro con los principales maestros de la escuela en Afganistán y, a diferencia de la ocasión anterior, cuando fue llevado a una comunidad remota cerca del paso Khyber, esta vez la reunión tuvo lugar en Kabul y el evento principal fue una reunión en una mezquita, donde fue sometido a un examen por parte de los cuatro Mushtahit (de quien también me había hablado durante el año anterior). Los había informado acerca de su actividad en Arica durante el año precedente y ellos iban visualizando lo que había hecho, y cuando veían los momentos

iluminativos le brindaban elogios y bendiciones, pero en otros momentos se mostraron críticos.

Mientras expresaban sus críticas, Óscar había sentido una furia creciente y finalmente había explotado en un largo monólogo iracundo durante el cual se sintió poseído e inspirado por un poder mayor. Los recriminó por no haber entendido el mundo occidental, diciéndoles en su justa indignación que estaban equivocados respecto de aquellos que ahora habían llegado a controlar el mundo. Su arrebató había sido respetuosamente aceptado y ahora le habían dado el nuevo nombre de Muhakkek.

Luego me explicó que había sido puesto a prueba con una pregunta cuya respuesta sabían que no conocía: los nombres de Dios. En lugar de repetir los 99 nombres tradicionales se vio transportado a un alto estado de inspiración que le permitió dar una expresión mántrica a los tres principios divinos. Considerándose entonces que había superado la prueba, se le reconoció como el Qutub, «el Pilar de la Era». Luego se leyó una vieja profecía que predecía este momento, incluso en el detalle de sus primeras palabras al llegar: «Vengo del desierto». Y por último había recibido la varita de marfil que sus discípulos antiguos llamaban la varita de la baraka, que ya había visto y que volvería a ver en otra ocasión. Después de recibir este objeto sagrado del que se decía que había pasado por una sucesión de maestros, Óscar me dijo que se la había puesto debajo del brazo «sin ceremonia», saliendo de la habitación.

Más tarde, cuando estaba en la habitación de su hotel, esta varita se elevó en el aire y vino a su mano, y Óscar entendió que este era el comienzo de una nueva etapa en la historia que llevaría a una sociedad en que cada uno podría alcanzar la condición de «imam». «Uno que está inmerso en Dios», aclaró. Luego comprendió que la sociedad del futuro tendría otras dos características: la igualdad entre los sexos y el reconocimiento del valor de lo psicodélico en el camino. (Estos se prescribirían solo dos veces durante nuestra estadía en Arica: una vez como estímulo a un ejercicio del cual me excusé, y otra vez cerca del fin de nuestra estadía allí, cuando en mi deseo de no violar la prohibición de los psicodélicos de Idries Shah obtuve el permiso de Óscar para usar cannabis en lugar de LSD).

Varios días después de mi llegada, Óscar comenzó a reunirse con los recién llegados en pequeños grupos. Nos condujeron a un salón alargado convertido en un espacio alfombrado sin más muebles que tapetes de yoga junto a las paredes. Óscar se sentó mirando hacia el norte como de costumbre, pero esta vez nos sentamos formando un

cuadrado, y me encontré mirando hacia el este, lo que Óscar interpretó como un presagio de que pronto iría al desierto y hacia la luz. Óscar les dio la bienvenida a todos y expresó su alegría con motivo de esta reunión. Luego nos contó sobre su reciente viaje a Kabul, que había terminado en su proclamación como Qutub y una posición de total autoridad y libertad. «Ahora tengo todo», fueron sus palabras. No indagamos en su significado, y continuó relatando un episodio que no había entendido bien en mi reunión anterior con él y que me había dejado un tanto confuso: su precipitada fuga de Afganistán provocada por la insinuación de un asesinato fanático. Explicó que esto se esperaba debido a la extrema anomalía de su nominación como el primer occidental en la línea de sucesión. También recuerdo la idea que albergaba Óscar de tener dificultades incluso por parte de aquellos que lo habían reconocido, ahora que se había vuelto claro que emplearía su autoridad y poder de manera poco ortodoxa: «Tan pronto como crucé la frontera, sentí su reacción en la boca del estómago. No les gustó en absoluto lo que vieron, pero ya era demasiado tarde».

La primera reunión de todos nosotros con él tuvo lugar en el auditorio de un hospital que había sido puesto a su disposición por un médico que había participado (junto a Jenny, Marcos Llona, Queco y otros) en su anterior grupo boliviano, y que había atravesado por una curación aparentemente milagrosa de un colon irritable. Cuando entramos, pudimos ver en la pizarra una ecuación: «Las leyes de Dios = la gracia de Dios», pero no recuerdo que Óscar lo haya comentado. Solo unos meses después, cuando se puso duro con nosotros, dijo que, en vista de lo que había sucedido, el camino de la escuela en adelante sería el camino de la ley y no el camino de la gracia. Esto, una vez más, no fue explicado, pero de alguna manera se transmitió que habíamos perdido una oportunidad.

Después de reunirnos, Óscar comenzó a hablar y yo le serví de traductor al inglés; pronto me pidió que hablara con mis propias palabras sobre su viaje reciente y particularmente sobre cómo había sido inesperadamente otorgado por Dios el cumplimiento del deseo de su difunto maestro Glumka de desencarnar en presencia del Qutub. La palabra Qutub o Qtb significa «pilar» y en la concepción sufí se refiere a un individuo que desempeña en la jerarquía espiritual humana un papel comparable al de una abeja reina en un enjambre. Yo diría que este punto de vista es similar a la analogía de la vid y las ramas según San Juan: «Yo soy la vid verdadera y ustedes son las ramas». Estaba familiarizado con aquel concepto a través de los libros de Shah y era consciente

de la importancia capital de reconocer al «Maestro de la Era», oculto y sin embargo obvio.

Pero si la función del Qutub como fuente de baraka es, según la tradición, invisible, ¿cómo podría ser Óscar una excepción a esta invisibilidad? ¿Es que el Qutub se hace visible a veces en una situación histórica especial? ¿O se revela a algunos? Había indicios de esto en la literatura, pero no me consideré lo suficientemente enterado como para juzgar. Me parecía especialmente problemático que algunos documentos señalaban a Idries Shah como el «polo de la era», aunque se tratase de publicaciones que emanaban de su círculo. Y si el Qutub debe ser solo uno, ¿podrían tal vez Shah y Óscar ser dos de los cuatro Qutubs visibles que forman un segundo escalón en la jerarquía, junto al verdaderamente invisible? Esto no parecía compatible con las afirmaciones de ninguno de ellos.

Al final consideré muy probable que, desde la reciente visita de Óscar a Afganistán, él fuera el polo magnético, pero al no ser ratificado públicamente parecía absurdo y equivalía a una invisibilidad.

Dejando de lado tales dudas, ¿no es comprensible que, al sentirse uno elegido y guiado por el más importante maestro de la época, aumente la confianza, la esperanza y la concentración en el trabajo prescrito? Vernos como parte de un grupo dirigido por el propio Qutub en vista de un plan de salvación de emergencia nos resultaba un estímulo aún mayor. Así lo era para mí, al menos, ya que, pese a mis dudas, tendía a aceptar la imagen que Óscar presentaba de sí mismo. Imagino que la gran mayoría de nuestro grupo sentía lo mismo. Por ello creo que la información que Óscar nos dio al comienzo de nuestra experiencia en Arica pueda ser considerada como un factor esencial en la situación de enseñanza creada por él, así como en los resultados obtenidos.

Creo que ya en el curso de nuestra primera reunión en el hospital, Óscar quiso que supiéramos que no era correcto llamarlo un maestro sufí, y que sería más correcto verlo como «un representante de la tradición profética occidental». No explicó lo que esto significaba, pero la expresión claramente implicaba una unidad tras el judaísmo, el cristianismo y el islam, y era coherente con la expresión de Gurdjieff de un cristianismo esotérico, y también con lo que Burke informa en su libro *Among the Dervishes*, donde habla de su contacto con los discípulos remotos de Jesús en Afganistán, que afirmaron que era aquí donde Jesús había enseñado después de la resurrección y que su influencia

es el núcleo más precioso de lo que aparece a sí mismo y al mundo como el islam. Se refería a la fuente de lo que enseñaba simplemente como «la escuela».

Otra declaración que recuerdo de este primer encuentro fue una que Óscar insertó en su conversación más de una vez y la acompañó señalando con el dedo al cielo: «No yo, sino el jefe». Coherentemente con ello, gran parte de lo que hicimos después de este día podría describirse como un trabajo bajo la égida de un ideal equivalente a una cruzada contra el ego.

Desde un punto de vista externo, nuestros días consistieron en ejercicios físicos, psicológicos y espirituales, algunos de los cuales se llevaban a cabo individualmente y otros en grupo. Llevábamos un diario y teníamos un encuentro vespertino con Óscar, que incluía una parte ceremonial no verbal y una conferencia seguida de un período de preguntas y respuestas. Desde un punto de vista interno, nuestras mentes estaban ocupadas con la intención de despertar de la conciencia del ego a través de la autoobservación, que involucraba tanto la conciencia corporal sostenida, la de nuestro comportamiento, habla y pensamiento, y la intención de silenciar nuestras mentes tanto como fuese posible.

Sesiones grupales regulares tuvieron lugar en una fábrica abandonada de la Coca-Cola (como en Venezuela) y allí practicamos una combinación de yoga y gimnasia que Óscar llamó psicocalistenia. Mucho de lo que vivimos durante nuestro tiempo en Arica era algo que describiría como una expresión de lo que suele decirse en el misticismo judío: «Si quieres encontrar a Dios, llénate primero la cabeza de Dios». Dios estaba presente en nuestro punto de vista de todo y en la forma en que hablábamos; y aunque nuestra actividad cotidiana no incluyese ejercicios devocionales tradicionales, nuestra conversación manifestaba una devoción implícita y una incuestionable búsqueda de trascendencia. Así como la presencia de Dios no surge en nuestra mente por meras repeticiones prescritas de fórmulas o exhortaciones religiosas, la intuición de lo divino surge fácilmente en la presencia de la correspondiente aspiración, y se transmite como un eco de lo divino en el espejo de la palabra a través de una percepción de todas las cosas desde un punto de vista religioso y de una disposición de hacer la voluntad de Dios. Y debo decir que por poco que Óscar nos diera la impresión de ser un hombre de Dios, lo que nos decía tuvo el efecto de despertar una sed de Dios sin la cual la práctica de los ejercicios que nos había prescrito podría no haber sido más que yesca sin chispa.

Paralelamente a una concentración implícita en lo divino, la experiencia nos mantenía

conscientes del cuerpo, y la visión que Óscar transmitía era que la iluminación era un proceso que, comenzando en el cuerpo físico, se extendía a un nivel cada vez más sutil de cuerpos superiores y terminaba también con una iluminación del cuerpo. Por otra parte, la iluminación es la otra cara de la eliminación de obstrucciones, que son impresiones neurológicas que han convertido nuestro sistema nervioso en un medio opaco, en lugar de permitir que sea un canal transparente para la luz. En otras palabras, un sistema lleno de ruido y conversaciones interiores, en lugar de uno sensible a las impresiones de un dominio más sutil.

El lugar destacado que muchas escuelas espirituales dan a la meditación en Arica era la simple relajación, y en cierto sentido la meditación es relajación: el abandono de las tensiones características de la actividad del ego que se manifiestan como tensiones musculares, deseos insatisfechos y una mente hiperactiva. Estos tres dominios de expresión están lo suficientemente relacionados para que el cultivo de la relajación muscular profunda pueda servir como un buen apoyo para la pacificación de los sentimientos y el silenciamiento de la mente pensante.

Más tarde vendría la quineritmia, una serie de ejercicios que implicaban la división de la atención hacia movimientos y visualizaciones simultáneas y coordinadas. Aún más prominente en nuestra práctica que la relajación y la gimnasia era la técnica sofisticada de mentación, que implicaba una conjunción de conciencia corporal y cognición. En la formulación teórica presentada por Óscar, las mentaciones son antenas a través de las cuales recibimos el mundo; y la práctica de la mentación podría describirse como un intento de pensar con algo más que nuestra cabeza. Como nos hemos centrado demasiado en una visión asociada al mundo visual en nuestra representación del mundo, es fácil entender un intento sistemático de enseñarle a las personas a pensar con el corazón o incluso desde el intestino, desde los genitales o desde las manos, por ejemplo. En otras palabras: nuestra percepción de las cosas adquiere un sabor o calidad diferente según la parte del cuerpo (más específicamente del sistema nervioso y su actividad) que evoquemos. Acercarse a algo con la nariz, por ejemplo, implica un sentido del olfato más allá del dominio sensorial; un olfato mental, como se reconoce cuando hablamos de tener «buen olfato». En el sistema que Óscar nos presentaba, este buen olfato era la mentación de la posibilidad, así como el buen gusto (conectado a la boca) la mentación de la selectividad o necesidad.

La conexión de otras mentaciones con su referencia visceral podía ser menos obvia,

como por ejemplo la del método, conectada al hígado y al duodeno, que son órganos relacionados con la descomposición de los alimentos y su asimilación. A este aspecto del «pensamiento» que busca analíticamente los componentes de una realidad lo llamaba método, y he puesto el término pensamiento entre comillas para señalar que solo en un sentido amplio las funciones de la mentación debían considerarse pensamiento, ya que no constituyen formas de pensamiento conceptual sino modos de aprehensión preconceptuales y preverbales que operan a gran velocidad y están disponibles cuando el instinto puro actúa sobre una mente silenciosa. De hecho, la práctica de la mentación era recomendada como una forma de alcanzar el nivel 24, que Óscar también llamaba el satori básico o estado despierto básico, comparable a lo que Fritz Perls llamaba *coming to your senses*. En la práctica de la mentación se buscaba la evocación y la invocación de lo divino en el cuerpo, y debía prepararnos para una divinización de ese cuerpo. En este enfoque está implícita la perspectiva de que nuestro campo de experiencia es inseparable de la experiencia de nuestro sistema nervioso y sus proyecciones a través de los diferentes segmentos de inervación desde el oído a los pies.

Así como la experiencia del sistema nervioso central y sus tres divisiones o canales (izquierda, derecha y mediana) se relacionaban con el ámbito de los siete chakras, la experiencia del sistema nervioso periférico podría experimentarse como el espectro de las doce mentaciones.

Óscar hablaba de los chakras y de las mentaciones como dos máquinas, una dentro de la otra, que en la estructura humana son proyecciones microcósmicas del mundo planetario y de los doce segmentos del mundo estelar representados en astrología por el zodiaco. El trabajo con los chakras fue otro hilo en nuestra práctica durante los meses de Arica, comenzando con una etapa de sensibilización de los chakras y terminando en un trabajo sistemático que implicaba la coordinación de chakras, yantras y mantra. Estas doce antenas, cada una de ellas asociada a una forma específica de comprensión, se asocian a órganos y sus respectivas funciones, y Óscar sugería que estos aspectos de la cognición podían concebirse también como doce ángeles o espíritus.

Así como Óscar había comenzado sus clases en Santiago con un énfasis en Dios, durante nuestro tiempo en Arica puso de relieve a Shaitán, el adversario, el ego. El propósito del trabajo, enfatizó, fue la aniquilación del ego, cuya naturaleza es la de un estado de sueño socialmente ineficaz, que se mantiene como un velo entre nosotros mismos o entre el yo y la realidad. Y ego, el factor anti-Dios en nosotros, también se

presentaba en su enfoque como una máquina: un sistema como el de los chakras y las mentaciones, aunque en un nivel inferior de la estructura jerárquica de nuestro ser.

En el curso de nuestras reuniones en Arica, Óscar nos presentó más de una vez un mapa de la personalidad como una maquinaria de relojería interconectada que comprendía cinco eneagramas, correspondientes al centro emocional inferior (la esfera de las pasiones), el centro intelectual inferior (la esfera de las fijaciones) y los tres dominios instintivos. Pero, a excepción de los diez líderes, las halka, que recibieron un protoanálisis elaborado por parte suya, solo les dio a los demás discípulos un diagnóstico de su fijación. El impacto de ello fue considerable en el contexto de la conciencia grupal de nuestras relaciones cotidianas. Se les indicó a las personas con una misma fijación reunirse e intercambiar observaciones, y yo diría que, a pesar de no haber descrito los tipos de ego como lo haría yo posteriormente durante mi enseñanza en Estados Unidos, las aberraciones del carácter más habituales se hicieron demasiado obvias para que pudiéramos sentirnos cómodos en la comunidad altamente crítica en la que Óscar nos llevó a convertirnos, donde procurábamos criticar las fallas de todos los demás y las propias.

Nuestro trabajo sobre el ego también comprendía, por supuesto, prácticamente todos los ejercicios que realizábamos a diario, desde el gimnasio hasta las sofisticadas técnicas para estar presente propias de la rapidez (que comprendía la neumorítmica y la kineritmia), ya que todas estas implicaban el cultivo de una actitud sin ego y, por supuesto, procurábamos renunciar a nuestras tendencias egoicas en el curso de nuestra vida cotidiana. Aspectos de este esfuerzo antiego fueron el silencio mental (la observancia del sábado literalmente silencioso era un aspecto y un recordatorio de esto) y la no indulgencia (o al menos no identificación) con el propio chicharreo. Óscar usaba este término español, aplicado al sonido de un timbre no melodioso, para la actividad mental característica del estado de sueño (correspondiente a los niveles 96 y siguiente de su mapa de la conciencia): el parloteo a muchas voces del drama interior del ego.

Hacia la segunda mitad de nuestra estancia en Arica la técnica de reducción del ego se convertiría en una parte sustancial de nuestra disciplina y, en retrospectiva, parecía que mientras Óscar predicaba contra el ego, estaba fomentando deliberadamente su inflación. Cuando nos dio esta herramienta, recomendó primero que la crítica mutua formara parte de cada contacto entre nosotros, pero cuando se llevó a cabo de manera más explícita tomó la forma de un ritual refinado que iba más allá de las prácticas de Synanon: una

confrontación donde una persona se sentaba en posición de meditación procurando inhibir el pensamiento, mientras sus juegos eran expuestos, caricaturizados o atacados. Fuera cual fuera nuestro éxito en alcanzar un estado sereno sin ego, nuestra tarea seguía siendo procurar el mejor estado de meditación posible, a pesar de encontrarnos en una situación que incitaba a estar a la defensiva. En otras palabras, intentar permanecer sin ego ante la tentación. Puede ser de interés comentar que Óscar caracterizó su método para la superación del ego como una «vía de la espada» que contrastaba con la de psicologizar, reparar las relaciones y cuidar el alma, que asociaba al símbolo de los bastos en el Tarot.

No mucho tiempo después de nuestra llegada, Óscar se reunió con los diez líderes de la halka, nos explicó nuestras funciones especiales en la escuela (con Marcos Llona como el pulgar izquierdo y yo como el pulgar derecho) y declaró que la singularidad histórica de nuestra situación radicaba en la posibilidad de llegar al punto central a través de los cuatro caminos. Mientras lo explicaba colocó la baraja con los veintidós triunfos mayores del Tarot (como un símbolo de «el templo») en el centro de una cruz formada por los pentáculos, las copas, los bastos y las espadas, ordenadas a partir del diez en la periferia hasta el As al centro. Así como un individuo avanza a lo largo de uno de estos caminos en su vida, explicó, nuestro trabajo sería un sustituto de la vida que nos proporcionaría las experiencias correspondientes a cada uno de los cuatro dominios.

Recuerdo que Jack Downing, que estaba entre nosotros, buscó la confirmación por parte de Óscar de que seríamos la semilla de un nuevo mundo, y Óscar le respondió: «Sí, pero no tienes que pensar o hacer nada al respecto».

Más tarde, pensando que Gurdjieff pretendía haber integrado los yogas tradicionales, cuestioné la singularidad que Óscar afirmaba tener y mencioné a los Naqshbandis como una posible excepción, y su respuesta fue que los Naqshbandis solo habían conservado la copa del devocionalismo pero que habían perdido la espada muy temprano, cuando el islam se había convertido, como el cristianismo, en una parodia de sí mismo. Hizo hincapié entonces en que nuestra situación era diferente, pues «por primera vez en la historia (desde que comenzó el juego con Hermes Trismegisto) volvemos al punto».

Sin embargo, diría que, a pesar de la declaración de Óscar acerca de un encuentro de los caminos, trabajó principalmente con la espada y llegué a entender por qué consideraba al paje de espadas del Tarot como la carta que representaba a nuestro grupo en el juego. En contraste con el camino de la trascendencia a través del conocimiento

(pentáculos) o la devoción (la copa), la espada, según el uso del Tarot de Óscar, representaba la acción, aunque poniendo de relieve una acción internalizada de control mental que incluía el poder despiadado de cortar los vínculos del ego.

Creo que fue entonces cuando Óscar nos describió una visión que en el pasado lo había dirigido a Arica más que por cualquier consideración práctica o por la mera abundancia de luz solar. Había tenido esta visión años atrás, después de sentirse atraído en caminar hacia un monolito ubicado en un parque en La Paz (uno de esos monumentos de la cultura de Tiahuanaco que floreció hace unos cuatro milenios). Se había sorprendido por este impulso, ya que hasta entonces había sentido una leve aversión por este arte arcaico, pero se sorprendió aún más ante la visión que se le presentó, donde el monolito, como si hubiera cobrado vida, levantó un brazo señalando hacia el océano, es decir hacia Arica. Mirando en esa dirección, Óscar vio que una mano con una espada emergía de las aguas y entendió que era en Arica donde debía formar su escuela.

En general, mi experiencia de los primeros tres meses en Arica fue la espera de algo emocionante. Tuve algunas experiencias inusuales, pero sentía la dificultad de mantener la mente tranquila y ampliar los límites de mi capacidad de atención, y noté mi tendencia a economizar esfuerzos o rendirme demasiado fácilmente a la fatiga. Claramente no me sentía mejor que los demás. Diría que este período humilló un poco mi orgullo espiritual. Entre las experiencias inusuales de este tiempo, la más importante fue una que podría no haber notado si Óscar no me la hubiera señalado.

La experiencia había ocurrido durante las primeras semanas, mientras iba en la parte de atrás del automóvil de Óscar, conducido como siempre por Jenny, a lo largo de la calle principal de la ciudad. Óscar iba a su lado y yo me estaba sintiendo cada vez más irritado por lo que juzgaba como una indulgencia suya en mantener conversaciones excesivas e insustanciales. Decepcionado y malhumorado, me sentí inclinado a retirarme y brevemente cerré los ojos. Durante el intervalo de algunos segundos que duró esta retirada, enderecé un poco mi espalda como al meditar, en un gesto de búsqueda de mi centro interior silencioso. Y pensé y sentí que nada era significativo aparte de este centro del cual procede toda la vida, y que yace en cada uno de nosotros. Solo aproximadamente puedo decir que lo pensé, porque sería más cierto decir que lo visualicé, y que incluso contemplé una imagen más vívida que las de la fantasía ordinaria. En todo caso, imaginé-visualicé-sentí que cada una de mis células giraba en torno a este eje central de mi cuerpo, como si abandonase todo afán aparte del de

orientarme y celebrar una experiencia de sacralidad que parecía residir en la región central. Y a esta imagen de cada partícula de mi ser físico, afirmando su nada junto a la sustancialidad de un más allá interior, asocié la idea de los serafines, los más elevados de los seres angelicales, cuya función, a diferencia de aquella de los ángeles que se orientan hacia el mundo, se limita a alabar al creador. Pero no podría haber sido tan elocuente entonces como ahora, y apenas le dije a Óscar algo sobre esta experiencia como forma de volver a entrar en contacto con él después de mi silencio. Pero Óscar recibió con entusiasmo mi comunicación exclamando: «¡Alhamdulillah! Ahora estás conectado». Y luego explicó: «Así ocurre al final, con la iluminación del cuerpo: cada célula canta hosannas».

El sorprendente significado que había visto en la fugaz experiencia tras ponerla en palabras me había llevado a apreciar mejor un momento al que de otra manera habría prestado poca atención, y que, pese a su sutileza, contenía una calidad preciosa. Óscar me dejó en la base de El Morro y comencé a caminar hacia la casa de la playa donde se alojaban Bob Dickman y otros. Pero mientras caminaba por la calle que va de El Morro a la playa, sentí un deseo irracional de desviarme de mi camino previsto y doblar a la izquierda hacia un campo abierto en el camino hacia la ladera inclinada. Fue algo así como la experiencia que había conocido en las sesiones de latihan: un comando puramente motor y una indicación extremadamente precisa para virar en cierto ángulo a la izquierda. Obedecí avanzando, tal como lo había venido haciendo, y no había mirado hacia arriba, en parte porque al sentirme inusualmente guiado no me permitía la curiosidad y también debido a la necesidad de prestar atención al terreno. Me sorprendí cuando descubrí que estaba caminando hacia el centro de dos postes verticales: a unos dos metros de distancia estaban los únicos objetos hechos por el hombre en un área grande. Avancé hasta que tuve ganas de detenerme y cuando levanté la mirada vi que estos dos postes soportaban un haz horizontal del cual colgaban tres cables, y mi cabeza estaba exactamente bajo el cable central. Por eso seguí deliberadamente estos tres cables que se elevaban oblicuamente por la pendiente hacia la torre eléctrica. Luego, imaginando que este triple flujo ascendente de energía eléctrica era como una invitación a escalar, seguí caminando más allá. El impulso que había estado siguiendo me había impresionado como algo que venía de más allá de mí mismo, de modo que cuando dejé de sentirlo me pregunté si no había sido algo como una sugerencia de escalar El Morro, pese a mi fobia a las alturas. ¿Pero por qué no probar un poco? Pese a mi intención de

hacerles una tranquila visita ese domingo a los amigos que vivían en la playa un poco más allá, nadie me esperaba. ¿Y por qué rechazar la ocasión de algún ejercicio físico, que siempre he tendido a posponer en favor de otras actividades? Subí más y más alto, hasta dos tercios o tres cuartos del camino hasta la cima de El Morro, hasta que pensé que continuar en la pendiente cada vez más abrupta no sería prudente. Luego me quedé allí, durante unos minutos, mirando la ciudad desde arriba, pero cuando comencé el descenso me pareció una prueba terrible, pues mirar hacia abajo me hacía sentir paralizado por el miedo a caer.

Aunque siempre había tenido cierto temor a las alturas, mientras caminaba hacia arriba sin mirar atrás no había previsto una situación tan angustiosa y, cuando finalmente llegué a la parte inferior del declive y seguí caminando por la carretera, sentí que en la experiencia había algún mensaje. Al escribir sobre esto no puedo dejar de verlo como una clara prefiguración o augurio de lo que me ocurriría durante los años siguientes. Física y espiritualmente me remonté a lo que me pareció la cima de la Montaña Sagrada, pero debí descender lenta y dolorosamente.

Supe desde el principio que Óscar esperaba que mi despertar tuviese lugar en el desierto después de dos o tres meses de calentamiento en Arica, y en este proyecto yo depositaba mi confianza.

Y finalmente llegó el momento.

Durante mi última visita a Óscar, me describió un sueño que había interpretado como un presagio de mi iluminación, y me dio las primeras instrucciones. Él me visitaría periódicamente, y me recomendó que fuera muy sensible a su guía, ya que, como me había explicado, nuestra situación sería comparable a lanzar un cohete hacia un objetivo muy lejano, donde la más mínima desviación podría significar no darle al objetivo. Le había pedido a Carrasco que construyera un pequeño armazón en forma de A con el espacio suficiente para un colchón angosto y unas pocas provisiones, y los componentes de la estructura ya estaban en la camioneta de un chileno que llegó entonces a la puerta de su casa. Con él me fui hacia al lugar que Óscar había elegido para mí en el desierto.

2

DESIERTO

Llegué al desierto la noche del 22 de septiembre de 1970, en un camión con amigos instruidos por Óscar: me ayudaron a armar la estructura de madera simple que le había pedido a Carrasco que me construyese como protección contra los vientos. Eran dos placas de madera que me servirían de techo, sostenidas por dos paneles triangulares, uno de ellos con una pequeña ventana de vidrio triangular en la parte superior y el otro con una puerta en el centro. Tras haber pasado por un período de aislamiento antes de nuestra llegada a Arica, sabía que una carpa en el viento no sería compatible con el silencio deseable. La construcción rudimentaria era lo suficientemente alta como para arrodillarse o sentarse, pero no para ponerse de pie, y proporcionaba suficiente espacio para un saco de dormir y algo de comida, agua, cuadernos en blanco, alguna ropa, una grabadora de casetes y un juego de palitos para recoger, como ejercicio de atención, y un diapasón, que Óscar había recomendado especialmente. Él me había llevado a esperar de este retiro la satisfacción de mi aspiración espiritual y había pospuesto mi viaje durante dos meses; además, a pesar de haber mencionado que también él se retiraría al desierto durante este tiempo, se quedó en casa. Tanto su retraso como su cambio de planes implicaron cierta frustración, pero me sentí seguro de que su oferta estaba a punto de materializarse.

Recibí algunas indicaciones para la primera semana del retiro y me fueron confirmadas el día después de mi llegada, cuando Óscar en persona vino a iniciar formalmente mi retiro con una bendición. Entre estas indicaciones sobresalía mantener una actitud de constancia y vigilancia, y silenciar mi mente para las prácticas que seguirían. Dado que el objetivo del retiro no era solo el aislamiento social, sino una privación de toda clase de estímulos y distracciones, me recomendó que pasara la mayor

parte del tiempo dentro de mi recinto, y las palabras de uno de los padres del desierto se me hicieron muy presentes: «No te alejes de tu celda, o el Espíritu puede venir a ti y no encontrarte en ella».

El desierto a mi alrededor ofrecía un paisaje relativamente monótono de dunas de arena con algunas colinas más altas en la distancia. A medida que pasaba el tiempo, la monotonía de las arenas daría paso a una creciente riqueza de color y belleza. Tenía que llevar a cabo los ejercicios de la pampa y dar paseos ocasionales para repetir mantras. No lejos de mi cabaña había una cadena de empinadas colinas en cuya cumbre la tierra terminaba en abruptos acantilados frente al océano. En su primera visita Óscar me dijo que había ido allí a orar antes de mi llegada a Arica, y me recomendó que pasara tiempo en ese lugar.

Tan pronto como el rugido del camión que me había traído desapareció en el silencio, me recosté. Ya era el crepúsculo y luego, antes de irme a dormir, encendí una vela para escribir la primera entrada en mi diario:

He estado acostado desde poco después de las seis de la tarde. Escucho el zumbido en mis oídos y observo mis pensamientos. Surgen situaciones mal vividas, personas en las que no he encontrado la actitud correcta. Aparentemente, el trabajo correctivo se lleva a cabo por sí mismo, de una manera que no puedo expresar con palabras o traducir en conclusiones. Busco la actitud adecuada, la voluntad de Dios para tal caso o tal otro; y luego noto que mi incomodidad frente a tal o cual situación disminuye. Mi único trabajo es soportar la incomodidad de un enfrentamiento y estar dispuesto a soportar la verdad de mis conclusiones.

Junto a los pensamientos relacionados con el procesamiento de experiencias pasadas, algunas de mis ideas involucraron una confrontación correctiva con mi experiencia del presente, como en la siguiente secuencia de pensamientos:

No puedo creer que esta espera sea la voluntad de Dios. ¿Por qué nos hace esperar?
Él nunca nos abandona; está siempre presente.
Todo es su voluntad, y esta espera no es espera, sino una ceremonia para su gloria.
¿Cómo podría este momento no ser santo, siendo la expresión perfecta de lo que soy?
Debo aceptarme a mí mismo como parte de la creación.

Tales pensamientos eran una traducción conceptual de un proceso más profundo, un cambio continuo en la actitud y la experiencia, facilitado por una mayor atención y una fuerte motivación. Un crescendo experiencial me fue llevando a una aceptación que me acercó a la noción budista del nirvana en el samsara. Entonces sucedió algo que no tenía

precedentes en mi experiencia, a pesar de los sueños diurnos guiados y las experiencias psicodélicas: mientras estaba sentado con los ojos cerrados, vi un sol dorado que emergía del horizonte frente a mí y ascendía sobre mi cabeza, sentí que la luz del sol entraba en mi cuerpo a través de la parte superior de mi cráneo. Todo duró apenas unos segundos y no fue sorprendente debido a la viveza de la imagen, de una nitidez y brillo diferente a la de mi imaginación.

Cuando le describí esta experiencia a Óscar en su próxima visita, me sorprendió la discrepancia entre su aparente insignificancia para mí (que simplemente la había tomado como una visión curiosa, notable por su intensidad) y la importancia que él vio en ella. Juntando sus manos y luego llevándolas hacia arriba y hacia afuera en un gesto de celebración (como solía hacer mientras decía «Alhamdulillah»), dijo: «Ahora te conectaste».

Ya había usado esas palabras un mes antes, tras la descripción de la breve y aparentemente insignificante experiencia que había tenido lugar mientras yo estaba sentado en el asiento trasero de su coche. Ahora, en el desierto, Óscar una vez más usó las mismas palabras (ya fuese olvidando la ocasión anterior o porque la viera confirmada), y me dijo que se sentía muy feliz de que ya dos de nosotros en el grupo hubiéramos establecido esta conexión.

Mis días en el desierto debían constituir el evento más importante de mi vida consciente, tanto en términos del valor intrínseco como a la vista de su efecto, que puedo caracterizar como un paso a un nivel más avanzado en mi desarrollo. Varios factores parecieron haber convergido en esta ocasión para que así fuese. En primer lugar, todavía estaba viviendo la muerte de mi hijo Matías, y sentía que si no podía convertir su muerte en una vida nueva y superior, esta no tendría sentido. Solo la iluminación, que podría convertirme en alguien capaz de ayudar sustancialmente a los demás, podría justificar lo que tendía a interpretar como su sacrificio. Luego estaba la descripción de Óscar del retiro como una ocasión para una transmisión directa de poder espiritual. Que Óscar anticipara que también se retiraría al desierto durante este tiempo tal vez contribuyó a sentir que, aún sin hacerlo, su bendición seguía siendo un ingrediente fundamental en mi experiencia, de modo que mi conexión con él me parecía algo implícito en mis meditaciones, comparable al sonido de la tambura bajo la línea melódica de la música india. Además, a veces, cuando volvía mi atención hacia él, podía sentir una corriente de baraka. ¿Era esto una sugestión o una realidad? ¿O tal vez por considerarlo una realidad

lo tornaba real, como ocurre con los milagros de la fe? En todo caso, parecía estar en juego en mis experiencias un factor personal de relación. Por otra parte, estaba el conjunto de técnicas que Óscar me había dado y que continuó dándome durante sus visitas. Además de amplificar el efecto del aislamiento, estas técnicas parecían tan conducentes a la realidad no ordinaria que tampoco puedo concebir mi experiencia sin ellas como un trampolín.

Además de las diversas técnicas que ya había equipado, había más prescripciones de Óscar en sus visitas. En su primera visita enfatizó: el silencio de la mente, una intensa orientación hacia lo divino y una actitud de rendición a la voluntad de Dios.

Una mente silenciosa (el estado del «satori básico»), había explicado Óscar, era una condición previa para la posibilidad de la oración verdadera y para la práctica efectiva de la meditación en las ideas sagradas, y ahora que se profundizaba mi devoción pude entender la complementariedad de estas dos formas de liberación que desde la antigüedad han sido enfatizadas por Oriente y Occidente respectivamente: el yoga del control mental y la entrega a una conciencia superior.

Tanto el desapego como la entrega a lo divino parecían verse realizados por una actitud de renuncia espontánea, que parecía haber entrado en mi vida con la muerte de Matías: una disposición a dejar atrás la primera mitad de mi vida, a fin de entregarme, después de haber saldado mis deudas, a lo que imaginaba como una peregrinación guiada. Legítima o no, esta motivación, así como mi esperanza respecto de su objetivo, me dieron una medida de vigilancia, celo y resistencia sin la cual es probable que no habría podido cruzar el umbral.

Meses después de mi regreso a Berkeley encontré una colección de los pocos refranes reportados de Pitágoras, entre los cuales me pareció muy apropiado como descripción de mi actitud uno que reza: «Cuando entres en la casa de Dios, deja todo afuera». Esto lo sentía cuando usaba la capucha que Óscar había bendecido y me había dado, que me llevaba a sentir como si hubiera entrado en un templo. En presencia de lo sagrado era natural estar en un silencio interior, mitad atención y mitad entrega reverente a lo desconocido. Supongo que también esa simple esperanza, nutrida por la garantía de éxito de Óscar y por la amplitud de mi apertura hacia él, me ayudó a avanzar, ya que a pesar de mi ambivalencia había decidido que, al menos durante estos días, me rendiría a su guía. Intelectualmente válido o no, creo que mi esperanza se convirtió en una de esas profecías que llevan a su propia materialización en un camino.

En Santiago, Óscar me había avisado que a la hora de sentarme a meditar les ordenase a mis pensamientos que no me interrumpiesen como si fueran perros y que se esperasen a que los escuchara una vez que la sesión hubiera terminado. Ahora su indicación de dedicar los primeros días del retiro a observar mis pensamientos a cada momento de vigilia era una excelente preparación para el silencio interno. «Debes mirar cada cosa mientras un torero vigila al toro. ¿Cómo se mueve? ¿Qué es lo que quiere?». Con respecto a cada pensamiento también debería tratar de entender para qué habían venido.

Pero ya en su primera visita Óscar me describió una de las doce «oraciones objetivas», que consistía en tres afirmaciones, de las cuales la primera («perdóname mis pecados») debía decirse con la conciencia de que no somos nuestros pecados; la segunda («ten piedad de mí») debía decirse con conciencia de la misericordia intrínseca de Dios; y la tercera («oh tú, el más misericordioso»), con conciencia del carácter mántrico de la palabra tú (más allá de su significado convencional español), en referencia a una de las personas de la trinidad.

Cuando comencé a decir esas palabras descubrí con cierta sorpresa que había necesitado mucho de esa oración y al repetirla la fui traduciendo a mis propias palabras, produciendo variaciones como:

Perdóname mis pecados.

Elimina mi ego.

Aléjame de lo que no eres tú.

*Déjame ser un espacio que reciba tu amor como una boca
sedienta recibe agua.*

Ten piedad de mí

y llena mi vida con tu misericordia, con tu amor que me da ser.

Oh, tú,

el más misericordioso y fuente de toda misericordia.

Perdóname mis pecados,

sean ellos los que sean.

Conviértelos en tus herramientas.

Ten piedad de mí, ilumínalos, lléname de tu ser.

*Ayúdame a sentir mi dolor, el dolor de olvidarte,
para que mi dolor atraiga tu misericordia.
Dame la fuerza para sufrir lo que soy.
Oh tú el más misericordioso,
Oh tú, oh tú, oh tú.
Corazón del universo
que distribuye la sangre de tu sabiduría para que no nos
congelemos...*

En su siguiente visita Óscar me dio instrucciones para llevar el «Path» (o centro energético de la cabeza, diferente de los chakras) al «Kath» (centro abdominal, más conocido como Hara), y el efecto me resultó no menos mágico que las palabras de Ali Babá para abrir la caverna de los tesoros en *Las mil y una noches*. Dejar caer el Kath a tierra, me había anunciado, actuaría como una bomba neumática, succionando el Path hacia el vientre. Y aunque no es apropiado que comparta aquí la técnica para dejar caer el Kath a tierra, puedo decir que implicó la noción de una fusión del Kath personal con el Kath cósmico, a través de una proyección del primero hacia el centro de la tierra, que fue estimulado por un uso muy hábil de la música.

El día en que realicé ese ejercicio entré en un mundo nuevo, en el que permanecería durante el resto de mi tiempo en el desierto. Más que un estado de ánimo, siguió siendo un proceso continuo muy relacionado con el cuerpo, en el que me pareció revivir una etapa embrionaria de la vida. Al estar en el vientre materno, nuestra actitud (si fuese válido hablar de una) es la de permitir nuestro desarrollo espontáneo, porque el crecimiento tiene lugar en nosotros sin la más mínima intervención de nuestra parte. Tal era lo que mis meditaciones compartían, por más que cada una fuese diferente. Y como todo parecía proceder de algo como desaparecer o morir, en cierto momento me recordó una escena en *2001: Una odisea del espacio* donde la cara del astronauta se arruga y se vuelve decrepita y luego se convierte en un feto. Era como si la muerte llevase a la frescura, o los procesos de muerte y devenir o nuevo crecimiento se hiciesen uno en la fluidez indiferenciada de la metamorfosis.

Además en *2001: Una odisea del espacio* se sugiere que la asombrosa y misteriosa transformación del astronauta está controlada por algo aún más asombroso y misterioso: una piedra que ve aparecer en una habitación, una piedra oscura de estructura cristalina

que se ha presentado anteriormente orbitando en el espacio, sirviéndole de catalizador a la evolución temprana de nuestra especie. Durante una de mis meditaciones, la aparente metamorfosis física que sentía como un movimiento energético en el cuerpo, parecía proceder con tal perfección que hacía que las simples palabras «autorregulación orgánica» fueran insuficientes por no evocar ni tomar en cuenta el funcionamiento de una inteligencia superior omnisciente, cuya intuición fue para mí tal vez la maravilla más profunda.

Ahora no puedo recordar bien la secuencia de eventos, pero cuando trato de darle sentido a mis fragmentarias notas me parece que todo comenzó poco después de una negrura omnipresente, cuando me sorprendió un rayo rojo repentino que en un instante atravesó mi cuerpo sentado de pies a cabeza. En un breve lapso, otros colores pasaron a través de la oscuridad, en forma de líneas finas o fibras delicadas, más parecidas a las señales en un osciloscopio que a un rayo. Eran azules y amarillas, y después de uno o dos segundos, desde la base de mi tronco, comenzó a ascender una luz verde, pero no a través del eje de mi cuerpo sino a través de mi columna vertebral; y cuando alcanzó la parte superior de la cabeza se movió hacia adelante y hacia abajo, descendiendo por la parte delantera de mi cuerpo; después de descender como verde volvió a ascender como rojo; después de orbitar varias veces dentro de mí con creciente rapidez, se volvió una luz dorada.

Durante algún tiempo el dichoso regalo de la entrega pareció aumentar su velocidad ya de por sí acelerada, y finalmente pareció colapsar y descansar en mi corazón. Allí, inesperadamente, visualicé una piedra verdosa y mis manos se alzaron hacia mi corazón, y me imaginé que agarraba esa piedra que ahora adoptaba la forma de una daga. En mi imaginación (porque la visualización de la piedra había sido solo un instante) la llevé hacia mi plexo solar, donde sentí que estaba instalado mi ego, y, con un gesto ceremonial que evocaba un sacrificio maya, lo perforé.

Así como un viajero se mueve a través de diferentes paisajes a medida que avanza, mis experiencias serían diferentes día a día, pero etapas indispensables de un proceso continuo. Había ingresado a un nuevo ámbito de experiencia, lo que les daba cierta similitud y las distinguía de mis experiencias previas. Había un movimiento que sucedía por sí mismo, independientemente de mi voluntad. Algunas veces involucraba mis manos, que parecían orbitar en mudras, pero lo más importante era el movimiento de las órbitas de energía formadas por los canales internos de mi cuerpo espontáneamente

visualizado, el preciso movimiento de mis manos y brazos, y la circulación de la luz interna, que sucedían en sincronía y me impresionaban como el tejido de un capullo multicolor.

Parecía habitar un cuerpo diferente al habitual, formado de fibras coloridas cuya substancia era sagrada. Cuando abría los ojos me parecía salir de un encantamiento, al ver mi cuerpo ordinario. Supongo que en la teosofía se llama «cuerpo etérico» al desarrollo espontáneo del que había sido testigo donde Leo, cuando mi actividad era tejer como una araña que teje su red.

Lo que ordinariamente percibimos como nuestro cuerpo es el resultado de interpretaciones complejas y habituales de la experiencia que hemos aprendido en los primeros años de la vida, de modo que cuando decimos «este es mi brazo» o «me pica la oreja» presupone una construcción del cuerpo que descansa en el pensamiento y el aprendizaje; y que, cuando la capacidad etiquetadora de nuestro cerebro duerme, podemos interpretar el impulso de orinar como una cascada. Supongo que entonces mi pensamiento podía silenciarse lo suficiente como para que —olvidando mi cuerpo ordinario o dejando que algunos aspectos de mi imagen corporal habitual retrocedieran al trasfondo— pudiese contemplar el flujo maravillosamente preciso de los colores.

Al principio no tuve mucha conciencia de los límites del cuerpo, por lo que los canalículos coloreados parecían ir formándose en una negrura ilimitada que era como un no-yo, y el flujo sagrado, que me impresionaba tanto como un ritual y un evento cósmico (acompañado por la visualización espontánea de los colores), se desarrollaba de acuerdo a una anatomía sutil precisa que involucraba una red de canales y centros que me maravillaban de forma semejante a cuando en la Facultad de Medicina me encontré con la belleza del mesenterio con sus vasos sanguíneos en la cavidad abdominal de un conejo.

A este juego de luz coloreada en mi cuerpo, Óscar se refería como la alquimia o la alquimia interior, y parecía estar relacionada con la presencia del Kath en mi conciencia, así como con la identificación de Kath con algo más abarcador, que sugería un útero en el que yo estuviese contenido, y algo semejante a la atracción de la gravedad, como si la fuente de todo movimiento estuviese en sintonía con la gravedad y la voluntad de dejarme caer hacia la nada. Me preguntaba si había más que una analogía entre este proceso continuo y la vida embrionaria. ¿Podría ser que el movimiento de la luz o la energía a lo largo de las fibras del cuerpo, que parecía ser la creación continua de un

cuerpo sutil y sagrado, implicara revivir un proceso de desarrollo embrionario? Habiéndome interesado alguna vez en la embriología, me parecía ver semejanzas entre la anatomía sutil de mi cuerpo energético y algunas características en el desarrollo del embrión, como el hecho de que el corazón se forma justo debajo del cerebro y luego desciende, o que los testículos descienden del área del riñón. Cuando le describí a Óscar estas sensaciones y mi interpretación como recuerdos intrauterinos, me complació que dijera que había encontrado el «huevo de Colón», queriendo decir, supongo, algo obvio y no advertido precisamente por su evidencia.

Pero no fue completa mi descripción al decir que no había nada más que un campo negro de receptividad y una luminosidad multicolor de la energía divina, porque entre la inmensidad del fondo cósmico y el precioso rito misterioso había también un testigo de este abrazo entre la quietud y el movimiento, y mi yo-testigo observaba, a menudo se maravillaba, y a veces se sentía agradecido y alababa.

Y mientras caminaba por los senderos de un eneagrama que había dibujado en la arena junto a mi choza, analizando mis experiencias desde el punto de vista de las pasiones y las virtudes, me pareció que podría haber una trampa en mi devota gratitud, y desconfié de la excitación que se manifestaba en forma de sentimientos religiosos sancionados por una larga tradición. ¿Acaso no había mayor profundidad en la transparencia de la pura receptividad, con su gozo y aprecio, que en el gesto de devolver a través de la gratitud lo que se me daba? Nunca encontré una respuesta a ello, pero con el tiempo la alabanza y la gratitud se convirtieron en un baile espontáneo que ya no cuestioné ni juzgué. Acepté que mi satisfacción se desbordara al devolver la bendición a la fuente de todo, y uno de los momentos más memorables de mi retiro fue cuando, lleno de amor, irradié felicidad en todas direcciones y a todos los seres.

Luego llegó el momento de emprender la meditación de mi psicocatalizador, «transparencia». Siguiendo las instrucciones de Óscar, comencé a visualizar mi cuerpo como transparente y me sentí atraído por mi cerebro, ya que su visualización como transparente parecía estimular una sensación placentera en lo alto de mi cabeza. No me había dado cuenta de que la sensación de luz dorada que entraba podría haber sido desencadenada por los rayos del sol real sobre la pequeña ventana detrás de mi cabeza, y como sentí y visualicé ese cálido resplandor en la parte superior de mi cabeza, deseé que la luz descendiera por mi columna e iluminase todo mi cuerpo. Aparentemente mi deseo influyó en mi experiencia, porque como lo expresé entonces la luz fluía a través de los

canales del aleluya y las células en mi cerebro celebraban una existencia más allá del mundo material.

Era como si al permitir que mis células cerebrales se volvieran transparentes estuviese dejando de lado mi control habitual sobre ellas y pudieran volverse receptivas a un fenómeno vibratorio de otra dimensión, transmitido por la luz dorada del sol. En otras palabras, imaginé que en el sistema nervioso central y en el dominio de los ritmos biológicos podía surgir un patrón de funcionamiento que fuera una manifestación tangible del goce del cerebro de esa luz superfísica: un gozo dichoso similar a la actividad sexual, pues la alegría que sentía me pareció como un orgasmo protoplásmico de la corteza cerebral.

Óscar me había ordenado que trajera instrumentos de escritura y una grabadora, ya que previó un momento de revelación que solo experimentaría una vez en mi vida; y así fui capaz de dictar lo que anticipé que serían noticias intermitentes acerca de mi meditación sobre la transparencia y que fluyó con más carácter de poema que de informe científico. Cito un breve fragmento:

*Dejo pasar lo que pasa.
¡Pase lo que pase!
Que mi voluntad sea ¡pase lo que pase!
Eso es lo que soy: lo que emerge,
y la felicidad de su indeterminación.
Lo que pasa, que soy.
Lo que pasa, lo que afirmo.*

Siguiendo las indicaciones de Óscar, apliqué transparencia a todo lo que pude pensar, haciéndome permeable y volviéndolo todo permeable: la existencia física, la vida psicológica, los hechos sociales.

*Yo soy la transparencia a través de la cual fluye la historia.
Transparencia social a través de la cual fluimos,
a través del cual un rayo de seres avanza.
Y soy ese rayo del ser.
Soy quien fui antes.*

¿Quién fui yo antes?

Me estoy acercando a quien era.

Yo soy, soy casi quien era...

Yo soy, soy, soy.

Casi.

Ya lo soy, pero no sé quién es.

Lo soy, y solo no sé mi nombre.

Yo soy, soy, soy, soy, soy...

(Y continué repitiendo «yo soy» como apoyo que me sirviese para profundizar en la experiencia o recuerdo de este «yo soy»).

¡Soy, soy, soy!

¡Yo soy! ¡Yo soy!

¡Yo soooooy!

Ni siquiera necesito un nombre.

Pero ¡ah! mi lengua exige el nombre.

Yo soy, soy, soy, soy, soy, soy, soy.

Casi me falta algo.

Porque quiero introducir esa condición.

¡Yo soy, y lo que falta es mi elección!

Yo soy, soy, soy, soy.

Ah yo soy. Ni siquiera necesito la falta.

Me soy suficiente.

Pero mi demonio todavía desea decirlo.

Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy.

Yo soy. Casi no tengo que decirlo.

Yo soy. Yo soy. El casi todavía está allí.

Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy.

Casi renuncio a decirlo.

Yo soy. Yo soy. Yo soy. Yo soy.

Casi renuncio

Yo soy, soy, soy, soy, soy (más débil).

¿Renuncio?

Yo soy.

Yo renuncio.

Yo soy (en un susurro).

Solo una respiración profunda sigue en la grabación, porque este fue el momento de entrada a un estado que no había conocido antes ni he experimentado desde entonces. Al salir nada había que pudiera articular al respecto, aparte de la intuición de haber estado absorto en una profundidad divina de conciencia conocida por los profetas, y una impresión más específica de que había estado en contacto con la mente de Mahoma. Sin embargo y sobre todo tuve la impresión de que esta breve caída en el no saber hubiera sido el regalo de una semilla que contenía en su potencial toda experiencia espiritual que yo habría de conocer en el futuro.

Cuando le describí este episodio a Óscar en su próxima visita, comentó: «Te hablé, y lo sabrás a tiempo». Y me explicó que una vez algo similar le había sucedido en compañía de un chamán boliviano, que le había dicho: «La jungla te habló». Y también predijo que con el tiempo él llegaría a saber lo que entonces había absorbido.

A pesar de sentir hacia el final de mis cuarenta días como si estuviera dando a luz, nunca llegué a sentirme nacido. Solo en la Pascua del año siguiente experimenté algo que podría llamar un renacimiento, cuando lo que había sido un estado de absorción en la contemplación de una gestación sagrada, dio paso una experiencia de contemplación del mundo exterior a ojos abiertos, y Dios parecía estar en todo.

Aunque nunca he tenido recuerdos de una vida anterior, más de una vez en el desierto tuve la sensación de estar a punto de recordar una identidad anterior, y sentí fugazmente que podría haber sido Abraham. Pero no necesito interpretar este sentir en términos de reencarnación, pues llamaba entonces a Abraham «Imam», aludiendo a alguien que está absorto en Dios y que actúa como centro magnético de una comunidad. Esta identificación puede haber reflejado cierta intuición de mi propia fecundidad espiritual futura. Particularmente prominente en esta identificación con Abraham fue haber compartido la experiencia de sacrificar a nuestro único hijo, solo que en el caso de Abraham, Isaac había sido salvado, y en el mío, Matías había muerto. Pero, así como Abraham tuvo que aceptar el sacrificio de su hijo antes de tomar su cuchillo, yo solo tuve que aceptar la voluntad de Dios después del hecho. Pese a mi intuición de un plan

divino, a veces me resultaba difícil aceptar que Matías había sido un sacrificio destinado a abrir mi corazón y, a pesar de la idea de que Matías me había bendecido con su muerte, una parte de mí no me juzgaba digno de un regalo tan precioso.

LA VUELTA AL MUNDO

Cuarenta y un días después de mi llegada al desierto regresé a Arica, y al pasar junto a la gente en las afueras de la ciudad me sentí como un patriarca del Antiguo Testamento en el siglo XX. Esta impresión disminuyó algo a la media hora de caminata, mientras me acercaba al área del centro de la ciudad, pero incluso después de días de adaptación permaneció en mí una cierta sensación de atemporalidad y una percepción acentuada de la vulgaridad y contaminación psicológica en los rostros que veía a mi alrededor. Algo de sentirme un extraño en una tierra extraña permanecería algo más de dos años.

Las últimas palabras de Óscar en el desierto fueron: «Ahora debes aprender a llevar el desierto contigo adonde quiera que vayas». No me resultó difícil, pues me había abierto a una vida rica en contemplación, que me resultaba de mayor interés que nada en mi vida o en mi entorno. Una imagen que usé para explicarle mi estado a Marilyn y a Ginny sigue siendo la más adecuada que puedo encontrar hoy: sentía que había nacido en mí una nueva vida, pero que era como la de un niño que todavía no sabe caminar o actuar: por más que hubiese tenido acceso a una conciencia nueva, más profunda y clara, en mis acciones y reacciones seguía siendo prisionero de mis viejos hábitos. Era como si no tuviera mi propia voz, o como si solo tuviera acceso imperfecto a mi uso del lenguaje, de la expresión en mi rostro, o como si el uso de mis manos y los movimientos de mi cuerpo no estuviesen integrados en mi nuevo ser sino que seguían estando controlados por un yo obsoleto. Mi instrumento de acción estaba literalmente poseído por mi yo anterior, mientras sentía que mi nuevo ser era una conciencia impotente alojando en un aparato disfuncional.

En momentos de contemplación tranquila podía volver a conectarme con la conciencia

que había conocido en el desierto, pero ahora que estaba viviendo en el mundo no podía dejar de ver mi comportamiento diario como el de un robot que cedía a las presiones ambientales y respondía a todo tipo de estímulos con «consultar con el centro». Estaba lastimosamente falto de inspiración y, lo que es peor, me traicionaba a mí mismo.

Pero la conciencia siempre atrasada de una discrepancia entre mis acciones y lo que podrían o deberían haber sido no solo me llevaba a sentir vergüenza y culpa, sino también esperanza, porque estaba aprendiendo a través de mis errores a un ritmo más rápido que el usual, y una visión retrospectiva me llevaba a algunas acciones correctivas, como decir lo que me había faltado decir, o modificar mis respuestas a diversas personas y situaciones. Me pareció que el proceso de realineación que había operado en mi vida interior ahora estaba operando también en mi vida externa, haciéndola más verdadera.

El grupo estaba pasando por un período intensivo de quineritmia, uno de esos ejercicios que incorporaba la estrategia de Shatari de atender muchas cosas al mismo tiempo. Durante dos o tres semanas esta situación grupal fue algo así como una incubadora. Este período fue seguido por un cambio repentino en mi propia experiencia y en la vida del grupo. El nuevo giro coincidió con un cambio repentino en el estilo y la actitud de Óscar, que se veía a sí mismo como un portador de espada.

Después de un breve período de transición, durante el cual asistí a las reuniones regulares del grupo, John Lilly se me acercó un domingo tras nuestros ejercicios grupales acostumbrados en el desierto y me habló de un rumor que estaba siendo difundido por la secretaria y amiga de Óscar, Jenny, con quien, pese a nuestro encuentro en Miami y luego en Santiago antes que Arica, nunca había desarrollado una amistad.

—¿No te lo han dicho? Jenny anda diciendo que te has convertido en un megalómano, y advirtiéndole a la gente que se cuide de ti.

Sabíamos de otros casos en que Óscar había hablado a través de Jenny y luego lo había negado. Poco después de esto, John Lilly se iría de Arica disgustado por los excesos de lo que él llamaba «intriga palaciega». Sin embargo, era poco probable que Jenny estuviese dispuesta a asumir la responsabilidad de aquella declaración sin el apoyo de Óscar. Me parecía increíble que Óscar pudiera estar detrás de ello, pues ¿no había validado mis experiencias en el desierto paso a paso? Además, el tono general de mi reunión con él dos días antes de esta conversación me parecía incompatible con lo que Jenny estaba diciendo. Óscar me había dicho que estaba preparado para enseñar y que consideraba mis experiencias como una continuación de la revelación que él mismo

había recibido. De todos modos, ¿por qué decirles a otros que se cuidaran de mí? Suponiendo que viese una veta de grandiosidad en mi estado, ¿no sería esa una razón para llamarme la atención? Dudando John de que pudiese tal comentario venir de Óscar, me sugirió que fuera a verlo y así lo hice.

Tan pronto como le expliqué a Óscar mi deseo de claridad sobre el rumor, Óscar comenzó a hablarme. Había mucha irritación en su expresión y en su voz, mientras lamentaba que Jenny y John Bleibtreu hubiesen dicho cosas que me presentaban negativamente ante otros y al hacerlo habían llevado su trabajo al borde del fracaso.

¿Pero cómo podría la opinión pública ser más importante que la verdad? ¿Podría esa visión errónea corregirse fácilmente? Unas pocas palabras tuyas ciertamente serían suficientes, estaba seguro, ya que había sido bajo su autoridad que esos rumores habían encontrado apoyo, después de haber sido difundidos por la persona que estaba más cerca de él sin que se supiese de ninguna reacción por su parte. Óscar sacudió la cabeza con gravedad y me dijo que a estas alturas la reacción del grupo hacia mí era tal que su plan ya no podía llevarse a cabo. Me explicó que el éxito de todo su esfuerzo había dependido de mi papel, pero que ahora aquellos que habían expresado sus emociones en forma de rumores irresponsables habían arruinado su proyecto. La reacción del grupo hacia mí, reiteró, se había visto afectada, de manera que lo que tenía pensado hacer ya no se podía llevar a cabo. Y agregó con vehemencia: «No puedes imaginar, ni nadie puede, qué golpe ha sido para mí». Sospeché que estuviese representando un papel. Incluso había contemplado la posibilidad de decirle a todos que se fueran a casa, prosiguió, y considerar el proyecto de Arica como un fracaso, pues sabía que el daño ocasionado era irreversible. Yo continuaba tratando de comprender lo que había ocurrido y quería saber si algo que yo hubiera hecho había contribuido a su enojo.

Óscar había evadido varias veces mi pregunta sobre este asunto, de modo que volví a planteárselo. Le insistí en que había venido para aclarar y limpiar todo lo que fuera necesario en mi relación con él. ¿Hice algo que lo hubiera herido o molestado? Con un gesto de impaciencia me respondió: «Estoy muy cansado con todo esto. No quiero ya trabajar más contigo».

No me lo esperaba y casi no podía creer en la incongruencia. A pesar de mi idea de que Óscar no me estaba diciendo la verdad, y de mi falta de comprensión de lo ocurrido, no podía dudar de que lo que Óscar acababa de decirme era cierto. Me sentí confundido. ¿Había estado tan fuera de contacto con los demás como para no notar su cambio hacia

mí? No lo creo. ¡No podía siquiera imaginar algo tan grave como Óscar afirmaba! Me confundía la intuición de que la irritación en la voz de Óscar y en su expresión facial (por primera vez evitaba mi mirada) había sido provocada por mí y no por aquellos a quienes mencionaba.

Sin pretender cambiar la opinión de Óscar, le pedí: «¿Me darías una pista que me haga entender esta situación?». Al principio Óscar se negó a responderme, pero ante mi insistencia me dijo: «Me has tomado por un tonto del que puedes tomar algunas técnicas e ideas y luego seguir tu camino». Me sorprendió que pudiera pensar así, dado su conocimiento de mi intensa aspiración espiritual y de mi inocencia respecto del deseo de alejarme. Aparte de asegurarle que eso no era cierto, una vez más le pregunté sobre alguna forma específica en que lo hubiese disgustado. Me respondió: «Has mostrado muy poca generosidad hacia mí». Esta vez me sentí satisfecho, porque no podía negar lo que me reprochaba.

Por ejemplo, una vez, en Santiago, Óscar había expresado interés en un libro que yo estaba leyendo (*La ciencia de la Yoga* de Taimni) y nunca le había ofrecido prestárselo. Tampoco me había sentido inclinado a llevarle regalos como otros lo hacían y como los devotos generalmente ofrecen a sus maestros. Tampoco había renunciado a mi deseo de verlo un día en que escuché que se estaba sintiendo presionado. Por trivial que parezca todo esto, me había preguntado si era correcto sentir poca calidez por una persona tan importante en mi vida, y ahora que Óscar mencionaba el tema no podía menos que sentirme culpable. Sintiendo a esta altura de mi visita que le estaba imponiendo mi presencia más allá de su interés en verme, hice un gesto de retirarme.

Aunque parezca increíble, tardaría años en relacionar la acusación de Óscar de no haber sido lo suficientemente generoso con ciertos acontecimientos de los días anteriores.

Óscar me había encargado que me hiciera cargo de proveer a nuestro grupo de un lugar donde vivir como comunidad y, previendo que para ello sería necesario algo de dinero, había invitado a Milton Taubman y a Ginny a asociarnos en la constitución de una sociedad constructora. Había imaginado que muchos más querrían unirse a mí, pero dado el tiempo que había transcurrido antes de encontrar un terreno adecuado, la mayoría de los que inicialmente estuvieron interesados prefirieron conservar los fondos que habían reservado para el pago de pensiones o cuartos alquilados, y luego trasladarse como inquilinos, cuando el edificio estuviera terminado (si ello llegaba a concretarse).

Al final solo quedamos los tres, pero fue suficiente. Ginny y yo teníamos ahorros de hasta \$5.000 dólares, mientras que Milton, ya conocido por sus iniciativas filantrópicas en el apoyo de Esalen y otras causas, ofreció invertir una suma algo mayor. Concluimos que si la actividad de construcción avanzaba con la suficiente rapidez, la renta entrante que el grupo gastaba ahora en hoteles y pensiones contribuiría aún más al proyecto, haciéndolo factible. El edificio nos proporcionaría habitaciones y un espacio privado para nuestras reuniones. Además los socios tendríamos asegurada nuestra vivienda en Arica durante el año siguiente, en caso de elegir quedarnos.

Luego se nos hizo presente que, dado que Arica se encontraba en la frontera peruana, solo chilenos podían comprar tierra. Ello no constituiría una verdadera dificultad, pues (según el consejo de nuestro abogado) el terreno podría comprarse a nombre mío. Estuvimos de acuerdo y quedó legalmente estipulado que, en caso de vender nuestra propiedad común, solo lo haríamos por consentimiento unánime, y entonces dividiríamos los ingresos de acuerdo a la proporción de nuestras respectivas inversiones.

Antes de irme al desierto, firmé varias hojas en blanco por sugerencia de Ginny, «por si acaso te vuelves loco o mueres», y solo ella y Marilyn estarían en el secreto de mi retiro, pues me estarían enviando comida.

Cuando volví a ver a Milton después de mi regreso del desierto, noté que su actitud había cambiado. Me explicó que John Bleibtreu lo había visitado a menudo mientras yo estaba fuera, y lo había convencido de que el edificio no debía ser de propiedad privada. Se sentía incómodo con que continuáramos siendo los propietarios y le proponía transferir la propiedad al Instituto de Gnoseología (la encarnación legal del trabajo de Óscar). Supongo que la influencia de Bleibtreu no solo se extendió al tema de la propiedad, pues Milton me explicó: «Quería que tu sueño se convirtiera en realidad, pero ahora mis sentimientos hacia ti han cambiado». Le recordé nuestro contrato escrito, donde se establecía que respetaríamos el posible deseo de uno u otro de seguir siendo propietarios o usuarios de nuestras respectivas partes del edificio. Pero después de dejarlo sin haber aceptado su sugerencia respecto de la transferencia de nuestra propiedad, lamenté la intensidad de su frustración y decidí regresar y explicarle mi situación para que pudiese serle comprensible, reprochándome haberlo tratado como un socio comercial y no como un hermano. Para poder hacerlo necesitaría compartir con él algo que no estaba seguro de revelar. Aunque Óscar no me hubiera pedido guardar el secreto acerca de lo que me había propuesto después de mi retiro, cuando me había

ofrecido que fuese el guía espiritual del grupo en Arica durante el año siguiente, bajo su supervisión, había intuido al no compartirlo que era mejor así. En retrospectiva, me sorprende que no pensara en consultar con Óscar la conveniencia de esta revelación confidencial, e imagino que la presión que sentí por apaciguar la frustración de Milton y mi propia culpa por haber rechazado su propuesta sin una explicación adecuada había sido demasiado intensa para que esa idea surgiera en mi mente.

Por supuesto, había sido mi expectativa de ser el sucesor de Óscar en la dirección de un próximo grupo en Arica durante el año siguiente lo que me había llevado a rechazar la propuesta de Taubman, y esperaba que al explicarle lo que había mantenido como un implícito secreto pondría fin a su frustración.

Le expliqué que la idea de enseñar no había entrado en mi mente hasta que Óscar me indicó que estaba preparado y que, aunque inicialmente había expresado dudas sobre mi inclinación a hacerlo, más tarde lo había reconsiderado y apreciado la oportunidad de un aprendizaje con la supervisión de Óscar. También le expliqué cómo, durante nuestra reunión reciente, había aceptado la invitación de Óscar a permanecer en Arica e invitar a otro grupo de Estados Unidos, y servirme de un equipo de ayudantes que él me proporcionaría.

Aunque había asumido que al enterarse de este proyecto desconocido Milton entendería perfectamente mi interés en conservar la propiedad del edificio que estábamos ocupando, descubrí lo equivocado que estaba. Para mi sorpresa, parecía sordo a mis argumentos, y cuando la discusión se había prolongado durante un largo rato, mi exasperación ante su incapacidad de comprender mi situación me llevó a proferir: «¿Pero no te das cuenta de que, en términos prácticos, ahora Arica seré yo?».

Aunque hablamos en inglés, era consciente de que lo que había dicho se hacía eco de la afirmación de Luis XIV —«El Estado soy yo»— y me sentí de inmediato incómodo ante la grandiosidad implícita que la frase podía transmitir, ¡pero cuán lejos me sentía de considerarme grandioso! Me avergonzaba que la frase que tan espontáneamente me había salido de la boca pudiera sonar de esa manera y por ello nunca, desde que había sabido de la acusación de megalomanía, había establecido una conexión entre ese juicio y esta declaración mía, que derivaba su sentido de un contexto específico: la insatisfacción persistente de mi socio y el hecho de no darme cuenta de que no podía creer lo que le estaba diciendo. Por ello cuando algunos días después de este encuentro con Taubman tuve la oportunidad de ver a Óscar y le describí cuál había sido nuestro

conflicto, pude comprobar que mi inquietud acerca de lo que había divulgado había sido justificada. Su respuesta fue: «Me alegra que me lo estés diciendo. Trataré de arreglarlo. Espero poder. Si no, tendré que negarlo».

No disfruté de la perspectiva de ser presentado como un mentiroso, pero lo acepté como penitencia por mi indiscreción, y cuando vi a Milton acercarse a Óscar una noche y marcharse con él después de nuestra reunión de quineritmia me preocupé de que la noticia de mi declaración impaciente de algo muy cercano a «Arica soy yo» pudiera molestar a Óscar. Aunque también desestimé mi preocupación, esperando que Óscar fuera capaz de recrear intuitivamente el contexto de mi vehemencia.

Cuando salí de su habitación, sintiéndome despedido por falta de generosidad, no me cupo duda de que todo terminaría como debería pues, aun en el caso de que Óscar se equivocase acerca de mí, confiaba en que la verdad prevalecería sin que tuviera que hacer nada al respecto. La confianza en mi inocencia (o mejor dicho sentirme un pecador no peor que los demás entre nosotros) me inspiraba una seguridad de que no me pasaría nada malo. O bien la separación de Óscar sería solo externa y aparente o temporal, o bien sería oportuna, y ya su percepción errónea indicaba que no era un maestro tan extraordinario como yo había pensado y que había llegado el momento de seguir mi propio camino.

Sin embargo, después de una visita de John Bleibtreu, volví a sentir la responsabilidad de aclarar malentendidos que pudieran haberse originado en una comunicación insuficiente con Óscar, y le escribí, adjuntándole la grabación de un monólogo de autoexamen que pudiera servirle como una ventana a mi estado psicológico o por lo menos al contenido de mi mente en ese momento. Además le sugerí que me interrogara o me investigara y que adoptaría una actitud de tanta transparencia como pudiera.

Cuál fue la influencia de esta iniciativa mía, no lo sé, pues, aunque Óscar más tarde me dijese que no había escuchado la grabación, no pasaron más de unos pocos días antes de que llamase a mi puerta (por primera vez desde que vivíamos en el edificio que, por mi iniciativa, había sido terminado de construirse durante mi retiro en el desierto). Era obvio que había elegido transformar esta visita en un evento público, ya que vino en compañía de varios otros que esperaron en el patio interior mientras Óscar se encontraba conmigo en mi habitación.

Parecía feliz y, por primera vez desde que lo conocí, estaba vestido de blanco. Sus primeras palabras, mientras sostenía su mano derecha sobre su corazón, fueron algo así:

«Mi hermano, mi querido, querido hermano, ¡estoy tan feliz hoy!». Y procedió a explicar: «Lo que estaba sucediendo en el grupo hace algunas semanas me había llevado a creer que tendría que apartarte, y no puedes imaginar qué sufrimiento significó eso para mí, porque te tengo en mi corazón». Continuó: «La situación en ese momento era la voluntad de Dios, y habría tenido que cumplirla, pero ahora la situación ha cambiado y esta es la causa de mi alegría. Tu situación en estos días ha provocado una reacción en el grupo, y ahora sé que ya no es necesario que te sacrifique. Procederemos de manera diferente».

Una vez más, quería saber si su reciente decisión de despedirme había sido provocada por algún error de mi parte, y me aseguró que la razón estaba en el proceso grupal.

—¿Entonces no sientes ningún reproche hacia mí? —pregunté de nuevo, deseando estar seguro de ello.

—¿Ahora o en el pasado? —me preguntó.

—Ahora —respondí, sintiendo que era todo lo que realmente importaba.

—No —dijo—. Solo puedo reprocharme a mí mismo.

Me explicó que pronto establecería un proceso grupal comparable a un juego de ajedrez, en el que la mitad del grupo («los blancos») se establecerían como jueces de la otra mitad («los negros»), cuyo papel a su vez sería dar cuenta de sí mismos. Y agregó: «Quiero que estés entre los negros, para que tengas la experiencia más rica y completa».

Bien podía imaginar el resultado de ese proceso: envidiado por algunos y resentido por otros, recientemente señalado como alguien del que se decía que era peligroso asociarse, luego aparentemente perdonado, los seguidores más fanáticos de Óscar estarían muy felices de pronunciar una sentencia sobre mí a la que el maestro no había llegado a dar voz pero que había insinuado; solo que, como había sugerido su comportamiento al venir a verme con testigos, parecía haberme perdonado.

Además del juicio, estaba claro para mí que si iba a ser sincero durante la serie de encuentros entre blancos y negros, se me consideraría un mentiroso, pues mi verdad estaría en contradicción con la versión oficial de las cosas, comenzando con lo relativo a mi estancia en el desierto.

Seguramente Óscar sabía muy bien que se rumoreaba que yo me había ausentado de las actividades del grupo eligiendo seguir mi propio camino (ya que había guardado el secreto al que me había comprometido acerca de que él mismo me había enviado allí), y todo ello a su vez parecía encajar muy bien con la acusación de grandiosidad. Además,

estaba la gran discrepancia entre mi declaración a Taubman de que iría a enseñar en Arica durante el año próximo y la idea de que había sido magnánimamente perdonado después de haber sido expulsado del redil.

Sobre un mazo del Tarot junto al colchón donde dormía y donde Óscar y yo estábamos sentados uno frente al otro, estaba la figura del ahorcado, y apuntándola le comenté a Óscar que ese sería el resultado, a menos que él hiciese algo para contrarrestar las impresiones y suposiciones pasadas del grupo respecto a su juicio sobre mí. En caso contrario, ¿no les parecería a todos que solo estaba perdonando a alguien a quien había tenido motivos de culpar? En tal caso, el grupo se apresuraría a llevar a cabo diligentemente mi ejecución.

«No, eso no será necesario», dijo, y respondí con una pregunta: «¿Quieres entonces que me comporte de manera conciliadora?». «No: sé sincero contigo mismo, y verás cómo todo funciona a la perfección». Y agregó con un aire de profundo e inescrutable saber: «Podemos estar seguros de ello, porque estamos trabajando con las leyes».

Después de un día o dos se convocó al grupo y se explicó que se procedería a una tarea de selección interna. Las demandas del trabajo, anunció Óscar a través de los delegados, requerirían de un mayor nivel de cohesión y compromiso, y el éxito de los esfuerzos dependería de la seriedad de este proceso de selección, pues se debería tener en cuenta que el nivel del grupo sería el nivel de los más bajos. Se procedió a leer una lista negra donde mi nombre, junto a los de Ginny, Marilyn y los otros dos chilenos del grupo, fueron señalados por dos en lugar de una sola cruz. En mi caso específico se explicó que había fallado en materia de participación (por mi decisión de aislarme en el desierto, en lugar de estar con el grupo), y también me había faltado espíritu de trabajo al no asistir a las reuniones de grupo durante mi ausencia.

El procedimiento de las entrevistas previo al voto de los blancos (un procedimiento que se llamó «las líneas») implicó un intenso proceso psicológico, ya que hay mucha diferencia entre una fórmula terapéutica interpersonal simple (como el acoplamiento de la asociación libre a la interpretación) o incluso un método terapéutico (como la inversión de roles) y una situación como esta en la que el resultado de la transacción sería para los participantes una cosa real que podía inspirar temor o esperanza. Las interacciones que tienen lugar en los equipos que se forman a propósito de la escalada larga y peligrosa de una montaña, por ejemplo, pueden adquirir una profundidad que va más allá de muchas situaciones terapéuticas y, de manera similar, estas entrevistas de

selección que eran vividas por los participantes como una puerta de entrada a una salvación grupal o una condena, se volvieron un estímulo para encuentros fuertes y una poderosa molienda de egos.

Como Óscar me había recomendado, respondí con sinceridad a las acusaciones, y esto significaba declarar que había sido Óscar quien me había enviado al desierto y que mi renuencia a cederle a su instituto la propiedad en que vivíamos se había basado en mi expectativa de continuar viviendo allí y enseñando, según una propuesta suya que había aceptado. Por supuesto, estaba claro que algunas personas se inclinaban más a creer en la versión oficial de las cosas.

Solo en tres ocasiones entre más de veinte, mis jueces no me concedieron un veredicto de aceptación, pero durante las reuniones nocturnas del grupo con Óscar en el curso de las siguientes semanas se repitió varias veces la votación, y llegó el día en que el proceso grupal los llevó a que modificaran sus primeras reacciones. Así, la noche del 5 de enero de 1971 me informaron que siete personas habían votado en mi contra y que esto significaba mi exclusión de la escuela. La discrepancia entre mi versión de las cosas y los rumores generalizados fue un factor en esto, y también el hecho de que no me considerara lo suficientemente libre como para contradecir algunos de los conceptos erróneos, sintiendo que sería demasiado decirle a los integrantes del grupo que Óscar estaba mintiendo. Sin embargo, como me sentía inocente estaba seguro de que los vientos de la Providencia me conducirían en la dirección que más me conviniese.

Me desperté a la mañana siguiente de la decisión del grupo con la imagen y también con el sentir correspondiente al Rey de Espadas en la baraja Waite del Tarot (en el simbolismo del cual todos los del grupo estábamos muy absortos durante esta temporada): poderoso, equilibrado y vertical. Ginny, que también había sido rechazada, pronto vino a buscarme para mostrarme el árbol de laurel japonés que le había regalado unos días antes. Estaba floreciendo, pero no con flores: los capullos que colgaban de sus ramas estaban abriéndose y transformándose en mariposas monarcas.

Cuando vi a Óscar más tarde ese mismo día, abrió el diálogo con el tema de la justicia divina y su inexorable funcionamiento: estaba seguro de que el futuro equilibraría el presente. «No lo lamentes. No tienes nada de qué arrepentirte», me dijo más de una vez. Y también señaló que este grupo, que era y debía ser una muestra de nuestra sociedad, encarnaba sus peores rasgos. Con respecto a la votación reciente, la consideraba un karma que algún día tendrían que purificar. Y agregó: «Hasta que no se encuentren cara

a cara con lo que han hecho, no podrán dar el paso definitivo para que la escuela se convierta en la semilla de una nueva sociedad».

«Y una cosa más», agregó mientras me preparaba para irme, «como seguramente comprenderás, el grupo está pasando por un estado de remordimiento que se intensificaría si te ven. Ello no sería bueno en este momento. Deben corregir su punto de vista espontáneamente, y no por culpa, por lo que te pido que dejes el edificio».

Me fui con sentimientos encontrados, pues lo que Óscar me había dicho me pareció cierto y, sin embargo, más que nunca lo vi como un manipulador que había querido deshacerse de mí de una manera muy diplomática.

Después de la primera etapa de mi regreso del desierto, que había sido un período de incubación y del rechazo sorprendente de Óscar, vino un tiempo en que lo principal fue enfrentarme al rechazo del grupo. Pero después Óscar comenzó a trabajar con el pequeño grupo de aquellos que habíamos sido expulsados. Al principio este pequeño grupo comprendía a los dos chilenos, Ginny, Marilyn y yo. Pero pronto otros dos se unieron a nosotros: Rosalyn, quien después de defenderme en una reunión había sido también expulsada, y Glen Lewis, el gran amigo de Ginny. Cuando Óscar comenzó a trabajar con el grupo nos dio instrucciones de que nos involucrásemos nuevamente en el proceso de entrevistas mutuas, tal como en el grupo grande. Formamos una cadena donde el primero actuaba como el juez del segundo, el segundo del tercero y así sucesivamente. También invertíamos estos roles antes de emitir votos respecto a la inclusión de cada cual.

A pesar de que el mínimo de entrevistas para cada uno de nosotros apenas llegaba a diez en lugar de veinte, como en el proceso anterior, el número real aumentó al menos al doble, debido a la sugerencia adicional de entrevistas repetidas. El proceso fue como el remolino acelerado de partículas en un ciclotrón, y después de que el pequeño halka se constituyó sin la exclusión de nadie, nos sentimos limpios y en sintonía el uno con el otro. «El gran halka es una espada», dijo Óscar, «y este será un cuchillo. Cada uno tiene sus ventajas. La espada es poderosa, pero más lenta. El cuchillo puede ser lanzado a distancia». Lo interpreté como una previsión de que algunos de nosotros regresaríamos a Estados Unidos antes que el resto, y que Óscar nos estaba viendo implícitamente como portadores de su enseñanza.

Para mí, el proceso de las líneas en el grupo pequeño fue más intenso que en el grupo grande, debido en parte a la mayor importancia y profundidad en mis relaciones con los que estaban en él y en parte al mayor nivel de atención estimulado por un sentido de

unidad, más fácil de obtener en un grupo más pequeño. Sin embargo, nuestro grupo sería efímero. Antes de que finalizara un retiro de oración de tres días que marcaba una transición a otra etapa y nivel de compromiso, Óscar nos ordenó detenernos y cuando fuimos a visitarlo, en la que resultaría ser la última vez, llevaba puesta una bata negra de artes marciales. No pude evitar pensar en una advertencia que nos había dado el día en que se había constituido nuestro pequeño grupo. Había presentado entonces una nueva regla del juego que había ilustrado con una historia zen. El maestro le pide a un estudiante que cuide un jarrón de porcelana en la casa y, después de un tiempo, el estudiante lo quiebra. Va el discípulo a disculparse ante el maestro, y el maestro le responde: «Tienes mi perdón, pero ahora ¡treinta latigazos!». Había descrito Óscar de esta manera una situación en la cual nos perdonaba pese a la inexorabilidad de su castigo. Nos explicó que alguien durante nuestro reciente retiro de oración había provocado esta nueva decisión suya de ponerle fin al trabajo con nosotros, y que ahora nos trataba como si fuésemos uno. Si hubiera tenido más energía, podría haber sido diferente, explicó, pero su mayor compromiso era con el halka grande y no quería que nuestras dificultades afectaran la calidad de su trabajo con este. «Tengo lo que tengo. Soy humano».

Me dije que era fácil para mí creer en Óscar mientras estaba con él, pero no me era fácil mantener esa confianza en otros momentos. Poco a poco llegué a saber que lo que le explicaba a los demás era bastante diferente de lo que me había dicho a mí o a nuestro pequeño grupo. Se llegó a saber, por ejemplo, que la lista de eliminados coincidía con una lista que había salido de la casa de Óscar. Además el consenso grupal que él claramente había nutrido afirmaba que mi actitud ante él no había sido correcta, por lo que corría el riesgo de convertirme en un «ego santo» (es decir, uno cuya experiencia espiritual alimenta al ego).

Fue en esos días cuando John Lilly, Alberto Steinberg y Roberto Pope abandonaron el grupo, disgustados con la falsedad de Óscar. Aprecié su actitud, pero no compartí su opinión, pues me sentía inclinado a darle crédito a Óscar de que sabía lo que estaba haciendo, por muy manipulador que fuera. Sospechaba que la manipulación de Óscar era comparable a la de una madre que, queriendo destetar a su hijo, se pone algo amargo en el pezón. Se espera que el niño sienta que es el pecho lo que no le gusta y no la madre que le ha fallado. A la hora de marcharme, aunque convencido de que Óscar no me quería allí, no lo culpé por no querer que lo considerase como el agente de mi

separación, y aunque dudaba de él, también me inclinaba a considerar su despido con optimismo, como un regalo suyo.

¿Acaso el resultado no había sido cortar el cordón umbilical y vivir un destete que me lanzó de vuelta al mundo y me dio la oportunidad de procesar mis tendencias a la dependencia en una medida más profunda que nunca antes?

Me sentía algo confuso, y algunos meses después de mi partida llegué a dudar de Óscar hasta el punto de pensar que podría ser un hasnamuss, alguien en quien la arrogancia derivada de su progreso espiritual se ha vuelto un impedimento a su ulterior progreso. Incluso dudaba de esto por considerarlo como teñido por mis sentimientos de frustración, abandono e ira. También me preguntaba si no era posible que, a pesar de estar equivocado y albergar motivaciones discutibles, Óscar hubiera estado al mismo tiempo divinamente inspirado. Era esta mi impresión principal, que se convirtió en algo así como un koan implícito de mi vida durante mucho tiempo, y la respuesta recurrente solía ser una cita favorita de Óscar: «El diablo no sabe para quién trabaja».

II. GURÚ POR UNA TEMPORADA

1

COMIENZA ALGO NUEVO EN EL JARDÍN DE MI MADRE

Aunque una nueva vida había comenzado en el desierto, había sido solo el nacimiento de un embrión espiritual y solo después de un nuevo salto en la conciencia, el domingo de Pascua de 1971 pude sentir que mi período de desarrollo embrionario me había llevado a una nueva plenitud.

Después de regresar del desierto, me intrigaba el hecho de que, a pesar de haberme sentido como alguien que vivía una incubación y también algo parecido a dar a luz, nunca me había sentido naciendo. En Santiago un nuevo estado mental coincidió con sensaciones que parecían seguir un patrón de liberación progresiva de los segmentos del cuerpo, y sugerían un nacimiento físico. Me ha parecido desde entonces que hay una resonancia manifiesta entre el nacimiento espiritual y el biológico, aunque no pueda decir que entiendo la naturaleza de esta resonancia. Freud creía que el éxtasis místico suponía un retorno a la experiencia embrionaria y esto me había parecido cierto en el desierto, donde también estaba reviviendo (como Tótila) procesos físicos relacionados con el desarrollo embrionario. ¿No sería más exacto decir que, en lugar de recordar, a veces revivimos una conciencia que ya hemos conocido durante nuestra vida intrauterina y que ha seguido estando presente en nosotros como fondo olvidado subyacente de la conciencia ordinaria? Me pareció que un proceso de impregnación espiritual en el desierto, seguido de una de gestación y un nacimiento, constituyó un eco isomorfo de la secuencia de los eventos físicos que conducen a nuestro nacimiento biológico. Conjeturé que el proceso del nacimiento espiritual puede atraer imágenes y recuerdos del

nacimiento físico por asociación, como Grof había descrito en sus relatos de experiencias psicodélicas.

En todo caso, me pareció que el cambio de conciencia acompañado de manifestaciones físicas que sugerían un proceso de nacimiento en el domingo de Pascua de 1971 era la última etapa de una cadena de eventos que había comenzado en el desierto. El comienzo de esta nueva etapa de mi vida fue relativamente abrupto y puso fin a las agudas fluctuaciones de ánimo que había experimentado desde mi llegada a Santiago. Además, la nueva estabilidad de mi mente me llevó a preferir la meditación con los ojos abiertos, y el mundo visual ahora parecía irradiar belleza y santidad, como si lo divino se manifestara a través de todo lo que veía.

Mi madre y mi padrastro se habían ido a la playa ese fin de semana, dejándome solo en la casa y, como había sido durante el Viernes Santo del año anterior la última vez que había visto a Matías, encendí una vela que mi madre había colocado frente a su imagen en la sala de estar y me senté a meditar. Poco después experimenté algo que, aunque sutil y fugaz, me impresionó como único, y lo recuerdo como uno de los momentos más sagrados de mi vida: era como si algo goteara sobre la parte superior de mi cabeza y estuviera entrando en mi cuerpo. Había experimentado sensaciones de goteo antes, durante mi retiro en el desierto, y las había asociado a diferentes calidades (como calor, luz dorada o blanca, o una lluvia de agua negra), pero ahora la calidad era más numinosa y no se asociaba a ninguna imagen. Era como si una gota de bendición invisible penetrara suavemente mi ser desde arriba, mientras experimentaba una inefable comunión con Matías. ¿Acaso Matías estaba verdaderamente entrando en mí?

Óscar nos había explicado que en algunos casos la reencarnación era posible en medio de la vida, y me preguntaba si podría ser este un caso. Durante las siguientes semanas me pareció como si un cuerpo de conciencia coherente estuviese penetrando gradualmente en mi mente, en forma análoga a la de un guante que cubre una mano.

El sábado comencé el día con grandes expectativas y medité mucho con resultados pobres. Pero el domingo por la mañana tuvo lugar el cambio que he mencionado, que sería el comienzo del mes más espléndido de mi vida hasta entonces. Era algo así como la recuperación de una experiencia que había conocido en el desierto, pero ahora en medio de la vida y con una sensación de mayor estabilidad. Si alguien me hubiera dicho durante esos días que el estado de plenitud y gracia que estaba viviendo sería pasajero,

podría no haberlo creído, ya que me parecía haber alcanzado mi destino final en esta vida.

El desierto, por cierto, había sido un tiempo de intensa relación con el Altísimo, pero, en retrospectiva, me parecía que había sido algo semejante a la condición de un feto en el útero materno que no puede ver a su madre por estar dentro de ella. Lo nuevo para mí era ahora una percepción de lo divino en todo, y particularmente en el mundo exterior, al cual había sido tan inconsciente en el desierto como a mi yo cotidiano. Ahora estaba en mi cuerpo ordinario, rodeado por el cielo, la tierra y los árboles en el jardín de mi madre, y todo era «el rostro de Dios». Había recibido ya el don de una intuición de Dios más allá del mundo y, por supuesto, anteriormente había conocido un mundo sin Dios; pero ahora, por primera vez, lo sagrado y el mundo estaban unidos.

El proceso que había conducido a esta experiencia me pareció un parto, por la sensación de ir tomando conciencia de un creciente contacto con mi cuerpo y con el ambiente hasta un grado desconocido (como si hasta ahora hubiera estado separado de todo por una membrana opaca). También sentí que estaba experimentando un cambio físico semejante a una liberación que había comenzado en el área de la cabeza, luego incluyó el pecho, el abdomen, la pelvis y por fin las extremidades.

Permanecía en cama por la mañana, cuando todo comenzó con una visualización espontánea de oro por sobre mi cabeza, que fue seguida de una contemplación del Árbol de la Vida en mi cuerpo desde la cabeza hasta los pies. La nueva conciencia involucraba una santificación de la experiencia física y una concentración espontánea en el presente, que parecía ser su fuente. En mis notas escritas en español, usé la palabra «aquí» para lo inmediato, y al decir «Dios está aquí» quería transmitir (a través de esta declaración aparentemente trillada) mi comprensión de que ordinariamente nos aleja de la percepción del resplandor divino no estar en contacto con nuestra experiencia presente, ya que nos seduce una vida de imaginación, anticipación o recuerdo. Seguramente había estado muy consciente de este problema, habiendo experimentado, practicado y escrito sobre la terapia Gestalt. Sin embargo, ahora sentía que a través de una calidad microscópica de la conciencia podía enfocarme mucho más en el instante, que, contemplado de esta manera, parecía impregnado de un resplandor dorado. No solo el «aquí y ahora» se me aparecía como la entrada a lo real, sino el lugar de la baraka o poder espiritual, en el océano donde parecía reposar el mundo visible movido por sus mareas y olas y como manifestación material. Al centrarnos en lo infinitesimal del aquí y ahora, como al mirar

el grano de una fotografía, las relaciones aparentes entre las cosas daban paso a las más sutiles y la realidad aparente se convertía en un mundo mágico.

Cuando regresaron mi madre y mi padrastro les pareció que mi cara brillaba, y cuando les relaté mis experiencias recientes quedó mi madre tan impresionada que por primera vez quiso seguir mis pasos. Deseando responder a su deseo de aprender de mí, y sintiendo que no podría guiar a mi madre individualmente, tal vez por un sentimiento comparable al de un cirujano que no se cree apto para operar a su propia familia, y también a la espera de llegar a una posición de autoridad suficiente para contrarrestar el carácter de nuestra relación habitual, invité a algunas personas a formar un pequeño grupo y con ellas comencé a reunirme todos los días durante varias horas durante las pocas semanas que permanecí en Santiago antes de mi regreso a California.

Al asumir la responsabilidad de dirigir este grupo me sentí seguro de que el estado bendito en el que me encontraba inmerso demostraría ser contagioso, y también creía en el conjunto de ideas y prácticas que me habían llevado a otro nivel del ser, en combinación con la práctica terapéutica que también había constituido parte de mi preparación. Además, a pesar de las declaraciones críticas de Óscar, continué creyendo en sus anteriores declaraciones privadas de que se acercaba mi tiempo para enseñar.

Una circunstancia afortunada para el deseo de mi madre de entrar en mi camino fue que pudiera confiar hasta cierto punto en la colaboración de quienes habían integrado mi grupo psicoespiritual anterior, entre los cuales había algunos gestaltistas competentes.

Invité a Alberto Steinberg, que había dejado a Óscar (junto con John Lilly y otros), así como a Franz y Lola Hoffmann, que se habían interesado en participar cuando supieron de mi iniciativa. Me alegré especialmente de esto, porque me pareció que Lola sería una compañera muy adecuada para mi madre por su edad similar.

Como un hijo que se propone evitar los errores de su padre, me propuse que en mi nueva aventura le daría énfasis a la necesidad de cultivar e integrar simultáneamente estos aspectos, el psicológico y el espiritual, sin subestimar el primero como algo meramente preparatorio, ni descuidar lo segundo cuando el sentido de urgencia del proceso terapéutico o la necesidad de atención a la incomodidad requerían atención preferencial.

En términos generales, aquellos que habían estado involucrados en mi antigua comunidad terapéutica, ahora invitada a reunirse, le dieron a este nuevo grupo un elemento de espontaneidad básica, de mentalidad psicológica y mucho celo. Como

puede imaginarse, yo esperaba mucho del contacto entre mi madre y este grupo de buscadores devotos, que se habían hecho portadores de una actitud poco convencional, permisiva y flexible hacia la vida, el yo y el mundo. Como compañeros de viaje en una balsa que había conducido, habían absorbido una parte de mí que mi madre no había conocido, y la situación representaba el regalo de un puente entre mi madre y yo.

Me sentí inspirado e internamente guiado, y mi inspiración me prestó un grado de autoridad natural que nunca antes había conocido. Lo que hicimos fue un éxito en términos de crecimiento humano, que llevó prácticamente a todos a sentir que habían dado un paso cualitativo en la escala de la vida. Parte de la vitalidad del nuevo grupo estaba en la buena tierra, parte en las semillas plantadas durante las largas reuniones diarias que sostuvimos durante las semanas de mi estadía y parte en el riego proporcionado por aquellos que llevaron a cabo mis instrucciones después de mi regreso a Berkeley, pues seguí enviándoles indicaciones, y las limitaciones de la distancia y del tiempo se contrarrestaron un tanto por la sinceridad, la profundidad del compromiso y la confianza de los participantes.

En esta etapa encontré que mi experiencia como participante en el grupo de Idries Shah había sido inestimable, pues a través de él había comprendido cómo era posible conducir un grupo por «control remoto», siempre que se hubiese establecido la devoción suficiente. Para mi madre la experiencia grupal sería decisiva, a pesar de su edad, como lo dejan en claro sus propias palabras:

A menudo me preguntaba qué aspecto del trabajo transformaba mi comportamiento y mi ser, convirtiéndome en una persona feliz, serena frente a circunstancias externas y problemas personales.

Vine al grupo con una experiencia muy importante, un evento real, una comprensión que me fue dada por una visión de que el hombre nunca muere y que no tenía motivo para preocuparme por el destino de mi hijo, pues en tal visión veía un resplandor detrás suyo. El contenido de la visión me llegó como una sacudida. Me sentí permeada por una ola de amor que me duró algunos días, y esta experiencia cósmica cambió muchas cosas, alterando mi escala de valores y mi perspectiva de la existencia. Salí con ello de lo que llamaría una fe intelectual, y perdí el miedo, dejando en las manos del ángel lo que antes había tratado de controlar.

El ángel era un ser muy alto que mi madre había visto de pie junto a ella al despertar de una siesta, algunos años antes de su participación en el grupo. Pero vuelvo a su informe escrito:

Mi trabajo en el grupo fue difícil y doloroso. La mayoría de las personas eran médicos o personas con

experiencia en psicoterapia, y la manera dura y de confrontación de la Gestalt se recalcó por sobre la ternura y el apoyo. Mis compañeros conocían sus máscaras, y yo no sabía en qué medida mi personalidad era algo diferente a mi ser esencial, que se escondía detrás de cosas de poca importancia que me pesaban.

Estaba recubierta por velos de irrealidad y la gruesa costra de mis hábitos. Mi mundo interior parecía inexistente; la infancia y la adolescencia habían sido solo una mancha gris, y lo que utilizaba como defensa en mi entorno (cultura, música, trato con celebridades y amigos) no me servía de nada. Solo contaba la autenticidad y el caparazón de un caracol valía más que un hermoso palacio histórico. La lectura de muchos libros tampoco me protegía de la desnudez. Viví meses de doloroso vacío mientras dejaba caer mis máscaras, y en las sesiones de Gestalt me di cuenta de que había vivido una imagen tomada del entorno con la que me había identificado. Algunas veces encontré cualidades que me faltaban; sin embargo, lo había hecho mío, buscando una perfección que me hiciera merecedora de soportarlo. Al parecer, no había sentido la falta de otras cosas, ni me había dado cuenta de mi limitada capacidad de amar, ya que mi amor estaba respaldado por el intelecto. Era implacable en la condena, arrogante en la invalidación, nunca le presté atención a las razones del corazón, y de todos exigía la misma fuerza que yo había desarrollado para dominar mis debilidades a través del intelecto.

Fue Cristina, una joven psiquiatra, quien me dio el golpe de gracia cuando en una sesión de Gestalt me habló de sus sentimientos, llamándome «vieja de mierda». Fue como el terremoto de San Francisco o el Apocalipsis. Esta digna matrona, segura, con perfecta elocución y cuidadoso uso del lenguaje, sintió que su trono se derrumbaba, y con él una imagen de yeso pesada y finamente pintada se hizo pedazos. El trabajo del grupo fue el complemento de una comprensión intelectual. A medida que se abrieron los canales de la percepción, desarrollé una fe en la existencia de un principio ordenador de las cosas en el mundo. Los fundamentos de este principio me fueron dados sin un discurso teórico; y creo que el resultado más valioso ha sido la capacidad de orientar mi vida hacia un objetivo preciso y primordial. Al tomar conciencia de que tenemos un cuerpo para participar en la evolución, sabía de su importancia en el desarrollo y el destino del alma, y comprendí al mismo tiempo la insignificante importancia de los problemas materiales por los cuales el hombre lucha con bestialidad, a través de los cuales se narcotiza a sí mismo. Llegué a ver que somos un microcosmos que respira al ritmo del universo, recibiendo y transmitiendo energía y vibraciones. Manifestamos a Dios en nuestro nivel como todo lo que vive en la naturaleza.

La contemplación de mi vida, que intelectualmente juzgué de maneras contradictorias, según las etapas de mi desarrollo, ahora la veo como una totalidad. Reconozco a lo largo del camino la presencia de un patrón en el que tenía guías que mostraban el camino hacia la apertura y el desarrollo; un patrón por encima de lo que se repite de generación en generación. Esas guías fueron necesarias para poder entender el camino de Claudio.

El trabajo psicológico me liberó en gran medida de una fijación tan limitada que me obligaba a vivir sin ser. Mirando al pasado, puedo ver que era una marioneta casi perfecta. Cuando entré al grupo, mi única preocupación era mi ceguera inminente. Cuatro años han transcurrido. Los obstáculos continúan en mis ojos, pero no obstruyen mi visión de un mundo de belleza permanente donde todo está bien mientras no nos volvamos contra su naturaleza.

Liderar el grupo recién constituido era otro paso más hacia el mundo para mí y, en cierto sentido, el primero, ya que antes prefería tratar con el mundo en vez de enfrentarlo, habiendo tomado una posición frente a las situaciones más que creando una situación nueva. Ahora que había llegado al final de mi discipulado con Óscar y a una

sensación de plenitud que siempre había anhelado y nunca antes había sentido, no había nada que me atrajera más que extenderle mi mundo interior a los demás.

Si el brote de una nueva vida en el desierto había sido el comienzo de una primavera para mí, el domingo de Pascua había sido el comienzo del verano, y recuerdo las semanas de enseñanza que siguieron como un crecimiento exuberante e incluso los comienzos de fructificación.

Arica había sido un momento de entrada, gestación e incubación. Ahora estaba viviendo el comienzo del ciclo de salida correspondiente. Antes de viajar a Arica había tenido la necesidad de expresar por escrito lo que hasta ahora había aprendido en la vida, y nuevamente sentí que me correspondía un tiempo de expresión, aunque no en forma de información sino de manera más profunda de lo que me había atrevido hasta entonces, pues incluso con mis amistades más significativas solía adoptar el rol del oyente que admira, y en mi vida profesional, cada vez que se me pedía que expresara algo, lo hacía tímidamente y de manera indirecta, haciéndome eco de puntos de vista con los que me identificaba solo parcialmente, como en mi rol de terapeuta Gestalt. Había evitado el papel de maestro, excepto en su aspecto más externo, ya que me resultaba incómoda la asertividad, y siempre experimenté una gran timidez al compartir experiencias religiosas.

Este había sido uno de mis descubrimientos en el momento de las exploraciones psicodélicas, cuando, a sugerencia de una amiga y colega, examiné esta exagerada sensación de embarazo y descubrí que me avergonzaba expresar devoción. Relacionarme con la santidad en público era algo prohibido para mí por un tabú, quizás comparable a lo que en el dominio sexual se llama un complejo de castración.

Por primera vez estaba realmente entrando en el papel de un gurú, en el sentido de alguien que sabe y está inmerso en una conciencia superior, y comparte a través de las palabras hechos y presencia. Además, en vista de la fe en la efectividad de un contagio mental, me permití ser yo mismo (lo que significaba permitirme entrar en estados de absorción) en presencia de las personas en quienes más confiaba. Así, en cierto sentido, me convertí no solo en un maestro, sino también en un hierofante.

PREPARÁNDOME PARA REGRESAR DE SANTIAGO

En cierto momento durante esta estancia en Santiago recibí una carta de la Union Graduate School (UGS), anunciando un coloquio de un mes de duración para aquellos interesados en obtener un título. Me llegó como un mensaje de otro mundo. Justo antes de irme a Arica, mi amigo Bob Dickman, graduado de la UGS, me había hablado de esta escuela después de saber que, a pesar de haber validado mi título médico en Estados Unidos años atrás, nunca había obtenido una licencia del estado de California para ejercer la profesión, porque requería una pasantía de dos años en un hospital de California y me había parecido incompatible con mis otros intereses.

Como Bob había cumplido con su requisito de pasantía en la UGS, que le había permitido hacerlo en un monasterio zen en Japón bajo la dirección de Yasutani Roshi, pensé que si me inscribía en el programa de doctorado de la UGS podrían concederme la aprobación de realizar mi propia pasantía en Arica. Hice las indagaciones necesarias y la respuesta fue afirmativa. De hecho, me dieron tanto crédito por los estudios anteriores que solo tendría que asistir a un coloquio en el que los estudiantes compartían sus proyectos e ideas, y luego escribir una tesis. Me inscribí pensando también que este estímulo académico sería muy bienvenido en vista de mi deseo de escribir algún día sobre Tótila Albert.

Sin embargo, cuando recibí el anuncio del coloquio me pareció que me había convertido en una persona bastante diferente, y la idea me impresionó como algo fuera de cuestión, ya que solo quería navegar con los vientos y las corrientes de cada día, obediente a lo que interpretaba como la voluntad de Dios en el momento siempre cambiante. ¿Qué tengo que hacer en Saratoga Springs? Ciertamente ya no estaba

interesado en acudir por el título. Pero después de algunos días mi percepción cambió. ¿No era esta carta una llamada de la Providencia? ¿Y no era razón suficiente para ir el hecho de que ya me había comprometido a hacerlo? Ahora se me ocurrió que debía considerar mi compromiso como mi karma, y no debería evitarlo. Confirmé mi asistencia al coloquio, que coincidió con el momento de mi regreso y no compitió con ninguna otra obligación.

En retrospectiva, estos días de plenitud extática en Santiago fueron algo como un segundo ascenso al monte Sinaí después del pico espiritual que había conocido en el desierto. Pero Óscar profetizó que todo lo que había experimentado allí con el tiempo se desvanecería, y luego tendría que recuperarlo por mi cuenta. Solo comenzó a volverse obvio uno o dos años después.

Después de las intensas y fructíferas semanas en Santiago, durante las cuales trabajaba todas las mañanas con el grupo en el jardín de mi madre, me reunía un tiempo más breve con un grupo de buscadores y terapeutas en la casa de Lola Hoffmann, e incluso acepté la invitación de Adriana Schnake a presentar una introducción a la terapia Gestalt en la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Chile.

Después regresé a Arica para recoger a Marilyn con el propósito de regresar con ella a los Estados Unidos. En este regreso hicimos un desvío considerable para visitar Machu Picchu y luego fuimos a Bolivia para ver los restos antiguos de Tiahuanaco, más en el espíritu de peregrinos que de turistas, por recomendación de Óscar y por la visión que me había descrito ante un monolito del Tiahuanaco.

En el tren al Cuzco Marilyn sufrió el mal de altura, pero luego se recuperó, y cuando conocimos las diferentes cámaras en la monumental fortaleza de Sacsayhuamán me pareció como si estuviésemos siendo parte de la devoción de aquellos que la construyeron y de aquellos que adoraban a los dioses, cuyas imágenes una vez estuvieron en los nichos ahora vacíos de las paredes interiores.

En Machu Picchu me sentí en empatía con los que vivieron allí antes de que los edificios se convirtieran en ruinas, y en cierto lugar incluso me puse en la posición de alguien que es sometido a un sacrificio humano.

Desde Perú nos dirigimos en autobús al altiplano boliviano, con paradas en muchos pueblecitos antes de llegar al lago Titicaca, y descansamos durante algunas horas en un pequeño hotel donde los niños nos encerraron después de que los regañé por molestarnos

con su insistencia en llevar nuestras maletas. Fue necesario que a través de la ventana le pidiésemos a un transeúnte llevar a la recepción un mensaje acerca de nuestra situación.

En el sitio de Tiahuanaco nada era más notable que los monolitos. Cada uno de ellos parecía ser la imagen abstracta de un humano divinizado con una serpiente de dos cabezas orientadas hacia el cielo y la tierra, y una representación de una divinidad de cuyos ojos caen lágrimas. Tenía tantas ganas de entrar en contacto con el espíritu de esa antigua civilización (destruida por el ascenso del Imperio Inca), que encontré muchos pequeños restos arqueológicos sin necesidad de excavación alguna, simplemente mirando con atención: huesos decorados con dibujos lineales y puntas de flecha. Los monolitos fueron para mí más que monolitos, pues Óscar me había dicho que estaban habitados. Simplemente me dijo que había alguien allí y, ya fuera una declaración de su experiencia personal o algo para influir sobre mí, funcionó, pues al acercarme a una de esas figuras monumentales, como quien se acerca a un ser vivo, lo imaginé como la encarnación de un espíritu extraterrestre y también como un centro de radiación, influencia o bendición, con el que implícitamente me identifiqué, sintiéndome como una especie de pilar en el mundo humano.

Regresamos desde La Paz a Lima para conectar con un vuelo a San Francisco.

UN APRENDIZAJE PROVIDENCIAL DURANTE EL RETORNO AL MUNDO ORDINARIO

Ya antes de salir de Arica había compartido con un pequeño grupo de amigos lo que había aprendido con tanto provecho, y cuando llegué a Berkeley tenía en mente escribirle al respecto a Donovan Bess y otros. Pero antes de extenderle esta oferta a mis amigos había aceptado dar una conferencia en el Departamento de Psicología de la UC, e incluso había determinado la fecha de mi llegada, de modo que se ajustara a la fecha asignada para este compromiso. El profesor Korchin (a quien solo conocía de nombre) me había escrito recientemente invitándome a hablar sobre la tradición cristiana esotérica con la que había estado en contacto. Aunque los contenidos explícitos que compartí en esta conferencia fuesen un collage de lo que había leído (acerca de los esenios, los libros de Shah y Burke), lo que implícitamente comuniqué fue la certeza de que una transmisión viviente me había transformado. Cuando terminé de hablar me vi rodeado de estudiantes que querían saber cómo podrían volver a oírme. Anoté sus nombres, anticipando que mi próximo grupo no se limitaría a mis amigos.

No había llegado el momento de poner en marcha esta iniciativa, ya que debía ante todo asistir al coloquio de la Union Graduate School en Saratoga Springs, en el estado de Nueva York, un lugar que nunca había visitado y del que ni siquiera había oído hablar. Allí me encontré en un ambiente muy cálido, en un edificio junto a un hermoso parque que pertenecía a la universidad. Después de mi tiempo de reclusión en el desierto, que había sido seguido por uno de participación exclusiva en un círculo íntimo en Santiago, me preparaba para compartir con un grupo de extraños como una oportunidad para explorar la posibilidad de llevar mi nuevo yo a un mundo más amplio.

Habían acudido a la reunión entre treinta y cuarenta personas, y desde el principio muchas se mostraron interesadas en escuchar lo que tenía que decir acerca de mis intereses y experiencias en curso, de modo que en nuestra primera reunión, donde se esperaba que todos escucháramos algunas palabras de cada uno de los presentes, hablé acerca de cómo había perdido a mi hijo, luego les conté sobre el retiro en el desierto de Arica y el encuentro de esta nueva vida. También les expliqué mi intención de abordar, en cumplimiento del requisito de la disertación exigida para el doctorado, algo que habría querido hacer de todos modos: un libro destinado a dar a conocer el dictado musical de mi amigo y mentor Tótila Albert.

Había personas interesantes en el grupo, como un estudiante negro que se hacía llamar «Hermano Azul» y otro que explicaba su tema de interés a través de la metáfora del elefante. Un tercero, llamado Bill Gamard, compartió el dormitorio conmigo y, creyendo que él dormía y que no me veía, me permití ceder a los movimientos espontáneos del latihan, que había experimentado por primera vez durante las sesiones dirigidas por una mujer llamada Trudi de nuestro grupo en Santiago y que había sido reactivado durante mi última temporada en Arica, llevándome más recientemente a la escritura automática. Tales movimientos se habían convertido en una inevitable expresión exterior de mis meditaciones. Como Bill posteriormente me explicó, le habían fascinado, porque sintió que le transmitían un carácter sagrado en el que yo mismo me sentía envuelto.

Tan profundamente conmovido estaba que decidió seguirme a Berkeley, donde se convirtió en uno de los miembros del grupo que dirigí durante los próximos tres años aproximadamente.

Aunque en general me sentí apreciado, algunos de mis compañeros reaccionaron con críticas hacia mí, y parecían estar influenciados por Bob Dickman, quien originalmente me había hablado sobre la UGS y a quien yo había invitado a Arica. Convertido en un ardiente y más bien fanático seguidor de Ichazo, me miraba con sospecha y transmitía sus sospechas a los demás, diciéndoles que Óscar me había proclamado un «ego santo» y que mis experiencias espirituales se habían llenado de grandiosidad. Era algo equivalente al rumor sobre la grandiosidad que Óscar había negado, y en mi optimismo imaginé que si Óscar lo decía, probablemente quería que yo lo recibiese como una vacuna.

Tener un enemigo a corta distancia era un poco como una continuación de Arica, donde por primera vez había experimentado una enemistad explícita (por parte de Bleibtreu), y me recordó que tenía que ser capaz de relacionarme con todos y no volver

atrás a mi tendencia habitual de hablarme principalmente a mí mismo o solo a aquellos cuya comprensión estaba garantizada. Así pues lo que podría haber sido un paréntesis académico poco relevante en mi vida, se convirtió en una preparación para mi futura enseñanza.

Tal vez el punto culminante de mi experiencia en Saratoga Springs fue conocer a Edith Sitwell, la poetisa inglesa que nos visitó durante algunos días. Llegué tarde a una reunión en la que los asistentes habían sido invitados a relacionarse espontáneamente entre sí, y nuestro encuentro se convirtió en una danza de manos improvisada de increíble belleza y perfección. Una vez más me pareció que estaba en sintonía con una misteriosa fuente de inspiración, pero la presencia de una persona tan finamente sintonizada le dio a la experiencia una nueva dimensión. Me alegré de que Roy sugiriera que ella podría supervisar lo que me proponía escribir y, al comprobar que estaba disponible, la elegí como mi directora de tesis. Aunque escribir acerca de la poesía de Tótila bajo la supervisión de una mujer tan talentosa fuera una idea que me entusiasmaba, el proyecto no me resultó compatible con la intensa actividad como guía espiritual del grupo que muy pronto se formaría en Berkeley. Tan absorto me vería pronto en las reuniones y consultas de mis más de noventa discípulos, que mi proyecto de una tesis doctoral me llegó a parecer tan inoportuno como un naufrago que escribe sus memorias en una balsa en alta mar. Entonces lo postergué una y otra vez, hasta que finalmente abandoné mi intención de obtener ese doctorado.

Durante uno de mis paseos por Saratoga Springs vi en la ventana de una farmacia un pergamino simulado con la declaración de un viejo sufí que decía que las únicas garantías de la calidad de su trabajo eran su integridad y su entrenamiento. Así como dicho pensamiento estaba siendo utilizado como propaganda para la farmacia en cuestión, se me ocurrió que también podría ser adecuado que lo incluyese como parte de la invitación que pronto estaría enviándoles por correo a mis amigos y conocidos locales que habían manifestado un deseo de unirse a mi futuro trabajo. Aun antes de que mi grupo se uniera, debí honrar otra invitación a enseñar: un curso breve de verano, bajo el auspicio conjunto de la Universidad de Stanford y el Instituto Esalen, que se ofrecería en Palo Alto por iniciativa de Bob Ornstein, quien en ese momento representaba a Idries Shah. Lo tomé como mi siguiente tarea, por lo que poco después de mi regreso a Berkeley comencé a viajar todos los días a Palo Alto, donde me reuní con un grupo que incluía a gente experimentada como el astrólogo Dane Rudyard, Jim Fadiman y su

compañero Bob Frager (cofundadores del Instituto de Psicología Transpersonal), y algunos líderes espirituales europeos como Corrado Pensa y otro italiano que era parte de un grupo esotérico cuya práctica principal era la recitación de salmos.

Fue la primera vez que presenté sistemáticamente la aplicación del eneagrama como un mapa del ego con sus pasiones y fijaciones, y también ofrecí sesiones de Gestalt, durante las cuales me sentí lo suficientemente inspirado como para incluir al menos un par de aquellas sesiones en mi primer libro de Gestalt. Viajaba durante las mañanas desde Berkeley en compañía de Reza Leah, y regresaba dejando al grupo a cargo de Frager y Fadiman.

Entre los asistentes estaban también Lisby Meyer, que vivía entonces con Bob Ornstein y que luego se dedicó al psicoanálisis, y Bob Ochs, un jesuita que había tenido muchas experiencias terapéuticas, quien esperaba mucho de mí y quedó suficientemente impresionado como para seguirme a Berkeley y a algunos talleres que ofrecía en Esalen durante la siguiente temporada. Por esto puedo decir que el Campus de Stanford resultó ser un tiempo de incubación y una ocasión de atraer a futuros seguidores. Conocí durante mis talleres en Esalen a otros como Marlys Mayfield y Hameed Ali, que también se unirían a ese grupo.

Esos días en Palo Alto me dieron una mayor agudeza diagnóstica para el reconocimiento de los eneatis y también la oportunidad de experimentar con el contacto con otros más abierto e inspirado de lo que había sentido apropiado en la vida cotidiana, llevando algo del yo íntimo de mi escritura al mundo de las relaciones con los demás.

Los talleres que ofrecí fueron algo así como mi despedida de Esalen antes del comienzo de mi trabajo más característico, que se había preparado allí a través de mis talleres de los sesenta. En retrospectiva me impresiona lo simbólico de la participación de Joe Wyson y Dick Price. El primero posteriormente fue el editor del *Gestalt Journal*, que se volvió el órgano de expresión de la Gestalt neoyorquina, del que me volví un crítico, y el segundo poco después se convirtió en el gestaltista principal de Esalen.

4

COMIENZA EL GRUPO DE BERKELEY EN EL JARDÍN DE MARILYN

Ya durante los días en que me reunía con mis amigos en el jardín de mi madre pensaba en ofrecerles algo semejante a mis amigos de Berkeley, solo que lo que entonces imaginé como un pequeño grupo de amigos se convertiría en un grupo considerablemente mayor e incluiría a muchos que aún no conocía.

Después de la experiencia de Santiago confiaba en que continuaría sintiéndome guiado en el proceso de guiar a los demás y, cuando me sentí listo para anunciar mi proyecto en forma de una carta que le enviaría a los amigos y conocidos recientes, me pareció que sería mejor no ofrecer un programa preciso, sino permitirme la libertad de improvisar, tal como lo había estado haciendo en Chile. Supe desde el mismo comienzo que trabajaría en todos los frentes, tal como Gurdjieff había pretendido hacer con su planteamiento de un Cuarto Camino. Por esto en mi carta cité la anécdota de Nasrudín, quien tras preguntarle a alguien «¿tienes cuero?», luego «¿también tienes clavos?» y finalmente «¿tienes hilo?», le dice a su interlocutor: «Entonces ¿por qué no te haces un par de zapatos?» Más concretamente, sabía que uno de los ingredientes del trabajo que propondría seguiría siendo la meditación, y otro un trabajo terapéutico semejante al de mis días en Esalen; pero ahora le daría más atención al cuerpo, y también más espacio al mundo de las ideas, entretejiéndolo todo, pero dándole especial énfasis al desarrollo de la atención.

Si fui vago respecto del contenido de lo que enseñaría, fui preciso sobre otras cosas, comenzando por el tiempo: propuse un compromiso de tres meses de duración y sesiones semanales los jueves por la noche, y posiblemente algunos fines de semana. En segundo

lugar, expliqué que algunas de las cosas que tenía la intención de presentar constituían enseñanzas secretas, por lo que deberían considerarse únicamente para el uso personal de los participantes, que estos se comprometían a no transmitir. En tercer lugar, la participación en el programa sería precedida por la firma de un contrato según el cual los interesados reconocerían su comprensión y acuerdo con respecto a la no divulgación de lo que estarían aprendiendo, así como una tarifa moderada. Finalmente, se anticipaba que después del fin de esta temporada consideraríamos la renovación posible de nuestro contrato. Terminaba mi carta una declaración semejante a la del maestro sufí que había visto y copiado durante uno de mis paseos donde reiteraba que la única garantía de la calidad de mi trabajo sería mi talento y formación.

La razón principal de mi solicitud de secreto parcial reflejaba mi propio compromiso de no divulgar el material de Óscar, pero también algunas dudas respecto a permitir que mi próxima producción creativa entrase en el mercado terapéutico, y pronto pensé además en usar el silencio como una técnica, por lo que ya en el segundo o tercer trimestre no solo requerí reserva respecto a cierta información sino que a la existencia misma de nuestro grupo. No quería que las emociones y experiencias de las personas se contagiasen de modo narciso, y quise también ahorrarles a los participantes la discusión reiterada de sus experiencias o ideas con personas ajenas a nuestro trabajo.

Más tarde descubriría que estas cláusulas en el contrato diferenciaron a aquellos que me fueron leales y aquellos que optaron por las ventajas de vender lo que habían aprendido en el mercado espiritual.

La fecha de nuestra primera reunión fue establecida para Rosh Hashaná de 1971, como eco de mi reciente conocimiento de esta festividad de año nuevo en la tradición judía. Habiendo sido criado en la ignorancia de mi identidad judía, y de la cultura y las costumbres judías (a excepción del pescado relleno que se servía en casa de mi abuela materna y que nunca me gustó), durante mis últimos años en Berkeley había desarrollado una fuerte atracción hacia algunos judíos que conocí en el entorno del campus, y especialmente por la música y las canciones folclóricas judías. Óscar había implantado en mí un interés especial por el ritual judío (que aún no había tenido oportunidad de presenciar), por lo que cuando Reiza Leah me invitó a que la acompañase a la sinagoga local para la celebración del Año Nuevo Rosh Hashaná acepté con mucho gusto. Supongo que pasé la mañana de Rosh Hashaná en la sinagoga de nuestro barrio, donde supe del lugar prominente de los Cohen en el ritual. (Al menos el día de Año Nuevo, los

Levis les lavan los pies al comienzo del servicio, como preparación a que bendigan a la comunidad.)

Debe haber sido la tarde del día que el grupo había sido convocado y, dado que Rosh Hashaná no es solo un tiempo de purificación y nueva visión, sino un tiempo de reafirmación de la realeza de Dios (a través de un ritual en el cual el Bendito es imaginado como un rey cuya corona está tejida por las oraciones de la congregación), no podría haber sido una preparación más apropiada antes de dar comienzo a lo que sería la temporada de mayor florecimiento de mi vida. La sensación de un nuevo comienzo y de una nueva dedicación (que constituyen la esencia de este ritual) deben haber persistido en mí cuando conduje la primera de nuestras reuniones.

Ahora no recuerdo lo que dije al principio de nuestra reunión, sino apenas el panorama desde el porche trasero de Marilyn hacia la gran multitud que llenaba su jardín, pero supongo que parte de ello fue acerca del maestro invitado ese día: Gurú Janardan, que estaba de visita desde la India y con quien me había encontrado al salir de una reunión con el obispo Kilmer Meyers y el archidiácono John Weaver en Grace Cathedral.

Me había sentido tan atraído por los gestos y la voz del gurú Janardan al pasar frente a la sala en la que estaba dando una conferencia, que poco después le había solicitado y recibido la iniciación que ofrecía en el «ajapa», una enseñanza que había heredado de un maestro del Himalaya y que había madurado en él tras la muerte de su padre. Me parece que debo haber resonado con su circunstancia de llegar a una experiencia iluminativa a través de la coincidencia de una enseñanza y una pérdida personal, pero no recuerdo haber pensado en ello en ese momento. Recibí de él las instrucciones para la práctica de recitar cierto mantra durante cada inhalación y expiración a lo largo del día, y me pareció una excelente manera de combinar la práctica de la continuidad de la atención con la santificación de la vida ordinaria. Entonces me sentí inspirado a incorporarlo a la práctica cotidiana de aquellos que estaban por reunirse bajo mi guía. Además la presencia e inspiración del gurú Janardan les traería la bendición de alguien que me impresionaba como un santo incuestionable. Procedí en ello como un amigo que comparte algo bueno con aquellos que tiene bajo su cuidado. A pesar de mi tendencia a la soledad, siempre ha sido parte de mi personalidad querer compartir las cosas que me parecen muy especiales. Lo noté por primera vez alrededor de los ocho años un día que estaba visitando a mis compañeros de colegio, los hijos de Violeta Martínez, en el jardín

de su madre en Recreo, que es un poblado frente a la playa del mismo nombre entre Viña del Mar y Valparaíso. Había en su jardín una palmera que producía racimos de pequeños dátiles, que rompíamos para comer su parte blanda y blanca al interior, que sabía deliciosa, y le di de probar a uno de ellos el contenido medio masticado de mi boca, cuyo sabor parecía haber mejorado.

Diría que cuando comencé a ser un guía para los demás en su viaje interior, mi actividad se inspiró en parte en ese mismo espíritu de compartir lo que había funcionado bien para mí, deseando que otros apreciaran también lo que les estaba ofreciendo.

Después de que la mayoría de esa multitud se fue, al caer la noche me reuní con los que se habían quedado para tener un mayor contacto o decirme algo y, cuando el grupo se volvió aún más pequeño, me sentí inspirado a pedirles que formaran un círculo a mi alrededor mientras me encontraba con cada uno de ellos sin mediar palabra alguna, solo a través de la mirada y con el trasfondo musical del movimiento lento del concierto de Bach para dos violines.

LA MANSIÓN DE HEARST

Sostuvimos una sola reunión en el patio trasero de la casa de Marilyn en 1413 Allston Way, pues Bill Soskin, quien había estado presente y era profesor de psicología en el campus de la Universidad de California, me ofreció el uso de la Hearst Mansion (construida por Randolph Hearst, más recordado hoy como el constructor de un castillo al sur de Big Sur y como el protagonista del film *Citizen Kane* de Orson Wells), que era un gran edificio con una gran sala de reuniones justo en la acera opuesta del campus y había sido puesto a su disposición para lo que llamaba su «proyecto comunidad» (un intento de ofrecerle experiencias espirituales no farmacológicas a los jóvenes consumidores de psicodélicos como una alternativa a las drogas). Fue una feliz circunstancia, porque el grupo de aquellos que regresaron después de nuestra sesión de apertura fue mucho mayor que el que pudiera haber cabido en una sala de estar doméstica. Tal vez un factor en el éxito de lo que habría de hacer durante los siguientes tres años fue que me fui permitiendo hundirme más en mí mismo en presencia de otros. No tenía ya prisa por llenar el espacio con palabras y a veces me parecía que cada pensamiento surgía de una mente vacía subyacente.

Un año después, cuando John Weaver, entonces archidiácono de Grace Cathedral, me invitó a participar en una reunión del Futures Planning Council (Consejo de Planificación del Futuro) de la diócesis de California (donde me uniría a Alan Watts y Bill Soskin en el escenario), uno de los presentes comentó que antes de que yo hablase nadie podía saber qué saldría de mí, y fantaseaba que así como un mago saca conejos de un sombrero podría en cualquier momento salir de mi boca una máquina de escribir o un

pato. Me llamó la atención esta descripción, porque se ajustaba muy bien a mi experiencia de mí mismo este no saber lo que podría decir de un momento a otro.

Mi intención, cuando me propuse esta improvisación, fue la de trabajar en el marco de lo que Gurdjieff había llamado el Cuarto Camino: trabajar en todos los ámbitos, de modo que el ramillete de prácticas que expondría abarcaría no solo una faceta espiritual y una dimensión terapéutico-emocional, sino también un aspecto físico y un panorama mental. Por otro lado, tenía la intención de integrar lo que había aprendido de Gurdjieff, de Shah y de Ichazo con la meditación budista, con el latihan, y también con las nociones y técnicas de la psicoterapia.

Posteriormente llegué a comprender que había intentado una síntesis cuádruple y no simplemente triple, al decir que estaba integrando la corriente profética del cristianismo esotérico con el budismo y la psicoterapia: para entonces me había dado cuenta de que al hablar de psicoterapia nos referimos a dos cosas bastante diferentes y complementarias: el autoconocimiento, que los griegos asociaron a Apolo, y la espontaneidad, que en la antigüedad caracterizó la vía dionisiaca.

Pero tal vez más importante que el contenido explícito de lo que enseñé fue algo que no había previsto hacer y que descubrí como una especialidad mía: llevar a la gente a una conciencia de lo problemático del estado de sus mentes; pues fue sobre todo a través de mi éxito en llevarlos a una conciencia de su enfermedad que fui estimulando en ellos una sed de transformación, una motivación de despertar y volverse libres.

Podría decir que prediqué con mucho éxito una guerra santa contra las pasiones, que podría parecer similar al encarnizamiento contra el pecado predicada por los puritanos, solo que no fundada en un autoritarismo ni presidida por la bandera de un Dios iracundo y castigador, sino que presentada en el contexto de una perspectiva humanista, como la necesidad de liberarnos de algo semejante a un conjunto de parásitos mentales para nuestro propio bien. Así como los diez mandamientos implican un mandato de hacer la voluntad de un Dios autoritario y punitivo, los preceptos del yoga se presentan tradicional y simplemente como pasos preliminares a la meditación (si realmente queremos llegar a controlar nuestras mentes) incluso la sintonía u obediencia a una voluntad divina era, en el contexto de lo que yo enseñaba, algo que debía recomendarse como necesario para nuestra felicidad y plenitud.

Además, la comprensión de los pecados o las patologías que presentaba como parte de mi programa estaba más fundada en mi propia experiencia que en los mandamientos

autoritarios del pasado, que a menudo han resultado un incentivo a la represión más que a la ampliación de la conciencia. Esta comprensión había implicado mi perspectiva psicoterapéutica previa sobre el sufrimiento, que a su vez comprendía las influencias combinadas de Freud, Fromm, Horney y Perls.

Comencé cada una de las sesiones estando sentados y quietos de innumerables maneras, poniendo de relieve diferentes aspectos de la conciencia del cuerpo, de la respiración y de la actitud. La meditación que enseñé fue un híbrido de mi experiencia con el zazen y mi lectura de textos taoístas. Pero poco a poco a las prácticas budistas básicas de aquietar la mente y la concentración en el flujo continuo de la experiencia agregué otras dos dimensiones: el uso del color y de la música, que había aprendido de Óscar, y la práctica de la entrega, que había conocido a través de mi contacto con Subud.

No es exactamente cierto que yo enseñara el eneagrama, como suele decirse, a pesar de que las notas que tomaron mis oyentes constituyeron las primeras descripciones de los tipos de eneagrama (la primera formulación escrita fue presentada por Judy Dalton, con mi permiso, como disertación en alguna escuela de posgrado en SF). Habría sido más exacto decir que las reuniones grupales fueron una ocasión de un continuo encuentro, y la mayor parte de lo que dije acerca de los tipos de personalidad fue parte de mis observaciones y comentarios acerca de los rasgos que se hacían en las intervenciones de los presentes.

Los primeros ejercicios psicológicos que asigné fueron de dos, tres o seis personas, y a través de ellos le di forma a una exploración personal de la personalidad que se combinaba con el desarrollo de la intimidad entre los participantes. Con el tiempo, designaría a ciertas personas como especialmente necesitadas de asistencia de pequeños equipos especiales, por su necesidad de apoyo o de estimulación adicional. Además, después de algún tiempo de actividad grupal, algunos se fueron uniendo para compartir vivienda y así poder crear un ambiente de trabajo y ayudarse unos a otros a través de los ejercicios específicos que habían aprendido a apreciar.

Creo que ya al comienzo de la segunda temporada, cuando se renovó el contrato por un segundo período de tres meses, me propuse como capataz, lo que significaba que esperaba cierta disposición de la gente a las prescripciones que pudiera proponer a modo de trabajo práctico en la personalidad. Con el tiempo se desarrolló una gran apertura entre las personas, y lo que había sido una mera agrupación de individuos se fue convirtiendo en una verdadera comunidad y en un ambiente de sanación que propiciaba

la estimulación y el apoyo al trabajo interno. Esto surgió no solo del sentido de un esfuerzo común y del desarrollo de la intimidad, sino de un talento mío que nunca había observado anteriormente y que bien podría describir como uno de propaganda espiritual. Tal vez porque necesitaba recordarme a mí mismo para poner en práctica lo que había entendido, me volví muy elocuente al hablarle a la gente sobre la importancia de una actitud espiritual hacia la vida y sobre la disposición a aprovechar cada aspecto de la vida como oportunidad de crecimiento. Además supe hacerle buena propaganda a cada uno de los ejercicios psicológicos específicos y formas de meditación que iba proponiendo, de modo que junto a la descripción de tales ejercicios proporcionaba explicaciones sobre su propósito o modo de operación, lo que motivaba a la gente a tomarlos en serio. Así podría decir que inspiré cierta esperanza a través de mi historia personal y una fe en el enfoque que con el paso del tiempo fui presentando.

El fruto del trabajo que hicimos juntos durante unos tres años fue muy abundante, como se confirmó con entusiasmo en una reunión que tuve con aquellos que todavía estaban en el área de la Bahía, veinte años después. Sus vidas habían sido afectadas profundamente, por lo que algunos que no se habían reconocido como buscadores se encontraron en un camino sin retorno, y otros se convirtieron en líderes carismáticos y desarrollaron su propia forma de trabajar (aunque no mencionaran el SAT, como lo estipulaba nuestro contrato).

Alguna vez imaginé que en mi trabajo recorrería la gama completa de las etapas propuestas por Óscar, presentando un programa de trabajo que iría desde el análisis del ego hasta el desarrollo de las virtudes y luego la introducción de los psicocatalizadores, el trabajo en los chakras y lataif, pero ya que había abandonado la noción de un programa, gran parte de lo que había aprendido nunca llegó a ser incluido en mi trabajo durante los años californianos: las virtudes y los subtipos. Pues durante el tiempo que duró mi grupo de Berkeley sentí que había tanto que hacer con el trabajo sobre las fijaciones y las pasiones, y era tanto lo que las personas estaban obteniendo a través de una combinación de autoanálisis, reparación de relaciones, aspiración espiritual, meditación y entrega, que no parecía necesario o incluso apropiado introducir otros temas. Igualmente, no me pareció apropiado dejar que el protoanálisis fuese un mero preliminar como lo había hecho Óscar. Sabía que estaba desarrollando algo nuevo mientras explicaba algo que solo había conocido implícitamente, y esto también contribuyó a mi respuesta a aquellos que después de dos años comenzaron a

preguntarme cuándo llegaría a su fin el trabajo sobre el ego. Me extrañó la pregunta, pues me parecía que la purificación del ego era algo suficientemente espiritual y ¿acaso no estábamos también meditando, reflexionando sobre asuntos espirituales, estudiando los textos de Idries Shah, cultivando la devoción y la apertura a una voluntad superior? Personalmente no me sentía con prisa por satisfacer a personas sedientas de información esotérica sobre la esencia. Pero el momento llegó indirectamente cuando comencé a alejarme del proceso que había puesto en movimiento e invité a dos expertos en el dominio de las energías sutiles: el maestro Ch'u Fang Chu, discípulo del último patriarca taoísta que había llegado de Taiwán, y Sri Harish Johari, un maestro versado en la tradición tántrica de la India y en su medicina, cultura y arte.

Al comienzo de nuestra segunda temporada, mi descripción de lo que se ofrecería incluía la incorporación de Reizah Leah como alguien a quien las personas podrían ver individualmente al menos una vez en el transcurso de nuestra temporada, y estas visitas se convirtieron en una parte muy enriquecedora del proceso, tanto para ellos como para Reizah Leah, cuya vida se fue llenando de una actividad muy significativa.

Luego llegó un momento en que, estimulado por una carta de Idries Shah, me propuse utilizar el material de sus libros, que ahora podía entender mucho mejor que antes. Y, aunque nunca llegué a presentar explícitamente el trabajo sobre las virtudes que había aprendido de Óscar, la lucha individual contra la personalidad condicionada se había convertido en una segunda naturaleza para quienes me rodeaban, por lo que fue surgiendo un esfuerzo colectivo por relacionarse entre sí de tal manera que cualquier intención manipuladora, de engaño o nocividad (al igual que en las comunidades Theravada) fue inhibida. Y esto llegó a incluirse como un aspecto en el contrato de tres meses de duración, que podía aceptarse como una tarea en la medida en que se estableciera que no constituiría un compromiso permanente.

Poco a poco fue surgiendo en mi mente la idea de transformar el grupo en una máquina de moler egos y en un sistema de autocuración, pues me pareció que la mentalidad grupal en sí misma era un factor de curación cuando no ocurría lo inverso (un grupo puede convertirse en una masa que invita a cada uno a volverse menos consciente, menos inteligente y menos responsable a través de la conformidad). Me parece que uno de mis talentos fue crear un espíritu comunitario. No solo había intimidad sino que la gente llegó a compartir en gran medida sus aspiraciones, sus

puntos de vista, sus motivaciones y sus aperturas, lo cual dio frutos en la riqueza de sus vidas y en el progreso de su comprensión.

En aquellos días me detuve en una tienda que anunciaba productos indígenas y ecológicos, y recogí un libro titulado *Indian Prophecies*. Allí encontré un artículo sobre un tiempo futuro en el que pasaría a primer plano una antigua enseñanza caracterizada por dos símbolos: una figura de nueve lados y otra de doce. Pensé que esto podría referirse a los efectos de la escuela de la que yo me sentía parte, y me parece que fue un estímulo para que no me limitara al eneagrama y comenzara a presentar las doce mentaciones. Procedí entonces a reunirme con un segundo grupo, los días martes, en el que recibí principalmente a los amigos y familiares de aquellos del grupo uno. No continué reuniéndome con el grupo más allá de los tres meses pactados, ya que me sentía demasiado ocupado con el primero, con mi propia meditación y con el tiempo que he acostumbrado a tener para mí. Me parecía que mi nivel de energía estaba disminuyendo y que la enseñanza exigía más esfuerzo, y también me resultaba menos satisfactorio en la medida en que me sentía menos inspirado. Con el tiempo llegaría a comprender que estaba empezando a entrar en la bien conocida noche oscura del alma.

6

ENCUENTRO MI GURÚ RAÍZ ANTES DE RECONOCERLO

Conocí a Tarthang Tulku Rinpoche cuando, un año o dos antes de viajar a Arica, John Bleibtreu —por aquel entonces un residente de Esalen— lo trajo a la pequeña cabaña en la parte trasera de la casa de Marilyn. John la había puesto a disposición de Ram Dass, quien había elogiado mi colección de libros espirituales y había pensado que tal vez yo podría proporcionarle a Tarthang Tulku contactos útiles. Venía el lama, además, en compañía de un hippie llamado Joel a quien había conocido en la India y en cuya casa hospedaba desde su reciente llegada.

Pronto pude comprobar que Rinpoche apenas hablaba inglés, por lo que nuestra comunicación debió ser muy rudimentaria. Recuerdo haberle mostrado la traducción recientemente realizada por Herbert Guenther del *Ornamento Supremo de Liberación* de Gampopa, y Rinpoche comentó: «No soy un erudito, pero aprecio a los eruditos». Luego le presenté un raro libro tibetano que había encontrado en un anticuario, con reproducciones de cientos de imágenes de los templos tibetanos, pero no parecía particularmente interesado. Más tarde almorzamos la sopa de champiñones que Marilyn había preparado a petición mía, según una receta de mi madre. A Rinpoche le gustó y la elogió.

Mientras estábamos sentados en torno a la mesa, le pregunté sobre la prioridad en sus proyectos de impresión y traducción, y él respondió que era la de publicar libros tibetanos sobre meditación. También me interesaba el uso de movimientos especiales y me explicó un poco sobre las ceremonias de baile tibetano y las posiciones involucradas.

Volví a ver a Rinpoche después de mi regreso de Arica, poco después de un día en

que, caminando junto a Rosalyn lo largo de University Avenue, pasamos junto a un cartel anunciando un taller suyo. Pronto descubriría que podía confiar en la guía de Rinpoche mejor que en la de Ichazo, y deduje que él sería el próximo maestro en mi camino, pero no de inmediato, porque solo me di cuenta gradualmente en el curso de mi primer taller de fin de semana con él.

Cuando el grupo se hubo reunido tras una llegada gradual en el salón de lo que había sido una gran Fraterniy House en Hillside Avenue, Rinpoche, ahora con el pelo corto como un marinero y vistiendo una túnica naranja, no le dirigió su mirada a ninguno sino que parecía que su atención se dirigía hacia el infinito del cielo. Me pareció que tal vez estuviese aprovechando la espera como ocasión de bendecirnos a través de un contagio de algo como una mente oceánica.

Luego dijo algo acerca del tema de su taller, que había sido anunciado como «el sonido y el color como vías de acceso a la iluminación», y dijo que quería saber de cada uno de los presentes (que éramos muy pocos) quién era, qué era y qué quería. No solo nos escuchó, sino que interrogó críticamente a algunos, con cierto humor. Pronto comencé a sentir que estaba siendo demasiado indulgente, pues me pareció que un maestro debía confrontar los egos de sus alumnos, y que Rinpoche estaba siendo demasiado suave y pasivo. Incluso pensé que los maestros espirituales más experimentados de las viejas tradiciones carecen de algo que nosotros en la cultura terapéutica moderna podemos hacer y necesita hacerse, dudando que Rinpoche pudiera ayudarnos a entrar en nuestro dolor o relacionarnos auténticamente entre nosotros.

Pero me equivoqué, porque poco después Rinpoche nos pidió que nos agrupáramos en grupos de tres (como lo había hecho yo en mis grupos de Chile y recientemente en Stanford) y que compartiéramos nuestra experiencia de sufrimiento. ¿Habría leído acaso mi pensamiento, de modo que la formulación de este ejercicio había implicado una respuesta a mi duda?

Más de una vez me haría la pregunta sobre si las cosas que decía Rinpoche se correspondían intencional o accidentalmente con mis pensamientos. Me pregunté, por ejemplo, si había sido solo por accidente que había un piano de cola en la sala donde estábamos reunidos, ya que parecía no ser congruente con un Centro Budista Tibetano. ¿Podría acaso ser una señal para mí, un pianista, a propósito del significado de nuestro encuentro? ¿O era solo un pensamiento autorreferente? Ya que nunca supe que ese piano fuese tocado, volví a repetirme la pregunta algunos años después cuando fue

transportado al centro de un terreno vacío donde se inauguró el monasterio de Odiyan aproximadamente diez años más tarde, en Cazadero, algunas horas al Norte, y esta vez la respuesta fue clara, ya que después de que el doctor Herbert Guenther iniciara la ceremonia, Rinpoche me pidió que tocara.

Además, pequeñas coincidencias me daban la sensación de que todo estuviese preparado como en un rito perfecto por más que ello me pareciese altamente imposible. Cuando se nos invitó al mediodía a pasar al comedor, por ejemplo, avancé siguiendo el flujo natural con el que avanzábamos como un grupo hasta detenerme ante el primer asiento vacío que encontré, y luego observé que nuestros platos no eran iguales y que el mío era el único de color naranja, asociado naturalmente a mi nombre y también a las vestimentas de los monjes budistas. Estaba seguro de no haber vuelto la mirada hacia la mesa hasta después de detenerme cuando el azar parecía haberme mostrado mi lugar, pero el que mi plato fuese diferente, como el piano, me parecía curiosamente intencional, como podría serlo en un mundo mágico.

Durante muchos años me sentí fascinado por la cuestión de las sincronías que tienen lugar en torno a grandes maestros espirituales, pues parecía como si estuviesen disponiendo deliberadamente ciertas cosas improbables; pero al mismo tiempo me parecía más probable que tales coincidencias obedecieran a una especie de influencia involuntaria suya sobre la forma en que suceden las cosas a su alrededor. Con el paso de los años me fui inclinando más y más hacia la última visión, pese a no dudar de que ciertas personas pueden leer los pensamientos de los demás, entrar en la mente de otros y actuar sobre ellos.

Con frecuencia parecía enseñar no tanto a través de las cosas que decía, sino a través de la creación de un entorno donde los demás lo hacían. Así fue, por ejemplo, cuando más tarde (en el curso de su primer retiro de cuatro semanas de Desarrollo Humano), nos dio las instrucciones sobre el «tumo», y lo que explicó era incompleto, pero para aquellos que tuviesen oídos su instrucción se acompañó de un ramillete de explicaciones complementarias proporcionadas por otros, como el detalle importante de apretar el ano al forzar la inhalación, y ello me pareció sumamente apropiado para la presentación de una enseñanza supuestamente secreta.

Durante una de nuestras sesiones en este primer taller (que aparentemente fue el primero que ofreció en Berkeley), Rinpoche solicitó que le trajesen una colección de discos con música clásica, y procedió a un lento proceso de deliberación mientras se le

explicaba sucesivamente el contenido de cada uno de ellos. Eligió el concierto para piano de Grieg, que me había fascinado durante la adolescencia temprana y que luego había llegado a despreciar como excesivamente sentimental. Lo empleó como fondo para una meditación guiada sobre lo que llamó «la tierra verde»: un mundo de luz verde infinita donde uno solo podía penetrar haciéndose tan pequeño como para traspasar la boca cerrada de una rana. Pronto las lágrimas rodaban por mis mejillas en un éxtasis de amor, y entonces comprendí que mi prejuicio antisentimental había sido tan problemático como el sentimentalismo.

Más tarde Rinpoche nos invitó a entrar en el templo para cantar el mantra de Padmasambhava, que los tibetanos suelen llamar gurú Rinpoche: Om Ah Hum Vajra Gurú Padma Siddhi Hum.

En el centro de la pared trasera de la sala del templo, más espaciosa que aquella en la que nos habíamos reunido, había un altar ornamentado con muchas figuras doradas, que junto con las imágenes sagradas a lo largo de la pared posterior y el olor a incienso, constituían una poderosa invitación a lo sagrado. Dijo en pocas palabras que hay muchas maneras de cantar el mantra, pero esta vez simplemente lo cantaríamos, dejándolo funcionar según su propia magia. Y esto también constituiría para mí una experiencia sin precedentes y que nunca se repetiría: contrariamente a cualquier expectativa, sentí que Rinpoche, como miniaturizado, se movía dentro de mi cuerpo, operando en mi pecho como un fontanero que arregla una tubería o una válvula.

Cuando posteriormente todos le describimos nuestras experiencias, su comentario a la mía fue: «Tienes la bendición de Gurú Rinpoche». Y un poco más tarde comentó que las personas en Occidente estaban teniendo experiencias que a un tibetano le llevaba mucho tiempo alcanzar.

Durante la última tarde de este taller de dos días, Rinpoche nos ofreció a cada uno un encuentro individual privado, y cuando llegó mi turno y me senté frente a él en silencio, durante lo que me pareció un largo tiempo (sintiendo que era alguien que, como Óscar, podía influir silenciosamente en mi conciencia), le pregunté si debía convertirme en su discípulo. Su respuesta fue: «Te liberarás a ti mismo». Lo entendí entonces como una negativa, aunque más adelante lo llegaría a entender como una forma de protegerme de mi tendencia a una obediencia excesiva. Pese a no haberme sentido invitado a adoptar el papel de discípulo, experimentaría a Rinpoche como un guía espiritual en una medida

mucho más profunda de lo que había conocido anteriormente, no tanto porque confiase en que fuese un verdadero maestro, sino por confiar en su amor.

Siguieron varios talleres y tal vez fue en el siguiente cuando me dijo que integrase lo que aprendería de él con lo que había aprendido antes. Fue una indicación decisiva que validó mi vocación integradora. Y cuando lo vi en un tercer taller comentó que había avanzado mucho en la meditación. No era de extrañar, porque meditar de acuerdo a sus instrucciones me resultaba algo más sutil de lo que había aprendido en mi anterior conocimiento del zen. Las instrucciones las había recibido indirectamente en un taller al que asistía Abe Levtisky, mi amigo gestaltista, que, en respuesta a la pregunta de Rinpoche acerca de lo que le interesaba aprender, había dicho: «Estar aquí y ahora». «¿Y cómo practicas estar aquí y ahora?», le preguntó Rinpoche, y lo que Abe le respondió me había dejado sintiendo que solo reiteraba el credo de la Gestalt, sin implicar una experiencia profunda y personal, y ni siquiera reflejaba una fe en que pudiese tener algo que aprender. Entonces Rinpoche propuso la fórmula que yo mismo haría propia durante varios años: «Mirar sin un objeto». No nos dio una conferencia al respecto, sino que solo agregó, como un eco: «Sin objeto, sin sujeto».

En uno de sus primeros talleres, Rinpoche nos llevó a una habitación oscura donde nos hizo visualizar un ojo. Mientras escuchaba los informes que diferentes personas en nuestro pequeño grupo iban dando, nos indicaba que atendiésemos más a esto o aquello, instándonos a veces a través de breves preguntas como: «¿Pero cuál es la expresión?» o «¿Es todo blanco?». Nunca se repitió. Tampoco lo hizo cuando uno de los participantes le preguntó si tenía algunas reproducciones sobrantes o dañadas de imágenes tibetanas para donar a su comunidad espiritual. Rinpoche pidió que se le trajeran ciertas cajas e inspeccionó todos los cajones de la habitación, extrayendo de ellos y distribuyendo entre los presentes una variedad de imágenes. A mí me dio un simple dibujo en blanco sobre naranja de una de las emanaciones de Padmasambhava Dorje Drolo que lleva en una de sus manos un objeto simbólico que representa un rayo, y que durante muchos años estaría en el centro de mi altar.

Un día fui conducido a través de pasajes oscuros a una habitación completamente negra donde estaba sentado Rinpoche y donde la única luz provenía de unas brasas encendidas que regularmente alimentaba con incienso frente a su asiento. En un susurro me dio instrucciones de visualización y nuevas instrucciones sobre la meditación, señalando que con ellas podría atravesar todos los bardos.

En dos ocasiones Rinpoche aceptó visitar al grupo de mis seguidores en la Mansión Hearst, y en una de ellas la meditación que enseñó fue la de investigar el lugar de la mente: ¿estaba afuera?, ¿estaba adentro?, ¿no estaba en ninguna parte? No era la respuesta lo que importaba, explicó, sino su búsqueda.

Luego llegó un día en que me invitó a visitarlo y me sorprendió encontrarlo en compañía de John Bleibtreu, a quien no había visto desde los días de Arica. En otro, compartió conmigo su intención de crear un instituto donde recibiríamos la visita de maestros famosos como Lama Govinda y donde se ofrecerían costosos seminarios. Sentí que podía ser un director de programa muy creativo y me ofrecí como voluntario. Quiso saber qué ideas tenía al respecto y, después de escucharme, comentó con humor que aún podría tener demasiado ego.

Sin embargo, cuando se fundó el Nyingma Institute, me invitó a enseñar en él y así lo hice durante varios años, incluso después de haberme retirado de mi propio grupo. Y cuando un día le comenté a Rinpoche que ya había dejado de sentirme como si supiera algo, me comentó: «Ahora es el momento en que te conviene enseñar».

Durante mi tiempo en el Nyingma Institute me sentí afortunado y honrado de ser incluido en un fin de semana dedicado al desarrollo de la mente en compañía del doctor Herbert Guenther y de un lama tibetano que visitaba el país. Luego fui elegido entre unos pocos para asistir a una reunión en que se le podrían hacer preguntas sobre el Dharma a Dudjom Rinpoche —el jefe de la orden Nyingmapa en aquel tiempo—, y también tuve el privilegio de sentarme junto a Rinpoche durante una visita y bendición de Dilgo Khyentse Rinpoche.

Mi relación con Rinpoche ha continuado evolucionando hasta el día de hoy, pero creo que lo que he escrito es suficiente para dar una idea de lo importante que fue para mí encontrar a mi maestro siguiente después de Óscar, justo cuando la etapa carismática de mi camino estaba apagándose y comenzaba mi largo viaje hacia la noche.

Después de haber asistido a talleres ocasionales durante un año o dos (en este momento en compañía de varios participantes del SAT, como Reiza Leah, Kathy, Hameed, Ron Kane y otros), un día Rinpoche me habló de los bhumis como forma precisa de conocer el lugar en el camino y, como poco después recibí una invitación para unirme a una enseñanza de diez días que Chogyam Trungpa pronto presentaría el tema en Boulder, me inscribí. Fue muy memorable para mí y, aunque Trungpa Rinpoche desde el principio dejó en claro que si alguno de nosotros hubiera alcanzado el primer

escalón de la escalera Bodhisatvic no estaríamos aquí para escucharlo, me inclino a pensar que podría haber entrado en el radiante y feliz primer Bhumi ya en el desierto.

Sin embargo, lo más importante para mí en ese momento fue una reunión personal con Trungpa Rinpoche, en la que le dije que sentía que mi mente estaba perdiendo su elevación espiritual y me preguntaba si debería continuar enseñando. En respuesta me mostró que no era necesario que yo fuera iluminado para ser útil, y no solo me apoyó en seguir enseñando, sino que me advirtió contra la confesión compulsiva sobre mi sentido de la inadecuación e incluso de la fraudulencia que complicaron mi función docente cuando me di cuenta de una caída gradual de la gracia. Mi confianza en que él sabía lo que estaba diciendo aligeró mi camino considerablemente.

EL ALEJAMIENTO DE MARILYN

Aunque no había dudado en llevar a Marilyn conmigo a Arica y luego al altiplano, llegó el día en que sentí que ya era hora de que nos separásemos, pues le pertenecía más bien al mundo, y entonces le pedí el divorcio. Ella, que en el día de nuestra boda me había prometido no insistir en prolongar nuestro matrimonio más allá de mi deseo de vivir con ella, obtuvo un manual de divorcio californiano tipo «hágalo usted mismo» y los formularios correspondientes (fácil en aquellos días), y se encargó de los trámites. Continuamos viviendo juntos durante algunos años, hasta que ella misma sugirió que sería mejor que me mudase a una casa propia.

Para entonces varios participantes de mi grupo se habían venido a instalar en nuestra casa y, aunque esto le significase ciertas entradas por el arriendo de cuartos, debió haberle provocado algo de envidia, por lo que cuando me informó un día que había visto en Kensington Road una casa que podría interesarme, la fui a ver. Gracias a la entrada modesta que recibía de los participantes en mi grupo, tenía los medios para comprarla y cuando lo hice se completó nuestra separación.

Para entonces Kathy y yo nos habíamos convertido en amantes, y en compañía suya, además de Rosalyn y de Marshal Sweet (un miembro del grupo que se había convertido en nuestro contador), me mudé a la nueva casa en el bello barrio de Kensington, justo frente a los campos donde terminaba la ciudad. Marilyn y yo nos mantuvimos en contacto mientras el grupo continuaba reuniéndose e incluso después de ello, aunque una vez que ella vendió su casa en Allston Way ya no supe dónde encontrarla y nuestro contacto se interrumpió hasta muchos años después.

III. UN OSCURECIMIENTO DE LA CONCIENCIA Y UNA PEREGRINACIÓN SEDENTARIA

CAYENDO DEL ESTADO DE GRACIA

Aproximadamente dos años y medio después del comienzo del SAT en Rosh Hashaná 1971, el trabajo se expandía rápidamente, mientras que mis energías y mi motivación para llevarlo a cabo disminuían. Había creado un proceso socioespiritual que parecía seguir un patrón de crecimiento en espiral que, como un feto, había estado consumiendo mi sangre cada vez más anémica. Al menos así era como me sentía, como consecuencia de mi negativa a limitar su despliegue espontáneo.

Después de que se cerró el grupo original, que se reunía los jueves por la noche y los domingos por la mañana, se formó el grupo de los martes para acomodar a los amigos y conocidos de los que habían llegado anteriormente. Después surgió otro grupo en el condado de Orange, que visité ocasionalmente los fines de semana, y una serie de grupos adicionales que dirigí principalmente a través de la delegación y el diseño de procesos: en Nueva York, Chicago, Boston, Connecticut, Pittsburgh y Mendocino.

Más que el mero agotamiento de mis energías, estaba sufriendo una disminución de mi entusiasmo y una desorganización debida a un atasco de comunicaciones que competían por mi limitada capacidad de procesamiento. El tiempo me había dejado cada vez más claro que, mientras mi viaje avanzaba, ya no iba en ascenso sino que iba hacia abajo.

En el desierto había experimentado el comienzo de una nueva vida, que había sido como una primavera floreciente en medio del invierno. Luego el tiempo de enseñanza en Berkeley, con su abundancia de luz, crecimiento y florecimiento, me había parecido un verano espiritual. Pero ahora me parecía que llegaba el otoño. No solo necesitaba volverme hacia mí mismo para reponerme y atender a mi propio proceso, sino que, como

un árbol que pierde sus hojas en otoño, me sentía cada vez más lejos del papel de liderazgo espiritual que había abrazado.

Tal vez el factor más decisivo en esta disminución de mi excitación inicial fue haberme encontrado con un narcisismo hasta entonces irreconocible, que estaba complicando mi experiencia espiritual original. No dudaba de que mi actividad inspirada y guiada había contribuido mucho a la vida de muchos seguidores, pero no podía dejar de percibir mi apego a la gracia que fluía a través mío, pues, al sentirme intensamente satisfecho de ser un canal, mi satisfacción era en el fondo un alivio de sentir que por primera vez tenía suficiente en mi corazón y en mis manos para estar en la posición de dar.

Por primera vez en mi vida sentí que me había convertido en un ser excepcional, libre de dudas, de culpa y de los sentimientos de insuficiencia que me habían llenado durante mi infancia y mi juventud. Pero ¿no era la satisfacción de poder cumplir con las exorbitantes demandas que se habían convertido en parte de mi superego desde la infancia, cuando había intentado estimular el interés de mi madre por mí convirtiéndome en alguien?

Ahora me decía que, aunque fuese cierto que había recibido y distribuido joyas, mi ego había estado utilizando mi estado de incandescencia espiritual para sus propios fines. Y ahora que podía percibir la contaminación narcisista de mi entusiasmo, mi motivación para enseñar disminuyó. Después de tal pérdida de motivación, solo una generosidad verdadera podría alimentar la intensa actividad que había venido desplegando, y me encontré con que mi amor al prójimo era muy limitado.

Originalmente introvertido, me había vuelto inusualmente extrovertido, pero ahora una vez más sentía algo de la pesadez y la depresión de un tiempo anterior, y al pasar de la seguridad en mí mismo a la duda, de la asertividad a la culpa, el rol docente que había adoptado se me volvió incómodo.

Cuando comencé a enseñar me sentí cerca de la presencia de lo sagrado, e incluso a veces en un estado de absorción en lo divino. Posteriormente me sentí menos inspirado, espiritualmente menos vivo, y traté de compensarlo siendo más enérgico y apoyándome en la autoridad de un maestro. Esto fue percibido por algunos de los participantes de mi grupo, quienes comentaron con humor que me había convertido en un dios furioso. Sería bastante exacto decir que, según el itinerario que se describe en *El libro tibetano de los muertos*, estaba haciendo una transición desde el reino de los dioses al de los semidioses

o titanes. Y fue por esta severidad recién descubierta que durante este período fui muy eficaz en predicar una cruzada contra el enemigo interior.

Solo que más tarde, cuando mi orientación psicológica volvió a cambiar, y de divinidad iracunda extrapunitiva pasé a un estado aún menos elevado e intrapunitivo, ya no me sentí cómodo con un comportamiento excéntrico como el que a veces me permití mientras me sentía un hierofante divinamente inspirado.

En su estudio clásico acerca del misticismo cristiano, donde ilustra «la noche oscura del alma» en las vidas de los santos, Evelyn Underhill atribuye el cese de la etapa iluminativa del desarrollo espiritual al agotamiento, pero me parece que esta explicación se queda corta. Tal vez los místicos del pasado no percibieron el aspecto psicodinámico de tal cansancio. En mi caso, el agotamiento fue parte de mi experiencia, pero también lo fue el resultado de un consumo de energía y la decepción de entender que lo que había considerado amor por mis semejantes había sido la emoción de sentirme alguien que tenía algo importante que ofrecer, es decir el alivio de un viejo sufrimiento crónico inconsciente: el hecho haber albergado desde muy temprana edad la aspiración a ser alguien muy importante.

Es comprensible que un niño pequeño que no ha experimentado el amor materno busque ser alguien que pueda inspirarlo, y también es comprensible que con una madre tan interesada en las grandes personas yo también hubiera tratado de volverme grande a través de la ciencia, la música, la psiquiatría y el liderazgo espiritual. Pero esto no se había vuelto tan claro para mí hasta ahora. Cuando comprendí que había estado tratando desesperadamente de ser alguien, para compensar una larga experiencia de impotencia y relativa incapacidad, fue como quedarme sin el combustible que había animado hasta ahora mi interés en guiar a otros hacia el perfeccionamiento de sus mentes.

Casi de repente, en el transcurso de un taller de fin de semana en la Pascua del 72, sentí como si hubiera caído, perdiendo la condición de ser una persona autorrealizada. Me vi despojado de mi autoimagen semidivina y me sentí como si estuviese desnudo. Como «humano» no podía tener la autoridad que me había permitido enseñar con una confianza en mí mismo que había estado respaldando implícitamente mi actividad. Sin la pretensión implícita de una superioridad espiritual, me sentí como si estuviera caminando sobre una cuerda floja y, después de haber perdido la seguridad que había constituido gran parte de mi fuerza, era necesario que trabajase duramente para seguir siendo creíble, especialmente cuando frustraba a los demás resistiendo sus

manipulaciones (que, en retrospectiva, venía observando que era una importante contribución a su crecimiento).

En resumen, al decir que estaba cansado, solo comunicaba el efecto superficial de un intento de llevar adelante el extraordinario proceso de evolución psicosocial que había iniciado sin apoyarme en mi yo exaltado, sino simplemente en mi yo común, para el cual la tarea era demasiado grande. Sin embargo, debo observar que la caída desde una condición exaltada de fe en mí mismo a una de inseguridad y vergüenza, pese a constituir una caída de la gracia, fue la expresión de una mayor conciencia o al menos una recuperación desde un autoengaño. Y hubo un estímulo específico para que esta mayor conciencia me despojase de mi transitoria autodivinización: una conversación con un nuevo amigo.

BOB HOFFMAN

En la víspera de Rosh Hashaná de 1971, en el jardín trasero de la casa de Marilyn, se celebró la primera reunión de lo que se convertiría en ese grupo de amigos, discípulos y devotos, el centro de mi vida durante los inicios de esa década. Allí intercambié algunas palabras con mi amigo Donovan Bess, con quien había compartido experiencias significativas en el círculo de Leo Zeff. Él quería saber si el proceso por el que estaría llevando al grupo sería compatible con Bob Hoffman, que había sido, según me explicó, un clarividente que estaba haciendo algo novedoso: un proceso terapéutico que implicaba una comprensión muy clara de las relaciones entre padres e hijos.

Ciertamente no estaba buscando un terapeuta en este momento de mi vida, pero me conmovió la medida en que Donovan, una persona experimentada, estaba impresionado con el impacto de sus pocas sesiones, y pronto tuve la oportunidad de coincidir con su aprecio por la extraordinaria precisión de Bob como clarividente. Pero lo que más me interesó al comienzo fue que el método de Bob Hoffman podría resumirse en las tres palabras padre-madre-hijo; pues a través de mi amistad con Tótila la tríada psicológica y también metafísica de padre-madre-hijo se había vuelto un leitmotiv en mi propia vida intelectual.

Algún tiempo después conocí a Bob Hoffman por invitación de Leo Zeff, que estaba patrocinando una conferencia suya. Llegué al lugar en compañía de Reza Leah, y recuerdo que mientras conducía el automóvil hablé con ella sobre el número diecisiete, que le había interesado especialmente a Tótila durante sus últimos días, y sobre el que había estado pensando yo mismo antes de salir de la casa.

Después de que Leo lo hubo presentado, Bob explicó cómo se había vuelto un

médium, y afirmó que la comunicación con los muertos no era diferente de la comunicación directa con la mente de los vivos. Nos contó cómo había entrado en contacto con el espíritu del psiquiatra ya fallecido de su esposa, el doctor Siegfried Fischer, que necesitaba de un comunicador en este mundo, y cómo había experimentado un proceso interior transformativo bajo su dirección. Por último, explicó que bajo la dirección del doctor Fischer había comenzado a ayudar a otros.

No menos interesante para mí que las diferentes cosas que dijo, varias veces de una manera aparentemente caprichosa y accidental, fue que mencionara el número diecisiete. ¿Se trataba de la magia de la sincronía o acaso de una señal intencional destinada a transmitirme que podía leer mi mente? Fuese lo que fuese, lo tomé como una indicación de que debía volver a verlo, así que me matriculé en las ocho sesiones que comprenderían el curso de terapia psíquica que este encuentro tenía por objeto ofrecer.

Durante nuestra primera sesión Bob me dijo que tenía dos guías espirituales que procedió a describirme: uno casi un niño, el otro un anciano, y desde entonces he imaginado que detrás de tales imágenes estaban las presencias de Matías y Tótila. A continuación Bob quiso ver mi santuario interior y descubrió que era un lugar helado y remoto en lo alto de una montaña cubierta de nieve. Tomé esta descripción de frialdad y aislamiento como una expresión de mi identificación implícita de Milarepa, pero Bob lo comprendió como una indicación de lo incompleto de mi viaje interior.

Después procedió a contarme la historia de mi madre, comenzando con una descripción de sus padres (quienes, como señaló Bob correctamente, no eran chilenos, sino que habían viajado desde Europa). Me describió cómo mi abuela materna, sintiéndose en una posición débil como inmigrante judía (de Lituania, donde los judíos habían sufrido severas persecuciones), por su inseguridad había deseado que sus hijos fuesen cultos y reconocidos. Nunca antes había considerado que la sed de mi madre por la compañía de gente importante y su propia búsqueda de cultura se hubiese originado en la experiencia de su propia madre, cuya situación se había complicado aún más por su necesidad de depender económicamente de su hermano mayor. Esta información era correcta y se ajustaba a la observación de mi madre de que este hermano suyo, que administraba su dinero, era muy tacaño y la obligaba a esperar mucho y sufrir de la correspondiente angustia de mes en mes antes de proporcionarle sus mensualidades.

Bob también vio que el padre de mi madre no se había relacionado con mi madre de una manera en la que ella se sintiese amada, y había desaparecido prematuramente de su

vida, y además había algún secreto familiar vergonzoso en torno a él. Esto también se ajustaba a la información que yo conocía, pues le había escuchado a mi madre decir que su padre había sido recluido en un hospital psiquiátrico por sífilis cerebral.

A continuación Bob me estimuló hábilmente a que rememorara las experiencias más dolorosas con mi madre, a que sintiese una vez más el dolor del pasado y luego expresase la ira correspondiente. Esto era parte del método que le atribuía al doctor Fischer, y me recordó a muchas sesiones Gestalt dedicadas a la catarsis de la ira de la infancia, solo que, como llegaría a apreciar, en el contexto del método de Fischer esta catarsis era preliminar al perdón.

Sin embargo, en la siguiente sesión, antes de que llegara el momento de perdonar a la madre, Bob me describió la vida de mi padre, con quien me había relacionado de manera muy diferente que con mi madre. El hecho de haber sentido rabia por mi madre a lo largo de mi vida hacía que solo me pareciese amar a mi padre. Ni siquiera el reconocimiento de las deficiencias de mi padre que Bob me ayudó a conseguir se tradujo en que llegara a sentirme verdaderamente enojado con él. Pero con la ayuda de Bob al menos llegué a percibir la neurosis de mi padre más allá de mi interpretación idealizada de él, que apenas había cuestionado. Cuando me pidió que anotara los rasgos negativos de mi padre anoté las palabras: sonriente, encantador, atento a las convenciones, deferente hacia la autoridad, amante de la comodidad y los placeres, sin ideales, irritable, apreciativo de la madre, tramposo, protector y generoso.

Inmediatamente después de mis sesiones con Bob, escribí un resumen de lo que había entendido acerca de cómo mi relación con mis padres había conformado mi personalidad:

Crecí como el niño perfecto de mi madre y ambos pretendimos que nos queríamos mucho. No la molesté con protestas ni llantos. Aprendí a no molestar y a esperar sin reaccionar.

Al verla encantada con la gente importante, y al sentir que como niño no era importante para ella, pensé que tendría que adquirir importancia para que me quisiese. Nunca establecí una relación cálida con mi madre, pero aprendí a estar solo sin sentir soledad, e incluso sin sentir nada, convirtiéndome en algo como un zombi. La combinación de estos factores me llevaría más adelante a convertirme en un científico frío que simulaba amar a la humanidad, siempre con la esperanza de que su madre lo amara.

Mi madre obedecía a un sentido del deber, pero no era tierna; le gustaba ser anfitriona de artistas prominentes, y supongo que intenté ser algo como un ruiseñor enjaulado para su salón. Deseaba que yo fuese especial y se preocupaba por las calamidades que podrían sucederme al no estar bajo su control. Mi cuidado

estaba perfectamente regimentado bajo manos responsables, lo que me ponía en una situación sobreprotegida por una delegación de su autoridad mediante las instrucciones a sus criadas.

Al comienzo de mi vida mi madre me sintió como un hijo de mi padre, pero tomó posesión de mí de tal manera que también mi padre se alejó de mí, entregándome a su cuidado. Ella nunca se sintió a gusto con un bebé, aunque ocultó su rechazo bajo una maternidad por deber y su culpabilidad bajo su sobreprotección y su preocupación. Su anhelo de ser amada tomó la forma de querer estar entre las mejores personas y recibir su reconocimiento. Con ello estaba diciéndole a su propia madre: «Mira cómo estoy cumpliendo tu sueño. ¿Me amarás ahora?».

También la abuela había sido una madre obediente y una mártir, y mi madre había heredado tales cualidades. Creció con un sentimiento de soledad y encierro, y con un padre para quien los niños debían estar en silencio y con miedo en las horas de las comidas. No tuvo la calidez de sus hermanos mayores, que tenían vidas propias, y su madre, que se sentía responsable por la falta de amor paternal que sus hijos recibían, entonces trató de compensarla, pero vivió su nacimiento como algo aceptado a regañadientes, desde la obediencia. Así, la pequeña Julia vio que su hermanita ocupaba su lugar en el pecho materno y su soledad aumentó: esta soledad que un día desearía llenar con mi amor, nunca suficiente para sacarla del martirio.

Otro golpe al desarrollo de mi madre fue la muerte de su padre. Se sintió engañada por su amor, abandonada, resentida, y ello fue determinante en su posterior falta de preparación para una relación cálida con un hombre, como se manifestó en su matrimonio.

Sintió entonces que no le daría a su marido lo que no le dio a mi padre. («Y no estoy abandonándote, padre. Pese a mi enojo, ¿me amarás ahora?»). Era perfectamente compatible con la voluntad de la abuela que el matrimonio le daría la oportunidad de escalar en la sociedad (quería que sus hijas se casaran bien) para poder decirle: «Mira, mamá, soy tan infeliz como tú».

En resumen: toda la vida de mi madre, según la percibía Bob Hoffman, consistía en querer ser la hija perfecta de la abuela, para así sentir que la abuela la amaba.

Crecí queriendo agradar a mi madre y temiendo a mi padre, cuidando de no disgustarlo. Complacerlo significaba estar de acuerdo con la postura que había adoptado como un proveedor generoso que rara vez estaba en casa, dejando mi educación completamente en manos de su esposa. Aprendí, sin saberlo, que el padre que dejó que las mujeres se ocupasen de la casa no me dio un ejemplo de coraje masculino y no pudo apoyarme en mis intentos de rebelarme. Al actuar como lo hizo, dejándose dominar en el ámbito de su vida doméstica por su esposa, frustró su verdadero impulso de ser padre.

El primer día de mi vida, según Bob, al tomarme mi padre en sus brazos mi madre se preocupa de que me deje caer, y le dice que no sabe cómo abrazarme. Se siente inseguro, incómodo e irritado. Me entrega enojado, sintiendo algo así como: «Bien. Quédate con tu bebé». Y, aunque naturalmente no es algo que pueda recordar, me pareció cierto que en su enojo hacia mi madre se rindiera, dejando desde entonces que fuese el niño de mi madre y un extraño. Y extraño fue para mí que busqué su amor tratando de no

disgustarlo, lo que me llevó a ser en muchas cosas como él: sonriente, resbaladizo, encantador, suave, cortés, indirecto.

Otro incidente importante en la relación con mi padre tuvo lugar —según Bob— alrededor de los cuatro años, y aunque tampoco puedo decir que lo recuerde, lo siento muy cierto: él estaba en un sillón leyendo el periódico y al pasar con la empleada doméstica me instó a acercarme sonriente, pero yo dudé, dividido entre el deseo de acercarme y el miedo, y el conflicto me hizo llorar. Entonces él, ni comprensivo ni paciente, sintiéndose rechazado, se enojó. Sospecho que entonces lo perdí. Comprendí también —a través de la ayuda de Bob— que mi padre creció en una relativa pobreza y eso determinó que ganaría dinero para ayudar a su madre, que trabajaba la mayor parte del tiempo y con quien su padre, después de haber bebido, se enojaba. O hacían el amor, dejando a los niños solos. Comenzó a ganar dinero cuando tenía apenas seis o siete años —según Bob—, vendiendo naranjas en la calle. Después aprendió a vender mejor volviéndose agradable, sonriente y entretenido. El perfecto Don Juan en su edad madura jugó el papel de protector de su madre para comprar su amor en el concurrido mercado de la rivalidad entre hermanos. Esto había requerido que viera a su propio padre con ojos críticos y que se convirtiera en el proveedor generoso como salvador de su madre: «Mira, mamá, cuánto te amo».

Más tarde se convirtió en un títere de su esposa y uno con astucia en el mundo de los hombres, donde se parecía a su abuelo por su estilo divertido y superficialmente efusivo.

Aparte de los rasgos que yo mismo adopté directamente de mi madre y de mi padre, como el perfeccionismo de ella y la astucia de él, desarrollé características que implicaban una rebelión hacia uno y otro. Percibiendo inconscientemente la falsedad del mundo social de mi madre, por ejemplo, me rebelé contra la elegancia, los modales, la cortesía, las convenciones y el orden. Desdeñoso hacia las personas en general, como protección contra los sermones, admoniciones e instrucciones excesivas de mi madre, aprendí a no escuchar y a desarrollar un olvido aparentemente inocente, una conveniente distracción. Y, aunque había creído amar a mi padre con total indulgencia, ahora me pareció que lo había despreciado secretamente, al no considerarlo un ejemplo de hombre, y había buscado a un padre toda la vida. Ahora no necesito amarlos ni odiarlos, pero estaba eligiendo amarlos, esta vez de verdad.

Después de completar las ocho sesiones en las que Bob había formateado su terapia psíquica, seguí visitándolo como amigo y lo invité a asistir a un par de reuniones con mi

grupo. Lo envié con Rosalind, Kathy y otros para que ellos se beneficiaran como yo, y conocí a sus amigos en algunas cenas en su casa antes de tener con él una conversación que precipitó el final de mi temporada en el cielo.

El desencadenante de esta conversación fue la visita de Bob a una reunión de ocho días que tuve con mis seguidores, un año después del comienzo de mi primer grupo de Berkeley, y específicamente por un gran retrato mío que había sido colocado en una de las paredes sin que yo lo notara, por lo que nada supe de esto hasta que Bob lo mencionó en el curso de nuestra conversación.

Bob me preguntó algo así como: «Dime, Claudio, ¿te consideras un ser humano ordinario o un dios?». Recuerdo claramente la esencia de mi respuesta: que, a pesar de ser humano, decía cosas que no se originaban en mí mismo, sino que involucraban una inspiración divina. Entonces Bob insistió en su pregunta: «¿Pero eres un ser divino o un ser humano?». Quería saber mi respuesta, y debe haberle llevado al menos unos quince minutos llevarme a aceptar mi humanidad; después de lo cual, como en un diálogo socrático, haberlo aceptado me pareció que implicaba bajar de un pedestal imaginario al que había subido.

Tal vez el respeto que para entonces había desarrollado hacia Bob como médium me lo hizo más fácil, y más aún el hecho de que recientemente Bob se sentía guiado por un ser superior que parecía ser el bíblico Ezequiel. Pero el efecto del simple reconocimiento de mi humanidad me resultaba casi invalidante para mi papel de maestro, que parecía haber estado implicando una autoridad especial, e incluso mi inspiración parecía haber requerido la confianza en una conexión divina que ahora se oscurecía. Y así fue como esta simple conversación con Bob puso fin a mi etapa de expansión espiritual.

Este cambio habría de contribuir al proceso grupal que había estado guiando pues, sobre la base de la estructura del proceso terapéutico que había vivido durante los dos meses recientes, desarrollé una forma de terapia grupal guiada y mutuamente asistida que no dependería de la participación de un clarividente, sino de la contemplación de los recuerdos infantiles de los participantes.

Recuerdo haber leído en uno de los libros de Shah que un verdadero sufí es tan difícil de encontrar como un camello solitario en el desierto. Así me pareció Bob, quien estimuló mi crecimiento y cuyo aporte llegué a integrar como un ingrediente precioso en mi propio Programa SAT. Y aunque el Instituto Hoffman se convertiría por un tiempo en un negocio mundial, que a veces rivalizó conmigo al pretender un monopolio sobre la

herencia de Bob, sus líderes posteriormente me honraron y me agradecieron como el pionero sin el cual esta asociación y actividad no habría surgido.

3

SAT

Una solución al problema de la disminución de mi motivación y energía fue la organización y la delegación del diseño de procesos. Lo que había comenzado como el despliegue orgánico de una improvisación, se convirtió en SAT: un instituto y una organización sin fines de lucro que pasó a tener un personal, profesores visitantes y un plan de estudios básico.

La delegación me fue fácil, ya que desde el retorno a Berkeley desde Santiago había aprendido a dirigir ese grupo por «control remoto», y además coincidía con una tendencia a concentrarme en el aspecto más abstracto de mis esfuerzos y muchas veces en mi vida había abandonado un campo después de plantar las semillas, dejándole el riego a otros. En la situación actual, ahora que había engendrado una escuela viva, podría delegar los cuidados maternos en aquellos que parecían ser los portadores más naturales de la función. Estaba Rosalind Schaefer (que posteriormente sería mejor conocida como Reiza Leah), quien había compartido la experiencia Arica conmigo y me había ayudado desde el principio; y también Kathy Speeth, cuyos antecedentes en el trabajo de Gurdjieff y su formación en psicología, además de su eficiencia, disposición activa y deseo de ayudarme, la habían vuelto una colaboradora particularmente valiosa. Y así, mientras continuaba Rosalind dirigiendo el tercer grupo y aún más personas querían unirse a nosotros, Kathy comenzó a dirigir el cuarto grupo (hasta que aceptó la invitación de Armando de pasar una temporada con él en España, y desde allí se dirigió a Jerusalén). Entonces fue Kathy quien se volvió mi portavoz en Berkeley, coordinando las actividades de varios discípulos a cargo de otros grupos, como Bob Oaks con los

jesuitas de Chicago, Ray Biase en Nueva York, y luego otros como Ron Kane, Hameed Ali y Aubrey Lindgren.

Un símbolo externo de esta nueva cristalización del trabajo que podría prosperar con una menor participación mía fue el establecimiento de una empresa, y nació después de que seguí el deseo de alguna gente en mi grupo de que fuera a ver una casa que se ofrecía en venta en las colinas de Berkeley, que era muy bonita y podría servir como base para nuestro trabajo. No quise endeudarme para comprarla, pero la persona que la vendía era un abogado que nos ofreció convertirnos en una institución. Se necesitaría un nombre y fue entonces que elegí «SAT», en respuesta a una súbita inspiración cuando en un instante percibí los significados simultáneos de estas tres letras: la palabra sánscrita para «ser y verdad», las iniciales de Seekers After Truth, y un emblema fonético para los tres principios (asociados a los que Gurdjieff presentaba como activo, receptivo y reconciliante) que habían sido una inspiración fundamental e implícita en mi trabajo.

Más tarde también llegaría a leer en las tres letras del SAT otros significados, como espacio (S), tiempo (T) y Conciencia (Awareness), o tesis-antítesis-síntesis. Pero ya en el mismo momento de escoger SAT como nombre de mi escuela (aunque al principio preferí mantenerlo en secreto) me vino a la mente otro significado, que pareció providencial, pues SAT escrito al revés (como en un sello) se correspondía con las iniciales de quien había sido una influencia implícita y fundamental: Tótila Albert Schneider.

La creación de un instituto reavivó una inspiración que había albergado en Chile durante mi primera participación, en lo que se convertiría durante algún tiempo en una vibrante comunidad psicoespiritual, aunque esta inspiración me había parecido en aquel momento un sueño cuya realización estaba fuera de mi alcance. Ahora, en cambio, la realización de este sueño parecía estar a mi alcance: no solo un currículo equilibrado para el desarrollo humano, sino una escuela ecuménica que implicaba la colaboración de representantes de antiguas tradiciones espirituales y nuevos aportes terapéuticos. Esto se materializó, y funcionaría durante unos tres o cuatro años a través de la invitación de algunos líderes espirituales, como complemento al trabajo de algunos miembros de mi grupo antiguo que actuaron como mis representantes.

No recuerdo exactamente por cuánto tiempo continué reuniéndome con el grupo, pero me parece que puede haber sido durante ocho o diez trimestres, después de lo cual asumí el rol de diseñador de procesos. Mis representantes presentaron al grupo, que ahora se llamó SAT-1, un complemento a mi trabajo sobre la desidentificación del ego, e

implementaron una versión grupal del enfoque de Bob Hoffman, y los visitantes célebres aportaron otros elementos.

El primero de nuestros maestros en visita fue el rabino Zalman Schachter, quien hasta entonces había sido director del Departamento de Estudios Judaicos de la Universidad de Manitoba, en Canadá. Un participante de nuestro grupo (que también era parte de la comunidad de Bob Ornstein) me informó de la disponibilidad de Zalman, y no solo estuve de acuerdo, sino que esperé mucho de su visita. Pensé en Zalman —a quien a veces se había llamado el «Acid Rebe», que quiere decir Rebe el ácido, como un juego de palabras sobre «Hassid Rebe» o rabino Jasídico— como alguien que podría restaurarme una parte perdida de mi herencia judía. También estaba el asunto de la Cábala, cuya comprensión había perseguido durante tantos años, sin haber tenido la oportunidad de aprender de un rabino entendido, excepto algunos encuentros con Shlomo Carlbach. Ichazo me había hablado sobre el ritual judío como un potente medio de transmisión de baraka y, como durante mi estancia en el desierto había sentido una intensa afinidad con Abraham, temí que en uno de mis éxtasis pudiese circuncidarme. Y ahora en el rol de guía para otros, tan pronto como conocí a Zalman, la amistad espontánea que surgió entre nosotros hizo que la expectativa de recibir algo de él enriqueciera aún más nuestra relación.

La visita de Zalman coincidió con Shavuot —la celebración de la revelación en el monte Sinaí— y, en consecuencia, parte de su visita se concentró sobre este tema tan cercano a mi propia experiencia y relevante de evocar, ya que en este momento el no lejano monte Sinaí de mi propia vida necesitaba ser reafirmado.

Todavía recuerdo cómo Zalman se presentó ante nosotros en términos de Buda, Dharma y Sangha (interpretados por él como Dios, Fe y Escuela), como un prefacio de la historia de su separación del grupo Chabad a causa de algunas diferencias teológicas.

Creo que a todos nos gustaron su autenticidad, su coraje y su amabilidad, y me sorprendió su humildad al relacionarse conmigo como un maestro que podría enriquecer su vida espiritual. Probablemente había escuchado sobre mi habilidad en la lectura del Tarot, que de hecho fue una de sus peticiones durante el tiempo que compartimos entre sesiones. También parecía haber sabido de mi deseo de aprender sobre el judaísmo y me ofreció el regalo de varias compilaciones de textos seleccionados que había coleccionado través de muchos años.

Esta iba a ser la primera de varias visitas durante los años siguientes y con el paso del

tiempo su presencia en Berkeley originó el Minyan Acuario, que además apoyó nuestro contacto continuado y también puso a algunos de los seguidores de Zalman en nuestro grupo en contacto con un círculo más amplio. Zalman quiso proporcionarle a la comunidad de SAT conocimientos básicos sacerdotales y ceremoniales, pero nunca llegó a ser suficientemente apoyado por la comunidad, que parecía más interesada en la experiencia personal que en aprender a pastorear un rebaño.

Fue importante encontrar en la misma persona un alto ejemplo de judaísmo viviente y de explorador psicodélico. También lo fue que, en un momento en que había estado considerando una entrada formal al judaísmo a través de la circuncisión, él alimentara mi sed por las enseñanzas de la sabiduría pero me instara a adoptar una actitud más relajada hacia lo ritual. Imagino que esto me dejó en libertad de concentrarme en el budismo tibetano.

DHIRAVAMSA

No mucho después de la visita de Zalman, Alan Watts me invitó nuevamente a su casa flotante en Sausalito durante un fin de semana en que tenía un invitado de Inglaterra llamado Dhiravamsa, que para entonces todavía vestía el atuendo de un monje ordenado en su Indonesia natal. Había sido el director de un centro de meditación en Inglaterra durante los años recientes, y esta era su primera visita a los Estados Unidos.

Después de un interés de larga data en el zen, naturalmente me interesaba el contacto con un representante de la tradición Theravada, que no solo había sido el budismo original, sino que algunos consideraban la enseñanza más válida. Pero en esta ocasión Dhiravamsa no dijo nada acerca de la tradición Theravada, sino que solo habló del estar presente y sobre la conciencia. Pero más que nada estaba callado y parecía estar tan ocupado en la práctica de la atención al momento presente, que ello lo hiciese reacio a distraerse con palabras.

Hacia el fin de mi visita le pregunté si tendría tiempo para encontrarse con mi grupo de Berkeley antes de regresar a Inglaterra, y me alegré de que aceptara, pese a su pronto regreso ya programado.

Ahora no recuerdo cómo sucedió que en esta primera visita suya con nuestro grupo llegué en compañía de Tarthang Rinpoche, por lo que Dhiravamsa, que nunca lo había conocido, lo invitó a decir algo.

—¿De qué quieres que hable? —dijo Rinpoche.

—De cualquier cosa —le respondió Dhiravamsa.

Y a ello le respondió:

—Estoy masticando nuez de betel.

Volvería a ver a Dhiravamsa muchas veces. Él atrajo a un público más amplio a Berkeley, hasta que decidió trasladarse, dejando atrás su residencia en Londres. Curiosamente, no fue esta la única forma en que llegué a influir en su vida, pues alguna vez que hicimos un taller conjunto tuve la oportunidad de presentarle una disciplina espiritual con la que él no estaba familiarizado: el latihan, originada en su tierra natal.

Esto ocurrió años después, cerca de Nueva York, cuando después de invitarlo a que se hiciese cargo de la instrucción en el Vipassana, pensé que constituiría un contrapunto apropiado presentar por mi parte la práctica del dejarse ir, que había conocido por primera vez cuando comencé a trabajar en la Escuela de Medicina y representantes del grupo Subud me hablaron de la enseñanza de Bapak Subuh.

Latihan significa simplemente práctica, y la práctica en cuestión es la de abrirse a lo que sucede por sí mismo cuando no se pretende ninguna acción voluntaria. Ya he descrito cómo me había familiarizado con este fenómeno similar al trance de posesión en los años sesenta, cómo se había reactivado para mí en Arica y, por último, cómo me había llevado a escribir de manera involuntaria o inspirada que los surrealistas han llamado automática. También había presentado esta práctica durante las primeras reuniones del SAT, y tal vez este taller con Dhiravamsa fue la última vez que lo hice, pero Dhiravamsa apreció tanto el ejercicio que lo incorporó a sus propios talleres de meditación, cambiando la instrucción de «rendirse a la voluntad de Dios» por la de «rendirse a la energía».

Aún más tarde, cuando suspendí las actividades del Instituto SAT en Berkeley, Dhiravamsa (que ya se había trasladado a Colorado) invitó a una de mis alumnas (Sandy Mandelbaum, mejor conocida hoy como Sandra Maitri) a explicar los tipos de ego. Y aunque esto fuese algo que todos los miembros de la comunidad SAT se habían comprometido a no hacer, la combinación de la autoridad de Dhiravamsa con mi ausencia y su propia tentación de enseñar, la convertiría en una de las fuentes del Movimiento del Eneagrama.

Posteriormente Dhiravamsa incluyó en su trabajo elementos de terapia Gestalt que había absorbido de mi ambiente, y escribió un pequeño libro sobre el eneagrama, siguiendo mis pasos al decidirse a instalarse en España, frente a una playa soleada en Islas Canarias, donde recientemente lo he reencontrado y apreciado en su vida de ocio placentero junto a su joven y bella pareja.

5

EL MAESTRO CH'U

Otro maestro notable que llegó al SAT fue Ch'u Fang Chu. Ray Biase me informó que había llegado recientemente de Taiwán y que estaba enseñando en San Francisco.

Visité una de sus clases en un gran auditorio de San Francisco, cuando a través de un intérprete simultáneo estaba enseñando una combinación peculiar de respiración, visualización y movimiento, característica del taoísmo esotérico, y lo que escuché fue suficiente para sentir que estaba en presencia de un maestro. Aceptó mi invitación para llevar el taichí al SAT, junto con lo que llamaba ejercicios respiratorios, y pronto nos enseñó no solo los movimientos del taichí formal, sino la lucha, el movimiento de la energía o chi en la órbita microcósmica y macrocósmica; nos decía que no debíamos complicarnos demasiado hablando de cosas espirituales, ya que todo lo que importaba era el flujo de la energía en el cuerpo (alguien me dijo que podía hacer vibrar intencionalmente los músculos a lo largo de su espina dorsal de una manera visible para los demás).

Recuerdo un momento en que nos indicaba que lleváramos el aire a nuestra médula ósea y mientras lo intentábamos cambiamos de «poner aire en los huesos» a «poner amor en nuestra vida». Sus últimas palabras en esa sesión no habían sido sobre la posición de los brazos, de las piernas, ni siquiera sobre la respiración, sino: «Recuerden: la práctica es el amor».

Creo que el profundo aprecio que iba a desarrollar en un momento posterior hacia Gerda Alexander había sido inicialmente estimulada por esta cuestión de la conciencia ósea. Había podido entender este asunto un poco mejor, porque ella me había invitado a los cursos de verano que ofrecía para sus alumnos profesionales en Alsacia. Después

también ella aceptaría participar en el SAT de Berkeley y así contribuir a mi exploración continua de terapias corporales en el programa, pues tras un comienzo con la psicocalistenia de Ichazo había continuado con los movimientos de Gurdjieff y luego con el taichí. Entonces la eutonía me pareció la continuación más lógica y un buen puente hacia otros enfoques somáticos modernos.

Ron Deziel, que era un miembro de nuestro grupo que a menudo visitaba al maestro Ch'u, me dijo que su esposa era extremadamente fuerte y que a veces veía al señor Ch'u herido por los golpes que ella le daba (no sé si eso fuese el resultado de una práctica hogareña o de conflictos personales). «Era agresiva y fuerte y tenía mucho que decir, y él la escuchaba tanto como yo», me comentó. «Fue algo maravilloso cuando me reuní con él de manera individual. Aparte de los ejercicios de respiración, recuerdo la calidad de su ser. Era como si un pájaro te tomara y te levantara, y al sentirme elevado no quería salir de allí. Era como caminar en el aire, me inspiraba mucha gratitud y aprecio».

6

SRI HARISH JOHARI

Creo que fue Paul Herbert, por aquel entonces considerado uno de los gurús secretos de Esalen, quien me habló con entusiasmo acerca de Harish Johari, alabando su incomparable erudición sobre la mitología hindú y su experiencia en yoga kundalini. Cuando lo conocí, me impresionaron su talento y la calidad de algunos de sus seguidores. Pronto reconocí en él un elemento que me faltaba para la siguiente etapa del programa SAT, ya que el asunto del prana y las chakras era algo importante en el diseño del trabajo de Óscar que quería incorporar al mío, pese a que no estaba preparado para enseñar con tanto conocimiento como él.

Debo explicar, sin embargo, al pensar en la influencia de Harish en mi desarrollo, que a menudo la desvaloricé, en parte porque nunca adopté la práctica de la respiración que enseñaba (orientada al equilibrio de los canales internos izquierdo y derecho a través de las respectivas fosas nasales) ni seguí su estilo de vida ayurvédica. Tampoco su notable erudición en la mitología hindú, ni su maestría en la pintura y en la música afectaron mi vida, a pesar de lo mucho que lo disfruté. En cambio, lo visité muchas noches en respuesta a su insistente hospitalidad y en su casa me imbuí de la cultura hindú y de los humos de la ganja (al menos durante los años que permaneció en Oakland, hasta fines de los setenta). Y cuando digo noches debería decir cenas que duraban hasta bien entrada la noche.

La influencia inmediata aunque indirecta de Harish en mi vida fue desastrosa, ya que en aquel tiempo (cuando había delegado las reuniones del SAT principalmente en Kathy y en los otros maestros invitados) llegué a complacerme demasiado en el uso de la marihuana. Era Harish un vivo ejemplo de un Shaiva, de quienes se dice que los venenos

se han convertido en elixires, y su completa naturalidad en el uso de la ganja, comparable a la de tantos Sadhus de la India, influyó en que me permitiese fumarla con ocasión de varias conferencias importantes. Recuerdo haber deplorado que estas invitaciones me llegasen en un tiempo posterior al de mi etapa carismática, durante la cual seguramente me habría sentido inspirado y brillante; y también cuando solía recurrir al uso de marihuana como manera de darle más profundidad a mi meditación, pese a una creciente sequedad interna. Como a menudo se ha observado, el uso de la marihuana como estímulo a la creatividad al hablar en público fue más bien subjetivo, y debe haber causado una pobre impresión en mi público.

Sin embargo, creo que fui demasiado convencional en lamentar la influencia de Harish e incluso en su validación implícita del consumo de marihuana, y sobre todo demasiado injusto en proyectar en él una crítica que debería haber reservado para mí mismo.

Han pasado más de treinta años desde la última vez que tomé un psicodélico (aparte de la ayahuasca, en cuya ingestión participo junto con los demás en los grupos que dirijo en Brasil en el contexto de la tradición del Santo Daime) y, pese al período de relativo exceso que complicó mi etapa de contracción espiritual, no puedo dejar de pensar en Harish como alguien providencialmente predestinado a validar lo que podría considerar un aspecto psicodélico en mis aportes a la psicoterapia, a través de una actitud tántrica desprejuiciada hacia los «medicamentos moksha». A pesar de haber sido durante muchos años tan crítico con los excesos psicodélicos entre mis seguidores como lo han sido la mayoría de los maestros espirituales tradicionales, y de haber sostenido siempre que el uso de psicodélicos no debe considerarse como un camino por sí mismo, debo decir que continúo creyendo que la aplicación adecuada de los psicodélicos a la psicoterapia (y, más universalmente, al crecimiento espiritual) conlleva un potencial enorme. Me complace honrar a Sri Harish Johari como un ejemplar maestro dionisiaco en una era de prohibición y prejuicio.

CÓMO LA BESTIA (O «EJ») ME FACILITÓ UNA RETIRADA

Cuando en los años setenta asistí a una serie de charlas de Chogyam Trungpa sobre las etapas del sendero del Bodhissatva (que se celebró en una gran carpa de circo en Boulder) me encontré allí con Sarah Warsher, a quien no había visto desde mi partida a Arica y quien había sido durante algún tiempo la secretaria personal de Fritz en Esalen. Sarah me explicó que había contemplado unirse a nuestro grupo para reunirse con Óscar en Arica, pero que finalmente había elegido acompañar a Fritz en su traslado a Vancouver, y desde entonces había seguido viviendo en la comunidad de Cowichan. Como Fritz ya no estaba entre los vivos, había estado a la espera de encontrar algún día a su próximo maestro.

Para mi sorpresa, no encontré en Trungpa al maestro a quien buscaba y por ello, cuando después de un tiempo recibí una carta suya con la noticia de que un gran maestro se había instalado recientemente en el Centro Gestalt de Cowichan, me pareció muy interesante. Este maestro estaba planeando concentrarse en esa comunidad en un futuro cercano, pero mientras tanto ofrecería algunos talleres a un público más amplio y constituiría una oportunidad para que otros también lo conocieran. Sarah se había preguntado si me interesaría asistir a alguno de ellos e incluyó una larga lista de opciones. A pesar de que al recibir su carta me sentía bastante atareado y cansado (el SAT continuaba expandiéndose y mi disponibilidad interna disminuía), no pude resistir la invitación, en parte por el maravilloso espectro de ofertas que enumeraba y en parte por el entusiasmo de Sarah hacia este maestro por ahora anónimo que, por lo que me

explicaba, parecía estar en el centro mismo de la escuela. Elegí un fin de semana sobre «el movimiento objetivo» y me embarqué en un vuelo hacia Vancouver.

En nuestra primera reunión, los miembros del personal (no recuerdo que Sarah estuviese entre ellos) nos dijeron que la Bestia no estaría *físicamente* presente durante el evento, lo que me pareció a la vez decepcionante y promisorio, pues se afirmaba también que estaría presente de otra manera, lo cual era algo inusual, por decir lo menos. Había una tarjeta de visita azul claro pegada a una pared con el nombre del maestro: Avatar Al-Washi (que, según me explicaron, significa «el salvaje»), y bajo ese nombre las palabras «mundos creados, mantenidos y destruidos mientras esperas». Y también una dirección en Wilshire Ave., en Los Ángeles.

Nos sirvieron la cena, luego nos llevaron a nuestras habitaciones (varias camas en cada una) y, una vez que nos metimos en la cama, nos leyeron cuentos de lo que parecía ser un típico libro para niños. No sé lo que se leyó en otras habitaciones, pues solo presté suficiente atención a lo que se leía cerca de mis oídos, y esta era una historia sobre cómo Medio Pollo se propuso conocer al Rey de España. Sentí como si esta historia hubiera sido creada especialmente para mí, pero cuando pedí ver el libro en el que estaba impreso no dudé de que era un libro estadounidense común de cuentos infantiles bastante antiguo.

No era la historia de la mitad de un pollo buscando su otra mitad, como en el mito narrado por Aristófanes en *El simposio* de Platón, ni tampoco se explicaba lo incompleto del pollo. Tampoco hubo ningún intento de explicar cómo un medio pollo podía caminar, pero esto parecía dejar bastante claro que la mitad del pollo era solo un dispositivo para exagerar lo que ya se había insinuado llamándolo pollo: ya el mero título sugería que sería una historia sobre alguien que estaba espiritualmente medio cocido, ¡y aun así se consideraba lo suficientemente importante para conocer al Rey!

Cuando despertamos y nos dijeron que ya eran las seis de la mañana, parecía que no había pasado mucho tiempo desde que nos habíamos quedado dormidos. «¡Es hora de levantarse!», nos dijeron, y pronto nos dirigimos a un baño con varios retretes. El instructor que nos había conducido allí se sentó en una esquina con las piernas cruzadas. Llevaba una larga barba y encendió un cigarro antes de decirnos algo sobre la respiración. Luego señaló esto y aquello sobre las paredes, describió los paneles que separaban los inodoros, hizo algunas observaciones sobre las proporciones de las habitaciones, el sonido del agua y otras verdades incontrovertibles que no lograron

despertar mi interés y que parecían conducir hacia algo que me hizo sentir incómodo. ¿Era esto una parodia sobre mi propia emoción al interpretar a la maestra y contarle a los demás cosas que eran igualmente ciertas y obvias?

No había forma de tener una idea del momento mirando por la ventana, y además habíamos entregado nuestros relojes a nuestra llegada.

Al día siguiente seguimos con el simulacro de un tiempo acelerado, con varios interludios de contenido variable. Recuerdo especialmente, a la luz del día, un ejercicio de conciencia, mientras trabajaba en un patio, muy parecido al trabajo de Gurdjieff, en ocasión del cual aprecié una vez más el trabajo en el recuerdo de sí en circunstancias de cansancio e incomodidad. En otro momento nos encontramos en una habitación sin objeto alguno aparte de la alfombra y un pequeño retrato de la Bestia. ¡Por fin veía su rostro! Me recordó a Gurdjieff, por su cabeza y cejas afeitadas.

Nos preguntaron qué pensábamos de la comunión, y mientras hablábamos se distribuyó vino y pan, sin otro ritual. Finalmente llegó el momento de la cuestión del movimiento objetivo que había sido anunciado, y dos de los presentes ocuparon los asientos de un aparato especialmente construido, con la intención de poner el movimiento objetivo en acción. No recuerdo cómo se definió el movimiento objetivo, ni tampoco nada de lo que se dijo, excepto la expresión «in vino veritas», como una explicación de que uno de ellos había estado bebiendo. Fue una conversación espontánea e interesante.

Junto a la reducción del ego, se había estimulado en nosotros la dimensión omnipresente de la atención al presente, sobre la cual, ¿qué necesidad había de alboroto? Se trataba más bien de sobriedad y de sufrimiento consciente. Compartir el vino y el pan le había dado una dimensión adicional, relacionada con la poderosa imagen del intimidante maestro *in absentia*. Además, recibí un impacto no menos poderoso cuando vi algunas páginas mimeografiadas en el dormitorio, donde algunos de nosotros alojamos, que parecían parte del caos circundante, como dejadas allí accidentalmente. Era peculiar el estilo de tal escritura, que recordaba el de los *Cuentos de Belcebú* de Gurdjieff, y giraba en torno a un personaje llamado Harold Cumingood (una alusión obvia al primer escrito de Gurdjieff, «Heraldo de un buen tiempo que vendrá»), y parecía reflejar algo muy mío que al comienzo no lograba precisar pero que luego asocié a que me estaba volviendo algo gurdjieffiano, a medida que me iba permitiendo una libertad de expresión que me llevaba a abrir reiterados paréntesis, como si estuviera comentando

mis declaraciones de manera comparable a alguien que inserta muchas notas al pie de página.

Me había complacido observar que estaba redescubriendo el estilo de los autores anónimos de *Las mil y una noches*, donde una historia dentro de otra es contenida a su vez en otra. Me deleité al notar que mi estilo me recordaba a Belcebú, por sus sentencias en medio de otras sentencias y por cierta libertad que se tomaba de no llegar a algo que anunciaba, para transmitir con ello que lo que estaba diciendo era lo suficientemente rico y confiando en que mis lectores estarían de acuerdo con mi actitud.

Disfruté de imitar a Gurdjieff en relación a frustrar las expectativas de los lectores, como no llegar al final de un pensamiento o tema, porque sentía que mi propia frustración estaba más que compensada por algo más que estaba siendo transmitido por esta manera de escribir: la libertad implícita de Belcebú (y por supuesto del mismo Gurdjieff) me deleitaba por su forma de tomarse el tiempo necesario para darse un amplio espacio a sí mismo, que contrastaba con mi propia tendencia a mantener mi discurso sintético, como si temiera invadir demasiado con mis palabras el espacio de mi lector. En contraste con un tiempo anterior de mi vida, en el que sentía que debía apresurarme para terminar mis oraciones, ahora comenzaba a disfrutar de mi tiempo y me complacía preparando a mis oyentes a través de las explicaciones preliminares necesarias para el enriquecimiento de lo que intentaba transmitir. Ahora que valoraba lo que estaba diciendo no me preocupaba frustrar la impaciencia, pues a esta altura había llegado a un sentido de dignidad del que antes carecía y a cierta independencia respecto de complacer a mis oyentes.

Como no había visto esto en nadie más que en Gurdjieff y en *Las mil y una noches* (aunque también diría que las oraciones muy largas de Proust son la expresión de una libertad similar en serle fiel a su amor por lo que está diciendo), quedé impresionado con la habilidad de la Bestia de hacer lo mismo. Me impresionaba especialmente (aunque de una manera no del todo consciente) la sospecha de que pudiera —como en el caso del cuento del Medio Pollo— estar reflejándose, es decir imitando mi estilo recientemente descubierto y así hacerme saber que podía verme muy íntimamente.

Años más tarde, después de que la Bestia cambió su identidad a Míster Gold, y luego a EJ, y se estableció en Grass Valley, vi un film en el que EJ aparece disfrazado de Gurdjieff, pero no se hace aparente hasta cierto momento en que se quita la máscara de Gurdjieff de la cara y la tira. Fue una época en que abandonó la pretensión de que sus

«Conversaciones secretas del señor G.» fuesen otra cosa que una colección de charlas del señor Gold.

Sospecho que había sido bueno para muchos creer que Gurdjieff había hablado a través de las páginas de ese libro, por la misma razón que en el caso de algunos de los mejores libros del mundo ha sido útil que les hayan sido atribuidos a héroes legendarios. De todos modos, el contenido refleja una profunda comprensión de primera mano de lo que Gurdjieff llamaba «el trabajo».

Volví a Cowichan una vez más y de mi segunda visita recuerdo sobre todo la impresionante presencia de Beast en la cabecera de la mesa y el hecho de que no hiciera ningún comentario mientras comía un medio pollo que me había tocado cocinar y que me había resultado muy insuficientemente asado. Sonaba una sonata de Charles Ives que nunca antes había escuchado, y esta iniciativa de hacernos escucharla mientras comíamos contribuyó a mi apreciación por su habilidad para proporcionar (ya fuese por clarividencia o sincronía) los estímulos más exquisitamente personalizados. No mucho después recibí una llamada telefónica de Sarah, que me transmitía una oferta del señor Gold de venir a reunirse individualmente con mis alumnos en Berkeley durante un fin de semana, para dirigirlos a la siguiente etapa en su camino. En respuesta a mi pregunta sobre a cuántos podría entrevistar, su respuesta fue que a todos y, ya que era la época en que mis grupos locales eran tres, me pareció que encontrarse con cada uno de sus integrantes en el curso de dos días sería imposible.

No creo que hasta ese momento hubiese compartido con nadie que el programa SAT, en constante crecimiento, comenzaba a parecerme una carga, y puede ser que no me lo hubiera dicho siquiera a mí mismo. Y he aquí que alguien que me había impresionado más que ninguno de los discípulos de Gurdjieff parecía decirme que era hora de dar un paso atrás en lo que estaba haciendo y me ofrecía ayudarme con ello. Acepté su oferta solo hasta cierto punto.

Después de responderme que podría ver a cualquier número de personas, le propuse un grupo de noventa, preguntándome cómo podría ofrecerle sesiones individuales a cada uno, y sin confiar lo suficiente en él como para presentarle a más de dos de mis cinco grupos en la ciudad.

Una tarde estaba en mi cuarto en casa de Marilyn cuando EJ llegó desde Vancouver, con una grabadora idéntica a la que yo mismo había comprado el día anterior. «¿No son buenas?», fueron sus primeras palabras, y pronto me hizo escuchar una serie de casetes

que incluían la parodia de una descripción de una carrera de caballos en la que varios líderes espirituales del día ganaban o perdían precedencia. Llegó la hora de la cena y se unió al pequeño grupo en mi casa. Me llamó la atención que comiera todo con las manos, sin usar cubiertos, pero no hizo ningún comentario al respecto; y ya que fue la primera vez que sentí que podía hacerle preguntas, preferí no desperdiciar mi oportunidad con una curiosidad banal. La más candente para mí era saber si estaba en contacto con Idries Shah. Su respuesta fue: «Estoy de acuerdo con él en quemar los libros sagrados». Lo cual me recordó la crítica de algunas tarikas tradicionales a su discurso aparentemente no religioso. Con el tiempo me iba a dar cuenta de que el camino de EJ era aún menos religioso y ello parecía constituir un antídoto contra la santurronería típica y el apego al esoterismo de tantos principiantes.

Cuando llegó el momento de la reunión de EJ con mi grupo, nos fuimos a la Mansión Hearst. De lo que dijo allí solo recuerdo cierta desilusión, pero quedé más impresionado por lo que sucedió después de que regresamos a casa. En primer lugar me sorprendió ver que mi grabadora, que era nueva, parecía como si hubiera recibido un golpe. Un golpe bestial, pensé en mi enojo, diciéndome que el nombre Bestia dado a Gold era apropiado para su total descuido; pero luego noté que lo que había tomado como mi máquina estaba conectada a los parlantes desmontables de su lado de la sala, ¡mientras que su máquina estaba conectada a los míos! ¿Había cambiado las máquinas en el curso de nuestra conversación sin que yo lo notara? Eso esperaba, porque aquella junto a su asiento era nueva, mientras que la mía parecía bastante usada. Tal vez no me hubiera atrevido a cambiarlas si no hubiera pensado en mirar dentro del compartimento de la batería de su grabadora, donde encontré una etiqueta blanca con el nombre de la tienda donde yo la había comprado días atrás, en Oakland: la prueba de que era realmente la mía. Incluso después de averiguarlo la operación de rescate no me fue fácil, pues coger mi propia grabadora y sacarla de la habitación me hizo sentir como un ladrón, y temí la reprobación de EJ cuando se enterase.

EJ logró ver a toda mi gente en menos de un día, a veces durante entrevistas de no más de un minuto y dejando impresiones significativas en muchos. Pero para mí lo más importante fue una reunión a la noche siguiente, cuando compartió algunas grabaciones con un grupo pequeño y, con el pretexto de que escuchase un casete determinado, pidió que le llevara su grabadora de cinta al lugar donde estábamos sentados y no me cupo duda que el objetivo verdadero era una confrontación implícita del asunto de las

grabadoras doblemente permutadas, y de mi miedo a enfrentarme a un maestro poderoso. Se refirió a ello oblicuamente cuando, en el momento de despedirse de nosotros inmediatamente después, me comentó: «Hicimos un buen trabajo, ¿no?».

Mi siguiente encuentro con EJ tuvo lugar algo así como un año después, cuando él y su comunidad emigraron desde Canadá a las montañas Crestline en el sur de California. Allí fui invitado a una reunión en la que estaban incluidos Charles Muses y John Lilly, que años más tarde EJ llamaría con humor como «el segundo consejo de Nicea». El jeque Reshad Field, que acababa de llegar del centenario de Rumi en Konya, nos dijo que las casas de poder estaban desapareciendo de Afganistán y otros países del este y que el centro del trabajo debía migrar a América. De acuerdo con esto, él estaría involucrado en la creación de un centro de energía en Tepoztlán, un lugar geográficamente adecuado por estar situado en un cruce significativo de líneas ley. Algún tiempo después invité a Reshad a hablar con mis alumnos más antiguos y les explicó el proyecto. Era necesario reunir a un grupo de personas que hubiesen ido más allá de la necesidad de trabajar en sí mismas por una motivación egoísta: personas preparadas para servir. Esperaba que nuestro grupo fuese un buen lugar para encontrarlas.

Poco después EJ se ofreció a seleccionar a estos candidatos para la futura casa de poder, y muchos estudiantes del SAT acudieron a Crestline y alojaron allí, no durante unos días, como habían previsto, sino semanas. Años después descubrí que EJ los había alimentado a todos durante esa temporada.

Si postulaban a ese privilegio debían dejar el SAT, y no pude dejar de ver a EJ como un benefactor, ya que tras esa selección solo quedaba la mitad y yo me sentía muy inclinado a quitarme de encima la responsabilidad de la enseñanza para regenerarme y ponerme en el dique seco. Para entonces había hablado alguna vez de quitarme el SAT de encima, y ahora le di crédito por haber creado una situación que respondía tanto a las necesidades de mi grupo como a las mías.

La situación no fue una pérdida de tiempo para aquellos que se interesaron en presentarse a la prueba, pues lo que experimentaron durante el proceso de selección fue intenso. No habiendo estado presente, apenas conocí retazos de ello y ni siquiera intenté describirlo cuando, después de veinte años, los informes que había recibido ya se han desvanecido demasiado de mi memoria.

Pero aún recuerdo el relato de EJ cuando, tras una noche de nevada, logró convencer a todos los presentes de que estaban nevados, que la orientación del polo magnético de la

tierra estaba cambiando rápidamente y que estaba comenzando una nueva edad de glaciación. Y tras un tiempo de ilusionismo y noticias de radio simuladas, sus huéspedes estuvieron convencidos de que nunca podrían salir de esa casa, y que lo mejor que podían hacer era prepararse para la muerte, recostados sobre el piso mientras escuchaban las lecturas de *El libro tibetano de los muertos*. Así lo hicieron durante varios días.

La aventura tuvo sus complicaciones. Por ejemplo, hice algunos enemigos entre los que no digirieron bien la odisea de Crestline, y especialmente el antagonismo de Bob Ochs (quien no podía entender que le prestase mi apoyo a un personaje tan cuestionable como el señor Gold) llevó a la primera violación en el contrato de secreto con respecto al eneagrama. De una manera algo cómica, así, recayó sobre EJ ser el catalizador indirecto de que surgiese la «comunidad del eneagrama». Pues según este jesuita (un perfeccionista con una larga escolarización y un aprendizaje poco común sobre lo que se supone espiritual) EJ era demasiado escandaloso, impredecible, vulgar y tramposo, como para ser tomado en serio. Quiso hablar conmigo, pero yo ya había decidido que no adoptaría el papel de justificar a EJ y no lo recibí. Simplemente no le abrí la puerta y, sabiendo que estaba en la casa, se alejó ese día indignado. Pronto supe que, no siendo ya su maestro, tampoco necesitaba de mi permiso para enseñar. Su ejemplo sería un incentivo para algunos otros, comenzando por Kathy.

En muchos sentidos EJ me estimuló a desarrollar cualidades necesarias. Su manera desenfadada y simple fue el antídoto para mi formación académica y mis hábitos profesionales; su forma de tratar a la gente común era opuesta a mi tendencia a dirigirme a aquellos que por su saber no necesitan escucharme. Su aparente grosería compensaba mi excesiva delicadeza, su alegría mi seriedad, su carácter eminentemente activo mi tendencia sedentaria y lenta para la acción, su franqueza mi carácter indirecto.

8

BRETT

Annette Brett vino a visitarme en un tiempo en que varias personas se habían mudado a la casa que compartíamos con Marilyn, donde había agregado algunos dormitorios para arrendar. Además de Rosalind, quien al regresar de Arica alojaba en un garaje convertido, se habían mudado Judy Lekashman, Kathy y Ron Kane. Este último se había instalado en una celda subterránea que originalmente había sido construida como un almacén, accesible a través de una trampa bajo una terraza de madera en el jardín.

Brett me explicó que hasta hacía poco había estado trabajando como enfermera en un hospital de San Francisco. Había traído consigo un recorte de periódico, donde se describía la manera milagrosa en que había salvado la vida de un hombre gravemente quemado que estaba a su cargo. Me explicó además que era maestra de maestros y me ofreció sus servicios. Indirectamente me hizo saber que era instructora de yoga sexual, aunque esto, desde el principio, no me interesó, ya que me sentía en una relación gratificante y feliz con Kathy e intuí que sería un error desobedecer mi sentimiento natural por codicia espiritual.

Pero para hablar de lo más significativo de la influencia de Brett en mi vida, debo decir más acerca de Kathy, a quien había conocido a través de Pamela Travers, la famosa autora de *Mary Poppins*, con quien me había reunido como parte de mi investigación sobre autores de literatura infantil, y que me había interesado especialmente por haber conocido personalmente a Gurdjieff y haber sido parte de su escuela.

Ahora no recuerdo cómo sucedió que le pedí que celebrara una ceremonia de té en mi casa, y cuando lo hizo desarrolló una relación muy cálida con Matías. Posteriormente le recomendó a Kathy que me viniese a conocer. Cuando Kathy me preguntó por mi trabajo

(estaba a punto de viajar a Arica), me interesé por ella como alguien que había nacido en el seno del trabajo de Gurdjieff, ya que tanto su madre como su padre habían sido discípulos directos de Gurdjieff, e incluso había ella estado sentada sobre las rodillas del viejo maestro.

Vi a Kathy otra vez el día en que mi futuro grupo de Berkeley se reunió en el patio trasero de Marilyn, y después de esto se convirtió en una participante muy atenta y apreciativa. De modo que cuando Marilyn decidió construirle una extensión a la parte posterior de su casa original para cobrar algo de alquiler ahora que no podía trabajar, Kathy se mudó, uniéndose a la pequeña comunidad y esto nos llevó a una intimidad sexual. Y cuando por proximidad logré confiar lo suficiente en ella, recluté su ayuda de una manera similar a la que había estado delegando ciertos trabajos en Rosalind. Como ya he explicado, puse a Rosalind y a Kathy a cargo de un tercer y un cuarto grupo respectivamente, y me sentí muy contento de tener en ellas a dos ayudantes con personalidades contrastantes que actuaban de manera complementaria. Sin embargo, Kathy se volvió muy competitiva con Rezah, por más que estuviese enmascarado por la aparente validez de su sentimiento de superioridad en cuanto a su mente clara y sus competencias mundanas. Invalidaba la suavidad y la vaguedad soñadora de Rezah, sin mucho aprecio por su intuición, su espiritualidad, devoción y humanidad. Este pudo haber sido uno de los antecedentes para acoger la sugerencia de Brett de ayudarme con la pequeña comunidad que se había sumado a mi hogar. Ella sentía que no estaba prestándole a mis amigos tanta atención como esperaban cuando decidieron instalarse en mi casa. «Debes ponerte cómodo», dijo, «es mejor para tu trabajo que lo hagas desde una posición de comodidad en casa, y puedo ayudarte con eso».

Acepté su oferta y ella visitó a nuestro pequeño grupo en mi ausencia más de una vez. Para entonces ya se había puesto a disposición de prestarles ayuda a Wilma y Arturo, de mi grupo chileno, que habían decidido venir a Berkeley: la actividad inicial del SAT se estaba convirtiendo en una leyenda para ellos.

Eran aquellos días en que visitaba a Bob Hoffman todas las semanas, porque se había ofrecido a servirme como médium, y un día, cuando estaba a punto de irme, Bob me preguntó: «¿Cómo se llama esa mujer?». Se refería a Brett, y parecía querer decirme algo acerca de ella, pero primero quiso que le dijera qué pensaba de ella. Le dije que él instaba a la gente a volverse más amorosa y que por ello yo lo llamaría un Maestro de la

Copa, asociaba a Brett con una Espada. Después de escuchar mi respuesta, Bob solo dijo: «Mírala, y ve lo que piensas de ella. Permanece abierto y neutral».

Cuando llegué a casa, Brett me estaba esperando en la habitación de Rosalind, justo a la entrada, y me preguntó: «¿Qué soy yo para ti?». Respondí: «Una maestra». Y me dijo: «Ya que me concedes que soy una maestra, seré tu amiga. ¿Harás lo que te digo?». Me dijo que debía separarme de Kathy o de lo contrario caería en desgracia y sufriría mi trabajo. Me sentí entonces obligado a ser congruente con mi expresión de respeto hacia ella como maestra, por lo que decidí seguir su indicación, aunque me pareciera contraintuitivo. Pero cuando más tarde, a la hora de la cena, nos explicó a todos alrededor de la mesa que debía separarme de Kathy de inmediato, sin siquiera decirle adiós, objeté que no era eso lo que habíamos acordado. Sintiéndome manipulado, engañado y presionado, le pedí a Brett que me liberase de mi compromiso, pues incluso habiendo estado dispuesto a seguir su consejo, después de su insistencia en que dejara a Kathy, sin siquiera decir adiós, me inspiraba desconfianza.

Sintiendo que Brett me liberaba de mi decisión anterior, fui a la habitación de Kathy. Se sentía derrotada y maldita por las cosas que Brett le había dicho. Me dije entonces que no sabía si Brett le había dicho ciertas verdades que Kathy rechazaba por hirientes o si Kathy estaba en lo cierto al sentirse victimizada por alguien con una motivación destructiva, pero me sentí más cerca de Kathy que nunca, y quise protegerla en su dolor.

Mi tiempo fue muy limitado, porque acababa de sonar el timbre y estaba ante la puerta un visitante del extranjero con su novia: era Andy Weil, y me traía saludos y un paquete de parte del doctor Idrobo, el botánico que me había ayudado en Colombia. Por ello, apenas les di la bienvenida, me despedí de Kathy por el momento y pasé también a despedirme brevemente de los que estaban reunidos con Brett en la sala de estar, y me parecieron envueltos en una atmósfera de gravedad y parálisis. Contrariamente a lo habitual, me sentí libre de no tener que acomodarme a la pesadez de ese ambiente, sino más bien a encararla con una especie de ligereza mozartiana, y me fui con mis visitantes en el humor de alguien que está listo para alejarse silbando.

Seguí sintiendo esta ligereza mientras conducíamos por Telegraph Avenue. Luego me pareció que algo que nunca había experimentado antes estaba a punto de suceder e imaginé que estaba atravesando por un aura epiléptica. Había leído en Dostoyevsky sobre esa experiencia que precede a los ataques epilépticos y, temiendo caer en la calle, aceleré el paso. En el restaurante me senté de una manera en que mis manos, apoyadas

sobre mis muslos, quedaron presas bajo la mesa: estaba encerrado entre mi asiento y la mesa fija. Si se avecinaba un ataque, el daño sería mínimo. Luego me dejé ir, pero todo lo que sucedió fue que una presión interna pareció explotar suavemente a través de la parte superior de mi cabeza y tuve la curiosa sensación de que una pequeña llama surgía fugazmente sobre mi coronilla. Supongo que fue un evento más en la historia de un despliegue de la kundalini, y me pregunté si no debería darle crédito a Brett por ello.

Cuando le describí esta serie de anécdotas a Peter Gruber unos días después, se rió y comentó: «¿Which witch is which?» (un juego de palabras que se puede traducir como «¿cuál bruja es cuál?»). También me reí al considerar cómo Brett parecía haberme ayudado a aligerarme a través de una intervención paradójicamente pesada.

Poco después de esto Brett se marchó a Canadá y recibí una llamada de personas que querían saber si yo la recomendaba. Mi respuesta fue que prefería confiar en ella, pero que tenía dudas que eran el reflejo de las acusaciones vehementes de mi novia. Me imagino que el propósito de la llamada fue darme un espejo de mi ambivalencia y poner a prueba mi integridad. Con la perspectiva del tiempo, no puedo dudar de que Brett fuese una bruja buena y de que Kathy fuera lastimada por un efecto boomerang de su propia ira defensiva.

Me parece que la profecía de Brett fue confirmada, porque Kathy, que al principio quería tanto prestarme sus manos, se volvería perjudicial para mi vida y mi trabajo.

ANTONIA RAMOS

Antonia venía de España y la primera vez que me visitó (en la pequeña casa de atrás que había estado ocupando desde el tiempo en que la había utilizado Matías) dijo más de una vez: «Nosotros los españoles somos mesiánicos». También más de una vez habló de ser navegantes como Colón, y me explicó que ella era parte de la Société Union Financière Internationale, que reconocí como una organización de la cual había leído en un folleto de comunidades de derviches contemporáneas, publicado por Octagon Press. También era futuróloga y me dijo que había colaborado con Hans Eysenk, cuyos trabajos yo había seguido con atención y habían inspirado mis investigaciones con el análisis factorial en Chile. Siempre me pregunté si era cierto o si fue algo que ella había inventado para hacerse interesante ante mis ojos o para hacerme saber, a través de su conocimiento de este peculiar entusiasmo mío, que podía ver en mi mente.

Aproximadamente un año más tarde reapareció cuando yo estaba en medio de un segundo taller que dirigía en la Universidad de Stanford, nuevamente bajo un patrocinio conjunto con el Instituto Esalen. Ahora estaba presentando una versión destilada del trabajo de Bob Hoffman sobre la reparación de nuestras relaciones infantiles con nuestros padres (que resultó ser un incentivo para su propia versión abreviada).

Después de participar en el taller nos encontramos más de una vez y me explicó que España necesitaba una renovación y que estaba preparada para lo que pudiera ofrecerle la revolución de la conciencia en California. Se esperaba que el gobierno de Franco llegara a su fin, explicó, y luego habría necesidad de inyectar, a través de los viejos canales institucionales, un nuevo espíritu. Propuso que llevase mi trabajo a Salamanca en forma de un programa al que asistirían los profesores de los diferentes departamentos de

la universidad, agregándole así a la enseñanza profesional tradicional un nuevo elemento de desarrollo psicoespiritual. Aunque inicialmente no me interesara hacer nada nuevo, me dejé convencer, y al despedirse me dijo que ya estaría en contacto conmigo al respecto.

Otro año más o menos debe haber pasado cuando apareció nuevamente en mi casa, esta vez en compañía de una mujer más joven que estaba vestida como ella, con botas de montar y el látigo de un jinete en la mano. Explicó que su amiga era una colaboradora suya en el campo de la ciencia general de sistemas y confirmó que quería que llevara mi trabajo a España, pero de una manera diferente a la que me había descrito durante nuestra reunión anterior. Mientras tanto, había formado una empresa llamada Latinop America (donde «op» significaba «optimización»), cuya función sería prestar servicio a ocho universidades españolas.

Me reuní regularmente con Antonia durante esta estadía suya en Estados Unidos y ella se refirió a lo que estaba haciendo en el curso de nuestras conversaciones con la palabra «mentalizar», explicando que era más apropiado que «concientizar», aunque yo podría agregar que tras nuestras conversaciones no habría podido informar sobre lo que habíamos hablado.

Una vez la invité a hablar con los estudiantes del SAT, reunidos durante un retiro de una semana en el centro del Seminario Bautista de Berkeley. No recuerdo el contenido de sus palabras, pero sí su comentario de que estaba «midiendo» al grupo.

Un día me preguntó si consideraría venderle la diminuta editorial que Marilyn había establecido con mi apoyo. Me había sentido incómodo con la calidad del esfuerzo, que se debía a la intensidad de la determinación de Marilyn de hacer algo, así como mi deseo de hacerlo posible. Para entonces *El niño divino y el héroe* estaba en proceso de preparación y había una lista de suscriptores en la pequeña oficina que se había alquilado en una de las casas de la comunidad. Allí se mantuvo una pequeña máquina de impresión y una máquina de composición de IBM alquilada. Sentí que Antonia estaba despojándose de la carga de algo con lo que no me sentía cómodo (así como tampoco me sentía cómodo con la perspectiva de inaugurar la imprenta con un libro propio), así que le di la bienvenida a su oferta. Un día ella trajo un documento listo para mi firma y eso fue todo. Pero al día siguiente hubo una alarma en la comunidad de SAT, porque la sala de impresión había sido forzada y saqueada.

Explicué que era legítimo que Antonia tomara posesión del equipo, pero se me indicó

que no todo en la oficina era de su propiedad. De todos modos, la forma en que Antonia había forzado su entrada y tomado todo no parecía correcta. Me mereció suficiente sospecha entonces su manera de proceder como para aceptar la oferta de Armando de averiguar sobre Latinop Iberica en España, y pronto pudo informarme de que realmente no existía. Me pareció que lo correcto sería contratar la ayuda de un abogado. De hecho, la máquina IBM fue recuperada con su ayuda, pero las acciones que Kathy y yo habíamos invertido en la compañía imaginaria no.

Sin embargo, a lo largo de este episodio de abierto antagonismo sentí que Antonia me había beneficiado al quitarme la imprenta de SAT de las manos y futuras preocupaciones, y llevándome a la determinación de luchar contra ella misma. Al principio sentí que no debía volverme contra alguien que veía como un emisario del mundo sufí, y me significó un cambio interior llegar a decirme: «Puede bien ser una pirata de su majestad, pero ante su acto de piratería me corresponde defenderme».

Cuando nos vimos por última vez, ya declarada la guerra legal, ella me dijo antes de despedirse: «Te quiero. ¿Me quieres tú?». Le respondí que sí.

Como tuve un don especial para reconocer la autoridad espiritual, también me vi limitado por una obediencia exageradamente respetuosa. Entonces Antonia contribuyó a alejarme de tal obediencia, hasta el punto de poder defenderme, incluso si esto significaba volverme contra ella.

Aquellos días la imaginé como un tigre que lucha suavemente contra sus cachorros para enseñarles a luchar y nunca llegué a resentirla. Una situación comparable a aquella fue cuando decidí quitarle sigilosamente la grabadora a EJ que aparentemente se había apropiado: también hice lo correcto, pero sintiéndome como un criminal.

Antonia mencionó varias veces que sentía un gran respeto por Óscar Ichazo, y creo que fue una forma de decirme que un embaucador ético entiende y valora a otro.

En un momento determinado, cuando las cosas empezaban a ponerse tensas, mientras ella garabateaba algo, como respuesta a mi duda me dijo: «¿Ves lo que estoy dibujando?». Lo que mostró era un octágono. Incluso entonces pensé que podría ser una coincidencia, porque no llegué a creer que ella me estuviese diciendo algo deliberadamente. Pero en respuesta a mi duda, me dijo: «¿Recuerdas ese diseño que solías tener en el techo de tu pequeña habitación?». En su primera visita ella me había preguntado al respecto. Era un octágono entrelazado con seis hexágonos que Idries Shah me había enviado con instrucciones de colocarlo en un lugar visible. Era como si ella

estuviera diciendo: «¿No es una coincidencia que esté dibujando un octágono en este momento?» o «¿esto te da una pista de dónde vengo?».

ARMANDO ENTRA EN MI VIDA

Armando era amigo de Babbo, a quien conocí cuando participé en un taller que dirigí en el Bridge Mountain Center por invitación de Michael Conant. Esto ocurría poco después de mi regreso de Arica, cuando todavía podía transmitir una experiencia espiritual a través de la mirada (algo conocido en la cultura india como shaktipat, que los discípulos de Óscar en Arica llamaban traspaso, adoptando el término español de Óscar para «traspaso de conciencia»).

Babbo no solo reaccionó dramáticamente a esta comunión silenciosa de conciencias, sino que posteriormente sus experiencias parecieron hacerse eco de las mías, como si continuáramos conectados. Esto fue con relación a los movimientos espontáneos y una sensación de transformación en el cuerpo: era como si le hubiera transmitido no solo un estado momentáneo de conciencia sino una semilla de mi propia mente, que continuó desarrollándose en él. Luego se unió a mi segundo grupo de SAT y cuando reuní a mis dos grupos para nuestra primera reunión de ocho días me preguntó si podía traer a un buen amigo suyo que estaba de visita. Debe haber sido una expresión de mi excepcional consideración por Babbo que consentí.

El primer día de este primer retiro grupal entré en la gran sala de reuniones en Hearst, me senté y vi al fondo de nuestra amplia sala a alguien con la cabeza afeitada que no había visto antes, y asumí que era el amigo de Babbo. Tan pronto como nos miramos, nos sumergimos en un encuentro silencioso que luego describió Armando como una absorción simultánea en Dios. Me permití la experiencia durante algunos minutos antes de dirigirme al grupo, confiando en que los presentes no necesitaban ninguna

explicación, porque ya habían presenciado esos momentos de traspaso, y supongo que algunos de ellos disfrutaron del aura del éxtasis sagrado.

Más tarde, cuando Armando y yo tuvimos una reunión personal en mi casa, quedé encantado con su apertura, sabiduría y simplicidad, así como con un sentimiento de completo entendimiento entre nosotros. Recuerdo haber compartido con él mi impresión de que estaba pasando por una etapa salomónica en mi vida interior, con lo cual me refería a una gran abundancia al borde del deterioro, y como él no parecía estar de acuerdo le expliqué que había hecho un viaje por el Árbol de la Vida y que ahora estaba en el lugar de Malkuth, el Sephirot o emanación inferior, correspondiente a Salomón, que en la alegoría bíblica representa a la vez una culminación en el desarrollo de la conciencia y el comienzo de una decadencia (que se explica a través de la historia de su indulgencia con las culturas y las religiones no judías). Armando sonrió ante mi insistencia en esta identificación salomónica y dijo: «No, eso no puede ser». Sentía que había alcanzado un pináculo tras el cual me esperaba un descenso, y que esto se confirmaría en el transcurso del tiempo.

Después intercambiamos algunas cartas: continuábamos en notable sintonía. Por ejemplo, en un momento en que mi escritura tomaba forma poética, o al menos rítmica, recuerdo que le escribí: «¡Me pregunto por qué en mi escritura todo parece fluir en una especie de ritmo!». Las muchas instancias de tal coincidencia vivencial me dieron la impresión de que él estaba de alguna manera en contacto conmigo y podría deliberadamente darle expresión a experiencias o pensamientos míos mientras me escribía sobre sí mismo. Sospeché que era alguien espiritualmente más avanzado que yo, en el papel de un maestro oculto.

Una vez, por ejemplo, pensé en viajar a España e inmediatamente él me sugirió que podría ser mi taxista y llevarme a conocer ciertos lugares sagrados. Parecía que estaba dispuesto a ser nadie y que estaba abierto a cualquier cosa. ¿Y de cuántas personas podría decir esto? Sin embargo, en la vida ordinaria, trabajaba para la empresa comercial de un conocido y vivía con esposa e hijos en una gran casa en Las Palmas.

Más tarde, mientras asistía a un retiro con Tarthang Tulku, Armando viajó una vez más a Berkeley y se quedó en la casa de Marilyn (después de haberme mudado a la casa de Kensington que ella misma me había señalado). Cuando me visitó, al terminar mi retiro, me indicó que había venido a ayudarme a través de su cercanía, pero que ahora

estaba listo para regresar a España porque yo había pasado a otro nivel. De hecho, sentí que efectivamente en un día específico mi cuerpo parecía haberse soltado y mi mente se había vuelto más tranquila.

Fue en estos días cuando comenzó mi tic-tac, que se convertiría en un aspecto importante de mi vida en la nueva etapa que comenzaba.

Llegó el momento en que Kathy y yo viajamos a España, instados por Antonia Ramos, y también aceptamos la invitación de Armando de pasar un tiempo con él en Las Palmas. Él siempre vestía de azul y yo asociaba su cráneo bien afeitado al de un sacerdote egipcio. Frecuentemente hablaba de sí mismo como el Cristo venidero, que se encontraría con un Anticristo y sería martirizado. Nuevamente me pregunté si él tenía la intención de reflejar mis propios pensamientos mesiánicos o si realmente albergaba tales expectativas.

De esta época recuerdo escucharle decir que cuando las personas le preguntaban ¿cómo estás?, solía responder: «Defendiéndonos como pobres». Nunca había escuchado esa expresión antes, pero era como si me estuviera aconsejando que esa era la forma de estar en el mundo. No estar ebrio de la abundancia de tu riqueza, no estar enamorado de ti mismo, estar en contacto con el hecho de que eres pobre. Y aunque esta actitud no era parte de mí durante los dos años y medio que duró el grupo de Berkeley, llegó un momento en el que ya no me sentía próspero; la etapa del maná celestial estaba llegando a su fin y apenas podía cuidar de alguien más que no fuera yo.

Jan es un matemático sueco, gran admirador del *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgestein, entusiasta del tenis, que apareció frente a mi puerta un día mientras yo vivía en mi casa de Kensington en las postrimerías de los años setenta.

No sé quién le dijo dónde encontrarme, pero halló una puerta oculta que daba a un piso inferior que solo algunos íntimos conocían. Apenas le abrí esa puerta, me dijo «hola» con su estilo sueco sencillo, directo, natural y alegre. Creo que las primeras palabras que siguieron fueron las de una canción que había escuchado en una película sobre el legendario Scarlet Pimpernel: «Lo buscan aquí, lo buscan allí, lo buscan en todas partes...». Me contó que me había estado leyendo en Suecia y había venido a California para conocernos a Alan Watts y a mí, que éramos sus autores favoritos. Había apreciado mucho *The One Quest*, que consideraba muy musical en la forma en que había sido construido. Jan siempre me dijo, sin sombra de grandiosidad o emoción, de una manera ligera pero perfectamente seria: «Claudio, tú no eres un terapeuta, eres un profeta».

Jan ha sido una influencia muy saludable en mi vida y poco después de nuestra reunión inicial acepté su invitación de alojar en su casa junto al lago Leksand en el norte de Suecia central, donde escribí sobre mis experiencias en Berkeley durante los años sesenta. Volví allí más de una vez en compañía de Lili, quien entró en mi vida en el año 84, y aún más tarde con Katriona, una amiga sueca de Jan, también de esa región, que se convirtió en un vínculo frecuente entre nosotros.

Dice Katriona que Jan es un ángel mensajero de una conciencia superior a la de la humanidad ordinaria, y me inclino a pensar que sea cierto. Al menos no me sorprendió

cuando hace algunos años me recordó lo que me había dicho al conocerme, y luego agregó: «¿Lo ves? Ya está sucediendo... Estás comenzando a funcionar como un profeta». Y, de hecho, varias personas que han escrito sobre mí (como el antropólogo Arno Vogel y EJ) han señalado que mi voz les llega como la de un profeta.

Una de las últimas veces que vi a Jan fue cuando me encontré con él en una estación de metro que nunca antes había visto en San Francisco, y más específicamente en un nivel de profundidad mayor de la que había conocido hasta ahora en una estación de San Francisco. Había llegado allí después de acudir al consulado de España y buscaba un tren que me llevara a Berkeley. Tan pronto llegué a la plataforma que buscaba, Jan salió de otro tren y me dijo: «Algunas personas inducen estados alterados de conciencia, pero tú me provocas estados alterados de realidad».

Como en su vieja declaración acerca de que soy alguien con un rol profético, parecía invitarme a considerarme como alguien más inusual de lo que pensaba, dotado de poderes que nunca reivindicué. Por lo menos debo reconocer que los sucesos inusuales se han vuelto comunes en mi vida de viejo. Lo que me lleva a preguntarme cómo una persona tan simple, ordinaria y sin pretensiones como Jan puede haber sabido tanto.

Creo que puede ser apropiado que termine este informe miniaturizado sobre Jan diciendo que he escuchado a mucha gente hablar sobre cómo quieren terminar sus días, pero él ha sido el único que me ha dicho que preferiría que fuese jugando tenis.

IV. AGUJERO NEGRO

1

INVIERNO

He comparado mi proceso de desarrollo a lo largo del tiempo con el de una planta en crecimiento, y he observado que si el retiro en el desierto fue un brote de nueva vida en el seno del invierno, el tiempo después de la Pascua de 1971 fue una primavera, y el comienzo de mi enseñanza en Berkeley un verano exuberante, seguido por una caída otoñal.

Mi tiempo en Arica fue el comienzo de un ciclo que tuvo su fase de expansión y de contracción, e incluso durante la fase expansiva del proceso pensé en ello como algo equivalente a la muerte de una semilla en el curso del desarrollo de una planta. Pero por muy cierto que pueda ser que comenzamos a morir en el momento de nacer, es más apropiado decir que comenzamos a morir más adelante en la vida, cuando un proceso involutivo, que siempre ha estado presente, pasa a estar en el primer plano de nuestra experiencia.

En el dominio espiritual, si una muerte implícita está presente en el comienzo mismo de una vida superior, solo sentimos que estamos muriendo cuando el aspecto expansivo del crecimiento da paso a un proceso de maduración y transformación, de forma muy similar a un árbol en otoño que pierde sus hojas viejas y continúa nutriendo su fruto.

La temporada de otoño de mi viaje interior fue para mí el período en que comencé a dar un paso atrás respecto de la situación que había creado. Este había sido mi bebé, más que cualquier creación intelectual: una huella de mi ser en el mundo social, en la forma de una comunidad viva, que incorporaba una comprensión compartida y una red de relaciones que equivalía a un cuerpo colectivo con un propósito común.

Pero ya tenía ganas de liberarme de esta criatura, que con el tiempo confiaría a las

manos de nodrizas, aunque no sin las bien conocidas reacciones a una separación dolorosa: la depresión y la ira, a pesar del amor y el agradecimiento que hasta ahora me habían nutrido.

Después de un período de extrema intensidad y compromiso, sentí que necesitaba reponerme. Me pareció que, así como la energía potencial de un cuerpo a cierta altura se transforma en energía cinética a medida que cae, después de un tiempo de intensa y extensa interacción con las personas había perdido la elevación en el proceso de dar fruto. Más que nunca, estaba perdiendo acceso a los estados espirituales que habían sido la fuente de mi inspiración y vitalidad, y también mi visión de las cosas carecía de la precisión y la pureza que había conocido cuando comencé a enseñar. Mi sentido de una guía interior también se había vuelto nebuloso, y comencé a dudar de mí mismo: cada vez más invalidaba mi experiencia, mi pasado y lo que estaba haciendo, y ya no podía continuar funcionando cómodamente o eficazmente como hasta entonces.

Sin embargo, me había apegado lo suficiente al papel de maestro como para sentir que debía estar a la altura, y las expectativas que había generado me dificultaban abandonar el carrusel que había puesto en marcha.

Si bien había funcionado como el portavoz de una inspiración superior, después de sentir que había dejado mi ego atrás, ahora volvía a sentirme como una persona común y, al ver mis imperfecciones, me sentía incómodo con mi rol carismático.

Más tarde llegué a pensar que si hubiera dejado el país a tiempo, algunos de los que estaban bajo mi influencia se habrían salvado de seguirme hasta el oscuro valle que vi abrirse frente a mí. Sin embargo, a pesar de cierta ansiedad, confiaba en que me dirigía hacia una temporada en un purgatorio no menos importante que el cielo, y encontré algo de consuelo en el pensamiento de que esto podría ser igual para los que estaban cerca de mí. ¿No es cierto que ser elevado es un regalo, mientras que el camino hacia adelante y hacia atrás depende de lo que hagamos con ese regalo?

El valle de la sombra que siguió fue el más profundo de mi vida y no veo cómo podría haber aguantado mi temporada invernal sin venir desde una altura comparable. Llamé al estado en el que ingresé «mi agujero negro», adoptando un símil utilizado por mi amigo Armando, quien al visitarme en Berkeley después de un año de ausencia, señaló que mi casa apestaba a muerte.

Encontré la imagen de un agujero negro más apta que la noche oscura del alma, propuesta por Juan de la Cruz, ya que transmitía no solo oscuridad sino también

implosión. Pues así como un agujero negro es una estrella contraída antigua que se ha vuelto tan compacta que su gravedad capta su propia luz, la fase en la que me encontré después de mis días de expansión fue una contracción en términos de sentimiento y voluntad, y una disminución de mi productividad visible. Así entré en una etapa de hibernación espiritual.

Incluso después de haber dejado de asistir a las reuniones del SAT, durante algún tiempo continué enseñando en el Instituto Nyingma. Pero llegó un tiempo en que casi siempre me quedaba en casa meditando o atendiendo el flujo de energía en mi cuerpo. Solo que después de encontrarme con Frank Barron en la calle acepté su oferta de ofrecer un curso de Psicología Humanista en el Campus de la Universidad de California en Santa Cruz. Lo hice durante dos semestres consecutivos.

Al comienzo de este descenso sentí como si me estuviera pudriendo psicológica y físicamente. Psicológicamente todo parecía conducir a su opuesto, de modo que todo era verdad al mismo tiempo, y esto me llevaba a una desintegración de certezas y a una correspondiente aceptación de no saber. Sin embargo, al final me sentí cómodo en el caos y recuerdo haber notado que estar cuerdo o no, no afectaba en mi vida práctica: había dejado de confiar en la razón como guía para tomar decisiones. Físicamente, tenía la sensación de estar lleno de gusanos, particularmente durante la meditación, y esto tampoco era tan desagradable. (Cuando asistí al primer retiro de Goenka en Estados Unidos, en una gran tienda con cientos de personas, me senté cerca de la entrada junto a un indonesio y la primera pregunta de Goenka después de la meditación inicial fue: «¿Quién se siente lleno de gusanos?». El indonesio y yo levantamos nuestras manos.)

El escenario que siguió fue más incómodo. Mientras mis percepciones y motivaciones cambiaban, seguí involucrado en roles y situaciones que se estaban volviendo obsoletas, y ese era mi mayor agotamiento.

Ahora no recuerdo cuánto tiempo pasó desde que fui hospitalizado por una fiebre causada por una infección pulmonar. Esto interrumpió mi trabajo como voluntario en la construcción del monasterio de Odiyan, donde me habían asignado el trabajo de pintar las paredes interiores de las habitaciones.

Curiosamente, durante los días previos a ir allí me ofrecieron la opción de un seguro, que implicaba la entrega de la autoridad del Lama, y la rechacé, solo para encontrarme en el Hospital Herrick unos días después.

Después de rechazar la opción de la cirugía, no permanecí por mucho tiempo, pero

continué teniendo una ligera fiebre durante años, hasta que un sanador filipino al que consulté en camino hacia una conferencia sobre bosques en Malasia, pareció quitarme extraños tejidos de mi cuerpo y mi fiebre cesó, a pesar de mi sospecha de que pudiera haber habido en ello prestidigitación.

Antes de que esto sucediera, todo el entusiasmo parecía haber desaparecido de mi vida y también mi creatividad, y cuando Brough Joy me dijo que no estaba interesado en vivir, me pareció una declaración verdadera. Era una opción válida para mí dejarme morir, agregó, pero también dijo que podía elegir vivir y me pareció que había una diferencia al enfrentarme a esta opción, ya que en mi deseo de acabar con mi ego cultivando el desapego me había empobrecido, como si la amortiguación de viejas motivaciones me hubiera dejado en un estado de pasividad, estancamiento y muerte.

Es cierto que ya en Arica yo habría renunciado a todo mientras me preparaba para encontrarme con lo divino en el desierto, pero esa muerte psicológica que había constituido el trasfondo implícito de mi nuevo nacimiento había permanecido invisible para mí, pues mi salto a la nada había sido eclipsado por los tesoros internos de una revelación progresiva. Sin embargo, ahora un proceso de muerte estaba en el primer plano de mi experiencia y pude entender como nunca antes el símil cristiano sobre la muerte del viejo Adán.

Todavía pasaría mucho tiempo antes de que este descenso de la abundancia a la escasez me blanqueara y llegara a sentirme una mejor persona, pues después de sufrir de mera sed espiritual y aridez (y la vergüenza que acompañó una pérdida de estima por parte de seguidores y colegas), sentí que había llegado a una calidad de sufrimiento propia del infierno.

Me parece que, tal como Dante imaginó en su *Divina Comedia*, cada uno de nosotros llega al tipo de infierno que corresponde a nuestro pecado característico, al centro de nuestro tipo específico de personalidad, y mi pecado o infierno no era el de las ardientes llamas de la ira ni del deseo, sino ese infierno en que Dante pone a los que no actuaron ni bien ni mal, sino que, como Pilatos, se lavaron las manos. De la misma manera como había sido un niño zombi y una persona sin emociones, lo que percibía como mi pecado más horrible era algo que solo había vislumbrado fugazmente y que podría compararse con la condición de un hombre de paja.

Tal vez lo viví de manera más conmovedora un día durante mis años de estudiante de Medicina, cuando entramos con Carmen a su casa y vi nuestras imágenes reflejadas en el

espejo frente a la puerta de entrada. Había algo que me desagradó tan intensamente en mi expresión que intenté explicárselo sin lograrlo, y después de haberlo vivido completamente durante la etapa más oscura de mi oscurecimiento posiluminativo comprendo lo que era: podría llamarlo insustancialidad, en contraste con la expresión en el rostro de Carmen, que mostraba a un ser propiamente vivo. Pero la insustancialidad apenas transmite una comprensión de lo que quiero decir a cualquiera que no haya sentido lo que quiero decir. Más exactamente se trata de lo que en inglés se llama un hombre de paja y en francés un pantin: alguien hueco, que existe «como si», solo pretendiendo estar allí.

Ahora puedo entender que viví lo mismo durante mi primera sesión de LSD con Leo, en ese momento en que me encontré incapaz de decir nada por una vergüenza insoportable que me llevaba a olvidar lo que fuese que tuviera la intención de comunicar. Solo que ahora, en la temporada invernal de mi viaje interior, estaba empobrecido como si hubiera perdido mi alma, y cuando estaba en compañía de otros, la experiencia era como sentirse un tonto.

Socialmente sentí que tenía poco que ofrecer y esto me avergonzó y me hizo sentir tímido, tal como lo fui cuando era joven. Intellectualmente, todavía podía funcionar como académico, pero perdí mi creatividad. Y mi diario, que había conservado desde los veinte años, desapareció por falta de algo significativo que consignar. También me sentía incapacitado en términos de algún aspecto de la inteligencia social, pues a menudo necesitaba preguntar sobre el significado de algo que acababa de decirse, como el doctor Cottard en *Por el camino de Swann* de Proust. Ya de joven me había identificado con este rasgo del doctor Cottard, pero ahora estaba atravesando por una intensificación de esta discapacidad.

Me interesó leer fragmentos de *Mysticism* de Evelyn Underhill, donde documenta la evolución de una serie de santos cristianos que experimentaron la noche oscura del alma y muestra con qué frecuencia este desarrollo implica una pérdida de virtud que sigue la vía iluminativa de los novicios.

Tal vez la desactivación de mi vieja personalidad podría haberme alegrado si me hubiera impresionado como la muerte de una mera parte de mí mismo, pero me pareció que nada positivo permanecería mientras continuaba mi descenso y, aunque seguía abrigando una esperanza que parecía emanar de mis experiencias espirituales pasadas, un día alguien que había cruzado el canal de la Mancha y estaba como yo visitando a Baba

Muktananda en su áshram me dijo: «Te veo desesperado, y eso no es bueno». Y tuve que aceptar que esto también era cierto.

Según la versión del Árbol de la Vida que nos había presentado Óscar Ichazo, donde las veintidós cartas del Tarot se entienden como representaciones de los caminos que unen los diez sefirot, yo era el Loco, que conectaba a Yesod con Malkuth (equiparados en su interpretación de la luna y la tierra respectivamente). Nos había presentado este arcano como la representación de un salto que lleva al individuo de la tierra del sentido común a la luna de la fantasía neurótica, pero también como la posibilidad de un salto en la dirección opuesta, que podría devolvernos de la locura a nuestros sentidos. Y como él también nos había explicado en Arica que el camino por el cual nos guiaría sería el camino del Loco, ahora me pareció que había saltado hacia una especie de delirio místico que me había llevado al fondo de un abismo. Sin embargo, esto conllevó alguna esperanza de que, como afirma Blake, viviendo nuestra locura podamos volvernos sabios.

En retrospectiva, diría que he sufrido dos episodios de locura implícita en mi vida: primero una excitación criptomesiánica, durante mi aprendizaje temprano, y luego su polo opuesto en el momento más bajo de la contracción, cuando mi ilusión no era de grandiosidad sino de inutilidad.

Con el paso del tiempo me encontré de nuevo en la condición de un ser humano ordinario, lo que fue un alivio pero no un triunfo, pues volví a sentirme como me había sentido cuando fui un niño tímido e inseguro. Pero me alegré de volver a la condición humana después de un tiempo de desespiritualización. Me sentí como un animal simple, como nadie especial, a pesar de los muchos logros de mi vida. Podría comparar mi estado durante ese tiempo con el de Ulises cuando regresa a Ítaca y se encuentra con su hijo Telémaco en el humilde entorno de una porqueriza.

Así como durante el invierno, cuando los árboles parecen muertos sin su follaje y la circulación de la savia continúa, también durante este tiempo de inactividad psicoespiritual aparente un proceso sutil de transformación estaba teniendo lugar en mi cuerpo, comparable al del desierto, pero físicamente más evidente, a pesar de la ausencia de los concomitantes visionarios o intelectuales del comienzo. Involucraba el movimiento del prana en los nadis, que sentía como si se estuviera tejiendo un capullo a mi alrededor y se acompañaba por una sensación de cumplimiento inminente. Sin embargo, a medida que transcurría un año se hizo evidente que esta promesa, al igual

que la finalización del entretejido de Penélope, se posponía para el futuro. Por eso, pese al empobrecimiento de mi vida exterior, me sentía como si estuviera viviendo un embarazo del que presentía un fin inminente. Y mientras mi intuición del cumplimiento ineludible continuaba proyectándose (más de una vez dije que parecía estar incubando un elefante o bromeaba acerca de estar, como Pinochio, en el vientre de una ballena), seguí creyendo en la misteriosa metamorfosis, que se convirtió en mi principal foco de interés, y sobre todo creí que la naturaleza no querría que su inversión en mí terminase siendo un desperdicio.

2

EL SÍNTOMA EN TORNO AL LENGUAJE DE LAS MANOS

Aparte de sentirme internamente empobrecido hasta el punto de avergonzarme en la sociedad, desarrollé otro síntoma: no solo me sentía como un idiota social, sino que me sentía como un idiota que no sabía qué hacer con sus manos.

Así como durante mis días en el desierto los movimientos y gestos de mis manos se habían convertido en el foco de una inspiración particular, llegó un momento en que los gestos con las manos se convirtieron en un tema de preocupación, un síntoma, una discapacidad. Y precisamente porque mudras o gestos arquetípicos habían sido una expresión prominente de mi vitalidad espiritual, ahora me interesó mucho la observación del uso de las manos, que comencé a notar en otras personas durante la interacción social ordinaria. Pronto esto no fue solo una cuestión de curiosidad gratuita, ya que mi deseo de entender lo que percibía como una dimensión comunicativa de estos gestos, ya sea durante conversaciones informales o en conferencias públicas, coincidió con una época de mi vida en la que no podía involucrarme con un lenguaje corporal que todo el mundo dominaba con fluidez, y esto parecía implicar una incompetencia peculiar mía, que además consideré como la expresión de algo vergonzoso.

Al principio observé tales gestos en unas pocas personas que me inspiraban gran consideración y por eso lo sentí como algo muy especial. Poco a poco descubrí que su uso era casi universal y que incluso los niños participaban de este lenguaje que estaba fuera de mi alcance.

Muy poco después, una tarde en la que había invitado a Huston Smith a acompañarme a una presentación de *La Montaña Sagrada* de Jodorowsky en San Francisco, esperamos

a su hijo sentados ante una mesa de café en un bistró cercano y, como por alguna razón debimos esperar mucho tiempo, pude ver que sostuvo sus manos en esa misma posición durante todo el tiempo de nuestro encuentro y sentí como si Huston estuviera comunicando algo, aunque nuevamente no pude saber qué. Parecía bastante apropiado que me estuviera saludando de esta manera ceremonial en lugar de hacerlo de manera informal, y me sentí gratificado por ello (porque el gesto obviamente transmitía respeto), pero también un poco incómodo, porque imaginé que podría esperar una respuesta y no sabía cómo responder. ¿Debería sostener mis manos en el mismo gesto? A pesar de sentir que debía hacer algo, como cuando uno responde a un saludo, no me parecía que fuese correcto aventurarme en un idioma que no podía entender. A pesar de mi relación amistosa con Huston desde los años sesenta en Esalen, no me sentía autorizado a hacer lo mismo y me causaba cierta perplejidad la contradicción entre la sensación de que continuaba sintiendo como si parte de mí estuviese más adelante en el camino de la mayoría de la gente (Huston incluido), aunque la timidez en el uso de las manos implicara lo opuesto.

Un yo grandioso junto a un yo inseguro parecían coexistir dentro de mí, tal como lo había observado durante mi estadía con Natalie en Caracas, durante los años sesenta, cuando en respuesta a la pregunta sobre nuestros peores rasgos de carácter le respondí que me sentía al mismo tiempo incomparable e insignificante.

Este fue el comienzo de un largo tiempo durante el cual los gestos de las personas los convertían en expertos en algo que yo no entendía, en tanto que mi discapacidad me parecía una prueba visible de algún defecto vergonzoso y se reforzaban recíprocamente mi inseguridad y mi torpeza.

¿Había sido demasiado autista hasta entonces para notar lo que las personas hacían con sus manos, y por ello no me había adaptado? ¿Había estado demasiado metido en mi cabeza o demasiado involucrado en el contenido de las conversaciones para advertir el contexto de sus movimientos expresivos? ¿Era mi ignorancia actual de lo que me parecía un lenguaje común el resultado de haber crecido, por así decirlo, en una cueva?

Aunque hubiese conocido tales gestos como una extensión espontánea de la meditación, y esto me diese una idea de su importancia, imaginé que al no haber aprendido su uso conversacional cuando niño era inútil intentarlo ahora de manera imitativa; y mientras otros parecían sincronizar su expresión gestual de manera intuitiva o instintiva estando en compañía, yo parecía carecer del instinto adecuado.

Ni siquiera entendí si eran personas especiales las que se expresaban de esa manera, o situaciones especiales las que lo hacían apropiado. Esto último pareció ser el caso en ocasiones como las que presencié mientras viajaba con Su Santidad el decimosexto Karmapa en Canadá. En la plaza frente a la catedral en Toronto, una multitud densamente apretada esperaba que llegara y vi entonces algo que nunca había visto antes: una gran multitud donde todos sostenían sus manos en el mudra de meditación, con las puntas de los pulgares tocándose por sobre las manos.

Experiencias como esta reforzaron mi sensación de que se trataba de algo con un significado espiritual, pero también estaba claro que no solo los niños mostraban la habilidad que me faltaba. Un día el hijo de Dee Dee, de seis años, me puso a prueba, usando sus manos y comportándose de tal manera que me pareció imperativo responderle, pero no supe cómo. También cuando fui profesor en visita de Psicología Humanista en el campus de la Universidad de Santa Cruz, algunos miembros del personal me dijeron que para visitar la secretaría se requería una contraseña determinada y sospeché que querían darme una pista para que me comportase como una persona más normal.

Por supuesto he experimentado a veces con la imitación, pues ¿cómo aprende un niño después de todo? Pero seguí sintiendo que no era correcto hacerlo y no supe lo que podría hacer alternativamente.

Por sorprendente que haya sido el movimiento espontáneo para mí cuando descubrí el baile en los años sesenta, y luego mientras meditaba en el desierto, ahora sentía que en un contexto social se trataba de algo muy diferente.

Uno de mis momentos más embarazosos ocurrió cuando me invitaron a dar una charla en una iglesia en Rotterdam, y cuando estuve frente a la congregación vi que la mayoría de las personas juntaban sus palmas ante el pecho como si estuvieran orando y así permanecieron por bastante tiempo durante el comienzo de mi charla. Sentí que sería estúpido o insincero hacer lo mismo y no encontré nada mejor que hacer que dejar mis brazos colgando a los lados. Pero me sentí agobiado por mi inadecuación, nutrida por lo ridículo de que alguien tan obsesionado con el asunto estuviese en una posición de una autoridad espiritual. Era como si me dijese a mí mismo: ¿quién soy yo para poner mis manos en una posición tan sagrada si estoy tan lejos de lo sagrado? Para permitirme usar ese gesto mi estado de conciencia debía estar a la altura y comunicar sacralidad. ¿Estaba

siendo excesivamente escrupuloso? ¿O era resultado de un empobrecimiento espiritual contrario al sentido de abundancia espiritual que había conocido en un tiempo anterior?

La gran disonancia entre mi papel ostensivo y mi parálisis expresiva se hizo más llamativa cuando enseñé en el campus de Santa Cruz durante dos semestres sucesivos. Los jóvenes en mis clases usaban de tal manera sus manos que me pareció que quisiesen consciente o inconscientemente evocar una respuesta por mi parte. Recuerdo, por ejemplo, que uno de ellos unía por la punta de los dedos sus manos cruzadas, lo cual era casi una hazaña acrobática. Entonces también me sentí invalidado por no saber cómo responder, y llegué a preguntarme: ¿qué estoy haciendo aquí en esta posición de enseñarle algo a personas ante las cuales debo aparecer como un extraño que carece de los fundamentos para estar entre ellos? Me pareció que, a diferencia de los seres humanos normales, parecía exhibir una patología tan sorprendente que me sentía como si hubiera estado como en las nubes durante la mayor parte de mi vida. Y dado que mi ansiedad por el uso de mis manos me distraía de mis palabras y de mi intención de enseñar, influyó mucho en mi efectividad como profesor.

Una vez me mostraron una película de Buckminster Fuller dando una charla sobre algo bastante mundano: explicaba cómo había aprendido a esquiar a los setenta años, y durante toda la conferencia mantuvo sus manos en la posición de oración. Luego me dije que podía resolver el problema sosteniendo mis propias manos así; pero no podía permitirme hacerlo, porque me sentía demasiado ridículo. Tendría que sentirme muy substancial y mis palabras también deberían tener un gran peso antes de poder sostener tal gesto. Y, dado que no sentía que mis palabras procediesen de mi ser integral, habría sido una hipocresía hacerme pasar por alguien que pretende enseñar.

Personas amigas me han dicho más de una vez que le doy demasiada importancia a gestos espontáneos de las personas que no tienen una intención comunicativa especial, y me ha sido difícil creerles. ¿He percibido correctamente la deliberación de sus gestos o han tenido razón mis amigos? Necesitaba saber: ¿las personas tienen conciencia de este lenguaje espontáneo, o es un error pensar que hay un lenguaje que debe aprenderse o comprenderse?

A diferencia de la mayoría que me ha dicho que la gente no sabe lo que hace, Jim Simkin, a quien visité durante ese momento oscuro de mi vida, en vez de explorar el tema a través de una sesión típica de Gestalt (que podría haberse centrado en mis movimientos o en mis manos), me dijo algo en un idioma que me pareció ruso (aunque

no estuve seguro de que no fuera más que una jerigonza). Le respondí en un pseudoruso que me viene naturalmente, y en respuesta me explicó que efectivamente me había hablado en ruso; por lo que concluí que era mejor no participar en una comunicación que no entendía. Pero persistió mi incomodidad de no comprender y el sentimiento frecuente de que los demás esperasen de mí una respuesta cuya ausencia constituía una forma de grosería.

Un recuerdo más relataré de lo que podría considerar mi investigación sobre este tema: una vez estuve con mi amigo Jan en una cafetería en el pequeño pueblo de Leksand, en Upsala. El lugar estaba casi vacío a excepción de una mesa distante en el rincón más alejado, donde estaba sentado un hombre solo. Hablábamos en inglés precisamente sobre este tema, con un tono de voz tranquilo que no me pareció que pudiera escucharse desde esa distancia, y no estábamos moviendo las manos. Noté que el hombre en ese rincón alejado comenzó a hacer un gesto que nunca antes había visto, similar a la rotación de los pulgares, que tiendo a asociar a la impaciencia de un viejo sacerdote, cuyas manos con sus dedos entrelazados descansan sobre su vientre. Este hombre tenía sus manos con los extremos de los dedos unidos y comenzó a girar sus muñecas, lo que a cualquiera le resulta muy difícil de hacer (yo puedo hacerlo porque siendo pianista he desarrollado una independencia y destreza inusual de los dedos).

Para mí este gesto constituía una respuesta sorprendente al tema que estábamos debatiendo (acerca de si tales movimientos fueran intencionales o involuntarios), pues ¿cómo podía ser involuntario un movimiento tan complicado? Sin embargo, Jan insistió en que solo era una coincidencia y una actividad inconsciente. Debí entonces preguntarme si no existía algún acuerdo implícito acerca de que tales gestos fuesen secretos.

En otra ocasión, los amigos con quienes estaba alojando en Roma me recomendaron tomar el tren que sale de la pirámide en Ostiense para dirigirme al aeropuerto. Así lo hice, y segundos después de entrar en un compartimento entró alguien más y se sentó frente a mí. Llevaba un maletín que cubrió con un trozo de tela naranja, entrelazó sus manos poniéndolas sobre la parte superior y cerró los dedos pero con los dedos índices apuntando hacia delante, lo cual me impresionó como un gesto audaz y llamativo. Era extraño para mí estar solo frente a él y mirar sus manos que apuntaban hacia mí. Me sentí como si estuviera ante un maestro anónimo que implícitamente me estaba instando a adoptar el mismo gesto, como si no fuera correcto que persistiera en no hacer nada. Me

las arreglé para mantener la postura durante unos cinco minutos y me pareció como si en cierta medida hubiera roto el tabú.

Sin embargo, no he respondido a los gestos de los vecinos en trenes, aviones o teatros, y he observado que ellos comúnmente responden a mi falta de respuesta cruzando sus brazos, lo cual he interpretado como una forma de rechazo. A veces han procedido a entrelazar los dedos de ambas manos y luego, girando las palmas hacia afuera, las empujan hacia adelante, como si de manera despectiva pusieran fin al intercambio. Sin embargo, por más que intento decodificar estos mensajes del lenguaje corporal, la mayoría de las veces permanezco en la incertidumbre y con frecuencia, en el teatro, en una charla, o en un concierto, mi incomodidad me ha distraído de la música o de lo que se decía.

Este ha sido mi principal síntoma. No recuerdo un problema semejante antes de viajar a Arica, cuando me preparaba para un viaje que podría no tener retorno. A veces, por supuesto, cuando después de Arica volví a la casa de mi madre, ella me ponía de malhumor y esto tenía el efecto de hacerme sentir como si realmente no hubiera evolucionado. Pero en general, después de Arica, me encontré completamente libre de ansiedad, depresión o preocupaciones. Esto no quiere decir que no haya habido problemas en mis relaciones con otras personas. Pero nada como la cuestión de los gestos con las manos me puso en contacto con una inmadurez que contradecía toda idea de haber llegado a alguna parte en mi evolución espiritual.

Ya he hablado sobre el zorro, descrito por Hubert Benoit en su libro *La doctrina suprema*, que está plagado de pulgas y se sumerge en un estanque. Las pulgas son lo suficientemente inteligentes como para refugiarse en la punta de su cola, que no está sumergida, pero aún más inteligente es el zorro que, arrinconándolas, las muerde a todas hasta la muerte.

El problema de mi mano a menudo me ha parecido algo similar a tener todas mis pulgas acorraladas en la punta de la cola, como si toda mi neurosis estuviera concentrada en este síntoma aparentemente estúpido y en mi preocupación por esto. Durante los últimos años, a veces, cuando me relajo y la energía fluye hacia mi cuerpo, parece que se vuelve un poco más espesa cuando llega a mis manos, como si estuvieran hechas de tejido esponjoso que se infla. Hay un sentido de profunda satisfacción e incluso santidad, como si se estuviera vertiendo en ellas un elixir sagrado, y es una de las mejores cosas que conozco.

En relación con esto, relataré otra anécdota inusual: en el áshram de Muktananda vi alguna vez a alguien con la cabeza afeitada y una apariencia muy llamativa, que llevaba guantes de boxeo. Me pregunté si podría tener algo que ver con la sensación de que mis manos a veces parecían inflarse con una corriente de energía. Le pregunté: «¿Por qué usas esos guantes?». Me replicó: «Porque siento tan fuertemente la Shakti de Baba, que trato de aislar mi cuerpo, para evitar que escape a través de mis manos».

Creí que no me estaba diciendo la verdad, pero era como si quisiera indicar una familiaridad con mi experiencia y funcionó para que me hiciera más consciente de este fenómeno. Entonces me pareció bien que no se explicase correctamente, porque la experiencia pertenecía a un mundo secreto, verdaderamente un dominio esotérico. Mentía, entonces, para guardar el secreto.

Una vez, en la década de los noventa en París, consulté a Jodorowsky sobre esta preocupación y creo que su consejo me ayudó: «Acepta que eres un monstruo». También Laing reconoció mi síntoma como tal e incluso lo notó antes de que yo le hablase de ello. «Solías mover las manos con gran sutileza cuando bailabas», comentó. Pero su intento de ayudarme no tuvo éxito.

3

ZE

Conocí a Sergio Miranda en una reunión científica en el *Exploratorium* de San Francisco, a la que asistía también el fundador de este museo, hermano del famoso Robert Oppenheimer (procesado por revelar algún secreto militar después de haber sido uno de los creadores de la bomba atómica). Participaban también Frank Baron (quien probablemente me había invitado) y un arquitecto o profesor de diseño de la Universidad de Stanford, a quien había conocido anteriormente y que había escrito un libro sobre la percepción visual. Traía a Sergio Miranda, quien aún no había adoptado el nombre de Ze, y mi conocido de Stanford me recomendó con entusiasmo lo que él llamaba «sus fiestas», por lo que quedamos en que algún día me haría una demostración en casa.

En aquel tiempo yo vivía intermitentemente con Kathy y cuando llegó al día de la visita de Ze nos reunimos en el salón de esa casa, donde me explicó cómo, siendo arquitecto, se había interesado en construir estructuras reticulares geométricas para ayudar a los ciegos a visualizar el espacio. La visualización del espacio, según me explicaba, no era un asunto meramente visual, sino algo que afectaba la conciencia (como pronto me demostraría). Por ello había terminado por abandonar su trabajo con los ciegos para ocuparse más bien de personas normales, para quienes el efecto de la visualización del espacio era igualmente de interés.

Terminadas tales explicaciones preliminares, me ofreció un canuto de marihuana y al poco rato me estaba guiando por una experiencia imaginativa de contemplar mi momento presente desde la distancia de la luna. Imagino que era ya tarde, de modo que ya se veía la luna muy claramente en el cielo, pero principalmente guardo el recuerdo del

aspecto más interno de la experiencia: sentí cómo mis preocupaciones, contempladas desde una distancia tan grande, se hacían insignificantes.

Hacia el fin de aquella tarde, Ze me saludó con un gesto que ya le había visto hacer antes pero sin comprenderlo: formando la figura de un pequeño círculo entre el índice y el pulgar de una mano, aludía a la tierra mirada desde la luna, como algo pequeño, al alcance de la mano. Este gesto de despedida resumía el mensaje que había pretendido transmitirme: mirar desde lejos y aprender a sentirme como una hormiga, en lugar de ponerme al centro de las cosas.

Me gustó la experiencia, lo que me llevó a una nueva visita, luego a otra y otra, hasta que las visitas semanales a Ze, a través de las cuales me sentía ayudado, se hicieron parte de una temporada en mi vida, y lo que originalmente fue mirar las cosas desde la distancia de la luna se transformó en un cultivo de la experiencia del espacio o, como Ze decía, «un sentido de la profundidad cósmica».

Ze no solo se apoyaba en el uso de la marihuana, sino en la música, el canto y el movimiento, que fue introduciendo gradualmente, de modo que ya no se trataba solo de visualizar un espacio inmenso o de sentir la extensión del horizonte, sino de *moverse* en este espacio inmenso y especialmente moverse en la inmensidad del espacio circundante, sintiendo la columna vertebral. Y a mí, para quien había sido tan importante el baile espontáneo, pero que me había vuelto desde entonces excesivamente sedentario e inmóvil, me venía muy bien moverme.

Algo semejante podría decir del canto. Nunca fui una persona dada a cantar, por más que me hubiera dedicado a la música, y sentí que me venía muy bien el estímulo de Ze de improvisar cantos mientras me movía.

Ze hablaba en forma de imperativos, como alguien acostumbrado a dirigir la experiencia de otros, de manera análoga a como hacemos los terapeutas Gestalt, o los directores de teatro. Pero no solo daba instrucciones, sino que también daba el ejemplo de lo que proponía, participando en el canto e introduciendo sonoridades diferentes y estilos contrastantes, a veces muy dulces y otras veces un poco bárbaros. Después empezó a traer una guitarra que no estaba afinada de la manera habitual o convencional, sino de una manera aparentemente antojadiza, que variaba según las ocasiones. Acompañándose de esta guitarra improvisaba y me invitaba a improvisar con él mientras cantábamos bailando. Me asombraba cuánto partido le sabía sacar Ze al potencial de la marihuana y me preocupaba un poco depender tanto de este estímulo artificial. Pero no

podía sino agradecer que me diera momentos de profundidad o de inspiración que se me habían hecho raros en este momento de la vida. Me volvía un poco a la vida la presencia de este chamán que me parecía ser Ze, a pesar de que no hablase de chamanismo ni de otra cosa que de las experiencias inmediatas.

Otras veces me parecía un mago por la forma en que se movía o usaba el espacio, particularmente cuando empezó a traer consigo una estructura metálica formada de dos cuadriláteros soldados en forma de octágono, que movía muy precisamente en el espacio, de una manera que afectaba mi sentimiento del momento. Otras veces me sorprendía abordando temas insospechados, como un encuentro donde todo lo que decía parecía girar en torno al estribillo de que éramos «hermanos en el dolor». Parecía responder como un antídoto a un sentido jerárquico que implícitamente se me hacía un problema, pues a veces lo veía como un maestro y otras veces como un charlatán, a veces como persona que me inspiraba un profundo respeto y otras veces lo contrario.

En una ocasión, estando en mi casa en Kensington Road, mi lugar de retirada cuando no estaba con Kathy, me indicó que me sentara en el excusado y, con este octágono de metal en su mano, me habló durante largo rato, guiándome en una meditación que se orientaba a sentir el artefacto sobre el que estaba sentado como una prolongación inferior del cuerpo hacia la tierra, y luego a sentir la tierra misma. La culminación de esa reunión fue el llamado a que me desprendiera de la idea de que algún día iba a llegar a un estado superior de conciencia. Yo vivía siempre con esa fe de que, así como había perdido la luz de otro tiempo, la recuperaría, y supongo que Ze estaba convencido de que yo debía renunciar a esa esperanza, justamente para poder llegar a esa luz tan anhelada.

Tal vez el encuentro más extraordinario que tuve con él fue uno en que cogió un pétalo de una rosa y me pidió que lo frotara entre mis manos. Después de mucho frotarlo solo se había enrollado entre mis manos sin daño alguno y este pétalo pasó a ser un recuerdo de nuestro encuentro, que llevé en la billetera durante mucho tiempo. El papel en que me pareció que estaría mejor protegido era uno que Jasha Horenstein me había dado durante nuestro último encuentro. Jasha había muerto hacía muchos años y yo llevaba este pequeño trozo de papel en mi billetera, que representaba el recuerdo de este amigo de mi madre a quien yo le había llamado la atención y que, por creer en mí durante mi infancia, me había regalado muchos libros (como la biografía de Mozart de Annette Kolb, *La Conquista de México y Perú* de Prescott y los ensayos de análisis musical de Tovey). Me pareció ahora que el pétalo de rosa que Ze me había dado

acompañaba muy bien a este querido recuerdo del amigo de mi madre, y siguieron en mi billetera hasta que hace algunos años me la robaron del bolsillo posterior del pantalón en el paseo de Florida, en Buenos Aires.

Cuando algún tiempo después de esto se celebró en Berkeley la conferencia anual de la AHP, a la que no había asistido hacía mucho tiempo, se me ocurrió que tendría sentido ir para dar a conocer a Ze. Le propuse que hiciésemos un taller sobre el tema del neochamanismo contemporáneo. Este taller despertó el interés de uno de los participantes que venía desde Alemania, Dieter Mittelsten Scheid, quien enseguida nos invitó al Koloman Zentrum, una especie de Esalen alemán bajo su dirección. Este viaje nuestro resultó ser el primero de muchos más y el primer paso hacia el traslado progresivo de mi trabajo a Europa, que terminó en un nuevo florecimiento en España.

Llegó luego el momento en que Ze se despidió de California para regresar a Chile, su país natal, y ahora cada vez que voy allá le hago una visita. Hubo una época en que su innovación musical lo había llevado a construir un instrumento de innumerables cuerdas que tocaba al mismo tiempo que cantaba y tocaba diversos instrumentos de percusión con los pies. Lo visitaban tanto del país como de Europa, pero con el paso del tiempo lo fue dejando y desde hace algún tiempo se ha transformado en un ermitaño inusual, por su pasión de construir. De año en año lo he visto ampliar el espacio donde vive, todo transparente, sin otro mueble que un colchón y una mesa, en un lugar solitario que le han concedido en una ladera del estrecho valle del río Mapocho en su paso por El Arrayán. Es una maravilla contemplar la geometría de toda la estructura de metal y vidrio, donde uno siempre se ve suspendido en el espacio, desde donde sea que uno se sitúe.

«Ya lo he dejado todo», me dijo la última vez que lo vi, refiriéndose a su mujer, a la vida social, a sus talleres y la lectura. Ahora solo se dedica a profundizar en el silencio.

EL OBISPO MEYERS Y EL CONSEJO DE PLANIFICACIÓN DE FUTUROS

Conocí a Bill Soskin en los años sesenta, hacia el final de mi tiempo en IPAR, cuando me invitó a ofrecer un taller en su programa Proyectos Comunidad, que funcionaba en la Mansión Hearst junto al campus de la UC en Berkeley. Bill era entonces profesor de psicología en la UC y el espíritu de su proyecto era ofrecerles a los adolescentes experiencias que pudieran reemplazar lo que buscaban en los psicodélicos, a fin de proporcionarles una alternativa. No sé cómo llegó a saber de mí, pero desde el primer momento en que lo conocí me pareció alguien impecable, con las mejores intenciones y amplitud de miras. Luego se convirtió en alguien en cuya presencia me sentí muy consciente de mis propios defectos, no por su crítica, sino por su excelencia y bondad.

Siendo él un psicoanalista, pensé que podría estar dispuesto a contribuir con un comentario sobre alguna de las transcripciones de psicoterapia Gestalt, que incluía en aquel tiempo en mi primer libro sobre el tema, que me había comprometido a escribir en respuesta a la sugerencia de Fritz Perls. Le envié la transcripción y, aunque optó por no escribir el comentario que yo deseaba, le impresionó la muestra de mi trabajo, y supongo que fue un factor en su invitación a hacer algo en su centro.

Cuando se formó mi primer grupo en Berkeley, Bill Soskin estuvo entre los participantes, y nos ofreció el privilegio de usar la Mansión Hearst para nuestras reuniones. Poco después de mi regreso de Chile, Soskin me invitó a reunirme con el obispo Meyers y con Alan Watts en Grace Cathedral para discutir acerca de un próximo evento. En Grace Cathedral había sido organizada la celebración del Día de la Tierra en

1970 y el evento en cuestión sería algo como continuación de esta celebración, aunque la naturaleza exacta de la reunión no estaba clara.

Estuve encantado de volver a ver a Alan Watts, y aún más importante fue conocer a John Weaver, el archidiácono de Grace Cathedral, que me invitaría a muchos otros encuentros organizados por el obispo.

Nunca había conocido al obispo Pike, quien había sido un gran apoyo para el temprano Instituto Esalen, pero me impresionó descubrir que el obispo Meyers, su sucesor, apreciaba todo lo que Esalen representaba. Frecuentemente he citado lo que le escuché decir durante el evento que estábamos planeando: que era hora de que la humanidad abrazara la totalidad de su herencia espiritual.

En vista de mi preferencia por la autonomía, decliné que el obispo Meyers quisiera compartir una habitación conmigo durante el evento que tuvo lugar en el Centro de Retiros Vallombrosa, en Palo Alto, y también por timidez no me involucré demasiado en conversar con él. Pero fue diferente con el muy extrovertido John Weaver, quien se mostró visiblemente entusiasta acerca de mí. La esposa de John había pasado un tiempo en el áshram de Sri Aurobindo en Pondicherry, y había recibido terapia de un junguiano; pronto seguiría los pasos de Bill Soskin uniéndose durante un tiempo a mi Programa SAT (antes de que fuera bautizado con ese nombre).

John había sido inspirado por los pentecostales y diría que tenía mucho de curandero y algo de clarividencia, todo lo cual contribuyó a su aprecio por mi forma de trabajar, tan abierta a la inspiración. A través de su interés me convertí en presentador en interesantes congresos en el transcurso de los años siguientes y allí conocí gente nueva e interesante como Raimundo Panikar y el ecologista Thomas Berry. Fue a través de John que me invitaron a adherir al USACOR, rama norteamericana del Club de Roma. Pero lo más educativo para mí fueron las reuniones periódicas de un grupo que se llamó Consejo de Planificación de Futuros, de la Diócesis de California, donde se sentía fuertemente la influencia de la ciencia de sistemas y de las ideas de Schumacher. A través de estas reuniones comencé a asimilar una cultura y una preocupación por lo que el Club de Roma llamaba la problemática mundial. Este aprendizaje a su vez estimuló en mí una mejor comprensión de las ideas de Tótila Albert sobre el patriarcado, que hasta entonces había entendido de manera abstracta, sin mucho conocimiento de las realidades a las que se aplicaban.

Y es así como, pese a que en ese momento en mi vida había entrado en la llamada

noche oscura del alma y me sentía bastante poco inspirado, este tiempo de aprendizaje sobre los problemas del mundo constituyó un complemento a mi cultura y un estímulo a comenzar a preocuparme por ellos y desear poder contribuir a su solución. Me preguntaba por qué el obispo Meyers y John Weaver seguían invitándome a sus reuniones en compañía de Baker Roshi, George Leonard e invitados ocasionales como Barbara Marx Hubbard y Daniel Ellsberg (autor de *Los papeles del Pentágono*). Tal inclusión me mantuvo aprendiendo, constituyó un estímulo a mi creatividad posterior y contribuyó a mi autoestima. Y por poco interesante que me sentía después de haber perdido la brillantez y la emoción de mis años carismáticos, mi estado de empobrecimiento también fue de aprendizaje, porque recibí muchas influencias e incubé algo que se volvería visible en una etapa posterior de la vida.

Mi agujero negro era una condición en la que absorbía todo aquello con lo que entraba en contacto, aunque apareciese como mínimamente productivo. Pero mi confusión coincidió con la pérdida de algunos amigos y de mi reputación, y con un gran interés por parte de algunos, como John Weaver, el obispo Meyers y una serie de maestros espirituales, lo que hizo de mi viaje por la noche fuese una especie de peregrinación sedentaria rica en bendiciones.

UNA BREVE TEMPORADA CON SULEYMAN DEDE

A través de Reshad Field supe que estaba por venir a California el jefe de la orden de los derviches Mevlevis, comúnmente conocidos como «derviches giradores». Luego, poco después de su llegada, fuimos invitados con Kathy a una recepción que se le ofrecía en algún lugar de San Francisco. Había mucha gente en un salón muy amplio, dentro del cual había un pequeño cubículo de paredes transparentes donde estaba Dede. Allí fuimos invitados, de manera que tuvimos durante esa ocasión el inesperado privilegio de estar en su compañía junto a cuatro o cinco personas íntimas suyas.

Puesto que por lo menos una orden sufi de California mantenía una relación con él, me llamó mucho la atención esta muestra de distinción, y en alguna otra ocasión durante los días siguientes, cuando se nos invitó a algún lugar donde se reunían estos seguidores suyos, se me hizo sentir a través de malas caras y algún empujón, algo de la animosidad que esta distinción había provocado.

Ya en nuestro primer encuentro se mencionó que tendríamos ocasión de mayor contacto con Suleyman Dede, y así fue después de que el mismo Reshad nos invitara al lugar donde estaban alojando juntos en una casa de campo. Tras varios días de conversación, durante los cuales se mostró muy bien dispuesto hacia mí, fui iniciado en la orden tradicional con el alto sombrero.

Por último, quiso visitar a mis alumnos, por lo que convoqué a un grupo de los antiguos, con quienes hacía ya tiempo que no me reunía. Les dijo cosas que apreciaron como interesantes, pero la reunión me dejó sintiendo que el muy respetado Sheik había querido hacer una demostración de su apoyo hacia mí a través del privilegio de su visita, que me significó un equivalente de su aprobación en esta época en la que me sentía

avergonzado por haberles fallado (al no haber respondido a la confianza que había inspirado originalmente).

Me dejó Suleyman Dede un bello tashbi (rosario sufí de 99 cuentas) para el dhikr que me prescribió, pero me duró tan poco antes de romperse que me pareció una cosa mágica, sobre todo porque ocurrió nuevamente cuando lo reemplacé y luego una tercera vez. No puedo decir que lo haya entendido, pero la destrucción de mis rosarios contribuyó a que no durase tanto mi práctica, que tal vez constituía parte importante de mi relación personal con Suleyman Dede a través de la distancia después de su retorno a Konya.

Me dejó también una bella tarjeta de visita de madera, como nunca había visto, sugiriendo que alguna vez lo fuese a ver, pero nunca llegué a tomar la iniciativa de hacerlo. Perdí su fotografía cuando me separé de Kathy, pero estuve muy contento de poder recuperarla años después, pues me ayudaba a sentirlo y quererlo. La impresión que me dejó la visita de este alto representante del sufismo fue que un maestro de un lugar distante, que comprendía mi momento, me brindaba apoyo y me trasmitía que iba bien. Lo sentí particularmente cuando, en respuesta a un poema de Rumi que había citado, le dije que mi amor a Dios me parecía más bien un *deseo* de Dios desde una experiencia de pobreza interior. Entonces me respondió sonriendo: «Pero ya te vas llenando, ¿no?». Como para instarme a descansar en la confianza de que todo sería cosa de tiempo.

6

SWAMI MUKTANANDA

Vi y me sentí atraído por la imagen de Baba Muktananda antes de haber oído nada de él, cuando vi su foto con ocasión de un notable evento que tuvo lugar en los años setenta, cuando se esperaba que un cometa, el Kohoutek, apareciera ante nuestros ojos como un presagio de la nueva era.

Se organizó un evento multitudinario en el Centro Cívico de San Francisco y fui invitado a formar parte de un panel de discusión ante un numeroso público. Además de las mesas redondas con oradores prominentes, en ese mismo gran auditorio estaban los corredores del edificio llenos de pequeños kioscos que representaban prácticamente todos los enfoques terapéuticos y espirituales en el seno de la revolución de la conciencia naciente de la Era de Acuario.

Al final el cometa no se vio, no porque no llegara a estar suficientemente cerca de la tierra, sino porque la vecindad que se había predicho no era suficiente como para permitir su observación. Recuerdo haber pensado que era coherente con el hecho de que la Nueva Era parecía haber sido el anuncio de una transformación que aún no había ocurrido, y que la mayoría ha incluso dejado de esperar.

Pero, como he mencionado, entre las muchas fotos en las paredes había una de un Baba sonriente y de barba, que me gustó mucho, y cuando pregunté por su nombre me dijeron que era Muktananda, quien aún no había estado en Estados Unidos, de modo que su atractivo rostro me predispuso a encontrarme con él cuando surgiese la ocasión.

La ocasión se presentó cuando, años más tarde, Kathy, con quien aún vivía, fue invitada a una pequeña reunión en la que habría oportunidad de tener algún contacto

personal con el swami. Le pregunté si podía acompañarla y como la respuesta fue afirmativa fuimos juntos.

Dentro del edificio del áshram unos quince de nosotros fuimos conducidos a una pequeña habitación donde nos sentamos en círculo alrededor del trono de Muktananda, junto a su esposa Amah, una niña que hace mucho tiempo se convirtió en su sucesora, y algunos discípulos cercanos, incluido el profesor Jain, como solía llamarse su traductor favorito, un jainista que hablaba con la precisión de un maestro.

Muktananda invitó a los presentes a declarar lo que querían preguntarle, y recuerdo que mi amigo Abe Levitsky, quien fue el primero en responder, dijo que no tenía nada especial que preguntarle, pero ¿tal vez Baba quería preguntarle algo a él?

Muktananda le preguntó a mi democrático y humorístico amigo acerca de sus experiencias con el uso de la hipnosis. Tal vez no me habría acordado si Abe no me hubiera explicado alguna vez cuán precisa había sido esta pregunta, ya que antes de mudarse de Saint Louis se había dedicado a la hipnoterapia y le interesaba integrar la hipnosis a su práctica como gestaltista.

Recuerdo que los otros mayormente hacían preguntas intelectuales, de modo que cuando llegó mi turno le pregunté a Baba qué recomendaría que le preguntara. Ante esto, se levantó con entusiasmo y, pellizcándome por el puente de la nariz, me atrajo hacia él y salió conmigo de la habitación como uno que tira de una vaca. Antes de salir dijo que había hecho una pregunta muy inteligente, y tan pronto como estuvimos en la pequeña habitación contigua me dio una iniciación.

Luego, durante un tiempo en que visité a Muktananda a menudo, con más frecuencia de lo que lo hubiera hecho por mi propia iniciativa, directamente o a través de sus swamis asistentes insistió en tenerme en el áshram, especialmente durante las comidas que compartía en una pequeña mesa con su grupo de maestros asociados.

Verlo rodeado por los muchos que venían a escucharlo o a meditar con él era interesante por lo que decía y también por el espectáculo, cuyo centro era el acto de recibir a sus devotos, quienes formábamos una larga fila delante de su trono para presentar regalos y recibir bendiciones. Estas bendiciones se transmitían a través de un manojo de plumas de pavo real con el que tocaba la cabeza de las personas a cierta distancia. No menos intrínseco a la bendición era su simple presencia, y lo que nos decía muy brevemente a cada uno. Esto probablemente no significaba mucho para aquellos que solo eran espectadores y no podían apreciar la relevancia precisa de sus palabras o

gestos o a sus preguntas implícitas, pero pude apreciarlo cada vez que me presenté ante él. Lamento no poder recordar ninguna anécdota en este momento, excepto que la adecuación de sus palabras me pareció siempre algo maravilloso.

Otros eventos aparentemente milagrosos tenían lugar en mis visitas, y más comúnmente de lo que jamás haya sido testigo en ningún otro ambiente espiritual: sincronidades, coincidencias, cosas dichas por Baba o por otra persona, que parecían responder preguntas específicas que yo no necesitaba formular.

El último de estos sucesos milagrosos ocurrió después de un largo tiempo, durante el cual no había visitado a Muktananda en su áshram de Emeryville. La razón para hacerlo ese día fue que Bill Soskin me había pedido que se lo presentara, por lo que ambos avanzamos lentamente por la fila lado a lado. Cuando llegó nuestro turno (y antes de que pudiera decir nada), Baba me dijo: «¿Qué estás haciendo aquí?». Como si implicara que ya no era mi lugar (una declaración que contrastaba con su insistencia pasada en que pasara tiempo junto a él). Había insistido tanto que había llegado a experimentar su hospitalidad como una fuente de cierto conflicto, pues pasar tanto tiempo con Muktananda implicaba prestarle menos atención a mi propio gurú Tarthang Tulku y a las prácticas que este me había asignado.

Después de explicarle que estaba aquí para presentarle a mi amigo Bill Soskin, seguí mi propio camino, entre las muchas personas congregadas en el lugar. Antes de irme me pregunté si en esta ocasión también sería testigo de algún evento milagroso, como había ocurrido sin excepción durante mis visitas anteriores. Lo dudaba bastante, porque no sabía si mi cercanía con Baba o mi devoción por él sería lo suficientemente fuerte en ese momento. Pero me hice una pregunta adicional: suponiendo que algo de esa naturaleza volviera a suceder, ¿me sería posible anticipar qué podría ser? Esta pregunta surgió del hecho de que una y otra vez me había ido, después de visitar a Baba, con la sensación de que había recibido exactamente lo que necesitaba, y sin embargo había sido siempre algo sorprendente porque no había sido consciente de mi necesidad hasta el punto de poder formularlo como un deseo.

De todos modos, esta vez respondí mi propia pregunta de una manera aparentemente cínica: lo que necesitaba en ese momento, me dije, era que alguien me ayudase a sacar de la furgoneta una alfombra que acababa de comprar, una alfombra esponjosa naranja de once yardas de longitud para mi biblioteca en Kensington, que había medido sin haber anticipado lo difícil que sería luego extraerla del vehículo e instalarla en mi casa.

Ya me había acercado a la puerta y estaba a punto de irme cuando alguien que no reconocí se acercó a mí, tratándome como un conocido.

—¿No te acuerdas de mí?

Luego me hizo saber que si alguna vez necesitaba algo, él estaría muy feliz de ayudarme de cualquier manera. Le dije que tenía una alfombra muy pesada en mi camioneta y que no sabía cómo transportarla a mi casa. ¿Estaría dispuesto a ayudarme con ello? Me replicó que por supuesto, pero tal vez sería mejor hacerlo con la ayuda de un amigo suyo, a quien me presentó.

La historia no termina aquí, porque una vez que la alfombra fue transportada por ellos, a quienes nunca volví a ver y cuyos nombres no podría recordar, la instalaron y, como había una pieza de sustancia gomosa entre la alfombra y el piso que necesitaba ser ajustado, sacaron cuchillos de sus bolsillos y realizaron el trabajo con gran habilidad. Cuando comenté lo sorprendido que estaba ante el hecho de que fuesen tan hábiles, el que había ofrecido sus servicios en primer lugar me dijo: «¿No sabías que somos instaladores profesionales de tapetes?».

A menudo me sorprendía la cercanía de Muktananda y su manera de distinguirme, y esto sucedió nuevamente en una conferencia transpersonal en Bombay, a principios de la década de 1980, donde todos los presentes fueron invitados a su áshram. Fuimos llevados a lugares específicos cuando bajamos de nuestros autobuses, el lugar reservado para mí estaba en el centro de la primera fila, justo enfrente de su trono, entre Fritjof Capra y mi amigo de Esalen Paul Herbert. Parecía que a través de ello hubiese querido que su aprecio por mí fuera conocido por todos en medio de esta temporada invernal de mi vida.

Otro encuentro con Swami Muktananda tuvo lugar durante su segundo viaje a California. A pesar de saberlo de regreso, no había tomado la iniciativa de visitarlo, porque apenas daba abasto con las instrucciones de mi gurú principal Tarthang Tulku Rinpoche, y porque en esta fase de mi vida sufría del peso constante de labores no cumplidas. Temía que Baba pudiese querer adueñarse de mí como maestro espiritual. Fue él quien me sacó de mi parálisis al mandarme un recado: que fuera a verlo sin temer que me quisiese raptar. Era ese precisamente mi temor: que al requerir tanto mi presencia llegase a imponerse en mi vida más de lo que yo quería; entonces su recado logró efectivamente tranquilizarme.

Muktananda sabía muy bien acerca de mi abundancia espiritual anterior y de mi

pérdida de altura sin haberle yo mencionado nunca el asunto. Esto se hizo evidente cuando un día mencionó que yo había tenido el despertar kundalini en el desierto y que era de esperar que en este momento estuviese pasando por algunas dificultades. Luego me explicó que Saturno ya no gobernaría mi cielo, sino mi propio gurú: mi planeta natal (en Occidente, Júpiter), y que esto traería consigo un cambio en mi vida. Me dijo: «Recuperarás todo lo que habías alcanzado e irás más allá». Me anunció que me presentaría a su astrólogo, quien me diría más sobre ello. Me presentó a alguien llamado Chakrapani, que había hecho un aprendizaje dentro de un linaje de astrólogos y que representaba lo mejor de la tradición hindú.

Después de esta breve visita a Baba, pasé a una breve entrevista con Chakrapani, de la cual mi principal recuerdo es haberle explicado mi incertidumbre respecto de la hora exacta de mi nacimiento, pues el recuerdo de mi madre de la hora que marcaba el reloj de la maternidad ante su cama difería en media hora de aquella de mi certificado de nacimiento. Ya me habían explicado otros astrólogos conocidos, como Rudhyar, que esta discrepancia entrañaba una duda respecto de mi signo ascendente, y que podría ser Acuario o Capricornio, pero Chakrapani me comentó que lo averiguaría, lo que me pareció insólito.

Cuando lo volví a encontrar para recibir su informe sobre mi horóscopo, me preguntó si a mi madre se le hinchaban los tobillos, y me fue muy fácil de responder, ya que se trataba de una imagen casi cotidiana. Luego me preguntó si mi padre tenía los brazos y los dedos largos, y eso no me pareció tan claro hasta que me reformuló esta pregunta: «¿Le llegaban los dedos a las rodillas?». Me sorprendió mucho esa verdad tan familiar que nunca había traducido en palabras. En vista de estas dos piezas de información, Chakrapani se sintió seguro de que mi ascendente era Capricornio, pero nunca entendí la relevancia de sus preguntas.

Procedió a explicarme que durante los últimos años había estado bajo la influencia de Saturno y había sufrido un estado de contracción, pero que ahora mi planeta natal, Júpiter (en hindi, Guru), estaba regresando y pasaría a una nueva etapa de floración.

Alguien me recogió del lugar del áshram donde estábamos, para llevarme nuevamente donde Baba, quien alegremente predijo: «Como ya te dije, recuperarás tu antiguo estado de elevación, y también el reconocimiento público». Y así ocurriría, efectivamente.

Aunque no puedo decir con certeza hasta qué punto la bendición específica de Muktananda funcionó para mí, tengo la sensación de que aprendí algo importante de él

que no he expresado con palabras: algo sobre ser un maestro, que he absorbido para que esté implícitamente presente en mí cuando estoy delante de un grupo. También me sentí autorizado por él a dar shaktipat (la bendición silenciosa) y me animó a tocar a las personas durante las sesiones de meditación, a lo cual no hice caso, ya que, cuando no me sentí radiante, volví demasiado a mi humildad compulsiva como para adoptar el papel de dispensador de bendiciones.

También aprendí sobre la devoción al maestro, ya que estar en la presencia de Muktananda era amarlo. Y cuando nos guiaron en el canto de los kirtans, en un día de celebración de Shiva en la Iglesia Unitaria de Kensington, experimenté lo que solía llamar «el néctar del canto», una verdadera dulzura que vendría a mi mundo interior transmitido a través de mi voz vibrante.

No volvería a ver a Muktananda hasta muchos años después.

YOGI CHEN

No recuerdo ahora si Peter ya me había anunciado la venida de Yogi Chen a California antes de que sucediera, pero me parece recordar que me había explicado que un día yo tendría la oportunidad de aprender de él lo relativo al yoga sexual.

Conocí a Yogi Chen el mismo día de su llegada, cuando me lo presentó Peter en Shattuck Avenue, después de un llamado telefónico que me convocaba.

Durante el día de nuestro primer encuentro Peter me pidió que llevara a Yogi Chen donde Tarthang Tulku, y así lo hice de inmediato (lo que me permite inferir que en aquellos tiempos yo tenía un acceso muy fácil a Rinpoche). Del encuentro no hay nada que pueda recordar más que la recíproca cordialidad entre ellos y la pregunta de Rinpoche: si Yogi Chen había leído todo el Tripitaka. A lo que respondió afirmativamente.

Poco después, otras personas que me habían conocido como participantes de algún taller mío en Esalen y que habían abierto un centro relacionado con Tarthang Tulku en Phoenix, Arizona, me invitaron a realizar un taller y les propuse que Yogi Chen me acompañase. Alojamos en la casa de una señora de quien supe que había sido elegida por Tarthang Rinpoche como su madre adoptiva, y del aporte de Yogi Chen al taller apenas entendí una que otra palabra de su mal inglés, aunque recuerdo que usaba una palabra que a través de sus numerosas repeticiones llegué a discernir como «dakini». Más vivas fueron las impresiones visuales, como ver a Yogi Chen sacar de una bolsa una casulla blanca que se puso encima de las vestimentas antes de realizar una breve ceremonia.

Con el tiempo supe que Yogi Chen había vivido como ermitaño durante años en Kalimpong, donde solían visitarlo lamas tibetanos, en su paso hacia las Américas.

Cuando lo conocí más de cerca me explicó que Buda mismo se le había aparecido y le había indicado que se trasladara a Berkeley y que, luego de encontrar cierto lugar de las montañas de California con la conformación geográfica de un loto, realizara allí la ceremonia del fuego.

Discípulos suyos construyeron allí un pequeño templo donde realizaba la ceremonia periódicamente y allí lo visité algunas veces. Le pedí a Yogi Chen que les ofreciera una conferencia a mis seguidores con ocasión del segundo o tercer retiro, ahora en el centro Bautista de Berkeley. Su tema fue el de «la transformación de las pasiones en sabidurías», y lo que dijo fue impreso en tinta azul en un librito muy pequeño, de un formato semejante a otros que había venido publicando a través de los años y que distribuía gratuitamente a las personas cercanas y a algunas bibliotecas. Todos estos libros contenían informaciones que a mí me parecieron preciosas, por su combinación de erudición y experiencia de primera mano y por lo excepcional de poder acceder a ellas.

Recuerdo de esta conferencia algunas cosas ajenas al contenido espiritual que transmitía Yogi Chen, al hablar acerca de la transformación del ego en budeidad. Por ejemplo, en aquellos días en Montgomery Ward yo me había comprado un muy simple traje deportivo azul de pantalón y una chaqueta que me había gustado por el color y sus muchos bolsillos: dos en el pecho, dos laterales, dos atrás, además de los dos laterales usuales. Estaba encantado con mi traje, que me hacía recordar un poco una indumentaria china. En esta ocasión Yogi Chen habló bastante de Mao con vehemente crítica y hacía frecuente referencia a los bolsillos de mi nuevo traje, lo que me hacía el efecto de tomar conciencia de cuán blasfemo debía ser para Yogi Chen que yo como cosa muy natural sintiese cierta simpatía por Mao, tal vez por una fe poco informada acerca de cómo había llegado a formular un comunismo supuestamente mejor que el de Stalin.

También recuerdo que Yogi Chen se excusó de que yo le había avisado tarde de esta conferencia, por lo que no había llegado a prepararse tan bien como hubiera querido, algo que contrastaba con mi implícita pretensión de no necesitar nunca prepararme: me bastaba con estar abierto a la inspiración.

Cuando Yogi Chen me invitó a una de sus ceremonias del fuego («homa sacrífice», las llamaba, usando el término zoroastriano para este rito que constituyó la práctica espiritual principal de los persas arcaicos y que luego inspiró aquella de la India védica), le pregunté si podría invitar a la gente de SAT. Su respuesta fue que estaba bien siempre que no hubiera ninguna transacción comercial relacionada con sus actividades. Yogi

Chen tenía asistentes que nos recibieron y me llamó la atención lo poco amable del recibimiento y su lenguaje innecesariamente grosero, como si a través de ello quisiese romper un estereotipo de que la gente espiritual habla de manera refinada. Nos decían: «Para cagar vayan a tal o cual parte».

Algunas veces me encontré a Yogi Chen por la calle y era siempre un placer verlo caminar, con una gran sonrisa y una actitud muy relajada, con las palmas de las manos hacia adelante a los costados. Siempre me hacía una reverencia profunda al encontrarme, que me resultaba bastante educativa, pues no podía dejar de hacerle una igualmente profunda.

Cuando por primera vez me invitó a ver su diminuto departamento en un hotelito de Shattuck Avenue, me llamaron la atención inmediatamente un gran acuario y una gran figura de Cristo en la pared. Ya no recuerdo qué le pregunté al respecto, pero sí recuerdo su respuesta: siempre había que honrar al dios local. Después, durante una de las ceremonias de sacrificio del fuego, vi que quemaban por encima de una pira de madera algunos objetos y una imagen de Cristo, que al enrollarse por el efecto del calor dejaba a la vista una imagen de Buda que había colocado por detrás.

Una vez fui a visitar a Yogi Chen con Antonia Ramos, que me lo pidió después de haberse enterado de que lo conocía. Más de una vez toqué el timbre sin que él me respondiera, pero cuando ella tocó el timbre —tres veces— sí nos abrió.

En otra ocasión lo visité en compañía de Carlos Castaneda, que le preguntó si en su tradición había algo como el desdoblamiento. Yogi Chen, con su sonrisa de siempre, apuntando a los dedos de una de sus manos, le dijo que sí: primero una proyección, luego dos, tres, cuatro y hasta cinco. Primero en forma pasiva y luego en forma activa (en referencia a que una cosa era poder ver lo que ocurría en otro lugar y otra ser visto). Recuerdo vívidamente la reacción de Carlos: «Dos ya es para volverse loco. ¡No quiero saber de más!».

En alguna oportunidad compré alimentos y ropas para Yogi Chen y se las dejé a la entrada de su departamento esperando que le fuesen útiles. Días después, cuando lo volví a encontrar en la calle y le pregunté si había recibido mi regalo, me lo agradeció profusamente diciendo que los había quemado todos en un sacrificio del fuego. En otra ocasión hice algo semejante y esta vez no quemó lo que dejé ante su puerta, sino que lo entregó «al rey de los dragones», en cierto lugar del océano frente a un lugar llamado Timber Cove, donde efectivamente hacía sacrificios a un mítico dragón submarino.

Peter Gruber me aconsejó alguna vez que le pidiera a Yogi Chen una iniciación al Mahamudra. Así lo hice, pero su respuesta fue que, aunque a él le fuese muy fácil tomar refugio en mí, a mí no me sería fácil tomar refugio en él, lo que me pareció muy cierto y no insistí.

Durante el tiempo en que vivía con Kathy ella se interesó vivamente en recibir enseñanzas respecto del yoga sexual. No recuerdo si fui yo o ella quien le transmitió este deseo a Yogi Chen, pero sin resultados. En cambio, en una época posterior, cuando mi pareja era Dee Dee, un día fuimos a ver a Yogi Chen y nos dio instrucciones detalladas, y en la despedida nos dijo que podíamos visitarlo siempre a las cuatro de la mañana si queríamos ahondar en el tema.

No recuerdo cómo supe que Yogi Chen había sido iniciado en las cuatro grandes escuelas del budismo tibetano, pero nunca lo vi proponerse como un maestro para nadie y ello me resultaba algo enigmático. Por eso, cuando tuve ocasión de conocer a Sister Palmo, que viajaba como uno de los acompañantes del XVI Karmapa, le pregunté acerca de Yogi Chen y tuve mucha satisfacción cuando me habló de él con gran respeto.

Me sería difícil explicar en qué contribuyó esta enigmática presencia en mi propia vida. Me parece que fue a través de muchas observaciones especialísimas, en el sentido de que nunca oí tales cosas de otra fuente, como por ejemplo que nunca debía uno atribuirle al propio maestro razones humanas para sus actos, o que nunca debía uno caer en la tentación de enorgullecerse por las bendiciones recibidas. También aprendí muchas cosas de él a través de sus libritos, sobre temas muy diversos, especialmente uno acerca de la actitud integrativa de la Escuela Nygmapa en materia de pedagogía de la meditación (que le dio forma a mi propia decisión de diseñar más adelante el programa SAT europeo, de tal forma que comenzase con la atención al presente, continuase con un énfasis en el silencio mental y pasara a las cosas que había aprendido de Tarthang Tulku).

Siempre sospeché que su venida a Berkeley, facilitada por Peter Gruber, estaba ligada al propósito de ayudarme en un momento oscuro del camino a través de su influencia o bendición, pero nunca lo supe, ya que también sospechaba que pudiese ser un pensamiento demasiado autorreferente de mi parte. Sin embargo, en un momento específico de mi vida fue decisivo su consejo cuando me dijo que me apresurara a tomar un avión a Vancouver para recibir cierta iniciación de Su Santidad el Karmapa.

SU SANTIDAD EL XVI KARMAPA

La primera vez que vi a Su Santidad el decimosexto Karmapa fue cuando llegó al aeropuerto de San Francisco en compañía de su séquito de monjes. Tarthang Rinpoche (que llevaba ese día el chaleco dorado más espléndido que jamás había visto) me había explicado antes que no podía ir porque era su cumpleaños y me envió allí en compañía de Nazli, su esposa marroquí, que había sido discípula de Karmapa en Rumtek.

Fue amor a primera vista para mí, solo al ver la cara del Karmapa, que hubiera imaginado como la de un músico húngaro en vez de un lama tibetano. Me pregunto cuánto de mi apertura hacia él se debió a haber escuchado que, así como el Dalai Lama era el jefe político del Tíbet, el Karmapa era el jefe de su jerarquía mística.

Lo volvería a ver pronto, algo más tarde, cuando Nazli me trajera a una recepción ofrecida para él en una casa en las colinas de San Francisco. En el transcurso de la noche las personas fueron llamadas individualmente desde la reunión social a la sala donde se sentaba el Karmapa, y cada uno de nosotros fue presentado por Chogyam Trungpa. Era una habitación larga, en un extremo de la cual Su Santidad estaba sentado, así que le tomó varios pasos caminar hacia él después de realizar las postraciones rituales de refugio. Desde que Trungpa me presentó en tibetano, no sé lo que dijo, pero me sorprendió gratamente que tuviera mucho que decir. El encuentro me dejó principalmente con esa sensación de torpeza. Tengo el vago recuerdo de haber estado tan preocupado por mis movimientos rituales, que no sentí que me relacionara con Su Santidad como persona.

Algún tiempo después me invitaron nuevamente a una recepción en su honor, ofrecida por la librería Shambala, que para entonces también se había convertido en una editorial.

Probablemente éramos unas cien personas en la sala, entre las cuales reconocí a varios guías espirituales de diferentes escuelas y otras personalidades, como Allen Ginsberg, Argüelles (usando un monóculo para la ocasión) y el asistente de Werner Erhard, Raz Ingrassi. Cuando fue mi turno de acercarme a donde estaba sentado Su Santidad, dije algo que ya no recuerdo, pero como respuesta él dijo: «Nos veremos». Y tuvo sentido por algún tiempo. Antes de esta recepción, Gyatrul Rinpoche, a quien conocí previamente en el Padma Ling de Tarthang Tulku en Berkeley, me había invitado a presentar algunas de mis enseñanzas a la comunidad tibetana en Calgary, Canadá, y acepté su invitación muy inusual sin saber que el Karmapa vendría allí también. Me parece que Gyatrul Rinpoche había querido atraerme a Calgary precisamente en vista de que Su Santidad vendría allí, porque no se dijo nada más acerca de mis enseñanzas (y para mi alivio, porque durante nuestros pocos días allí nuestra vida giró completamente alrededor del Karmapa).

Aún antes de que Kathy y yo viajáramos a Vancouver, que fue la primera parte de nuestra gira canadiense con Su Santidad, el Karmapa realizó la ceremonia de la Corona Negra en un gran almacén de San Francisco que había sido adaptado para este propósito. Fue un evento multitudinario, y cuando entramos nos entregaron una declaración firmada por Yogi Chen que decía que el Decimosexto Karmapa sería el Buda que vendría después de Maitreya, lo que probablemente contribuyó a mi entusiasta sentido de la devoción.

Mi viaje fue precipitado por la recomendación de Yogi Chen de buscar la oportunidad de obtener una iniciación determinada que el Karmapa daría en Vancouver, bajo el patrocinio de su anterior maestro, Kalu Rinpoche. Me embarqué justo a tiempo para este evento, con la intención de ir de Vancouver a Calgary. Abordamos el mismo avión en el que viajaba Karmapa con su séquito, de modo que Kathy y yo también nos sentamos a la vista de él y sus monjes en el aeropuerto.

Después de que Su Santidad finalizara su conferencia pública en Vancouver, me acerqué a él para preguntarle si podía ser admitido en la iniciación de Dorje Pagmo, y aceptó con la condición de que realizara una gran cantidad de repeticiones del mantra Vajrasattva. Luego, aun antes de esta ceremonia, también tomó votos upasaka de algunos, así que oficialmente me convertí en practicante laico. Después de eso nos llevaron con la hermana Palmo en un automóvil hacia un lugar donde nos quedaríamos antes de nuestro siguiente paso en el viaje. Yo estaba muy agradecido por esta

oportunidad de estar con alguien con tal conocimiento del Dharma y con tan buen manejo del inglés. Fue ella quien explicó el significado del nombre que el Karmapa me había dado. Sobre esto Yogi Chen había recomendado: «No digas el nombre que él te dará, porque los dakinis te llamarán por él y sabrás que has sido reconocido». De hecho, esto ha sucedido, por lo que algunas personas no necesariamente budistas me han nombrado así, para dar entender que saben este nombre secreto mío.

Luego abordamos un avión a Calgary y nos quedamos allí durante una o dos semanas, mientras que el Karmapa visitaba a la considerable comunidad tibetana que reside allí. (Los tibetanos no han sido tan bienvenidos en Estados Unidos, donde el gobierno estadounidense ha favorecido a China y sus relaciones comerciales, y nunca ha reconocido al Dalai Lama como jefe de estado político).

Al llegar a Calgary, Kathy y yo desembarcamos y, mientras avanzábamos en una línea paralela al avión, justo cuando podía ver el Karmapa que aparecía en la puerta de primera clase, una pareja que había venido a recibirlo del grupo local de Rinpoche caminó conmigo hacia un lugar donde los tres esperábamos a los tibetanos, por lo que debe haber dado la impresión de que Kathy y yo éramos parte de la fiesta de bienvenida. Como consecuencia, cuando llegamos al lugar donde se habían celebrado la recepción y la cena, HH me pidió que me presentaran como si realmente fuera uno de sus anfitriones, aunque estoy bastante seguro de que él sabía muy bien que yo no lo era. Yo estaba tan nervioso cuando llegué ante su asiento, que me incliné desde mi posición de pie. Kathy extendió su mano hacia mí, y mientras le dábamos la mano él sonreía con la mayor gracia, pero su agarre era como el de alguien experimentado en artes marciales y de una manera invisible bajó sonriente pero enérgicamente mis rodillas.

Mientras que la iniciación en Vancouver había sido la de Dorje Pagmo en el círculo de cinco, la primera iniciación que ofreció en Calgary fue la de larga vida, y me sentí algo decepcionado, porque si apenas me interesaba comer cuando era un niño, meramente me había interesado vivir hasta entonces. Sin embargo, más tarde en el día, en una conversación con un estudiante de Tarthang Tulku, comentó: «En la alquimia se presta mucha atención a la longevidad. ¿Sabes por qué? Porque necesitas una larga vida para tener éxito en el viaje». Y ahora que reviso este capítulo a los 82, ¡puedo apreciar por completo lo afortunado que he sido!

Después de la recepción hubo una cena en la que Kathy y yo compartimos una pequeña mesa con otras personas en una gran sala. Su Santidad compartió una mesa con

su compañía de asistentes en una plataforma elevada. Después de la cena dijo algunas palabras y en algún momento nos presentó diciendo: «Son discípulos de Muktananda, mi hermano del dharma». Después de lo cual añadió: «Muktananda y yo tenemos en común nuestra práctica principal».

Si bien esto parece poco probable en un tibetano ortodoxo, creo que debe haber querido decir simplemente gurú yoga: la fusión de la mente con la del maestro.

Luego nos dirigimos a Toronto, donde nos llevaron a un terreno de Lama Namgyal y su comunidad. Era un canadiense que, según me dijeron, había llegado a su despertar a través de Vipassana, y el capricho del Karmapa lo había habilitado como lama. Había estado enseñando una combinación muy original de budismo y sufismo que ponía el énfasis en poner a las personas en situaciones difíciles de supervivencia. Viajaban juntos en un barco que tenían o alquilaban; luego me dijeron que dejarían a la gente varada para que aprendieran a valerse por sí mismos.

El suyo era un lugar muy austero. Compartí con Kathy una cabaña distante en la parte trasera de la propiedad, a un largo paseo de la casa principal. Se entregaron muchos Wongs durante esa temporada en el templo y, aunque las prácticas eran vinculantes para aquellos en la comunidad de Namgyal, nunca hice más que recitar los mantras correspondientes. Tenga Rinpoche, un importante maestro, que por derecho propio viajó con Karmapa, una vez me dio una lista de las iniciaciones que había recibido y los mantras correspondientes en tibetano, que he llevado en mi bolsillo desde entonces.

Después de varias semanas en el campo, nos dirigimos a Toronto, a la casa de una mujer que, mientras nos conducía a Kathy y mí en su coche hacia Toronto, nos explicó que estaba a punto de ser ordenada monja por Su Santidad, lo que le haría imposible ser anfitriona. ¿Podría ella delegar en nosotros la tarea? Lo tomé como una bendición, que en la práctica significaría ser cocinero para Su Santidad y para sus doce compañeros, además de su cuidador de pájaros y de su traductor Achi (quien se vestía al estilo de un caballero tibetano, con capa y daga, lo que le daba el interesante aspecto de un bandido).

Un día Achi me explicó que Su Santidad me ofrecía darme cualquier empoderamiento que yo eligiera o pidiera, por lo que llamé por teléfono a Tarthang Rinpoche y le pregunté al respecto. Su respuesta fue: «Gurú Rinpoche, para ti, Gurú Rinpoche». En consecuencia, esta fue mi petición. Este Wong fue presentado por Su Santidad con especial solemnidad, como una continuación de la ceremonia de ordenación de la mujer

en cuya casa nos alojaríamos, y enmarcó el evento como una ceremonia doble de empoderamiento de hinayana y vajrayana.

Al salir Achi sostuvo mi mano durante al menos diez minutos, mientras hablábamos en los escalones que descendían en la parte delantera del templo, y como nadie había tomado esta iniciativa de sostenerme la mano por tanto tiempo tomó un significado ceremonial, enfatizando que algo real me había sido transmitido.

Un día se tomó una fotografía de Su Santidad y, cuando las veinte personas que se habían congregado en ese momento lo observaron, él solo dijo una palabra dirigida a mí: «Machei», que, según me explicaron, significaba «cocinero». Esta fue su única palabra en varios días, hasta que Kathy y yo fuimos invitados a reunirnos con él en su habitación privada.

Durante la mayor parte del tiempo la gente de esta casa venía a verlo cuando pasaba tiempo con sus pájaros. Ponía a los pájaros en trance al mirarlos, se decía que los enviaba a un mundo más elevado, y también que eran más receptivos que los humanos. Nos dijo que nos consideraba como si fuéramos de la familia y que podíamos pasar tiempo con él en Sikkim, pero esto nunca sucedió, ya que encontraba suficientes desafíos y oportunidades para desarrollarme en mi vida ordinaria.

Volví a ver a Su Santidad cuando regresó otra vez a Berkeley y visitó el Instituto Nyngma, y realizó un ritual impresionante con muchos monjes acompañantes en el Centro Dharmadatu de Trungpa. Esta vez Werner Erhard ofreció una recepción a la que fui invitado y SS me presentó a Lama Kongtrul, que viajaba con él. Le dije que estaba a punto de comenzar a enseñar en el campus de Santa Cruz y me sentí bendecido por su respuesta: «Recuerda que eres del linaje Kargyu».

Pero su bendición no fue todo lo que recibí ese día, porque, cuando estaba en la fila para verlo, Kathy se acercó y en un tono odioso de voz me dijo que era un mentiroso. Me quedé boquiabierto por la incoherencia del insulto en el ambiente sagrado creado por la presencia de Karmapa y no quise contribuir a una mayor contaminación preguntándole a qué se refería, aunque posteriormente entendí que su acusación pública había dañado mi reputación ante los líderes del movimiento de Psicología Humanista. Debe haber calculado bien tal efecto, ya que era muy hábil en el uso venenoso de la lengua.

Por otro lado, la coincidencia del apoyo del Karmapa con este socavamiento de mi reputación profesional me recuerda el evento anterior, cuando, esperando la iniciación del Karmapa en Vancouver, alguien que pasaba por allí con una olla de agua hirviendo

vertió parte de ella en una de mis piernas, y lo tomé como un sacrificio y purificación necesaria.

REAPARICIÓN DE CARLOS CASTANEDA

La primera etapa de mis recuerdos con Carlos Castaneda es aquella que se extiende durante los años sesenta, luego de habernos encontrado un día en el despacho de Michael Harner y entablado una amistad durante el viaje a Esalen en su coche. Siguió un periodo en que Carlos aparecía siempre sin aviso en mi oficina de IPAR, al borde del Campus de Berkeley, en una casa de dos pisos que se situaba más o menos al frente de la International House.

Alguna vez me dijo Carlos que yo era la persona que mejor lo comprendía, cosa que yo interpreté como expresión de que se sentía hermanado a mí por una semejante búsqueda espiritual. Una manifestación de su cercanía fue que, cuando ya se acercaba el fin de este período mío en California bajo los auspicios de la Fundación Guggenheim, me propuso que escribiese el análisis antropológico que agregaría al final de su relato en *Las enseñanzas de Don Juan*. Pese a que acabó por hacerla él mismo, fue coherente su invitación con los muchos comentarios que yo le había hecho acerca de distintos elementos de su propia narración, tales como el uso de la datura en otros periodos históricos, las referencias culturales a los cuervos, etcétera. Me parece que fue mi propio trabajo concentrado en mi primer libro, *The One Quest*, lo que me alejó de ese proyecto, y que le hizo sentir al mismo Carlos (que mientras tanto seguramente había tomado conciencia de cuánto tenía él mismo que decir) que más valía que terminase el libro por sí mismo.

Otro signo de su cercanía fue que me llegó una invitación de la Psychic Research Society para hacer una reseña de *Las enseñanzas de Don Juan* cuando este libro apareció. No cabía duda que había sido el mismo Carlos quien lo había sugerido.

También fue un momento significativo en nuestra amistad aquel que ya he relatado de cuando me insistió con particular vehemencia en que entrara en su coche y nos fuéramos a ver a Don Juan a Sonora, aunque yo decidiera no hacerlo. Son muchas las personas que a través de los años me han preguntado: «¿Pero tú crees que Don Juan realmente existió?». Ante ello siempre afirmé que sí, en virtud de aquella casivisita que nunca llegó a cumplirse pero que me pareció al alcance de la mano, pues nunca imaginé que Carlos pudiera saber con qué tipo de visa había entrado al país y qué problemas podría entrañar.

No recuerdo en qué momento recibí una invitación a contribuir en algún libro sobre Carlos Castaneda y, pese a parecerme obvio que la invitación había sido sugerida por él mismo, esta vez no la acepté, pues me vi ante un dilema: me parecía para aquel entonces que algunas de las cosas que mi amigo decía en sus escritos no eran literalmente ciertas, pero sí alegóricamente importantes y útiles de considerar como ciertas, tal como en las diversas tradiciones religiosas se ha insistido en que se den por ciertas historias como el nacimiento virginal del fundador, la aparición de dragones o encuentros con el diablo.

Una vez Yogi Chen me mostró un libro suyo escrito en chino y me explicó que era algo de especial importancia pero que no lo traduciría al inglés porque no sería comprendido. Su tema era la importancia de ser supersticioso, y yo diría que a este mismo tema Castaneda lo llama «cuentos de poder». No es lo mismo hablar del diablo como alguien que aparece, o filosofar acerca de él diciendo que consiste en una personificación del mal; y el amor devocional implica algo muy diferente que el mero pensamiento de que Dios sea una forma simbólica de hablar de algo inefable que no se puede traducir en conceptos o imágenes.

Los chinos frecuentemente veían dragones, hasta un tiempo no muy lejano, pues la fe en su existencia posibilitaba estas experiencias. Cabe preguntarse: ¿no será que más vale creer en los dragones para que estos encuentros intrínsecamente valiosos puedan tener lugar? El mismo Lutero se encontró alguna vez con el diablo, pues así lo propiciaba la fe medieval que persistía durante la cultura del Renacimiento. ¿Es acaso trivial encontrarse con el diablo? Sospecho que una cultura que no hace uso de tal lenguaje simbólico hace más difícil la confrontación de las personas con su propia sombra.

¿Pero debía, en respuesta a la invitación del editor de un libro, decir que los cuentos de poder de Castaneda eran simplemente alegorías que debían ser tomadas literalmente para adquirir ese poder sobre la mente que va más allá de la alusión alegórica? Más bien me inclinaba a pensar que tenía más valor lo que Carlos mismo hacía al *no explicar* lo

que estaba haciendo, y preferí colaborar con él al guardarme su secreto, en vez de presentar mi teoría al respecto (tal como estoy haciendo en estas líneas), tal vez porque me parece apropiado para nuestros tiempos de cinismo generalizado.

Otra etapa en mi relación con Carlos, algunos años después de mi regreso de Arica, comenzó cuando había salido del aislamiento de la intensa dedicación a los primeros programas SAT en Berkeley. Me había retirado de la aparición en los programas que había creado, habiendo entrado en esa noche oscura de aparente esterilidad, donde lo que más me interesaba era el movimiento de la energía en mi cuerpo, que se me hacía algo así como el tejido inacabable que Penélope hacía de la mortaja del padre de Ulises.

Por aquel entonces vivía con Kathy en su pequeña casa en Santa Fe. Por detrás pasaba Strawberry Creek, un arroyo que descende de los cerros de Berkeley y luego se hace intermitentemente subterráneo para aparecer aquí o allá en algunos jardines de la ciudad. Cuando me había consultado Kathy acerca de la compra de esta casita, yo mismo le recomendé esta que tenía el arroyo, con mucha conciencia de las recomendaciones de Carlos y de mi oportunidad de haber tenido un arroyo en la casa que había compartido anteriormente con Marylin.

Esta casita estaba construida sobre un declive, de modo que debajo del primer piso, al nivel de la calle, había un cuarto que daba directamente al arroyo y al cual se llegaba por un sendero desde la puerta trasera de la casa principal. Frente a él yo había instalado mi cuarto de meditación. Aquí recibí un día con mucho gusto la visita de un animalito que hoy puedo identificar como una comadreja, aunque hasta entonces no había visto uno semejante. Tenía un tamaño algo mayor que el de una ardilla y sus ojos parecían cubiertos por un antifaz. Estuvo un rato mirándome mientras yo meditaba, y terminé por cerrar los ojos para evitar que me interrumpiese, con buen resultado, pues se marchó.

Tal vez durante un par de días esta comadreja que venía del estero se me apareció. Solo lo menciono porque volvería a aparecer de manera más significativa luego de la siguiente visita de Carlos.

Pasó mucho tiempo antes de que pusiera los pies dentro de este arroyo, que frente a la puerta de mi cuarto formaba un pequeño remanso de suelo aparentemente plano, a continuación del curso descendente y ruidoso que traía su corriente al descender entre rocas antes de llegar desde la casa vecina.

Sería difícil reconstituir lo que me llevó a esta nueva iniciativa de caminar en este arroyo, pero sí recuerdo la idea de que debía acostumbrar a la planta de mis pies a ser

menos sensible. Cuando los indígenas colombianos me habían llevado a conocer la primera planta del yagé y los había seguido vadeando el río, había sido una tortura caminar pisando piedras, mientras ellos lo hacían con visible comodidad, y recuerdo haber pensado que la tensión muscular en la planta de los pies me impedía una mayor naturalidad. Y recuerdo también que durante alguna visita reciente a Yogi Chen me había recibido con los pies desnudos, lo cual también contribuyó a esta rara iniciativa de quitarme los zapatos y los calcetines, en un deseo de ese mínimo gesto de naturalidad que significa poner los pies en contacto con la tierra fuera de una habitación alfombrada o con un suelo de linóleo.

También debí superar una cierta repulsión a lo que pudiera haber en el fondo no visible de ese estero, y recuerdo todavía la satisfacción de encontrarme con un fondo de arena y no de fango o de objetos podridos. Fue un acto educacional, algo así como un acto meditativo, el dar pasos en mi propio arroyo dejando caer el peso hacia los pies y a la vez relajando las plantas de los pies. El gesto de dejar caer el vientre como en la meditación y relajar los pies me sugirió la figura de un caracol (un gastrópodo), que siempre me llamó la atención por su sagrada forma espiral y su naturaleza hermafrodita.

Estoy seguro que no recordaría todo esto si no hubiese sido por algo muy especial que me quedó grabado en la memoria: mientras meditaba en este animal cósmico, semejante por su forma a una galaxia (y que me estaba pareciendo educacional imitar, dejando caer mi vientre a los pies y a la tierra), me interrumpió Kathy para anunciarme la visita de Carlos Castaneda.

Hacía unos siete años que no lo veía, y no dudé en pedirle a Kathy que le indicara cómo descender a mi santuario junto al estero, donde nos reencontramos. Luego de explicarle el momento en que había llegado, él apreció las telas de araña en mi cuarto, implícitamente alusivas a su segundo apellido. Pronto volvimos a subir para reunirnos con Kathy y seguir conversando. De lo que se dijo solo recuerdo su respuesta a mi petición de consejo en ese momento de mi vida: «No hacer. A través del no hacer te crecen los músculos hasta en la lengua».

Otras visitas de Carlos siguieron a esta. Primero en compañía de una mujer con quien convivía y que Don Juan le había encomendado aprender a cuidar, y también en compañía de alguien con quien había colaborado en un film reciente llamado *Towering inferno* (que me había impresionado recientemente por ser alusivo al viaje interior) y que, me explicaron, había sido concebido como un equivalente vertical a un film anterior

sobre el hundimiento del Titanic. Era coherente con mis percepciones que Carlos me explicase que había contribuido a su creación.

En otra oportunidad Carlos me llamó desde Los Ángeles cuando estaba con nosotros Armando Molina, y le dije que me parecía interesante que se conocieran. Me respondió que se «daría una voltereta» y efectivamente llegó un par de horas más tarde con un pequeño séquito. En otra ocasión apareció en un taller sobre sueños que ofrecía Tarthang Tulku Rinpoche, y los invité a ambos a una performance de Marcel Marceau, el famoso mimo francés con quien se había formado Jodorowsky. Luego nos tomamos un té juntos en Telegraph Ave. Estaba muy impresionado Carlos con que Rinpoche, sentado a su lado, tenía poder como Don Juan, pero en cambio no lo impresionó semanas más tarde Swami Maktananda, a cuyo áshram también lo llevé y de quien solo me dijo que era «a nice man», un hombre agradable.

Causó cierta sensación esta visita, pues la revista que recibían los seguidores de Muktananda publicó una descripción de lo ocurrido en el ánimo de exaltar al gran swami, pero respondiendo a la entrevista de alguna otra publicación donde Carlos describió el mismo encuentro diciendo que Muktananda había orinado sobre él (tal como en la experiencia publicada en su primer libro, donde describe un semejante tratamiento por parte del espíritu verde del peyote).

La visita más interesante que recibí de Carlos ocurrió un día durante la mañana, cuando la comadreja salida del estero frente a mi cuarto de meditación entró mientras yo meditaba inmóvil y en silencio, como investigándome. Poco después llegó Carlos, quien me explicó que me traía el manuscrito de su último libro, *Cuentos de poder*, pues le interesaba mi opinión antes de entregárselo a su editor en Simon & Schuster. Ese día tuve un compromiso a la hora de la cena y no alcancé a examinar para nada el manuscrito, que arrojé sobre mi cama con la intención de examinarlo a mi regreso.

Sin embargo, cuando regresé no lo encontré donde lo había dejado y en cambio vi que sobre mi cama estaban los restos del lápiz que estaba usando, como si al romperlo alguien hubiese querido trasmitirme una muy agresiva crítica.

Pronto Kathy me dio la explicación de lo que había ocurrido: una comadreja había entrado en la casa por la nueva puertecilla que ella venía de instalar para la entrada y salida de su gato, y cogiendo el manuscrito de mi cama parecía tan dispuesta a llevárselo consigo que ella había tenido que cogerlo por uno de los extremos para disputárselo. Había prevalecido, aunque perdiendo la primera página.

Cuando Carlos apareció al día siguiente y le contamos esta historia, se rio comentando: «There is power in it». Pero no aprobó mi comentario respecto de su descripción de cómo Don Juan y Don Genaro lo habían lanzado a un abismo, su desmaterialización durante la caída y su reaparición en la puerta giratoria de un hotel de Capital Federal. Cuando le dije que la escena me había parecido una excelente metáfora, me dijo que no había comprendido el alto nivel de desarrollo de la magia de los toltecas, estimulada por el poder opresivo de los conquistadores.

Alguna vez relaté este episodio durante una reunión de Año Nuevo en casa de Fritjof Capra, donde estaba también presente Rupert Sheldrake, el famoso formulador de los campos morfogenéticos, con quien hasta entonces había tenido una relación amistosa pero que para mi sorpresa reaccionó a mi historia como una fabricación tan evidente que solo se hicieron conjeturas acerca de mi motivación para inventarla. Así resultó que mi descripción de este breve episodio tuvo como resultado la pérdida del aprecio de mis célebres amigos.

¿ABANDONADO POR MI GURÚ?

Aunque poco después de mi primer taller con Rinpoche me había dicho que podía visitarlo cualquier día y en cualquier momento, no recuerdo que le pidiera nunca una cita. Pero lo visité más o menos una vez al año, en respuesta a su iniciativa. Llegó un tiempo en que ya no me invitaba, y se me transmitió indirectamente que no era apropiado que lo viese sin su invitación.

Pasé muchos años sin saber con certeza cómo interpretar este distanciamiento. Recordé haberme dicho a mí mismo que no parecía necesitar una reunión personal con Rinpoche, porque él estaba tan presente en mi mente que podía imaginar acertadamente la respuesta que daría a mis preguntas; y me pregunté ahora si me estaba castigando por esta indiferencia implícita. También consideré una serie de posibilidades alternativas con respecto al hecho de que ya no tenía acceso a la persona más importante de mi vida.

Por ejemplo, en una ocasión reciente, Rinpoche me había sugerido viajar a Afganistán en busca de cierto lugar sagrado, e incluso me ofreció mapas e instrucciones detalladas para el viaje, pero yo no me había atrevido a arriesgar mi vida en un tiempo de guerrillas. «¿Qué hay de la guerra?», le había preguntado, y él había respondido asegurándome que sería guiado y protegido por un mantram. El alcance de mi confianza fue probado más allá de su límite. ¿Podría haber sido su propuesta una prueba ante la cual yo no había estado a la altura?

Otra posibilidad era que este tiempo de separación del maestro fuese parte de un proceso de enseñanza. Sister Palmo, a quien había conocido mientras ambos viajábamos con Su Santidad el Karmapa en Canadá, recientemente me había dado algunas instrucciones escritas sobre el Mahamudra, en las que se explicaba que llega un

momento en el que uno ya no puede ver a su lama y le debe rezar intensamente para tener de él la bendición de comprender la naturaleza de su mente. ¿Podría ser, entonces, que simplemente había llegado a este momento en mi entrenamiento? Ello era congruente con lo que Rinpoche había dicho en una reunión con cinco de nosotros frente a la chimenea a la entrada del Instituto Nyingma, que nunca antes había visto encendida, por lo que sugería que fuese parte de una situación ritual que podría interpretarse como una especie de ceremonia de graduación.

Rinpoche nos dijo con humor que ya nos había enseñado todo lo que sabía. A mi observación «¿entonces dirías que tu pollo está saliendo de su huevo?», había respondido: «Ya no huevo, todo pollo».

Otra interpretación de que Rinpoche me mantuviese alejado se refería a mi decisión de casarme con Lily. Hasta poco tiempo antes habría sido impensable para mí proceder en un asunto tan importante sin el consejo de Rinpoche, pero había decidido dar ese importante paso sin siquiera comunicarle mi intención. Solo le envié una invitación a nuestra boda, a la que no asistió, aunque me envió un regalo con Bill Soskin. Posteriormente le envié un mensaje a Rinpoche preguntándole si podría venir a verlo con Lily y obtener su bendición. Nos envió un mensaje que decía que entrásemos al edificio por la puerta trasera: un sendero lateral que daba a la calle en el lugar donde estaban los recipientes de la basura. Nunca antes había sucedido, y naturalmente lo tomé como un signo de reprobación. ¿Pero por qué exactamente? Poco antes le había escrito a Rinpoche acerca de Lily, y agregaba como postdata que seguía él siendo la persona más importante en mi vida, pero mientras lo escribía me había preguntado si seguía siendo cierto, y ahora me pregunté si tal vez estuviese castigándome por mi engaño, o por haber estado tan encaprichado como para haber permitido que la prioridad de mi maestro en mi vida se volviera nebulosa.

Algún tiempo después Carlos Castaneda apareció en una de sus visitas inesperadas y me dijo que no esperaba volver a ver a Don Juan, porque solo podría hacerlo después de completar una determinada tarea, lo que podría llevar más tiempo que el que le quedaba de vida a Don Juan. Recuerdo haber pensado: ¿Me está diciendo esto para ayudarme a comprender que es mi deber no ver a mi maestro hasta que haya practicado suficientemente lo que él me enseñó? Esta noción se reforzó cuando Carlos me dijo que por última vez había visitado a su padre, a quien no había visto desde la adolescencia. Su padre lo había entretenido durante horas en su apartamento de París sin sospechar que

estaba recibiendo a su propio hijo, y habló con él con entusiasmo acerca de los libros de Carlos Castaneda. Solo al final de su visita, después de salir del umbral, Carlos había revelado su identidad y se había despedido abruptamente. Cuando hubo terminado su relato intuí que no solo no volvería a ver a Rinpoche, sino que además posiblemente tampoco volvería a ver a Carlos. De hecho, fue esta la última vez que estuve con él.

Durante este mismo período había estado visitando a mi amiga Elsa, una psicoanalista en Nueva York que vivía en el mismo edificio que otra amiga psicoanalista llamada Anna Applebaum. En cierta ocasión, Elsa también había invitado al más joven de los hijos de Dudjom Rinpoche, en cuya presencia yo había estado cuando aún era muy joven, con motivo de una celebración del cumpleaños de Buda en el Instituto Nyingma (cuando Tarthang Rinpoche había dicho algo acerca de su timidez).

Ahora que nos volvíamos a encontrar, me preguntó: «¿Tienes acceso a Tarthang Rinpoche cuando quieras verlo?». Le dije que sí, en referencia a lo que me había declarado explícitamente hace mucho tiempo, pero recuerdo haber pensado que ya no estaba del todo seguro. De hecho, no sentía que fuera así, aunque aún no se hubiese dicho nada al respecto. Tal como en el caso de las instrucciones del Mahamudra, este comentario de un monje tibetano me hizo pensar que tal vez había entrado en una etapa estándar en la relación con el maestro, cuando uno se mantiene a cierta distancia.

Mucho más tarde, después de contarle al principal discípulo argentino de un tibetano en Buenos Aires los muchos años transcurridos desde la última vez que había visto a Rinpoche, hizo un gesto de conmiseración al señalar cuánto dolor podía infligir un maestro, y al escucharlo pensé que seguramente sentía dolor. Pero ya que también había aprendido a anestesiarme temprano en la vida, tal vez estaba necesitando un tiempo de exilio especialmente largo para compensar la baja intensidad de mi sufrimiento.

Otra consideración que me pareció relevante a mi actual alejamiento fue que me ofrecieron unirme al personal de Nyingma en un momento en que esto implicaba un mayor compromiso que en el pasado, pues el personal de Nyingma se convirtió en un grupo dedicado por completo al servicio de Rinpoche. Entonces opté por seguir enseñando de manera independiente y así desarrollar mi manera específica e integradora, que pensé que podría ser mi Swadharma. Pero ello no impidió que me reprochara no estar rindiéndome tan profundamente como requiere el Camino Tibetano. Aunque en la perspectiva de un tiempo posterior llegara a comprender que Rinpoche desde el

comienzo había apoyado que enseñase a mi manera, en este momento temí que simplemente le había fallado.

Por último, imaginé que se hubiese enojado mucho conmigo cuando, en el día de la visita del Dalai Lama al Centro Nyngma, yo debía presentarme con un rollo de Thangkas en la puerta de la sala donde el Dalai Lama recibiría nuestras ofrendas. «Que mis discípulos avancen», había indicado, y yo mismo no estuve seguro de que me correspondiese abrirme camino para entrar a tiempo cuando se abriese la puerta, o me correspondía más bien dejarle esta prioridad a otros, cuya condición de discípulos fuese menos ambigua. Vi su irritación entonces ante mi inseguridad, me pidió que le entregase la ofrenda, y cerró la puerta antes de que yo alcanzase a entrar.

Por supuesto, estaba dividido entre interpretaciones alternativas y a menudo abrigaba la idea de que me había vuelto inapto, demasiado perezoso y descuidado, y simplemente había sido abandonado, tal vez con terribles consecuencias. Recuerdo que alguien le preguntó a Rinpoche si todavía se podían encontrar maestros como Marpa, de quien se dice que sometió a Milarepa a pruebas impresionantemente duras, y su respuesta fue que lo más difícil era encontrar discípulos como Milarepa.

Sin embargo, me parece que la última vez que vi a Rinpoche antes de preguntarme si había sido rechazado por él fue muy peculiar. Una enigmática mujer llamada Janet Bowman, que asistió a mis talleres y que con frecuencia me enviaba sonetos en estilo shakespeariano, una vez me invitó a su casa, y al hacerlo mencionó por teléfono que había comprado un trono dorado. Cuando llegué Rinpoche estaba allí y me pidieron que me sentara en el trono. Rinpoche se sentó frente a mí en una silla común y nos sirvieron té. No se dijo nada especial que yo recuerde, y nada sobre la circunstancia inusual de nuestros asientos, pero parecía contradecir el posterior gesto de alejamiento de su parte. También parecía anticiparlo a través de un extraño accidente a la hora en que, ya en mi coche y comenzando a salir del estacionamiento de casa de Jan, me crucé con el coche de Rinpoche dirigido por Judy Rasmusen y quise responder al gesto de Rinpoche de enviarme un beso con el movimiento de su mano. Mi intento de responderle llevándome la mano a la boca fracasó, pues se me había enredado la manga de la chaqueta en la manivela de la ventana y no logré liberarla a tiempo. Presentí entonces que este accidente trivial encontraría eco en alguna desgracia futura, y en el futuro la situación dolorosa de un aparente exilio no dejó de resultarme enigmáticamente anticipada por ese beso accidentalmente impedido.

En retrospectiva, puedo decir que me llegaría a sentir agradecido por la oportunidad que Rinpoche me dio para ganar mérito a través de mi aceptación implícita de que yo temía ser expulsado, pero cuando mi contacto con él se renovó más adelante en la vida, nunca sentí que fuese una prioridad en nuestro tiempo juntos preguntarle sobre sus motivos o razones pasadas.

DEE DEE, MI CALIPSO

Mi primer contacto con Dee Dee fue una carta que recibí de ella en la que expresaba su aprecio por *The One Quest* y me invitaba a ofrecer un taller y una conferencia pública en la Universidad Estatal de Ohio, en Columbus. Como este había sido el lugar que originalmente había estimulado mi interés en visitar Estados Unidos, imaginé que el dedo del destino podría estar haciéndome señas para volver allí, y acepté.

Todo fue bien, me alegré de ver el Hoyt Sherman de nuevo. Pero nada permanece tan vívidamente en mi recuerdo de aquellos días como la bombilla que espontáneamente se encendía y apagaba, durante mi última noche, mientras yo permanecía en el piso superior de la casa que Dee Dee compartía con su esposo. Aunque sería fácil explicarlo como el resultado de una conexión defectuosa, cada vez que se encendía la luz me impresionaba como un guiño de su parte, de modo que era como si ella se estuviera haciendo presente.

A la mañana siguiente, mientras bajaba por la escalera para unirme a los demás en torno a la mesa del desayuno, vi en una cómoda junto a la escalera una copia del libro de Satprem sobre Sri Aurobindo, respecto del cual Armando había sido tan entusiasta que había traducido porciones largas. Y así como mi tendencia al pensamiento mágico me había llevado a percibir la ampollita parpadeante como una señal, también sentí la presencia del libro como una comunicación, incluso si no podía descifrar su mensaje.

Un año después la señal se me hizo evidente cuando Dee Dee me llamó desde San Francisco para explicarme que ella y su esposo se habían mudado allí, y que mientras él asistía a la Facultad de Medicina ella estaría involucrada en CIAS (California Institute of Asian Studies), la escuela fundada por el discípulo de Aurobindo, Haridas Chaudhuri.

Siguió un tiempo de encuentros ocasionales con Dee Dee y su esposo, hasta que algunos años después recibí noticias de su separación. Y un poco después de separarme de Kathy, Dee Dee y yo nos encontramos en un restaurante de San Francisco. Me quedé con la impresión de que estábamos interesados el uno en el otro, y siguió un tiempo de visitas frecuentes en su casa. Además, participamos conjuntamente en un retiro vipassana, dirigido por su amiga Rina Sirkar, de Birmania. Poco después me invitó a unirme a ella para pasar la Nochebuena.

Aunque esperaba una relación de amor, por lo que estaba muy contento con su invitación, tuve algunas dificultades para imaginar la intimidad física con ella. A pesar de haber albergado una expectativa de romance, lo que me atrajo de ella fue una combinación de aprecio y una sensación de misterio. No podía decir que me hubiera excitado de una manera sexual, tal vez porque había algo virginal o puro en ella, que sugería que estaba por encima de la carnalidad. Sin embargo, ella se había preparado para esa Nochebuena con sábanas carmesí que parecían más explícitas, incluso sacramentales.

Ella era físicamente hermosa y sexualmente viva, además de irradiar salud, y rápidamente me enamoré de ella. Un factor, estoy seguro, fue que, cuando compartíamos lo que queríamos el uno del otro, ella era explícita sobre no esperar la monogamia, solo una relación con el espacio para la apertura a otras relaciones. Después de haber sufrido los celos de Kathy, esto me pareció la relación no posesiva que siempre había estado buscando. Sin embargo, me sentí muy decepcionado cuando unos meses más tarde Dee Dee mencionó, casi entre paréntesis, que ya no consideraba válido nuestro acuerdo anterior y que esperaba la monogamia.

No lo discutí, pero me sentí traicionado y mi entusiasmo y mi amor por ella se volvieron tibios. Sin embargo, esta iba a ser una historia de amor que duraría más que todas mis anteriores: siete años, en lugar de los cinco habituales. Parte de la razón, sospecho, fue que vivíamos en casas diferentes, ella en San Francisco y yo en Berkeley.

Nuestra vida en común fue intermitente, por lo que generalmente la veía durante los fines de semana extendidos, de viernes a lunes.

Sentí que la influencia de Dee Dee en mi vida involucraba una curación sutil. La acepté y me sentí aceptado por ella, a pesar de una medida de crítica que consideré justa. Nos tratamos como iguales, para que nadie fuera un maestro o un seguidor del otro, y no sentí deseos de alterar sus convicciones o decisiones. Sin embargo, ella lamentaba que

no hubiera un vínculo espiritual entre nosotros, y esto era sin duda un reflejo de mi sensación de estar más avanzado en el camino de lo que podría reconocer, y en una situación de orientación autorizada muy diferente de lo que yo consideraba un amateurismo exaltado de su parte, a pesar de su solidez e inteligencia.

Yo, por mi lado, lamenté su falta de pasión y su limitado cuidado, aunque no me quejara de ello.

Tal vez me había convertido para entonces en una persona más receptiva, pero después de todo parecía haber encontrado la distancia apropiada para nuestro desapasionamiento. Apreciamos mucho la camaradería y, con el tiempo, aprecié mucho nuestra creciente colaboración en ciertos trabajos. Dee Dee, quien para entonces era la directora del Departamento de Estudios Integrales de CIAS, me invitó a impartir una serie de cursos y con el tiempo me convenció de reactivar el SAT, bajo el patrocinio del programa de doctorado Golden Gate University. Además, a través del diálogo con ella, que estaba tan entusiasmada con Aurobindo y las ideas del difunto Chaudhuri, me volví más consciente de mi propio enfoque integrador y transistémico, que hasta ahora había sido más bien implícito.

También pasé a formar parte de la facultad en CIAS, lo que implicó asistir a algunas reuniones de esa facultad, hablar en una ceremonia de graduación y enseñar religión comparada y filosofía comparativa. Curiosamente, cuando surgió el tema de cambiar el nombre de la escuela, fue mi propuesta de llamarlo Instituto de Estudios Integrados de California la que fue aceptada, por el mérito del intento de unificar enfoques orientales y occidentales, y también como un memorial a la herencia de Sri Aurobindo y a la principal preocupación del doctor Chaudhuri.

Si la noción de revivir SAT en mérito de su contribución potencial a la educación estaba en línea con mi concepción del potencial del programa, ya había pasado mis días carismáticos, y esta puede haber sido la razón por la que no pude atraer a los buscadores con una verdadera pasión por el viaje interior. Y si no estaba entusiasmado con la enseñanza, estaba todavía menos emocionado por mi público, tanto en CIAS como en talleres independientes patrocinados por un Instituto SAT, algo revivido artificialmente bajo la dirección de Dee Dee y consecuentemente ambivalente.

Durante siete años me sentí en compañía de esta mujer tan especial en la que percibí una cualidad de ninfa que me hizo bien, y sentí que gradualmente me había alejado de la más oscura noche de mi alma, y a menudo sentía como si gradualmente estuviera

entrando en el mundo que había dejado atrás cuando comencé mi larga peregrinación, aunque mi nivel de actividad todavía no era como sería algunos años más tarde. Sin embargo, viví con una pregunta siempre presente: ¿Dee Dee es la mujer de mi vida?

A pesar de no haber sentido nunca que ella lo era, me hacía la pregunta. Tal vez sentí implícitamente que este no era el momento para relacionarme con la mujer de mi vida y me sentí satisfecho con lo que percibí como una buena compañía. Incluso aprecié aprender con ella algo así como una actitud de ojo por ojo que no había caracterizado mis relaciones anteriores, en las que había recibido mucho y dado muy poco. A Dee Dee no le di mi corazón, pero al menos yo lavaba los platos y no esperaba que estuviera a mi entera disposición. Así que incluso si no estoy diciendo que estuve con Dee Dee para obtener una educación en sociedad democrática, me quedé mucho tiempo con ella en vista de una combinación de buena compañía, estímulo profesional y sexo saludable. Además, durante mucho tiempo me dije a mí mismo que una vez que apareciera la mujer de mi vida no tendría ningún problema para poner fin a mi relación actual. Sin embargo, una duda se hizo cada vez más presente sobre esta suposición: ¿aparecería tal mujer de mi vida antes de que yo fuera libre?

El evento precipitante en mi alejamiento de Dee Dee fue una visita a Swami Muktananda. Volvía de la India después de lo que parecía una larga ausencia del país y había invitado a muchas personas a un evento público en el Museo de Arte Moderno de San Francisco, en el Exploratorium. La invitación especificaba que Baba hablaría, luego habría un momento de meditación y Baba respondería preguntas de la audiencia. Terminó con un RSVP y solicitó que indicáramos cuántos invitados queríamos traer. Habían pasado años desde la última vez que había visto a Muktananda y ahora, por primera vez, iba a asistir en compañía de Dee Dee. Había una gran expectativa de su parte de que tal vez ahora, por primera vez en su vida, podría encontrar a alguien a quien pudiera aceptar como gurú, y yo estaba feliz por ella, ya que su relación con el doctor Chaudhuri había sido principalmente intelectual.

Mientras conducía con ella por el Puente de la Bahía hasta la reunión, reflexioné sobre la pregunta que podría hacerle a Baba y me quedó muy claro que solo había una cuya respuesta realmente me interesaba en ese momento, que además no era apropiada para una reunión tan multitudinaria. Sin embargo, mi pregunta fue respondida en esa reunión, más allá de toda duda, sin tener que formularla, de una manera bastante mágica. La pregunta era si Dee Dee era la mujer adecuada para mí.

Apenas Dee Dee y yo llegamos y nos paramos en la larga cola afuera del Exploratorium, un acomodador que me reconoció se acercó a nosotros para guiarnos a nuestros asientos reservados, donde me encontré detrás de dos viejos amigos que no había visto en años: Dane Rudhyar y Anne Armstrong. A fines de los años sesenta los había invitado a los dos a que se unieran a mí en el Instituto Esalen. Unos minutos más tarde, el ujier se acercó nuevamente para decir que habría una pequeña recepción para Baba después de la meditación, y que yo estaba invitado. Pregunté si podría traer a mi compañera, y la respuesta fue que yo era quien había sido invitado.

Mientras se alejaba, le dije a Dee Dee que veía dos cursos de acción alternativos ante nosotros, de acuerdo con su preferencia: podía pasar por alto la invitación, o ella podría esperarme unos cinco minutos más o menos mientras saludaba brevemente a Baba después de su larga ausencia del país. A pesar de mi oferta, me pareció que se había convertido en una estatua de mármol: fría e inmóvil, y obviamente furiosa. Y así se quedó durante la charla de Muktananda. Sin embargo, cuando la sesión de meditación estaba a punto de comenzar, el ujier se acercó a nuestros asientos para indicar que ahora podíamos encontrarnos con Muktananda detrás del escenario. Una vez más pedí una aclaración y me aseguró que los dos estábamos invitados.

Así que fuimos, aunque Dee Dee todavía parecía congelada y remota. Cuando me incliné ante Baba para saludarlo, me preguntó a quién le estaba presentando y la identifiqué como Dee Dee Marx, del Instituto de Estudios Integrados de California, y Dee Dee le ofreció una hermosa caracola que había estado en su chimenea desde que la conocí. Baba la miró reflexivamente y luego replicó que era un objeto muy valioso y que en su país tal objeto especial solo se le ofrecía al gurú de uno, de modo que, al no ser su gurú, no podía aceptarlo.

La repercusión de este evento en la mente de Dee Dee fue tal que puedo decir que nunca antes había visto correctamente la envidia y el resentimiento subyacentes a su característica mentalidad democrática y su rechazo de cualquier relación que no fuera igualitaria, lo que la había apartado de todos los gurús. Ella recientemente me había estado diciendo lo agradecida que se sentía de sus padres, por haber tenido el privilegio de crecer sin las dolorosas experiencias típicas de aquellos que necesitan de psicoterapia, y argumentó que algunas sesiones terapéuticas exploratorias habían confirmado su convicción de que no había nada que necesitara mejorar trazando recuerdos o sentimientos reprimidos fuera de su mente inconsciente.

Nunca creí que su ausencia de sufrimiento consciente fuera el resultado de la evolución espiritual, y seguí sospechando que su convicción era una cuestión de autoidealización y represión al servicio de la superioridad, pero fue el impacto del aparente insulto de Muktananda lo que hizo para mí más claro que no había tenido razón todo el tiempo.

Mientras hablábamos en el camino de vuelta al automóvil, sentí que podía ver su enfermedad de una manera que nunca antes había sentido. Me maravilló la forma en que Muktananda, una vez más, me había dado lo que buscaba de una manera que parecía milagrosa.

Sin embargo, la separación real entre nosotros fue provocada por una circunstancia diferente. Después de siete años de viajes entre Berkeley y San Francisco, pasando parte de la semana en mi pequeño departamento y extendiendo los fines de semana con Dee Dee, ahora me había permitido ser persuadido por ella para compartir habitaciones. El ideal de Dee Dee siempre había sido el de una ama de casa tradicional y yo diría que, ante mi firme falta de voluntad para casarme con ella, parecía haber determinado que al menos se uniría a mi trabajo y a través de él. Alquilamos una casa grande, que serviría como nuestro hogar y como base para futuras actividades de SAT. En mi opinión, las actividades en curso de mi instituto (orientadas a una maestría en educación en conjunto con la Universidad Golden Gate) no constituyeron más que una aventura exploratoria sobre la cual ya había perdido entusiasmo, sintiendo que mi actividad no tendría el impacto en la institución educativa que originalmente había imaginado como una posibilidad. Dado que el compromiso con esta actividad continua no era coherente con mi fuerte deseo de no esclavizarme en ningún tipo de trabajo que pudiera perjudicar mis preferencias vocacionales, Dee Dee y yo estábamos en conflicto, y este conflicto se intensificó cuando acepté la solicitud de Dee Dee de buscar una casa donde vivir juntos. Después de ver una serie de casas en venta, Dee Dee se entusiasmó con la adquisición de una gran mansión en Oakland que solo se podía comprar pidiendo prestada una gran suma. Podríamos pagar la deuda, me aseguró, si solo alquilábamos el espacio para talleres a otras instituciones, además de usarlo para mis propios cursos. Pero estaba claro que mi principal compromiso era con mi creatividad, a la que podría servir mejor si no me atacaban. Ahora veía su disposición a cortarme las alas, y esto era nuevo. Y como afortunadamente mis amigos no estaban entusiasmados con prestarme asistencia financiera para el proyecto de la mansión de Oakland, esa idea quedó suspendida cuando

me fui a Europa en mi gira anual de conferencias y talleres. Solo que en el momento de irme me sentía algo decepcionado de ver que Dee Dee estaba presionando tanto por algo que yo consideraba contrario a mis intereses de bienestar. Y mi decepción creció aún más cuando Dee Dee junto a mi tía Rita compartieron su crítica respecto de mi falta de entusiasmo sobre la inversión inmobiliaria, hablando de avaricia y falta de coraje y de fe, y argumentando que la vida ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

En el momento de embarcarme hacia Europa ya me estaba alejando de Dee Dee, y seguí sintiéndome lejos de ella durante los dos meses que siguieron, sin intercambiar una carta entre nosotros. Cuando regresé descubrí que no me había ido a recoger al aeropuerto como siempre lo había hecho. Desde allí me dirigí a su casa y cuando ella me preguntó cómo había sido el viaje le respondí: «Me he estado sintiendo muy lejos de ti». Me sorprendió con la pregunta: «¿Quieres poner fin a la relación aquí?». Mi respuesta fue sí, y nuestra relación terminó en ese mismo momento, sin ni un ruido ni un gemido, excepto que cuando la visité una semana después con ocasión de recoger algunos objetos, una vez más me sentí decepcionado por su juiciosa actitud.

V. UNA NUEVA PRIMAVERA EN LA CERCANÍA DE LA MUERTE

VEO A MI MADRE POR ÚLTIMA VEZ

Durante muchos años visité a mi madre regularmente en Chile, mientras su ceguera progresaba y la enfermedad de Parkinson complicaba aún más su estado, y en cada ocasión mis amigos organizaban algún evento local para mí en Santiago. Algunas de estas actividades las recuerdo como hitos en mi experiencia laboral. Podría decir que le debo a mi madre estos logros.

Uno de ellos fue una charla que di una vez en el Goethe Institut, un auditorio donde solía tocar la Orquesta Sinfónica. Mi tema fue el viaje interior y fue Lola Hoffmann quien me presentó.

En otra ocasión un grupo de periodistas me invitó a una reunión con políticos de izquierda (entonces proscritos). Más específicamente, fui invitado a abrir con ellos un diálogo acerca del tema «otra forma de hacer política». La DINA (el temible servicio de inteligencia chileno durante la dictadura) llamó a los organizadores y les ordenó cancelar el evento, pero ellos me dejaron decidirlo. Yo solicité el consejo del embajador estadounidense, pues, por cierto que fuera el hecho de que la gente seguía desapareciendo y siendo torturada en Chile, ingresaba y salía del país como ciudadano estadounidense para poder conservar así cierto grado de libertad. Después de asegurarse que no se trataba de una reunión pública, sino de una invitación a un grupo limitado, el embajador imaginó que todo estaría bien y me dio su número de teléfono por si necesitaba de su intervención.

Luego de esa charla sobre las implicancias políticas de la conciencia y del potencial de esta orientación de la política como alternativa a la política patriarcal, basada en el poder

y el engaño, un asistente, político de profesión, me dijo en un descanso: «No creo en una política que nos exija que nos hagamos santos».

Otra conferencia que se ha reiterado en mi carrera fue la que reproduje en mi libro *El fin del patriarcado*, que resultó vibrante por el hecho de que nuestro patriarca local todavía estaba en el poder. Un centenar de personas asistieron esa noche al Centro Cultural El Arrayán.

Durante los años de la dictadura militar aproveché la oportunidad que se le concedió a los médicos para practicar la terapia psicodélica, una curiosa libertad en medio de la represión que me permitió realizar algunas de las primeras investigaciones con MDMA. También aproveché mi estancia en el país para ocuparme de lo que se podría hacer para restaurar el gran bajorrelieve de siete metros de ancho que Tótila había titulado «El ave del retorno», una representación simbólica de la mente iluminada y la comunidad humana equilibrada. Estaba empezando a resquebrajarse, por lo que necesitaba restauración, y después de un año sin éxito en mi incitación a las autoridades a encargarse de la obra maestra en peligro, su agrietamiento se había profundizado tanto que una pieza del cemento se desprendió. El rostro ahora incompleto de una de las figuras en la composición había sido reemplazado por un aficionado y me resultaba doloroso ver en lugar del rostro noble de la figura paterna una de expresión muy vulgar como resultado del intento de restauración.

A través de la recomendación de un amigo de mi madre que vivía en su mismo edificio, un día me presenté ante el director de Bibliotecas y Museos, quien me escuchó y me aseguró que estudiaría el asunto. Pero cuando lo visité al año siguiente las autoridades ya habían decidido que se eliminase la obra y el director, a quien había acudido para solicitar su restauración, incluso se negó a decirme dónde podría encontrar la obra.

En otro de mis viajes a Chile vine en compañía de Dee Dee. Mi madre encontró un apartamento para nosotros en su mismo edificio. Aunque no pude darle a ella la satisfacción de que finalmente había encontrado a la mujer de mi vida (y fui claro en explicarle que este no era el caso) ella la trató muy amablemente, de modo que Dee Dee se sintió complacida. No fue un evento trascendental, pero cada año que pasaba me interesaban más los recuerdos de mi madre y ella, estimulándome a que le preguntara lo que quisiese, respondía a mis preguntas con total franqueza.

Un día, después de marcar el número de mi madre en mi casa de Berkeley, noté que su

voz sonaba más débil de lo usual y presentí que su final estaba cerca. Programé mi visita para un tiempo anterior al habitual y solicité en el consulado de Chile una visa de residente de seis meses.

Esta visita a Santiago tuvo lugar poco después de haber visto a Dee Dee por última vez. Había asistido a un taller de despedida con Jim Simkin en su casa de Big Sur, al lado de Esalen, que se esperaba que fuera el último, porque la leucemia estaba empeorando y tenía previsto retirarse. Como una apertura a nuestra primera reunión, Jim había preguntado: «¿Quién quiere trabajar?». Yo levanté la mano y, como nadie más lo hizo, pasé a describir mi problema actual, que era saber si mi alejamiento tan fácil de Dee Dee constituía una evitación enfermiza, reflejo de mi carácter retraído, distanciamiento y frialdad. En vez de disfrutar de mi nueva libertad, me acusaba de mi falta de paciencia hacia ella, de mi falta de voluntad para acomodarme a sus deseos, pero también dudaba de la validez de mi autoacusación. ¿Dónde estaba la verdad?

Jim me instó a consultar mis sentimientos aquí y ahora, y fue como si estuviera sugiriendo que mi problema estaba solo en mi pensamiento, pues a nivel emocional me sentía muy cómodo y solo me preocupaba la *idea* de que al seguir mis sentimientos podría terminar como un anciano solitario. Sin mencionar a Fritz, dijo algo que evocaba su filosofía de vida. ¿No había sido Fritz alguien que había llegado a la autorrealización y disfrutado de su vida plenamente sin un compromiso con ni una sola mujer?

Pronto mi temor de que persistir en mis propios deseos me llevase a la soledad fue sanado por una simple reconfirmación de la fe tan propia de la Gestalt en «seguir el propio corazón», sobre todo confiando en las propias inclinaciones naturales.

Tan pronto entré a la habitación de mi madre y la vi en la cama, me saludó diciéndome: «Como ves, todavía estoy aquí, pero no sé si sea una recompensa o un castigo». En días recientes ella había permitido que mi padrastro Adrián y su amiga Ruby le consiguieran una silla de ruedas, lo que parecía ser algo así como una admisión de derrota o pasividad. Se sentía muy confinada en su casa, donde su marido se había convertido en un factor de distracción cuando más necesitaba estar profundamente en sí misma. Pensé que tal vez sería bueno llevarla a la playa durante unos días, lejos de la conversación algo angustiante de Adrián junto con su adicción a la televisión. Ruby estuvo de acuerdo e incluso se ofreció para unirse con nosotros y ayudarla en sus necesidades físicas. Me pareció un gran regalo, al que se agregaría otro: la oferta de Luis Weinstein del uso de su casa en la playa.

Concomitantemente, me pareció un regalo más de la vida el que Marta Huepe, quien recientemente me había presentado a su bella amiga Lily recién llegada de Suecia, sugiriera llevarla a la casa de la playa. Mi madre estuvo de acuerdo, por lo que después de unos días en la playa vinieron a unirse a nosotros. Después de un día o dos mi madre decidió regresar con Ruby a Santiago. Me pregunté si acaso era posible que mi mamá pretextara cierta inquietud y malestar para dejarme el campo libre y, si así fue, fue un grandísimo regalo de su parte, pues nuestra luna de miel con Lily comenzó de inmediato, en la grata y muy íntima compañía de Marta, también feliz por el regalo que ella misma nos estaba haciendo.

Después de nuestro regreso a la capital pudimos reanudar nuestra convivencia gracias a la oferta de una maravillosa casa bajo el sol en El Arrayán. No puedo describir esos días con palabras más exactas que «el jardín de las delicias». Pocas veces nos vestimos durante esos días. Recuerdo especialmente el sol en un cielo intensamente azul sin nubes y la naturaleza sin signos de vida humana en torno a la terraza donde yacíamos o comíamos.

Conversamos mucho, pero no recuerdo casi nada, excepto que en algún momento le propuse a Lily que nos casáramos para seguir viviendo juntos, y ella aceptó.

Para mí era una experiencia nueva en la vida estar enamorado de esta manera. No era solo un estado de entusiasmo ante la belleza interior y exterior de una mujer, sino una entrega en una medida que me era desconocida y la disposición a una entrega futura. Era esto lo más novedoso, aparte del deseo de tener con ella un hijo (o más bien una hija). Recuerdo claramente preguntarme a mí mismo: ¿y si esta convivencia falla? Aunque no podía imaginarlo entonces, ¿qué haré si resultamos incompatibles? Aunque en situaciones anteriores de la vida la posibilidad de un futuro problemático siempre me había alejado del matrimonio, en esta ocasión sentía una fuerza nueva y la confianza de que si tal cosa ocurriese ya sabría qué hacer.

Por primera vez me llenaba un coraje amoroso, una disposición a asumir riesgos, en lugar de empobrecer mi amor. La temporada podría haber sido más larga de lo que fue (algo así como una semana, me parece) de no haber sido por el deseo de que mi mamá no llegara a sentirse abandonada. Volví a su departamento con Lily, que compartía conmigo parte del día y la noche. Después de algunos días esto constituyó un problema, para gran sorpresa mía. Mamá me pidió que no alojase a Lily con nosotros, explicándome que Adrián se sentía nervioso de lo que pudiese pensar la empleada. Me

pareció muy extraño que mi mamá, que había sido tan libre, respetase una preocupación tan convencional de su marido, aunque supongo que su deseo de complacerlo en aquellos días era una expresión de su actual fragilidad y dependencia.

Ciertamente no había sido comparable su actitud cuando a los sesenta y tantos años de edad y ya bastante ciega (al año de comenzar a reunirse con el grupo que se había originado en respuesta a su propio deseo de que la guiase en un trabajo interior) había respondido con la amenaza de separarse al reproche de Adrián de que dedicara tanto tiempo a estas reuniones. Mi respuesta no fue comprensiva, sino que al menos para mis adentros fue despectiva y dura, y se expresó durante algunas noches en que fui a dormir a casa de Marta con Lily, pues también era cierto que nuestro amor me parecía como un torrente que no estaba bien estrangular.

Pero ¿hablo en propiedad al decir nuestro amor?

Muy pronto supe que la primera noche de nuestra separación, mientras yo dormía en casa de mamá, Lily lo hacía junto al dueño de esa casa maravillosa donde pasamos nuestra luna de miel. Pero no fue más que un rasguño para mí cuando lo supe a través de Marta algunos días después de nuestro retorno, y le creí cuando, sin negarlo, Lily me dijo: «Pero verás que desde ahora en adelante te seré fiel y nunca te engañaré».

Mamá pareció no haberle creído, pues cuando le expliqué mi entusiasmo con Lily permaneció silenciosa un rato y en respuesta a mi pregunta acerca de lo que sentía, después de mucho buscar las palabras, me dijo: «No sé cómo decirlo, pero es como si estuvieras loco».

Con el tiempo pude ver que ambos teníamos razón: mi mamá en su intuición de que Lily no era la mujer de mi vida y mi intuición de que sí lo era, porque, por más que fuese a ser algo comparable a un cometa fugaz en mi vida, este enamoramiento fue una culminación y una nueva primavera de profundas consecuencias que, además de saciar mi sed de amor, me trajo una nueva etapa de fecundidad tras un largo período de sequía y esterilidad.

Mi madre falleció en una de esas noches mientras yo estaba con Lily, y no en el paraíso terrenal esta vez, sino en el séptimo cielo, y me pareció oportuno que así fuese: me pareció que había sido su preferencia en aquel momento morir sola. Por más que pudiese haber en ello algo así como un «¡moriré cuando no estás, para que veas!», me pareció haber estado más con ella en esa noche que tal vez en ninguna de las anteriores, pues había estado sintiendo una profunda conexión con ella al imaginar que la

acompañaba en una pacífica disolución terminal de su conciencia. Incluso Lily y yo estábamos hablando de ella cuando el llamado telefónico de Adrián nos convocó junto a su lecho.

Ya había expirado, pues, como Adrián nos lo había explicado al teléfono, todo había ocurrido en un instante: había vuelto el rostro hacia el suyo por unos segundos para darle un beso de buenas noches y enseguida, volviendo a su posición, había dejado de respirar. Era la noche del 24 de febrero, un mes y un día después de su cumpleaños, y no puedo dejar de sentir en la fecha una referencia a la de mi propio cumpleaños, el 24 de noviembre.

Al día siguiente se celebró una ceremonia fúnebre en su casa antes de salir al Cementerio General. Ruby invitó a un cura cuyo nombre no recuerdo y de cuya existencia nunca había sabido, pero se desempeñó extraordinariamente bien, con gran sencillez y sabiduría. Una vez más imaginé que acompañaba a mi mamá en su gran regreso, solo que aparentemente fue poco correcto que me permitiese, sin siquiera tener conciencia de ello, una sonrisa beatífica.

Una amiga de mi madre, a quien había visto mucho en su casa a través de los años pero con quien nunca tuve un contacto personal, parecía querer llamarme la atención en algún momento de la ceremonia con un gesto que luego entendí como un llamado a la corrección que estaba violando al no poner la debida cara de funeral. Absorto en el sentir de que por fin le llegaba a mi mamá el verdadero premio de descansar de esta vida, sintiéndose a la vez en paz con lo que había sido, me sentía feliz, y esta amiga suya interpretaba mi sonrisa como expresión de que estaba tan feliz con mi nuevo amor que la muerte de mi mamá no me importaba.

NO EL LUTO, PERO SI LA COMPRENSIÓN

No lloré a mi madre, tal vez porque creí que estaba pasando a una existencia mejor, tal vez porque su presencia hasta el final me había agobiado más de lo que me había alegrado. Cuando niño había intentado ser mi mejor yo, buscando amar a mi madre más que a mí mismo, pero ahora que estaba tan consciente de las limitaciones de mi amor, imaginé que era mejor permitirme actuar espontáneamente.

Sin embargo, cuando vi a Bob Hoffman poco después de mi regreso a Berkeley y le expliqué que mi madre había fallecido, me preguntó por qué ella estaba enojada conmigo y me guió a través de un renovado proceso de perdón que sentí que necesitaba. Desde entonces he tratado de amar a mi madre cada vez más, a pesar de mi niño interior que seguía disgustado con ella, y yo diría que una aproximación continua a mi madre ha sido uno de los hilos de mi crecimiento.

Ella se preguntó muchas veces, particularmente hacia el final de su vida, acerca del propósito de su existencia, y nos pareció mientras hablábamos sobre ello que muchas personas habían encontrado su camino a través de su cercanía, por lo que parecía ser una persona que sirve a los demás como un puente, como un golpe de buena suerte o como un medio para conocer a alguien que luego cambiará su vida. Sospecho que, más allá de heredar a sus amigos muy especiales, también heredé este muy raro regalo de ser un mediador que involuntariamente hace que las cosas sucedan.

Desde el momento en que se unió al grupo que había dirigido al principio, y al que seguí estimulando durante dos o más años, su vida había tomado una nueva dirección. Así como un aspecto de su mente de buscadora había sido alejarse de los viejos amigos con quienes compartía juegos de cartas durante los fines de semana, también fue parte de

su espiritualización estar rodeada de espléndidas visiones de jardines colgantes y presencias angelicales. Esto puede sonar como un equivalente a decir que ella vivía en un mundo de fantasía, pero no creo que fuera así, ya que siempre fue una persona con los pies en la tierra. Era más bien su enfermedad ocular, que la hacía propensa a distorsiones visuales. Su ceguera no solo generaba fenómenos ópticos sin sentido, sino además visiones de gran contenido estético y espiritual.

A propósito de esto, recuerdo que Carlos Castaneda me explicó un día que había sido tratado por estrabismo, pero este tratamiento iba en contra de los efectos de un ejercicio que Don Juan le había dado para desenfocar su mirada a fin de desarrollar una visión más sutil. La siguiente ocasión en que vio a Don Juan después de haber dejado al oftalmólogo corregir su estrabismo, su comentario fue: «Te echaron a perder tu mal ojo».

Una vez le expliqué esto a alguien, que en respuesta me envió un poema de Lisel Mueller inspirado en la negativa de Monet a operarse los ojos en su vejez:

*Doctor, dices que no hay halos
alrededor de las farolas en París y
lo que veo es una aberración
causada por la vejez, una aflicción.
Te digo que me ha tomado toda mi vida
para llegar a la visión de lámparas de gas como ángeles,
para suavizar y difuminar y finalmente desterrar
los bordes que lamentas no veo,
para aprender que la línea que llamé el horizonte
no existe y el cielo y el agua,
no muy separados, son el mismo estado del ser.
Cincuenta y cuatro años antes de que pudiera ver
la catedral de Rouen está construida
de rayos paralelos de sol,
y ahora quieres restaurar
mis errores juveniles: arreglando
nociones de arriba y abajo,
la ilusión del espacio tridimensional,*

*glicina separada
del puente que cubre.
¿Qué puedo decir para convencerte?
Las Casas del Parlamento se disuelven
noche tras noche para convertirse
el sueño fluido del Támesis
No volveré a un universo
de objetos que no se conocen entre sí,
como si las islas no fueran los niños perdidos
de un gran continente.
El mundo es flujo, y la luz se convierte en lo que toca,
se convierte en agua, lirios en agua,
arriba y debajo del agua,
se vuelve lila y malva y amarillo
y lámparas blancas y cerúleas,
pequeños puños que pasan la luz del sol
tan rápido el uno al otro
que tomaría pelo largo y corriente
dentro de mi cepillo para atraparlo.
¡Para pintar la velocidad de la luz!
Nuestras formas ponderadas, estas verticales,
quemar para mezclar con aire
y cambiar nuestros huesos, piel, ropa
a los gases. Doctor,
si solo pudieras ver
cómo el cielo tira de la tierra en sus brazos
y cuán infinitamente el corazón se expande
para reclamar este mundo, vapor azul sin fin.*

Una vez más, durante esta última temporada de su vida, se disculpó mi madre por no haber sabido cómo ser maternal durante mi infancia. Tal vez su insistencia en hacerme la cama cada vez que estuve en su casa hasta casi el final de su vida (justo antes de que la trasladaran a una silla de ruedas), junto con acompañarme al acostarme, fue como una

acción ritual a través de la cual quiso transmitirme, de manera más implícita que sentimental, un gran amor y una disculpa por su falta de empatía y comprensión pasadas.

A pesar de que la perdoné (con la ayuda de Bob Hoffman) hace muchos años, y seguí trabajando en ello a medida que pasaba el tiempo, durante sus últimos días fui más consciente de no poder perdonarla del todo, a pesar de mis palabras tranquilizadoras.

Por supuesto me decepcionó que ni siquiera bajo la sombra de la muerte pudiera abrir mi corazón completamente hacia ella, y que a pesar de mi intento de amarla más, mi progreso en amarla hubiese sido tan lento. Y nada se había interpuesto tanto entre nosotros como nuestro conflicto de puntos de vista en relación con David, ya que yo había imaginado que su desconfianza respecto de David pesase sobre ella como una culpa de crucificadora.

Durante sus últimos días de vida mi ambivalencia hacia ella se había manifestado en mi limitado deseo de compartir sobre mí mismo, en el tiempo limitado que le dedicaba y en la falta de calidez que seguramente fue lo que la impulsó un día a decirme: «¿Por qué no me sobas?», más evocador de un masaje médico que de un intercambio amoroso. Sentí que ella elegía esta expresión porque no podía esperar de mí una verdadera ternura.

Por supuesto, se preguntaba más que nunca cómo había sido su vida o qué había logrado. No había ejercido la abogacía, como originalmente había imaginado que lo haría mientras estudiaba derecho, ni arquitectura, que había sido un sueño del que ella no se había dado cuenta. Pero el significado de su vida parecía haber residido en lo que había sido en la vida de los demás, a pesar de que esto fuera algo que había logrado sin siquiera tener la intención de hacerlo. La instancia paradigmática de ello había sido la forma en que había reunido a Elisa y André Breton cuando viajó para ayudar a Elisa y se encontró en el papel de mediadora entre su amiga precariamente sobreviviente y el papá del surrealismo.

Pero ¿cómo podría una persona con esta cualidad de estar en el momento correcto y lugar preciso haber sido una madre tan deficiente para mí? ¿Cómo pudo una persona tan buena en la vida de Freddy, Federico, Luz y otros influir negativamente en la vida de su propio hijo, enviándolo a un internado a minutos de distancia de su casa?

No me puedo quejar de que ella me haya dado menos de lo que le dio a los demás en términos de contacto con personas significativas, ya que heredé a sus amigos en un momento de la vida en que estuve más receptivo y abierto a sus influencias. ¡Y qué seres excepcionales fueron ellos! Incluso David, hacia quien ella se volvió tan antagónica y

por quien iba a ser tan criticada, había entrado en mi vida a través de ella. Aunque me diera una gran privación como también una gran herencia, ¿no puedo decir en mi vejez que el resultado está demostrando ser muy bueno?

Así como la ausencia de ese hombre anónimo que le reveló a José el paradero de sus hermanos (sin esa ausencia él no habría pasado por sus pruebas de esclavitud y encarcelamiento, pero tampoco por el cumplimiento de su destino), puedo decir que si no hubiera tenido que superar mi profunda neurosis, no habría desarrollado la claridad de comprensión ni el buen corazón para sanarme a mí mismo, ni la capacidad de ayudar tanto a los demás.

Una vez que adopté esta perspectiva, no pude evitar ver que la combinación de sobreprotección y descuido esencial que recibí de mi madre fuera su don más vital. También yo, como dice mi amiga Jaclyne sobre su propia madre difícil, puedo decir: «Dios me creó con su ayuda».

Es cierto que estoy tentado de decir que mi doble herencia de privación y abundancia fue un regalo de la Providencia, un evento cósmico y no uno de la mente personal de mi madre, pero ¿debemos considerar lo que recibimos de una persona como un regalo solo en la medida en que sea deliberado? Claramente mi madre parecía estar dotada de un toque mágico, como de un talismán, lo que le trajo buena suerte a otros y actuó de una manera misteriosa sin dejar de ser muy ordinaria. Incluso si digo que el cielo usó a mi madre, tal vez debería darle crédito por su apertura a ser utilizada por el diseño cósmico.

Dios nos usa para hacer cosas de las que no somos conscientes, hay un diseño más grande en el que encajamos y en el que somos como piezas de ajedrez. Si no todos son una pieza de ajedrez en un gran juego (pues algunos no son lo suficientemente transparentes como para recibir influencias más elevadas y sus vidas se vuelven una cuestión de placeres terrenales o neuróticos o frustraciones), me inclino a pensar que hubo una racha especial en mi madre: una cualidad mágica diferente de lo que llamamos grandeza, y tal vez un regalo no menos significativo que el de la excelencia artística. Fue esto lo que hizo que la gente sintiera que era una gran mujer.

No fue por algo que pueda explicarse fácilmente, aunque las cosas que sucedieron a través de su influencia en la vida de otras personas fueron un reflejo de ello. Algunas personas como Frank Barron parecían percibirlo como una cualidad mágica o un tipo especial de profundidad o congruencia consigo misma. ¿Pero no debería darle crédito

por convertirse en una de mis devotas discípulas y que, aprovechando al máximo mi actividad como maestro aprendiz, experimentara una transformación profunda?

Espero que si en el otro mundo mis logros y pecados son sopesados como describe el libro egipcio de los muertos, lo que pude hacer por mi madre pueda compensar mis muchos años de resentimiento y mi incapacidad para llorarla. Y me alegra decir que antes del fin de mi vida ya no le reprocho su pobre maternidad, sino que incluso me imagino que lo que ella me diera no era necesario para que mi vida sea lo que ha sido.

Mi madre no solo hizo de mi un zombi, también me dio la oportunidad de desarrollarme y al final ella fue transformada por mi transformación. Entonces, ¿no cumplió muy bien con su maternidad?

ME LLEVO A LILY A CASA

Mamá había dicho a menudo que esperaba vivir lo suficiente para dejarme junto al amor de mi vida, de modo que después de enamorarme de Lily anticipé que finalmente tendría la satisfacción de ver cumplido su deseo. Pero Lily no le causó una buena impresión, ni tampoco mi entusiasmo por ella. Tal vez su deseo de que no se quedara con nosotros durante esos últimos días de su vida fue una expresión de su reacción negativa, que se hizo más explícita cuando supo que, tan pronto como había elegido regresar a su casa, Lily había tenido una aventura con el dueño de la hermosa casa donde habíamos disfrutado nuestra luna de miel.

Después de la muerte de mi mamá continuó durante semanas mi idilio con Lily, hasta que debimos separarnos durante una breve temporada, porque mi itinerario de trabajo me llevaba a Brasil y ella, como chilena, no podía obtener una visa para Brasil durante aquel tiempo de dictadura militar. El paraíso interior me acompañaba, sin embargo, y parecía que el hecho de sentirnos tan unidos nos hacía más llevadera la separación. Tuvo una profunda repercusión este estado de felicidad amorosa, porque alojé en aquellos días en casa de Suzy Stroke, codirectora del Centro de Investigaciones en Belo Horizonte, quien me había invitado a hacer allí un taller. Cuando años después Suzy se interesó en mí y fuimos pareja, me explicó que lo que la había atraído había sido el conocimiento de mi capacidad amorosa a través de lo que yo le hablaba de Lily.

Lily y yo estuvimos separados alrededor de un mes, durante mis actividades en Belo Horizonte y en Río, hasta que nos reencontramos en México, y entonces Marta Huepe acompañó a Lily en este viaje que tenía por objeto su encuentro conmigo en el trayecto de retorno a Berkeley. Una reunión profesional fue la ocasión de comenzar a presentarle

a Lily a mis amigos y colaboradores mexicanos, cosa que me daba gran satisfacción, pero también así comencé a conocer su lado más difícil.

Es cierto que ya en Chile me había sentido herido algunas veces por sus palabras frecuentemente desdeñosas, como parte de una máscara de superioridad que reconocí como automática, pero mi estado de dicha era tal que esos momentos eran —una vez más me parece apropiada la palabra— rasguños. Sin embargo, en México empecé a sentirla como una persona más difícil de lo que había imaginado. Recuerdo especialmente su descontento cuando, después de entrar en una tienda de artículos típicos, les regalé vestidos idénticos a Lily y a Marta. No importaba que a ella le hubiese hecho otros regalos: el hecho de que pudiera compartir algo igual con la amiga que nos había presentado parecía constituir una violación de sus prerrogativas de princesa inimitable. Posteriormente, en Berkeley, conocí muy bien otra faceta difícil de su personalidad: un rol de niña pequeña, que requería infinitos cuidados y atención constante. Con el tiempo empezó a entrar en conflicto esta necesidad suya de permanente compañía con mi necesidad explícita de tener cada día algunas horas de aislamiento para mi trabajo. Posteriormente, su incapacidad de encontrar satisfacción en otra cosa que en mi compañía fue el motivo de que empezamos a viajar más de lo que hasta ahora habíamos viajado. Con estos viajes se intensificó mi vida profesional a través de una mayor oferta de talleres, con lo que también comencé a ganar más dinero.

Creo que al comienzo no llegó a preocuparme la viabilidad de nuestra vida bajo un mismo techo, porque algo intrínseco al acercamiento de Lily a mí había sido la búsqueda de una ayuda para su camino. Esto la convirtió, en cierta medida, en una discípula receptiva a mis sugerencias.

La primera de estas sugerencias fue que hiciera con Bob Hoffman el proceso terapéutico de la familia.

Lily había sentido un intenso amor por su madre y por sus hermanas, de quienes se había vuelto una protectora, pero odiaba con comparable intensidad a su padre, a quien había amado durante la infancia y por quien se había sentido traicionada cuando el matrimonio de sus padres se deshizo.

Lily hizo un buen trabajo con Bob hasta cierto punto, pero no lo suficiente como para que Bob lo diera por terminado. Había perdonado a su padre muy dramáticamente, como bien sabía hacerlo con sus dotes de actriz con cierta experiencia profesional, pero Bob sabía ver el fondo de las personas y no lo había dejado pasar, llegando a decirle: «Tienes

que repetir esta sesión. Si llegas a terminar bien esta fase del trabajo, todo andrà bien en tu vida, pero si no lo haces bien, puedo asegurarte que no andrà bien tu matrimonio».

Lily no asistió a la sesión alternativa que Bob le había propuesto, y al poco tiempo partimos en una nueva luna de miel, aún premarital, con la intención de dar la vuelta al mundo antes de casarnos en Berkeley, al regresar durante el año siguiente.

UNA LUNA DE MIEL Y OTRA DE HIEL

Durante uno de nuestros primeros días en Berkeley, mientras movíamos muebles y objetos con la ayuda de Marta, en cierto momento Lily regresó de ese jardín y nos preguntó:

—¿Qué significa la palabra Shalom?

—Shalom significa paz. ¿Por qué?

—Mientras miraba el árbol de las magnolias apareció una mujer y me dijo «shalom». Pero luego desapareció, y parecía que fuese un ángel.

Imaginé que tal vez fuese mi madre, recientemente fallecida, quien había querido aparecer para darle su bendición o expresar su aprobación.

Nuestra primera etapa en Europa fue en la isla de Tenerife, donde residía mi amigo Armando. En lugar de llevarnos a su casa optó por obtener el apoyo de una agencia de turismo para una habitación en un hotel junto a la playa. Luego pasamos un tiempo en un pequeño departamento que un amigo puso a nuestra disposición en Frankfurt, y desde allí viajamos a la casa de Freddy Wang junto al lago Constanza.

Pero Bob Hoffman había tenido razón al predecir que habría problemas. La experiencia fue dulce durante la mayor parte de nuestro tiempo, pero también intensamente dolorosa. De vez en cuando me dolía la inconsistencia de Lily. Parecía tener todo su corazón en un proyecto cuando hacíamos planes, y luego unilateralmente decidía hacer algo completamente diferente. Así, por ejemplo, inmediatamente después de nuestra llegada donde Freddy, y después de un tiempo maravilloso juntos haciendo planes, decidió que no vendría a España conmigo, sino que viajaría a Suecia.

No recuerdo el contenido de mi sufrimiento mientras asistía a la conferencia

profesional que me llevó a España. Solo recuerdo no haber sentido nunca un dolor tan cercano a la carne; el típico mal de amor, del que tanto se ha dicho y cantado. Pese al sufrimiento me sentía agradecido por la experiencia, que era algo diferente de la anestesia crónica que me había protegido del sufrimiento durante la mayor parte de mi vida. Parecía un cambio deseable, ya que me permitía disfrutar más y también sentir un dolor mayor que nunca.

En Suecia, donde volvimos a coincidir, Lily tenía muchas cosas pendientes con su esposo, a quien me complació conocer. Después pasamos hermosos días en la cabaña de Jan Ohman junto al lago de Leksand, donde yo ya había pasado una temporada.

Volamos a la India. Nos quedamos en la casa de un joven con el que anteriormente había hecho amistad Lily en Ibiza y que vivía con sus padres en una hermosa mansión donde Krishnamurti había sido un invitado frecuente. Pero, en general, esperaba poder reunirme con un maestro extraordinario del que ya había recibido una bendición y que continuaba en mi horizonte mental desde mi anterior visita a la India, cuando conocí a Chandra Joshi en la Conferencia Internacional Transpersonal en Bombay. Supongo que esto había tenido lugar el año anterior, inmediatamente después de la charla de apertura de Stanislav Grof, cuando me tocó ser parte de una mesa redonda y un rostro particular entre la multitud atrajo mi atención en la gran sala que ocupamos en el primer piso de las Torres Oberoi.

Tal vez su cabeza perfectamente afeitada lo hizo más visible en la multitud, pero no pudo haber sido suficiente para notarlo si no hubiera sido por lo que transmitía su expresión. Mirando en su dirección mientras hablaba, formulé el deseo de conocerlo y este deseo se cumplió unos minutos más tarde, cuando se acercó al podio y me habló del Maestro de la Montaña, a quien describió como una persona del mismo tipo que los antiguos rishis y a quien me convendría conocer.

Le expliqué que ya tenía un maestro en la tradición tibetana y que también me consideraba un discípulo de Muktananda. Me explicó que me estaba hablando de una persona mucho más excepcional, uno de esos sabios que viven lejos del mundo después de haber alcanzado la condición suprema. Mis compromisos en ese momento no me permitían hacer esa peregrinación, pero me dije que algún día regresaría a la India y me pondría en contacto con él.

Por eso, otra vez en la India, tendría la oportunidad de una reunión con este hombre de

la montaña y con mi amigo Joshi, con quien había tenido muy poco contacto en la conferencia.

Lily y yo fuimos guiados por Joshi a un bosque donde el maestro había vivido durante años, y de allí a una montaña con una cueva cerca de la cima, dentro de la cual había un charco de agua donde el Rishi se sentaba la mayor parte del día. Tras ello seguí el deseo de Lily de viajar a Goa, un sitio donde había estado antes, y fue una oportunidad para comenzar a practicar meditación en el agua, como el hombre de la montaña me había recomendado, dejando que la gravedad fijara al lugar a pesar del movimiento de las olas. Después de Goa lo vería una vez más, ahora en su áshram cerca de Bombay. Antes de llegar en autobús en compañía de Joshi, pensé en lo que podría preguntarle y elegí el tema de los psicodélicos, tan poco recomendados por tantos guías espirituales. Joshi tradujo para mí lo que él podía querer decirme sobre lo que Patanjali había llamado «medicinas para la liberación». Su primera respuesta fue: «Lástima que no me lo preguntes en el bosque, donde podría mostrarte tantas plantas».

En cuanto a Lily, su pregunta fue acerca de la perspectiva de nuestra relación, a lo que respondió dándole una piedra: «¿Es pesada o liviana?». Ella respondió que era liviana, y predijo que así sería entre nosotros.

Las dificultades con Lily continuaron en la India y parecían ser parte de un estado de ánimo intermitente que se infiltraría siempre en nuestra relación. Así, por ejemplo, en el taxi que nos traía al aeropuerto de Bombay (donde abordaríamos el avión que nos llevaría a Japón), no pudo encontrar los pasajes y debimos regresar al hotel para buscarlos en la habitación que habíamos ocupado. Buscamos y buscamos, y al final los encontró arrugados en la papelera.

Era difícil no enojarme con esas manifestaciones de gran negligencia, que siempre nos causaron muchos problemas. Esta vez encontramos un lugar para dormir cerca del aeropuerto y reservamos un nuevo vuelo a Tokio. La experiencia de Tokio también tuvo su aspecto amoroso y su amargura; y también nuestra vida en Berkeley antes de la boda.

Después de la boda, Lily me dijo con entusiasmo que había sido el día más feliz de su vida, pero me pareció que secretamente había fumado demasiada marihuana y su comportamiento durante la ceremonia me fue doloroso, como algo que imaginé de mal augurio.

Quizás nuestra vida juntos podría haber continuado durante un par de años más si no hubiera sido por el deterioro de nuestro estado de ánimo después de un viaje a México,

donde ella asistió a uno de mis programas y entró en un fuerte conflicto con mi amiga más respetada, la esposa de Cheriff, que se llamaba Blanca Rosa Añorve.

En el transcurso de una de nuestras reuniones de trabajo, Blanca había explicado muy sinceramente cómo, habiendo sido la favorita de su abuelo, había tenido una sensación de privilegio por el que nunca había sentido que necesitaba competir, y que así se sentía respecto de mí: daba por hecho mi amor, sentía que yo estaba incluso más cerca de ella que su abuelo; no solo se sentía amada y respetada por mí, sino que era la favorita del grupo, a pesar del hecho de que Memo parecía estar pasando más tiempo conmigo. Con la llegada de Lily, sin embargo —explicó más adelante—, la situación había cambiado, ya que ella era una nueva mujer que había entrado en mi vida y esto le estaba provocando celos, por primera vez en su vida.

Para mí tal declaración había sido una expresión saludable de sinceridad, pero para Lily no era aceptable, ya que le llegaba como una amenaza a su propia sensación de ser la mujer favorita. Su respuesta fue insultante y su furia contra Blanca Rosa duró el resto de nuestra estadía y después de nuestro regreso a Berkeley, cuando ella continuó descargando su ira y desdén, insistiendo en volverme contra ella.

Blanca Rosa se convirtió en algo así como una manzana de la discordia entre nosotros, porque discutíamos frecuentemente acerca de ella. Después de un tiempo de discusiones, sentí que Lily ya no era tan transparente o sincera conmigo como lo había sido cuando la conocí. Parecía haberse convertido en una persona manipuladora que me inspiraba desaprobación, y llegó un momento en que perdí la paciencia y comencé a reaccionar con abierto enojo. En mi deseo de hacerla entender, ya había aprendido a hablarle con una vehemencia que nunca antes me había permitido con nadie y, dado que no estaba tomando una posición necesitada, como podría haberlo sido en el pasado, sino de plenitud, mi voz se volvió fuerte y mi enojo llegó a causarme síntomas cardiovasculares.

Luego vino nuestra próxima gira por Europa, donde proyectaba alternar algunos talleres con el trabajo en mis libros y el contacto con amigos. Un día sentí que ya había llegado al fin de mi paciencia.

Estaba escribiendo en el piso superior de la cabaña de Jan en Leksand, confiando en que no me interrumpirían con cosas personales o (lo que es peor) triviales, y no sé lo que Lily me dijo al entrar, solo sé que golpeé con el puño sobre la mesa.

No creo haberlo hecho antes en mi vida. Con la vibración de ese golpe, una pequeña pluma blanca que había recogido durante mi caminata matutina en la campiña sueca, y

que había insertado en la grieta de una viga sobre mi cabeza, cayó. Nuevamente lo leí como un mal augurio, pues me pareció que la caída de esta pluma blanca era la presencia de Matías desaprobando la forma en que Lily me estaba tratando.

Nuestra relación empeoró. Ella permaneció en Suecia mientras yo dirigía talleres en otros países y tuve sueños diferentes en los que sufría por sus infidelidades. Esto no era algo que imaginaba que pudiera ser cierto en la vida real, por lo que interpreté esos sueños como una expresión de mi propia desconfianza enfermiza. Pero esto cambió después de un sueño específico, en el que Lily y yo nos estábamos casando, pero no pasaba nada, y mi madre se marchaba. En una escena de ese sueño, Lily y yo estábamos acostados lado a lado, pero en direcciones opuestas, lo que era bastante sugerente.

El golpe mortal a nuestra relación fue una nueva infidelidad de Lily, que podría haber sido aceptable si no hubiese implicado una traición a la confianza, y particularmente una traición a su promesa espontánea de que nunca me mentiría en nada serio.

Hacia el final de nuestra última temporada juntos en Berkeley, Lily me dijo que no podría ver en vida a una de sus abuelas, a menos que viajase a Chile pronto, por lo que estuve de acuerdo en que lo hiciera. Pero se volvió evidente que había ido a encontrarse con el amigo que nos había prestado su casa durante nuestra primera luna de miel, con quien me había sido infiel durante los días de nuestra gran felicidad. Me enteré de ello a su regreso, a través de una infección de ladillas, lo que me pareció coherente con la fealdad de la situación.

Seguimos juntos durante un tiempo en Berkeley. Después de llegar a Bilbao, Lily me preguntó si me importaría que, en vez de quedarse conmigo durante el taller que tenía allí programado, viajase durante ese tiempo a Ibiza, para poder así disfrutar de la playa en compañía de sus buenos amigos del pasado. Estuve de acuerdo, y después de unos días supe que no estaba en Ibiza sino en Egipto, en compañía de un entusiasta admirador. Me sentí traicionado por el joven que se consideraba mi discípulo, pero su iniciativa resultaba coherente ahora con mi preferencia por librarme de Lily, por lo que me sentí agradecido de que estuviese dispuesta a abandonar nuestra relación sin mayores conflictos. Y así, a pesar del deterioro de nuestra vida en común, nuestra separación se legalizó en una atmósfera de amistad.

CÓMO UNA EXPECTATIVA DE MUERTE SE
CONVIRTIÓ EN UN ESTÍMULO PARA UNA SEGUNDA
COSECHA EN MI ESCRITURA Y ENSEÑANZA

Llego al final de una parte de mi historia que describe la transición de una estación invernal a una renovación de la primavera. A medida que me alejaba de Lily mi trabajo se volvía más emocionante y los viajes más intensos. Este estímulo parecía haber aumentado mi energía. Mis talleres no solo me dieron el placer de un descubrimiento progresivo de Europa después de un largo tiempo de poco interés en el mundo exterior, sino que además fueron una oportunidad para refinar aún más mis diferentes especialidades y darme a conocer en distintos países europeos. También preparé el camino para la reintegración de estas especialidades en un todo más elaborado, cuando el programa SAT renació en España.

Mi escritura sufriría una especie de renacimiento, por lo que mi cosecha temprana, prácticamente completada antes de partir hacia Arica, fue seguida por una segunda que comenzó poco después de mi separación de Lily.

Durante algún tiempo, a principios de 1987, disfruté del estímulo de Armando, que se ofreció a venir a vivir conmigo en Berkeley como mi asistente. Armando era alguien a quien respetaba mucho y veía como dotado de una sabiduría enigmática, por lo que, después de haber escuchado más de una vez que yo no viviría mucho más tiempo, lo llamé por teléfono desde el departamento de Madrid de Paco Peñarrubia y le pregunté si era esta una declaración que podría ser examinada para saber si era verdadera o falsa. Más importante aún: ¿podría decirme o averiguar qué es lo que debería esperar?

Armando respondió: «Si me concedes un mes, podré darte una respuesta». Le dije:

«Ok, por favor, adelante». Unos días después me llamó y me dijo: «Es cierto, pero no sucederá tan pronto. Pasarán unos cinco años a partir de ahora, por lo que tendrá todo el tiempo que necesite para terminar lo que necesita hacer». Muy pronto se ofreció a venir a Berkeley para ayudarme con mis escritos. Me explicó que acababa de separarse de la madre de sus hijos y que estaba considerando una nueva vida lejos de ellos, a quienes les estaba dejando todas sus riquezas y pertenencias. Poco después me escribió sobre un sueño en el que se vio de pie en la cornisa exterior de un edificio muy alto, y me explicó que así era como se sentía: casi listo para arrojarse a la luz. En este espíritu me explicó que quería venir a Estados Unidos conmigo, dejando todo atrás para ayudar a un hermano. Él no necesitaría nada, aparte de un mínimo de comida y un lugar para dormir.

Esta vez yo estaría en Berkeley sin Lily, que había desaparecido de mi vida mientras comenzaba mi temporada de enseñanza en Bilbao.

Mi casa en Berkeley se convirtió en una especie de monasterio, ya que apenas íbamos a ninguna parte, excepto a veces para comer. Le dicté o le hice escribir pasajes subrayados de biografías que tenía la intención de usar para explicar los tipos de caracteres, pero después de dos meses muy felices hubo complicaciones.

Lo invité a venir conmigo a México y allí comenzó a presentarse a los demás en una posición tan maestra que esto me quitaba autoridad y, aunque podría ser cierto que tenía mucho que ofrecer, su cambio no anunciado del rol de asistente a uno de competencia hizo que me preguntara si era esto lo que había imaginado desde el principio. ¿Me había estado ofreciendo su ayuda desinteresada esperando ser presentado a mis alumnos como un gurú o convencerlos de que era uno? Cuando le mencioné por primera vez mi incomodidad, él hizo algo nuevo: adoptó en nuestras reuniones el papel de un servidor tan humilde, que ahora la impresión de que él era el verdadero maestro aumentó.

A pesar de mi gran respeto por él y mi apertura a aprender de él, la sensación de que había querido utilizarme para promocionarse complicaba nuestra relación y la tensión entre nosotros aumentó aun más cuando, al regresar de la temporada de mi taller en México, acepté su deseo de traer a su nueva novia mexicana a mi casa. Ella había asistido a uno de mis talleres y sugirió que ambos podían trabajar para mí, pero la ventaja potencial de este intercambio de trabajo propuesto para alojamiento y comida no resultó ser una expectativa realista, porque la pareja, para quien Armando era la boquilla, se volvió cada vez más exigente.

Pronto quiso cobrarme por su dentista y por sus sesiones de rolfin, por lo que me

sentí atrapado en una situación muy diferente a la que había aceptado originalmente. Y, como su presencia ya no era placentera, llegué a pensar que tal vez la principal lección pendiente de él sería que lograra alejarlo. No fue fácil, pero pagué su boleto de vuelta a España y recuperé mi libertad.

Armando partió el jueves anterior a Viernes Santo, por lo que el Viernes Santo lo esperaba como un fin de semana muy privilegiado. Sin embargo, hubo un golpe en la puerta y a través de la cortina semitranslúcida pude ver al psicoanalista español que meses antes me había descrito su sueño de mi inminente muerte. Él había subrayado que no era algo que necesitara analizar, ya que estaba convencido de que esto era un sueño sobre lo que realmente iba a suceder y ya entonces me había dicho que quería estar cerca de mí para aprender de él antes de que fuese demasiado tarde.

Yo había sido bastante rudo con él en ese momento, respondiendo que no solo no estaba seguro de creer en su interpretación de su sueño, sino que ciertamente no quería la compañía de un vampiro. Sin embargo, esto no lo había desanimado y allí estaba él en mi puerta.

Reuní algo de coraje para ignorarlo, volviendo a mis libros, pero mientras estaba parado en una escalera para alcanzar un volumen en un estante alto donde Armando lo había colocado, me caí y me rompí una costilla. Por lo tanto, sufrí mucho dolor durante la Pascua. Tuve que salir a hacer algunas compras y cuando regresaba del supermercado local, a unas cuadras de mi casa, estaba otra vez mi insistente visitante español parado en la parada del autobús.

Ahora no pude evitar hablar con él y encontré un lugar para que se quedara, porque no quería tenerlo en mi casa. Sin embargo, después de dos semanas, le ofrecí recogerlo y llevarlo al autobús del aeropuerto. Por alguna razón u otra tenía que llevarlo a mi casa y esperarlo unas horas. Entonces lo dejé en mi sala de estar, después de haber averiguado que mi habitación estaba cerrada. Para mi sorpresa, pudo encontrar una llave duplicada y, a mi regreso, él estaba en mi habitación buscando en mis cajones. Después de atraparlo con las manos en la masa, poco a poco me devolvió las cosas que se había apropiado.

Como nunca había aprendido a escribir en una computadora, sentí la necesidad de un nuevo «amanuense». Reza Leah encontró uno para mí en David Flattery, a quien había conocido años antes, cuando estaba escribiendo su disertación sobre la naturaleza de la bebida haoma iraní. Luego quiso escuchar más sobre la hipótesis del *peganum harmala*,

que formulé en un diálogo con Gordon Wasson en la conferencia sobre «Búsqueda etnobotánica de drogas psicoactivas», y vino en compañía de Martin Schwartz, el decano del Departamento de Estudios del Cercano Oriente. Reza había examinado los anuncios en un periódico local, luego había hecho algunas llamadas telefónicas y resultó que David, que no ganaba lo suficiente por su erudición sobre el zoroastrianismo y los Avestamas Gathas, esperaba ganar algo de dinero escribiendo a máquina.

Armando me había ayudado con libros que no publiqué, cuando tenía ideas tan definidas sobre cómo deberían ser mis libros. El resultado de su estancia no había sido tanto escribir como la disciplina de sentarse en mi escritorio. Aprendiendo a usar una computadora portátil, una vez que me encontré solo, sentí que mi prioridad era escribir un suplemento para mi libro anterior, aún inédito, que me pareció lo suficientemente completo cuando lo terminé en 1970. Pero ahora, después de otros libros que había publicado sobre el tema, necesitaba una actualización. Además, dado que mi manuscrito original había sido perdido por Marilyn en un lugar de Xeroxing antes de nuestro viaje a Arica, necesitaba reconstruir el libro a partir de una versión manuscrita que había estado posponiendo en la recuperación de mi caótico cuarto de almacenamiento. Al final, y con David como amanuense, revisé y amplí mi libro, pero pronto me di cuenta de que me sentía más estimulado para expresarme a través del habla que de la escritura. Entonces di una serie de conferencias para beneficiarme del estímulo de los oyentes y sus preguntas, y solo después refiné las transcripciones y elaboré el texto en vista de la coherencia global.

Con el apoyo de David comencé a trabajar en un libro que divulgaría el trabajo sobre el dictado musical de Tótila, aunque con el tiempo este proyecto se convirtió en el libro sobre el tema más amplio de música y significado que apareció en 2015 bajo el título *La música interior*.

Antes de cerrar este capítulo quiero volver al tema de la muerte que me fue anunciada, y relatar cómo llegué a comprender y descartar esa falsa profecía, aunque sin dejar de apreciar el efecto estimulante que tuvo en mi vida al albor de una segunda cosecha que se manifestó en mi trabajo de escritor y en mi actividad terapéutica y educativa.

Algún tiempo después de mi separación de Lily, hice un taller en la ciudad española de Bilbao con la colaboración de Memo Borja. Un día me retiré temprano a descansar y más tarde Memo me comentó que alguien en el grupo le había dicho esa misma noche: «Parece que no vamos a tener mucho más tiempo con el maestro». Me llamó mucho la

atención este pensamiento, porque hacia el fin de la reciente temporada en Berkeley con Lily un cuñado suyo había venido a alojarse con nosotros durante un par de días, ella me había pedido que le ofreciera una sesión de terapia y en ese contexto él me contó un sueño de la noche anterior en que yo moría. Ese sueño, al que se sumó una preocupación suya de que yo fuese a morir pronto, coincidió con que esa misma noche yo mismo había soñado con mi muerte, donde me quitaba la vida inhalando y llenándome los pulmones con el agua de un recipiente bastante pequeño. Lo relacioné con el triste descubrimiento de la última de las infidelidades de Lily, así como con la impresión de que en mi viaje interior, como Tambal en la historia del caballo mágico, había progresado del aparente paraíso de los frutos sabrosos al momento en que el héroe de la historia, envenenado, contempla su reflejo en un arroyo y se ve transformado en un demonio.

Una vez más fue la coincidencia lo que hizo que me llamara la atención lo que me había relatado Memo. Preguntándome si podía ser cierta esta predicción, le pregunté: «¿Qué te parece a ti? ¿Será que esto corresponde a una realidad?». Él me respondió: «Debe ser cierto porque me deja extrañamente frío». Lo cual constituía una rara respuesta, pues un amigo de verdad, ¿no se sentiría más bien tocado?

No recuerdo si habrá habido otros estímulos, pero después de estos presagios llamé a Armando a las Canarias y me dijo que eran ciertos, pero que me quedaban aún unos cinco años para terminar mi trabajo.

Todo esto se resumía en un imperativo: que me apurara con lo que quería hacer en esta vida, ya que no tenía por delante un tiempo indefinido. Y pensé: si Armando me ha engañado y no sabe en verdad lo que está diciendo, seguramente la vida misma me lo está diciendo para que me apure.

Por aquel entonces no se veían lamas tibetanos en Esalen, aparte de Lama Govinda, que había sido recibido allí durante los sesenta, tras su llegada a California. Pero por entonces se anunciaba la conferencia de un joven lama que hablaría sobre los sueños y sobre cómo obtener ayuda de ellos. Asistí y me pareció poco coherente lo que decía acerca de los sueños, excepto que más de una vez repitió que lo importante es despertar a las cuatro de la mañana y consultar la última imagen del sueño. Si uno se va a la cama con una pregunta precisa, explicaba, a las cuatro de la mañana podrá tener la respuesta.

Me fui a la cama con la pregunta acerca de mi muerte anunciada, y sobre todo acerca de Memo, y desperté espontáneamente exactamente a las cuatro de la mañana. Desperté cuando en el sueño Memo a mis espaldas trataba de violarme y yo reaccionaba con furia,

tal como había ocurrido en un sueño anterior que había tenido una vez que compartimos un gran cuarto de hotel en México, pero cuando en Esalen desperté a las cuatro de la mañana era el diablo el que estaba detrás mío, solo que la experiencia anterior con Memo me llevó a confundirlo en el momento de despertar.

Desde ese mismo momento supe la respuesta a mi pregunta, y comprendí que la idea de una muerte cercana era algo de lo que debería liberarme. Saberlo bastó para que mejorase mi ánimo: salí de la suave depresión de esa temporada y dejé de considerar la idea de mi muerte cercana como verdadera.

VI. RENACE SAT

DE BERKELEY A BABIA

Tras un largo período de arraigo en Berkeley empecé a viajar, y el estímulo inicial para ello se me presentó a la salida de un taller en el congreso anual de la Asociación de Psicología Humanista (AHP) en Berkeley, para el que había elegido el tema de «un nuevo chamanismo», como pretexto para dar a conocer a Ze.

A diferencia de la ocasión en que me había tocado pronunciar la conferencia de apertura en el congreso anual de la AHP en Santa Bárbara, en esta reunión ya me sentía en vías de recuperación, y por ello el taller tuvo bastante éxito. Además, un visitante de Alemania se interesó en invitarnos a mí y a Sergio Miranda (o Ze) al Zentrum Coloman (que bien podría haberse considerado el Esalen de Alemania). Ya que me había decidido a hacer por primera vez un viaje de trabajo a Europa, decidí aprovecharlo para aceptar una invitación del año anterior a ofrecer un taller en Francia.

Luego me llegaron invitaciones adicionales y con el correr de los años una gira anual de talleres en Europa se tornó en una ocasión para retomar el contacto con el mundo después de lo que había constituido una implícita reclusión en Berkeley: visitar lugares diferentes, ponerme al día con lo que se escribía y publicaba en los diferentes países por los que atravesaba, conocer nuevos lugares e ir experimentando con las variaciones que los públicos de diferentes culturas, me inspiraban a la hora de presentar mis ideas.

En el segundo viaje a Europa recibí una invitación a Holanda de un gestaltista llamado Jay Stattman y posteriormente otra de un grafólogo holandés muy interesante que me había visitado en Berkeley por una consulta personal. Fue una alegría respirar la atmósfera de ese país nuevo para mí, que me pareció algo así como el Berkeley europeo, por su libertad y su falta de prejuicios. También viajé a Suiza y a Italia y por último a

España, gracias a una sugerencia de Armando Molina a Paco Chelós, un psicoanalista que parecía haberse convertido en un representante de la psicología humanista en Valencia. En España mi trabajo alcanzó un desarrollo especialísimo, tal como me lo había anunciado alguna vez Armando y para lo cual me había venido preparando también Antonia Ramos.

En los talleres organizados por Paco Chelós en Valencia conocí a profesionales de toda España, que a su vez me invitaron a sus centros de formación en diversas provincias. El tiempo compartido con Paco Chelós fue un estímulo para la reactivación del psicoanalista que siempre he llevado dentro desde mis estudios con Ignacio Matte y Whiting.

En mis talleres de Valencia estuvieron Paco Peñarrubia, que sería el primero en invitarme a su territorio, comenzando por la organización de un taller en el hotel El Paular, al norte de Madrid, y luego en el CIPARH; el psiquiatra Juanjo Albert, que luego me invitaría a Valencia; y Antonio Asín, asiduo buscador que practicaba el Zazen y que había introducido la meditación en su trabajo de Gestalt y en bioenergética. Posteriormente, durante varios años me invitó a presentar talleres en su centro de Bilbao. Él era un líder carismático en el País Vasco y por aquel entonces quería ofrecerle algo nuevo a sus muchos seguidores. Me invitó a hacer talleres sucesivos sobre los eneatis, la meditación y la reparación de las relaciones con los padres. Después de varias visitas a su centro en Bilbao, me propuso ofrecer durante los próximos tres años un curso de verano en tres módulos en algún lugar de España. Acepté su invitación y así surgió lo que luego se vino a llamar SAT-enBabia, gracias a un ofrecimiento de Ignacio Martín Poyo, ex socio de Paco Peñarrubia, quien había traído antes que nadie la Gestalt a Madrid desde París y quien, cuando me lo presentaron muy afectuosamente en el Paular, me había ofrecido el uso de una finca suya en Almería.

Antes de entrar en la historia del primer programa SAT en Europa, conviene que vuelva atrás un poco para retomar otros hilos de esta historia, que tuvo su más importante antecedente en México.

UN SUEÑO NACIDO EN MÉXICO

Solía alojar en Munich en casa de mis amigos Rafael de Silva y Elisabeth von Godin cuando, después de mi primera visita al Coloman Zentrum, seguí incluyendo algunos días en Alemania en mis viajes anuales a Europa. Allá estaba cuando un día vino a verme una pareja de mexicanos que había sabido de mí a través de gente de ese centro: Blanca Rosa Añorve y su pareja Cheriff Chalakani. Me parecieron muy bellas personas y además una linda pareja, y me gustó mucho la invitación que me hacían de ir a hacer un trabajo con el centro terapéutico que habían creado en México luego de haberse independizado del Instituto Wilhelm Reich, creado por Rafael Estrada Vila.

Con el paso de los años fui compartiendo mis diversas especialidades con ellos y fue aquí donde por primera vez comencé a hacer talleres sobre aspectos de la psicología de los eneatis que iban más allá de lo que había explicado en Berkeley. También fue entre ellos que por primera vez presenté una versión miniaturizada de lo que por aquel entonces había llamado «el proceso Fischer-Hoffman», y en esta ocasión ellos invitaron a Antonio Asín.

Como resultado de la amistad entre Guillermo Borja y Asín, así como en vista de la idea que venía generándose entre ellos de invitarme a realizar un trabajo más prolongado y amplio, concibieron colaborar como organizadores en un trabajo que se desarrollaría en España.

La composición del grupo con el que me reunía en México fue cambiando, pero su núcleo era uno al que Memo Borja, que solía recogerme en el aeropuerto, llamaba «la sangrada familia», por sus muchos y siempre dolorosos conflictos, en los cuales se fue haciendo siempre más presente la muy talentosa y prestigiosa Blanca Rosa, a quien

siempre aprecié mucho pero que terminó por alejarse desde que se sintió traicionada cuando yo no supe cómo protegerla de sus compañeros de trabajo. Finalmente se separó de Cheriff también, y tras ello vino Memo Borja a ser algo así como mi implícito lugarteniente.

Llegó un momento en el que pensaron constituirse en una asociación de psicología transpersonal mexicana, pero este proyecto nunca llegó a materializarse. Esa aspiración se fue transformando en un deseo de encontrar un lugar más habitable que la casita en las faldas del Popocatepetl donde solíamos reunirnos y formar una comunidad en torno a un trabajo más prolongado conmigo. Pero este sueño apenas formulado solo llevó a que se organizaran algunos talleres públicos en los cuales di a conocer mis diferentes especialidades a grupos más numerosos. Asistió a algunos de estos Antonio Asín, a quien Memo había conocido cuando me había acompañado a Bilbao, y como ya he explicado fue a través de Asín que vino a realizarse el sueño de Memo y Cheriff de aprender de mí más de lo que habían permitido mis breves talleres intermitentes cuando viajaba a su país. Todos ellos extenderían la invitación correspondiente a sus discípulos, y se convino en que Antonio fuera el organizador, además de secundarme junto a Memo como ayudante encargado de algún aspecto del programa.

Pero antes de que llegara el día de la primera reunión de lo que desde entonces se conoce como Programa SAT para el Desarrollo Personal y Profesional, tuvieron lugar en España dos congresos en los que se me encomendó la apertura, donde di a conocer mi proyecto, y fueron muchos los que recibieron la noticia con gran interés.

El primero tuvo lugar en el II Congreso Internacional de Gestalt, en Madrid, y luego en un congreso europeo de psicología humanista donde coincidimos con Ronnie Laing, a cuya influencia en la organización tal vez debiese yo mi rol de protagonista. En este congreso conocí a Ginetta Pacella, que poco a poco fue haciéndose importante en mi vida a través de su apoyo informal y posteriormente a través de su organización del Programa SAT en Italia.

Aunque sea irrelevante al tema de cómo se originó el Programa SAT, aprovecharé este momento en mi relato para consignar que a nadie aprecié tanto en el mundo de la psicoterapia como a Ronnie Laing, pese a nuestros pocos encuentros, entre los cuales el de esta conferencia sería el último. Su intuición era prodigiosa, y en uno de aquellos días me dijo solo a raíz de mirarme un rato a los ojos: «Tienes coraje suficiente para morir,

pero ¿tienes suficiente coraje para vivir?». Había dado en el clavo: me decía algo importante acerca de mí mismo.

Pero retomo la historia de los preliminares de lo que vendría llamarse el Programa SAT.

Ignacio Martín Poyo me había ofrecido su finca en Almería, que yo había aceptado sin verla en vista del poema que había escrito muchos años antes David Rosenmann, cuando después de haberlo llevado a conocer a Tótila había recibido por única vez palabras desde la música de la pieza llamada Almería en la Suite Ibérica de Albéniz.

Ignacio me había pedido consejo acerca de una oferta que le hacía el gobierno de Almería para la construcción de un centro terapéutico. No sabía si aceptar en vista de que le interesaba a algún funcionario la comisión correspondiente de los correspondientes fondos. Mi opinión había sido que tal vez no debía ser tan impecable en esta situación, en que el bien que derivaría de esta donación superaría al daño del correspondiente acto de corrupción. Luego supe que Ignacio, sintiendo que ya había ganado bastante dinero a través de una buena empresa de marketing que siempre había considerado como el equivalente de un acto de prostitución, quería dedicarle sus ahorros a esta iniciativa altruista. Cuando llegamos al lugar (un poco al interior de Mojácar), al que ya había bautizado algunos años atrás como el Reino de Babia, me sorprendió que hubiera construido un imponente castillo-monasterio de piedra sin otra construcción a la vista. Yo solo le había pedido espacio suficiente para alojar a sesenta personas, pero las treinta habitaciones dobles que había construido en forma de herradura en los linderos de un cerro permitirían bastante más.

Cuando llegamos, la construcción no estaba completamente terminada y la instalación de los servicios higiénicos fallaba hasta el punto que nos envolvió durante parte de nuestra primera temporada una fetidez comparable a la del olor a pescado en Arica. Se sumaba a este inconveniente el gran calor del lugar y la tortura de infinitos mosquitos diminutos. Por suerte el espíritu en que llegaron nuestros alumnos —algo inspirado por la influencia de Gurdjieff a través de mis talleres en los años recientes— les hacía decir que tal vez hubiésemos puesto allí deliberadamente a los mosquitos para que les resultase suficiente el reto de mantener una buena actitud.

EL PROGRAMA Y UNA GUERRA DE PODER

Si mi primer SAT en Berkeley había sido una improvisación, lo que desarrollé en España fue un programa propiamente tal. Mi parte tuvo lugar por las mañanas, ya que le encomendé esta vez ciertos trabajos a una serie de colaboradores que entraban en acción por las tardes. Esta actividad constituyó un refinamiento de lo que había hecho en el SAT original de Berkeley. A comienzos de los setenta mi actividad se acercaba a la de un médium que canaliza una inspiración (que me maravillaba tanto a mí mismo como a mi auditorio y me proporcionaba además una considerable gratificación narcisista). Ahora, en cambio, sentía que trabajaba no tanto desde la inspiración como desde la experiencia y por ello lo que hacía me parecía muy ordinario, aunque a cada paso me sorprendía tener resultados tan satisfactorios. Además me gratificaba mucho la reiterada expresión de gratitud por parte de los participantes, muchos de ellos enviados por Antonio, otros por Paco Peñarrubia y algunos por Juanjo Albert de Alicante. Recuerdo haber sentido que si mi trabajo anterior había sido como un fruto jugoso, lo que hacía ahora era como un fruto seco que consiste casi por entero en la semilla.

Por las tardes se reunía el grupo con Antonio, a quien encomendé que diese instrucciones para los trabajos en la atención que había aprendido de EJ Gold, y con Graciela Figueroa, bailarina y representante de la escuela Río Abierto de Argentina, aún desconocida en España (aunque vendría con el tiempo a convertirse en una celebridad casi tan apreciada en España como en su propio Uruguay). Además le encomendé a Memo que se hiciese cargo de educar al grupo en el espíritu de la comunicación auténtica, y especialmente en la capacidad de expresar la rabia y decir las cosas sin pelos en la lengua, como ordinariamente prohíbe la buena educación. Ignacio también

contribuiría al programa y de una manera muy original, llevando a las personas a cuidar de los árboles, otras veces a excursiones o a trabajos en el fango. A Ignacio lo fui descubriendo como el discípulo más entregado y creativo, con un aprecio especial hacia él que llegó a despertar una envidia problemática entre mis lugartenientes Memo y Antonio.

Había concebido desde el comienzo que en los tres sucesivos módulos que se ofrecerían, presentaría las tres principales escuelas actuales de la meditación budista: la tradición Theravada, el Zen y el budismo tibetano. En lo tocante al conocimiento de la propia personalidad a la luz del eneagrama proyecté una presentación del tema en tres niveles sucesivos, según había venido desarrollando a través de mis talleres en México y en Bilbao. En materia de psicoterapia incluiría una adaptación del enfoque psicoanalítico, que presenté como «asociación libre en un contexto meditativo», y elementos del enfoque gestáltico (en forma de ejercicios interpersonales) y una adaptación de la práctica cognitivo-conductista al trabajo con las ideas disfuncionales y las virtudes correspondientes a los diferentes eneatis. Además imaginaba desde el comienzo que, después de terminar el curso oficial de Babia, invitaría a algunas personas especialmente capacitadas a una fase adicional de trabajo con los catalizadores en el contexto de un retiro solitario.

Desde el segundo módulo del programa, al año siguiente, agregaron a otros colaboradores: Cheriff Chalakani e Ilse Krezchmer, de mi grupo mexicano (quienes se habían especializado en una forma original del «rebirthing», comparable hasta cierto punto con la respiración holotrópica de Grof); y Paco Peñarrubia, a quien invité a hacer un aporte original a través de la expresión artística. Además participó más que al comienzo Ignacio (a quien le gustaba presentarse como «el perro del lugar» en respuesta a la importancia de mis otros colaboradores) y siguió ejerciendo su don de enseñarle a la gente a trabajar en sí misma a propósito de tareas prácticas como desmalezar.

Durante el segundo mes de nuestro trabajo introduje mi versión del trabajo sobre la superación de los condicionamientos infantiles que había elaborado años atrás a partir de la experiencia del trabajo con Bob Hoffman, en el que Bob había detectado la intervención de su amigo difunto el doctor Fischer. Lo llamé «El proceso HFN» como evocación del apellido de mi amigo y como un emblema donde se reunían las iniciales de los apellidos de Bob (H) y mío (N) en torno al de Fischer.

Ya había inaugurado este proceso en uno de los grupos SAT de Berkeley que le había

encomendado guiar a Reiza Leah y al que asistió Hoffman antes de que elaborara su propia adaptación grupal de su «Psychic Therapy», que llamó «Quadrinity Process». Y ya que ese trabajo había resultado tan bien, en Babia decidí presentarlo a través de reuniones intermitentes en el curso del mes entero.

Durante el tercer módulo colaboraron por las tardes varios gestaltistas italianos que habían estado asistiendo desde el año anterior al programa, y también le propuse a Ramón Resino un taller en el que combinase su experiencia como director de teatro con la Gestalt y con su comprensión de los eneatis. Puse en marcha un proceso de terapia mutuamente asistida con supervisión —que no resultó tan potente entonces como lo que llegaría a ser después de insistir en ello durante algunos años—, y por último invité para el cierre del SAT-3 a una ceremonia de ayahuasca a cargo de la iglesia del Santo Daime de Río de Janeiro que había visitado recientemente.

La descripción de los ingredientes de nuestro primer programa apenas puede dar una idea de la enorme intensidad del proceso dinámico dentro de esta comunidad, cuyo aislamiento en el desierto llevaba al desarrollo de profundas relaciones en cada uno de los participantes. Esto permitió la manifestación de sus problemas caracteriales, lo que llevaría a más de una situación crítica.

Yo leía por aquel entonces una edición en tres volúmenes del Mahabharata, que había aparecido recientemente en español. La guerra, que es el tema de esta epopeya clásica de la India, me parecía el eco de una guerra que parecía estar desarrollándose en nuestra comunidad.

Durante el tercer año se hizo manifiesto un antagonismo hacia Ignacio, hasta entonces latente, de parte de mis ayudantes principales. Pude comprender cómo Memo había orquestado poco a poco, a partir de su envidia por mi mayor cercanía a Ignacio, una malevolencia generalizada que sus más entusiastas seguidores llegaron a compartir. A través de encuentros en los bares de Mojácar o en turnos compartidos con los equipos que rotaban en la cocina había ido seduciendo a la gente, induciéndolos hacia una actitud crítica respecto de Ignacio, a quien llamaba «un mal hermano» que pretendía aparecer como el mejor entre todos por su bondad. También había ido estableciendo vínculos de autoridad hacia los demás, apoyándose en una supuesta delegación de autoridad por mi parte que solo vine a comprender cuando era tarde.

A su vez Antonio se había sentido herido por Ignacio y por mí, después de que Ignacio, al saber lo poco que me había estado pagando por mi trabajo, calculó lo que

estaría recogiendo como pago de los participantes y le hizo ver cómo él mismo había estado generosamente aportando el edificio, los gastos de alimentación y luz eléctrica en una actitud de ofrenda. Y por más que yo le hubiese explicado a Ignacio que había aceptado la propuesta de pago que Antonio me había hecho como organizador al contratarme, y que por ello no estaba bien que me quejase, no pude dejar de acceder a su pedido de libertad para hablar con Antonio.

Supongo que Antonio después de su encuentro con Ignacio se sintió avergonzado o culpable, además de traicionado por mí, y renunció al año siguiente a su rol de organizador del programa. Con ello entró Ignacio mismo a desempeñar esta función, pero se veía siempre a Antonio junto a Memo y llegó el día en que Memo, Antonio y sus seguidores en el grupo se volvieron abiertamente agresivos hacia Ignacio.

A pesar de que la mayor parte de los integrantes de esta caravana sedentaria que yo venía guiando sintió que había vivido una gran aventura, que había incidido profundamente en sus vidas, me sentí decepcionado de lo poco que compartió la mayoría de ellos mi propio sentir acerca de la guerra que se había desencadenado entre mis principales colaboradores, que ahora llegaron a parecerme mucho menos ejemplares de lo que había imaginado.

Por más que hubiese puesto en marcha un programa holístico de desarrollo humano que sirvió a la maduración personal de los participantes, y a su competencia como psicoterapeutas y a su posterior éxito como líderes de diversos programas de formación, la guerra de Babia no permitió que me durmiese sobre los laureles y me resultó un estímulo para seguir perfeccionando lo que había construido.

SUZY ENTRA EN MI VIDA

Cuando estaba a punto de reunirme por tercera vez con mi grupo en Babia, ahora bajo el patrocinio y la organización de Ignacio, acepté también su invitación a realizar un nuevo SAT1 algo más breve e invité a Suzy a venir a España para que ella pudiese unirse al SAT-3 y hacerse cargo del «proceso Fischer-Hoffman» con los recién llegados.

Ella estaba atravesando un momento difícil, lo cual me sugirió que podría beneficiarse de esta experiencia. Estaba en un proceso de alejamiento de Alaor, quien había estado involucrado con otra mujer durante algunos años, con la que había engendrado a dos niñas. También se había decepcionado de un maestro espiritual que durante los últimos meses les había inspirado gran entusiasmo a ella y a una de sus hijas. Era un hombre cuyo lenguaje sonaba a Krishnamurti pero que se presentaba como un chamán. Aunque pronto fue olvidado por muchos que al principio estaban encantados por él, en el caso de Suzy había un elemento traumático en este evento: si bien al principio había visto con buenos ojos una relación amorosa que había surgido entre este hombre y una de sus hijas adolescentes, después de que él se alejase de sus vidas dejando muchas promesas incumplidas y a la niña herida, Suzy empezó a sufrir por una crisis de fe que iba más allá de cualquier persona en particular.

Recientemente se había alejado de Agha a través de su contacto con este menos dotado aventurero, y ahora le parecía que no había nada más en lo que pudiera creer profundamente.

La experiencia con el grupo en España significó una especie de descenso al infierno para ella, ya que la hizo muy consciente de su condición interna. Todavía recuerdo vívidamente su expresión durante una reunión de grupo con mis colaboradores

españoles, cuando la dureza en su rostro transmitía una sensación de estar desconectada de sí misma y de su entorno, como si estuviera absorta en su dolor y su ira.

Sin embargo, no había duda de que se sentía en el lugar correcto, y sentí que era justo aceptar su oferta de quedarse un poco más en España para ayudarme con mi escritura. Efectivamente me ayudaría el hecho de que, a diferencia de mí, podría escribir con una computadora y estaba dispuesta a transcribir casetes con mis dictados, y también me parecía obvio que sería mejor para ella estar un poco más en España que regresar a su complicado entorno en Brasil.

Y así fue que ambos quedamos durante algo así como un mes en la casa junto a la playa de Ignacio en Mojácar, a pocos kilómetros de Babia, donde ya habíamos estado alojando durante la temporada. Fue una temporada alegre para los dos. Suzy facilitó mi vida creativa, ya que le dicté *La agonía del patriarcado*, y fue alentador estar en contacto con la disposición alegre y la cálida apreciación de Suzy.

No recuerdo cuándo empecé a darme cuenta de que Suzy estaba sexualmente interesada en mí, pero sí recuerdo mi reacción: me pareció que el contacto sexual podría complicar una cosa que de otra manera podría seguir siendo excelente, al traer a la relación demandas emocionales y su correspondiente frustración. Ella me había dicho que entendía que una secretaria podría ser más importante que una esposa, lo que me sorprendió y me agradó escuchar, porque revelaba muy bien una comprensión de mis sentimientos del momento.

Por lo tanto, me resistí a acostarme con ella en una de las últimas noches allí, cuando me lo propuso. Sin embargo, no poco después, Suzy y yo coincidimos en Madrid antes de su regreso a Brasil y en esa última noche, mientras yo alojaba en el departamento de Paco Peñarrubia, me preguntó: «¿No permitirías que me acueste contigo esta última noche aquí?». Estuve de acuerdo y, para mi sorpresa, aunque mi sentir hacia ella continuase siendo el mismo, nuestro breve contacto de piel a piel había encendido en ella un amor que parecía mucho más exuberante que el de los meses anteriores.

En la primera carta que me envió desde Brasil estaba ansiosa por venir a vivir conmigo a Berkeley. Después de un tiempo la invité a que se reuniese conmigo para ayudarme durante otra temporada con mis escritos y me aseguré de que hubiera una comprensión clara de que no estaba enamorado de ella, que se quedaría en el cuarto de alojados y que, por mucho que disfrutara de la perspectiva de su compañía, mi mayor interés era aceptar su ayuda en mi trabajo.

Suzy me pareció alguien con la capacidad de olvidarse de sí misma en un acto de servicio significativo, e interpreté su amor como un salto cuántico en su conciencia, posiblemente comparable al que había experimentado yo durante mi retiro en el desierto, a pesar del hecho de que en mi caso esto se había manifestado como una aventura en la conciencia, mientras que en el caso de Suzy parecía algo más mundano. ¿Podía ser que esta diferencia se debiera simplemente a nuestras personalidades contrastantes? Por ello, aunque Suzy siempre me vio como un maestro y no se atrevió a afirmar la evolución que le atribuí, yo dudé en establecer una jerarquía entre nuestras diferentes historias.

Vivimos durante casi diez años en el jardín del paraíso terrenal. Ser objeto de su amor era para mí no solo una completa satisfacción continua de mi deseo de amor, sino una experiencia espiritual, pues vivía con alguien cuya total devoción evocaba en mí una apreciación tal que compensaba el hecho de que no estuviese enamorado en el sentido ordinario. Parece que su propia intensidad erótica impregnada de devoción evocaba en mí una resonancia suficiente como para que me sintiera atraído. En otras palabras: aunque no me llamase la atención Suzy como la mujer que era, el amor de Suzy sí que me enamoraba, no por egoísmo sino como algo de belleza intrínseca.

Pero vuelvo a nuestros días donde Ignacio en Mojácar.

Después de terminar *La agonía del patriarcado* quise compensar la pérdida de algunos diagramas que formaban parte de la versión original de *Carácter y neurosis*. En Berkeley, Suzy me ayudó con la redacción de *Autoconocimiento transformador* y luego con *El eneagrama de la sociedad*, así como muchos documentos que presenté en mi ronda anual de conferencias.

Suzy no solo me ayudó con mi escritura sino que poco a poco mejoró mi vida de otras maneras y llegué a apreciar la magnífica asistente en que se había convertido. Ella trajo más orden y mayor eficiencia a mi vida y esto también implicó que se fuera convirtiendo en mi agente y gerente, disponiendo mis citas, mi calendario y mi horario. Ella me ayudó con la administración de mi vida.

No hubiera esperado el efecto que ella tuvo en mi correspondencia, porque todavía la manejaba de una manera comparable a la de Carlos Castaneda, quien elegía y respondía solo una o dos cartas de las muchas que recibía, esperando que la magia de la Providencia compensara mi arbitrariedad con respecto a la que abría, aunque me sintiese bastante en paz conmigo mismo al sentir justificado que me permitiese ser una especie de ermitaño. Además, incluso cuando ya no estaba disponible, todos los que me

conocían sabían que, a pesar de estar interesado en leer sus cartas, no estaba disponible para responder a tantas. Pero poco a poco la simple presencia de Suzy me llevó a volverme más interesado en mantenerme en contacto con mis amigos y alumnos a través del correo electrónico, y esto hizo que mi mundo creciera mucho.

Era un placer dictarle mis cartas, no solo porque era hábil en tomar el dictado a la velocidad de mi pensamiento sino por la calidad de la compañía que me brindaba. Por esto, a pesar de que fuera yo quien hablaba mientras ella estaba escribiendo, sentía que estábamos escribiendo juntos, y cada vez más la incluí explícitamente en lo que decía. Responder a mis cartas en la compañía de Suzy constituyó una especie de educación para mí, que me volvió un poco más como ella, con su paciencia y amabilidad, y con menos dureza que la mía. Aprendí a tratar a las personas con más benevolencia, a reconocerlas y tomarme el tiempo para ponerme en sus zapatos. De hecho, creo que durante esta época de mi vida, cuando no estaba participando en psicoterapia individual, tuve un impacto sanador significativo en las personas a través de estos intercambios escritos.

Si Lily había sido el amor de mi vida pero una esposa bastante pobre, fui muy afortunado en tener a Suzy como esposa, aunque yo no haya sido muy buen marido.

LECHE, MIEL Y GUERRA

Creo que fue en 1984, el año de la muerte de mi madre, cuando alguien me preguntó después de una conferencia: «¿Dónde estás en tu viaje interior?». Y pensando en voz alta respondí que ya no sentía que estuviese en el desierto y que, sin embargo, no podía decir que hubiese alcanzado la Tierra Prometida. Tal vez estuviese cruzando el Jordán, sugerí.

Cuando se me volvió a plantear la misma pregunta años más tarde, en la época de SAT-en-Babia, dije una vez más que sentía que mi noche del alma había terminado, pero que no sentía que hubiera alcanzado la Tierra Prometida, por lo que conjeturé humorísticamente que el Jordán tal vez era mucho más ancho de lo que se creía.

Pero un día descubrí que me había equivocado y que ya había estado en la Tierra Prometida sin reconocerlo. No lo había reconocido, porque había estado esperando un lugar mítico de paz y en cambio me veía envuelto en una guerra, y esta guerra me había distraído del reconocimiento de que mi estado interior no solo era de paz sino que, precisamente —como en la descripción bíblica de la Tierra Prometida—, uno de «leche y miel».

Por supuesto, «leche» tiene una connotación de cariño y, como descriptor de la etapa de Tierra Prometida del viaje interior, lo interpreto como un símbolo de abundancia, una condición interna opuesta al deseo y la falta de satisfacción. Podría decir que, después de haberme nutrido suficientemente del apoyo devoto de mis amigos y seguidores, había llegado a un estado interno de abundancia que derivaba del cuidado y la asistencia que había recibido y que continuaba recibiendo; de un sentido de satisfacción y de la sensación de estar haciendo algo verdaderamente útil, que involucraba la percepción de mí mismo como un dador.

En cuanto a la miel, ya había saboreado la dulzura al conocer a Lily, y una nueva dulzura había llegado a mi vida ahora que vivía con Suzy. Además también había entrado en mi vida una dulzura interior diferente que parecía impregnar mis días desde que había invitado a Paulo Roberto a Babia por segunda vez, para ofrecerle a los participantes del SAT una segunda sesión de ayahuasca.

Antes de la etapa del baile de la sesión me había excusado de asistir, con el propósito de ahorrar energía para el día siguiente, cuando sería responsable de dirigir la sesión final de la temporada, pero cuando me despedí de Paulo Roberto él me sugirió que bebiera una pequeña cantidad de daime para estimular sueños significativos y lo acepté antes de retirarme a dormir a la torre de Babia, al final del patio donde el baile estaba a punto de comenzar.

Sin embargo, con la música y el baile pasaron muchas horas antes de poder dormir, y la intención de descansar parece haberme llevado a una actitud relajada que convirtió el canto que llegaba a mis oídos en un milagro de belleza. Desperté al día siguiente y este éxtasis persistía en mi mente y en mi sonrisa, y se mantuvo durante el día, y luego durante la semana, y durante los siguientes meses, e incluso años, muchos años, durante los cuales cada vez que tomé ayahuasca (aproximadamente una vez al año durante varios años) mi estado volvía a ser de santo rapto místico.

Durante nuestro tercer año en Babia, entonces, mi estado interior continuó siendo uno de leche y miel, y cuando me di cuenta de que no había reconocido haber entrado ya en la legendaria Tierra Prometida, por haber esperado que fuese una situación de paz, en tanto que la descripción bíblica de la reconquista había sido el relato de una serie de guerras, contribuyó a que me sintiese como un guerrero, un guerrero feliz en su empeño. Estaba más en paz que nunca antes en mi vida y lo sabía lo suficiente como para comentarlo en una conversación con mis amigos. Tal vez precisamente porque la vida me enfrentaba por primera vez con la experiencia de la guerra, me sentí involucrado en un proceso de conquista. La guerra en la que participé no fue una en la que me sintiera atacado o antagonizado por enemigos personales, sino una donde dos facciones se encontraban en una relación enemistada entre sí y en la que simpatizaba con Ignacio, su esposa y una minoría de nuestros seguidores, ya que estaba Ignacio bajo el ataque de Antonio, Memo y tal vez la mayoría de aquellos en el grupo, que hasta entonces (sin que yo lo hubiese comprendido) estaban bajo la influencia carismática de Memo.

El grado en que Memo había creado una atmósfera de antagonismo hacia Ignacio se

manifestó plenamente una noche en que se celebraba el cumpleaños de una de las participantes, e Ignacio vio entre los presentes a un extraño, lo que no era congruente con la intención del grupo de permanecer en aislamiento. Por supuesto, las excepciones pueden aceptarse en cada regla, pero como Ignacio no solo era el administrador del programa sino nuestro dueño de casa, y alguien a quien yo había autorizado como miembro del equipo docente, es comprensible que se sintiera autorizado a saber por lo menos quién era este individuo.

Como se había establecido que nuestro mes en Babia sería un tiempo de aislamiento del mundo exterior, una solicitud de permiso para estar allí habría sido apropiada, o al menos habría sido necesaria una explicación. Es entonces fácil imaginar que Ignacio se percibiese correctamente como ignorado deliberadamente, y cuando cuestionó al extraño acerca de su identidad, el recién llegado, que no era otro que el novio de la mujer cuyo cumpleaños se celebraba esa noche, respondió con una violencia insultante diciéndole que no era de su incumbencia.

En respuesta, Ignacio, tal vez percibiendo correctamente que el extraño tenía apoyo popular y que sus palabras no lo llevarían muy lejos, rompió una botella de vino contra una mesa y la sostuvo como arma potencial mientras se acercaba al extraño diciéndole: «O me dices quién eres o te vas de aquí». El grupo no le permitió echar al novio de la mujer festejada (que ni siquiera fue identificado como tal) y en cambio, bajo la dirección de Memo y Antonio, Ignacio fue contenido físicamente, acusado de violencia y sometido a tortura al ser encadenado al gong, que hasta entonces había sido utilizado como un llamado a nuestras reuniones o comidas y que se había convertido en algo especialmente asociado con Ignacio por su manera entusiasta y creativa de usarlo. Ahora le golpearon este gong muy cerca de su cabeza y lo mantuvieron atado al lugar por un largo tiempo con el pretexto de calmarlo.

No estuve presente en esta fiesta nocturna, porque estaba como de costumbre en la casa de Ignacio todas las noches, pero cuando se pasó revista a estos hechos durante la reunión grupal a la mañana siguiente se hizo evidente que las personas que yo había considerado muy receptivas conmigo no lo habían sido al tratarse de Ignacio, a quien habían llegado a considerar implícitamente como un enemigo y un alborotador.

Después de decirle al grupo que quería recopilar sus impresiones con respecto a esa noche, me acerqué a cada persona de la sala con el micrófono en la mano, y finalmente

hice mi propia declaración, en la que aprobé a Ignacio y desaprobé la forma en que había sido tratado.

Esa misma tarde recibí una visita de Memo, Antonio Asín, Paco Peñarrubia y Juanjo Albert (el estado mayor, como Memo caracterizó al grupo) para decirme que había sido impecable y que estaban conmigo. Parecían haber reaccionado positivamente ante mi defensa de Ignacio y querían asegurarme su lealtad. Pero lo que habían hecho tuvo consecuencias para Ignacio, para quien su agresión coincidió con otras dificultades. En primer lugar, con que su esposa Margarita se permitiese una aventura con un huésped en su casa cercana, y también su negocio, que había dejado en manos de otros durante demasiado tiempo sin que le prestase suficiente supervisión, se estaba desmoronando.

Pero los eventos que he descrito probaron ser el comienzo de una cadena de eventos que habrían de resultar en la destrucción de Ignacio, en el preludio de la enfermedad mortal de Memo y en la desaparición de Antonio del mundo profesional durante los siguientes veinte años, como espero explicar más detenidamente. Sin embargo, a pesar de la lucha entre mis colaboradores, SAT sobrevivió y continuó evolucionando.

Pero ahora quiero volver a la cuestión de la mítica Tierra Prometida, que en el viaje colectivo del pueblo judío se visualiza con esperanza y sin embargo se describe como un tiempo de guerra (que, como leemos en los libros de los Jueces, las Crónicas y Reyes, solo constituyó el comienzo de un proceso de conquista gradual que llegaría a su fin en los días del Rey David).

No recuerdo exactamente cuándo descubrí esto, pero me parece que fue al responder nuevamente a la pregunta que alguien me hizo acerca de dónde estaba en mi viaje interior. Repetí la vieja historia de cómo había respondido a esta pregunta años atrás y más recientemente, y de pronto comprendí que mi estado interior coincidía muy bien con las descripciones de la temprana conquista de Palestina, y que hasta entonces había albergado una noción demasiado simplista de esa tierra de leche y miel.

Pero en ninguna parte del Antiguo Testamento encontramos tal abundancia, ni siquiera durante el reinado del Rey David antes de los días de Salomón, el primero a quien Dios anuncia que será como un padre. Excepto en el libro tradicionalmente atribuido a su autoría, *El Cantar de los Cantares*, que podemos considerar un libro sobre la condición de leche y miel en paz.

Tras el descubrimiento de un antecedente al paisaje de ese tiempo en mi viaje interior,

sentí cierto consuelo, aunque este reconocimiento implicase que todavía me quedaba mucho más por recorrer.

SAT EN EL MUNDO

Así como había sentido que la expulsión de Arica por parte de Óscar había sido más un empujón hacia adelante en mi vida que un obstáculo, percibí la expulsión de Babia por parte de Ignacio como una señal de que era hora de que SAT abandonara el nicho donde había anidado durante su incubación y se volviera independiente de un lugar y una administración determinada.

No fue difícil encontrar al próximo patrocinador. Estaba con Suzy en la casa de Juanjo Albert en Alicante cuando recibí la larga carta de Ignacio en la que, entre otras cosas, me notificaba que de ahora en adelante estaría usando Babia para sus propios grupos. La leí en voz alta mientras estábamos sentados alrededor de la mesa, y de inmediato Juanjo me ofreció ser el próximo organizador.

Así lo hicimos. Pero al año siguiente, viendo cuán ocupado estaba Juanjo entre la enseñanza y la terapia, no quise seguir gravándolo con cuestiones organizativas. Le propuse esta vez a Paco Peñarrubia que se hiciera cargo, quien también respondió favorablemente, organizando las actividades en otro lugar, cerca de Barcelona. Desde entonces se han seguido ofreciendo los programas SAT en una serie de otros lugares, ahora bajo la dirección de Antonio Pacheco, quien primero consiguió para nosotros el monasterio El Espino en Santa Gadea del Cid (el legendario lugar del nacimiento del Cid), hasta que nos sentimos muy en casa en un lugar llamado La Casa Grande en una aldea cercana al Ebro llamada Quintana de Valdivieso, que antes se había dedicado a servir como base de un campamento de verano para jóvenes interesados en el canotaje y el alpinismo.

Cuando invité a Alejandro Jodorowsky a que participara allí en mi programa durante

los años noventa, descubrió que este edificio con sus cuatro plantas había pertenecido originalmente al poeta chileno Vicente Huidobro, un amigo de mi padre, a quien yo admiraba cuando era adolescente.

Desde entonces los propietarios se han convertido en colaboradores muy amables, que han desarrollado su propiedad o propiedades en respuesta a nuestro deseo de una sala de reuniones más grande. Pero los programas SAT se han multiplicado y a veces convocan a más personas de las que puede acomodar La Casa Grande, por lo que nos hemos reunido también recientemente en otros lugares.

El programa SAT en sí mismo ha seguido evolucionando continuamente a lo largo de los años, convirtiéndose en algo que difícilmente podría haber sido inventado o concebido teóricamente, pues ha surgido de una maduración gradual a través de un proceso evolutivo. Un aspecto del proceso ha sido la miniaturización. Los programas de un mes se acortaron por primera vez a algo así como quince días y luego, poco a poco, se comprimieron al formato actual de unos diez días al año. Pero esta reducción temporal solo ha sido posible a través de un incremento en la eficiencia del trabajo, surgido a su vez de una mayor experiencia en la combinación de ingredientes y en el proceso sutil de ir señalando la interrelación de los diferentes aspectos del currículo vivo a medida que se desenvuelven. Se ha señalado que el tipo de sincronía o armonía en esta colaboración no puede concebirse como una mera habilidad técnica e intelectual, sino que ha surgido más bien de nuestra relación armoniosa y comprensión similar de los trabajos. Mientras tanto me he convertido en una persona destacada en el mundo terapéutico europeo y también en América Latina, de modo que mi trabajo toma la forma de una ronda anual de visitas, en la que me detengo por relativamente poco tiempo en los diversos países donde se realizan los programas. También ha tomado forma el proceso de ingreso a los programas: un breve curso teórico-vivencial donde mis colaboradores de confianza presentan una introducción a la psicología de eneatis, asegurándose que quienes son aceptados al programa tengan la motivación y otras condiciones apropiadas, pues asegurarse de un nivel razonable de salud mental constituye una protección tanto para los individuos inestables como para los grupos.

Cuando el programa era más largo había un lugar para la expresión plástica y la expresión musical, pero cuando cambiamos al formato más reducido de diez días elegí la expresión dramática como alternativa. He invitado a lo largo de los años un número de obras teatrales de directores como Corazza, Ferrara, Gema López y Alain Vigeau, para

aportar sus habilidades y experiencia a lo que se ha convertido en una cultura única de teatro terapéutico y una nueva especialidad terapéutica que algunos han intentado imitar.

Con respecto al cuerpo, la invitación de Graciela Figueroa fue seguida de una a Antonio Pacheco, que tradujo muchas de mis ideas a un enfoque somático novedoso, además del bailarín Victor Orive y otros. «El movimiento auténtico» entró en el programa, así como una variante de este, que he llamado «movimiento espontáneo», desarrollado por Ginetta Pacella, quien reemplazó el latihan de los primeros tiempos en Berkeley como una práctica de rendición más que una de movimiento propiamente dicho.

Después de su comienzo, a fines de los años ochenta en Babia, los tres módulos del Programa SAT se han continuado ofreciendo a lo largo de muchos años: primero en España, luego en Italia, Brasil, Argentina, México, Alemania, Colombia, Chile y Rusia, y durante algún tiempo en Londres y en Australia. Primero surgió un SAT 4 de cinco días en respuesta al deseo de las personas de seguir en contacto entre sí y conmigo por el efecto estimulante de ambas cosas sobre su proceso de desarrollo. Tras alguna experimentación con contenidos diversos, lo fundamental de estas reuniones han sido dos cosas: por una parte la conjunción del aquietamiento meditativo de la mente con el movimiento espontáneo (es decir, la conjunción de lo apolíneo y lo dionisiaco); y por otra parte ha venido a constituir este SAT 4 un espacio de reflexión sobre el proceso de la transformación en general y de análisis del proceso personal de desarrollo. No solo a la luz de sus rasgos universales, sino en consideración a las diferencias entre los eneatis. De esta manera hemos querido responder a través de los años una pregunta práctica acerca de cómo se debe entender el trabajo específico sobre la personalidad de las veintisiete formas específicas del ego o neurosis caracterial.

El SAT 5, surgido posteriormente, también fue una respuesta al deseo de mis discípulos de continuar en contacto tanto conmigo como entre ellos mismos, pero ha constituido también una oportunidad de invitar a la participación de temas no incluidos en los módulos anteriores. Los principales han sido los cursos de Tarot y Genealogía de Jodorowsky, los trabajos en Constelaciones Familiares de Joan Garriga, Jorge Llano y Jutta Herkel, diversos trabajos psicocorporales y un curso de Introducción al Dzogchen elaborado por Tenzin Wangyal (a quien ha venido representando a través de los años su discípulo y exmonje Alejandro Torrealba).

También ha tenido el Programa SAT un suplemento más significativo ya desde sus

comienzos en la forma de un retiro de meditación solitario, en el cual he combinado la meditación budista con lo transmitido por Óscar Ichazo acerca del trabajo con los catalizadores o ideas dantas. Muchos de quienes han atravesado por la experiencia me dicen que les ha parecido la especialidad mía que más profundamente les ha tocado a través de todo su trayecto.

Por otra parte, surgió también como suplemento al Programa SAT la formación gestáltica especializada, que ha venido a compensar el hecho de que, siendo tantos los participantes del SAT que acuden de las escuelas de Gestalt ya existentes, no he querido darle demasiada presencia a la Gestalt propiamente tal en el programa. Siempre he pensado que la mejor manera de formar gestaltistas no es haciendo talleres homogéneos de Gestalt sino combinando la meditación, el trabajo dramático, el movimiento espontáneo y el resto de los ingredientes del SAT, incluyendo los fundamentos del psicoanálisis y nociones básicas acerca de la psicoterapia en general.

Pese a que se puede decir que el programa SAT es algo importante para la formación personal de los gestaltistas, no basta para ser un gestaltista haber atravesado por el Programa SAT, pues se requiere más experiencia personal con la Gestalt y sobre todo una mayor experiencia clínica supervisada. Es esto lo que han venido a ofrecer las escuelas de Gestalt que han surgido en diversos países a partir de mi inspiración, comenzando por Colombia, luego en Chiapas, Puebla, Chile, Brasil y por último en la Universidad de Pisa. En estas escuelas se tiene la oportunidad de cumplir con el número de horas necesario para convertirse en un clínico competente y se combina esta formación específica de la Gestalt con la asistencia a los diversos módulos del Programa SAT.

Para terminar este capítulo, solo me falta decir que durante mucho tiempo se presentó el Programa SAT simplemente en términos de su currículum aparente, pero más recientemente he querido llamar la atención hacia su currículum implícito, que ha llevado ya a través de los años a que muchas personas lo describan como una escuela de autoconocimiento, una escuela para el desarrollo del amor o un aprendizaje donde han encontrado la libertad de ser ellos mismos.

No solo se puede decir en términos generales que el programa sirva al amor, al autoconocimiento y a la libertad, sino que también se puede afirmar más específicamente que sirve a aspectos específicos del autoconocimiento y a formas específicas del amor. Por ello, y con el propósito de interesar a los educadores, últimamente he hablado de mi trabajo como orientación al desarrollo de las competencias existenciales.

VII. BODHGAYA

UN EXCELENTE PEREGRINAJE INESPERADO

Suzy y yo estábamos en Madrid cuando recibí una carta de Rinpoche donde me invitaba a asistir a la VI Ceremonia por la Paz del Mundo en Bodhgaya. «Muchos guías espirituales estarán allí», explicaba, agregando que le gustaría que yo estuviese presente, lo que tomé como una expresión de reconocimiento que implicaba que mi temor de haberle fallado no era por el momento algo por lo cual seguir preocupándome.

Al comienzo me pareció el momento menos indicado para viajar, ya que había tenido la intención de completar dos nuevos libros en el transcurso de mi próxima estancia en Berkeley. Sin embargo, no tomó más que unos dos minutos decidir aceptar. No solo porque sería una ocasión de volver a ver a Rinpoche después de catorce años, sino también porque siempre he tendido a tomar sus sugerencias como prescripciones y porque además sería una ocasión para poner a Suzy en contacto con él y con la comunidad Nyingma.

Volamos a Calcuta. Allí vimos a Jack Petranker, a cargo del transporte de los libros de Dharma Press que se distribuirían ese año entre los monjes tibetanos. Nos dio la bienvenida y nos puso en contacto con el hermano de Rinpoche, Lama Pega. Con él caminamos entre los innumerables mendigos de las calles y admiré su capacidad de mantenerse centrado, sin distracciones ni rechazo, en medio de las muchas manos y voces que buscaban nuestra atención.

Con él nos dirigimos a Bodhgaya en tren, un viaje que transcurrió sin incidentes, excepto por el hacinamiento de los vagones y por un ratón enfermizo e inmóvil bajo el asiento del pasajero frente a mí, del cual retiré la mirada por haber sido informados de que esta era una época de epidemia de peste bubónica.

Después de nuestra llegada a Bodhgaya, seguimos a Lama Pega a un hotel cerca del templo, donde Rinpoche ya se estaba hospedando y se habían hecho reservaciones para nosotros. Tan pronto como entramos en el patio interior allí lo vimos, rodeado de algunos lamas y discípulos cercanos. Su sonriente bienvenida fue tan natural que me hizo sentir que no había transcurrido un largo tiempo desde la última vez que lo había visto.

Asistir a las reuniones de plegaria colectiva fue una experiencia muy gratificante para Suzy y para mí. Tanto así que, incluso antes de la última etapa de nuestra peregrinación, en Katmandú, ella comentó: «¿Crees que nuestra vida será la misma después de esto?».

En Bodhgaya las oraciones estaban destinadas a que nuestros semejantes pudiesen ser lo suficientemente sabios como para lograr la paz. Por supuesto que nos beneficiamos en el proceso, y fue un gran regalo recibir por contagio algo de la devoción del aparente océano de lamas de túnicas rojas y de monjes entre los cuales estábamos sentados. Como no cantábamos en tibetano (excepto a través de la identificación empática), utilicé el estímulo de los cánticos de varias maneras. Particularmente importante entre estos fue el descrito por Chökyi Nyima Rinpoche en su libro *La Unión de Mahamudra y Dzogchen*.

Mientras empacaba, había seleccionado este libro junto con *Dinámica del Tiempo y del Espacio* de Tarthang Rinpoche, y fue natural que, a medida que lo leía, las instrucciones de Karma Chagmey Rinpoche comentadas por Chökyi Nyima se convirtieron en parte de mi práctica continua. Y sentí que mi práctica no fue en vano. Además, todo el proceso pareció completarse bellamente cuando, tras la invitación de Tarthang Tulku Rinpoche a que lo acompañásemos a Nepal, inesperadamente llegué a encontrarme con Chökyi Nyima Rinpoche en su monasterio.

Por supuesto, el contacto personal con Tarthang Rinpoche fue una oportunidad preciosa. No menos importante fue estar con la sangha Nyingma en Bodh Gaya, o con los dos mil y más Kagyus y Gelupas en la ceremonia que tuvo lugar en el Deer Park de Sarnath, justo antes de nuestro viaje a Nepal.

Esta fue la primera vez que tuve la oportunidad de viajar con Rinpoche y estar cerca de él, y fue también una oportunidad de verlo en un trabajo como un maestro de tareas prácticas. A aquellos en el equipo de occidentales que viajaban con nosotros (principalmente de Holanda y Alemania) se les asignó la tarea de cocinar para los tibetanos, decorar el sitio de la ceremonia, cuidar la basura producida por los dos visitantes, etcétera. Me sentí privilegiado de ser nombrado coordinador de los diversos

equipos de tareas. Era una posición que me recordó aquella en que me puso Ichazo en Arica (así como la actividad de Rinpoche en estos días me pareció semejante a la de un maestro del Cuarto Camino). Esta fue, naturalmente, una ocasión de práctica de la meditación en acción, y muchos de nosotros tuvimos un buen estímulo para ello en la situación de tener que permanecer en la impotencia con respecto a todo tipo de dificultades técnicas, aunque al fin y al cabo estábamos en una peregrinación que nos recordaba no perder el tiempo en el cultivo de la mente.

Katmandú era como un excelente desierto después de una muy buena comida. No puedo explicar por qué todavía me conmueve tanto recordar la sonrisa de Rabjam Rinpoche o cómo fui interiormente tocado por la bienvenida de Urgyen Tulku en su retiro en la montaña. Sin embargo, lo más significativo de todo fue la visita que Suzy y yo le hicimos a Rinpoche en su habitación en la parte superior del monasterio Ka-Ningshedrup Ling.

CON RINPOCHE EN NEPAL Y EN ODIYAN

Después de que los diez días de la ceremonia de oración terminaron, los siete mil lamas volvieron a sus hogares en la India y otros países vecinos, pero Suzy y yo nos quedamos esperando hasta saber qué haría Rinpoche a continuación. Pronto fuimos invitados a unirnos a un pequeño grupo que lo seguiría a Sarnath, el lugar de las primeras enseñanzas de Buda en Deer Park, y luego a Katmandú.

Viajaba con dos de sus hijas, con su alumno japonés más destacado que estaba de visita en Tokio y algunas otras personas, entre las que recuerdo con más nitidez a Burt Jacobson, una persona muy erudita que estaba allí con su esposa y decía que cuando aparecía a las horas de las comidas era como si saliera el sol.

De la salida de la India recuerdo sobre todo las horas de espera en el aeropuerto, donde el personal parecía no ser amigable con los tibetanos. De la llegada a Nepal, en cambio, recuerdo sobre todo las bufandas con las que nos recibió un monje enviado por Chökyi Nyima a recogernos. Rinpoche, ahora nos enteramos, permanecería en su monasterio, y el resto de nosotros alojaríamos en hoteles.

Ya que había estado en Katmandú años antes y había entablado amistad con los propietarios del Vajra House Hotel, esta habría sido mi elección, pero habríamos perdido la oportunidad de ver a Rinpoche más a menudo, por lo que luego nos sumamos a los que compartieron con él un lugar más lujoso y más caro, y él le pidió a su discípulo japonés que me mostrara algunos lugares sagrados, como el templo de Padmasambhava y Maitreya. También con él volví a Perping, donde alguna vez María, la hija de Barrie Simmons, me había prestado su cuarto para que realizara un breve retiro en el pequeño

monasterio construido al lado de una cueva donde se dice que Gurú Rinpoche logró la realización de vajrakilaya.

Fuimos recibidos allí por uno de los lamas, que nos ofreció té, y también fui reconocido por la esposa del anciano lama residente, que me había traído comida durante mi estancia anterior. Ahora su hijo se había vuelto un adolescente e imitaba muy hábilmente la forma en que los italianos hablan el inglés (supongo que a través de visitas anteriores de Namkhai Norbu).

Me sumé al grupo que escuchaba a Chökyi Nyima un día en que les impartía enseñanzas a un grupo de occidentales, y luego tuve una conversación privada con él en la cual me recomendó especialmente que cultivara la amabilidad. En cierto momento salió de la habitación y regresó con otro lama, que simplemente se sentó frente a mí recitando el Mani en voz baja y sonriendo. De manera un tanto cohibida comencé a hacer lo mismo, ya que no parecía haber nada más apropiado que hacer (y fue una lección para mí en la medida en que me puso frente a frente a mi resistencia a los ejercicios devocionales públicos). A mis veintitantos años, mientras estaba en el psicoanálisis, había descubierto que mayor que el miedo a la castración sexual era para mí una especie de miedo o vergüenza de exhibir mi excitación religiosa; luego la inhibición de una especie de melodía cantorial que había surgido en mí mientras practicaba el latihan había constituido mi límite en esa práctica. En lugar de sentirme libre de estallar en una canción, me había encogido conscientemente, y ahora que escribo sobre ello, décadas después, veo que es exactamente lo que sucede con mis gestos con las manos.

Es la ira lo que nos separa de los demás y de la realidad, explicó Chökyi Nyima, al insistir en que la bondad debería ser la base de la práctica. Y cuando luego dijo algo acerca de la impermanencia, indicó que la relación entre Suzy y yo no debía tomarse como permanente. Recuerdo que me resultó difícil imaginar que tuviese razón. Cuando le pregunté si sería apropiado que me diera ciertas instrucciones que no sabía si había recibido de mi propio maestro o no, explicó que Tarthang Rinpoche o su propio padre podrían hacerlo mejor que él, pero me dio un libro que solo debía ser leído, explicó, por aquellos que ya habían recibido la «pointing instruction», lo que sugería que la había recibido sin una etiqueta explícita.

Viajé para visitar a Tulku Urgyen en su monasterio en el medio de una reserva natural y sentí que su sola presencia era una bendición. Tocar la coronilla de mi cabeza con la

suya, lejos de ser simplemente un gesto ritual, transmitía su apertura, disponibilidad y, en cierto sentido, intimidad. Porque estaba sufriendo a causa de sus ojos, renuncié a las instrucciones que había ido a solicitar por sugerencia de su hijo (diciendo que probablemente no escucharía nada nuevo, pero que escucharlo dicho por él, que había logrado una comprensión tan profunda, me ayudaría a obtener una mejor comprensión).

El punto culminante de nuestra estancia en Katmandú fue mi última visita a Rinpoche, a quien le habían dado una habitación en el monasterio solo utilizada anteriormente por Su Santidad el Karmapa y por Tulku Urgyen. Me invitó a entrar mientras hablaba con un escultor en visita al Tíbet, y yo, que llevaba un pesado abrigo de piel, imaginando que pudiera serle útil a un tibetano, tuve la satisfacción de poder entregárselo.

De lo hablado durante esta visita a Rinpoche no recuerdo nada, excepto la larga bufanda de color naranja que me regaló, más hermosa que ninguna de las muchas que había visto durante la multitudinaria ceremonia en Bodhgaya. Desde entonces adorna la imagen de él que tengo en mi habitación, tomada por Kathy frente a la rueda de oración en el Instituto Nyingma, no mucho después de su instalación.

Antes de partir me atreví a preguntarle tímidamente a Rinpoche si podría volver a verlo, y no puedo decir que recuerde su respuesta, pero sí la sensación de que era lo más probable. Y así ha sido, pues cada año lo he visitado.

En la primera ocasión, me invitó a comer con su tercera hija, Tsering, a un restaurante chino de San Francisco, e insistió en pagar. Después lo he visitado en Odiyan todos los años durante unos días, primero con Suzy y luego a solas. Durante nuestra última visita con Suzy, recuerdo lo interesada que estaba en que Rinpoche nos ayudase en nuestra relación y cómo pese a ello no dijo una sola palabra al respecto, porque, como me explicó más tarde, no parecía haber problema alguno mientras estábamos con él.

Rinpoche parece haber hecho referencia durante nuestras reuniones al privilegio que me ha estado otorgando, al ser prácticamente su único visitante del mundo exterior desde que ha elegido vivir rodeado solo por aquellos estudiantes cuyo aprendizaje se lleva a cabo en el contexto de los trabajos que les asigna, ya fuera en la construcción, impresión de libros, reproducción de esculturas o mantenimiento del lugar.

Después de un cierto día en que el rabino Yolles, de visita en Berkeley, me dio un nuevo nombre (Shlomo Chayyim) y me presentó públicamente como un rabino, Rinpoche comenzó a llamarme «mi amigo rabino», sin que yo le hubiese dicho nada acerca de este acto de reconocimiento. Pero un día añadió humorísticamente: «Eres un

rabino, pero aún no eres un lama». Tal declaración hizo que su posterior reconocimiento de mi progreso fuera aun más significativo.

Un año más tarde me pondría a prueba en mi comprensión de la mente, descubriendo que aún me faltaba, aunque pareció satisfecho de mi progreso. Cuando me regaló la túnica naranja, para usarla durante las sesiones de meditación, me comentó que no era una túnica ordinaria, pero tampoco de un lama, con lo que me hacía saber algo sobre mi etapa de desarrollo y a la vez parecía invitarme a adoptar una actitud menos modesta. Más tarde me dio la túnica blanca de un Nakpo o yogui, y después una túnica de brocado rojo, como para contrarrestar mi tendencia a negar mi propia iluminación. Debo confesar que no entiendo la diferencia entre la condición humana habitual y la de haber alcanzado la iluminación sin saberlo, pero en mi trabajo externo he contemplado un desarrollo que he comparado con los anillos de los árboles. En mis visitas anuales a Rinpoche, cuando mi alma es pesada como cuando se pesa el cuerpo en los controles médicos, también ha habido algo así como círculos concéntricos en mi propio crecimiento, que me han dado confianza de que voy bien y que han apaciguado mi tentación impaciente de obligarme a crecer más rápido.

Siempre he atribuido el progreso de mi trabajo con grupos a la bendición de Rinpoche, y he pensado en él, desde entonces, como un protector al que probablemente deba mi buena salud, mi energía y mi creatividad. Una vez declaró: «Tu mente es ahora como la mía». Y, pese a que lo percibo como alguien que no es menos un maestro para mí de lo que fue al principio, no puedo negar su declaración de que finalmente me ha llevado a la etapa de completitud del camino.

3

CÓMO SE APAGÓ LA LLAMA MILAGROSA DE UN AMOR PERFECTO

Como ya mencioné, un día Chökyi Nyima Rinpoche había insinuado la impermanencia de la relación que nos mantenía juntos a Suzy y a mí. Lo había hecho a través de su mirada y por algún gesto sutil, mientras hacía una declaración acerca de la impermanencia en general. A pesar de confiar en su intuición, no podía imaginar cómo eso podría suceder, pero su menos que susurrada profecía se hizo realidad.

Al final de nuestra temporada anual en España, Suzy y yo volamos a Boulder, camino de Berkeley, pues había sido invitado allí con ocasión de la II Conferencia sobre la Sabiduría Loca, bajo los auspicios de la Universidad de Naropa (por iniciativa de Lee Lozovich, a quien debí la distinción especial de abrir la anterior Conferencia de Sabiduría Loca en la impresionante sala de meditación de Chogyam Trungpa y en compañía de Lama Chagdud).

Esta vez Lama Chagdud no estaba presente; sí se encontraba su hijo. Pero la persona que más me llamó la atención fue una monja trapense muy hermosa e inteligente, amiga del Papa, que había escrito sobre Santa Teresa de Ávila, con quien sentía especial afinidad.

Nuestro pequeño grupo de presentadores en este congreso se reunió durante las presentaciones y las comidas. Le fue evidente a Suzy que yo miraba a esa hermosa monja con más entusiasmo del que le habría gustado. Cuando volvimos a nuestro alojamiento en la vecindad del campus me dijo que le parecía injusto haber renunciado a su vanidad en su relación conmigo y comprobar que yo estaba tan entusiasmado con una mujer que brillaba en el mundo.

Suzy la veía como una mujer con un gran ego y me reprochaba estar tan prendado de su brillo, pero fueran lo que fueran los niveles espirituales respectivos sigue siendo un hecho que encontré a la monja extremadamente bella y talentosa, y debo admitir que tampoco me fue indiferente que fuera una persona cercana al Papa.

Obviamente, una relación íntima con esta monja trapense que se identificaba con Santa Teresa de Ávila estaba fuera de discusión. Pero ¿no podría simplemente disfrutar de mirarla? Su belleza hacía que mis ojos se dilatasen al mirar en su dirección, pese a mi deseo de evitar el posible sufrimiento de Suzy.

Durante nuestra última noche en Boulder tuve un sueño. Era un gran incendio. La casa que compartíamos en el sueño se había quemado y había brasas humeantes por todas partes. Cuando me levanté por la mañana sentí fuertemente que mi relación con Suzy estaba en peligro de llegar a su fin.

Así fue, porque poco después de nuestro regreso a Berkeley, de un día para otro, se desintegró nuestro vínculo. Conversamos largamente esa noche, y al despertar a la mañana siguiente supe que el fuego de la vida erótica se había extinguido entre nosotros, ya que el mío siempre había dependido del suyo, que ahora había desaparecido. Y sin la vida sexual y la felicidad que traía a nuestra relación, Suzy se volvió una persona descontenta, crítica hacia mis puntos de vista y algo competitiva.

Así como no había optado por alejarme de Kathy en otro tiempo, pensando que su irritación me resultaría una buena medicina, imaginé que la vida me estaba dando la oportunidad de trabajar en mí mismo, y tomé la frustración de vivir con Suzy como algo que me haría menos dependiente y más paciente. Tampoco había perdido la esperanza de que Suzy deshiciera lo que había sucedido en su mente durante ese punto de inflexión en nuestra vida juntos.

Ella ahora afirmaba que nunca realmente me había amado, sino que había estado satisfaciendo todos mis deseos como una forma de seducción, con la esperanza de ganarse mi amor, aunque yo estaba convencido de que durante nuestros años juntos Suzy realmente había encontrado un modo de ser en el que la llama del amor parecía nutrirse de su propia abundancia.

Creyendo, a partir de mi temporada en el cielo, que esta era precisamente la naturaleza de la experiencia espiritual y que el amor, por naturaleza, no se aferra a nada sino que es intrínsecamente autosuficiente, pensé que Suzy, ahora caída de la gracia, estaba adoptando una interpretación cínica destructiva. Pero por razonable que pueda parecer

que todo ser humano necesita de reciprocidad y que uno se cansa de esperarla, creía yo que esta afirmación solo nos parece verdadera porque el amor verdadero es una cosa rara, y que Suzy estaba olvidando su largo estado de gracia como se olvida un sueño. Yo había sentido que Suzy vivía en un paraíso terrenal debido a su actitud correcta, que había perdido de un día a otro cuando una conversación la llevó a sentirse decepcionada de mí.

Un día, en el transcurso de una sesión de grupo con mi equipo en España, Suzy declaró que ya era hora de mudarse. Me alegré de que fuera ella y no yo quien tomara la iniciativa, porque implícitamente en mi renuencia a hacerlo había querido evitar lastimarla todavía más. Nos explicó que había comprendido un patrón en su vida de procurar ayudar a sus parejas, y veía que había en ello seducción y una incapacidad de recibir cariño.

Dada la intimidad de nuestra reunión, me hizo falta una declaración más completa, ya que sabía muy bien que nuestra felicidad había sido interrumpida por una conversación específica que no he reproducido en este relato, pero que ella nunca, ni en público ni en privado, reconoció que hubiese tenido lugar, como si lo que tanto me preocupaba no hubiese tenido importancia. Lo incluí, en realidad, en el borrador de esta biografía, pero luego sentí que no debería confundir mi libertad de escribir acerca de mí mismo con la libertad de escribir acerca de quienes hemos conocido.

Me era difícil renunciar a la idea de que Suzy había encontrado su lugar en la vida en su servicio a mí y a mi trabajo. Sospechaba que al no sentirse satisfecha buscara una posible vocación perdida y solo avanzara por un camino equivocado. ¿Acaso no nos conviene a todos, después de dejar de ser esclavos de nuestra personalidad original, aprender a aprovechar significativamente lo que originalmente habíamos aprendido a hacer como parte de nuestra búsqueda infantil de amor?

Pero cuando Suzy compartió en la reunión anual de mis colaboradores que ya era hora de cuidar de sí misma, le di la bienvenida a nuestra separación como un movimiento saludable para ambos. Porque yo había tardado lo suficiente por un deseo de no hacerle daño tomando la iniciativa, y porque me había aferrado a la comodidad de estar en una situación de la que me había vuelto algo dependiente.

Luego de nuestra separación, Suzy volvió a Brasil con mucha ilusión de estar cerca de sus hijas y nietas, con el proyecto de establecerse ahora como terapeuta independiente. No le fue tan bien como esperaba y debió de seguir viajando, de modo que su trabajo

siguió relacionado con la comunidad SAT internacional. Para mi sorpresa nunca vino a ninguno de mis fastuosos cumpleaños organizados por Ginetta, como si una aversión celosa injustificada hacia Ginetta la mantuviese alejada de estas ocasiones en que ella era la organizadora. Esta conducta celosa o competitiva fue una de las pocas cosas que podría objetarle a Suzy, que siempre en el contacto conmigo continuó siendo muy cariñosa, y queriendo que nos encontrásemos de vez en cuando. Me sorprendió, sin embargo, que en otra ocasión ya no se interesara en participar en un Programa SAT, y ello me extrañó pues no me parecía que le significase necesariamente un menor rendimiento económico que uno de sus trabajos independientes. Alguna vez Alaor me explicó que competía ahora un poco conmigo de manera semejante a como había competido con él después de que se separaron. Lo tomé como cosa «normal» para una pareja separada y para alguien con su carácter; pero también imaginé (y más de un indicio me confirmó) que Suzy quedó descontenta con la consecuencia económica de su separación de mí y de mi trabajo. Por ello le regalé el piso que había comprado en Belo Horizonte y ayudé a su hijo a comprar otro, prestándole incluso dinero que ya imaginé entonces no se me devolvería, pero tampoco de esto sentí que podía reprocharla porque ella me entregó tan completamente sus energías y su tiempo durante tantos años. Suzy murió por las metástasis cerebrales secundarias a un cáncer de pecho que le produjeron grandes dolores, pero vivió su tormento físico con notable entereza, y significativamente en contacto con sus muchísimos amigos a través del mundo, conectados por internet. Podría decirse que murió en red, y también en éxtasis.

Durante algún tiempo la imaginé en el mundo sutil de los espíritus y de manera no muy diferente a como la imaginaba cuando viva, siempre al alcance de una conversación, pero hace tiempo que ya no la percibo y extrañado ante ello le pregunté a mi amiga chamanesa Jaclyne a qué podía deberse esta desaparición de Suzy de mi horizonte. Ella me respondió: «Suzy está entre los ángeles que alguna vez te podrán abrir el camino hacia Dios». Y no habiendo terminado mi viaje interior aún a la hora que termino este capítulo, imagino, naturalmente, la posibilidad de que así como Fausto necesitó de la ayuda final de Margarita, pueda yo necesitar de Suzy aun en un momento decisivo de mi vida o mi viaje por el más allá.

VIII. LA RECONQUISTA

1

UN PATRÓN MÍTICO Y LA CORRESPONDIENTE EXPERIENCIA VIVIDA

Como ya he relatado, una vez una periodista me preguntó al final de una conferencia por mi viaje interior y le respondí que había hecho el ascenso de la montaña sagrada y el correspondiente descenso, pero también le dije que había cometido idolatría, que había vivido durante muchos años en el desierto y que ahora me parecía ya no estar más allí sino en un oasis, y que la primavera estaba regresando lentamente a mi vida. A pesar de sentirme creativo otra vez, no podía decir que había ingresado a la Tierra Prometida; y como ya no sentía que estaba caminando en el desierto, debía estar atravesando el Jordán.

Me pareció entonces que, desde que había comenzado a dirigir los programas SAT en España, estaba atravesando por algo parecido a una reimplantación en el mundo que había dejado atrás al embarcarme en este largo peregrinaje. Pero desde otro punto de vista, este regreso al mundo había entrañado la recuperación de una autoridad y reputación que había perdido durante mi aventura interior.

Al titular este capítulo «La Reconquista» estoy usando una expresión que, para mi sorpresa, no es fácilmente traducible al inglés, a pesar de su claro significado de conquistar de nuevo algo que se ha perdido. En el mundo de habla hispana se asocia no solo a una famosa novela chilena, sino a muchas situaciones históricas, como la del tiempo en que los españoles recuperaron su tierra a los moros, como en la leyenda del Cid.

El mundo de los cuentos de hadas está lleno de variaciones sobre la conquista de algo que se ha perdido, que se asocia típicamente al tema de una recuperación de un reino y

de la condición de realeza. Pero no puedo dudar de que este mitologema sea el eco de un proceso interno: la experiencia de alguien que, después de un nacimiento espiritual que ha sido seguido por una etapa de apagamiento, vuelve a la abundancia espiritual nuevamente, y ahora a un tiempo de realización estable.

Tal me parece el contenido viviente del así llamado mito del héroe, que en mi libro *Cantos del Despertar* he descrito como un patrón narrativo en el que una derrota separa una victoria transitoria de una victoria definitiva.

En la historia sufí del caballo mágico, por ejemplo, Tambal, que es el héroe, se enamora de una princesa en un castillo mágico en el cielo (una figuración evocadora de la vía iluminativa del misticismo cristiano), pero su amor no es suficiente para su unión efectiva puesto que su padre tiene otros planes para ella. Así él debe regresar sin ella e incluso sin el caballo mágico que lo ha traído hasta ese castillo celestial. Mucho más tarde, tras un doloroso viaje a pie por el desierto, Tambal llega a un oasis donde, como resultado de comer los deliciosos frutos de los árboles del lugar, se transforma en apariencia en una especie de demonio, y después de haber abandonado la esperanza de casarse con su princesa recibe las instrucciones de un sabio de seguir su destino, que efectivamente lo lleva nuevamente a la princesa y a las circunstancias propicias para volar con ella de regreso al reino de sus antepasados.

También he explicado las dos victorias sucesivas que conlleva el relato del héroe (una transitoria y la otra estable) en mi análisis de los grandes poemas épicos de Occidente, y he llamado la atención sobre cómo el reino recuperado por el héroe maduro después de su noche oscura, no nos impresiona como el relato de su conquista juvenil, pese a su mayor paz y felicidad. Así fue mi propia reconquista, que caracterizaría como el regreso de un mundo mágico a una nueva condición de humanidad simple.

Por ello me identifiqué con lo que expresa esa parte de la historia de Odiseo en la que regresa a su tierra con el atuendo de un anciano y disfrazado de mendigo. Es bajo esta identidad disfrazada que se encuentra con su hijo en la casa del más humilde de sus sirvientes, Eumeo, su porquerizo, y la simpleza que impregna esta escena podría ser vista como un correctivo a la grandiosidad anterior manifestada en su ira contra el Cíclope, que le había traído la maldición y el castigo de Poseidón.

El enmascaramiento de Odiseo en su retorno a casa era una protección necesaria de sus muchos enemigos y, como en cada versión del mito del héroe encontramos un antihéroe (o un héroe falso o un impostor), en *La Odisea* los impostores son muchos y se

los llama los pretendientes, porque llevan una existencia parásita en el palacio de Odiseo durante su ausencia, consumiendo su ganado en sus banquetes, e imaginando que Odiseo nunca regresará compiten por la mano y la cama de Penélope.

Según mi propia experiencia, el leitmotiv del impostor en los cuentos de hadas no es solo la proyección de un hecho interno, sino también de un hecho externo bastante concreto, por lo que en mi viaje de regreso al dejar atrás la noche oscura no solo debí recuperar la plena posesión de mis facultades, sino superar a diversos adversarios.

Como Odiseo, he debido enfrentarme al antagonismo de grupos de personas que parecían encarnar a los pretendientes de Penélope y que no estaban para nada contentos con la noticia de mi regreso, pues hubieran preferido olvidarme y que se me olvidara. Mientras consumían mi ganado, temían que mi vuelta al hogar no conviniera a sus intereses. Y así, aunque hubo un tiempo en que en Estados Unidos se me consideraba una de las luminarias del Movimiento del Potencial Humano, justamente en el momento en que mi trabajo llegó a su madurez y me volví prominente en Europa, desaparecí del mapa estadounidense.

En cierto modo, había vivido la gran aventura de liberar a la princesa prisionera del mito (emblemática del alma humana) y había triunfado. Pero, al igual que en la historia de ese famoso héroe, me había retrasado durante muchos años en el camino de regreso, conducido sin elección de mi parte por una odisea interior que me había parecido dictada por el destino.

En vista de la multiplicidad de mis antagonistas, narrar esta reconquista implica, a su vez, relatar la historia de mis relaciones con varias comunidades y asociaciones profesionales. Esto es lo que me propongo hacer ahora, comenzando con la Comunidad Americana de Eneagrama, una tribu que engendré antes del tiempo de mi madurez y que bien podría llamar la tribu de mis hijos bastardos.

LA COMUNIDAD DEL ENEAGRAMA

Me permito comenzar diciendo que estoy de acuerdo con la caracterización que el Vaticano ha hecho de los entusiastas del eneagrama jesuita como un «culto», y también con Óscar, quien se refirió a la comunidad del eneagrama como «un nuevo culto a la evaluación de la personalidad».

Por mi parte, he deplorado la ceguera ignorante de esta subcultura que surgió como respuesta al entusiasmo de una serie de «maestros del eneagrama» autoproclamados y bastante propagandísticos que, después de aprender algo de algunos de los integrantes a medio cocinar de mi grupo de Berkeley, se dedicaron a la difusión lucrativa del «evangelio del eneagrama».

Así como me sentí incapaz de quitarle a Kathy el privilegio de enseñar que ya le había dado mientras ella me representaba dentro del SAT, también pude identificarme con el sentir del padre Bob Ochs de que, si Kathy tenía derecho a enseñar, también lo tenía él. Pero a partir de esta ruptura en nuestro acuerdo surgiría un movimiento popular que dio en autodenominarse la «Comunidad del Eneagrama» y mi descontento ante este movimiento fue suficiente como para que manifestara mi desaprobación dejando de enseñar en los Estados Unidos.

Pese a comprender que solo pocos lo notarían y a pocos le importaría, no quise continuar enseñando después de notar que, una vez que los cursos de eneagrama aparecieron en el mercado espiritual, aquellos que se me acercaban con el deseo de aprender de mí ya no eran buscadores comprometidos, sino profesionales de una especialidad (aún no nombrada) en busca de información privilegiada para poner en su bolsa de trucos y luego vender.

Una vez más, no pude objetar cuando Sandy Mandelbaum (ahora Maitri) aceptó enseñar en la comunidad formada por Dhiravamsa en Colorado, ni cuando Hamid Ali abrió su escuela sin siquiera mencionar que se trataba de una variación del Programa SAT. ¿Cómo podía esperar que cumplieran con su compromiso de guardar un secreto cuando SAT ya había cerrado y, después de todo, había sido mi alumno más apreciado, pese a no haber esperado la formalización de un permiso para enseñar?

Me pareció comprensible, además, que el «movimiento del eneagrama» estaba surgiendo de la coincidencia temporal de mi pérdida de carisma y el momento en que algunos de mis seguidores estaban experimentando un «síndrome del aprendiz de brujo», pero lamenté la degradación del conocimiento que entrañaba su entrada al mercado psicoespiritual e incluso me sentí responsable, sobre todo porque me pareció que la arrogancia espiritual exhibida por mis seguidores había sido un reflejo de mi propia exaltación. Pues, a pesar de haber estado en contacto con el espíritu, también mi ego se había enorgullecido de estar tan cerca de un mundo superior.

Ya he dicho que hacia el final de mi período carismático o expansivo, mi grupo de Berkeley había comentado que en sus comienzos SAT se había desarrollado en una cálida atmósfera familiar y luego, con el tiempo, mi estilo se convirtió cada vez más en una autoridad espiritual que no solo sabía lo que estaba diciendo sino que también comenzaba a decirle a la gente qué hacer y qué no. En retrospectiva, diría que esta fue la expresión de mi incipiente «contracción»: solo porque me sentía cada vez más inseguro tenía que volverme más asertivo.

Seguramente mi actitud defensiva, junto con la disminución de mi inspiración y claridad, decepcionaron a mis alumnos, o al menos a los que más tarde se convertirían en los maestros autoproclamados. Y aunque desde el principio de nuestra relación habían ingresado a mi trabajo a través de la puerta de un contrato que implicaba un compromiso de guardar silencio sobre ciertas cosas, algunos de ellos llegaron a romper este contrato después de que yo ya no trabajaba con ellos. Supongo que ya no lo respetaron como resultado de una desilusión, pero también era cierto lo recíproco: tanto querían ser maestros que en una competencia edípica les interesó devaluarme, y así parecer más originales y capacitados para enseñar.

Me sentí en una situación parecida a la de Rajneesh al entrar en la noche oscura, quien había decidido callarse en este momento de su propia evolución, pero ni siquiera esto impidió que sus alumnos percibieran su decadencia y se sintieran decepcionados.

En mi caso, la opción no había sido la de silencio, sino la de alejarme de la escuela que había creado. Pero no solo eso: durante la multitudinaria Conferencia sobre Tiranía Espiritual y Terapéutica, patrocinada por Esalen en San Francisco, hice una confesión pública del reciente descubrimiento de mi narcisismo, mi arrogancia y mi limitada competencia. Y aunque en la perspectiva del tiempo no puedo negar que haya heredado de Óscar Ichazo un tesoro que creo que él a su vez heredó, me sentí incómodo entonces al descubrir que no había sido inocente de eso que Ichazo solía llamar «el maestreo»: una imitación de los modos y las afirmaciones de un maestro sin el logro apropiado.

Es eso precisamente lo que se repitió en la imitación implícita de aquellos entre mis alumnos que se proclamaron maestros después de haber contraído la infección de mi «inflación posiluminativa».

Al principio me enojé por su incumplimiento de nuestro contrato que los comprometía al silencio, y luego por la mediocridad y grandiosidad de sus estudiantes (que se volvieron imitadores míos sin haberme conocido), pero con el tiempo pude apreciar que su arrogancia y grandiosidad también habían sido algo así como un eco de mi propia excitación: la arrogancia que complica mi propia experiencia espiritual.

Y aunque al principio había sentido que esta excitación no había sido inútil, ya que parecía haber excitado a mis seguidores en su esfuerzo y atraído a otros al camino, no había considerado las posibles complicaciones, y hoy diría que el «movimiento del eneagrama» fue una de esas complicaciones.

Más tarde encontré lo que sucedió bien descrito por Jodorowsky en un episodio de su cómic *El Incal*, en el que el héroe, que es un humano muy corriente llamado John de Fool, guiado por un pájaro mágico ha participado en una competencia galáctica para inseminar a la Reina del Mundo en algún planeta distante habitado por aves altamente evolucionadas. Junto con miles de otros concursantes, escaló una pirámide, llegó el primero a la cumbre y, después de la experiencia cósmica de la unión con una mujer divina, mucho había sucedido en el mundo y en su propia vida antes del tiempo. La escena que me parece pertinente citar comienza cuando, en una misión de gran responsabilidad, conduce una nave espacial de regreso a ese planeta donde había sido el vencedor y el inseminador de la reina madre.

La escena comienza cuando está perplejo y preocupado de que los guardias espaciales le hayan permitido pasar, y sorprendido de que ni siquiera requieran una contraseña de él, como si reconocerlo hubiese sido suficiente. ¡Y pronto los lectores comprenderán, y

él mismo lo comprende, que sus características son idénticas a las de todos los demás en el planeta! Porque este planeta ha llegado a ser poblado por aquellos engendrados de los innumerables huevos en los ovarios de la reina madre que alguna vez él impregnó. Es un planeta desagradable ahora aquel en que se encuentra, y bastante diferente del mundo previo de los pájaros, pues ahora sus clones han venido a llenarlo, mientras que los altamente evolucionados seres de la generación anterior se han extinguido casi por completo y ha surgido una nueva cultura de mediocridad y vicio.

Lo que quiero decir a través de este pasaje de cómic constituye un complemento a lo que quise decir al llamar a la cultura del eneagrama estadounidense «mis hijos bastardos», pues al implicar que estos no fueran mis herederos negaba que hasta cierto punto lo fuesen: a pesar de no ser los principales portadores de lo que enseñaba, seguían siendo portadores por contagio de algo con que los había infectado indirectamente en mis días de locura mística.

Con el tiempo mi ira disminuyó, y también mi vergüenza y mi culpa. Además, a tiempo la comunidad del eneagrama comenzó a descubrirme. Por lo que me parece pertinente la observación de Mark Twain de que cuando tenía veinte años creía que su padre era un tonto, pero cuando tenía veintiún años no podía entender que el viejo había progresado tanto en tan poco tiempo.

Además, la falta de reconocimiento por parte de tantos que exhibían algunas de mis plumas había tenido el efecto de un estímulo para mí para hacer algunas cosas que de otro modo no habría hecho, como hacerme visible para aquellos que me habían ignorado por completo al interesarse en la generación de autoproclamados maestros de eneagrama y su conocimiento de segunda mano.

Una de las cosas que hice fue dictar el libro *Carácter y neurosis*. A pesar de haber sido el primero en formular explícitamente la mayor parte de la información que circulaba en los talleres de eneagrama, ciertamente no habría producido un libro sobre el tema, pues sentía que tal iniciativa le correspondía a Óscar. En retrospectiva, sin embargo, me alegro de haberlo hecho debido a que muchos me dicen que es el texto que más les ha servido para comprender su sufrimiento y carácter.

Cuando se estaba constituyendo la Asociación Internacional del Eneagrama (AIE), estaba claro para mí que esto implicaría una forma de autoempoderamiento colectivo de aquellos a quienes consideraba representantes insuficientemente maduros de lo que hasta

entonces había sido una profunda tradición esotérica. Y puesto que aceptar su invitación a unirme a ellos habría constituido una forma de aprobación implícita, rechacé la oferta.

Más tarde, cuando Helen Palmer dedicó la primera conferencia de AIE a Gurdjieff, a Óscar Ichazo y a mí mismo, lo interpreté como un gesto retórico no congruente con el hecho de que solo me invitaba a contribuir en los mismos términos que invitaba a todos los demás presentadores. Decliné participar, por lo tanto, pero propuse enviar algunos delegados y un video. Solo que les dieron apenas algo de tiempo durante la hora del almuerzo en uno de los días, lo que no me pareció muy respetuoso ni propicio para darme a conocer. Sin embargo, el informe de Reza Leah, publicado más tarde por el *Enneagram Monthly*, incluyó su testimonio del hecho de que lo que yo había enseñado (y ahora la comunidad del eneagrama estaba transmitiendo), la descripción de los «tipos de ego», no era algo que hubiera sido enseñado por Óscar en Arica, como se suponía. Y me alegré de que Cheriff Chalakani compartiese con esta comunidad ávida de informaciones sobre el eneagrama de la personalidad, cómo trabajé con su comunidad mexicana durante siete años antes de mencionar siquiera este tema.

Años más tarde, en respuesta a la invitación de Lee Lozovicz («el Sr. Lee»), acepté la realización de un taller en Boulder. Como no había presentado el tema de los subtipos en Berkeley, sino que solo había explicado su existencia, fue el momento para presentar en Estados Unidos la visión de los subtipos de Ichazo.

El taller en Boulder fue el paso para que se me invitase a pronunciar el discurso de apertura en una conferencia de la AIE algunos años después, esta vez en Santa Mónica. Mi tema fue, en atención al de la conferencia en general, el potencial de la psicología de los eneatis para la educación. Fue muy bien recibido lo que dije en el auditorio y también agradó suficientemente a algunos de los organizadores como para que me pidieran que volviera a hablar en la próxima conferencia. Pero no pensé que fuese significativo darles otra conferencia y les propuse que, si estaban lo suficientemente interesados en lo que pudiese contribuir a su comprensión del tema, más valía que me invitaran a revisar sus diagnósticos, ya que veía muchas discrepancias en nuestras percepciones. Si estuvieran dispuestos a invitarme la próxima vez en compañía de un buen equipo de colaboradores, podría ofrecerles dos cosas: en primer lugar, una oportunidad para revisar el diagnóstico de cada uno de los participantes y, en segundo lugar, una demostración intensiva de un trabajo interior inspirado en el eneagrama.

Se aceptó mi propuesta y se pagaron los gastos de viaje de 27 colaboradores. Mi

conferencia no constituyó la apertura del congreso, que se le encargó a Mathew Fox, y mi tema fue el de las 27 pasiones características de los subtipos según Ichazo, que he preferido abordar como sus características «necesidades neuróticas».

Luego, con la ayuda de mis colaboradores, procedimos a nuestro proceso de diagnóstico, que fue diseñado para terminar en un conjunto de descripciones grupales de los asignados a los 27 subtipos, pero ello entró en conflicto con muchos que insistieron en sus percepciones acostumbradas o en las de sus preceptores. Por último, le ofrecí los resultados de las 27 autodescripciones grupales con la enumeración de los rasgos de carácter comunes identificados en cada uno de estos 27 grupos a uno de los organizadores, quien expresó interés en someterlas a un análisis estadístico, pero no tuve noticias ulteriores de ello y dudo que pudiera ser muy revelador un análisis estadístico de grupos conformados de manera tan arbitraria.

Lo último en mis relaciones con la AIE fue el discurso de apertura que di en la conferencia anual de la sucursal brasileña en mayo de 2010. Había imaginado que nunca volvería a asistir a una reunión de la AIE, por lo que, cuando se me extendió la invitación del presidente de la rama brasileña a ofrecer el discurso de apertura de ese año, me pregunté qué sentido tendría aceptarlo, y me respondí a mí mismo que solo valdría la pena si aprovechase la ocasión para decir algunas verdades incómodas.

Así es como llegué a ese congreso, sintiéndome un poco como Ulises al final de la *Odisea*, cuando apunta sus flechas a los allí reunidos para recuperar su trono. Nadie había preguntado sobre el tema de mi charla, quizás como un noble gesto de deferencia, de modo que comencé informando a los presentes que había elegido hablar sobre «los orígenes de la información transmitida en los así llamados “cursos de eneagrama”».

Presenté el tema en un estilo más bien autobiográfico, comenzando con lo que había comprendido acerca del eneagrama durante mi participación en la escuela Gurdjieff (donde se presentaba el eneagrama como una expresión de ciertas leyes universales, sin nada específico respecto a la comprensión de la personalidad). Después de ello me referí a cómo (como tantos otros que estaban decepcionados con el impacto del trabajo de Gurdjieff en sus vidas) me había puesto en contacto con Idries Shah, el gran Sheik Naqshbandi; y cómo a través de Idries Shah había llegado a saber algo sobre la misteriosa comunidad (descrita por Gurdjieff en su libro autobiográfico) a la que el eneagrama está íntimamente vinculada, lo que me permitiría posteriormente reconocer

que las cosas que Óscar Ichazo explicaba sobre su trabajo provenían de una fuente válida.

Presenté luego la idea de Ichazo de que «la característica principal» de la que Gurdjieff había hablado no era otra cosa que la «fijación», y que las fijaciones podían explicarse a través del correspondiente eneagrama. Procedí a relatar brevemente cómo cuando Ichazo explicó por primera vez los eneagramas de la personalidad a la Asociación de Psicólogos en Santiago, en 1969, a todos nos sorprendió la coherencia de lo que dijo y su capacidad para percibir tantas características del paciente que se le había encargado analizar como ilustración de su trabajo. Además de mi protoanálisis personal, realizado por Ichazo en el curso de un monólogo de seis horas de duración, me había dejado no solo convencido de su perceptividad sino perplejo. También compartí algo que no había compartido públicamente hasta entonces: cómo Ichazo me había ofrecido un retiro solitario que habría de constituir mi verdadera entrada en el mundo del espíritu; y cómo el uso del eneagrama no se ha transmitido tanto a través de cursos teóricos como a través de un trabajo multifacético que ha abarcado desde la atención al cuerpo a través de procesos terapéuticos diversos hasta la meditación.

Muy a menudo las personas afirman llegar a sus opiniones autodiagnósticas según su semejanza percibida respecto a las características de la personalidad implícitas en los cuestionarios en circulación. Por ello expliqué también que Ichazo, durante el tiempo que estuve con él, nunca describió ningún tipo de personalidad, sino el eneagrama de las pasiones, el de las fijaciones y los tres eneagramas que sitúan los derivados del instinto, y que mi comprensión había ido enriqueciéndose a través de la intuición y del trabajo con grupos sucesivos, a medida que fui observando a aquellos a mi alrededor.

Salí de la conferencia sintiendo que había recuperado mi lugar a través de las verdades que había compartido y por la manera agradable en que estas habían sido recibidas.

Finalmente, en una reciente visita a Londres, bajo los auspicios de la vieja institución creada por Ouspensky, tuve la oportunidad de poder expresar las mismas verdades ante muchos maestros europeos del eneagrama, y al final de un breve taller pude sentir la calidez unánime de un gran auditorio proveniente de diversos países y de las muchas escuelas ahora en boga.

Hace muchos años pude reconocer la historia del eneagrama en el mundo implícita pero no deliberadamente reflejada en un breve film llamado *La idea*. Comienza con una mujer que da a luz una especie de huevo. Lo sostiene en su mano y mientras lo mira se

convierte en algo caleidoscópico donde ve reflejadas escenas maravillosas. Luego otra mujer le roba este huevo y cuando lo mira ve otras cosas maravillosas, y el huevo crece. Luego es robado por una tercera persona y crece aun más, y esto sucede una y otra vez, hasta que alguien con mayor espíritu de vendedor no solo roba el huevo, que ahora ha alcanzado un tamaño muy grande, sino que lo planta en su jardín. Y mientras les da una conferencia a los aldeanos reunidos (todos ellos muy interesados en pagar para aprender) explota el gran huevo. Aparentemente no queda nada, pero al final la persona que originalmente ha dado a luz la «idea» se acerca para ver si algunas piezas pueden ser recuperadas y descubre que de cada una de ellas ha nacido otro «huevo mágico».

Óscar solía decir que «el diablo no sabe para quién trabaja», y es concebible que el «movimiento del eneagrama», que ha despertado un interés en este tema hasta en China, haya contribuido a estimular a muchos a interesarse en el autoconocimiento, en un momento en que no le viene mal a nuestra sociedad secular, cínica, materialista e indiferente volver a interesarse en la búsqueda del mundo interior secreto.

LA NUEVA ORTODOXIA DE LA GESTALT

Hubo un tiempo en que me sentí muy honrado por el mundo oficial de la Gestalt, tal vez porque en el momento previo a que Dick Price comenzara su trabajo en Esalen fui yo uno de los tres sucesores de Fritz allí. Por ello no me sorprendió que me designaran como el orador principal en la primera de todas las conferencias Gestalt, que tuvo lugar en Berkeley un año después de mi regreso de Arica y tal vez un par de años después de la muerte de Fritz.

La conferencia fue congruente con su espíritu, ya que solo se había programado una sola conferencia y después de mi discurso de apertura todas las siguientes presentaciones fueron experienciales. Luego se me designó como el orador principal en la segunda conferencia de la Costa Este, ya que me recomendó para ello Laura Perls, quien originalmente había sido invitada y no pudo asistir debido a su mala salud.

Poco antes de ello, además, Joe Wysong, el editor principal del *Gestalt Journal*, me había invitado a contribuir a esa revista y había publicado mi capítulo sobre las técnicas de terapia Gestalt como un libro separado. Él habría querido publicar todo mi primer libro *Terapia Gestalt*, pero al no estar yo dispuesto a revisar entonces lo que había escrito durante los años sesenta⁵, este capítulo sobre técnicas había sido todo lo que había podido ofrecerle.

Sin embargo, llegó un tiempo en el que, para mi sorpresa, Joe Wysong ya no quiso mi libro *Terapia Gestalt* (cuando ya había aparecido en español) e incluso trató de ser lo más obstructivo posible respecto a la publicación de su versión original en inglés por Gateways (reclamando, por ejemplo, los derechos sobre el capítulo sobre técnicas, pese a que en mi contrato con él me había asegurado la libertad de publicarlo por mi cuenta

como parte del libro del que formaba parte). Sin entrar en mayores detalles, diré simplemente que a partir de cierto momento comprendí que no solo se había vuelto crítico conmigo, sino intensamente antagónico.

¿Cómo había sucedido?

Fue probablemente una respuesta a las cosas que había dicho yo en mi discurso de apertura en la Tercera Conferencia Internacional Gestalt, que tuvo lugar en la Ciudad de México, donde declaré mi pobre opinión acerca de lo que se anunciaba como «la teoría de la terapia Gestalt», y especialmente acerca de su formulación de una «teoría del self» que ponía de relieve «las perturbaciones de la frontera de contacto».

¿O fue tal vez lo que dije en la siguiente conferencia internacional en Siena? Allí también había sido invitado a ser el orador principal (aunque le cedí esta distinción a Abe Levitsky) y fue el lugar donde por primera vez expresé mi desaprobación respecto a la denigración de Fritz y la «reescritura de la historia» de la Gestalt que se había venido haciendo desde la muerte de Fritz.

Nunca antes había notado tales cosas, pero no podía dejar de percibir las ahora que, al prepararme para el tema que me había solicitado la organización de la conferencia, había leído toda la colección de números publicados del *Gestalt Journal* y también una serie de libros que nunca había considerado interesantes o necesarios.

Al principio me costó creer que la expresión de mi punto de vista pudiera haberme vuelto un enemigo del Instituto Gestalt de Nueva York, que hasta ahora había eclipsado a los institutos de San Francisco y de Los Ángeles a través de la publicación del *Gestalt Journal* y de la organización de los congresos anuales. Pero con el tiempo no pude ya dudar de que el *Gestalt Journal* no solo me había estado evadiendo, sino que había llevado a cabo un hábil trabajo de expresar puntos de vista sistemáticamente opuestos a los que expresaba yo en los congresos anuales del gremio.

Posteriormente me invitaron a dictar la conferencia de clausura y guiar un proceso final de evaluación en la reunión anual internacional en Buenos Aires, y allí tuve un encuentro problemático con mi amiga Nana Schnake, a quien se le había asignado la conferencia de apertura (lo que era congruente con su popularidad como una especie de figura materna para la comunidad gestáltica argentina, que originalmente había surgido de sus talleres). A mediados de la década de los ochenta, Nana me había invitado a trabajar con sus alumnos más antiguos y en nuestra primera reunión con ellos me había presentado como el «abuelo de la Gestalt argentina», ya que ella no solo me había

invitado previamente a presentar el enfoque Gestalt en la Clínica Psiquiátrica Universitaria que dirigía, sino que, a lo largo de los años, había participado en una serie de talleres que me organizó en Santiago. Este taller en Buenos Aires había sido un éxito y por lo tanto ella y su gente se interesaron en que regresara al año siguiente, cuando el grupo se hizo más grande. Y cuando estaba por irme me preguntaron si no estaría dispuesto a diseñar para ellos algún proceso terapéutico que pudiera prepararlos para mi regreso. Pensé que, dado que la mayoría de ellos eran psicoterapeutas experimentados, podría hacer que se reunieran en pequeños grupos para someterse a algunas de las etapas de la versión mutuamente asistida que había desarrollado de la «terapia psíquica» de Bob Hoffman, que implicaba un análisis de la formación de la personalidad en el contexto de la familia temprana, la expresión del dolor asociado a los primeros recuerdos de los padres y la catarsis de la ira infantil.

Siendo la contribución más singular de Hoffman el proceso que lleva al perdón compasivo de los padres, y la consecuente voluntad de dejar atrás el pasado para reorientar la vida hacia el cultivo del amor, imaginé que era esto lo que haría al reunirme con el grupo después de mi regreso. Pero no había imaginado ni tomado en cuenta cuán negativamente reaccionaría Nana ante mi propuesta. Ya durante mi último día en Buenos Aires me explicó que consideraba que el proyecto de terapia entre pares que yo proponía era peligroso e irresponsable, y mientras la escuchaba me di cuenta de que me había equivocado en mi supuesto implícito de que continuaría siendo ella la entusiasta aprendiz que había sido hasta entonces. No había tomado suficientemente en cuenta que ahora se había sentido invadida y amenazada.

Cuando al año siguiente me volvieron a invitar, Inglaterra estaba en guerra con Argentina y, como consideraba importante no perder el acceso a Idries Shah, que vivía en Inglaterra, me excusé de aceptar su invitación. Posteriormente supe que esto había sido muy decepcionante para aquellos que me habían esperado. No fui invitado nuevamente por Nana y pasaría un largo tiempo antes de volver a verla, excepto a cierta distancia entre el público en un par de conferencias mías en Madrid, cuando levantó la mano para discutir algunas de las cosas que había dicho.

Pero no nos habíamos reunido hasta que estuvimos sentados uno junto al otro en el banquete del congreso anual de Gestalt en Buenos Aires, y allí le dije que me había sorprendido que en su discurso de apertura hubiese declarado que había aprendido Gestalt solo a través de la lectura de los libros de Fritz (sabiendo muy bien que la Gestalt

no se puede aprender de los libros). Y le pregunté: «¿No recuerdas que me presentaste alguna vez como “el abuelo de la Gestalt argentina” reconociéndome como aquel de quien aprendiste?». Ahora no recuerdo su respuesta literal, pero como ella no estaba reconociendo mi declaración, busqué la confirmación de Graciela Cohen, que estaba sentada en el lado opuesto de la mesa y que había organizado los grupos de Nana. Comprensiblemente, sin embargo, Graciela no estuvo dispuesta a contradecir la negación de Nana, lo que pudo parecerles a los que estaban sentados cerca de nosotros que yo estuviese diciendo una falsedad.

Nana no solo había estado negando su conexión previa conmigo como mentor: en una entrevista en una revista que se entregó a los participantes del congreso, había explicado ella que de mí solo había aprendido acerca del uso de drogas. Y aunque fuese cierto que ella había sido una de las personas en quienes ensayé la ibogaína, y que posteriormente le había cedido algo de la ibogaína que me había proporcionado el laboratorio francés que entonces monopolizaba el mercado, parecía que esta declaración suya tuviese la intención de desprestigiarme. Por ello le dije: «Me sorprende que hayas dicho que lo que principalmente has aprendido de mí ha sido acerca de drogas, me parece que con ello has querido dar una impresión desfavorable de mí». Y este sería el final de nuestro diálogo propiamente tal, ya que su respuesta fue una avalancha de palabras tan feroz que no pudo ser interrumpida por ninguna respuesta. Continuó ella ruidosamente descargando su enojo hasta que acepté la sugerencia de algunos terapeutas comprensivos en la vecindad que se ofrecieron a acompañarme a un ambiente más tranquilo.

Cuando estaba por celebrarse el siguiente congreso en Chile, solo se me ofreció la conferencia de apertura como una manera de evitar que la reunión se convirtiera en un fracaso. De hecho fue demasiado tarde, ya que la conferencia se canceló. Luego no fui invitado al siguiente, en Brasil, sino solo al próximo congreso internacional, en Nápoles. Esta vez los organizadores determinaron que el discurso de apertura tomaría la forma de un diálogo entre el director del Instituto Gestalt de Nueva York y yo. Esto dio lugar a un debate polémico entre nosotros, que se extendió a través de toda la conferencia: él desde el principio parecía muy abierto a mi descripción de cómo se había establecido una ortodoxia en la Gestalt posperlsiana y a mi preferencia del experiencialismo de Perls por sobre el interés más reciente en la teoría Gestalt, pero me dejó con la impresión de que su aparente apertura al diálogo era algo así como un gesto diplomático decidido desde el principio, y que su impresión final de mí fuese que hablara de cuestiones que ya no

importaban. Cuando un año después me dijeron que las grabaciones de ese congreso anual ya no estaban disponibles y se me solicitaba que enviase mis impresiones para los anales, respondí enviando las siguientes líneas:

«Me siento a esta altura de mi vida como una prolongación de Fritz –es decir, como un discípulo que ha llegado a su altura– y como Fritz a su vez fue alguien con cierto parecido a Diógenes el Cínico (al que Platón llamó el discípulo loco de Sócrates), también yo últimamente me he enorgullecido de cierta afinidad con ese campeón de la libertad y de la libre expresión que llegó a masturbarse en público y que no tuvo nada que pedirle a Alejandro Magno aparte de que no le quitara el sol. Y así como Fritz fue grosero, también a mí me complace llamar a los excrementos “mierda” y a la charlatanería de los matones intelectuales “bullshit”. Solo que a la tribu de Laura no le gusta esa palabra tan poco delicada y por ello propuse durante nuestro encuentro en Nápoles entender el fenómeno del bullshit según la metáfora del doctor Balanzone, personaje de la comedia del arte que típicamente recurre a citas en mal latín para realzar su propia importancia y autoridad. Aun así, no dejó de lamentarse que yo usara una palabra innecesariamente tan grosera y por eso quiero renovar mi expresión de aprecio hacia el hecho de que Fritz y Diógenes hayan sido tan insultantes como para no solo llamar “mierda” a los excrementos sino que para tratar también como mierda (y a patadas) a quienes (por su propia mierda y patadas) se lo merecen».

Dan Bloom, el director del Instituto de Nueva York, afirmó durante nuestra última reunión plenaria que estábamos de acuerdo en todo, solo que las cosas de las que yo hablo ya no interesan. «Esas cosas ya pasaron hace tiempo», dijo, como en un gesto de dejarme ante el público como uno que se apasiona por algo hoy irrelevante, seguramente a causa de alguna insatisfacción personal.

Posteriormente se me encomendó la apertura del congreso internacional que tuvo lugar en Córdoba, Argentina, el 2008, donde elegí hablar de «la así llamada teoría de la Gestalt». Los organizadores no estuvieron contentos con algunas de las cosas que dije y consiguieron influir de tal manera sobre los participantes, a través de reuniones con ellos durante los días siguientes, que mi conferencia ni siquiera fue mencionada en el balance final del congreso. Me pareció una demostración impresionante de cómo el espíritu original de la Gestalt ha sucumbido a un espíritu político y partidista.

Me pareció que esta «Reconquista» había llegado a su fin en el siguiente congreso internacional de Gestalt, que tuvo lugar en Piriápolis, Uruguay, donde se le encomendó una vez más a Nana Schnake la apertura y a mí el cierre. Fue un éxito rotundo, me sentí apreciado por todos los presentes. Solo que cuando años después se me encargó la apertura del siguiente congreso internacional (en Cartagena de Indias, al norte de Colombia) no asistieron los chilenos y terminó el encuentro con algo así como una

confabulación política de los argentinos y uruguayos contra el organizador colombiano, que no solo me había dado un lugar prominente, sino que había incluido en el congreso la visita de ahamanes, una mesa redonda acerca de la relevancia de la meditación y otra acerca de los psicodélicos (tan apreciados por Perls e importantes en su evolución personal). Ante tal golpe político final, tan poco coherente con la buena calidad del congreso y del aprecio generalizado de los participantes, sentí que ya había hecho suficientes aportes a la Gestalt a través de mis libros y de las diversas escuelas que han surgido en el mundo que se ciñen según los planteamientos que he expuesto, de modo que, a semejanza del caso de la AIE, siento que no tiene sentido que, en un afán político de ganarme simpatizantes, me distraiga de mi trabajo fundamental en mis propios programas y libros.

Me parece pertinente agregar, finalmente, que mis escuelas de Gestalt han prosperado y que las escuelas tradicionales están sobreviviendo de manera precaria, debido a que la psicología humanista está desapareciendo de las universidades, particularmente en Alemania. Seguramente ha contribuido a ello la poca vitalidad de la Gestalt antiperlsiana y también el espíritu de nuestro tiempo, donde se esgrime el prestigio de la ciencia para ahogar no solo esa síntesis posfreudiana y posmarxista que amenazaba con romper el *statu quo*, sino sobre todo los restos del espíritu de la contracultura.

LOS TRANSPERSONALISTAS

Pasaré revista ahora a la historia de mis relaciones con el movimiento transpersonal, que tuvo su centro en las actividades de un pequeño número de personas en el norte de California. Aunque no estuve entre los fundadores de la Asociación para la Psicología Transpersonal, podría decirse que fui uno de los pioneros del movimiento, como lo reconoció Tony Sutich cuando nos encontramos durante el tiempo en que fue su primer presidente. Esto era obvio, ya que mis libros *The One Quest* y *On the Psychology of Meditation* fueron, junto con *La psicoterapia en Oriente y Occidente* de Alan Watts, los primeros libros transpersonales que aparecieron. Mientras escribía el primero incluso había usado la expresión «transpersonal» antes de haber escuchado que la usaran otros.

Cuando en 1969 me preparaba para viajar a Arica, acepté con gusto la oferta de Jim Fadiman de servirme como agente literario y encontrar editores para otros cuatro libros que había escrito desde entonces: *The Divine Child and the Hero*, *The Healing Journey*, *Terapia Gestalt* y *La ayahuasca, vid de los muertos*. Implícitamente lo consideraba un amigo y sentía que había un respeto mutuo entre nosotros. Había heredado de él mi primer grupo en California, en Venture House, y también lo había encontrado cuando Willis Harman me llevó al Menlo Park Center for Psychedelic Studies. Pero después de mi regreso de Arica me sorprendió saber que no había interesado a ningún editor en alguno de mis libros, y también que a pesar de su fuerte participación editorial en el nuevo *Journal of Transpersonal Psychology*, nunca me invitara a publicar algo ni menos incorporarme a su consejo editorial.

La primera ocasión en que detecté una apropiación cuestionable de una de mis ideas por parte de un transpersonalista fue cuando Frances Vaughan, después de haber

participado en mi grupo de Berkeley de 1971 (en un momento en que la esencia de mi trabajo era «una guerra santa contra el ego»), se volvió presidenta de la Asociación de Psicología Transpersonal y publicó con Roger Welsh un libro antológico titulado *Beyond Ego* sin siquiera darme crédito por su interés en el tema. Aunque, por supuesto, no podía afirmar originalidad por la idea de superar el ego, sabía muy bien que había sido en el curso de su experiencia SAT que ella se había familiarizado con el tema, por lo que no solo me sorprendió que no me invitara a colaborar en este libro de múltiples autores, sino que lo supuse la expresión de algún resentimiento relacionado con el doloroso proceso de separación por el que había atravesado recientemente, tal vez complicado por algunos de mis comentarios apreciativos hacia su compañero, quien permaneció en mi grupo.

En vista de la distancia implícita que había llegado a percibir por parte de los transpersonalistas, sentí que era muy apropiado cuando Jim Fadiman y Bob Frager crearon el Instituto de Psicología Transpersonal y me invitaron a formar parte de su personal fundador. Solo que se me presentaba un conflicto con el hecho de que venía de aceptar una invitación a enseñar en el campus de Santa Cruz de la Universidad de California. Por ello propuse que hasta que pudiera unirme a ellos durante el año siguiente invitasen a Kathy Speeth, mi asistente y compañera. Pero la renovación de mi invitación nunca llegó a cumplirse y la razón estaba a la vista: antes del tiempo señalado, Kathy y Jim se habían convertido en amantes y, como sucede a menudo tras las separaciones, la devoción que Kathy había sentido hasta ahora por mí se había convertido en odio.

En contraste con mi ausencia en las conferencias transpersonales en Estados Unidos, estuvo la Conferencia Transpersonal Internacional de Bombay, a la que asistí como respuesta a la indicación de Swami Muktananda de que quería que asistiese. Inmediatamente después de un discurso de apertura de Stan Grof, formé parte de una mesa redonda con Frances Vaughan y un psicoterapeuta junguiano, donde respondimos a la pregunta de ella sobre cómo concebíamos un «desarrollo espiritual saludable». Mis primeras palabras fueron que esta era una pregunta «muy estadounidense» y que cuestionaba el deseo de ofrecerles a los buscadores una especie de descenso a los infiernos sin peligros; pues en mi opinión, el viaje interior —como eco del mito del héroe— requería heroísmo precisamente porque era intrínsecamente peligroso y porque las etapas del proceso de transformación implican patologías (como la inflación y la deflación) que no pueden evitarse. Frances se quejó de que no me había opuesto a su

pregunta cuando la compartió conmigo unos minutos antes de que tomáramos nuestros asientos ante el auditorio, y debo confesar que había disfrutado de la perspectiva de hacer pública mi respuesta y que me había sentido implícitamente autorizado a ello por su falta de comunicación hasta ahora.

Me sentí muy honrado por Swami Muktananda cuando todos los que asistimos a la conferencia fuimos invitados a su áshram en Ganeshpuri, donde un hindú llamado Ramachandra me condujo a sentarme justamente delante de Baba, al centro de la primera fila, y luego fui conducido al trono de Baba antes que ninguna otra persona excepto Stan Grof, el presidente de la conferencia, que estuvo de pie a su lado mientras pasábamos por turnos. A pesar de este claro gesto de distinción, nunca más fui invitado a ser un orador en una conferencia transpersonal anual, excepto durante los años noventa cuando tuvo lugar una inusual en Asilomar que no fue organizada por el Asociación Transpersonal sino por la Spiritual Emegence Network fundada por Grof.

Podría decir que esta reconquista en el mundo transpersonal comenzó con este congreso en el que Grof y yo fuimos los oradores principales ante un auditorio constituido por miembros de la comunidad transpersonal. Nuestras conferencias tuvieron lugar simultáneamente en diferentes edificios durante una mañana, en tanto que a la noche respondimos conjuntamente a las preguntas de los participantes.

Posteriormente el Congreso Transpersonal Europeo tuvo lugar en Las Palmas, en las Islas Canarias, y fui uno de los tres oradores principales invitados junto a Ilya Prigogyne y Augusto Pániker (editor de libros transpersonales de España, e hijo de uno de los intelectuales españoles más interesantes).

Los últimos eventos que me han parecido significativos han sido mi discurso de apertura a la Conferencia sobre Meditación y Psicoterapia, que tuvo lugar en Barcelona en 2014, y el lanzamiento de mi libro sobre budismo dionisiaco en compañía de Lama Thubten Wangchen y la monja zen Berta Meneses.

LA COMUNIDAD PSICODÉLICA

Puedo relatar una historia similar respecto de mi relación con la comunidad psicodélica. Al principio fui reconocido como el pionero que introdujo MDA, el MMDA y la ibogaína y también el uso clínico de la harmalina; y después de haber participado en el histórico congreso sobre el LSD organizado por la Universidad de California fui invitado a formar parte de las asociaciones relevantes y de diversos eventos públicos. Sin embargo, más tarde pareció como si me hubieran olvidado y llegó un momento en el que incluso me pareció que se me quisiese borrar deliberadamente de la historia mientras otros reclamaban mis descubrimientos.

No recuerdo problema alguno con la comunidad psicodélica antes de mi viaje a Arica. Por el contrario, yo era alguien muy apreciado, y sospecho que el problema original pudo haber sido que a mi regreso de esta peregrinación espiritual me convertí en una figura carismática y en una persona bastante inaccesible: como ya he explicado, mi interacción con mis seguidores se volvió tan absorbente que no me dejó tiempo ni energía para mis viejos conocidos.

Tony Sargent, que había sido coautor conmigo de algunos artículos en las revistas científicas junto a Sasha Shulgin (y que me había presentado a Sasha en primer lugar), se había unido a mi grupo original de SAT de Berkeley junto con su esposa. Pero no vi a Sasha durante mucho tiempo y, por lo que más tarde le escuché a Tony, me parece que su reacción a lo que supo acerca de mí, a través de terceros, fue comparable a la de los gestaltistas: «Era uno de nosotros, pero luego se convirtió desgraciadamente en un gurú». Y no puedo culparlo del todo, ya que no expliqué mi retirada de mi entorno social ordinario y esto debe haber resultado antipático o extraño. Diría que ya no me interesaba

lo que había sido mi vida ordinaria hasta entonces y no sabía cómo comunicarles este hecho a mis viejos conocidos sin ser ofensivo.

Cuando me encontré con Gypsy algunos años después de mi regreso (a la salida de una reunión conmemorativa de Alan Watts), me dijo que me había visto desde lejos un tiempo atrás y que me había visto como un muerto. Lo tomé como reflejo de que al dejar atrás una identidad anterior había en cierto sentido muerto al pasado y por ello no recibí su impresión negativamente. Pero ¿cómo puede uno decirle a sus amigos «me siento como si hubiera muerto lo que solía ser» sin implicar un relativo desdén de uno que ha pasado a tener relaciones más significativas? Por supuesto sentía que ayudar al crecimiento de mis seguidores era mucho más significativo de lo que había sido mi antigua vida social, pero incluso esto me resultaba difícil de explicar, tal vez porque implicaba exhibir un liderazgo que prefería ocultar.

A fines de los años setenta Bruce Eisner, que estaba entre mis estudiantes en la Universidad de Stanford, me invitó a una reunión que reuniría nuevamente a los pioneros psicodélicos, que no se habían vuelto a encontrar ante un público desde la conferencia del LSD en San Francisco. Me habría reunido allí con Ram Dass, Tim Leary y otros, pero no pude asistir, y creo que esto puede haber contribuido a un debilitamiento de los vínculos. Y una nueva imposibilidad de asistir a otra reunión similar seguramente fue interpretado como una falta de interés. Pero claramente recuerdo que no fue por poco interés que no asistí, sino tal vez por una excesiva pasividad al sentirme avasallado por mis deberes. Lo que pensasen otros es solo una conjetura.

Mi primera experiencia de conflicto con algunos en la comunidad psicodélica data de una serie de reuniones en Esalen que se anunciaron como las Arupa Conferences, cuyo tema fue el uso del MDMA y tuvieron por objeto promover la legalización de esta sustancia, que en aquella época algunos de nosotros habíamos estado usando en psicoterapia bajo el nombre «Adam».

Recuerdo que, cuando en la primera sesión se nos pidió que nos presentáramos con una breve declaración, yo dije que podría llamarme «el abuelo de Adán», en virtud de haber publicado el primer informe acerca de los efectos del antepasado de Adam (MDMA), el MDA. Pero en el curso de los tres fines de semana de esas reuniones sentí que esta distinción de haber descrito un nuevo tipo de psicodélico iba contra los intereses de otros que ya entonces buscaban la notoriedad a través de sus propias contribuciones en el uso de la nueva sustancia. Tanto así que la historia de los «entactógenos» parecía haber

sido reformulada para excluir mi aporte, y tengo la impresión de que incluso las palabras «entactógeno» y «empatógeno» (recientemente introducidas) hubiesen sido concebidas para borrar del mapa mi trabajo.

A medida que se desarrollaban las sesiones, naturalmente compartí el entusiasmo de los reunidos acerca del potencial terapéutico de la MDMA, del que había sido uno de los testigos privilegiados, pero me sorprendió que la mayoría de los presentes estuvieran de acuerdo en que esta sustancia debía administrarse a sujetos previamente provistos de auriculares y gafas e instruidos a renunciar a toda conversación. Pues, al igual que en el uso de MDA, me pareció que también el MDMA era «una droga del análisis» y por lo tanto ningún entorno me había parecido más terapéutico que el del diálogo.

Sin embargo, solo dos entre los participantes en esas reuniones compartimos esta opinión, en tanto que el resto parecía unánime respecto al método de aislamiento propuesto. Luego comprendí que la razón de ello no solo era el gran aprecio que se le tenía a Leo Zeff (quien con posterioridad a mi participación en sus grupos había desarrollado este enfoque para la terapia con el LSD y luego lo había aplicado a las sesiones con MDMA), sino que también como parte de un plan de poner el MDMA en el mercado farmacéutico y concomitantemente instruir a la comunidad en una forma de uso muy simple que no requería de un entrenamiento psicoterapéutico.

Pero tampoco estuve de acuerdo con la mayoría casi unánime de los reunidos durante las reuniones de Arupa respecto de la opinión de que la MDMA debería estar disponible sin restricciones. Pues, aunque ello fuese coherente con los pronunciamentos libertarios de la contracultura y con escritos como los de Thomas Szasz (sobre el derecho a comer lo que deseamos en una sociedad democrática), ¿no era poco realista proponer que el MDMA estuviese más abiertamente disponible que las anfetaminas?

Durante la tercera conferencia de Arupa me di cuenta de lo impopular que me había convertido. Recuerdo haber estado cenando durante la primera noche con Albert Hoffmann, con quien recientemente había trabado amistad durante una conferencia transpersonal en Suiza y a quien había visitado en su casa cerca de Basilea. Después de eso me pareció que mis colegas competían tanto por su cercanía, que no fui invitado o siquiera informado acerca de una sesión de MDMA que el grupo celebró en su compañía. A través de esta exclusión sentí a qué grado había llegado el antagonismo hacia mí, y cuando llegó el momento de un siguiente congreso psicodélico, años más tarde, pude verificar que seguía vigente.

La siguiente conferencia tuvo lugar en el Hotel Claremont de Berkeley, pero una vez más (¡y cuántas veces sucedió algo así!) no era compatible con la ceremonia fúnebre conmemorativa que tendría lugar esa misma noche en Los Ángeles para mi amigo y mentor Jim Simkin. No me cupo duda acerca de dónde me correspondía estar, y me excusé de asistir al congreso en el Claremont, aunque ofrecí mi participación a través de un trabajo escrito que dejé en manos de uno de los organizadores (nuevamente Bruce Eisner). En todo caso, dejé la reunión conmemorativa en Los Ángeles lo suficientemente temprano como para volar de regreso y asistir por lo menos a una de las últimas sesiones de la reunión en Berkeley, y entonces me sorprendió ser tratado como un extraño por Ram Dass, a quien hasta ahora había considerado un amigo. Simplemente pasó junto a mí sin saludarme, y me pregunté si debería tomarlo como algo personal o si había estado él tan absorto en sus pensamientos como para no notarme. Pero esta hostilidad de parte de un amigo encontró eco algo más tarde en la extraña conducta de Andy Weil, con quien también había tenido hasta entonces un trato amistoso: mientras me alejaba al final de la conferencia en compañía de Abe Levitsky, que me había ofrecido llevarme a casa en su coche, nos siguió por una larga distancia en el área de estacionamiento y no se apartó de nosotros hasta que entramos en el automóvil. Parecía obvio que espiaba nuestra conversación, pero ¿cómo podría yo haber llegado a ser una persona tan cuestionable?

Al dar cuenta de mi relación con la comunidad psicodélica, naturalmente reconozco, como al considerar los grupos anteriores, un factor de competencia que surge cuando uno entra en la etapa expansiva del viaje interno y también una reacción crítica inspirada por la decepción causada durante la etapa de empobrecimiento y autocrítica; pero también se quedaría corto mi relato si no se refiriese a una persona específica que contribuyó a través de su influencia a mi pérdida de reputación: Sasha Shulgin, que una vez fue mi amigo y luego se convirtió en el corazón de la comunidad psicodélica estadounidense. Sin embargo, pese a una larga interrupción de mi trabajo clínico y experimental sobre psicodélicos, este es un campo que ha seguido interesándome. Estoy convencido de que en estos tiempos tan críticos solo el crecimiento y la sanación psicoespiritual podrán salvarnos de una catástrofe global. Creo que ya no se justifica que el prohibicionismo continúe impidiendo que el mundo eche mano al potencial transformador de los psicodélicos. Me siento motivado a influir en el estéril conflicto entre el *establishment* puritano y los entusiastas psicodélicos a través de la creación de

un canal legítimo para el uso psicodélico y, por sobre todo, una formación apropiada de psicoterapeutas psicodélicos.

6

A MODO DE EPÍLOGO

En la traducción que hizo D.T. Suzuki de un manuscrito de Bodhidharma encontrado en excavaciones en China, donde uno se imaginaría encontrar instrucciones para el zazen u otras cosas familiares para los conocedores de la tradición zen, llama la atención encontrar que la idea principal que el primer patriarca se propuso transmitir es la de que, ante los obstáculos que nos pone la vida, conviene tener la actitud de considerarlos tareas y oportunidades específicas que la vida nos está poniendo de acuerdo a nuestro karma. Así me he llegado a sentir con respecto a los obstáculos que la vida me ha puesto: les debo, al vivir con ellos a través de los años, el haber llegado a apreciarlos.

Hubo una época en que el impacto de las críticas me avergonzaba. De la vergüenza pasé luego a la irritación.

Con el tiempo, sin embargo, el verme en calidad de oveja negra para el gremio humanista comprendí que era un caso más de un fenómeno más generalizado que me había ocurrido ya en el mundo transpersonal, en el de la Gestalt, el del eneagrama y en la comunidad psicodélica. Teniendo ya sobrados motivos para verme como víctima de competencia, rumores y otras acciones ajenas, la situación me empezó a servir como estímulo para la adopción de una postura crítica y audaz. En esto fue un gran aliciente la presencia en mi mundo interior de Perls, quien había tenido esta audacia de decir lo que pensaba y lo que veía. De sobra había llegado yo a apreciar que era justamente esta cualidad la que lo hacía un gran terapeuta.

Alguna vez en mi juventud, durante mi amistad con Tótila, me había visto a mí mismo como una persona que lograba hacerse querer y aceptar por los demás en mayor grado que él, por mi simpatía y maleabilidad camaleónica. Recuerdo claramente alguna vez

haber formulado algo así como una plegaria: un deseo de llegar a no ser tan simpático algún día, sino ser más bien una persona con la integridad corajuda que en él admiraba.

Llegó el momento en que esto empezaba a ocurrir y para mí era al mismo tiempo un placer aprender a enojarme sanamente, superando el tabú de esa simpatía condicionada durante la infancia, y una convicción de que esto significaba una práctica útil. En otros términos, un camino de liberación. Con el tiempo la incompreensión que la vida me brindaba —por otra parte tan fácil de llevar puesto que coincidía con mis años de éxito y hasta de gloria— se convirtió en la ocasión de una especie de práctica de pugilato terapéutico, que empezó a tener consecuencias útiles en un campo más amplio y de interés más fructífero: el de la crítica social.

He recorrido un largo camino desde los tiempos en que me sentía irritado o avergonzado si alguien se alejaba de una de mis charlas. Era demasiado propenso a pensar «¿qué hice mal?». Al principio supongo que ser criticado sirvió para algo bueno: me mantuvo mirándome a mí mismo. Pero sobre todo he vivido un proceso de volverme menos sensible al elogio y la culpa, y hoy puedo ver las cosas desde una posición de neutralidad y buen humor. Así como Sócrates solía decir que agradeció a su esposa enojada y crítica por mantenerlo virtuoso y sereno, al menos puedo decir en retrospectiva que tener enemigos me ha enseñado a estar cómodo en situaciones de antagonismo.

IX. ACTIVISTA

DE LA BELIGERANCIA A LA MILITANCIA

A través de la lectura de las conferencias de Foucault en el Collège de France he venido a conocer la palabra *parrhesia*, que los griegos usaban en referencia al coraje de decir verdades peligrosas, y ahora puedo decir que valió la pena haber tenido enemigos, precisamente para desarrollar tal coraje. El antagonismo se convirtió en una escuela que me enseñó a decir las cosas sin rodeos. La disposición excesivamente amable y diplomática de mi juventud difícilmente habría sido compatible con la actitud de un guerrero. Parecería que tener enemigos me fortaleció y me ayudó a volverme más útil para el mundo. Me reconcilié con mi capacidad crítica y me impulsé a superar un profundo tabú respecto de la agresión que siempre me había limitado. La guerra que he estado llevando, y que al comienzo tomó la forma de un activismo por una transformación de la educación, que a su vez podía transformar al mundo, ya no ha sido una cuestión de defensa propia, sino un acto de servicio al bien común.

Al comienzo sentí que podría transformar la educación a través del poderoso recurso que había venido desarrollando en el transcurso de decenios, mientras perfeccionaba mi programa de desarrollo psicoespiritual para adultos. Pero no sería exacto decir que me alejé del trabajo con grupos de terapeutas y personas comunes para atender el tema de la transformación social a través de la educación. Simplemente continué haciendo lo que ya sabía hacer, ahora con una mayor proporción de educadores en mis programas y desde una perspectiva diferente, con una nueva motivación y perspectiva, que me hizo sentir que no trabajaba solo al servicio de los individuos que asistían a mis grupos o al de su formación profesional, sino por la transformación de la sociedad; más específicamente, por una nueva forma de educación.

Cuando les explicaba mi nuevo sentir a mis amigos, les decía que había necesitado volverme viejo para desarrollar una empatía que de joven me había faltado respecto de los asuntos colectivos. Me pareció entonces como si durante la juventud me hubiera sentido tan impotente ante cosas tan grandes como el hambre en África o la mendicidad en las calles de mi propia ciudad, que había decidido enfrascarme en lo que sabía hacer bien. Recuerdo haberle explicado esto a algún compañero en la Escuela de Medicina, a quien el Partido Comunista había criticado por no involucrarse suficientemente en las actividades revolucionarias. Yo le había respondido a esta crítica explicando que lo mejor que podía ofrecerle al mundo era lo que sabía hacer, es decir, su investigación científica. Y así como las autoridades lo habían dejado continuar con su gran dedicación al estudio de los reflejos condicionados en los perros, yo mismo me permití vivir durante mucho tiempo en lo que suele llamarse una torre de marfil, que correspondía a mi tendencia introvertida, pero también era una respuesta a mi escasa sintonía con el ambiente de las juventudes del Partido Comunista.

Me parece que alrededor de los sesenta años me sentí menos absorto en las tareas del aprendizaje, la enseñanza y sobre todo la búsqueda, que al volverse más tranquila me iba dejando ver mejor lo que ocurría en mi entorno. Como he explicado, mucho contribuyó a mi tardía sensibilidad social la nueva educación que la vida había puesto en mi camino sin que yo la hubiera buscado, cuando el obispo Meyers de California, por comentarios entusiastas de Bill Soskin, me invitó a formar parte de su comité sobre el misticismo que constituía una parte de su Future's Planning Council.

Diría, además, que un factor providencial entró en juego en el hecho de llegar a ocuparme específicamente de la educación. Al disponerme a describirlo, observo que en no menos de tres importantes ocasiones a lo largo de mi vida el destino pareciera haber querido que vertiera sobre la educación algo de mi saber, experiencia y creatividad, pues en cada una de ellas fue como si la educación hubiese golpeado a mi puerta.

La primera fue cuando el Centro de Investigación sobre Políticas Educativas del Stanford Research Institute (SRI), bajo el liderazgo de Willis Harman, me encargó la investigación que luego se convertiría en *The One Quest*. La directiva de Harman fue que informase acerca de lo que podría ser útil para la educación entre los métodos y las ideas del Movimiento del Potencial Humano, lo cual me impresionó como muy razonable pero solo muchos años después lo pude apreciar como notablemente progresista. Cuatro décadas más tarde, el *establishment* educativo sigue siendo

impermeable a las muchas contribuciones de las psicologías humanistas y transpersonales al desarrollo humano.

Posteriormente, a fines de los años ochenta, escribí un ensayo que titulé «Una educación integral para un mundo unificado», que posteriormente incluí en *La agonía del patriarcado* y que concebí como un desarrollo de lo ya esbozado por Aldous Huxley en su ensayo *La educación de un anfibio*.

Pero el estímulo más determinante para dedicarle parte de mi tiempo al cambio en la educación fue un congreso organizado en el 2000 por Hugo Diamante en la ciudad de Catamarca, Argentina, que fue anunciado como «Una Educación para el Tercer Milenio». Nunca hasta entonces había oído el nombre de Catamarca ni tampoco el de Hugo, pero el congreso, que fue abierto por Fernando Savater, contaba con muchas personas notables.

Tal vez el efecto de esta multitudinaria reunión en mi vida y pensamiento se debía en gran parte al momento en que me llegaba la invitación. Ya había escrito *La agonía del patriarcado* y me sentía animado por el impulso de hacer algo por el cambio social a través de la educación. También me parecía que discusiones como las del Club de Roma descuidaban el aspecto humano de las cosas, que también por ese entonces comenzaba yo a comprender mejor. Se sumaba a todo ello una incipiente comprensión de la tragedia que significa para el mundo una educación que no cumple con su función de asistir a la evolución de las personas y la sociedad.

Ello había bastado para que llegase al congreso sintiendo que tenía algo importante que contribuir, y salí preguntándome si el Programa SAT, que había llegado a ser recibido con tanto entusiasmo hasta entonces por los aprendices de psicoterapia, no tendría más sentido para los educadores que para los terapeutas, en vista de la posibilidad de un mayor impacto transformador sobre la sociedad.

La visión de la educación como un órgano atrofiado de nuestra existencia colectiva, cuya disfunción explica el deterioro colectivo de la conciencia, implicaba para mí una concomitante esperanza de que una transformación de la educación pudiera salvarnos de nuestra grave problemática colectiva. Pero si la expresión de estas ideas había tenido poco eco en mis conversaciones previas, fue vivo el contraste con el hecho de que en Catamarca me encontrara ante un auditorio de miles de personas que compartían una vehemente convicción respecto del cambio necesario de la educación: educadores

latinoamericanos principalmente, que sentían que la mejora de la sociedad dependía más de una nueva educación que de los programas políticos habituales.

No me pareció que mi intervención fuese brillante, pero fue mi primer intento de describir mi trabajo ante un público y me conmovió sentir que algunas de las cosas que decía recibían un eco multitudinario solo comparable al que había presenciado en las iglesias afroamericanas.

Regresé de ese congreso sintiendo que apenas había compartido a medias algo que valía la pena llegar a compartir mejor con este tipo de público que se había sentido movido por una sed de crecimiento que las numerosas ofertas reunidas en ese congreso (como la formulación de las inteligencias múltiples o la tipología de Sandra Segal) apenas podían satisfacer.

Cuando algún tiempo después compartí con mis colaboradores la idea del potencial de un Programa SAT para educadores y la relevancia de nuestro trabajo para las instituciones educativas, me sugirieron organizar una reunión con los maestros de escuela que ya habían asistido a nuestro programa. No pasó mucho tiempo antes de que celebrásemos una reunión de fin de semana en La Casa Grande, cerca de Burgos, España.

Acudieron 120 personas (que era lo que la casa grande podía albergar) en respuesta a la invitación a colaborar en torno a la idea de llevar nuestro trabajo a la educación. Para entonces ya había decidido que nos reuniríamos durante buena parte del tiempo en grupos para aplicar un método que recientemente había visto presentar a Arturo Pozo en un congreso de educación en Mexicali. Este chileno, del que nunca antes había oído hablar, residía hacía muchos años en México y había aprendido el método de grupos ecologistas e indígenas. Le pedí su colaboración para el diseño del proceso a lo largo de esos días, durante los cuales seis grupos de veinte personas abordaron las preguntas que nos parecían más relevantes, y recogimos muchas ofertas de colaboración de los presentes respecto de cosas tales como contactos en las instituciones, redacción de artículos o voluntariado inespecífico.

No recuerdo en qué momento Antonio Pacheco, incentivado por mi deseo de que se formase en España una empresa sin fines de lucro para coordinar nuestras tentativas de llevar nuestros programas y capacidades a la educación, fundó la Asociación Española para el Desarrollo de una Educación Armónica (AEDEA).

Según me explicó posteriormente, había descubierto que resultaba demasiado difícil la creación de una empresa sin fines de lucro, por la desconfianza de las autoridades ante

tales entidades filantrópicas, y había dejado de lado la palabra SAT que identificaba nuestro aporte, porque le parecía inconveniente. Entonces esta AEDEA, con Pacheco como presidente, se hizo cargo de la coordinación de las actividades que nuestra comunidad se proponía llevar adelante para promover una mayor relevancia de la educación al desarrollo personal de los educandos. Y fue esta misma la que, una vez más, organizó una tercera reunión anual, a efectos de potenciar este proyecto, ahora con una participación más amplia de educadores no necesariamente familiarizados con nuestro trabajo.

Pese a mi expectativa de que universidades y colegios se interesarían en adoptar el Programa SAT, para proporcionarles a los educadores una oportunidad de desarrollo personal (que contribuiría a su bienestar y los capacitaría para ser mejores educadores y formar comunidades vibrantes de autoayuda), no ocurrió tal cosa, no obstante que nuestros programas atrajeron la atención de muchos maestros de escuela interesados en su propio aprendizaje humano y espiritual.

El resultado natural fue la formación de programas SAT adicionales, dedicados especialmente a educadores, que funcionaron en Cataluña y Sevilla durante algunos años. Pero con el correr del tiempo nos pareció que estos grupos, concebidos como una actividad preliminar a la entrada del Programa SAT en las instituciones, no estaban llegando a tal resultado y no se justificaba que continuásemos ofreciéndole a los educadores programas separados de los que ya llevábamos proponiéndole al público en general.

Los mismos maestros de escuela se sintieron más estimulados en estos últimos, que no solo les ofrecían el contacto con terapeutas, artistas y personas de otras disciplinas, sino que resultaban más interesantes al reunir a más participantes y, consecuentemente, más variedad en la representación de los caracteres humanos, cuyo estudio siempre ha constituido un aspecto importante de nuestro currículo.

Hasta ahora he descrito la evolución del proyecto SAT-educación en España, pero debo por lo menos brevemente mencionar que la iniciativa de algunos colaboradores míos llevó a que la idea empezase a implementarse también en otros países. Surgieron así asociaciones para promover la humanización de la educación y la aplicación de los programas SAT en el ámbito educativo en Italia, Brasil, Argentina, México y algunos años más tarde se creó también en Chile una rama de la fundación, así como una organización independiente en Rusia.

Otro momento importante para desarrollar esta instancia reflexiva tuvo lugar después de que Gerardo Ortiz, de Chiapas, me propuso llevar el Programa SAT a este empobrecido estado mexicano, para servir a la población maya de la región y a los educadores.

Aunque en un comienzo dudé de que tuviera mucho que aportarles a los indígenas, a quienes imaginaba psicológica y espiritualmente menos dañados que nosotros (los supuestamente más civilizados), descubrí que los mayas han sido una cultura muy patriarcal donde el sometimiento de las mujeres se ha sumado al sometimiento centenario de la población conquistada por los españoles. La actividad que se desarrolló allí a través de muchos años me ha parecido importante para los participantes de estos programas y para quienes hemos tenido el privilegio de trabajar con los indígenas y con los educadores de la región, que se han conmovido profundamente por la experiencia y la han recibido como un gran regalo.

La siguiente fase del proyecto educacional que eché a rodar en España fue la transformación de la AEDEA en una fundación votada por el mismo grupo que originalmente había propuesto la creación de una organización profesional. La AEDEA no estaba habilitada para recibir donaciones y a la hora de llevar a la realidad nuestros proyectos nada nos parecía tan importante como la ayuda financiera de la comunidad o de otras organizaciones y gobiernos. Además, para convencer a los colegios o universidades del valor de nuestros programas —tan diferentes de los programas educacionales usuales—, necesitaríamos darlos a conocer a través de demostraciones gratuitas. La fundación ha servido para multiplicar nuestras actividades, aunque apenas hemos logrado atraer la financiación que habíamos imaginado, seguramente por la falta de la experiencia necesaria.

En varias ocasiones he terminado alguna conferencia mía observando que, dado que los gobiernos no se han interesado en la transformación de la educación patriarcal en una educación holística para el desarrollo humano y la evolución social, sería muy deseable que surgiese un organismo global que se encargara de este asunto tan vital para nuestro futuro colectivo. Hace un par de años me sentí muy contento de que por fin este deseo se hubiese hecho realidad. Y esta nueva entidad, el Global Education Futures Forum (GEFF) me ha invitado a participar como asesor. Llegué a Moscú lleno de esperanzas y contento de poder tener un lugar junto a representantes de diversos países. Pero a medida que los

escuchaba pude comprobar que muchos solo querían agregarle tecnología a la educación y otros solo querían perfeccionar la educación que tenemos sin cuestionar su propósito.

Cuando me tocó hablar no pude reprimir la pregunta: ¿dónde ha quedado el espíritu revolucionario ruso? Ante lo cual estos últimos dejaron la sala de reuniones.

Recientemente la lentitud con que responde el mundo institucional ante el reto de una nueva educación me ha llevado a desplazar parte de mis esfuerzos hacia el mundo empresarial, del que hasta ahora me había mantenido alejado. Así, alguna vez tuve oportunidad de hablar acerca de la necesaria humanización de la empresa en la Cámara de Comercio de Bogotá. Este encuentro me sorprendió agradablemente al sentir cuánto deseo de desarrollo humano se está haciendo presente en el mundo de las empresas, no solo por la consideración de que la gente contenta trabaja mejor sino por una fe en que a través del desarrollo humano se transformarán también los grupos, las empresas y en último término el mundo.

Sin embargo, el proyecto de transformar el mundo transformando las organizaciones me parece algo más problemático que el de transformar la educación, y a medida que envejezco es natural que ya no me haga ilusiones con ver el cambio de la educación con mis propios ojos. Me he resignado a que mi contribución al cambio de la educación haya sido la de un iniciador o pionero en un movimiento colectivo al que ya he aportado mis ideas, mis recursos y la formación de nuevos activistas.

Ante el calentamiento global, la escasez creciente de alimentos, la creciente radioactividad, y en medio de una crisis política y financiera global, no dudo que continúe teniendo sentido la guerra contra la inconciencia, pero sí dudo de la tentativa de transformar nuestras actuales instituciones que sucumbirán a algo equivalente a un nuevo diluvio universal, que será esta vez el naufragio del sistema patriarcal. Es por ello que hoy me encuentro más interesado en influir sobre la comunidad que sobre los que gobiernan o que parecen gobernar, aunque sucumben también a una impotencia universal. Imagino que mi trabajo por la conciencia, la libertad y el cuidado sirva a quienes, salvándose del naufragio, originen por fin la tan anunciada pero siempre incierta nueva era.

2

CAMBIAR LA EDUCACIÓN PARA CAMBIAR EL MUNDO

Me he referido a las circunstancias que me llevaron a interesarme en la educación, a las correspondientes ideas y a mis sucesivas actividades, pero más importante que todo fue cuando me convertí en un militante por el cambio social: fue como ser poseído por un ideal que sentí como algo tan deseable para el bien común, que servirlo se me hizo una manera de volverme una mejor persona de lo que hasta entonces había sido.

Diría que fui poseído por una idea desinteresada, y en el acto de servir al bien de todos me elevaba hacia un nivel de motivación y de vida más satisfactorio, que además, en virtud de su misma calidad, parecía inspirarme una mayor energía. Me volví más trabajador, tuvo mi vida mayor rendimiento y, ya que este ideal había tenido un efecto tan benéfico en mí, sentía que al predicarlo (intentando que otros comprendieran qué buena cosa era servirlo) otras vidas se elevarían.

Lo que he llamado ser un activista o un militante constituyó una actividad nueva que tuvo una dimensión interior. Imagino que habrá militantes que al dedicarse a una cierta causa no han dejado de ser lo que siempre fueron, en tanto que para mí fue como hacerme un poco santo, pese a la persistencia de muchas imperfecciones. Desde entonces, a través de los años, he valorado aun más el don de haber sido poseído por este ideal; porque sigo viendo en torno a mí, incluso en quienes me han escuchado con aprobación, que sus vidas siguen teniendo poco lugar para más que el prestigio, el dinero, los placeres y las comodidades. Y aunque no pueda decirse que sea exactamente sacrificio el don que se hace de las propias energías con tanto entusiasmo, me siento afortunado de haber traspasado un umbral que me ha vuelto una persona cada vez más

altruista, que hace el bien y que goza de respirar algo así como un aire más puro. Y más y más en mi vida ocurre que, aunque disminuyen mis energías, incrementa mi fuerza de trabajo, pues amo más lo que hago, y lo amo por sentir que corresponde objetivamente a algo que el mundo necesita.

He resumido mi quehacer en la frase «cambiar la educación para cambiar el mundo», aunque más propio sería decir «transformar la educación para transformar el mundo», entendiendo por transformar una acción a la vez sanadora e iluminadora. Lo que comenzó en mi mente como una mera intuición de lo que podría ser la educación que no sea un órgano atrofiado en nuestro sistema social, o un órgano mitad atrofiado y mitad degenerado e hipertrófico, se fue enriqueciendo a través de los años con mi comprensión siempre mejor de las patologías individuales y de nuestra patología colectiva. En esto me inspiraron implícitamente la visión gurdjieffiana de una educación para tricerebrados y el insight de Tótila Albert de la salud como equilibrio entre los principios paterno, materno y filial de la mente humana, y también de ese mundo ideal que solemos llamar divino.

Primero hablé de educar para el desarrollo humano y para la evolución social, luego precisé los términos, proponiendo que deberíamos educar para los aspectos paterno, materno y filial de nuestra naturaleza, y posteriormente pasé de la formulación trinitaria a la de un cuádruple propósito, al plantear una educación para la sabiduría, el amor, la liberación e integración del animal interior en nosotros, además de ese espacio vacío que hace posible la integración de nuestras partes, que es la conciencia misma o espíritu.

Algo he logrado influir en los ambientes que visito en diversos países por los que viajo de año en año, de modo que más y más personas, tanto en la comunidad como entre los educadores, van compartiendo el ideal de una educación que se interesa más que en el intelecto en una educación holística o integrativa y experiencial que, como ya lo ha planteado la Unesco, reconozca que debemos aprender no solo a hacer y a estar informados, sino a aprender y a convivir y sobre todo a ser.

Últimamente vengo proponiendo una educación que atienda a ciertas competencias existenciales que tradicionalmente se han calificado como valores, pero cuyo desarrollo requiere de bastante más que las explicaciones y sermones de los «cursos de valores» en boga: la compasión, el aprecio, el goce, la vivencia del momento, la comprensión de sí, la sabiduría y el desapego.

Ha evolucionado mi manera de entender lo que usualmente se llama el patriarcado,

sobre todo la mente patriarcal, que me parece un concepto importante, porque la sociedad patriarcal en que vivimos es demasiado inmensa, variada y resistente al cambio para que podamos modificarla. Pero sí podemos intentar sanar la mente patriarcal, que se transmite a través de generaciones, mediante la cual la sociedad patriarcal se reproduce como la gallina a través de su huevo.

Comienza Idries Shah su libro *Los sufíes* con la historia de los isleños, que constituye una analogía más de la historia de la degradación de la conciencia humana a través de los tiempos, comparable al mito de la expulsión del paraíso en el Génesis. Esta historia me parece particularmente apropiada para comprender el carácter insular de la conciencia humana civilizada o patriarcal, condición de la que nos orgullecemos al proclamarnos *Homo sapiens*, tras una criminalización de nuestra naturaleza animal.

Pero no solo hemos perdido nuestra sana animalidad, al volvernos contra nuestra inocente sabiduría instintiva, sino que, como complicación de ello, en tanto implica una traición al amor por nosotros mismos, hemos perdido la capacidad de amar al prójimo y nos hemos vuelto sordos a la voz de nuestro hemisferio cerebral no racional o intuitivo, que en vez de percibir las cosas de manera analítica las percibe de manera sintética o gestáltica, en contexto. Es decir, hemos perdido nuestro hemisferio cerebral sabio como consecuencia de un estado de emergencia pasado en el que, sintiendo nuestra existencia amenazada, nos dejamos guiar solo por nuestro intelecto instrumental astuto y tecnológico.

Si comprendiéramos hasta qué punto hemos vivido como fantasmas que solo saben pensar, habiendo perdido su sentido del nosotros, del tú y del amor al habernos enajenado de la sabiduría animal de nuestros cuerpos, naturalmente nos parecería de extrema urgencia recuperar nuestra integridad, y también hacer lo que podamos para que aquellos que gobiernan el mundo se interesen en la transformación de la humanidad desde su condición robotizada a una en que la conciencia humana llegue a tiempo para salvar a nuestra nave espacial Tierra en momentos tan críticos.

Llegó un día en que durante un encuentro polémico realizado en la GEF, alguien me dijo: «No hay prueba científica de tu afirmación de que el patriarcado es la raíz de los grandes problemas sociales».

Esta persona me dejó el desafío y el deseo de explicar la naturaleza patriarcal de nuestros problemas a través de la demostración de algo que me ha parecido cierto pero que hasta ahora no había intentado constatar: que las 27 patologías fundamentales que

reconoce la aplicación del eneagrama como mapa de la personalidad constituyen complicaciones emocionales a una común respuesta traumática al espíritu patriarcal de nuestra cultura y que, a su vez, nuestros diversos caracteres constituyen también formas de complicidad con esa «neurosis universal» que es la mente patriarcal.

Mi propuesta de transformar la sociedad patriarcal a través de una educación transformadora implica una comprensión de que aquello que Freud señaló como la neurosis universal no es otra cosa que la mente patriarcal. Ni el mundo académico ni el discurso político han hecho suyos tales términos.

DE LA EDUCACIÓN A LA POLÍTICA Y A UNA NUEVA COMPRENSIÓN DEL SUFRIMIENTO

Muy incompleto sería este recuento acerca de mi militancia por la transformación de la sociedad si, limitándome a iniciativas por el cambio de la educación, no incluyese mi trabajo por una comprensión de la problemática mundial, mi visión acerca de nuestra actual crisis y mi interpretación de nuestro monstruoso problema económico. Pero respecto a esta área de mi actividad no intentaré una reconstitución de la historia de mi pensamiento, sino que me limitaré a darle espacio a una síntesis de mi planteamiento, cuyo meollo es, por una parte, que debemos comprender que la mente patriarcal constituye la raíz no reconocida de nuestros problemas individuales y colectivos y, por otra, que coherentemente con ello debemos encaminarnos a una era de la conciencia pospatriarcal, donde se fomente el equilibrio de nuestra naturaleza tricerebrada, la salud en las relaciones familiares y el equilibrio entre los valores patriarcales, matrísticos y filiarcales o anárquicos.

Entiendo por «mente patriarcal» a la mente de las mayorías o a la mente normal (que Pierre Weil ha propuesto llamar la «normosis»), donde las relaciones entre las tres personas interiores, que constituyen el aspecto vivencial de nuestras facultades y cerebros, han perdido su equilibrio, de modo que se ha instaurado entre ellas un implícito despotismo del padre («padre crítico» llamó Eric Berne, fundador del análisis transaccional, al superego freudiano) sobre la componente materna de nuestra psique y sobre nuestro niño interior, que coincide con nuestra voz animal. Un despotismo intrapsíquico análogo al que opera en las relaciones que definen la familia patriarcal. Pero además podemos decir que la mente patriarcal moderna implica un despotismo de

la mente instrumental y tecnológica sobre la mente comprensiva; de modo que el «padre crítico» del autoritarismo ha eclipsado al «padre sabio» de nuestra naturaleza potencial.

Esta condición de triple represión, que nos ha privado de la sabiduría orgánica animal, del amor compasivo y de la intuición, constituye un estado de gran empobrecimiento.

Podemos comprender la mayoría de nuestros problemas individuales y colectivos como el resultado de la degradación de nuestra conciencia y de nuestros voraces esfuerzos por compensar nuestra pobreza interior con riquezas aparentes.

Por otro lado, creo que el diagnóstico de nuestra condición patriarcal es indispensable para concebir la naturaleza de una sociedad sana. No la debemos imaginar como una regresión a una cultura matrística (de tiranía de grupo) ni a una cultura filiarcal o anárquica, sin más autoridad que aquella de cada individuo sobre sí mismo. Muy especialmente he planteado que si queremos evolucionar hacia un mundo pospatriarcal debemos, ante todo, sanar la mente patriarcal, y que para que tenga lugar tal revolución de la conciencia necesitamos echar mano de la educación. Naturalmente no de la educación patriarcal (que ha reproducido nuestra conciencia problemática a través de las generaciones), sino de una nueva educación, diseñada para la superación de nuestros hábitos milenarios obsoletos y para la recuperación de nuestra integridad psicoespiritual.

Aunque decir que la familia patriarcal ha *originado* la sociedad patriarcal esto requeriría comprobaciones de procesos sociales prehistóricos que pueden estar más allá de nuestras posibilidades. Sin embargo, ¿no podemos decir que el fenómeno de la autoridad paterna violenta en su relación hacia la mujer y los hijos es semejante a la autoridad de aquellos que han hecho uso del poder violento sobre otros más allá de sus familias al instituir la esclavitud? Independientemente de que sea cierta, entonces, la conjetura de que la esclavización doméstica de la mujer haya precedido e inspirado la esclavización de otros (como prisioneros de guerra), podemos decir que se trata de fenómenos de la misma naturaleza.

Ahora bien, la esclavitud nos parece una institución ya superada por nuestros gobiernos supuestamente democráticos, de modo que al comenzar por ella en mi análisis de la relevancia del orden patriarcal a la sociedad, parecería que estoy comenzando por un problema social del pasado y no de la sociedad contemporánea.

Pero si queremos atender a nuestra realidad presente, el equivalente a la esclavitud es la así llamada «desigualdad», que es en realidad un poder abrumador de una pequeña

minoría sobre una mayoría desposeída hasta la precariedad, que no solo permanece sino que crece y comienza a llamar la atención como algo que no solo sufren los oprimidos sino que todos pagamos caro, como lo ha proclamado, entre otros, Joseph Stiglitz en *El precio de la desigualdad*.

Se trata de aquello que en el lenguaje de los «okupas» que se hicieron presentes frente a Wall Street en 2011 se caracterizó como el hecho de que nuestra supuesta democracia no es un gobierno del pueblo para el pueblo sino que un gobierno del uno por ciento para el uno por ciento. Es decir, por y para los detentores del poder del dinero.

Pero al definir como simple desigualdad económica o desigualdad de poder lo que ocurre en nuestra sociedad, tal vez estamos hablando un lenguaje eufemístico que oculta otros aspectos del fenómeno vivo en cuestión, que no es tan diferente a la esclavitud, como imaginamos.

¿Acaso se puede dudar de que aún hoy la «sujeción de las masas a un grupo privilegiado sea la causa principal de la desdichada situación del pueblo»? En la actualidad se habla mucho de desigualdad, principalmente en referencia al dinero, pero ¿puede caber duda de que el dinero con su poder implica también, como Tolstoi ya observaba, «la existencia permanente de una organización que somete a la mayoría de los hombres al capricho de un número reducido de ellos»? La visión que propone Tolstoi se refiere a la desigualdad, a la violencia del poder, a la crueldad inhumana y a la explotación, pero también a una complicidad de los poderosos, tal como Adam Smith lo denunciara en el tiempo de los grandes monopolios y como hoy se denuncia respecto a las altas finanzas, que logran influenciar a los jefes de gobierno de las naciones a tal punto que la política está más al servicio de los intereses económicos de los poderosos que de las necesidades de la comunidad.

Pero aparte de este factor de organización que multiplica el poder patriarcal de la esfera personal a través de los gobiernos, el fenómeno básico no consiste solo en la inequidad, el poder violento, la insensibilidad, la crueldad y la indiferencia que parecen resultar de una exaltación de la combatividad masculina, sino de una correspondiente falta de «humanidad» o sentimiento del «nosotros» que pudiera ofrecerle un contrapeso a la violencia competitiva, y también en una condición domesticada, ciegamente obediente, robotizada e inconsciente de las mayorías.

Por «humanidad» quiero decir empatía, capacidad de interesarse vivamente en el prójimo, compasión, cuidado y espíritu maternal. Me parece que la explicación de

nuestra actitud individual y colectiva explotadora y depredadora se basa en una moral competitiva «darwiniana», que afirma la supervivencia de los más fuertes, con una correspondiente inhibición de lo que hay en nuestra naturaleza de altruismo, colaboración y amor al prójimo⁶. Es fácil imaginar cómo en los orígenes de nuestra sociedad patriarcal de guerra y bandidaje habrán querido las madres proteger a sus hijos de la dureza de sus padres, y cómo a su vez estos habrán querido en cierto modo amordazarlas o desvalorizarlas en nombre de sus ideales guerreros despiadados y supuestamente necesarios. Personalmente, no encuentro mejor explicación de los orígenes del dominio y desvalorización de las mujeres por los hombres en los albores de la cultura patriarcal. Pero el eclipse de los valores maternos en la cultura patriarcal del mundo civilizado no se limita a una falta de solidaridad, sino que también se perpetúa en la violencia de género asociada a un «machismo» o chauvinismo masculino que agrede a las mujeres y las explota y las desprecia al tiempo que afirma una superioridad masculina que se pretende justificar con una mayor fuerza física y una supuestamente mayor capacidad intelectual. Este rasgo cultural (muy prominente en ciertas culturas como la mexicana o la turca) no solo es perjudicial para las mujeres sino también para sus hijos, en quienes tiene el efecto de invalidar el apoyo que reciben de sus madres y volverse por ello demasiado inseguros, impotentes o defensivamente violentos. Tampoco necesita de mayor explicación este rasgo cultural de la sociedad, que constituye una simple extensión a la comunidad de un rasgo de la familia patriarcal.

Así como el contraste entre explotación y cultivo se asocia al contraste entre hombres y mujeres, se ha expresado el carácter patriarcal de la civilización en un exceso de voracidad y una falta de generosidad en general, y ello se refleja, por ejemplo, en que tengamos una economía depredadora que no ha podido resistir un endeudamiento creciente. Pero tan característico como el carácter explotador o rapaz es en nuestro mundo el intento de economizar todo lo posible en las necesidades de cuidado, ya sea de la crianza de los niños, de la educación de los jóvenes o el cuidado de los ancianos. Las iniciativas modernas de los países nórdicos, sin embargo, van demostrando que una economía del cuidado constituye una excelente inversión.

Cuando propongo que la mente patriarcal constituye la raíz común tras la mayoría de los problemas del mundo, no aludo solo al autoritarismo violento, también al eclipse del cuidado y los demás aspectos ya enunciados del «complejo patriarcal», comenzando por la criminalización del placer. En la descripción que nos ofrece Tolstoi de la esclavitud en

su tiempo (que no es tan diferente a la actual esclavitud de las maquiladoras en el norte de México o en la plantaciones de café en el África hoy en día) está implícita una transformación de los trabajadores en seres embrutecidos, desensibilizados y domesticados. Sin embargo, más ampliamente, somos todos los humanos del mundo civilizado seres domesticados, que hemos sido criados para internalizar una prohibición del placer que es necesaria para que podamos ser buenos esclavos del deber, y así de las leyes que nos atan a la voluntad de las autoridades. Ha llegado a ser tan invisible la castración colectiva que entraña nuestra domesticación sistemática, porque se ha llegado a plantear que la vuelta contra nuestros impulsos naturales constituye un triunfo sobre nuestra «despreciable animalidad» y el meollo de la condición civilizada de la que tanto nos enorgullecemos. Pero desconoce tal ética represiva nuestro potencial como seres completos, dotados no solo de la condición de *Homo sapiens* sino además de la condición de seres amorosos y libres. Y desconoce también el precio que pagamos por la renuncia a la libertad que nos han impuesto la crianza y la educación patriarcal a través de las generaciones. Y así como debemos reprimir la voz materna de nuestra psique para integrarnos al mundo violento que hemos creado, debemos también reprimir nuestra voz infantil.

Pero ¿no será el caso que la transformación del mundo en que soñamos requerirá que ante todo nos convirtamos en seres completos? En otras palabras, ¿será posible que construyamos un mundo amoroso sin volvernos previamente amorosos? ¿Será posible que lleguemos a constituir una sociedad libre sin recuperar nuestra libertad personal? «Ser libres» debería pasar por la liberación de nuestro niño interior, con sus deseos básicos, que a su vez implica la superación de condicionamientos automáticos de nuestra domesticación, que a través de los siglos ha entrañado una visión acusadora y condenatoria de nosotros mismos requerida por padres despóticos y autoridades posesivas.

Algo semejante se puede decir de la dictadura económica. Empleo este término para describir el hecho de que, a pesar de haber llegado algunas naciones a constituir lo que Popper llamó una «sociedad abierta», donde parece haberse superado el despotismo de tiranos, la sociedad contemporánea sigue pareciéndonos una sociedad de oprimidos. Pero ¿cómo es posible una sociedad de oprimidos sin opresores? Un nivel de la explicación de ello está en el hecho de una creciente esclavitud laboral, que les quita a las personas la posibilidad de tener tiempo y energías para sí mismas, para su vida familiar y para sus

aficiones o vocación, y que les roba a los niños un sano maternaje. Otro nivel de explicación está en la supeditación de todo a la economía. Y un tercer nivel en el hecho de que se explica todo esto como resultado necesario de «leyes del mercado», supuestamente tan inevitables como las leyes de la naturaleza. Pero la verdadera explicación de esta «dictadura de la economía», y su correspondiente «dictadura del mercado», ha consistido en un tejido de explicaciones sustentadas por el trabajo de los economistas y sobre todo por el poder de una oligarquía plutocrática que oculta sus decisiones al hacerlas aparecer como resultado de un proceso impersonal. En el círculo de los adinerados y de los intereses de las grandes empresas encontramos el equivalente a las oligarquías aristocráticas de la antigüedad, donde el poder individual se siente validado por el poder mortífero del dinero y protegido por la falta de transparencia, solo que hoy en día se ha globalizado y perfeccionado, de tal modo que más que nunca merece el apelativo que los cristianos apocalípticos le dieron de «gran bestia».

Ya he comentado cómo el problema de la desigualdad, de la cual tanto se habla hoy en día, se perpetúa a través de una correspondiente desigualdad en el poder. Ciertamente no se trata de un fenómeno nuevo, es solo un nuevo orden y magnitud de las diferencias en la riqueza de los privilegiados y los desposeídos. Pero ¿no es evidente que el problema de la desigualdad no es sino el efecto del poder astuto y violento, que ejerce su rapacidad explotadora a expensas de las mayorías, a las que reduce a la impotencia? Una vez más, se trata de una consecuencia del poder violento, que en nuestro tiempo puede no aparecer tan violento como en el pasado, porque la muerte por hambre y pobreza tiene una apariencia menos visible que la muerte a golpes o a balazos.

Luego está el problema de la explotación, que fue la característica más enfatizada por Marx en su examen de la historia desde la esclavitud antigua, pasando por la sociedad feudal, al capitalismo moderno. ¿No ha sido siempre intrínseca la explotación a la familia patriarcal, con su implícito dominio paterno, pese a la retórica paternalista que trata de ocultar la mala autoridad a través de gestos de protección benévola?

También el colonialismo es solo una de las expresiones del espíritu de conquista patriarcal, disfrazado habitualmente de paternalismo, y podemos considerarlo una manifestación del espíritu de conquista y de supremacía que ha movido toda la historia no solo desde el tiempo de los grandes imperios antiguos (como Egipto, Babilonia y los hititas), sino desde el mítico Nimrod o Gilgamesh.

¿Y qué decir del militarismo? El oficio de ser rey fue siempre un oficio de guerreros

y, aunque los presupuestos de guerra estuvieron alguna vez al servicio de la defensa de los territorios, está claro que los ministerios de defensa de las naciones han constituido más bien ministerios de guerra, pues las naciones son intrínsecamente nacionalistas y en términos estratégicos la mejor defensa es el ataque. Los ejércitos no son solo algo necesario para la protección de las naciones, sino más bien algo como una cristalización del espíritu guerrero propio de la mente patriarcal, que se orienta a la toma del poder a través de la violencia, aunque ya sea bien conocido el hecho de que las guerras de hoy ya no obedecen tanto a la rivalidad aparente de las naciones como a los intereses de la industria de armamentos, una consecuencia de la subordinación actual de la política al «complejo militar-industrial-financiero».

Especialmente importante me parece reconocer que la educación que tenemos es patriarcal y constituye un sistema de transmisión de la mente patriarcal entre las generaciones. Puede llamarse patriarcal porque es implícitamente autoritaria en su imposición de programas que difícilmente se pueden concebir como favorables al desarrollo humano, y además porque perpetúa la formación de personas afectivamente inmaduras y funcionalmente «castradas». Tan patriarcal es la cultura de los educadores, además, que apenas se percibe entre ellos la medida en que la instrucción que se ofrece más bien descuida el verdadero desarrollo humano.

Así como la educación institucional no educa, tampoco la justicia nos permite vivir en un mundo justo, ni la medicina con sus altos costos impide altas cifras de mortalidad infantil y otros males. Pues una cosa es el saber técnico y otra la medicina institucionalizada, que se inserta en la política y en la economía. Ni los medios de comunicación cumplen con su aparente misión de dar a conocer la verdad y transmitir cultura, ni la tecnología nos lleva a la felicidad que esperábamos. Pareciera que hemos creado una tecnología muy poderosa que se nos escapa de las manos y, como en ciertas obras de ciencia ficción, no es que la tecnología sirva a la vida humana sino que los humanos hemos debido adaptarnos a la tecnología. Todo ello se puede resumir en la afirmación de que el mundo patriarcal se caracteriza por su progreso científico y tecnológico y al mismo tiempo por un deterioro ético. ¿No es tal deterioro ético la simple consecuencia de que los valores humanos dependen del desarrollo integral de las personas y desaparecen cuando las personas se robotizan al convertirse en máquinas de pensar andantes?

El problema ecológico, que tan agudo se vuelve en nuestro tiempo, no es otro en el

fondo que el de la voracidad compulsiva que se expresa a través del patriarcado industrial, cuya dinámica competitiva obliga a las empresas a un crecimiento insostenible en un medioambiente limitado. También la destrucción del ozono y el consecuente cambio climático son problemas derivados del conflicto entre la vida y los intereses comerciales de las industrias, en un sistema dedicado a la protección del lucro de una minoría poderosa que afirma sus intereses a través del poder.

LA IDEA DE QUE EL PROBLEMA DEL MUNDO SOMOS NOSOTROS

Mi afirmación de que la mente patriarcal subyace a nuestra compleja problemática mundial no se basa solo en la consideración de cómo nuestros grandes problemas implican la autoridad violenta, el desamor, la domesticación de nuestra naturaleza espontánea y la desconexión con nuestro «navegador» intuitivo. Otro aspecto es el propiamente psicológico: que en tal mentalidad hemos sido educados y se reproduce en cada uno de nosotros, de modo que somos nosotros mismos quienes como sus agentes constituimos el verdadero problema del mundo.

La importancia de esta afirmación está, naturalmente, en su corolario: que para sanar la sociedad no podemos limitarnos a acciones político-económicas, sino que tendremos que atender a la transformación sanadora de la mente individual.

Pero ¿cómo podemos pensar en que una voluntad política o burocrática vaya a apoyar el proyecto de una educación para trascender o sanar la mente patriarcal, cuando ni los antropólogos ni los pensadores mejor conocidos ni menos los educadores han incorporado el concepto de «mente patriarcal» a su lenguaje? Por ello no constituye una simple cuestión académica verificar la hipótesis de que somos los portadores de esa mente patriarcal, sino que es una cuestión vital para poner en marcha el proyecto de sanar de raíz el problema del mundo.

Personalmente, nunca había llegado a percatarme tan vivamente de este hecho antes de mis encuentros con Pavel Luksha, el coordinador del GEFF, quien ha manifestado un vivo interés en que el Programa SAT que he desarrollado para el desarrollo personal de los «buscadores» y para la formación de terapeutas y educadores se pueda aplicar

universalmente según un proyecto de educación continua que complemente la que se ofrece en los colegios del mundo. Me he negado a ello por sentir que lo que necesitamos no es una educación *adicional* que pueda supuestamente corregir los resultados de la educación que actualmente ofrecemos, sino una educación alternativa. Durante nuestras discusiones en la GEFF, sin embargo, me he encontrado con que, pese a la opinión bastante generalizada de que se necesita una educación más amplia, falta la percepción generalizada de la perversidad de la educación que tenemos.

Esto es semejante a cómo falta en las mayorías la percepción acerca de la condición patológica de la sociedad en que vivimos. Es semejante al caso de los locos que no se percatan de su locura. El patriarcado no se percibe a sí mismo como cuestionable o como destructivo en la mente de las mayorías (de la cual no se excluyen los académicos de las ciencias sociales, que parecen haber elaborado una sociología blanqueada, poco útil a la transformación de la sociedad).

Por lo tanto, es cierto que mi respuesta a la afirmación de que «no hay prueba de tu hipótesis de que el patriarcado esté en la raíz de los problemas sociales» fue un cuestionamiento del absolutismo de la ciencia, pero posteriormente he querido aceptar el desafío de intentar una demostración de cómo la mente patriarcal subyace a las patologías individuales, que constituyen algo así como formas de adaptación individual a una mente patriarcal sistémica (e incluso una venta de nosotros mismos que nos ha tornado en cómplices de un *establishment* que nos avasalla con su poder).

A LOS SETENTA AÑOS ENTRO AL NUEVO MILENIO

He descrito acontecimientos ocurridos a lo largo de un tiempo muy extenso, para así mostrar en perspectiva tanto algunas de las circunstancias de mi prestigio temprano como la historia de mi progresivo desprestigio posterior, y la recuperación más reciente de mi salud, bienestar y buena reputación, así como mi progresivo interés en contribuir a la solución del problema del mundo.

Ahora me concentraré, en cambio, en los hechos ocurridos en el curso de poco más de un año: el 2001 y algo del 2002. Bien pudiera, alternativamente, haber hecho un zoom en el año 2000, ya que el cambio de milenio hubiese constituido una alternativa menos personal (además de que el archivo de los anuncios de mis actividades revela que, desde el año 2000 precisamente, aumentó considerablemente el volumen de mis talleres y conferencias, constancia objetiva de una intensificación de mi actividad). Pero no fue sino en el 2001 que se me ocurrió comenzar a dictar una crónica de mis actividades, y por ello tengo a mano este texto sin necesidad de rememorar para escribirlo.

A continuación reproduzco, entonces, esta crónica, sin más comentario que lo ya explicado en su título (al decir que se trata de una crónica algo retrospectiva) y también que significará una vuelta atrás en el tiempo respecto a algunas de las cosas relatadas en los capítulos precedentes sobre mi activismo o incluso en el capítulo que he titulado «La Reconquista».

Año 2001. Hace tiempo que vengo diciendo que me veo como uno de esos árboles en cuyo tronco, al cortarlo, se pueden ver anillos concéntricos que marcan el paso del tiempo, y que de año en año siento que voy un poco más allá que el anterior en la

realización de mis diferentes actividades y proyectos. Es también como si por donde paso dejara huellas más anchas y profundas. Madura lo que escribo a medida que me pongo a la vez más claro, más atrevido y de mejor humor. Y la gente que acostumbra a verme con una intermitencia anual en los diversos países que recorro me dice que estoy un poco más joven, o bastante más joven incluso, pese a mi no menos obvio envejecimiento.

Pues es claro que mi cuerpo envejece: ya me cuesta doblar las rodillas todo lo bien como lo hacía años atrás y, por lo menos a ratos, me parece que camino más lentamente. Pero me dicen que mi columna está más derecha, y que mi vigor sorprende. También es cierto que trabajo mucho, lo suficiente como para cansar a veces a quienes me acompañan y me ayudan en las muchas cosas que se mueven en torno a mí: cosas que implementar, solicitudes y preguntas que contestar, comunicaciones necesarias.

Comencé el año con gran alegría en el pasado enero en este mismo Santiago, donde dicto ahora estas líneas. Trabajé luego intensamente en Berkeley sobre un libro que estoy llamando *Cambiar la educación para cambiar el mundo*, y también en otro sobre el trabajo que vengo haciendo a través de tantos años: el programa y proceso SAT (que dejé interrumpido, pero terminaré si me alcanza la vida). Luego partí a Brasil, donde realicé los cursos acostumbrados durante el verano; o más bien algo menos que los acostumbrados, ya que solamente dos grupos se formaron, tal vez a causa de las crecientes dificultades económicas que afectan al país. Pero agradecí la providencial ocasión de una temporada un poco más descansada. Además fue mucha la satisfacción de los trabajos realizados por la alegría que sentí de ver que algunas personas daban un salto hacia adelante en su desarrollo. En particular Cacala y Alaor, en quienes he delegado tanto de mi trabajo. Una de las sesiones —una reunión de cinco días con exalumnos— quedará en mi memoria como uno de los más bellos trabajos de mi vida.

Nuevamente de paso por Berkeley, rumbo a España, visité a mi maestro Tarthang Tulku Rinpoche, quien me confirmó que voy bien, aunque también me hizo sentir vivamente que no he llegado al nivel en que se dice que la mente del discípulo y la del maestro se funden como agua que cae en el agua.

Poco después, en España, ya terminado el Programa SAT, recibí un día en Vitoria un llamado de Suzy, quien me informó que Estados Unidos estaba en guerra y recomendó que encendiera la televisión, donde pude ver durante horas la colisión de los aviones en las Twin Towers y el fuego en el Pentágono.

La temporada en España me resultó algo fatigosa, aunque siempre una confirmación de que cada año se profundiza el trabajo. Algo semejante puedo decir de Italia, solo que mi paso por ese país estuvo más salpicado de aventuras que de costumbre: una de ellas fue un viaje con mi amiga Katriona Munthe a inspeccionar una casa maravillosa en los Alpes suizos recomendada por Sebastián.

Decidimos no adquirirla para nuestras futuras actividades, pero ciertamente nos valió la pena como viaje, particularmente porque este incluyó una visita con Katriona a mi viejo amigo Freddy, ahora en un sanatorio a causa de una hemiplejía complicada de afasia, que le ha quitado el uso del lenguaje pero no la claridad de siempre para con lo que ocurre en torno.

Al día siguiente de mi retorno a Roma, Katriona me llevó donde una notable pintora, Antonella Cappuccio, quien me sorprendió con su capacidad de retratista al darme una expresión más profundamente mía que las mismas fotos que me tomó para la elaboración del cuadro que Katriona le había encargado con motivo de mi cumpleaños.

Aparte de alegría, el encuentro con Patricia Rivadeneira, ahora asesora cultural en la Embajada de Chile, me trajo como consecuencia el interés del periódico *Il Manifesto* en hacerme una entrevista para su suplemento cultural y pude darme el gusto de proclamar en Roma que «el capitalismo no es compatible con el cristianismo, aunque el Papa diga otra cosa». También una conferencia posterior en Milán me dejó con la impresión de estar hablándole al mundo y no solo al grupo de las personas reunidas en ese auditorio. Nunca, desde que había salido de la Escuela de Medicina, había tenido ocasión de hablarle a un grupo de médicos, y este fue el caso ahora, después de ser presentado por el profesor de psiquiatría de la Universidad Bicocca a sus alumnos y a los visitantes del mundo profesional de la psicoterapia italiana. La ingeniosa pregunta del doctor Riccardo Zerbetto en esta ocasión (acerca de qué necesitaría Bin Laden para quedar en paz con el presidente Bush), me resultó un estímulo para hacer un análisis sociológico del tipo que solemos hacer los psicoterapeutas, acostumbrados a verle la sombra a lo «bueno» y la luz a lo «malo». No sin cierto temor de ser considerado traidor por un país en guerra del cual soy ciudadano, sentí que no podía hacer menos que compartir mi impresión de que solo contentaría a los revolucionarios del mundo una actitud por parte del mundo oficial estadounidense comparable a aquella del individuo que empieza su camino interior, es decir uno de arrepentimiento, reconocimiento de sus errores y el propósito declarado de cambiar de curso.

Pese a que normalmente pongo todas mis energías en un circuito acostumbrado, este año fue una excepción: a pedido de una amiga chamanesa norteamericana (Jyoti, media india cherokee con formación en el Instituto de Jung en Suiza y con Anandamayi), viajé a Praga, donde pude apreciar esa joya entre las ciudades europeas, asistir a la versión de Fausto para títeres (eco de aquella que inspiró a Goethe) y compartir la agradable compañía de Ginetta, que hasta ahora ha organizado mis cursos en Italia y que probablemente seguirá ahora enseñando en la República Checa.

De regreso a Berkeley me sentí menos arraigado que de costumbre, pero una vez allí he podido descubrir la medida en que mi casa es algo como un nido que me induce a un reposo más profundo que otros lugares; a una mayor espontaneidad y la emergencia de nuevas ideas. Opté por volver a Berkeley antes de mi cumpleaños esta vez, y puedo decir que tuve un cumpleaños especialmente feliz: desperté con un vendaval como tal vez nunca había escuchado desde mi casa, que duró horas y que derribó, como después supe, muchos árboles en la ciudad. Uno de ellos fue el que se erguía a la entrada de mi casa, que al caer sobre el techo de Reza Leah, en la casa tras la mía, la trajo a ella a mi puerta a las seis de la mañana. Aunque para ella la caída del árbol era una catástrofe, a mí me llegó como el vendaval mismo, como una gran fuerza, equivalente a esas salvas de cañonazos con que se festejan ciertas grandes ocasiones.

Pasado el mediodía empezó a sorprenderme que nadie me llamase en el día de mi cumpleaños, pero no puedo decir que lo echara de menos, ya que el día estaba tan apacible, a ratos trabajando con Reza Leah, luego con la visita de una buena amiga. Solo más tarde, cuando todo se volvió oscuro y a raíz de ello descubrí que las líneas eléctricas habían sido dañadas, comprendí también la falta de llamados. Invité entonces al pequeño grupo de buenos amigos que me quedan en Berkeley, después de años de aislamiento, al restaurante Le Méditerranée, de College Avenue, en el cual nunca había estado y donde pasamos una tarde deliciosa.

Durante los días siguientes seguí avanzando en el libro que por aquel entonces estaba llamando «Educar para Ser. La necesidad y urgencia de una Educación Transformadora», ahora publicado como *Cambiar la educación para cambiar el mundo*, y casi lo terminé, pero ese año me comprometí a llegar a Buenos Aires a mediados de diciembre y dar una conferencia que impulsara la implementación del Programa SAT en el medio educacional del país. Y no ha sido solo mi trabajo lo que me llevó a Argentina, pues también recibí allí una ayuda notable a través de las manos expertas del doctor

Mario Fiore, de una pericia incomparable en el alineamiento manual de la columna vertebral.

Alojar en casa de Lidia Grammatico y de su marido Pepe fue no solo la ocasión de una grata convivencia, sino además de una serie de tres documentales producidos en su bello jardín, con la colaboración de un equipo profesional de primera clase: «El ocaso del patriarcado», «El lugar del amor en la vida» y «Amor y carácter». La conferencia que me auspiciaron fue sensacional y pienso que el video tendrá interés para muchos más allá del repleto auditorio de la sala que me acogió.

Pero el telón de fondo de toda mi estadía en Argentina fue sin duda «el Argentinazo». Ya un día antes de mi proyectada conferencia, que se había anunciado en los periódicos para el 19 de diciembre en la muy histórica Aula Magna de la Escuela de Derecho, la gente salió a las calles en protesta por el hambre, y al día siguiente (es decir, el de mi conferencia) comenzó el ataque a los comercios. Se declaró entonces el Estado de Sitio y, por lo tanto, se cerraron las puertas de la sala en la que ya mi auditorio esperaba mi llegada. Y en vista de que alrededor de un centenar de personas permanecían juntas en el parque, como no creyendo del todo en la cancelación del evento, se los logró convocar a una amplia terraza en el departamento de un conocido, donde, en vez de pronunciar la conferencia que había preparado, tuvimos una conversación improvisada, seguramente más novedosa y significativa. Y me alegro de que alguna huella de esta haya quedado en un video parcial que realizó, sin que yo me percatara en el momento, una visitante de Arica. (Justamente cuando estaba hablando del olor a podrido de Arica durante el año que pasé allí, mi desconocida visitante terminó su documental y acabó filmando más tarde a los manifestantes en las calles con sus cacerolas, y me regaló el video.)

Sentí que fueron días de intensa vida política para mí aquellos en Argentina, por más que se manifestara solo en mi contemplación de la pantalla de la televisión junto a mis anfitriones. Jamás había visto tanta televisión en mi vida y jamás había visto que fuese la televisión tan exclusivamente un eco de lo que ocurría en el país. Desapareció la propaganda y aun se redujeron a un mínimo las noticias internacionales.

Así como el mundo estalló el 11 de septiembre en Nueva York y continuó estallando en Afganistán, ha estallado también en el Argentinazo, solo que el Argentinazo prometía más transformación. Fue emocionante ver como salía la gente a las calles sin organización política, gremial ni carismática de índole alguna. Estaba el pueblo solo pidiendo que se marcharan los políticos profesionales. Al día siguiente renunciaba el

presidente De la Rúa y muy poco después elegido por la Asamblea Legislativa entraba Rodríguez Saá como presidente interino. Era entusiasmante la propuesta de Rodríguez Saá de suspender durante tres meses el pago de la deuda externa y de no sacrificar las necesidades sociales a las necesidades de las finanzas internacionales; pero su gabinete fue objetado por el pueblo y las cacerolas sacaron uno tras otro a sus ministros, tal como habían sacado al ministro Cavallo del régimen anterior y al mismo De la Rúa. Sin los apoyos que consideraba necesarios, Rodríguez Saá optó por dimitir y fue entonces designado Duhalde. Y en eso estaba el país cuando partí a Chile el último día del año, mientras se seguían oyendo las manifestaciones en las calles. El pueblo obviamente no quiere ya a dirigentes elegidos por razones partidarias y no quiere arriesgarse a traiciones semejantes a las del pasado. Y aunque no hubiese entre ellos una acción concertada, ciertamente se han movido en forma sinérgica, como si un mismo espíritu los animase a todos. Ha sido admirable su elocuencia cuando los periodistas han acercado sus micrófonos y cámaras a uno o a otro para conocer sus opiniones.

Es muy simple lo que se pide y es solo el fin de los grandes males inmediatos.

La gente no tiene qué comer, los enfermos mueren por falta de medicamentos, las personas están desesperadas por una pobreza vertiginosamente creciente y sufren de la injusticia y calamidad adicional de que no pueden retirar su propio dinero de los bancos en los que lo han depositado (pues al parecer los bancos mandaron su efectivo fuera del país un tiempo atrás y no tienen cómo satisfacer a la comunidad). Ha tenido lugar el encuentro entre el espíritu del sistema y un pueblo en particular donde ya no se puede «estirar» más la pobreza, no da más la explotación, no cabe ya más corrupción, ni la injusticia, el hambre y la desprotección. El pueblo protesta y ya no puede ser engañado respecto a lo que está pasando. Dios bendiga a Argentina. Y quiera Dios que cambie el rumbo del mundo en este año 2002 capicúa que tanto sugiere la vuelta atrás de una marea.

Mi amiga Marta Huepe me esperaba en el aeropuerto de Santiago hacia el fin de la mañana y en su casa estuve la noche del 31, en compañía de sus personas más cercanas. Fue muy bello, particularmente después de la llegada de Daniela, querida amiga de su hija, hacia quien siento una amistad algo alimentada por mi cercanía a la hija tan querida de Marta, a quien he visto crecer. Se propuso terminar el año viejo y recibir el nuevo con un ritual o una puesta al día de cada uno, y la inició Loreto González, antigua

representante de Pir Vilayat Khan en Santiago, quien cantó e invitó a que cada uno de nosotros cantase en son de oración.

Durante la primera parte del mes continué descansadamente con el trabajo en mi nuevo libro sobre la necesidad del cambio en la educación, así como también en un libro en respuesta al reciente pedido de la editorial Kier, al que llamaré *Cosas que vengo diciendo* y que reunirá transcripciones de conferencias sobre temas que he abordado más de una vez acerca de la conciencia, el amor, la dimensión espiritual de la psicoterapia y el potencial salvífico de la educación.

Dos veces he sido entrevistado por alguna revista durante esta temporada en Chile, *Uno Mismo* y *Capital*, esta última una revista de negocios. Me ha servido la ocasión para propagar la idea de una reunión de superpoderosos del dinero en un clima de espiritualidad (que sería creado por la presencia de personalidades tales como el Dalai Lama) en torno a la tarea de soñar con una economía compatible con los valores universales y las necesidades humanas.

Como decía durante mi entrevista con *Il Manifesto*, pienso que así como en tiempos de Marx era oportuno esperar la unión de los proletarios del mundo para hacer la revolución, hoy en día me parece más a mano la unión de aquellos pocos que, manejando las más grandes empresas, superan en mucho en su poder a los gobernantes de las naciones.

Mucha ocasión he tenido en estos últimos tiempos de recordar el consejo de mi tío Bruno Leuschner: «¿No te parece, Claudio, que habría que pedirle a Dios que ilumine a nuestros gobernantes? De otra manera, los querríamos ver freír en aceite».

La sorprendente lucidez de mi entrevistador me hizo sentir que también en el mundo del dinero hay seres conscientes que querrían contribuir a un giro feliz de las cosas en nuestro planeta, y ello me parece esperanzador pues el trabajo sobre la conciencia que promueven la psicoterapia y las tradiciones espirituales es siempre cosa de minorías y poco afecta la acción de aquellos que determinan nuestra vida pública.

Aprovecho entonces para reiterar: «Pueda Dios iluminar a los supermillonarios que controlan el poder económico en el mundo y puedan ellos encontrarle un sentido superior a su existencia al hacerse partícipes de la más grande revolución de todos los tiempos: la transformación que nos lleve desde la condición de imperialismo patriarcal a la condición de sanos tricerebrados, en un planeta en el que reine el equilibrio entre el cuidado materno, la autoridad paterna y la libertad filial».

Fui invitado a hablar en la Universidad Alberto Hurtado, que no existía en mis tiempos de estudiante y ahora es una de las muchas universidades privadas que han surgido junto a las dos tradicionales de la capital. Se produjo allí un encuentro interesante, y lo llamo «encuentro» porque no llevaba tema sino solo la intención de responder a las preguntas de mi auditorio. Me sentí elocuente e inspirado, de modo que todo resultó muy fluido y creo que el público lo apreció mucho.

Pasando de lo profesional y vocacional a lo más personal, diría que a medida que mi mente sigue aquietándose se me hace más fácil y grata la convivencia. Lo ordinario se torna cada vez más cálido y ya no puedo decir que le tenga «alergia», como en mi juventud, al «estar juntos por estar juntos». Odiaba cuando joven las conversaciones de sobremesa en la casa de mi infancia, donde me parecía que todo lo dicho era trivial; pero lo que me parecía de niño una chachara sin sentido ahora ya no me lo parece, y últimamente me gusta oír a la gente «copuchear», o sea hablar sobre mil cosas «intrascendentes». Y es que lo intrascendente ya no es tal cuando flota en una atmósfera de amor. Así como en las simples conversaciones entre una madre y su niño, las conversaciones que antes me parecían un «hablar por hablar» me parecen ahora, a menudo, un hablar por amar.

Encarna todo lo dicho el día de ayer, durante el cual visité por primera vez la ciudad de Lota, lugar de nacimiento de mi madre. Viajamos con Marta Huepe al día siguiente del cumpleaños de mi madre (que coincidió con mi conferencia sobre «La educación durante el ocaso del patriarcado» en la Universidad Diego Portales). El día 24, después de nuestra llegada, fuimos recibidos en Concepción por Raquel Alid, que había cursado el Programa SAT en España y cuya invitación a realizar un taller en su ciudad había yo aceptado el año pasado. Nos esperaba Raquel en compañía de la doctora Daisy Ebner, pues juntas habían organizado el taller que yo daría esa tarde, para el que se esperaban más de cien personas. Después de un muy esmerado almuerzo árabe y de una buena siesta, partimos al taller y tres horas más tarde salíamos de él sintiendo que había sido un evento muy feliz para todos.

Un psiquiatra nos explicó durante el almuerzo del día siguiente que solo había podido imaginar un taller para cien personas como algo superficial y aburrido, o un trabajo intensivo e incompleto, que dejaría muchas heridas abiertas. Esperar algo diferente era como esperar algo mágico, por lo que ahora, en vista del resultado, insistía en que había sido efectivamente magia. Otros también dicen que lo fue, y si magia es lo mismo que

gracia, no puedo sino estar de acuerdo. Tanta armonía entre los participantes, tanta alegría por el crecimiento realizado en suavidad, crearon una atmósfera alegre, liviana y cálida a la vez. Daisy comentaba que había sido un regalo para ella estar en la puerta donde vio salir a los muchos participantes con hermosas expresiones de satisfacción y agradecimiento.

Al día siguiente me fue muy grata la entrevista de una periodista para *El Sur*, el diario más importante de Concepción. Me pareció no solo bien informada, sino lúcida y con el corazón en su lugar. A medida que hablábamos, me parecía que las palabras que me extraía podían ser útiles.

Rumbo al almuerzo de ese día quise conocer a alguien de quien nuestras anfitrionas nos hablaron a poco de recogernos en el aeropuerto. «Tenemos una anécdota que contar», dijeron y esta anécdota era acerca de una amiga (con algún contacto con el mundo de la Gestalt) que más de un año atrás había anunciado que yo visitaría Concepción y había hecho cambiar una puerta de su casa para recibirme.

Aunque nos contaban la historia Daisy y Raquel como un caso de profecía, a poco de indagar me llamó la atención más bien que ese evento hubiese sido el estímulo para que ambas llegasen a invitarme. Nina me pareció un ángel y me dicen que el habérselo dicho (corrigiendo que ella se llamase a sí misma «bruja») fue de cierta importancia para ella y su familia. Tuvo algo de epifanía para mí la calidad angelical de Nina y, como eco ritual del evento, me pareció confirmarlo el que, según Nina nos contó, ese día había abierto la así llamada «flor de un día», que yo nunca había visto, con su vivo triángulo escarlata, que seguramente nunca olvidaré.

A Nina le ha dolido últimamente un hombro, y el hecho de que su presencia me inspirara afecto, y que sin buscarlo mi breve paso por su casa sirviera de mucho, me hace sentir una alegría particular de percibir que camino en sintonía con la vida. Lo mismo se habría de intensificar más tarde durante la visita a Lota, donde esta sintonía se manifestó no solo en riqueza experiencial, sino en sincronicidades. Quería especialmente visitar el Parque de Lota porque mi madre me contaba de cuánto le gustaba y cómo había paseado en él junto a sus árboles y sus grandes hortensias durante su infancia. Creo que todos hemos quedado con el recuerdo de una tarde maravillosa y un poco milagrosa. («Bastante», me confirma Martita mientras me acompaña a dictar esta puesta al día.) Todo comenzó con la gran acumulación de scouts a la entrada del parque.

Siguiendo mi capricho me acerqué a ellos sin saber a qué llevaría y al poco rato estaba

alguien proponiendo una foto de grupo mía con ellos. La máquina no funcionó pero el evento fue muy grato. Verdaderamente compartíamos el momento y nos entendíamos.

Luego, cuando avanzábamos por el sendero, nos cruzamos con un pequeño grupo que venía en la dirección opuesta, caminando al son de una ronda infantil: «Mandandírun, dírun dan». Una bellísima niñita de unos tres años bailaba vivazmente a la cabeza de todos y al cruzarnos con ellos también fuimos parte del baile, de modo que por algunos momentos se formó entre todos nosotros una ronda. La alegría de ese grupo, el cariño en sus corazones y su apertura al encuentro con desconocidos fueron de una espontaneidad y dulzura excepcional, de modo que todo el encuentro nos llegaba como una especie de epifanía, un mensaje del cielo, una representación espontánea, viva, a través de un cuadro en cuyo centro danzaba una niña divina. A la salida del parque, nos encontramos con ella, a algunas mesas de distancia, al servirnos algo en la cafetería. Nuevamente se acercó a nosotros a cantarnos en compañía de su hermana mayor y ahí conocimos su nombre: Catalina.

Ya casi al llegar a la punta del parque, frente al faro, un segundo encuentro nos hizo sentir en la presencia de algo más que ordinario. En un banco frente al mar nos encontramos con María Isabel Salas, la más joven de las educadoras en nuestro reciente Programa SAT para educadores (realizado por invitación de la ministra Aylwin), que había debido ausentarse apresuradamente al fin del programa para asistir a una convención de scouts. Ahora la veíamos en uniforme y junto a los líderes del grupo, un hombre y una mujer mayores que la acompañaban en ese banco. El encuentro con ella llevó a otro minientrevista de scouts a poco andar, cuando uno de ellos filmó el momento con nuestro grupo. Le dije allí a María Isabel que mi madre era de Lota y ella respondió: «Entonces me hace sentir que puedo llegar a tener un buen hijo».

Caminamos en paz y cordialidad y sentí particularmente la dulzura de la presencia de Daisy, que en lo personal me ha resultado el regalo principal de la visita, más allá del regalo que estaba siendo cada instante. Completamente ordinario, pero plenamente satisfactorio a la vez. Me sentí muy querido y apreciado por ella y seguramente ello responde a que su presencia me inspiró gran aprecio y me produjo alegría.

Se encuentran la experiencia del parque de Lota con mi experiencia de meditación, en el sentido de que nunca tanto como en los últimos días adquirió un relieve creciente lo que siempre he sabido en teoría y predicado: que no hay nada más importante que el

acallarse de la mente y de la misma búsqueda de otra cosa que aquello que nos depara el instante.

UNA RETROSPECTIVA DEL 2002

2002 ha sido un año muy denso. Tan denso que a menudo, mirando hacia atrás, me resultaba difícil creer que acontecimientos que habían ocurrido a comienzos del año no habían sucedido un año antes o más. Una de las cosas que se destacan, al considerar el año en retrospectiva, es la medida en que me han entrevistado y filmado, tal vez como un reflejo de que me he vuelto más elocuente y tengo más que decir que de costumbre.

Durante mi último día en Santiago fui invitado a almorzar por el presidente de la Universidad Santo Tomás, y creo que nunca me había sentado a la mesa con tantos funcionarios importantes: un exministro de educación, dos decanos, dos presidentes universitarios, la esposa del embajador de las Filipinas, etcétera. Había sido voluntad del presidente de la universidad, quien después de haber asistido a una conferencia mía se sintió movido a tomar esta iniciativa, y nada podría haber sido más adecuado para mi nueva aspiración a llevar mi trabajo al campo de la educación. «Utiliza nuestra universidad como desees para tu trabajo», me dijo. Pero esa iniciativa no llegó a realizarse.

Antes de continuar con el tema de mis actividades durante el resto del año, me detendré a decir algo sobre mi condición interna, y diré que, aunque entiendo el camino espiritual como un aprender más y más a no necesitar apoyarse en nada, todavía estoy lejos de ese objetivo y encuentro que mi felicidad depende mucho de la sensación de ir en la dirección correcta.

«¿Cómo estás?», me preguntó un amigo hace algunos años. Yo respondí «voy bien» y entonces él comentó: «Ir bien es lo que cuenta. No se trata de estar bien, sino de ir bien». Y desde entonces me he dado cuenta de que, de hecho, mi bienestar depende

principalmente de eso, y puedo vivir fácilmente situaciones dolorosas en una actitud feliz cuando tengo la sensación de estar en el camino, o en una situación de trabajo exitoso en mí mismo. Podría decir que me respalda la esperanza. Y mi esperanza se nutre de ciertas cosas como la eficacia y la utilidad de lo que hago, la claridad creciente de lo que escribo y quizás, más que cualquier otra cosa, del proceso continuo que tiene lugar en mi cuerpo.

Ya he escrito sobre esto, pero haré una actualización de ello ahora, porque este año ha sido el más sorprendente de todos, aparte de los días del comienzo del «tic-tic» a mediados de los años setenta. La sensación del flujo interno en el cuerpo, que había comenzado como algo localizado en el paladar y en la base de mi cráneo, ahora se ha convertido en una corriente que barre todo el cuerpo y que progresa muy lentamente hacia abajo y al mismo tiempo parece involucrar un aumento acelerado de «volumen» o voltaje. Pero cuanto mayor es el volumen del flujo interno, mayor es la resistencia que encuentra. Y esta resistencia involucra últimamente sentir que esta corriente necesita atravesar algo sólido. Es como si la corriente, tras haber penetrado el tejido muscular, hubiera penetrado en los tendones y ahora comenzara a penetrar el tejido óseo, que se resiste más a ello. Así lo siento en la parte inferior de la pelvis, el coxis y también las dos primeras costillas, la parte superior de la escápula y la clavícula. Es como si el tórax y el abdomen fueran un gran huevo que trata de crecer más allá de sus extremos. Al mismo tiempo siento como si fuese a nacer a través de las manos y de los pies, ya que los brazos son la extensión de la cintura escapular y son las piernas a través de las cuales fluye la energía cuando la pelvis puede relajarse.

Mientras estaba en Alcatraz, en Santa Catarina, durante la temporada de SAT italiana, dirigiendo el Programa SAT 1, un conocido terapeuta de Bolonia, Franco Bonsante, me dijo que había soñado con masajear mi plexo solar mientras yo gritaba de dolor, y mi reacción al escucharlo fue que solo en ciertas pesadillas he tenido la experiencia de sollozar, pero bien podría ser esto algo muy reprimido en mí. Luego, días más tarde, me dijo que había compartido su sueño con su compañera, que es clarividente, y que tenía cosas interesantes que decir al respecto. ¿Quisiera quizás visitarla? Acepté, en vista de que proyectaba estar en Bolonia en un futuro cercano, y acepté también su oferta de una sesión que también le serviría como demostración de su trabajo experiencial. Después de que me hube acostado, comenzó ella a hacer movimientos de barrido con sus manos como deslizándolas por una superficie envolvente de mi cuerpo mientras hacía hermosos

sonidos de silbido con su voz. Y más tarde me explicó que me veía como si hubiera sido enterrado vivo en una vida anterior en reacción al ejercicio de un gran poder no equilibrado por el amor. Vio ella que la única forma en que yo había podido sobrevivir en el aislamiento más extremo de estar enterrado en el desierto había sido desarrollar un cordón umbilical en el medio de mi cuerpo, y mi plexo solar ahora estaba cansado de un esfuerzo excesivo. Sentí como si hubiera alguna percepción oracular en esta imagen, que evocaba simbólicamente alguna verdad; solo que no necesitaba pensar en una vida anterior para verme rodeado por un desierto, encerrado o buscando alimento y cansado. Me llamó la atención, sin embargo, su insistencia en la explosión que comenzaba a tener lugar en mi plexo solar, que luego se extendería a todo mi cuerpo y que ella imaginaba que se convertiría en un volcán. Y de hecho lo ha sido, si «volcánico» es la palabra correcta para una intensidad de flujo cada vez más explosiva que se mueve hacia mis manos y dedos y no solo implica soltar los hombros y región pélvica sino también las rodillas, las muñecas, los músculos de las piernas y los antebrazos, mientras mis pies parecen llenarse desde arriba como esponjas. La sensación se traduce en una imagen corporal que me recuerda la representación de Vajrakila, caracterizada por pies en forma de daga, ya que el flujo descendente de la energía me sugiere que mis pies pudieran penetrar más allá de ellos mismos. Y cuando la experiencia es más impactante, también me acuerdo de Edipo, cuyo nombre significa «pies hinchados», y siento que, como Edipo en Colono, estoy cerca de mi destino.

En Berkeley la presencia de cámaras se hizo aún más llamativa que en Chile y en Argentina. Por un lado fui visitado por Jan Ohman, de Suecia, en relación con su proyecto de un documental que llamaría «El estado alterado de California», y su visita coincidió con el momento de una conferencia que di en California Institute of Integral Studies en respuesta a una invitación de Mariana Kaplan, que había quedado impresionada con la historia de mi vida cuando me entrevistó para su libro *On the Spiritual Path: Halfway Up the Mountain*. No hubiera elegido hablar sobre el tema que me asignó en este ciclo de conferencias de diferentes gurús del día, pero agradecí su estímulo a que lo tomase como foco de mi aporte más allá del tema de la serie en su conjunto, que fue el de «la relación alumno-maestro». Anunció en el programa que yo hablaría sobre «mis pruebas y tribulaciones a lo largo del camino», y naturalmente me propuse examinar mis experiencias de sufrimiento y pruebas en relación a mis diferentes guías, en el contexto de mis diferentes situaciones de enseñanza. Y puesto que Jan estaba

allí, la charla se grabó y se filmó. Me alegro de ello, ya que fue un evento excepcional, donde no estuve en el papel de enseñar esto o aquello sino de compartir muy íntimamente sobre temas importantes, particularmente porque mi larga ausencia de Estados Unidos, después de mi negativa a enseñar allí, ha llevado a un distanciamiento. Por ello esta charla de CHS me pareció algo como una recepción que fue recibida con entusiasmo por una sala llena de estudiantes y buscadores.

Poco después Louis Adelsheim llegó a Berkeley (antes de que Jan se fuera) con el propósito de producir unos videos sobre la obra de Tótila Albert que sirviesen para movilizar al Museo de Arte Contemporáneo de Chile a aceptar mi oferta de restauración de «La Tierra».

Solo pasé un corto tiempo en Berkeley, pero parece haber sido inusualmente productivo, porque casi termino otro libro (el mencionado *Cosas que vengo diciendo*) en respuesta a la invitación de Kier. Fue cosa de editar viejas charlas, pero la edición se volvió una situación inspiradora para mí al revisar esas transcripciones de conferencias y haciendo que mis declaraciones fuesen más completas e interesantes.

Luego llegó el momento de viajar a México para el segundo módulo del Programa SAT allí, que había aceptado ofrecer como una forma de interesar a los profesores del país. Ya he tenido éxito, puesto que dos de las personas que asistieron han despertado un interés en sus respectivas universidades, en Puebla, y en un futuro cercano espero trabajar con ellas.

Luego vino mi tiempo en Brasil, que comenzó esta vez con un retiro. No conduzco retiros todos los años y ha pasado mucho tiempo desde el último, en el norte del País Vasco. Este retiro brasileño ha resultado ser la experiencia más gratificante de todas, me complació recoger abundante y fresco material ilustrativo para una explicación de mi método que les sirva a otros en el futuro.

Con respecto al SAT, sigue siendo una experiencia de crecimiento y evolución en curso, por lo que el último siempre es el mejor.

Cuando después de estos talleres sudamericanos volví a Berkeley para la segunda temporada allí, que se ha vuelto parte de mi agenda usual, trabajé en un libro que he llamado *Gestalt de vanguardia* y continué editando los textos para *Cosas que vengo diciendo*. Además, al revisar mi libro *La agonía del patriarcado* generé tanto material nuevo que decidí dividir el volumen resultante en dos, que luego llamé *Sanar la Civilización* y *El ego patriarcal*, respectivamente. Lo cual multiplica el número de

volúmenes que estoy actualmente produciendo. Podría caracterizar esta época como una de multiplicación de libros, en la que libros nuevos han surgido con solo concebirlos ya que el material parece estar a la mano y solo necesita ser buscado y revisado.

Además, dos nuevos libros míos aparecieron impresos ese año: *Cantos del Despertar* (la versión en español de *Songs of Enlightenment*, que aún no le he ofrecido a un editor en inglés) y *Gestalt de vanguardia*. También este hecho parece ser emblemático de una fertilidad especial en este tiempo.

Al final del año en España, Katriona vino a quedarse unos días conmigo en Vitoria para ayudarme a escribir y, coherentemente con mi vieja filosofía de «comer lo que cae muerto a mis pies», acepté su sugerencia de que me concentre en la música. Me pareció oportuno porque todavía no he publicado nada sobre música, aunque no solo es parte de mi experiencia sino que también servirá de puente para la mejor comprensión del dictado musical de Tótila (así como «Cantos» pretendió servirle como un marco a su epopeya). Ya he empezado a escribir ese libro con introducción y también un capítulo sobre la fenomenología de las notas musicales y de los intervalos.

También viajé a Australia para realizar un taller allí, invitado por una terapeuta Gestalt, Ann Barnett, quien me contactó después de leer la dedicatoria a Karen Horney de mi primer libro de terapia Gestalt. Acepté en vista de la posibilidad de influir sobre la educación allí, pero las iniciativas que se movilizaron con mi visita no dieron lugar a nada digno de mencionarse.

Estuve brevemente en Nueva Zelanda, donde me gustaron los hermosos nativos y lamenté verlos degradados por el dominio colonial inglés. Encendí el televisor en mi pequeña habitación de hotel y una soñadora y dulce voz idealista me recomendaba un seguro: «Un cliente a la vez». Era difícil encontrar algo más que ventas en las pantallas de televisión, con ocasionales «entretenimientos». «Las cosas están cambiando», dicen los conservadores, «y tienes que mantenerte al día». Los «informes de economía» están en la pantalla, Wall Street informa sobre acciones, se habla de miles de millones de dólares. Más colonial que en los días del colonialismo británico, Nueva Zelanda se ha convertido en colonial al nuevo imperio de los negocios internacionales.

Aquellos que «ven la imagen completa» nos dicen: ¿Pero no son ellos los ignorantes y los que traicionan los intereses del amor? Qué triste es contemplar el asesinato cultural perpetrado por el progreso técnico y el crecimiento económico, y el espíritu de los maoríes asfixiados por el inglés conquistador nos impresiona como un emblema del

espíritu estrangulado por las ganancias en todo el mundo. Tan anticristiano, el espíritu de la civilización occidental, que nos incita a simpatizar con el dionisiaco Nietzsche, que se enorgullece de llamarse a sí mismo el Anticristo.

¡Y cuánto más significativa hoy que nunca la historia del problemático Jesús ordenando a los cambiadores de dinero salir del templo!

Luego vino la Conferencia Internacional de Gestalt en Nápoles, donde, a través de la iniciativa de Antonio Ferrara, llegué a compartir con Bloomberg, del Instituto Gestalt de Nueva York, tanto el discurso de apertura como el cierre. Cuando le describí a Barrie Simmons al día siguiente en Roma la buena forma en que Bloom me había tratado, sin molestarse por mis críticas al entusiasmo de los neoyorquinos hacia una dudosa teoría, exclamó: «¡Qué falsedad! ¿Le dices todo eso y no se siente magullado o amenazado en lo más mínimo? ¡Eso es pretender ser un Buda!». Y luego agregó: «No creo que sepan lo que es la autenticidad», apuntando a una falsedad que no se reconoce como tal. Sospecho que tenga razón, por lo menos en el sentido de que la Gestalt californiana ha sido más profunda y que los tradicionalistas debieran aprender de la vanguardia en vez de plantearse arrogantemente como dueños de la verdad y jueces de última instancia.

Después de Nápoles volví a España para el Programa SAT 4 y desde allí procedí a mi fiesta de cumpleaños número setenta. Nunca había tenido un cumpleaños semejante al de este año en que cumplí los setenta. Reunió a más personas que nunca y se acompañó de un homenaje escrito (una selección de contribuciones que se han traducido ya al inglés y se han publicado⁷). Se realizó el festejo en el amplio Hotel Barcelona Sans y asistieron a él, entre las muchísimas personas, Lily y su pareja Louis Adelsheim, quien se ofreció a fotografiar a todos los presentes y a filmar la ceremonia. Fue orquestada la celebración por Juan Carlos Corazza, que me comparó (acertadamente, me parece) a Fausto, y parte del rito que había preparado fue un baño de pétalos de rosa que me hizo sentir muy querido pero no sin un dejo de que fuese demasiado. Sin embargo, he venido observando desde entonces que una de las cosas que ha cambiado en mi vida ha sido mi actitud ante los cumpleaños; los detestaba cuando pequeño, pero los he venido viviendo con creciente satisfacción a través de los años recientes.

Cuando me llegó el momento de hablar, dije que me sentía en una situación parecida a la de Haydn, un músico que después de mucho trabajar en el aislamiento recibió al fin de su vida mucho reconocimiento, pues son tantos quienes me celebran que me vivo últimamente como una persona célebre. Aunque me parece pertinente también decir que

ser honrado ha sido a través de mi vida tanto una pasión como un tabú, y mi experiencia del cumpleaños me lo confirma pues ha sido algo no completamente fácil de recibir.

Recuerdo que en el Colegio Mackay, al obtener el primer premio al fin de mi primer año escolar, después de recibir un ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas* tuve que recorrer unos cincuenta metros desde la mesa de la entrega de los premios para volver a mi sitio, y mientras caminaba a la vista de los estudiantes y de los padres allí reunidos, controlaba mi expresión para que no se notase mi alegría o mi orgullo. En ello estaba ya presente una falsa modestia que me caracterizaría siempre; falsa en la medida en que escondía la gratificación de mi amor propio y sobre todo la fuerte pasión de ser alguien, nutrida originalmente por la esperanza de atraer el amor de mi madre a través de mi rendimiento escolar.

Otra vez se había hecho manifiesta mi pasión de ser alguien tras la entrada a la vida espiritual con la experiencia de Arica: parte de mi felicidad había sido entonces, por supuesto, la dicha celestial de contactar un mundo divino, pero otra parte consistía en una contaminación de la experiencia espiritual por la alegría de mi pequeño yo, que por primera vez se sentía verdaderamente «alguien».

La vida me proporcionó un correctivo a esa inflación, un purgatorio en el que tuve que aprender a estar con las manos vacías, una lección de humildad verdadera; y a continuación también la experiencia de ser rechazado tanto por algunos de mis seguidores como por los gremios profesionales y las autoridades. Y no estuvo mal, porque fue algo así como una cura de mi adicción unilateral a la buena reputación, a través de la cual me llegué a sentir cómodo con tener no solo amigos sino que también enemigos. Y siguió a ello además ese período que he llamado de Reconquista, en el cual en respuesta a nuevos logros se me fue redescubriendo y he ido recibiendo diversos galardones como, por ejemplo, un homenaje por parte de la embajada chilena en Madrid (en el Ateneo de Madrid) o un acto de reconocimiento por parte de los psicólogos chilenos. Algo semejante fue la contribución de muchos notables al festejo escrito que se me entregó en esta celebración de mi septuagésimo cumpleaños, del que pude decir que coincidía, en el 2002, con un año de triunfo y celebración. Pues además de los muchos triunfos tuve hacia el fin del año una celebración incomparable con ninguna anterior, que me dejó con gratitud hacia los amigos que asistieron, hacia los muchos dones providenciales recibidos de la vida y hacia quienes me han rodeado.

La superabundancia del festejo, muy especialmente transmitida por la sorprendente

lluvia de pétalos de rosa que se me había preparado, pareció rebalsar más allá de España, pues resultó este ser un cumpleaños con rebote: al llegar a Berkeley mis amigas Rezah Leah y Cynthia quisieron que también en California una celebración local pudiera reunir a mis amigos estadounidenses, a muchos de los cuales no veía desde hacía años. Tuve entonces ese año un doble cumpleaños, que sirvió para que pudiera explicarle a muchos que acudieron y a quienes no veía desde mucho tiempo atrás —como George Leonard o Ravenna Helson— algo de lo que había sido mi vida desde que Berkeley se tornara para mí en un lugar dedicado al trabajo en mis libros, por lo que me había venido encerrando en una especie de círculo mágico y sacrificando así mi vida social para no distraerme de esa tarea.

Les conté lo que había estado haciendo: cómo SAT había renacido a mediados de los ochenta en España en una nueva forma; cómo me había sentido cada vez más ordinario y humano pero también más útil, sintiéndome cada vez más como un Santa Claus, un querido benefactor. También les expliqué cómo había perfeccionado el Programa SAT, que se había extendido a otros países en mis giras docentes anuales, aunque había elegido Berkeley como un lugar donde escribir, pero produciendo muchos libros. Les mencioné además que me parecía haber tenido en Estados Unidos una influencia predominantemente imitativa que hasta hace algunos años me había irritado, pero en este momento me sentía demasiado satisfecho con mi vida como para guardar rencor. También les expliqué que desde hace un par de años sentía que tenía algo que decir acerca de los problemas mundiales, y les hablé de mi especial interés en la idea de que tenemos el mundo que tenemos en gran parte debido a una educación perversa y sobre el potencial de una nueva educación para un mundo mejor.

Pues ¿cómo podría haber desperdiciado la oportunidad de un sermón más acerca de la educación? Puse de relieve la interferencia de la educación patriarcal con el desarrollo humano, la conveniencia de una educación para seres tricerebrados y la consecuente necesidad de una educación transformadora para los futuros maestros. Por último, conjeturé que después de haber experimentado un período de floración en los años setenta, de nuevo parecía estar experimentando algo parecido a la floración, hablando con mayor propiedad; diría que se trataba ahora de un tiempo de cosechar los frutos de mi vida, de modo que la doble celebración de la cual estaba siendo objeto este año no se refería solo a mi septuagésimo aniversario, sino que a la llegada de un nuevo nivel de fecundidad. (En retrospectiva, también lo veo como el comienzo de un regreso al hogar,

al menos en el sentido de que mis charlas y mi sitio web están teniendo influencia nuevamente en Estados Unidos. Y disfruto cada vez más de mis meses en casa).

Luego comimos y después de la cena Reza Leah hizo de maestra de ceremonias, un tiempo en el que muchas personas hablaron y durante el cual me sentí especialmente feliz de escuchar las declaraciones de Ron Kane y Rick Doblin, que luego fueron incluidas en mi Festschrift, y terminó el festejo con una performance en la que Goodwin Sammel y yo tocamos un concierto de Mozart en dos pianos.

Me parece apropiado agregarle a esta descripción de mis fiestas de cumpleaños algo acerca de la celebración escrita que las complementó una vez que Reza Leah y David Flattery hicieron una selección del material recopilado en España y le agregaron contribuciones recibidas del mundo de habla inglesa. Hace mucho tiempo que se incluyó esto en mi sitio web, que surgió gracias a la iniciativa generosa de un experto comunicador (Martin Cohen) y que ha servido para dar una idea de mi pensamiento. Aunque recibe unas tres mil visitas por semana, imagino que muchos de los que leen este libro la conocerán. Dado que el Festschrift propiamente tal (que contiene los aportes de documentos de diferentes especialistas) no se incluyó en el libro *Catalizador de los milagros* de Flattery (que reunió más bien lo que ha dicho la gente acerca de mi impacto sobre sus vidas).

PALABRAS FINALES

A la hora de estas memorias ya he cumplido 85 años, pero lo relatado aquí llega hasta mis 70 y cubre mis experiencias de ascenso y descenso de la mítica montaña sagrada.

No es mi intención dejar de pronto de escribir sobre el resto. He ido acumulando crónicas y diarios sobre mis actividades durante los últimos quince años, pero si termino este libro aquí conviene que le agregue a estas memorias al menos algunas palabras acerca de mi momento actual. Diré muy escuetamente que, aun sin haber llegado al final de mi desarrollo, voy atravesando una vez más por un nuevo nacimiento. Aunque no pretendo hablar de lo que aún no he vivido, imagino que, libre ya del todo de mi viejo ego, podré volar al lugar de los espíritus que me han venido guiando: santos y sabios que han terminado de desarrollar sus cuerpos superiores.

De ahora puedo decir que, aunque ya me resulta más un peso que un placer mi cuerpo envejecido, con el que apenas puedo caminar, con la voz cascada, he aprendido a sonreír durante buena parte del tiempo y a alegrarme, a tratar amablemente a los demás y a ponerme en su lugar. Siento mucha gratitud hacia la vida, que me sigue regalando un cerebro capaz de compartir lo que he entendido y lo que he vivido, además de ojos con los que aún como octogenario puedo leer sin dificultad ni uso de, por ejemplo, gafas.

Me siento muy bien acompañado por amigos que se turnan a mi lado y me ayudan a vivir mejor, y me causa alegría sentir que mi cercanía les hace bien. Sigo en mi cruzada por una verdadera educación, que pueda sanar a la gente de sus males patriarcales, reconectándolos a una vida instintiva y sana, al altruismo que es parte de nuestra naturaleza y al encuentro con el fondo de su conciencia. Sin embargo, ya no me hago ilusiones de que nuestro *establishment* vaya a colaborar mucho con su transformación, y por ello una de las cosas que ando diciendo en la actualidad es que «nuestra mejor esperanza es el naufragio».

Me temo también que las burocracias de la educación y la política estén tan fosilizadas que no lograremos liberarnos de su poder represivo sin echar mano de algo comparable a la dinamita. Algo de carácter explosivo, solo que no el poder explosivo de las balas, bombas y misiles, ni siquiera el poder de las revoluciones sangrientas, sino el poder explosivo aun más prohibido de los psicodélicos. Sospecho que, así como el feminismo

debilitó para siempre a la familia patriarcal, e indirectamente ha llevado al sistema imperante a una fase de exaltación agónica, una futura revolución psicodélica nos liberaría de una milenaria criminalización de nuestro «niño interior», más aplastado aún que nuestra mente mamífera materna. Al hablar de una «revolución psicodélica» no pienso como los exaltados entusiastas del uso anárquico de los alucinógenos, sino en una evolución política que proponga, en vez de la «guerra a la droga», un sabio uso de los psicofármacos. Ello podría llevarnos a algo semejante a lo que ocurre en las culturas chamánicas, donde simplemente se reconoce la capacidad especial de los expertos y donde la población entera tiene la oportunidad de beneficiarse del extraordinario poder sanador de las así llamadas «plantas mágicas».

Por ello, al acercarme al fin de mis días, he vuelto al tema del que ya casi había dejado de ocuparme y acerca del cual prácticamente nada había escrito desde mi época en la Universidad de Chile. Hace poco he terminado un nuevo libro en el que vuelvo una vez más sobre mis exploraciones y reflexiones psicodélicas, solo que ahora en el contexto de lo que podría ser una «política para la conciencia».

Mi esperanza es que podamos optar por tal «política de la conciencia» y así darle la vuelta a la marea que nos arrastra a la destrucción. Esta reflexión se inspira en la toma de conciencia de que hasta ahora solo hemos tenido una «política por la inconsciencia», como claramente lo demuestran nuestra educación, el consumo cultural y nuestra guerra a las drogas, que se ha querido presentar al mundo como una preocupación por nuestra salud y bienestar cuando, en realidad, ha ocultado una voluntad de represión de la mente, cuando no una guerra a minorías étnicas y un gran negocio con lo prohibido.

Mi tío Benjamín Cohen, el hermano mayor de mi madre, quiso que se grabaran en piedra sobre su tumba los versos de Amado Nervo que comienzan así:

*Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
Porque nunca me diste ni esperanza fallida,
Ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;
Porque veo al final de mi rudo camino
Que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
Que si extraje la miel o la hiel de las cosas,
Fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
Cuando planté rosales coseché siempre rosas.*

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.

¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Y yo también, después de haber ascendido al paraíso de los dioses y descendido a los mundos inferiores, he llegado por fin a estar en paz, dejando atrás tanto mis ansias titánicas como mi sed de fantasma hambriento. Y, aunque mi viaje no haya llegado aún a su fin último, me siento extraordinariamente agraciado por haber podido hacer muchísimo pese a mis limitaciones.

También siento que, por más que haya dejado atrás a través de tantos años muchas limitaciones juveniles, lo que se recordará de mí es lo que he dejado en el mundo, que ha sido el poder iluminador de mis ideas, métodos y discípulos, mi análisis y denuncia del espíritu patriarcal, mi visión de la salud individual y colectiva como un equilibrio de nuestra «familia interior», mi comprensión del viaje psicoespiritual y, sobre todo, mi insistencia en la necesidad de una educación sanadora.

Desde otro punto de vista, he sido un integrador entre varios linajes o cadenas de transmisión sapienciales: el budismo tibetano, el profetismo occidental, la psicoterapia y el legado de ese profeta aún casi desconocido que se llamó Tótila Albert, que para mí no fue otro que Elías.

No pienso que vaya a vivir lo suficiente para ser testigo de la tan esperada Nueva Era, pero espero que mis esfuerzos hayan contribuido a que la humanidad logre sobrevivir a su noche oscura colectiva.

¹ También recordaba las visitas que ella hizo a los primos madereros, y contaba cómo embarcaban los troncos en balsas. Eran ricos y la llevaban en coche. Emigraron escapando del servicio militar, con diferentes nombres, a Inglaterra y Estados Unidos.

² «Turn on», que he traducido como «enciéndete», es el término habitual para la entrada en un estado alterado de conciencia. «Tune in», que he traducido por «sintonízate», se refiere a que no basta entrar en un estado psicodélico sino que se requiere el contacto con una conciencia superior. «Drop out», que he traducido como «corta amarras», es un llamado a una renuncia a la adaptación social que habría de caracterizar a la contracultura.

³ «Droga africana ayuda a la visión, se le informó a un panel de la UC».

⁴ Los alcaloides del yagé o ayahuasca.

⁵ Ya aparecido en el «Manual de Terapia Gestalt» de Hechter y Himmelstein y elogiado por ellos como el mejor ensayo sobre el tema.

⁶ En su reciente libro *The Altruistic Brain*, Donald Pfaff argumenta que es falso el mito de un egoísmo innato de nuestra especie y explica las bases neurofisiológicas de la colaboración que ha acompañado el desarrollo social humano a través de su larga evolución.

⁷ David Flattery y Rezaleah Landmann —Catalyst of Miracles.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2018, Claudio Naranjo

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789569977619

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl

Índice

Primera parte. BUSCADOR AFORTUNADO	3
I. INFANCIA	8
II. ADOLESCENCIA	62
III. AÑOS UNIVERSITARIOS	91
IV. EL TIEMPO, EL LUGAR Y LA GENTE	160
V. LA ÚLTIMA TEMPORADA EN CHILE	244
VI. UNA NUEVA OLA DE INFLUENCIAS	273
VII. PUNTO FINAL	304
Segunda parte. PEREGRINAJE FRUCTÍFERO	328
I. PEREGRINACIÓN EN ARICA	330
II. GURÚ POR UNA TEMPORADA	374
III. UN OSCURECIMIENTO DE LA CONCIENCIA Y UNA PEREGRINACIÓN SEDENTARIA	407
IV. AGUJERO NEGRO	450
V. UNA NUEVA PRIMAVERA EN LA CERCANÍA DE LA MUERTE	508
VI. RENACE SAT	535
VII. BODHGAYA	558
VIII. LA RECONQUISTA	570
IX. ACTIVISTA	598
PALABRAS FINALES	640
Notas	644
Créditos	651